

BRENNA WATSON

*Viento de
otoño*



VIENTO DE OTOÑO

Brenna Watson



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*A mis hermanos Irene, Gloria y Javier,
que son la luz de mi vida*

*Ya mi sobrino Mauro,
nuestra mejor parte*

Prólogo

*Desde que el mundo es mundo,
y Dios lo adornó con las Highlands,
los clanes escoceses vivieron en
guerra,
y se unieron frente a un enemigo
común.
Porque, quién sabe si en un descuido,
Dios también creó Inglaterra.*

Highlands, Escocia, 1330

Seis meses habían transcurrido desde la muerte de Robert the Bruce, rey de los escoceses.

Sir James Douglas, conocido por los ingleses como Black Douglas debido a su ferocidad y crueldad —tanto en el campo de batalla como fuera de él—, se disponía a cumplir la última voluntad de su amigo, de su rey: llevar su corazón a Tierra Santa. Durante casi veinticinco años, ambos hombres habían compartido sus destinos y sus sueños de una Escocia libre del yugo inglés, primero luchando contra Eduardo I y luego contra su hijo, Eduardo II. A los escoceses aún les dolían, veinticinco años después, las cicatrices grabadas en su tierra, especialmente la cruenta ejecución de William Wallace. Eduardo II no había sido tan digno rival como su padre, y fue derrotado en Bannockburn en 1314. Robert y Douglas habían llorado juntos tras aquella batalla que

marcaba la independencia de Escocia después de casi dos décadas de continuos enfrentamientos. Y se habían emborrachado, también juntos, cuando conocieron la noticia de su muerte, traicionado por su esposa Isabel de Francia y su amante, Roger Mortimer.

Ahora, con el corazón de Robert en una urna de plata colgada de su cuello, James Douglas estaba listo para cumplir su última misión. Pero no iba solo, casi una treintena de caballeros y escuderos lo escoltaban. Nadie quería abandonar a su rey en su último viaje, hasta el punto que hubo que poner límite al número de miembros para tan delicada misión, a riesgo de dejar Escocia completamente desguarnecida.

Bajo un cielo plomizo y cargado de una nieve que no tardaría en volver a caer, los hombres preparaban sus monturas y se despedían de los suyos. Algunos niños, ajenos a las cuitas de sus mayores, correteaban entre los hombres armados y las mujeres llorosas. Cada guerrero llevaba prendido a su hombro el tartán de su clan, que cubría el corazón con sus colores.

El joven Keilan Montroe, del clan Montroe, formaba parte de la comitiva, y le acompañaba uno de los hombres de confianza de su padre, Angus Campbell, de quien había aprendido cuanto sabía de la guerra.

Keilan apenas contaba veinte años e iba a ser el primer miembro de su familia en abandonar durante tanto tiempo las Highlands, las Tierras Altas de Escocia. Se removía inquieto sobre sus pies, tratando de entrar en calor en aquella mañana gélida mientras, a su lado, un impasible Angus oteaba el horizonte.

—Me voy a congelar aquí fuera si no nos ponemos pronto en marcha — anunció el muchacho, que se llevó las manos a la boca para calentarlas con su aliento.

—Debes tener paciencia, chico. Nos espera un viaje muy largo — comentó el hombre, sin mirarlo siquiera.

—¿Y a qué estamos esperando?

Angus volvió levemente la cabeza en dirección a los caballeros que lideraban la partida. Sir James Douglas, sir William St. Clair de Rossenlyn, sir Robert Logan de Restalrig y sir Simon Lockhart departían junto a sus monturas, tal vez ultimando algunos detalles. Douglas se ajustaba los guantes y Lockhart golpeaba el suelo con los pies, igual que hacía el joven Keilan. Angus echó un rápido vistazo al chico, tan ansioso por ponerse en marcha que casi podía oír la sangre que bullía en su interior. Una leve mueca, que solo los que le conocían bien habrían podido interpretar como una sonrisa, curvó ligeramente sus labios. Conocía al muchacho desde que había puesto un pie en el mundo, y él mismo lo había entrenado bajo la atenta mirada de su padre Malcolm Montroe, el *laird* del clan. Keilan estaba ansioso por mostrar su valía, por destacar frente a sus dos hermanos mayores, por hacerse un nombre en las Highlands que en el futuro, tal vez, le proporcionara el liderazgo de su propio clan.

Angus se recordó a sí mismo a su edad, tan ansioso por combatir como el mismo Keilan. Ahora, casi veinte años después, se tomaba las cosas con más calma, y había aprendido que la paciencia era una virtud indispensable en un guerrero. Había visto morir a demasiados hombres presos de su impaciencia y sus impulsos, y él estaba allí para evitar que eso le sucediera a su joven pupilo.

Unos minutos más tarde, los caballeros subieron a sus monturas, y los demás miembros de la comitiva los imitaron, bajo el sonido del entrechocar de aceros y las últimas consignas. El viaje había comenzado, al fin.

Nadie sabía en aquel instante que pocos, muy pocos, iban a regresar de él.
Y Keilan Montroe no iba a estar entre ellos.

Toledo, 1356, veintiséis años después

Gabriela sabía que lo que iba a hacer estaba mal. Y sabía que, si la descubrían, el castigo sería terrible. En ese preciso momento, sin embargo, no le importaba.

Se apresuró por los pasillos para no encontrarse con nadie. No estaba en sus aposentos, como le habían ordenado, y no se le había ocurrido ninguna buena excusa para usar en caso de ser necesaria. No había tenido tiempo para pensar. Tampoco para llorar. Aún no se había cumplido una semana desde la muerte de su madre, el único miembro de su familia que le quedaba.

Escuchó unas voces al doblar un recodo y se ocultó tras unos pesados cortinajes, rezando para que quienes avanzaban por el corredor estuvieran demasiado ocupados en su charla como para fijarse en el sospechoso bulto tras el tejido. Tuvo suerte, al menos esta vez.

Bajó las escaleras como una exhalación, mientras miraba por encima de la barandilla por si había alguien en la antesala. Estaba vacía. Se internó por otro de los pasillos hasta que alcanzó su objetivo: la puerta del despacho de don Pedro de Hermida, su padrastro desde hacía poco más de cuatro años. Pegó la oreja a la fría madera. Nada, ningún ruido, aunque eso no significaba necesariamente que la habitación estuviera vacía. Hacía escasos minutos que, desde la ventana de su habitación, había visto a don Pedro en el patio, y no era muy probable que su oronda complexión le hubiese permitido llegar con rapidez hasta allí.

Se incorporó, retocó su peinado y se alisó el vestido antes de golpear con los nudillos, por si acaso sus cálculos eran erróneos y el hombre ya se encontraba allí. Inventaría cualquier excusa para su presencia en aquella parte de la casa. Nadie contestó al otro lado. Abrió la puerta con cuidado y asomó la cabeza.

—¿Estáis ahí, don Pedro? —preguntó, no demasiado alto.

Echó un vistazo a la estancia. Ni un alma. Perfecto. Entró y cerró tras ella con sigilo. Sus ojos recorrieron la habitación, buscando un sitio apropiado en el que ocultarse. Estanterías y arcones cubrían la mayor parte de las paredes y en el centro una gran mesa de nogal, con dos cómodas sillas frente a ella. Junto a la chimenea, en la que crepitaba el fuego con alegría, dos sillones. Un par de candelabros y un diván completaban la decoración.

Sus ojos se dirigieron hacia los cortinajes, pero los descartó de inmediato. Era demasiado arriesgado. Se dirigió hacia uno de los arcones y lo abrió. Estaba medio lleno de legajos, y el olor a pergamino viejo inundó sus fosas nasales. Intentó comprobar el contenido del segundo, pero estaba cerrado con un candado. Sus opciones disminuían.

Sin pensárselo demasiado, y consciente de que el tiempo se agotaba, extrajo los documentos del arcón. Con ellos en los brazos, de repente no supo muy bien qué hacer. Dio un par de vueltas sobre sí misma. ¿Dónde podía esconderlos? «Debajo del diván», pensó. Realizó algunos viajes hasta que el hueco quedó completamente lleno. Por fortuna, la tela de la que estaba tapizado llegaba hasta el suelo. Era poco probable que nadie los viera. Ya se ocuparía después de devolverlos a su sitio. Aún quedaban algunos al fondo, pero ya no se le ocurría dónde más esconderlos.

«Será suficiente —se dijo—. Tiene que serlo.»

Los legajos crujieron cuando se puso de pie en el interior del baúl, con un sonido que la hizo estremecer. Se puso de rodillas y luego se tumbó con

cuidado, de lado. Encogió las piernas y cerró la tapa. Descubrió que los grabados del arcón tenían pequeños orificios entre los arabescos y las volutas, por los que entraba algo de aire y de luz. Trató de atisbar a través de ellos y fue probándolos hasta que dio con uno que le permitía observar parte de la habitación. Precisamente la parte que le interesaba: la mesa del centro. La visión no era perfecta, pero valdría a sus propósitos.

Trató de normalizar su respiración, bastante agitada, y se dispuso a esperar. «Si mamá me viera ahora...», pensó.

Se obligó a apartar la imagen de su madre del pensamiento, por temor a echarse a llorar y que eso la delatara. Tuvo que tragarse el nudo que se le había hecho en la garganta y procuró concentrarse en otras imágenes menos dolorosas. Era difícil. Todos sus recuerdos felices pertenecían al pasado y quienes habían formado parte de ellos habían muerto. Todos excepto uno, se dijo, un hombre que había estado allí desde que naciera y que jamás se había marchado: Angus. Ahora, convertido en mozo de cuadra, pasaba la mayor parte del tiempo en las caballerizas y apenas se veían. Así lo había dispuesto don Pedro, y así se había hecho. Angus, el hombre de confianza de su padre, el que se había quedado con él en Toledo cuando su joven señor sufrió una caída del caballo que lo dejó impedido, y que había sido como un tío para ella y sus hermanos. Con él había aprendido a montar, a usar la espada y el arco, a hablar el gaélico y el inglés, mientras su padre, Keilan Montroe, supervisaba su instrucción.

«En Escocia —decía—, no es extraño que algunas mujeres aprendan a montar y a usar una espada. Es una tierra dura, hija mía, y nunca está de más prepararse para defender tu familia o tu clan.»

«Pero no vivimos en Escocia —contestaba ella, que adoraba aquellas lecciones—. Estamos en Toledo, y aquí las mujeres se dedican a bordar y a criar a los hijos.»

«No creo que ambas cosas sean excluyentes —decía él—. Pero, si no te interesa seguir con la espada, puedo mandarte con tu madre. Creo que está bordando unos manteles.»

«Nooooo», contestaba ella entre risas.

Y volvían a empezar. Y Angus siempre estaba allí, formando parte de su familia, como uno más. Pero al destino le gusta jugar con los mortales y, al verse viuda y sin recursos, su madre se había visto obligada a contraer matrimonio con don Pedro de Hermida. Desde entonces, Angus había quedado relegado a las caballerizas, y a ella le habían prohibido visitarle con la frecuencia de antaño y volver a empuñar otra cosa que no fuese una aguja para bordar.

Se sobresaltó al escuchar el ruido de la puerta al abrirse y se acurrucó un poco más en su escondite. Don Pedro entraba en la estancia en ese momento con el hombre al que había enviado a buscar: don Cosme, párroco de San Torcuato y amigo de su infancia.

—¿Qué es ese asunto que no puede esperar, mi señor? —decía el religioso, con esa voz aflautada que a ella le hacía rechinar los dientes—. ¿Ha ocurrido algo?

—No, no, nada grave, padre —contestó don Pedro, y señaló con una mano una de las sillas situadas frente a la mesa—. Pero hay un tema que quería tratar con vos, y me corre cierta urgencia.

—Vos diréis, don Pedro, sabéis que estoy a vuestro servicio.

La voz meliflua del sacerdote casi la hizo vomitar.

—Se trata de Gabriela —anunció don Pedro.

¡Lo sabía! ¡Sabía que el asunto tenía que ver con ella!

—¿Vuestra hija? —preguntó el clérigo.

—Bueno, en realidad era hija de mi esposa, como bien sabéis.

—Sí, sí, desde luego. ¿Y qué le ocurre a la joven?

A través del agujero de la madera, pudo observar cómo don Pedro se echaba hacia atrás y cruzaba las manos sobre su oronda barriga.

—La muchacha ya ha cumplido los veintiún años y, a su edad, es impensable que aún no haya contraído matrimonio, a pesar de que no le han faltado pretendientes.

—Sí, estoy al tanto.

—Su madre no quería separarse de ella, ya sabéis cómo era doña Elvira, y a mí, la verdad, tampoco me importaba en exceso. Pero ahora mi amada esposa no está aquí y, en fin, yo debo ocuparme del bienestar de la joven.

—Por supuesto, don Pedro, me hago cargo —intervino don Cosme—. Siempre habéis sido un hombre de honor.

Don Pedro carraspeó y se miró las manos, mientras Gabriela intentaba contener el aliento, temerosa de lo que fuera a escuchar a continuación.

—El caso es que... en fin... la muchacha ya ha sufrido muchas pérdidas a lo largo de su vida —continuó—. Ya sabéis, su padre, sus hermanos, ahora su madre... No quisiera que padeciera ninguna más, y entregarla en matrimonio a un desconocido sería someterla a otra dura prueba. Verse obligada a abandonar el que ha sido su hogar estos últimos años podría perjudicarla, ¿no creéis?

—Sí, es muy posible, pero no entiendo a dónde queréis ir a parar.

—Yo... he estado pensándolo mucho estos últimos días y creo que sería un candidato más que adecuado para desposar a Gabriela.

—¿Vos? —El sacerdote despegó la espalda de la silla y posó una de las manos sobre la superficie de la mesa—. Pero don Pedro, ¿sois su padrastro!

—¡Eso es solo fruto de un cúmulo de desgraciadas circunstancias! —respondió Hermida, despectivo—. Yo era quien debía haber desposado a Elvira, y no aquel extranjero llegado del norte. Maldito el día en que su padre decidió acogerle para curar sus heridas. Elvira debería haber sido mi esposa

hace muchos años, como estaba previsto. Y me habría dado los herederos que parió para aquel muerto de hambre.

—Pero don Pedro...

—Gabriela se parece tanto a su madre... —le interrumpió— que es casi como si la viera como era entonces, cuando aún me pertenecía. Es joven, y será capaz de darme hijos.

—¿Lo habéis hablado con ella?

—¿Qué es lo que hay que hablar? —inquirió, indignado—. Está bajo mi tutela y yo decidiré lo que es más conveniente para ella.

—Comprendo. ¿Y qué es lo que necesitáis de mí, entonces? —preguntó el religioso, bajando un poco el tono.

—Quiero que habléis con el arzobispo Blas Fernández, quiero saber si existe algún impedimento legal para que el matrimonio se celebre. No sé si he de solicitar alguna dispensa papal o cualquier otro documento. Nunca la he reconocido como hija propia, así es que no nos unen lazos de ningún tipo. Ya sabéis que el dinero no supondrá ningún problema...

—Soy consciente, vuestra generosidad para con la Iglesia es bien conocida.

—Sé que debo respetar cierto período de luto, pero me gustaría que todo estuviera solucionado lo antes posible.

—Por supuesto, comprendo —respondió el cura—. ¿Cuándo pensáis decírselo a la joven?

—Ella no tiene por qué saberlo hasta que todo esté arreglado —aseguró don Pedro—. De todos modos, es una decisión que no le corresponde. Ella hará lo que se le ordene.

Dentro del arcón, Gabriela luchaba contra el deseo de ponerse a gritar y a arañar el rostro rubicundo de aquel ser despreciable. Se obligó a controlarse mientras los dos hombres ultimaban los detalles, mordiéndose los labios con

tanta fuerza que acabó por hacerlos sangrar. Aún tuvo que esperar un buen rato antes de poder abandonar su escondite.

Veinticuatro horas tardó Gabriela en elaborar un posible plan de huida después de valorar todas las posibilidades que se le ofrecían y tras decidir que era del todo imposible que permaneciera allí más tiempo. Veinticuatro horas en las que apenas se dejó ver y en las que nadie la molestó. La reciente muerte de su madre le permitía cierto margen de maniobra lo que, pese a las circunstancias, agradeció.

Había decidido que jamás se casaría con don Pedro, que no compartiría el lecho con ese hombre que había tratado a su madre con desprecio. La había obligado a quedarse embarazada una y otra vez, sin importarle los abortos que sufría en cada intento, hasta que el último de ellos acabó con su vida. Durante ese tiempo, no se privó de lanzarle reproches y de humillarla, en público y en privado, aludiendo a su incapacidad para darle un heredero.

Gabriela no pensaba ocupar el lugar de su madre. Huiría, se marcharía lejos, tan lejos como le permitieran sus piernas. Poseía algo de dinero y varias joyas, y aún podía conseguir más. Sabía dónde guardaba don Pedro un par de buenas bolsas con monedas. Eso le bastaría para marcharse a donde él no pudiera encontrarla. Y no pensaba irse sola.

A la noche siguiente, cuando los habitantes de la casa se hubieron ido a dormir, salió a hurtadillas de su habitación y recorrió los húmedos pasillos. Cubierta con una gruesa capa oscura, su silueta apenas se distinguía de las sombras que poblaban los corredores. Bajó al primer piso y luego entró en las cocinas. Abrió la puerta que daba al patio y se asomó fuera. Apenas había luna y tardó unos instantes en apreciar los contornos de los edificios. Pegada a la pared, recorrió los escasos metros que la separaban de los establos, donde

dormía Angus Campbell. Sabía que la puerta estaría cerrada por dentro. No podía ponerse a aporrearla hasta despertarlo, pero en un lateral había un ventanuco que creía ser capaz de atravesar sin problemas. No le resultó tan fácil como había previsto, pero al fin logró su objetivo. Una vez dentro, tuvo que calmar a los caballos, que se habían puesto nerviosos. De repente alguien la agarró por detrás del cuello con tanta fuerza que pensó que se lo iba a quebrar.

—Angus... —logró articular.

—¿Gabrielle? —El tono del hombre era de auténtica sorpresa y usó, como siempre, la versión anglosajona de su nombre. Jamás la había llamado de otra manera.

—Suéltame... —dijo con un hilo de voz.

—¡Por Dios, muchacha! —Angus la soltó de inmediato y ella se dio la vuelta—. ¿Qué haces aquí a estas horas? ¡Podría haberte matado!

La joven se palpó la garganta, donde notó el golpear encabritado del corazón. Alzó los ojos y vio la sombra recortada de aquel gigante, aunque la oscuridad le impedía reconocer sus rasgos.

—Necesito hablar contigo —dijo tras un carraspeo.

—¿Y no podía esperar a mañana? —inquirió él, mientras se alejaba hacia el rincón donde dormía y encendía una vela. La luz ambarina reverberó en los cabellos rojizos de Angus.

—No, no podía esperar —reconoció ella—. No quería que nadie me viese aquí.

—¿Qué es lo que sucede, pequeña? —Su tono fue tan dulce que Gabriela luchó para reprimir el llanto que le ascendía por la garganta.

Echaba de menos a su padre y a sus hermanos, echaba de menos a su madre, y su casa, y su huerto, y sus clases con la espada, y aquellas historias junto al fuego sobre batallas y corazones y guerreros honorables. Carraspeó y trató de

calmarse antes de tomar asiento sobre uno de los dos taburetes de madera que había en el pequeño habitáculo que hacía de dormitorio. Angus se sentó sobre el catre, cubierto con una manta raída. La joven se sintió culpable por no haber estado más pendiente últimamente de ese hombre que tanto había significado para ella.

—Yo también la echo de menos, ¿sabes? —le dijo él. Ella creyó percibir un brillo sospechoso en sus ojos, pero el viejo guerrero inclinó la cabeza con tal prontitud que no pudo estar segura—. Debes estar sufriendo mucho.

—Oh, Angus, si solo fuera eso...

De inmediato le puso al corriente de los planes de don Pedro.

—¡Ese hombre se ha vuelto loco! —bramó él—. La Iglesia jamás accederá a tamaña monstruosidad.

—Ya, pero ¿y si no es así? ¿Y si consigue salirse con la suya?

—¡No lo permitiré!

—Angus, si te enfrentas a él te ahorcarán, lo sabes tan bien como yo. Y luego me obligará a casarme con él y tu muerte no habrá servido de nada.

—¿Y qué esperas que haga entonces?

—Que huyas conmigo.

—¿¿Qué??

—Voy a marcharme de aquí —respondió ella, con tal rotundidad que dejaba claro que no admitiría ningún tipo de réplica—. Lo haré sola si es necesario. Me conoces y sabes que lo haré. —Hizo una pausa, tal vez esperando que él la contradijera. Sin embargo, Angus permaneció en silencio, sosteniéndole la mirada—. Pero tú eres mi familia, la única que me queda. No quisiera irme sin ti.

Angus continuó observándola, como si pudiera ver en su interior, como hacía cuando era niña y cometía alguna travesura. Aquel hombre siempre había sido capaz de mirar más allá de sus palabras o sus gestos.

—¿Y adónde tienes pensado ir? —preguntó al fin.

—Tan lejos como pueda.

—¿Hacia el norte? ¿Hacia el sur?

—A Escocia.

Angus abrió los ojos con asombro y luego movió la cabeza de uno a otro lado.

—No sabes lo que dices, Gabrielle —aseguró—. Escocia está muy lejos, jamás llegaríamos con vida. Necesitaríamos un pequeño ejército que nos protegiese de los salteadores, buenas monturas, y dinero para los pasajes del barco. Deberíamos atravesar varios reinos, y en todos ellos una dama como tú sería un botín más que apetecible para cualquiera.

—No pienso viajar como una dama, Angus —dijo ella.

—¿Cómo piensas hacerlo entonces?

—Tengo algunas ideas y seguro que entre los dos se nos ocurren algunas más. Yo... lo que necesito saber es si allí seré bien recibida, si aún queda alguien de la familia de mi padre en aquella tierra, alguien que esté dispuesto a acogernos.

—Eres una Montroe, Gabrielle, te acogerán solo por eso.

—¿Crees que aún vivirá alguien allí que... ya sabes?

—Lo ignoro. Tu padre cortó los lazos con su familia cuando decidió no regresar —le explicó.

Gabriela sabía que, tras sufrir la lesión que le imposibilitaba como guerrero, Keilan Montroe había decidido que no quería ser una carga para los suyos. Decía que allí no hubiera servido de mucho y que su honor había quedado maltrecho al no poder participar siquiera en la batalla de Teba, donde la mayoría de sus compañeros habían perdido la vida.

—Sí, lo sé, pero...

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó él, al ver que ella no se decidía a

continuar.

—¿Saben que mi padre murió? ¿Que yo sigo con vida? —inquirió al fin.

—No lo sé.

—¿Tú no les contaste nada cuando... cuando todo sucedió?

—¿Y cómo iba a hacerlo? Apenas sé escribir mi nombre.

—Es cierto... lo había olvidado. Tal vez entonces mi madre...

—No lo creo, me habría dicho algo al respecto.

—Sí, seguramente tienes razón. Es probable entonces que tampoco allí quede nadie de mi familia.

—Keilan tenía dos hermanos, tus tíos, tal vez aún vivan allí, o incluso tu abuelo Malcolm.

—Entonces está decidido. —Se levantó y le tendió la mano—. Angus, nos vamos a casa.

El hombre alzó la cabeza y vio a aquella criatura a la que había criado como un padre, a la que había visto crecer y a la que amaba con todo su corazón. Y luego miró aquella mano extendida, tan menuda y pálida que parecía el ala de una golondrina.

Por muy bien que prepararan aquel viaje y por muy cautos que fueran, las posibilidades de llegar a Escocia con vida eran bastante reducidas. Pero ella era lo más importante de su vida, y jamás la abandonaría. De hecho, si no fuera porque decidió no dejar a aquellas dos mujeres solas tras la muerte de Keilan, ya habría intentado regresar a su hogar por sus propios medios largo tiempo atrás.

—Está bien —dijo al fin—. Pero lo haremos a mi manera, o no lo haremos.

Ella clavó en él aquellos ojos negros que tanto se parecían a los de su madre, frunció el ceño ligeramente y al fin asintió.

—De acuerdo. Lo haremos a tu manera.

Gabriela había visto llegar al padre Cosme pero, en esta ocasión, no tuvo oportunidad de entrar en el despacho de su padrastro y escuchar la charla entre los dos hombres. Había transcurrido una semana desde la conversación con Angus, que parecía no haber tomado aún una decisión. Tenía el presentimiento de que el tiempo se le agotaba.

Cada día, paseaba frente a los establos para que él pudiera verla y dirigirse a ella, pero hasta ese momento la había ignorado. Rezó para que esa mañana las cosas fuesen diferentes, y estuvo a punto de dar un salto de alegría cuando percibió en él un gesto que indicaba que debían hablar. Gabriela se aproximó a uno de los caballos y acarició las crines con suavidad. Con disimulo, Angus se aproximó con un cubo lleno de heno y, una vez a su altura, solo le susurró unas palabras.

—Esta noche, cuando todos duerman, en la puerta norte.

Continuó su camino sin detenerse y Gabriela tuvo que concentrarse en respirar de forma acompasada, para que nadie pudiera percibir su estado de nerviosismo.

Mientras regresaba a la casona con paso lánguido, su mirada recorría los muros de la finca, deteniéndose brevemente en la entrada principal, y se concentró luego en el caminillo que bordeaba la propiedad hasta la parte norte, donde existía un acceso muy poco utilizado y bastante alejado de la vivienda. En aquella zona se ubicaban los graneros, los gallineros y la huerta, que su madre y ella habían visitado con cierta frecuencia durante los primeros tiempos en aquella casa.

Gabriela entró en el edificio y se esforzó por aparentar sentirse enferma. El ama de llaves la tomó del brazo enseguida y la ayudó a llegar hasta su habitación. Una vez allí, dio instrucciones para que la dejaran sola, echándose las manos al vientre para simular estar en «esos» días del mes. La excusa le pareció de lo más acertada para evitar a don Pedro, que parecía sentir cierto reparo en tratar con las mujeres de su hogar cuando menstruaban, como si su sola presencia pudiera mancharle de algún modo o contagiarle algún extraño mal. Al menos, así había sido con su madre. Esperaba que, en ese sentido, la tratara igual que a ella.

Una vez a solas, preparó una lista mental de todo lo que deseaba llevarse, que no era mucho. No iba a preparar el equipaje todavía, podían descubrirla, pero no debía olvidar nada importante: el tartán de su padre, el velo de novia de su madre, sus guantes de piel, su espada, una buena capa, sus botas y, por supuesto, las escasas joyas y monedas que había logrado reunir en los últimos años, en su mayor parte obsequios de don Pedro tratando de ganarse su favor. Antes de abandonar aquel lugar, sin embargo, debía conseguir las dos bolsas que su padrastro guardaba celosamente en el baúl situado a los pies de su cama, en el dormitorio principal, y pasó parte del día ultimando un plan que le permitiera acceder al cuarto sin ser descubierta. Había preferido no compartir esa información con Angus, porque estaba convencida de que iba a tratar de persuadirla, pero, como él bien había dicho, el camino hasta Escocia era muy largo, e iban a necesitar todos los recursos que pudieran conseguir.

El tiempo transcurría con una lentitud descorazonadora. A la hora de la comida, en cuanto oyó cómo llamaban a la puerta, se echó sobre la cama y simuló estar descompuesta, mientras el ama de llaves entraba y colocaba una bandeja con un cuenco de sopa y un trozo de pan sobre la mesa.

—Don Pedro ha preguntado por vos —le anunció la mujer.

—¿Le habéis dicho que no me encuentro bien? —inquirió, presa del pánico.

—Sí, desde luego. Le he comentado que... en fin, que sufríais de la dolencia de las mujeres.

Gabriela permaneció en silencio, aguardando sus próximas palabras.

—Le he informado de que os subía la comida y que si deseaba que os insistiera en reuniros con él a la hora de la cena.

—Se habrá mostrado contrariado —apuntó la joven.

—Bueno, ya le conocéis. —La mujer se atrevió a sonreír con cierta timidez. Por fortuna, no llevaba allí muchos años y no le guardaba ninguna lealtad especial a su señor—. Ha mencionado que tenía algo importante que comunicaros, pero que bien podía esperar un par de días.

Gabriela asintió y se dejó caer sobre la almohada. Bien, de momento sus planes iban según lo previsto. En unas horas, habría abandonado para siempre aquella casa y aquella ciudad.

Toledo se alza sobre una suave colina junto al río Tajo y en ella convivían con cierta armonía cristianos, moros y judíos. Gabriela la conocía bien, porque la había recorrido con frecuencia en otros tiempos, tiempos anteriores a don Pedro de Hermida. Ahora, en mitad de la noche, Angus y ella la cruzaban a pie y en silencio, saltando de sombra en sombra. Él apenas le había comentado nada sobre el plan de huida y la joven se limitó a seguir sus instrucciones al pie de la letra. En cuanto vio que dejaban atrás la catedral de Santa María y luego la mezquita de las Tornerías supuso que se dirigían hacia la puerta de Alcántara, al este de la ciudad, para cruzar el puente sobre el río.

Angus se detuvo de repente, echó un brazo hacia atrás y la empujó contra el muro de uno de los edificios. Gabriela pudo sentir el frío de la piedra, incluso a través de la capa y las ropas. Aguantó la respiración mientras oía unas voces que se acercaban. Eran al menos tres hombres y se aproximaban por el

callejón situado a la derecha de donde se habían ocultado. Gabriela sabía que eran muchos los rufianes que deambulaban por la noche en la ciudad, buscando a algún incauto al que robarle sus buenos dineros, y echó mano a la faltriquera. La defendería con su vida si fuera necesario, porque era el único modo que tenían de salir de allí. Finalmente, no había logrado sustraer a don Pedro todo lo que esperaba. Se había colado en su habitación durante la cena y solo había encontrado una bolsa de monedas, y bastante menguada. Imaginó que el resto había sido entregado al padre Cosme, lo que significaba que, probablemente, había tenido éxito en su empresa.

Gabriela ahogó una arcada en cuanto sintió la bilis subir por su garganta y Angus presionó aún con más fuerza su menudo cuerpo contra la pared. Tres siluetas se dibujaron entonces a pocos metros, apenas alumbradas por un hachón casi consumido. Iban cantando alguna tonadilla subida de tono, y dos de ellos sujetaban por los brazos a un tercero, que parecía el más perjudicado. Ni siquiera volvieron las cabezas en su dirección y unos minutos más tarde se habían perdido calle abajo. Angus avanzó el cuerpo y asomó la cabeza por la esquina. Luego le hizo un gesto y ambos reanudaron su camino. Pese al frío, Gabriela sentía cómo el sudor había pegado las ropas a su piel.

No anduvieron mucho más. De pronto, Angus se internó en un callejón y golpeó suavemente en una puerta. Dos toques, silencio, un toque. Los goznes apenas chirriaron cuando se abrió, y ambos pasaron al oscuro interior. Gabriela escuchó cómo alguien usaba yesca y pedernal para encender una vela, que iluminó tenuemente la estancia y a quien la ocupaba.

Angus y el desconocido se estrecharon la mano y el hombre le lanzó a Gabriela una mirada rápida. La larga capa de la joven ocultaba su extraña vestimenta, una combinación de prendas que habían pertenecido a su padre y a su hermano Robert, solo tres años menor que ella pero más fornido e incluso más alto. No pareció reconocerla, aunque ella a él sí.

—Ramón Monforte, para serviros —le dijo, tendiéndole la mano.

Gabriela no dudó en estrecharla. Sus dedos eran finos y estaban helados. Tenía el rostro redondeado, las cejas espesas y unos ojos marrones llenos de vivacidad que en ese momento la observaron con renovado interés.

—Os recuerdo...

—Y yo a vos —le dijo ella, con una sonrisa—. Sois el maestro armero, uno de los mejores de Toledo.

—Eso me gusta pensar —afirmó el hombre, con una sonrisa.

—Vos forjasteis mi espada —Gabriela se echó la mano a la cintura— y, durante unas semanas, me enseñasteis a usarla junto a mis hermanos.

—Tu padre y yo no éramos muy avezados en los aceros toledanos —apuntó Angus.

Gabriela se sentía muy orgullosa de su arma, una espada que su padre había hecho fabricar expresamente para ella, más estrecha, corta y liviana de lo habitual, para poder manejarla con soltura.

—Sí, lo recuerdo bien. Erais unos alumnos muy aplicados. —Monforte hizo una pausa y su semblante se ensombreció—. Lamento mucho la reciente muerte de vuestra madre. Era una gran mujer.

—Gracias —balbuceó ella.

—Y ahora dejáis Toledo. —Ramón dirigió una mirada a Angus y luego a Gabriela, y esta vez sí se fijó en sus ropajes—. Y he de decir que en circunstancias harto extrañas.

—No tenemos otra opción —contestó el escocés.

—Entiendo. —Gabriela se preguntó hasta qué punto aquel hombre comprendía de verdad la situación—. ¿Habéis cometido algún delito?

—¿Qué? —se sorprendió ella, y dio un paso al frente—. ¡Por supuesto que no!

—¡De acuerdo, de acuerdo! —contestó Ramón, alzando las manos con las

palmas hacia ella—. Es que todo esto resulta... un tanto sospechoso. Os marcháis a escondidas, en secreto y disfrazados, e imagino que sin informar a don Pedro.

—No quiero convertirme en su nueva esposa...

—¡Oh, Dios mío! ¿Eso es lo que pretende ese bellaco? ¡Pero si sois su hijastra!

—No parece que eso le importe demasiado —señaló Angus.

Ramón los miró a ambos y asintió.

—Supongo que no vais a decirme adónde vais, y casi prefiero no saberlo. Oh, Dios mío. —Se echó las manos a la cabeza, como si de repente comprendiera el auténtico alcance del asunto—. ¡Don Pedro se pondrá furioso cuando descubra que os habéis fugado!

—Sentimos mucho colocaros en una situación tan incómoda, señor Monforte —dijo Gabriela—. Si lo preferís, podemos marcharnos ahora mismo.

Angus le echó una rápida mirada a la joven, y temió que aquel hombre aceptara su propuesta y todos sus planes se vinieran abajo.

—¿Qué? ¡Desde luego que no! —Ramón pareció ofendido—. ¿Cómo se os ocurre algo semejante, chiquilla? Vuestro padre fue un gran amigo. Os ayudaré en todo lo que pueda.

Angus soltó el aire que había estado reteniendo.

—Ahora seguidme —dijo Ramón—. Está todo preparado.

El hombre se dio la vuelta y los guio hasta una habitación mucho más amplia situada en el interior del edificio, en la que una mujer azuzaba un fuego bien provisto. Se incorporó en cuanto ellos entraron. Era bastante más joven que Ramón y muy hermosa. La pareja intercambió una breve mirada cómplice y ella abandonó la estancia con una ligera inclinación de cabeza. Sin duda, se trataba de su esposa.

Junto a la chimenea había dos catres, y frente a ella una mesa de madera,

con varios bultos encima, y tres sillas desaparejadas.

—Aquí está todo lo convenido —dijo el hombre.

Angus echó un rápido vistazo al interior de las alforjas.

—¿Los caballos?

—Junto al establo de la puerta, a mi nombre —respondió Ramón—. Ahora descansad. Las puertas se abren al amanecer. Vendré a buscaros a primera hora.

Se dio media vuelta y salió por la misma puerta por la que habían entrado.

—Siéntate —dijo entonces Angus, volviendo al gaélico. A pesar de llevar allí más de veinticinco años no había llegado a dominar del todo el idioma, tal vez porque siempre hablaba con ellos en su lengua natal.

Gabriela se quitó la capa y obedeció, mientras su amigo rebuscaba en el interior de una de aquellas bolsas. Cuando extrajo unas tijeras, supo lo que iba a ocurrir a continuación, y estaba preparada. Se echó las manos a la cabeza y desató el moño que se había hecho hacía solo un par de horas. Había pensado en cortárselo ella misma antes de partir, pero imaginó que si encontraban los restos de su cabello, eso les daría alguna pista sobre su nuevo aspecto.

Para lo que no estaba preparada, sin embargo, fue para sentir el ruido de aquellas tijeras al cortar su preciosa melena azabache, ni para ver aquellas hermosas guedejas caer al suelo, a su alrededor. Sin poder evitarlo, se le escaparon un par de lágrimas. Allí dejaba gran parte de lo que había sido.

—Volverá a crecerte, Gabrielle —le dijo él, al ver su gesto compungido.

—Lo sé. —Se limpió las lágrimas con la manga de la camisa—. Lo sé, Angus.

El olor a pelo quemado le revolvió las tripas unos minutos después, pero apenas duró unos segundos. Luego, Angus revisó el contenido de las bolsas, llenas de provisiones. Había también yesca y pedernal, mantas, algunas

prendas de ropa, un par de cuchillos, y algunos utensilios para cocinar durante el viaje.

Angus repartió las existencias de forma equitativa, en un silencio absoluto. Gabriela lo observaba con atención, aguardando el momento en el que él la hiciera partícipe de sus planes.

—Será mejor que durmamos un poco —dijo el hombre, una vez finalizó su tarea.

—¿Ahora?

—No podemos abandonar la ciudad hasta el amanecer.

—Sí, lo sé, pero no me has contado nada...

—Gabrielle, estoy rendido —contestó él—. Llevo toda la semana saliendo a hurtadillas del palacete para recorrer la ciudad buscando todo lo necesario para poder huir. No he dormido ni una sola noche entera desde que viniste a verme al establo. Y mañana comenzamos un largo viaje.

La joven se sintió culpable de inmediato.

—Mañana, por el camino, te lo contaré todo.

Gabriela asintió, conforme, y se tumbó sobre su catre. Unos segundos más tarde, lo oyó roncar. Ella era incapaz de cerrar los ojos. Sentía todo su cuerpo hormiguear de impaciencia. La noche se le iba a hacer larga, muy larga.

—¡Despierta, dormilona! —Angus la sacudía con impaciencia.

Gabriela se dio media vuelta, deseando permanecer sumergida en su sueño unos minutos más, hasta que su mente registró dónde estaba y lo que iba a ocurrir ese mismo día. Se incorporó de golpe, y casi golpeó la barbilla de Angus con la frente. El hombre sonrió. Gabriela lo miró, atónita. Angus se había afeitado la cabeza y la barba. Gabriela no recordaba ni un solo día de su vida en el que no hubiera visto aquellas mejillas cubiertas de pelo rojo.

—¿Qué has hecho? —Estiró la mano para acariciar su mandíbula.

—Lo que debía —contestó él, y pasó la mano por su reciente calva—. ¿Cuántos pelirrojos de mi tamaño crees que hay en Castilla?

—Hmmm, ¿uno?

—Lo que yo pensaba...

Gabriela se levantó y alisó sus ropas. Atisbó por una rendija de la ventana y vio que todavía era oscuro.

—Pero Angus, ¡si aún es de noche! —se quejó.

—Las campanas tocaron a laudes hace un rato —dijo él—. No podemos demorarnos.

Angus cortó un trozo de pan y un poco de queso y sirvió dos jarras de agua. Ambos comieron con apetito y no habían finalizado cuando Ramón regresó de nuevo.

—¿Qué tal habéis dormido? —les preguntó, sonriente, como si fuese el dueño de una posada. No hizo ninguna alusión al nuevo aspecto de Angus, aunque le echó un buen vistazo.

—Bien, gracias —respondió ella.

—¿Todo está a vuestro gusto, Angus? —Ramón hizo un gesto con la cabeza en dirección a los bultos que había sobre la mesa.

Angus asintió y se llevó la mano a la cintura para coger la bolsa de monedas que llevaba al cinto. Gabriela comprendió que aquellos eran los pocos ahorros que Angus había logrado atesorar tras una larga vida de trabajo y dedicación, y tuvo que tragarse las lágrimas que se le atascaron en la garganta. Algún día, no importaba cuándo, lograría compensarle todo lo que estaba haciendo por ella.

—Aquí está la otra mitad —dijo Angus.

—No es necesario —respondió Ramón.

—¡Pero teníamos un acuerdo!

—Consideradlo un regalo de despedida —dijo el maestro espadero, un tanto azorado—. Es lo menos que puedo hacer por la hija y el amigo de un hombre al que aprecié de verdad.

Gabriela asintió, incapaz de decir nada. Luego, el armero estrechó con fuerza la mano de Angus.

—Cuidad bien de ella —le dijo.

—Con mi vida, os lo juro.

Ramón asintió y carraspeó para aclararse la garganta.

—Ha llegado el momento.

El escocés tomó las dos bolsas más grandes, además de la que había llevado hasta allí, y entregó las otras dos a Gabriela, que se las echó al hombro. Eran bastante pesadas, pero no tendría que cargar con ellas mucho tiempo.

Ramón los condujo hasta la puerta y allí se despidieron de nuevo.

—Que la suerte os sea propicia, amigos. Creo que la vais a necesitar más que nunca.

Ambos se alejaron y, antes de girar la esquina, la joven echó un último vistazo a su espalda. Ramón permanecía en el umbral, viéndolos partir. Alzó la mano en un último saludo y ella lo imitó. Luego se arrebujó en su capa para evitar el frío de aquella mañana de invierno y siguió los pasos de Angus, cabizbaja. El sol asomaba tímidamente por el horizonte, y ya había carros y personas recorriendo las calles en dirección a la plaza del Zocodover para vender sus mercancías. Quería pasar lo más desapercibida posible.

Todo salió según lo previsto, o al menos eso supuso, pues Angus no emitió ni una sola queja al respecto. Se hicieron con dos caballos de buena estampa y cruzaron la puerta y el puente de Alcántara con el sol alumbrando sus rostros. Gabriela continuaba con la cabeza baja, para no llamar la atención, pero lo cierto es que nadie se fijó en ellos más de lo necesario. Cuando se encontraron

al otro lado del río, soltó el aliento que había estado conteniendo sin darse cuenta.

—¿Y ahora? —preguntó a Angus, echando la mirada hacia atrás para ver, suponía que por última vez, las hermosas murallas de la ciudad en la que había nacido. En ella se quedaba todo lo que le había importado alguna vez.

—Ahora nos vamos a casa —dijo Angus, que espoleó su montura y tomó el camino que partía hacia el norte.

Gabriela se limpió el rostro de lágrimas con la manga de su pelliza y lo imitó. Unos segundos más tarde, ambos galopaban contra el viento y el mundo.

Angus no le explicó su plan hasta mediodía, cuando hicieron un alto para comer y dar descanso a sus monturas. Gabriela se había dado cuenta de que, en lugar de continuar en dirección este, hacia el reino de Navarra para llegar a Francia, habían rodeado la ciudad de Toledo y se dirigían casi en dirección contraria.

Angus cortó unos trozos de chorizo, unos pedazos de pan y troceó un par de manzanas verdes. Con la espalda apoyada sobre el tronco de un olivo, comió con fruición, sin atender la impaciente mirada de su joven compañera. En cuanto se limpió las manos con un poco de agua de su bota, Gabriela dio por iniciado el interrogatorio.

—¿No vamos a Francia?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque ahora mismo se está preparando otra guerra entre Francia e Inglaterra, y no es una ruta segura.

—Entonces ¿adónde vamos?

—A Santiago de Compostela, y de ahí a La Coruña.

—¿La Coruña? —Gabriela había oído nombrar aquella ciudad en algunas ocasiones, pero no lograba ubicarla en el mapa.

—De allí parten con frecuencia barcos hacia Inglaterra, que transportan a los peregrinos.

—¿Cómo sabes todo eso? —La joven achinó los ojos.

—Ya te he dicho que me he pasado la última semana trasnochando. No

imaginas la de cosas de las que se entera uno si tiene los oídos abiertos y unas cuantas monedas para pagar unos vasos de vino.

—Con respecto al dinero...

Angus alzó la mano, cortando sus palabras.

—Eres mi familia, Gabrielle.

—Lo sé, Angus. Y tú la mía.

La muchacha cogió su faltriquera y vació todo el contenido sobre la manta en la que se habían sentado. Luego, echó mano de una bolsa que colgaba de su cinturón, y de ella cayeron una buena cantidad de monedas, un par de anillos, unos pendientes y un collar. No parecían muy valiosos, pero pagarían sobradamente su periplo.

Allí había una cantidad importante de dinero, bastante más que la que Angus había previsto. Una sospecha comenzó a cernirse sobre él.

—¿De dónde has sacado todas esas monedas? —le preguntó.

Gabriela pensó en mentirle, en decirle que las tenía guardadas, pero no fue capaz y permaneció en silencio, sin atreverse a mirarle.

—¿Se las has robado? —insistió él.

—¡Nos las hemos ganado!

—Maldita sea, Gabrielle. —Angus se levantó de un salto—. Ahora sí que estamos perdidos.

—No más que antes —se defendió ella, cabizbaja.

—Oh, ya lo creo que sí. Por si nuestra huida no le pareciese motivo suficiente para perseguirnos, acabas de añadirle uno bien grande. Ahora no descansará hasta darnos caza.

—Yo... lo siento, Angus. Pensé que lo necesitábamos.

—Lo necesitamos, claro que sí. Pero ya habría encontrado la forma de obtenerlo en el camino.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo pensabas hacer eso?

—Tal vez vendiendo mi espada —dijo él, mirando hacia la empuñadura, que sobresalía de la silla de montar.

—¡Angus! ¡Esa espada te la dio tu padre! —Los ojos de Gabriela se humedecieron.

—Él lo habría entendido.

—Aún podemos vender la mía. Es de buen acero toledano, ¿sabes?

—Claro que lo sé —sonrió—. Tu padre y yo la diseñamos y luego fuimos a encargársela a Monforte. El mejor acero del mundo según dicen, aunque no sea escocés.

Angus hizo una pausa, como si de repente se hubiera ido muy lejos, a un pasado que parecía ya muy remoto.

—En fin —continuó—, ya no hará falta que ninguno de los dos se desprenda de su hoja. Lo que está hecho, hecho está. Pero que sepas que jamás habría aprobado un plan semejante, nos has puesto a ambos en un peligro aún mayor. Y no quiero ni pensar en lo que habría podido ocurrirte si don Pedro te hubiera descubierto hurgando entre sus cosas.

No, Gabriela tampoco quería pensarlo.

Angus añadió los escasos fondos con los que contaba y preparó dos montones de similar tamaño.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Dividirlo en dos partes. Si el destino nos separa, tendremos más oportunidades de sobrevivir.

—¡Pero eso no va a suceder! —Gabriela se alarmó. Solo imaginar que tendría que hacer aquel largo viaje sola le provocaba escalofríos.

—No, no va a suceder —la tranquilizó—. Pero hay que estar preparado para todo, ¿de acuerdo?

Gabriela asintió y, cuando Angus finalizó el reparto, guardó su parte a buen recaudo. Lo habían hecho, pensó, habían escapado de Toledo.

—Don Pedro nos perseguirá sin tregua —dijo Gabriela, contrita.

—Seguramente lo habría hecho de todos modos. Ya contaba con ello, por eso hemos salido por la puerta de Alcántara en lugar de por la del Cambrón, que es la que supuestamente deberíamos haber cruzado. Espero que eso entretenga un poco a sus hombres.

—No creo que se deje engañar con tanta facilidad —aseguró ella—. Es un hombre influyente y acudirá al alguacil de la villa. Enviarán soldados en todas direcciones y, aunque voy disfrazada de chico, no será difícil que dé con nosotros. Llamamos demasiado la atención.

—Ya lo he previsto, Gabrielle —la tranquilizó—. Nuestros caballos, nuestras ropas, mi acento, tu rostro... no pasaremos desapercibidos, ni siquiera tras nuestro corte de pelo. —Volvió a pasarse la mano por la cabeza pelada, un gesto que ella ya le había visto hacer en varias ocasiones durante la mañana, como si no se acostumbrara a la falta de su abundante melena—. Ellos dispondrán de más recursos que nosotros y se moverán con mayor rapidez.

—¿Qué vamos a hacer entonces? —inquirió ella, con un pellizco en el estómago.

—Nos vamos a convertir en peregrinos.

—¿En peregrinos?

—Vamos a hacer el Camino de Santiago. El viaje será más lento, pero más seguro.

Ella le lanzó una mirada cargada de admiración.

—Has pensado en todo, ¿verdad?

—En todo cuanto se me ha ocurrido —respondió él, con una sonrisa—. Ahora voy a echar una cabezadita y luego reanudaremos el camino. Nuestra primera parada es Salamanca. Allí comienza la segunda etapa de nuestro viaje.

Angus cerró los ojos, cruzó los brazos sobre el pecho y, un instante más tarde, soltó su primer ronquido. Gabriela le observó durante unos segundos. Nunca había dudado de los motivos por los que el padre de Keilan lo había elegido para acompañar a su hijo tantos años atrás, pero ahora los comprendía mejor que nunca. Angus Campbell era un hombre con muchos talentos ocultos, y una valentía y una fidelidad que ya quisiera ella para sí misma. Decidió imitarle y descansar también un poco. Lo iba a necesitar.

Gabriela estaba tan cansada que apenas conseguía sostenerse sobre su montura. Habían cabalgado durante días, deteniéndose lo justo, y hasta los caballos acusaban la larga marcha. Atravesaron las puertas de la ciudad de Salamanca mediada la tarde, desmontaron y tomaron a los animales de las bridas. Las piernas de Gabriela temblaron al entrar en contacto con el suelo, y se apoyó ligeramente contra su caballo. Angus, en cambio, parecía regresar de un tranquilo paseo más allá de las murallas. El hombre alzó la cabeza y recorrió con la mirada los edificios que les rodeaban.

—¿Ya habías estado aquí? —le preguntó ella.

—No.

—¿Qué buscas entonces?

—Ramón me explicó cómo llegar a donde vamos. Primero venderemos los caballos, son demasiado llamativos, luego regresaremos aquí.

—¿Aquí? —Gabriela volvió la cabeza en ambas direcciones, abarcando cuanto había a su alrededor.

—A esa iglesia —contestó Angus, y señaló el edificio situado a escasos metros de la puerta de la ciudad.

Gabriela observó los muros de piedra arenisca y las diminutas ventanas que adornaban aquel modesto templo, cuyo ábside parecía una protuberante panza.

Pasaron frente a la puerta de madera, cerrada en esos instantes, bajo un arco sostenido por cuatro columnas con sencillos capiteles esculpidos con motivos vegetales. La joven no entendía qué podía tener de especial aquel lugar. Como si Angus hubiera seguido sus pensamientos, volvió a hablar.

—Esta es la iglesia de Santo Tomás Cantuariense —explicó—. Fue fundada por dos hermanos ingleses en memoria de Thomas Becket.

—¿Aquel arzobispo que mandó asesinar el rey inglés, Enrique nosecuántos?

—Enrique II, sí —respondió Angus, que echó un vistazo a los muros que ya iban dejando atrás.

—¿Y qué hace esta iglesia aquí? —preguntó, atónita—. Quiero decir, Becket era inglés, ¿no?

—Yo también me lo pregunté, pero Ramón me contó la historia. El mismo año en que murió Becket, vuestro rey Alfonso VIII se casó con Leonor de Plantagenet, la hija de Enrique. Muchos ingleses la acompañaron hasta aquí, entre ellos dos hermanos arquitectos que se instalaron en Salamanca —continuó—. Cinco años después de la muerte de Becket, cuando el Papa ya lo había incluso canonizado, construyeron esta iglesia.

—¡Vaya! —Gabriela echó la vista hacia atrás para mirar el edificio por última vez, antes de perderse por una callejuela lateral—. ¿Y qué vamos a hacer nosotros allí?

—Vamos a hacernos pasar por monjes benedictinos en viaje de peregrinación desde el priorato de Bradwell, en Buckinghamshire, Inglaterra. Es un lugar lo bastante pequeño como para que nadie haya oído hablar de él.

—¿¿Qué?? —La joven se detuvo de inmediato, y su caballo, sorprendido por el movimiento brusco, le propinó un golpe en la espalda con la testa que a punto estuvo de lanzarla al suelo.

Angus se detuvo un par de pasos más adelante y se volvió. El rostro de Gabriela se había puesto tan blanco que temió que fuese a vomitar allí mismo.

—¡¡No podemos hacer eso!! —exclamó.

—Habla un poco más fuerte, chica, y también podrán oírnos desde el otro lado de la ciudad —masculló el hombre.

—Dudo mucho de que pudieran entendernos —apuntó ella, aunque bajó el tono de voz.

—Nunca sabes cuándo puede haber un escocés cerca. —Angus le guiñó un ojo.

—Angus, arderemos en el infierno si nos hacemos pasar por monjes.

—Si se te ocurre una idea mejor, estoy listo para escucharla.

Gabriela se mordió el labio, tratando de elaborar un plan lo más rápidamente posible. Una mujer cargada con un cesto pasó a su lado y les echó una mirada desconfiada. La joven bajó la cabeza.

—Ya pensaré en algo.

—No hay tiempo.

—Angus, no podemos...

El hombre se acercó a ella, hasta que su rostro quedó a escasos centímetros del de la joven.

—Si dispusiéramos de semanas, incluso de días, podríamos buscar otra solución, pero dudo mucho de que don Pedro esté dispuesto a proporcionarnos ese tiempo añadido.

La sola mención del hombre del que huían derribó de un golpe las reservas de Gabriela.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó al fin, con un hilo de voz.

—Déjame hablar a mí, yo me ocuparé de todo. De hecho, muéstrate todo lo tímida que puedas.

—De acuerdo. ¿Así? —le preguntó, inclinando la cabeza.

—Así parece que te estés mirando los pies. No es necesario que la bajes tanto, ni que dobles la espalda, o también llamarás la atención.

Gabriela rectificó la postura y Angus dio su aprobación.

—No mires a nadie a los ojos ni hables más de lo necesario. Y, si debes hacerlo, procura adoptar un tono ronco. Será mejor que comiences a practicar conmigo ahora.

—¡Vamos a viajar disfrazados de monjes y arderemos en el infierno! —dijo ella, con una voz tan cavernosa que a Angus le pareció como salida de ultratumba.

—¡Por Dios, Gabrielle, no tanto! No queremos asustar a quienes nos encontremos por el camino, ni tampoco que te quemen por bruja.

Gabriela le dio un empujón mientras él soltaba una risotada.

—Solo consigue que suene un poco más grave de lo normal —dijo Angus—. Tienes el aspecto de un jovencito, tampoco le extrañará a nadie que aún no sea muy masculina.

—¿Está mejor así?

—Mucho mejor. Sigue practicando.

Durante el trayecto hasta los establos, Gabriela le contó a Angus todo lo que se le pasó por la imaginación con aquel nuevo tono de voz que le rascaba la garganta y que la obligaba a toser continuamente.

—Será mejor que hables lo menos posible —le dijo él.

—Estoy de acuerdo.

Una vez realizada la venta, se dirigieron a una posada.

—Allí nos espera un paquete con dos hábitos apropiados, que ocultarán nuestras ropas y nuestras armas —le explicó—. Compraremos dos mulas y luego iremos a la iglesia, donde nos proporcionarán los documentos necesarios para convertirnos en peregrinos, por si nos paran durante el camino. Necesitaré que les eches un vistazo, ya sabes...

—Por supuesto, Angus. Pero ¿será suficiente con eso?

—Tendrá que bastar —respondió él, pero esta vez no la miró a los ojos.

Gabriela sintió un oscuro presagio sobrevolar sus cabezas.

—Tengo miedo, Angus. —Detuvo el avance de su amigo y le cogió del brazo.

—Yo también, pequeña —le dijo él.

Angus continuó caminando y ella le siguió con docilidad, con la cabeza baja y rezando en silencio. Durante las siguientes semanas iba a tener que hacerlo a menudo para que Dios los perdonara por el sacrilegio que estaban a punto de cometer.

Highlands, Escocia, otoño de 1356. Clan Montroe

A Malcolm Gabriel Montroe, *laird* del clan Montroe, le pesaban sus casi sesenta y ocho años de vida, e incluso algunos de los que todavía no había cumplido. Atrás habían quedado sus hazañas de juventud, cuando había participado en la batalla de Bannockburn de 1314 junto a Robert the Bruce por la independencia de Escocia y habían aplastado a la caballería inglesa. Atrás quedaba también la derrota de Dupplin Moor en 1332, que había llevado al trono al traidor Edward Balliol, vasallo del rey inglés.

Su mano aún sabía cómo empuñar una espada, pero se sentía incapaz de sostenerla durante demasiado tiempo sin agotarse, y cabalgar tan solo media jornada podía postrarle en cama durante el resto del día. Sin embargo, había conseguido llegar a viejo. Muchos de sus mejores amigos no habían tenido tanta suerte. Vio morir a su cuñado Stuart en Bannockburn mientras luchaba junto a Robert the Bruce; a su querido Archibald Douglas, conde de Marr y regente de Escocia, en Dupplin Moor en 1332; y a su primo y amigo de la infancia Harold en Neville's Cross en 1346, donde el rey David Bruce había sido hecho prisionero. Lo más doloroso, sin embargo, había sido sostener en sus brazos el cuerpo sin vida de su primogénito, Cameron, en Halidon Hill en 1333. Sí, a veces su edad le pesaba demasiado.

Sentado a la cabecera de la larga mesa, se dedicaba a contemplar el ir y venir de sus guerreros, sus acaloradas discusiones sobre el mejor modo de liberar al rey David —prisionero en Londres desde hacía una década—, sus

escaramuzas con los clanes vecinos de los MacMunro o los Rossen por el ganado, e incluso sus proezas en el lecho de alguna moza bien dispuesta. Envidiaba su juventud, su energía, sus posibilidades de futuro.

Casi al final de la mesa principal, un reducido grupo de veteranos bebía con moderación y charlaba sin aspavientos. Habían visto casi tanta sangre como él, y no sentían la necesidad de relatar a los cuatro vientos sus hazañas o de enumerar su particular lista de muertos. La mayoría de aquellos jóvenes, en cambio, no habían participado jamás en una auténtica batalla. Muchos ni siquiera habían tomado parte en las escaramuzas de la última década, cuando eran solo unos chiquillos. Tal vez por eso hablaban de la guerra con tanta ligereza, como si la sangre, la mierda y el polvo fueran algo mágico y romántico. Y sin duda el peor de todos ellos era Fergus, el hijo de su difunto primo Harold. Hacía unos años que se había instalado en la tierra de los Montroe, junto a su madre, y un par de amigos casi tan pendencieros como él. Era arrogante, vanidoso y temerario, pero era sangre de su sangre, y esperaba que su carácter se suavizara con el transcurrir del tiempo. La imagen de su padre, tumbado sobre un charco pestilente en Neville's Cross, asaltó su memoria. Allí fue donde le pidió que cuidara de su mujer y su hijo, y allí fue donde Malcolm prestó su juramento que ahora lo ataba a Fergus y a su madre.

Otro recuerdo vino a sustituir al de su primo. El joven Duncan, ahora jefe de sus guerreros, que lo había acompañado a ese mismo campo de batalla con apenas dieciocho años y que le había salvado la vida. Situado casi al final de la mesa, se mantenía sereno, junto al grupo de los veteranos, observándolo todo como lo hacía él mismo. Sus miradas se cruzaron un instante y el joven alzó su jarra a modo de brindis, y Malcolm no pudo hacer otra cosa que imitarle y darle un buen trago a su bebida.

Una noche más en la fortaleza de los Montroe, despotricando sobre los ingleses y maldiciendo el nombre de los Balliol, mientras corrían el vino y las

viandas. Tal vez por eso, la llegada a trompicones de uno de los guardias de la entrada los pilló tan de sorpresa. Se quedó quieto un instante, como si de repente hubiera olvidado qué hacía allí y, en cuanto localizó a su *laird*, recorrió la distancia a grandes zancadas, ante el silencio general. Por un instante, Malcolm Montroe temió estar sufriendo algún tipo de ataque, aunque los guardias no habían hecho sonar las campanas situadas en los puestos de vigilancia de los muros.

—Señor, tenéis una visita. —Bajó la voz en cuanto estuvo a su altura. Sin embargo, no lo suficiente como para que los que se encontraban más cerca no pudieran oírle.

—¿Una visita? ¿A esta hora? —Malcolm pensó que tal vez alguno de sus aliados hubiera enviado algún mensaje. Bien sabía él que las noticias, en aquellos tiempos, casi siempre eran malas—. ¿Has atendido su caballo? ¿Daba muestras de haber hecho un largo viaje?

—Eso parece, señor.

—¿No puede volver mañana? —preguntó Fergus, recostándose sobre el respaldo de la silla—. Ahora estamos cenando.

Malcolm le dirigió una mirada reprobatoria. No le correspondía a él hacer ese tipo de comentarios, y lo sabía bien. Sospechaba que el joven trataba de comportarse como lo haría un *laird*, convencido de que ese puesto le correspondería en el futuro al ser el único familiar varón que le quedaba, aunque su parentesco fuera más bien lejano.

—¿Quién es? —preguntó entonces, volviéndose al guardia.

—Señor... dice... dice... se ha presentado como el hijo de Keilan Montroe. —El guardia hizo una pausa y tragó saliva—. Es vuestro nieto.

Hacía tanto frío que le castañeaban los dientes. El barro cubría parte de sus

botas y, a pesar de haberse arrebujado bajo su gruesa capa, y de mantener los brazos cruzados sobre el pecho, Gabriela era incapaz de retener el calor de su cuerpo. Si no se guarecía pronto bajo techo iba a morir congelada, a tan solo unos metros de su destino. ¿Cómo podía hacer tanto frío en aquella época del año?

Le había costado mucho llegar hasta allí, mucho más de lo que había supuesto cuando concibió aquella loca aventura, y el tramo final había tenido que hacerlo sola. Se le secó la garganta en cuanto la imagen de Angus, tirado sobre un charco de su propia sangre, acudió a su mente. Trató de no dejarse dominar por el pánico, no quería entrar allí hecha un mar de lágrimas. Sacudió la cabeza para despejarse, y las gotas de lluvia que se habían acumulado sobre su capucha se esparcieron a su alrededor, mezclándose con las que caían del cielo. Pegada al muro del portón de la muralla, alzó los ojos y contempló la pequeña pero imponente fortaleza que se recortaba en el horizonte, a un centenar de yardas al menos. Se accedía a ella por una escalinata de piedra que daba acceso a la enorme puerta, ahora cerrada a cal y canto. No había ni un alma, ni siquiera en el patio que se extendía a los pies de aquella escalera, ni tampoco se veía a nadie junto a las numerosas casas diseminadas por los alrededores. De hecho, excepto a los guerreros de la entrada, no había visto a nadie más. No era un asentamiento vacío, de eso no cabía duda, a juzgar por las luces que se adivinaban tras muchas de las contraventanas. Era solo que su llegada, a la hora de la cena, había sido discreta y silenciosa, y el tiempo tampoco invitaba a pasear por los alrededores.

El guerrero que le había pedido que esperara, tan alto y ancho como Angus, emergió entonces del edificio, a cuya puerta se asomaron unas cuantas cabezas curiosas, y corrió hacia ella para indicarle que le siguiera. Gabriela se puso en movimiento mientras trataba de controlar sus temblores. No quería aparecer frente al clan de su padre como una mujercita debilucha y aterida, que era

justo como se sentía en ese momento. La primera impresión era importante, algo que su madre le había repetido infinidad de veces.

Subió los escalones y se detuvo un instante frente a las puertas para leer el lema del clan grabado sobre el dintel: «No dejamos a nadie atrás». Conocía aquel lema desde su niñez, pero, mientras avanzaba con aquellas palabras sobre su cabeza, pensó que nunca hasta ese momento le habían parecido tan amargas.

La temperatura allí dentro, sin ser del todo agradable, era mucho más cálida que la del exterior, y se echó la capucha hacia atrás. Tres hombres, altos y robustos, se colocaron a su alrededor mientras seguía al primer guerrero. Tras cruzar el umbral, giraron ligeramente a la izquierda y no tardaron en acceder al salón principal.

Gabriela no sabía qué se iba a encontrar allí, pero desde luego no contaba con que hubiera tal número de personas, todas sentadas alrededor de un par de largas mesas. En la cabecera de la más grande, un hombre imponente, con el pelo aún abundante pero teñido de canas, le lanzó una mirada que volvió a dejarla congelada. Con toda probabilidad se trataba del *laird* del clan Montroe. Se levantó en cuanto entró en la estancia, y los demás le imitaron. El hombre caminó unos pasos y se subió a una especie de tarima, sobre la que había colocada una silla ricamente trabajada, como si fuera un trono y él un viejo rey. A su derecha se colocó de pie, y con la mano sobre la empuñadura de la espada, el guerrero más formidable que hubiera visto jamás. El pelo, largo y rubio, le caía sobre los hombros. Tenía la mandíbula tan cuadrada que parecía cincelada en piedra y los labios apretados, formando una estrecha línea. Los ojos, cuyo color era incapaz de distinguir pero que indudablemente eran de un tono claro, permanecían semicerrados y clavados en ella. Oyó cómo otro de los guerreros se dirigía a él llamándole Duncan.

Al otro lado del hombre mayor, se situaron otros dos guerreros, más jóvenes

pero también altos y fuertes, aunque sin alcanzar sus dimensiones. Uno de ellos, con el cabello castaño claro y los ojos de un gris acerado, la miraba con un rictus de desprecio que no intentaba disimular. Todos iban vestidos con la túnica del clan, el tartán, que en gaélico, recordó, se llamaba *feileadh mor*. Cubría el hombro izquierdo, donde se sujetaba con un broche, y gran parte del torso, para acabar en forma de pliegues sobre el *kilt* [1] la falda escocesa, que dejaba parte de las poderosas piernas al descubierto. Ella llevaba también el tartán de su padre desde hacía varios días, bajo la capa, uno de los pocos recuerdos que conservaba de él. Sin embargo, en lugar de *kilt* había elegido usar unas gruesas calzas debajo.

A ambos lados de la tarima se situaron, al menos, una docena de aguerridos guerreros que no contribuyeron precisamente a que se sintiera mejor. Todos guardaban un silencio que casi podía herirla, mientras la escrutaban sin miramientos. Procuró no mirar de forma directa a ninguno de ellos, pero no pudo evitar preguntarse si alguno de sus tíos estaría presente.

—Me han dicho que eres el hijo de Keilan Montroe —tronó la voz del hombre mayor. Le había hablado en inglés.

—Sí, así es —dijo ella en gaélico. Durante los últimos meses con Angus había recuperado todo lo que había perdido desde la muerte de su padre.

—Muchacho, habla más fuerte. No podemos oírte —bramó el hombre situado a su derecha, el tal Duncan. Su rostro mostraba satisfacción al ver que conocía la lengua de los escoceses.

—He dicho que sí, señor —elevó la voz, procurando mantener el tono ronco al que se había acostumbrado durante el viaje.

—¿De dónde vienes?

—De Castilla, señor. —Sus palabras fueron acogidas por un mar de murmullos y los dos guerreros de la tarima intercambiaron una mirada.

—Un largo viaje —apuntó el mayor.

—¿Keilan Montroe se casó con una castellana? —preguntó una voz entre el gentío, que Gabriela no pudo ubicar.

—Sí, señor —respondió, como si la pregunta hubiera provenido también de Duncan. Más cuchicheos acogieron sus palabras, que aumentaron su incomodidad.

—Llevas los colores del clan. —El hombre mayor alzó una mano para calmar a los asistentes.

—Es una de las pocas cosas que conservo de mi padre. También fue él quien me enseñó a hablar gaélico.

—¿Cuál es tu nombre, chico? —volvió a preguntar el primer guerrero.

—Robert Montroe, señor —contestó ella. Había usado el nombre de su hermano durante todo el viaje y pensó que aquel no era el mejor momento para desvelar su verdadera identidad.

—¿Y cuántos años tienes? —volvió a preguntar. El hombre mayor no dejaba de observarla con atención, pendiente de sus respuestas, pero había dejado que su subordinado, con seguridad el jefe de sus guerreros, hiciera las preguntas.

—Acabo de cumplir diecisiete, señor —respondió, ciñéndose a su historia y adoptando la edad de su hermano, además de su nombre. Por el rabillo del ojo vio cómo algunos de los presentes intercambiaban miradas y susurros a media voz, pero mantuvo la vista fija en su interlocutor. Estaba agotada, muerta de hambre, cansancio y frío, y la estaban sometiendo a un interrogatorio sin haberle permitido siquiera tomar asiento.

—Aseguras ser el hijo de Keilan Montroe, pero ¿cómo podemos saber que lo que dices es cierto? ¿Qué te hizo pensar que aquí serías bien recibido? —habló Duncan de nuevo.

—Angus me lo dijo —respondió ella—. Me dijo que el clan Montroe era mi familia.

—¿Angus Campbell? —intervino entonces el hombre mayor, echándose hacia delante.

—Sí, señor —respondió ella.

—¿Y dónde está ese viejo gruñón? —El hombre movió la cabeza, intentando averiguar si había alguien más al fondo de la sala—. Me han dicho que has venido solo.

—Yo... —Pareció que la voz se le iba a quebrar. Tragó saliva e intentó controlarse—. No ha podido llegar hasta aquí.

No estaba dispuesta a contar lo que había sucedido, todavía no. El hombre la miró con desconfianza, pero pareció aceptar su explicación, al menos por el momento. Gabriela no sabía si podía confiar en aquellas personas, ni si tendría que marcharse de allí en cuanto hubieran acabado con las preguntas. De repente le sobrevino un pequeño mareo y se tambaleó ligeramente. Vio al guerrero rubio hacer un ademán para acudir en su ayuda, pero el *laird* alzó uno de sus brazos y lo mantuvo en su sitio. «Me está probando», se dijo Gabriela. Tragó saliva, volvió a erguirse y procuró mantenerse firme en su sitio. Después de todo lo que había pasado para estar allí no iba a consentir que la vieran derrotada.

El silencio volvió a dominar la estancia. Todos los ojos estaban clavados en ella.

—No te pareces en nada a Keilan Montroe —volvió a decir el anciano.

—Dicen que me parezco a mi madre. —Alzó la cabeza, orgullosa.

—Una extranjera —escupió con desprecio el guerrero del otro lado del *laird*.

—¿Fergus! —El *laird* le llamó la atención y volvió a centrar su mirada en ella.

—Mi madre era castellana, es cierto —apuntó ella—. Pero era una mujer

fuerte y orgullosa, e hizo feliz a mi padre. Para mí es un honor parecerme a ella.

—¿Sabes el motivo por el que Keilan no volvió jamás a su tierra? —volvió a preguntar el primer guerrero.

—¿No sabéis lo que fue de él? —Gabriela comenzó a temblar. ¿Es que no estaban al corriente de nada de lo que le había sucedido a su padre desde que abandonó su hogar?

—¿Y bien? —intervino el viejo.

Gabriela pasó de puntillas por la primera parte de la historia, que seguramente ellos conocían de sobra. Keilan Montroe había formado parte de la comitiva, liderada por sir James Douglas, que debía llevar el corazón del rey a Tierra Santa para luchar contra el Islam. Pero el tiempo de las Cruzadas ya era historia para entonces, y en Flandes supieron que los reyes de Aragón y Castilla, con la bendición del papa Juan XXII, luchaban en esos momentos en una nueva cruzada contra los infieles.

—En las cercanías de Toledo, durante un descanso, mi padre quiso hacer una carrera a caballo con un compañero, no recuerdo ahora su nombre... Alastair... algo.

—Mackenzie —apuntó el *laird*—. Alastair Mackenzie.

—Sí, eso es —señaló ella—. Mi padre siempre dijo que ese había sido un gran error, que su juventud y sus ganas de entrar en batalla le habían jugado una mala pasada. —Gabriela guardó silencio. La imagen de su padre contándole aquello le resultó tan nítida que, durante unos segundos, perdió la voz. En la sala no se oía ni el crepitar del fuego, y ese silencio fue lo que la hizo volver en sí. Continuó el relato, en voz alta, pero con la mirada clavada en la punta de sus botas—. Hicieron una carrera a caballo, el animal de mi padre se rompió una pata y ambos acabaron en el suelo. Mi padre se golpeó la cabeza y estuvo inconsciente un par de días. Cuando despertó, no podía mover

la parte derecha del cuerpo. —Pronunció las últimas palabras en un tono mucho más bajo, como si hubiera ido perdiendo fuelle a medida que salían de su boca. Aun así, todo el mundo pudo escucharlas, tal era el silencio que se había instalado en la estancia.

—¿Y luego?

—La familia de mi madre lo acogió en su casa y, bueno, mi padre y ella se enamoraron y un tiempo después se casaron y tuvieron tres hijos.

—¿Por qué no quiso volver a su tierra? —volvió a inquirir el *laird*.

—Decía que, tan impedido como estaba, jamás podría haber sido el guerrero que su clan merecía. Ni siquiera había podido participar en la batalla de Teba, donde perdieron la vida la mayor parte de sus compañeros. No quería ser una carga para los suyos. Yo no... no sabía que no habíais vuelto a tener noticias de él desde que se marchó de las Highlands. ¿Su familia tampoco conoce lo que ocurrió?

—Sir Simon Lockhart estuvo aquí y ya nos contó una parte de la historia —respondió al *laird*—. Solo queríamos cerciorarnos de que tú la conocías.

—¿Sir Simon Lockhart estuvo aquí? —repitió Gabriela, cuya voz la traicionó. El tono inesperadamente agudo llamó la atención de los guerreros. Vio cómo Duncan fruncía el ceño en su dirección y ladeaba ligeramente la cabeza. Lockhart había sido uno de los pocos supervivientes que habían participado en aquella batalla. Los valientes guerreros escoceses sucumbieron en una emboscada de los sarracenos, donde sir James Douglas había caído y perdido el corazón del rey. Sin embargo, el rey moro, al conocer el contenido de aquella extraña urna y el motivo por el que se encontraba allí, lo consideró una causa tan honorable que no tuvo reparo en devolverlo y en entregar los cadáveres de quienes habían hecho aquel largo viaje con él. En el camino de vuelta, un abatido y entristecido Lockhart —según le contó su padre—, hizo una parada para verle y para que regresara a Escocia con ellos. Pero para

entonces, había tomado una decisión y así se la hizo saber. Le dio un mensaje para su familia, aunque nunca supo si había llegado a su destino.

—Sí, vino después de cumplir con sus obligaciones —respondió el anciano—, cuando el corazón del rey regresó a casa y pudo al fin ser enterrado en la abadía de Melrose. —Guardó silencio un instante, como si estuviera recordando aquellos lejanos días—. ¿Por qué no ha venido tu padre hasta aquí, contigo?

—Yo... no... mi padre está muerto, señor. Murió hace años.

Los murmullos recorrieron el grupo de guerreros. El *laird* cerró un momento los ojos, como si lamentara profundamente aquella pérdida. Gabriela supo que le había conocido, igual que muchos de los presentes.

—¿Cuántos? —preguntó entonces.

—Murió en 1349, señor, a causa de la peste —contestó ella—. Igual que mis dos hermanos... quiero decir, mi hermana mayor y mi hermano pequeño.

—¿Y tu madre? ¿Tus abuelos? ¿No tienes más familiares?

—Yo... —Gabriela tosió para aclararse la voz—. Mi madre era hija única y mis abuelos eran muy mayores cuando ella nació. Ella... también murió, señor, hace unos meses. Solo me queda Angus.

«O me quedaba», pensó.

—¿Por eso has venido? —volvió a preguntar Duncan.

—No tenía más remedio, señor —reconoció ella—. Allí... allí no quedaba ya nada para mí.

—¿Cómo sabemos que dice la verdad? —preguntó el tal Fergus, que se adelantó un paso y se dirigió de forma especial al *laird* de su clan. De todos los presentes parecía el más molesto con su aparición, y Gabriela se preguntó por qué.

—Tengo algo que perteneció a mi padre —dijo entonces. Metió la mano bajo su camisa y se quitó una cadena de la que pendía un anillo de estaño, tres

filamentos engarzados que formaban una especie de enredadera. Lo había llevado consigo desde la muerte de su padre. Lo sostuvo sobre la palma de su mano. El guerrero llamado Duncan bajó de la tarima y se acercó a ella. Ella tuvo que alzar la mirada para enfrentarse a sus ojos, de un azul intenso y frío. Tomó la pequeña joya y volvió a su lugar, para depositarla sobre la mano del *laird*. Este soltó un suspiro y observó el pequeño objeto durante largo rato. Todo el mundo estaba pendiente de su reacción.

—Sí, es el anillo de Keilan —reconoció el hombre al fin.

—Bah, ¡podría haberlo robado! —exclamó Fergus.

El *laird* alzó la vista, como si hasta ese momento no hubiera contemplado siquiera esa posibilidad.

—¿Es así, muchacho? —preguntó, en un tono que le heló la sangre.

—En absoluto, señor —respondió ella—. Él me lo entregó en su lecho de muerte. Me dijo que su padre encargó tres anillos similares para sus tres hijos varones, y que él perdió el suyo una vez, durante una cacería. Me explicó que su padre le prohibió volver a casa hasta que lo hubiera encontrado. Pasó tres días con sus noches en el bosque, hasta que al fin dio con él. Jamás volvió a perderlo.

El *laird* se levantó y bajó los escalones, con la mirada fija en ella. Algo había cambiado en él, podía percibirlo en la forma que tenía de mirarla. Ya no quedaba rastro de la frialdad con la que la había estado observando.

—Soy Malcolm Montroe, el *laird* del clan Montroe, el padre de Keilan y, por lo tanto, tu abuelo —dijo, y le dio una sonora palmada en la espalda que a punto estuvo de arrojarla al suelo antes de abrazarla tan fuerte que casi le reventó las costillas—. Bienvenido a casa, muchacho. ¡Bienvenido a casa!

«Oh, Dios mío —pensó Gabriela, cuyas lágrimas ya fue incapaz de contener—. Tengo familia, ¡tengo un abuelo! Gracias, gracias, Señor.»

Antes de que los vítores atronaran sus oídos, echó un rápido vistazo a través

de las lágrimas al guerrero que la había interrogado, que le dirigió un simple cabeceo a modo de bienvenida.

Durante las siguientes horas se vio sometida a un interrogatorio mucho más exhaustivo, aunque también mucho más amable. Todo el mundo quería saber cosas sobre su padre, sobre cómo había sido su vida, sobre qué le había contado a sus hijos de su tierra. Malcolm Montroe hizo que ocupara la silla de su derecha y Duncan se colocó frente a ella. Mientras respondía a las preguntas de su abuelo, sentía sobre ella la mirada inquisitiva del imponente guerrero, que no perdía detalle de sus palabras. Pero también percibía la animadversión del otro hombre, Fergus, que, sentado al lado de Duncan, cuchicheaba con su compañero.

—¿Y qué pasó con Angus, Robert? —preguntó entonces su abuelo.

—Sufrimos el ataque de unos bandidos poco después de llegar a las Highlands —respondió ella, con un nudo en la garganta. Había llegado el momento—. Logramos salir con vida, pero Angus sufrió heridas de gravedad. Una partida de hombres del clan MacNab logró ahuyentar a los bandidos, que consiguieron huir con nuestros caballos.

—¿Angus está con los MacNab? —Los ojos de Malcolm Montroe se abrieron por la sorpresa.

—Eh, sí.

—¡Maldita sea! —masculló Duncan, frente a ella.

Cuando los habían encontrado, aquellos hombres de aspecto fiero habían atendido enseguida a Angus, aunque intercambiaron con él algunas palabras poco amables cuya intención ella no logró descifrar. Les anunciaron que los llevaban a la fortaleza de su *laird* y esa noche, mientras acampaban, Angus la convenció de que no estaban seguros con los MacNab y que no habían hecho un viaje tan largo para que ella se quedara a solo unas jornadas del que sería

su nuevo hogar. Le imploró que escapara, aprovechando la oscuridad, y que viajara hacia el norte, casi hasta los confines de Escocia. Le dijo que resultaba peligroso permanecer allí, que los Montroe y los MacNab nunca se habían llevado bien. Le costaba tanto hablar debido a su herida que ella no pidió más explicaciones. Al principio se negó a abandonarle, pero Angus insistió, insistió tanto que a punto estuvo de perder el conocimiento de nuevo. Permaneció despierta largo rato, mientras los guerreros dormían a pierna suelta, sintiéndose seguros en sus propias tierras. Cuando les escuchó roncar, se acercó a Angus y se despidió de él, aunque el hombre ya no pudo verla. Ni siquiera sabía si aún tenía pulso. Temblando y llorando, desató las bridas de uno de los animales, lo guio con sigilo durante varias yardas y luego lo montó. Miró hacia el cielo nocturno, inusualmente despejado, y localizó la estrella polar. Luego espoleó su montura y se perdió en la noche.

Ahora, al ver el gesto de sorpresa de su abuelo y oír el comentario de Duncan, pensó que, pese a lo mucho que se había arrepentido de abandonarle, tal vez había hecho lo correcto.

—Dios, dime que el caballo con el que has llegado no es de los MacNab — le pidió su abuelo.

—Yo... lo siento. —Gabriela bajó la cabeza—. Angus me dijo que debía huir y llegar hasta aquí lo antes posible.

—¡Estupendo! —soltó el tal Fergus, con una mueca de desprecio tan acusada que su rostro, bastante atractivo, se deformó.

—Basta, Fergus —intervino su abuelo, una vez más—. Hizo lo que Angus le pidió. El chico no sabe nada.

—¿Nada sobre qué?

—Los Montroe y los MacNab llevamos enemistados mucho tiempo, desde Bannockburn —aclaró Malcolm—. Hubo algunas disputas por el lugar que cada uno debía ocupar en la formación contra los ingleses, y los MacNab

querían luchar junto a Robert. Pero ese lugar era nuestro y... en fin, éramos jóvenes e impulsivos. Fingal MacNab y yo llegamos a las manos, lo que no supuso ningún problema, pero jamás ha podido perdonarme que el rey eligiera a los Montroe para cubrirle las espaldas.

—Angus hizo bien al obligarte a dejarle —añadió Duncan—. Si hubieran llegado a descubrir que eras nieto de Malcolm, ahora estaríamos preparando una guerra o el pago de un rescate que no nos podríamos permitir.

Hubo una breve pausa, que Gabriela utilizó para asimilar cuanto le habían contado.

—¿Cómo hiciste el resto del viaje? —continuó el *laird*.

—Rápido —contestó ella, lo que provocó la hilaridad de los presentes—. Angus me dijo que llevara a la vista el tartán de los Montroe, que nadie en su sano juicio, que no fuera un MacNab, atacaría sus colores.

—¡Nadie se atrevería! —exclamó con una risotada el hombre de su izquierda, Gavin, quien, según le habían informado, había sido el mejor amigo de su padre.

—No sé si está vivo o muerto —reconoció ella al fin—. Y me pesa haberme separado de él. Siempre ha sido como un tío para mí.

—El único que te queda, me temo —señaló su abuelo con tristeza.

—¡Creí que mi padre tenía dos hermanos!

—Sí, los tenía. —Malcolm cerró los ojos un instante—. Tu tío Cameron murió en la batalla de Halidon Hill contra los ingleses, tres años después de que Keilan se fuera. Y tu tío Iain murió hace dos, durante una cacería. Fue atacado por un jabalí al que perseguíamos.

—Oh. —Gabriela clavó la mirada en el vaso de cerveza que tenía entre las manos y de la que apenas había bebido un par de sorbos.

—Pero tienes una prima, ¿sabes? —dijo entonces su abuelo, con cierto

brillo en la mirada—. Se llama Agnes y es la hija de Iain. Ahora vive con el clan Fraser, desde que el otoño pasado se casara con uno de sus hombres.

—¿De verdad? —La noticia la alegró mucho más de lo que esperaba—. ¿Y podré conocerla?

—¡Por supuesto que sí! En primavera nos reuniremos durante el festival. Seguro que a ella también le gustará conocerte. Eres el último varón de la familia, quién sabe si mi futuro heredero y próximo *laird* del clan.

Lo dijo guiñándole un ojo, y Gabriela se sintió desfallecer. Había previsto revelarle su verdadera identidad en cuanto se hallaran a solas, y aquellas palabras le produjeron una increíble desazón. ¿Qué ocurriría si el hecho de ser su nieta en lugar del nieto anhelado cambiaba por completo los sentimientos que era innegable comenzaba a demostrar por ella? ¿Y si él no era muy diferente a don Pedro y la rechazaba y la relegaba a un rincón de la casa por el simple hecho de ser mujer? Decidió, en un fugaz instante de lucidez, o tal vez de locura, que de momento iba a mantener su secreto. Pensaba ganarse el cariño de su abuelo día a día, hasta que se cerciorara de que, hombre o mujer, él iba a aceptarla.

Sumida en sus cavilaciones, no vio la mueca de desdén que se dibujó en el rostro de Fergus, que vació de un trago su jarra y abandonó la mesa.

La primera noche le permitieron descansar en una alcoba de la fortaleza. Allí pudo, al fin, lavarse a conciencia y despojarse de las vendas que comprimían su pecho y ocultaban su condición de mujer. Pensó que ya no iba a necesitarlas durante mucho más tiempo. En unos días, ese episodio de su vida quedaría atrás.

Una vez se hubo quitado el polvo del camino, estaba tan agotada que apenas se sostenía sobre sus pies. Se metió en la mullida cama y durmió de un tirón casi catorce horas.

El sol estaba bien alto cuando abrió los ojos y se maldijo por haber dedicado tanto tiempo al descanso, por muy merecido que este fuera. No quería que pensarán que era una holgazana, o que se aprovechaba de su condición de nieta del *laird*, a pesar de que este le había dejado bien claro la noche anterior que, en cuanto se hubiese recuperado del largo viaje, sería tratada de igual modo que el resto de jóvenes del clan.

Bajó al salón principal, donde la mayoría de hombres se habían reunido para el almuerzo, y volvió a ocupar un lugar junto a su abuelo, que en esta ocasión apenas si le prestó un minuto de atención. Al quedarse la sala vacía de nuevo, Gabriela decidió que daría un paseo por la zona, para empezar a conocerla.

Al salir de la fortaleza, vio a más de un centenar de guerreros que practicaban con las espadas en el patio delantero, una visión que le cerró la garganta. Componían un ejército formidable, disciplinado y temible. No quiso permanecer mucho rato allí, contemplándolos embobada, así es que bajó la

escalinata y vagabundó por los senderos que partían de aquel lugar, jalonados por cabañas de distintos tamaños. Todo el mundo la saludaba a su paso, aunque nadie interrumpió su paseo.

Subió luego a las almenas, desde donde pudo observar a placer toda la amplitud de la colina. La parte sur se hallaba despejada, y formaba un manto verde salpicado de árboles y rocas. Por las laderas este y oeste se arracimaban más viviendas, que le hicieron pensar que aquel enclave era más importante de lo que había supuesto en un principio. Más allá, algunos campos de cultivo, encajados en la espinosa orografía como parches sobre un tapiz. En la cara norte, apenas una docena de casas y, al pie de la colina, lo que parecía un cementerio, otro puñado de campos de labor y un bosque que delimitaba la zona. Uno de los guardas le dijo que, más allá del bosque, que no era demasiado extenso, había un pequeño lago y un río, que proporcionaba abundante pesca. Hasta que cayó la tarde, Gabriela estuvo admirando aquel paisaje espectacular, pintado en un tono de verde que jamás había visto. Le recordaba al que Angus y ella habían encontrado durante su breve paso por tierras gallegas pero allí parecía incluso más brillante, más puro.

Después de la cena, le comentó a su abuelo que ya había descansado lo suficiente. Necesitaba hacer algo con su tiempo, no podía permanecer más horas ociosa, limitándose a pasear por los alrededores. A él pareció agradarle su buena disposición y Gabriela pensó que ya había dado un pequeño paso para comenzar a ganarse su cariño.

Esa noche durmió en el salón principal, sobre un puñado de juncos secos, rodeada de un buen número de guerreros del clan que acompañaron su sueño con ronquidos y ventosidades. En cuanto clareó el día, salió a toda prisa para hacer sus necesidades y lavarse un poco, y volvió justo a tiempo de ver cómo los demás abrían los ojos y se desperezaban sobre la piedra helada. Ni

siquiera el fuego de la chimenea, encendido durante toda la noche, había sido capaz de barrer el frío de los suelos.

Gabriela sentía cada músculo de su cuerpo entumecido, y ni siquiera las capas de ropa que llevaba conseguían atenuar la sensación. Aquellos hombres, sin embargo, no tuvieron más que darse unas cuantas palmadas, tan enérgicas que parecían truenos, para entrar en calor. Poco después, entre risas y chanzas, devoraban el desayuno que había sido colocado sobre las mesas.

Ella se limitó a mordisquear un trozo de pan y un pedazo de queso. Su abuelo había hablado con Duncan para que se hiciera cargo de ella, tal como hacía con los otros jóvenes del clan, pero no estaba muy segura de a qué se refería con exactitud.

En ese momento, el propio Duncan entró en la estancia. No hizo falta que pronunciara ni una sola palabra. Todos los hombres se pusieron en pie y lo siguieron mientras volvía a salir al exterior. Dos jóvenes guerreros se quedaron rezagados y se dirigieron hacia ella. Gabriela tuvo que alzar la mirada. El más bajo de los dos le sobrepasaba casi una cabeza.

—¿En tu país sois todos... así? —le preguntó el más alto, mirándola de arriba abajo.

—¿Así, cómo? —inquirió ella.

—Pues así... enclenques.

—¡Yo no soy enclenque, *fantoche*! —gritó ella, insultándolo en español. El chico no dijo nada, se limitó a alzar las cejas—. ¡Aún soy joven! Solo tengo diecisiete años. Todavía tengo que crecer, estoy seguro.

El más bajo soltó una risita.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó ella, molesta.

—Neall tiene solo quince —dijo el más bajo, que señaló a su compañero—. Y yo catorce.

Gabriela volvió a observarlos con detenimiento. Era cierto que sus rostros

podían ser los de dos adolescentes, pero desde luego sus cuerpos no lo eran. Cualquiera de ellos podría romperle la espalda con un simple abrazo. ¿Qué diantres comían en aquellas tierras?

—Vas a entrenar con nosotros —aclaró Neall.

—¿Entrenar?

—Son órdenes de Duncan. Y aquí lo que dice Duncan es la ley.

—Pero ¿mi abuelo sabe...?

—Tu abuelo es quien lo ha ordenado. Eres un Montroe, debes entrenar —la interrumpió Neall.

—Tendrás espada, imagino —intervino el otro.

—¡Por supuesto que tengo espada! —replicó.

Se echó la mano hacia el hombro y desenvainó una espada corta y estrecha que llevaba sujeta a la espalda, como su padre le había enseñado a hacer.

El amigo de Neall soltó una risotada.

—Lo que yo decía... enclenque.

Gabriela, roja de furia, estuvo a punto de replicar, pero los dos jóvenes se dieron la vuelta para salir de la estancia. Neall le hizo un ademán con la cabeza para que los siguiera. No tardó en comprender el motivo de su burla. Ambos llevaban colgadas de sus respectivas espaldas dos espadas de más de un metro de largo, y tan anchas como su brazo. Contempló la hoja de la suya, que tan mortífera le había parecido hasta hacía unos instantes, y resopló. Los siguió de mala gana, preguntándose si había llegado al fin su último día sobre la Tierra.

Más de un centenar de guerreros entrenaban supervisados por Duncan, que se movía entre ellos con los brazos cruzados, valorando, corrigiendo o dando algún empellón con el hombro a los que no obedecían sus instrucciones de

inmediato. Era una figura imponente en medio de otras muchas del mismo tenor, y Gabriela fue incapaz de reprimir un escalofrío. Cuando cogió la espada y comenzó a luchar contra uno de sus guerreros, ella no pudo evitar recordar a Angus, en una posición muy similar a aquella.

Después de abandonar Salamanca, con los papeles que los convertían en peregrinos, siguieron el viaje hasta Zamora. Se hospedaban en las posadas y hospitales que jalonaban el camino y, como peregrinos, fueron bien atendidos y acogidos. Gabriela hablaba poco, como le había indicado Angus, y permanecía la mayor parte del tiempo con la cabeza baja. La capucha de la capa ayudaba a ocultar su rostro. Bajo ella, el tosco hábito marrón cubría sus calzones y el resto de la indumentaria que llevaba debajo, incluida su espada. En mitad del camino, un fuerte chaparrón los pilló desprevenidos y, cuando al fin lograron encontrar cobijo, estaba calada hasta los huesos.

Pasó la noche consumida por la fiebre, y el día siguiente también. Aunque Angus le rogó que guardara cama al menos un día más, ella se negó en redondo. No podían perder tiempo, y se encontraba lo bastante bien como para continuar el viaje, o al menos eso pensó ella.

A lomos de la mula, bajo un cielo plomizo y con temperaturas gélidas, su estado no hizo sino empeorar. Le parecía ver a don Pedro en todas partes, persiguiéndola al frente de una jauría de lobos, y luego rodeada de soldados con el ceño fruncido, que la acosaban con las puntas de sus lanzas. A media mañana, perdió el conocimiento sobre su montura y estuvo a punto de dar con sus huesos en el suelo si Angus, que no le había quitado ojo de encima, no la hubiera sujetado por la cintura.

Despertó un rato más tarde, arrebujada en su capa, cubierta por una manta y junto a un fuego que Angus había logrado encender, en un pequeño claro rodeado de árboles. Sentía la garganta inflamada, y los ojos a punto de salirse

de sus órbitas. La cabeza le daba vueltas y solo pensaba en una cama mullida y cálida donde poder morir en paz.

Volvió a abrir los ojos unas horas más tarde, cerca del crepúsculo, sobresaltada por el ruido del entrechocar de unos aceros. El cielo, más despejado, se había teñido de naranjas y púrpuras. Al volver la cabeza pensó que la imagen que tenía ante sí era otra de las muchas pesadillas que la habían asaltado sin cesar. Angus estaba de pie, a unos pasos, con la espada en alto, y luchaba contra tres hombres desharrapados y mugrientos. Uno de ellos llevaba un puñal largo, y trataba en vano de desarmar al escocés. Angus alzó una de sus piernas y golpeó con el pie el costado de uno de ellos. Con el codo rompió la nariz del segundo, cuyos aullidos casi reventaron los tímpanos de la muchacha. El tercer hombre, que parecía poseer cierta destreza con la espada, era un enemigo más temible. Gabriela cerró los ojos con fuerza, con la esperanza de que la pesadilla se disolviera tras sus párpados. Cuando los volvió a abrir, Angus atravesaba con su hoja el brazo de aquel bandido, que quedó de rodillas en el suelo, sujetándose la extremidad y sin parar de chillar. No pudo escuchar lo que les dijo Angus, pero los otros dos lograron incorporarse y cogieron a su compañero herido por debajo de las axilas. Los vio desaparecer en la espesura, como si jamás hubieran estado allí.

La imagen ahora de Duncan alzando la espada la obligó a parpadear varias veces seguidas, para alejar la imagen de su amigo. Él estaba tan absorto en su faena que no la vio, y ella se quedó allí parada, contemplando sus brazos musculosos, sus formidables piernas y aquel rostro de piedra rodeado de un halo dorado. El recuerdo de Angus se había evaporado y el corazón comenzó a golpearle con furia las costillas. Entonces él volvió la cabeza y sus miradas se encontraron. Gabriela sintió como si un rayo la hubiese alcanzado, pero el

rostro de él permaneció impasible. Incluyó ligeramente la cabeza a modo de saludo y luego desvió la vista hacia los dos jóvenes que la acompañaban, que habían continuado sin ella y se hallaban a cierta distancia. Volvió a mirarla, con una de sus cejas alzada, una pregunta muda que ella captó de inmediato. Volvió en sí y se apresuró a alcanzar a sus compañeros, mientras Duncan regresaba a sus tareas. Gabriela respiraba con dificultad y se convenció de que era debido al frío que hacía allí fuera. Aunque no llovía, los alrededores estaban cubiertos de un barro espeso como la brea, y un fuerte viento barría la zona.

Alcanzó a Neall y a su amigo antes de que giraran a la derecha, donde al parecer se entrenaban los más jóvenes. Gabriela se detuvo en seco. Allí había niños de todas las edades, algunos con espadas de madera, otros con armas auténticas y unos cuantos, los mayores, con esas espadas tan inmensas iguales a las de los adultos. Neall y su amigo se aproximaron a un nutrido grupo de guerreros adolescentes, y Gabriela hizo lo propio. Apenas rozaba el hombro del más menudo de ellos, lo que no contribuyó precisamente a aumentar su confianza.

—Ya estamos todos —anunció Neall.

Un adulto, que charlaba con otro de los jóvenes, se dio la vuelta y contempló al grupo. Saludó a Gabriela con un cabeceo y formó varias parejas, que comenzaron a moverse y a luchar. Ella y algunos de los más jóvenes se quedaron a un lado. Procuraba no perder detalle de los movimientos que hacían sus compañeros, de cómo colocaban los pies, las caderas o los hombros. Blandían la empuñadura con las dos manos, ni siquiera podía hacerse una idea de lo que debía pesar una de aquellas armas.

—¿Tienes espada? —le preguntó entonces el adulto.

—Sí —dijo ella, y bajó la vista. Ahora le daba vergüenza mostrarla.

—¿La has dejado en Toledo? —inquirió él de nuevo, mirándola con fijeza.

—¿Qué? Oh, no, no, la tengo aquí —respondió ella, que sintió las mejillas al rojo vivo.

Tras más de cuatro años sin empuñar un arma, desenvainó por segunda vez ese día y se mordió la lengua, mortificada por las risitas de sus compañeros, todos unos niños. El hombre, en cambio, no dijo nada. Se dio la vuelta y entró en uno de los edificios sin pronunciar una sola palabra. Regresó con dos espadas, una tan grande como la de Neall y otra algo más pequeña y estrecha. Le tendió ambas.

En ese momento, por el rabillo del ojo, vio cómo aparecía Duncan, seguramente para observar el progreso de los más jóvenes del clan. Y, aunque la intención de Gabriela había sido coger la que parecía más liviana, un impulso la obligó a tomar la otra. En cuanto sujetó la empuñadura y el hombre retiró la mano, la hoja se venció hacia abajo y golpeó el suelo de piedra con estrépito. Pesaba al menos tres veces más que la suya. El adulto le lanzó una mirada de reproche y ella, cabizbaja, usó las dos manos para empuñarla y logró alzarla lo suficiente como para hacer dos pases que cortaron el aire. No hubiera podido hacer tres ni aunque le hubiera ido la vida en ello.

—Será mejor que empieces con la más pequeña —dijo entonces Duncan, que se había aproximado hacia el grupo—. ¿Tu padre no te enseñó?

—Mi padre me enseñó a luchar muy bien, solo que con otro tipo de arma, más liviana, hecha con el mejor acero toledano —respondió, sin mirarlo directamente.

—Está bien... —respondió Duncan, en absoluto impresionado con su perorata—. Callum, dale la otra.

El tal Callum volvió sobre sus pasos y le tendió la espada. Gabriela devolvió la que tenía entre las manos y empuñó la nueva. También era pesada, pero mucho más manejable. La movió un poco en el aire.

—No, así no —dijo Duncan.

Gabriela volvió la cabeza y se encontró con aquellos ojos celestes fijos en los suyos. Carraspeó para tratar de serenarse y volvió a dirigir la mirada hacia la afilada hoja. Duncan se colocó detrás de ella, pegó su cuerpo al suyo y guio sus manos hasta que cogieron la empuñadura de forma correcta. Unas gotas de sudor bajaron por la espalda de Gabriela, que sentía sobre su nuca el aliento de aquel hombre.

Cuando las manos de él se colocaron sobre sus caderas para girarla en la dirección correcta, las de ella se volvieron gelatina y la espada cayó al suelo, otra vez, lo que de nuevo provocó la hilaridad de los más jóvenes, que no perdían detalle de la instrucción. Una sola mirada de Duncan bastó para hacerlos callar.

—Volvamos a empezar.

Gabriela se agachó y la recogió. Duncan repitió el proceso y esta vez ella trató de mantenerse tranquila. El hombre pegó las caderas a las de ella, y con los muslos guio sus pasos. En un momento dado, rodeó su cintura con uno de sus musculosos brazos para conseguir que ella hiciera un extraño giro con el cuerpo, una maniobra para evitar un posible ataque del contrario, aunque en ese momento ella luchara solo contra el aire. Pero él la soltó de inmediato y la falta de un apoyo firme a su espalda provocó que trastabillara hacia atrás. Él colocó la palma de su mano sobre su hombro para equilibrarla de nuevo y ella se volvió, preguntándose qué había sucedido.

El hombre le dirigió una mirada rápida y se separó unos pasos.

—Continúa tú, Callum —dijo, dando media vuelta y alejándose a grandes zancadas.

Gabriela contempló alejarse aquella espalda musculosa y aquellos anchos hombros que podrían haberla transportado por toda Francia sin detenerse a descansar. Apenas tuvo tiempo de nada más, Callum se situó tras ella e imitó

los movimientos que había realizado Duncan, aunque su pulso no volvió a alterarse.

Duncan era consciente de que ese día se había excedido en el entrenamiento con sus hombres. Había llegado a luchar hasta con tres de ellos, a los que había derrotado limpiamente. Pero ni aun así había conseguido liberarse de la extraña sensación que lo había embargado cuando entrenó con el joven Rob Montroe. No sabía muy bien qué era lo que había ocurrido, por qué el olor de la piel del muchacho había inundado sus fosas nasales ni por qué los suaves rizos de su nuca le habían alterado el humor. Desde luego, sabía que había hombres a los que les gustaban otros de su mismo sexo, pero jamás hubiera imaginado que él pudiera ser uno de ellos.

Sentado en el comedor, junto a una buena jarra de cerveza, vio entrar al joven Rob, que caminaba como si se hubiera caído del caballo... dos veces seguidas. Apenas podía levantar los brazos y su rostro estaba tan blanco y demacrado que daba pena verlo. Tendría que hablar con el *laird*. Aquel muchacho no estaba acostumbrado a luchar como los escoceses, ¡si ni siquiera había desarrollado la musculatura de los brazos! Iba a necesitar una dedicación especial hasta que fuera capaz de sostener una espada de batalla sin caerse al suelo con ella. Mientras observaba cómo tomaba un pedazo de pan y un trozo de carne, y se sentaba en un rincón a comérselo, volvió a sentir ese aguijonazo en alguna parte de su interior, que provocó también un cosquilleo en su entrepierna.

Tensó la mandíbula y logró controlar sus emociones. ¿Qué le estaba pasando? ¡A él le encantaban las mujeres! ¡Pero si incluso había estado casado! Tal vez fuese eso, llevaba demasiado tiempo sin yacer con una, y ese joven era tan delicado que sin duda había despertado sus instintos.

Recorrió con la mirada al resto de los presentes, deteniéndose en los más jóvenes, y su cuerpo no experimentó ningún sobresalto, ni siquiera un pestañeo. Se levantó de la mesa, se disculpó con el *laird* y abandonó el salón con paso resuelto, sin dirigir la vista a nadie ni responder a los saludos. Sabía perfectamente lo que debía hacer. Iría a visitar a Rhona, una viuda de muy buen ver que atendía con gusto las necesidades de los solteros del clan. Estaba decidido a ponerle remedio cuanto antes a una situación tan absurda.

Gabriela tenía los músculos tan doloridos que apenas era capaz de ponerse en pie. Sentía los brazos como si fueran de piedra, y llevarse la comida a la boca le suponía un esfuerzo sobrehumano. Percibió la mirada de su abuelo sobre ella, pero ni fuerzas tuvo para enderezar la espalda. Ella se había retirado a un discreto rincón, y él presidía la mesa principal, como la noche anterior. Duncan no estaba, le parecía haberlo visto salir, pero sí estaba el tal Fergus, que hablaba con su abuelo y le lanzaba miradas de soslayo. Intuyó que le estaría contando el desastre que había supuesto su primer día, y que el *laird* no estaría precisamente orgulloso del que creía su nieto, pero en ese momento le importaba todo un ardite. Solo deseaba que todo el mundo se retirara, que el salón se quedara vacío, poder reunir un buen puñado de paja y tumbarse sobre ella para morir en paz.

Sintió las lágrimas deslizarse por sus mejillas y se las limpió de un manotazo con la manga de su camisa. No quería sentir lástima de sí misma, y eso era exactamente lo que estaba haciendo. Cerró los ojos, tratando de tragárselas, y el interior de los párpados se inundaron con escenas de otro tiempo, de cuando tenía una familia y vivía feliz en Toledo. Pensó en levantarse e ir en busca de su abuelo, para confesarle quién era en realidad, pero antes de hacerlo miró en su dirección y vio cómo él y Fergus la miraban

con atención. Aquel joven no le gustaba. Apenas habían intercambiado un par de frases, pero intuía su desprecio, y alguna otra cosa que aún no había logrado identificar. Se preguntó quién sería y qué relación lo unía al *laird* del clan Montroe.

Ambos hombres desviaron la vista y volvieron a su conversación, y ella pegó el culo al asiento. Había cambiado de opinión.

Megan Montroe ocupaba una de las estancias del piso de arriba. Como la viuda de Harold, el fallecido primo del *laird*, poseía ciertos privilegios, y sabía bien cómo aprovecharlos. En ese momento, su hijo Fergus paseaba nervioso por la habitación, con una copa de vino medio vacía entre las manos. Ya era la tercera que se tomaba desde que había entrado en el cuarto.

La chimenea chisporroteaba alegremente, proporcionando cierta calidez al ambiente, y ella se había reclinado sobre el respaldo de la silla mientras aguardaba las palabras de su joven e impulsivo hijo.

—Ese estúpido lo va a estropear todo —masculló él, finalmente.

—¿El joven Rob?

—Sí, claro, ¿quién si no? —espetó con rabia.

—Soy tu madre, Fergus —le cortó ella—. Recuerda tus modales.

—Lo siento, madre. —El muchacho tomó asiento y vació la copa de un trago—. ¡Es que estábamos tan cerca!

—Bueno, tal vez no tanto como hubiéramos querido —reconoció la mujer—. Malcolm aún está en buena forma y goza de una excelente salud.

—Algo que se podría remediar...

—Ssssh —lo interrumpió—. No seas estúpido, hijo.

La mujer recorrió la habitación con los ojos, como si esperara ver emerger

a algún espía del rincón más inesperado. Fergus comprendió el gesto de inmediato y bajó la voz.

—Ahora que ha aparecido su nieto, mis posibilidades de convertirme en *laird* han disminuido.

—Pero no han desaparecido del todo. Cuando Montroe muera, tienes que haberte convertido en un guerrero intachable, apreciado y respetado por todos. Solo así te aceptarán como nuevo *laird*. Ser casi el sobrino de Malcolm Montroe es una ayuda, solo un paso, pero no el más importante.

—Pero ahora podría haber otro candidato...

—Es débil, y ni siquiera ha nacido en esta tierra. ¿Crees de verdad que obtendría más apoyos que tú?

—Tal vez no, pero podría aprender muy rápido, y fortalecerse.

—Fergus, tú solo tienes tres años más que él. ¿Recuerdas cómo eras a su edad?

El joven guardó silencio.

—Eras casi tan alto y tan corpulento como ahora, igual que todos los guerreros escoceses. ¿Crees de verdad que ese chiquillo alcanzará algún día tu envergadura, o la de cualquiera de vosotros?

Fergus sonrió de medio lado.

—De todos modos —continuó ella—, será mejor estar atentos y ver cómo progresa.

—Esta mañana se le cayó la espada al suelo en cuanto Callum se la dio. — Soltó una risotada.

—¿Lo ves, querido? Aún es pronto para preocuparse.

—Sí, tal vez tengáis razón.

—Ahora será mejor que te vayas a dormir. Si hasta ahora has entrenado con interés, deberás redoblar tus esfuerzos. Todo el mundo debe saber qué sangre corre por tus venas.

Fergus se levantó, le dio un beso en la mejilla y se retiró a su habitación, que compartía con sus dos amigos más íntimos. Megan Montroe se sirvió una copa y permaneció junto al fuego durante largo rato, calibrando las posibles consecuencias que la llegada del joven Rob podría traer a sus vidas.

Echaba de menos su cama. Echaba de menos la calidez de unas sábanas y una almohada confortable. Extrañaba despertarse en una habitación para ella sola, rodeada de sus cosas, con ropa limpia esperándola y un buen desayuno caliente. Y echaba de menos el clima cálido de su ciudad natal. Echó un rápido vistazo fuera y comprobó que llovía. A pesar de la gruesa manta con la que se había arropado, sentía tanto frío que era incapaz de mantener la boca cerrada. El entrechocar de sus dientes ya había llamado la atención de algunos de sus compañeros.

Otra mañana más en aquella tierra inhóspita y helada, rodeada de guerreros inmunes a aquellas temperaturas, que charlaban y reían en mangas de camisa como si fuera un soleado día de primavera.

Le dolían todos y cada uno de los músculos de su cuerpo, incluso los dedos, que sentía agarrotados tras varios días empuñando una espada. Había pasado esa noche dando vueltas, incapaz de hallar una postura lo bastante cómoda para relajarse.

«Jamás me acostumbraré a esto», se dijo, vencida por el cansancio y el desánimo.

Echaba de menos su casa, la casa que había tenido una vez. Y también echaba de menos a Angus, muchísimo. Se preguntó si habría logrado recuperarse de sus heridas, si el clan MacNab lo trataría bien. Rezaba por él a todas horas, imaginaba su sonrisa mellada, aquella barba rojiza que había vuelto a colorear sus mejillas y aquellos ojillos chispeantes y perspicaces que captaban hasta los más nimios detalles.

—¿Estás preparado? —Una voz la sacó de su ensimismamiento.

Duncan estaba frente a ella, con los brazos cruzados a la altura del pecho. Su figura resultaba tan imponente que apenas pudo reprimir un escalofrío. A pesar de verle todos los días, casi siempre a cierta distancia, no terminaba de acostumbrarse a su desconcertante estampa.

—¿Preparado? ¿Vamos a ir hoy al campo de entrenamiento?

—¿Acaso lo dudabas?

—¡Pero si está lloviendo!

Duncan echó un vistazo hacia la puerta entreabierta y volvió a clavar en ella su mirada helada.

—Solo son unas gotas. ¿En tu tierra no llueve?

—Oh, sí, claro que sí. Pero nos quedamos en casa.

Duncan hizo una mueca.

—Ya veo. Imagino que por eso nuestros guerreros fueron tan bien acogidos por tu rey.

Gabriela hizo una mueca. Era cierto. Sabía que el rey Alfonso XI de Castilla los había recibido en Sevilla con gran entusiasmo y, a juzgar por el aspecto de aquellos hombres, intuyó que también con cierta sorpresa. Se preguntó entonces cómo Duncan conocía aquella información.

—¿Y cómo sabes tú eso? —inquirió.

—Lockhart nos lo dijo, o al menos se lo dijo a nuestro *laird*. Yo aún era un niño y apenas lo recuerdo, pero es una historia que se cuenta sin cesar en las largas noches de invierno.

—¿En serio? —Gabriela supo que a su padre le habría gustado formar parte de aquella leyenda.

—Sí, en serio. Hoy voy a entrenarte yo, parece que no avanzas lo suficiente con Callum. Tienes mucho que aprender todavía.

Gabriela asintió con desgana y lo siguió al exterior. Sus palabras eran

ciertas, no lograba mover aquel espadón con suficiente destreza, y Callum no podía dedicarle el tiempo que sabía que precisaba.

Duncan caminaba con brío, obligando a sus músculos a entrar en calor. Era cierto que hacía frío. Septiembre finalizaba cargado de agua y ventisca, aunque en aquellas latitudes ya habían aprendido a lidiar con esas temperaturas. Pero aquel jovencito provenía de un lugar situado mucho más al sur donde, imaginaba, el frío no sería tan acerado. No podía evitar sentir cierta lástima por el muchacho que, pese a resultar evidente lo dolorido que se encontraba, no había emitido ni una sola queja.

«Es un Montroe», se dijo con orgullo.

Caminó hasta un claro cerca del muro defensivo, lejos de las miradas de los demás. Era consciente de las muchas carencias del joven y no quería convertirlo en el hazmerreír de sus compañeros. Unas cuantas semanas de duro adiestramiento y pronto podría volver a ejercitarse junto a los demás.

Lo obligó a situarse junto a él y a coger la espada con ambas manos. Le había dado para entrenar una de las de madera, para que los movimientos fueran más fluidos. Con lentitud, fue indicándole cómo situar los pies y cómo ir moviendo el cuerpo para no perder el equilibrio, porque aquella hoja era muy distinta a la que el chico llevaba encima y que se podía manejar con una sola mano. Cuando estuviera listo, debería poder empuñarla con destreza. Aunque, a juzgar por los escasos músculos que se adivinaban en sus brazos, eso iba a tardar mucho tiempo en suceder.

El joven aprendía rápido, era evidente que poseía cierta formación. Una fina capa de sudor cubría su pálido rostro y algunas gotitas se habían quedado suspendidas sobre su bien formado labio superior. Estuvo tentado de pasar el pulgar por encima para quitárselas. Ese pensamiento hizo que fuese él quien

perdiese el equilibrio y la espada se venciera hacia un lado. Una risotada infantil celebró su maniobra.

Duncan se volvió hacia su izquierda. Allí, sentado sobre un poyete, arrebujado en una manta, estaba su hijo de seis años, Micheal. Tenía húmedos los rizos rubios, que se pegaban a su cráneo, y mordisqueaba un trozo de torta. El joven también se había detenido y observaba al niño con atención.

—Micheal, hace demasiado frío para que estés ahí sin hacer nada.

—Sí, padre.

«¿Padre?», se preguntó Gabriela, que se había quedado contemplando a aquel querubín. Así es que Duncan estaba casado y tenía un hijo. Sin saber muy bien por qué, esa información le causó cierta congoja. Se había esforzado durante toda la mañana para impresionar al guerrero, aunque con escaso éxito. Deseaba que valorara su esfuerzo, sus ganas por hacer las cosas como él quería. Aún estaba lejos de alcanzar su objetivo, pero estaba decidida a emplearse a fondo.

—Será mejor que te unas a nosotros para entrar en calor —le dijo entonces Duncan a su hijo.

¿Unirse a ellos? Gabriela observó cómo el niño se deshacía de su manta y se dirigía hacia donde se encontraban, mientras extraía de su cinto una pequeña espada de madera. Muy serio y muy concentrado, se colocó al lado de su padre, que quedó flanqueado por ambos.

—¿Listos? —preguntó.

—¡Listos! —contestaron al unísono.

Duncan comenzó a moverse despacio, marcando cada movimiento, y Micheal seguía sus pasos como si hubiera nacido haciéndolo. Gabriela se veía obligada a concentrarse un poco más, pero no tardó en coger también el ritmo. Al cabo de un rato que se le hizo eterno, sentía palpitar los músculos de sus

muslos y sus pantorrillas, pero si aquel niño era capaz de continuar, ella también.

—Será mejor que hagamos una pausa para comer —dijo más tarde Duncan, tras lo que a ella le parecieron horas.

Gabriela suspiró ruidosamente. Pensaba que nunca iban a parar a descansar. Se sentía tan agotada que solo tenía ganas de hacerse un ovillo y llorar. Recordaba con nostalgia los ejercicios con Angus y su padre que, ahora comprendía, habían sido poco más que un juego de niños. No sabía durante cuánto tiempo habían repetido aquellos movimientos con Duncan, que ahora podría hacer incluso dormida. Sus ojos no se habían despegado del círculo que marcaban sus pasos y ahora, al alzar la vista, a duras penas pudo contener la emoción. Había dejado de llover y un tímido sol asomaba entre las nubes, iluminando los campos y las montañas. Aquel verde intenso era posiblemente lo más hermoso que había visto nunca. Y el aire, el aire olía a brezo incluso en aquella época del año, y a ganado y a tierra húmeda y rica. Allí, en aquel lugar, su padre había dado sus primeros pasos, había aprendido a luchar igual que hacía ella ahora. Seguramente lo habría hecho desde niño, como Micheal, y no se habría sentido tan cansado como lo estaba ella, pero la idea de compartir el mismo aire, el mismo paisaje y la misma gente que él la llenaba de un indescriptible gozo. Ahogó un sollozo y se limpió las lágrimas con la manga, mientras oía a Duncan y a Micheal jugar unos pasos detrás de ella.

«Serénate, Gabriela. Serénate», se dijo.

Necesitó unos minutos, que le pareció increíble que nadie interrumpiera, y luego se dio la vuelta. Duncan y su hijo estaban de pie a varios pasos, observándola. No había en ellos reproche, ni siquiera curiosidad, como si fuera lo más normal del mundo que alguien se perdiera en sus pensamientos durante tanto rato.

—¿Estás listo? —inquirió Duncan.

Ella asintió, el hombre se dio la vuelta y, en compañía de su hijo, comenzaron a andar. Ella aligeró la zancada y logró darles alcance en el momento en el que se internaban en la zona de las viviendas. Caminó tras ellos hasta que se detuvieron frente a una cabaña de tamaño medio. Duncan frenó en seco y Gabriela chocó contra su espalda. El hombre ni siquiera pareció notar el golpe. Abrió la puerta y se introdujo en el interior, seguido por Micheal. Ella había supuesto que comerían en la fortaleza pero, al parecer, no iba a ser así. Entró tras ellos y cerró.

Lo primero que vio fue a una mujer inclinada sobre la chimenea, donde humeaba un caldero que despedía un olor delicioso. Dios, estaba muerta de hambre. Aquella, sin duda, debía de ser su esposa.

Duncan y su hijo dejaron las espadas sobre un banco, junto a la entrada, y se lavaron las manos en un barril situado en un rincón. Ella hizo lo mismo, sin perder detalle de lo que ocurría en la estancia. Era una habitación bastante grande, con una mesa de madera en el centro y cuatro sillas. A un lado había una alacena, cerca de la chimenea, y en el otro extremo se apreciaba, entre las rendijas de una cortina de un gris desvaído, los pies de una cama. Al fondo a la derecha había una puerta, que imaginó conducía a otra habitación, tal vez la del matrimonio.

Mientras Duncan y Micheal tomaban asiento, permaneció de pie. No sabía si ofrecer su ayuda a la mujer, que continuaba removiendo el contenido del perol. Tal vez podría ser un detalle demasiado revelador. Solo había alzado la cabeza una vez, en cuanto entraron, pero apenas había logrado percibir un pedazo de su rostro pecoso. Llevaba el cabello, de color castaño rojizo, recogido en un moño bajo, del que escapaban algunos rizos. Gabriela se echó la mano a la nuca, y extrañó por milésima vez su larga melena. Ya había dejado de sentirse prácticamente desnuda sin ella pero, de tanto en tanto, olvidaba que ahora tenía el pelo tan corto como cualquiera de los hombres del

clan. De hecho, mucho más corto, pues hasta el cabello de Duncan sobrepasaba sus hombros.

—¿No vas a sentarte? —preguntó Micheal, que clavó en ella aquella mirada tan parecida a la de su padre.

—Eh, sí, sí, claro. —Retiró una silla y se acomodó en ella.

—¿Necesitas que te ayude, Wallis? —preguntó entonces Duncan, que se incorporó y se dirigió hacia el fuego. Gabriela se sintió idiota.

—Gracias, Duncan —respondió ella, que se irguió y apoyó las manos en la espalda.

Duncan retiró el perol del fuego con la ayuda de un trapo y lo colocó en el centro de la mesa, sobre una piedra plana.

—Será mejor que me vaya —dijo entonces la mujer—. Seguro que Logan debe de estar a punto de llegar.

—Dile a tu marido que nos veremos más tarde, en el salón —le dijo Duncan, mientras la acompañaba a la puerta.

—Adiós Micheal —dijo la mujer, y lanzó al niño una sonrisa dulce que hizo extensiva a Gabriela.

Cuando se quedaron a solas, la joven se sintió extrañamente feliz.

—¿Y tu esposa? —le preguntó entonces a Duncan.

—Murió poco después de dar a luz —respondió el hombre, mientras hundía un cucharón en el perol—. De fiebres.

—Se llamaba Liese —dijo entonces Micheal, alzando el plato para que su padre le sirviera a él en primer lugar—. Y era muy guapa. Algún día yo me casaré con una mujer tan guapa como ella.

—Seguro que sí —dijo Gabriela, un tanto emocionada.

—Pero antes será mejor que encontremos una bien bonita para ti —añadió el chiquillo con una sonrisa desdentada—. ¿Tenías novia en tu país?

—Eh... no, no tenía. Aún soy muy joven.

—A tu edad, muchos hombres ya están casados. —Hundió la cuchara en el plato de estofado, que tenía una pinta deliciosa—. ¿Verdad, papá?

—Verdad, Micheal. Será mejor que comas, se enfriará el estofado.

El niño obedeció sin rechistar. Gabriela no pudo evitar acordarse de sus hermanos cuando eran pequeños, tan parlanchines que era imposible tener una comida en paz y, pese a lo apetitoso del plato, notó cómo se le cerraba la garganta.

—¿No te gusta? —preguntó Duncan, y señaló su plato con la cuchara de madera.

—Sí, está delicioso. —Gabriela se obligó a comer, no quería hacer un desprecio a la hospitalidad de aquel hombre.

Por el rabillo del ojo lo veía comer con apetito, pero sin hacer esos odiosos ruidos con la boca que había escuchado a algunos en la mesa de su abuelo. Al parecer, poseía modales, y eso la satisfizo.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó entonces Micheal, pillándola en falta. Notó las mejillas arder.

—Por nada, me acordaba de mis hermanos.

—¿Cuántos tienes? —inquirió el pequeño, sin dejar de comer.

—Dos. Una hermana mayor que yo y un hermano más pequeño.

—¿Y dónde están? ¿En *Castella*?

—¿Micheal! —le llamó la atención su padre.

—No pasa nada —repuso ella—. No, Micheal, no están en *Castella*. Murieron hace años.

—Como mi mamá —dijo el niño, pero sin tristeza, como si fuese un hecho ya asumido.

—Sí, como tu mamá.

—¿Y tú tienes mamá?

—No, eh... tampoco.

—¿También murió? —Los ojos del niño se abrieron de par en par.

—Sí, también.

—Micheal, deja ya de hacer preguntas —le reprochó su padre.

—¿Y tu papá?

—¡¡Micheal!!

—Tampoco tengo.

Los ojos del niño la observaban con suma atención, y creyó ver en ellos un destello de lágrimas. El pequeño dejó la cuchara en el plato y cubrió con su manita la mano de ella, que tenía apoyada sobre la mesa.

—Mi padre también puede ser tu padre, no me importa compartirlo —le dijo, con los labios temblorosos—. Es muy bueno, ya lo verás.

Gabriela no supo qué decir. Aquel niño, al que apenas conocía, le ofrecía lo más valioso que tenía en el mundo. Echó un rápido vistazo a Duncan, cuya cuchara había quedado a medio camino de su boca entreabierta, y él le lanzó una mirada rápida que no supo cómo interpretar. No, desde luego Duncan no tenía para nada el aspecto de un padre, pero sabía que la intención del niño había sido sincera y honesta.

—Muchas gracias, Micheal. —Carraspeó para aclararse la voz—. Creo que no será necesario. Además, tengo a mi abuelo.

—¡Es verdad! Y a Fergus.

—¿Fergus? —preguntó ella, curiosa de repente. Aún no había logrado averiguar quién era aquel joven que la miraba siempre con arrogancia, y tampoco se había atrevido a preguntar al respecto.

—Sí, creo que es tu primo o algo así.

—Su padre era primo del *laird*, tal vez seáis primos lejanos —respondió el hombre, que volvió la cabeza hacia ella.

Bueno, eso aclaraba algunas cosas. Supuso que, dado que su abuelo había perdido a sus tres hijos, Fergus era el familiar varón más próximo que le

quedaba y, tal vez, su última esperanza. Ahora entendía esa animadversión que el joven mostraba hacia ella, a quien sin duda veía como un rival. En cuanto su verdadera identidad se hiciera pública, dejaría de ser una amenaza. Al menos eso esperaba. Necesitaba quedarse allí, crear lazos, formar parte de una familia. No tenía ningún otro sitio adonde ir.

Después de comer, Duncan decidió que ya habían practicado suficiente con la espada, y que ahora convenía desarrollar los músculos del muchacho. Se dirigieron hacia uno de los muros exteriores, parcialmente derruido, y el guerrero saltó al otro lado. Desde allí, le fue pasando los cascotes que se habían caído, que ella debía colocar en un montón junto al muro para reconstruirlo más tarde. Al ver la ligereza con la que él levantaba una de aquellas piedras, pensó que no sería tan pesada como su tamaño hacía suponer, pero estaba totalmente equivocada. En cuanto la tuvo en sus manos, comprendió que no había estado preparada para sujetar aquel peso, y la piedra cayó entre sus pies. Aunque fue lo bastante rápida como para apartarlos, no pudo evitar que la roca golpeará de refilón sus dedos. Un ramalazo de dolor le subió por la pierna, y tuvo que apoyarse en el muro con un brazo, mientras trataba de alcanzar con el otro el pie herido.

Micheal, que apilaba pequeñas piedras a su lado, se reía con ganas.

—Chillas como una chica —le dijo.

Gabriela, que ni siquiera era consciente de haber gritado, se volvió alarmada en dirección a Duncan, que la observaba con mucha atención.

—¿Te has hecho daño? —inquirió, alzando una ceja.

—Yo... —carraspeó. Se incorporó y sacó pecho, como había visto a hacer a otros jóvenes cuando querían aparentar seguridad—. ¡*Pardiez*, no calculé bien el peso de la piedra!

—¿Qué has dicho? —preguntó Micheal. Observaba sus labios con interés,

como si aquella extraña palabra dicha en otro idioma hubiera llamado su atención.

—Ten cuidado —le espetó Duncan, que le entregó la que tenía entre las manos con una mueca de fastidio.

Seguro que pensaba que era enclenque, como Neall y su amigo le habían señalado el primer día. Lo que le faltaba. No sabía muy bien por qué, pero deseaba agradar a aquel hombre, y si para ello tenía que acarrear piedras hasta el anochecer, eso haría. Aunque por la noche el agotamiento la matara.

Caía la tarde cuando Duncan dio por concluida la jornada. Gabriela hundió los hombros, totalmente agarrotados. Se miró las manos, ensangrentadas y llenas de cortes. Se las había restregado contra los pantalones intentando limpiarlas, pero solo consiguió mancharse la ropa y aumentar el escozor. Deseaba gritar, llorar y, sobre todo, salir corriendo de allí. Apretó los dientes y observó a Duncan saltar con ligereza hacia el lado en que se encontraban ellos, tan descansado y relajado como si acabara de levantarse de una profunda siesta. Lo odió por ello. Odió su fortaleza, su musculatura, su fuerza...

—Pero ¿¿¿qué te has hecho en las manos??! —bramó él de repente.

Duncan trató de cogerle las manos y ella de retirarlas, pero ya les había dado la vuelta y contemplaba aquellos cortes. Su rostro mostraba una culpabilidad que la enterneció.

—¿Por qué no has dicho nada? —le preguntó—. Habríamos podido parar, o envolverlas en trapos para que no te lastimaras.

—No importa, estoy bien.

—¿No te duele? —le preguntó Micheal, que se había acercado y observaba sus manos, horrorizado.

—No demasiado. —Trató de sonreír. El hecho era que deseaba quedarse a solas y hundirlas en el barro, porque le palpitaban de una forma atroz.

Duncan la soltó y comenzó a caminar hacia las viviendas.

—Vamos a curarlas —le dijo—. Tu abuelo me matará por esto.

—¿Qué? —preguntó ella, totalmente aterrada—. ¡Pero si no ha sido culpa tuya!

—¿Y de quién si no? —Duncan continuó caminando sin mirarla.

—Oh, por Dios. —Se sentía terriblemente mal. Su maldito orgullo haría que su abuelo se enfureciera con aquel hombre—. Lo siento, lo siento mucho. *Maldita sea, ¿es que no puedo hacer ni una cosa bien?*

Duncan se detuvo y se volvió hacia ella, que caminaba, como siempre, dos pasos atrás. Era imposible seguirle el ritmo. Hasta su hijo Micheal tenía que ir correteando para caminar a su altura.

—Bromeaba, Rob —reconoció, y le dedicó media sonrisa—. No entiendo lo último que has dicho, pero seguro que no te pasará nada por unos cortes.

Gabriela se sintió mortificada. La había hecho trabajar todo el día, sin apenas descanso, y encima se burlaba de ella. ¿Es que aquel hombre no tenía compasión?

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó con rudeza.

—Tengo un ungüento en casa —le respondió Duncan.

—No hará falta —replicó ella, mordaz—. Seguro que en la fortaleza tendrán algo que pueda aliviarme.

—No seas crío, Rob —la acusó, y ella notó que las mejillas se le encendían de pura rabia. Por fortuna, apenas quedaba luz y él ni siquiera volvió la cabeza. Pero ella sentía arder todo el cuerpo, como si fuera a entrar en combustión de improviso de la cabeza a los pies.

Gabriela apretó los dientes con fuerza, y se obligó a no replicar, y siguió a Duncan hasta su casa. Una vez allí, el hombre encendió el fuego en un suspiro y el ambiente se caldeó al instante. Gabriela tomó asiento en el mismo lugar que a mediodía. En cuanto lo hizo, fue como si todas sus fuerzas la

abandonaran. No habría podido levantarse ni aunque la casa estuviera a punto de caérsele encima.

Micheal se dirigió hacia el barril, se subió a una banqueta que había junto a él, se quitó la camisa, y se lavó la cara, los brazos y el torso con energía. Gabriela no pudo evitar sonreír. Era absolutamente adorable. Mientras, Duncan abrió un arcón que ocultaba el banco de la entrada y rebuscó en su interior hasta que sacó un recipiente de barro. Lo destapó y se lo llevó a la nariz. Pareció satisfecho con el olor que desprendía, así es que lo llevó a la mesa y lo colocó allí. Luego tomó una palangana, que llenó con agua del barril, y cogió un par de trapos de un rincón de la alacena.

Se sentó junto a ella, le tomó las manos y las sumergió en el agua, que estaba helada.

—Frótalas con cuidado —le dijo—, hasta que se desprenda toda la suciedad.

Mientras ella lo hacía, él tomó una pequeña vasija de la alacena. Al finalizar, Gabriela levantó las manos. Ya no había restos de sangre ni de tierra, aunque uno de los cortes comenzaba a sangrar de nuevo. Duncan le sostuvo las manos sobre la palangana y vertió un poco del líquido de la vasija, que resultó *agua de vida*, a juzgar por el olor, una bebida muy fuerte que se elaboraba destilando cebada o centeno. El escozor fue instantáneo y ella no pudo evitar otro grito, aunque en esta ocasión Micheal no dijo nada. Se había sentado al otro lado de la mesa y observaba muy atentamente la operación.

Cuando Duncan consideró que las heridas estaban limpias, aplicó una ligera capa de ungüento, que olía como si alguien se hubiera muerto dentro del recipiente, y luego le cubrió las manos con unos lienzos cortados a tiras. El alivio fue casi inmediato. Gabriela a duras penas pudo reprimir las lágrimas.

Duncan resoplaba. Sentía el pulso acelerado, golpeando furioso sus sienes. ¿Qué demonios le pasaba con aquel muchacho? Se había pasado el día observándolo, a menudo de reajo. El tono sonrosado de sus mejillas cuando se ejercitaba, sus ojos oscuros nublados por el esfuerzo e incluso el dolor, sus labios carnosos apretados mientras llevaba a cabo las tareas, la sombra de sus pestañas, largas y rizadas, el contorno de sus cejas, finas y bien delineadas. Era un joven atractivo, no había duda. No del tipo que se acostumbraba a ver en aquellas tierras, poseía una belleza demasiado frágil para un hombre, pero intuyó que habría mujeres que se mostrarían interesadas en alguien tan delicado y de rasgos tan finos. Y seguramente algunos hombres, como le sucedía a él.

En cuanto había tomado sus manos, suaves, pálidas y de largos dedos, había sentido un estremecimiento en la boca del estómago, que le había subido disparado hasta el cerebro y bajado aún más rápido hasta las rodillas. Miró de reajo a su hijo, que no perdía detalle y que se mostraba casi tan embobado como él. ¿En Castilla todos los jóvenes se parecerían a ese? Y si los hombres eran así, ¿cómo serían sus mujeres? De repente comprendió por qué Keilan Montroe había decidido quedarse allí en lugar de regresar al norte. Con toda probabilidad, él habría hecho lo mismo.

Levantó la vista del vendaje que acababa de hacerle y vio al joven a punto de romperse. Era consciente de que ese día se había excedido con él, pero necesitaba saber hasta dónde era capaz de llegar, cuánto podía aguantar sin quejarse. No habían hecho más que comenzar el entrenamiento que tenía previsto, pero era imprescindible conocer los límites del chico. Y los había superado con creces. Ni una sola vez se había quejado, a pesar de que era innegable que estaba al borde de sus fuerzas. Tal vez por eso las últimas piedras habían sido mucho más pequeñas en comparación, y el ritmo más pausado. Demonios, si hasta él estaba cansado.

Comenzó a recoger las cosas, observándolo de reojo. Los hombros hundidos, la cabeza baja, las manos con las palmas hacia arriba, sobre la mesa... Si tenía que dormir en el suelo de la fortaleza, esa noche lo iba a pasar francamente mal.

—Iré al salón a hablar con el *laird* —le dijo—. Esta noche puedes dormir aquí.

—¿Aquí? —le extrañó su gesto de sorpresa. Había supuesto que agradecería el cambio.

—Sí, puedes ocupar la cama de Micheal. —Señaló hacia las cortinas del rincón—. Él dormirá conmigo.

—¡Bien! —exclamó el niño, alborozado.

—Hay un poco de estofado del mediodía, y pan, queso y carne seca en la alacena. Yo cenaré en el salón.

—Pero... —replicó Rob, ahora erguido. Tenía la piel pálida y unas profundas ojeras alrededor de los ojos cansados.

—Si prefieres dormir en el salón con el resto de hombres, solo tienes que acompañarme.

El muchacho se dejó caer contra el respaldo.

—Muchas gracias. Aquí estaré muy bien.

Duncan asintió. Cogió el tartán y se envolvió con él antes de abandonar la estancia. Sabía que fuera haría frío, pero en ese instante tenía la sangre tan caliente que podría haber hecho arder todos los hogares de las Highlands. Por un instante, lamentó haber accedido a la petición de Malcolm de entrenar personalmente al muchacho. Lo que aún no sabía era que esa situación todavía podía empeorar.

Un par de horas más tarde, de regreso de la fortaleza, Duncan decidió hacer una parada. El *laird* se había mostrado más que conforme con la idea de que su nieto se quedara en su casa esa noche. De hecho, le había prácticamente

rogado que lo acogiera allí durante una temporada, para que no durmiera más días en el suelo del salón con los demás. Aún no quería prepararle una habitación en la fortaleza, creía que el chico necesitaba un poco de vida dura para fortalecerse, pero tampoco deseaba mostrarse demasiado exigente. Y ya que Duncan iba a entrenarle, bien podía quedarse en su casa unas semanas. Estaba convencido de que el jefe de sus guerreros haría un trabajo excelente con él. En ese preciso instante, sin embargo, Duncan no estaba tan seguro de ello, aunque no había encontrado el modo de negarse a su petición.

Llamó un par de veces a la puerta y esta no tardó en abrirse.

—No me lo puedo creer —le saludó Rhona con una sonrisa—. ¿Otra vez aquí, Duncan?

—No preguntes —gruñó él, entrando en la estancia.

Al menos, durante un rato, esperaba no pensar en el joven que, en ese instante, estaría durmiendo plácidamente bajo su techo, ajeno al torbellino de sensaciones que su presencia provocaba en él.

No podía abrir los ojos. Sentía como si alguien se los hubiese pegado con cera mientras dormía. Trató de moverse bajo las mantas y todos sus músculos acusaron el esfuerzo. Pero era de día, de eso estaba segura. La claridad atravesaba sus párpados cerrados. Se preguntó, por enésima vez, si estaba haciendo lo correcto, si era tan importante seguir aparentando ser quien no era, en lugar de confesar su verdadera condición. La respuesta no tardó en cruzar su mente, y era un sí rotundo. Su abuelo, esa prima a la que aún no conocía, su primo lejano Fergus —con quien esperaba congraciarse en un futuro cercano— y todas aquellas personas, eran lo único que le quedaba. Necesitaba demostrarles a todos ellos que era una auténtica Montroe, que merecía estar allí.

A través de la cortina que separaba la cama de la habitación principal vislumbró más luz de la que esperaba y se incorporó de un salto. ¿Qué hora sería? Sin duda muy tarde ya. Dudaba de que Duncan y Micheal aún durmieran, así es que ¿por qué no la habían despertado? Levantó las mantas, temiendo que, durante la noche, alguno de ellos hubiera descubierto su verdadero sexo, y suspiró de alivio al comprobar que continuaba con la camisa puesta, que le llegaba hasta las rodillas. Se había quitado las vendas que rodeaban su torso la noche anterior, y las había escondido bajo el colchón. Igual que la primera noche, había podido dormir relajada y sin ningún tipo de presión sobre el pecho. Ahora debía darse prisa si no quería ser descubierta.

Abandonó la calidez de las mantas, se alzó la prenda y procedió a envolverse, con cuidado de no apretar demasiado. Quería disimular sus senos, no sufrir un desmayo. Pronto tendría que encontrar vendas nuevas, aquellas comenzaban a deshilacharse. Cuando al fin estuvo vestida como la persona que se suponía que era, descorrió la cortina. La habitación estaba vacía. Sobre la mesa le habían dejado pan, leche y carne seca. Salió fuera a vaciar el orinal que acababa de usar, volvió a entrar y se quitó los lienzos que cubrían sus manos heridas. Le alegró comprobar que presentaban mucho mejor aspecto, aunque las heridas —que ya estaban cerradas— le picaban horrores. Se aseó con el agua del barril y luego se sentó, preguntándose dónde estarían Duncan y su hijo.

Se observó de nuevo las manos, y recordó el tacto de Duncan en ellas, la delicadeza con la que había extendido la pomada y luego las había cubierto. Un extraño calor le subió desde el vientre hasta la cara, que notó arder. No sabía qué le pasaba cada vez que tenía a aquel hombre tan cerca. No era solo su aspecto gallardo e imponente, había otros guerreros incluso más musculosos y altos que él, y no le producían ningún desasosiego. Tampoco eran sus cabellos, tan rubios que eran casi blancos. Otros habitantes del lugar

los poseían del mismo tono. Ni sus ojos azules, casi transparentes. Bueno, eso tal vez sí, no había visto otros como esos. Ni siquiera los de Micheal, que eran algo más oscuros. Lo que la trastocaba era, sin duda, la seguridad en sí mismo que desprendía, aquel mentón cuadrado, los labios finos pero enérgicos, su voz aterciopelada, incluso al reñir a sus hombres, el modo sutil en que sus caderas y sus hombros se movían al caminar, los brazos, aquellos brazos que ya había sentido cerca en más de una ocasión y que parecían brindarle un lugar en el que anclar su vida.

La puerta se abrió de golpe y ella estuvo a punto de atragantarse con un trozo de pan. El protagonista de sus pensamientos entró como una tromba. El hombre se detuvo un instante en el umbral, observándola sin moverse. Luego carraspeó y acabó de entrar en la habitación. Ni siquiera se dio cuenta de que estuvo a punto de cerrar la puerta en las narices de su hijo, que le seguía a un paso de distancia.

—¡Papá! —gritó el chiquillo, que alzó el brazo para protegerse del golpe de la madera.

—¡Perdona, Micheal! ¡No me había dado cuenta de que estabas ahí!

—¡Pero si hemos venido hablando todo el camino! —gruñó el pequeño mientras cerraba la puerta—. ¡Hola Rob! ¿Ya te has levantado?

—Eh, sí, sí —contestó ella, que desvió la mirada de Duncan y la centró en el pequeño.

—Papá dijo que era mejor dejarte dormir un rato más.

—¿Está lloviendo? —preguntó ella al ver los cabellos empapados de ambos.

—No, hemos ido al lago a tomar un baño —aclaró el niño, cogiendo un pedazo de pan—. Mañana podrías acompañarnos.

—¿Eh?

—El agua está un poco fría, pero papá conoce un sitio en el que está

caliente. Es una poza que se alimenta de aguas *suterrianas*.

—Subterráneas —le corrigió su padre.

—Eso. —Micheal sonrió.

—Y mañana no iremos —añadió su padre, para gran alivio de Gabriela.

—¿No?

—Hoy ya te has bañado. Durante unos días habrá que usar el agua del barril, ya lo sabes.

—Pero Rob no conoce el sitio, podríamos enseñárselo.

—No te preocupes, Micheal —intervino ella, temerosa de que el niño convenciera a su padre. Si tenía que enfrentarse a esa prueba, estaba convencida de que no la iba a superar—. Ya habrá otra ocasión.

—De acuerdo —concedió a regañadientes.

—Rob, tu abuelo me ha pedido que te quedes aquí mientras dure tu instrucción. A no ser que desees volver a dormir en el suelo del salón..

—Eres muy amable. Yo... no quisiera ser una molestia.

—No lo eres —mintió él.

—Entonces muchas gracias, acepto encantado. —Saber que dormiría todas las noches en una cama blanda fue un inesperado regalo—. Y gracias también por dejarme dormir hoy un poco más. Estaba muy cansado.

—No te acostumbres —gruñó él—. Tienes que fortalecer tus músculos y aquí nadie duerme hasta tan tarde.

—Lo comprendo —asintió, un tanto avergonzada.

—Entiendo que acabas de llegar y es posible que en tu tierra no existan reglas tan estrictas como aquí, pero deberás ceñirte a ellas. Has de estar siempre preparado.

—¿Preparado para qué? —inquirió ella.

—Para la guerra.

—¿Estamos en guerra? —La voz le sonó tan aguda que Micheal soltó una

risotada y Duncan la miró con una ceja alzada.

—Los escoceses siempre estamos en guerra, Rob.

—¿Contra quién? —preguntó, en un tono mucho más grave.

—Contra los ingleses principalmente, pero también contra otros clanes rivales. Robos de ganado, trifulcas fronterizas, peleas... en el norte los guerreros siempre están a punto para entrar en batalla.

—¿Estamos en guerra contra los ingleses en este momento?

—En este momento preciso, no. Pero llevamos varios años entrando y saliendo de ellas, más vale que te hagas a la idea.

Gabriela fue incapaz de añadir nada más. Se concentró en acabar el desayuno y luego acompañó a Duncan fuera. Como el día anterior, por la mañana practicaron con las espadas y descubrió que ya dominaba algunos movimientos y que podía seguir el ritmo de padre e hijo. Al principio los realizó con cierta rigidez pero, cuando llevaba un rato practicándolos, notó la musculatura más suelta y se relajó, e incluso disfrutó del adiestramiento. Por la tarde regresaron al muro y cargaron unas cuantas piedras más, aunque esta vez tuvo la precaución de cubrirse las manos con los lienzos que había usado Duncan la noche anterior. Se dio cuenta de que el hombre había relajado un poco el trabajo, y no le dedicaron tantas horas. Supo que lo hacía por ella, aunque, para él, ella no fuera más que un joven imberbe e inexperto a quien debía poner en forma.

Un par de noches después, Micheal y ella lo acompañaron al salón. Gabriela quería volver a ver a su abuelo, y también a Fergus. Quería que él entendiera que ella no representaba ninguna amenaza para su futuro, aunque no sabía muy bien cómo iba a lograr su propósito. Sin embargo, sus planes no salieron como los había previsto, ni de lejos.

En primer lugar, Duncan y Micheal la dejaron sola en cuanto entraron en la habitación. Vio cómo se dirigían a Wallis y a Logan, el hombre de confianza del guerrero y segundo al mando, y casi tan corpulento como él. Se lo habían presentado un par de días atrás. Ambos se saludaron con afecto y compartieron unas jarras de cerveza, mientras ella deambulaba por la estancia, sin saber muy bien cuál era su sitio.

Su abuelo no estaba en ese momento allí, pero sí el joven Neall, a quien había conocido los primeros días. Se dirigió hacia allí, con temor a cómo la fueran a recibir.

Duncan no perdía de vista al joven Rob. La otra mañana, al entrar en su casa y verlo allí sentado, con el sol reflejándose en su cabello oscuro, sintió un extraño vuelco en el estómago. Supuso que sería de hambre, había pasado demasiado rato en el lago con Micheal, dándole algo de tiempo al chico para descansar. Bien sabía Dios que se lo había ganado. Pero luego, mientras tomaba el desayuno, la sensación no había disminuido, más bien al contrario. Estaba totalmente desquiciado, y tampoco había ayudado mucho haber pasado los anteriores días juntos. Se preguntó si sería mejor delegar esa tarea en alguien de su confianza, como Gavin por ejemplo. Gavin había sido amigo del padre de Rob, tal vez incluso resultaría conveniente.

Se mordió el labio inferior, tratando de controlar sus pensamientos. En ese momento Logan le contaba los pormenores del día, y algo acerca de un pequeño altercado entre Fergus y uno de los guerreros, lo que venía siendo habitual en los últimos meses. El joven era demasiado impetuoso y tenía demasiadas ganas de demostrar su valía, y lo hacía de la forma equivocada. Algún día alguien le partiría la nariz.

—¿Sabes cuándo vuelve el padre Graham por aquí?

—¿Eh? —preguntó Logan, totalmente sorprendido por la cuestión.

—El padre Graham.

—Pues... no sé. Wallis, querida... —Se volvió en dirección a su esposa, que en ese momento hablaba con otra de las mujeres del poblado.

—Da igual —refunfuñó Duncan.

—¿Qué diablos te pasa?

—¿A mí?

—Sí, a ti. ¿Para qué necesitas al sacerdote?

«Para confesar mis pecados», se dijo.

—Nada importante.

—Duncan, estás muy raro hoy. De hecho, llevas unos días de lo más extraño.

—¿En serio? —preguntó con sorna, y dio un buen trago a su jarra.

—Sí, desde que llegó el joven Montroe para ser exactos. —Logan entrecerró los ojos y Duncan temió que adivinara la verdad. Se conocían desde hacía demasiado tiempo y nunca le había ocultado nada. Hasta entonces. Pero ¿cómo iba a confesarle que se sentía atraído por el nieto del *laird*, por un hombre? No, imposible. Ni siquiera estaba seguro de que debiera contárselo al padre Graham, que los visitaba un par de veces al año. Allí los asentamientos eran dispersos y no había suficientes religiosos para atenderlos a todos, así es que varios clanes compartían al padre Graham, que se pasaba la vida viajando entre unos y otros.

—Ese muchacho está muy verde, Logan. No sé si podré hacer de él un buen guerrero —acabó diciendo.

—Solo dale tiempo. Es joven. Aún puede desarrollar los músculos.

Ambos hombres dirigieron la vista al motivo de su conversación, que en ese instante se acercaba al grupo de jóvenes guerreros. Vieron cómo los saludaba y ellos, aunque respondieron al saludo, continuaron hablando como si no

estuviera allí. Duncan sintió una punzada en el corazón. Se veía tan solo y tan desvalido que daba pena verlo. Las ojeras bajo sus ojos eran pronunciadas, y llevaba los hombros tan caídos que las ropas parecían colgarle del cuerpo.

—Bueno, tal vez te lleve algunos años incluso. —Logan soltó una risotada y Duncan estuvo a punto de propinarle un puñetazo en el estómago.

No era culpa del muchacho que su padre hubiese muerto siendo tan joven, ni de que Angus no se hubiera preocupado por continuar con su instrucción como era debido.

—Vaya, vaya, a quién tenemos aquí.

El cuerpo de Gabriela se tensó de inmediato. El tono de aquella frase le había erizado todo el vello del cuerpo.

Se había sentado entre los guerreros jóvenes, que hablaban de las tetas de una joven llamada Gladys a la que aún no había logrado identificar. Había demasiada gente en aquella sala. La conversación le provocaba náuseas, pero no sabía cómo interrumpirla sin descubrirse ni sin provocar una pelea, que estaba segura de perder. En esos momentos ansiaba tener un físico como el de Duncan para poner un poco de orden en aquel grupo de niños con cuerpo de hombres. Porque eso es lo que eran, a pesar de sus músculos y de su pericia con las armas. Un grupo de niños egoístas e insensibles carentes por completo de modales y de respeto. Sentía la ira alimentándose en su interior con cada nuevo comentario soez, pero aquella frase insidiosa la enfrió de inmediato.

Todos los jóvenes callaron y volvieron sus miradas hacia su izquierda, donde alguien se había detenido. Dos personas, calculó ella rápidamente, pues vio dos pares de botas paradas junto al banco que ocupaba. En ese momento ella tenía la cabeza baja, con los puños cerrados para no abalanzarse contra los chicos.

Alzó la vista y se encontró con los ojos de Fergus, grises como una tormenta. A su lado había otro guerrero, Evan, recordó que se llamaba. Iban juntos a todas partes. Fergus la miraba con una mueca de desprecio tan acusada que le contrajo el estómago.

—Hola, Fergus —lo saludó, poniéndose en pie. El hombre le sacaba casi una cabeza.

—Me han dicho que ahora Duncan te entrena personalmente —le dijo él, y ella supo que ese hecho le molestaba de forma especial.

—Sí, aunque no sé si alguna vez podré ser tan fuerte como tú —añadió ella, que pensó en congraciarse con él alabando sus atributos, algo que sabía que a los hombres les encantaba.

—Puedes apostar a que eso no sucederá. —Fergus sonrió de medio lado—. Solo eres medio escocés. La sangre de tu madre ha estropeado el resto.

Fergus soltó una risotada, que Evan secundó. La broma pareció hacer gracia también al grupo de jóvenes, que los imitaron. Gabriela sintió de nuevo el fuego subirle hasta la raíz de los cabellos.

—La sangre de mi madre me ha dado el cerebro que a ti parece faltarte, *bellaco* —le espetó ella, que se olvidó por completo de su intención de congraciarse con su primo.

La risa se cortó de repente y el rostro de Fergus se transformó en una máscara de cera, tirante y casi desfigurada. No había logrado entender la última palabra pronunciada en aquel extraño idioma, pero no le hacía falta. Su mano ascendió con rapidez, la cogió por la pechera y la estampó contra la pared. Gabriela sintió cómo el aire abandonaba de golpe sus pulmones.

—Enano, ten cuidado con lo que dices... Escocia es una tierra mucho más peligrosa de lo que crees —le siseó al oído.

Gabriela supo que iba a añadir algo más, pero de repente la atmósfera de la sala cambió y todas las conversaciones cesaron de inmediato. Fergus volvió la

cabeza, y la soltó, para alejarse a continuación. El *laird* Montroe había llegado y todos los guerreros lo recibían en silencio y con la cabeza inclinada. Gabriela los imitó mientras recuperaba el resuello.

Duncan había estado a punto de intervenir en cuanto vio cómo Fergus se aproximaba al muchacho. Conocía al joven demasiado bien como para no saber qué se proponía. Se acercó con cautela, tampoco deseaba inmiscuirse y herir el orgullo de su pupilo, pero se situó lo bastante cerca como para poder actuar con rapidez en caso necesario. Escuchó perfectamente la breve conversación, aunque se le escaparon las últimas palabras de Fergus. No necesitó tampoco escucharlas, podía imaginárselas muy bien. Pero lo que le complació fue la actuación de Rob. No tenía los músculos de su primo, jamás los tendría por mucho que él lo entrenara, pero sí tenía una lengua afilada y sabía cómo usarla, y no se arredraba ante un enemigo muy superior. Con ese material podía trabajar. En la guerra no todo era músculo, él lo sabía bien. Se sintió inesperadamente orgulloso del joven y esbozó una sonrisa de satisfacción mientras se dirigía a reunirse con su *laird*. Sí, no había duda de que Rob era un Montroe de pies a cabeza.

A indicación de su abuelo, Gabriela tomó asiento esa noche a su lado y aprovechó aquellos minutos de calma para hablar con él.

—*Laird* Montroe —comenzó, tras un breve carraspeo. Su abuelo se volvió hacia ella—. Quería hablaros sobre Angus. ¿Hay algún modo de saber cómo está? ¿Si... si sigue vivo?

—Espero averiguarlo muy pronto. Envié a un par de hombres a las tierras de los MacNab, con el caballo que «tomaste prestado» y una yegua joven como compensación por las molestias. Espero que ese acto de buena fe los ablande un poco.

—Lamento haberos colocado en una situación tan delicada.

—No ha sido culpa tuya. Es una rencilla demasiado antigua, que ya ni siquiera tiene sentido. Fingal y yo somos dos viejos cascarrabias. La mayoría de las veces, cuando nos reunimos con el resto de clanes, nos ignoramos, y siempre vota en contra de todo lo que yo apoyo, aunque en el fondo esté de acuerdo conmigo. Es una suerte que sus tierras estén tan al sur. Si no fuera así, llevaríamos décadas enzarzados en una guerra sin fin.

Malcolm hizo una pausa antes de continuar.

—Si Angus está vivo, lo traeremos de vuelta. A casa.

—«No dejamos a nadie atrás.» —Gabriela susurró para sí el lema del clan.

Unos minutos más tarde, sirvieron las bandejas de comida. Sobre la mesa, jabalí asado, nabos y cebollas guisados y una fuente de humeantes berzas, cuyo olor revolvía las tripas de la joven. Jamás le habían gustado. Su abuelo le sirvió una generosa ración de todo y ella se limitó a apartarlas con la punta de

su cuchillo, para poder comerse el resto sin que el sabor de las berzas hubiera quedado impregnado en los demás ingredientes. El jabalí estaba algo duro, pero muy sabroso, y se concentró en su plato mientras a su lado los hombres hablaban, cada vez más acalorados, sobre la situación de Escocia.

—¿Se sabe algo de Balliol? —preguntó Duncan a su *laird*.

—Parece que sigue viviendo en Inglaterra, mantenido por el rey Eduardo. Confiemos en que permanezca allí y se olvide de sus aspiraciones al trono escocés.

—¿Quién es Balliol? —se atrevió a preguntar Gabriela.

Su abuelo la miró con atención y de pronto pareció comprender que era muy poco probable que ella conociera la historia reciente de aquella tierra.

—Edward Balliol —explicó Malcolm Montroe—. Su padre fue rey de Escocia durante unos años, aunque estaba al servicio de Inglaterra. Cuando se volvió contra el rey inglés fue encarcelado y nuestro trono se quedó vacío.

—Hasta que llegó Robert the Bruce —contestó un guerrero de la edad de su abuelo, sentado en diagonal a ella, y con una fea cicatriz que le partía en dos la barbilla. Recordó de repente que se llamaba Lachlan y que se lo habían presentado unos días antes. Formaba parte del Consejo de su abuelo, un reducido grupo de guerreros veteranos que le ayudaban a gobernar aquellas tierras.

—Pero luego Robert murió —siguió su abuelo—, y el trono lo heredó su hijo David, que entonces solo era un niño. Y el hijo de Balliol, también llamado Edward —hizo una pausa para escupir en el suelo—, aprovechó para intentar conseguir el trono escocés, y se alió de nuevo con los ingleses. Hemos estado en guerra durante años, hasta que Eduardo de Inglaterra hizo abdicar a Balliol. ¡Malditos Plantagenet!

—¿Y ahora quién es el rey de Escocia? —preguntó Gabriela.

—Para nosotros, el hijo de Robert, David the Bruce —contestó Duncan.

—Pero David sigue preso en la Torre de Londres, de nada nos sirve allí. —
Lachlan dio un largo trago de su jarra.

—Mientras tanto, Robert Stewart no lo hace mal como regente —apuntó
Duncan.

—Al menos él es nieto de Robert the Bruce, aunque sea por línea materna.

—Cierto, y además escucha al Parlamento. —Lachlan se limpió la boca con
la manga de su camisa.

—Me temo que al rey inglés no le quedó más remedio que apartar a Balliol
del poder. Se lo pusimos bien difícil. Cuando los clanes se unen... —Malcolm
soltó una risotada con la que estuvo a punto de atragantarse.

—¿Y qué pasará ahora? —preguntó Duncan, y Gabriela aguzó el oído. No
quería perderse ni un detalle de lo que ocurría a su alrededor y las voces de
los jóvenes de la parte del fondo eran cada vez más estridentes.

—Habrá que negociar, me temo —respondió su abuelo—. El rey inglés no
dejará en libertad a David tan fácilmente, pero necesita dinero para su guerra
contra Francia.

—¿Por qué está preso el rey David? —preguntó ella al final, al ver que la
conversación no continuaba.

—Balliol se alió con el rey inglés y nos vencieron en Dupplin Moor.

—¿Y entonces capturaron al rey David? —volvió a preguntar ella.

—Oh, no —contestó su abuelo, una vez más—. La batalla de Dupplin Moor
fue en el 32, creo. ¿O fue en el 33?

—En el 32, Malcolm —repuso Lachlan—. En el 33 luchamos en la colina
de Halidon Hill.

—Sí, es verdad. —Una sombra oscura pasó por el rostro del *laird* y
Gabriela recordó que le había dicho que su primogénito había muerto
justamente allí, en Halidon Hill—. En fin, el caso es que desde entonces
estuvimos en guerra contra los Balliol, apoyados por los ingleses, hasta que

sufrimos la derrota de Neville's Cross hace diez años y el rey David fue capturado.

—Maldito Liddesdale... —murmuró Duncan. Los otros dos se limitaron a asentir, con el gesto sombrío.

—¿Quién es Liddesdale? —Estaba claro que, si ella no preguntaba, aquellos hombres no iban a acabar con su explicación.

—Un malnacido —dijo su abuelo.

—Un traidor —respondió Duncan al mismo tiempo—. Se volvió contra nosotros cuando el rey inglés también le prometió el trono, e intentó matar a David the Bruce. Fue Liddesdale quien informó a los ingleses de dónde íbamos a atacar, y sus huestes nos esperaban en el cruce de Neville's.

—¿Tú también estuviste allí? —inquirió ella, sorprendida. Debía ser apenas un muchacho.

—Por suerte para mí —respondió su abuelo—. Este joven me salvó la vida. —Posó su enorme mano sobre el hombro de Duncan, que agachó ligeramente la cabeza.

—Hice lo que cualquiera habría hecho en mi lugar. —Gabriela habría jurado que el rostro de Duncan se había teñido de rubor, pero las llamas de la chimenea quedaban demasiado cerca y no podía asegurarlo.

—Bueno, tal vez cualquiera no —añadió Lachlan, que dirigió la vista hacia el final de la mesa, donde los más jóvenes habían comenzado a tirarse trozos de comida.

—¿Y dónde está Liddesdale ahora?

—Muerto y enterrado —contestó Duncan—. Su propio ahijado, William Douglas, acabó con él en el bosque Etrick hace tres años, al intentar volver a Escocia. Había estado prisionero también en la Torre de Londres, a pesar de su apoyo a los ingleses. Su ahijado William no le perdonó su traición e hizo bien. Si no hubiera sido él, lo habría hecho cualquiera de nosotros.

A Gabriela le habría encantado continuar preguntando sobre aquel conflicto que se extendía ya varias décadas, pero entonces llegaron varias mujeres con tartas de manzana y barriles de cerveza y la conversación se perdió entre chanzas y bromas subidas de tono, sobre todo del viejo guerrero, que no dudó en pellizcar las posaderas de una rolliza mujer que, según supo más tarde, era su propia esposa.

Pensó que los hombres retomarían la conversación, pero aquel ya debía de ser un tema antiguo para ellos y no se atrevió a volver a intervenir mientras los escuchaba hablar sobre el estado de una de las torres del perímetro, que su abuelo deseaba reparar cuanto antes.

—Nunca se sabe cuándo los ingleses van a volver a llamar a tu puerta — dijo, guiñándole un ojo a su nieto.

Luego, Duncan se levantó y se fue a charlar con Logan, otro guerrero ocupó su lugar en la mesa y comenzó a hablar con el *laird* sobre un caballo que le daba problemas, y ahí Gabriela perdió casi todo el interés. Alzó la mirada y barrió la sala con ella. Sus ojos, de forma instintiva, buscaron a Duncan en primer lugar, y lo vio allí de pie, compartiendo una jarra con su amigo, tan hermoso como un dios griego. Y vio al pequeño Micheal que correteaba a su alrededor mientras perseguía a una niña de su edad, que supuso hija de Logan y Wallis, una preciosidad con los cabellos tan rojos como una granada madura. También dedicó unos segundos a observar a los más jóvenes, y vio a Fergus echar un pulso en ese momento con el joven Neall, que no daba muestras de estar muy sobrio. Apartó la vista de inmediato, asqueada.

Varios grupos se habían reunido junto a la enorme chimenea, y charlaban animadamente. Descubrió que le habría gustado estar ya tan integrada que formar parte de cualquiera de ellos fuese natural, como si siempre hubiera estado allí, como si no hubiera nacido a más de mil millas de aquel lugar. Tal vez pronto, muy pronto, pudiera disfrutar de ese privilegio. El pensamiento le

provocó una sonrisa, que se quedó congelada en cuanto sus ojos se dirigieron al fondo del salón. Allí, cerca del pie de las escaleras, junto a la puerta que conducía a las cocinas, Megan Montroe, la madre de Fergus, a la que había conocido solo un par de horas antes, parecía querer fulminarla con la mirada. Fue incapaz de sostener el escrutinio demasiado tiempo y volvió a concentrarse en su plato, donde un crujiente pedazo de tarta la aguardaba. Sin embargo, había perdido por completo el apetito.

Esa mañana, Gabriela descubrió con horror que tenían público. Dos jovencitas, que no pasarían de los quince años, habían tomado asiento en un rincón del campo, sobre una piedra plana en la que incidían los rayos de un sol tímido. Arrebujadas bajo sus tartanes, le sonreían con coquetería y cuchicheaban entre ellas, lo que la ponía especialmente nerviosa. ¿Acaso no tenían nada mejor que hacer que estar allí?

—Parece que hoy no estaremos solos —apuntó Duncan, en un tono demasiado socarrón para su gusto. Micheal no había venido ese día, estaba en casa de Wallis y Logan.

—Seguro que han venido a verte a ti —masculló ella.

—Lo dudo mucho. —Duncan echó un vistazo rápido a las muchachas—. Conozco a esas mocosas desde que andaban a gatas. Y puedo asegurarte que jamás han venido a verme.

Gabriela apretó los dientes y se dispuso a comenzar los ejercicios. Sin embargo, Duncan varió el orden del día. Ya había aprendido los movimientos básicos con la espada, y podía hacerlos casi con los ojos cerrados. Se colocó frente a ella y le pidió que los pusiera en práctica con él.

Gabriela sintió que los músculos se le habían quedado rígidos y que no le respondían. A pesar de que trabajaban con espadas de madera —Duncan no

habría corrido ningún riesgo con el nieto del *laird*—, la idea de luchar con él, frente a frente, la superaba.

—¿Estás esperando algún tipo de inspiración divina?

Duncan permanecía frente a ella, con las piernas abiertas y la espada colgando de su mano derecha. Parecía listo para entrar en combate. Ella seguía sin poder moverse.

—Puedo decirles que se marchen —anunció él.

—¿Qué? —Gabriela despertó de su sopor.

—A las chicas.

Durante un rato ni siquiera había sido consciente de que estaban allí, se había olvidado por completo de ellas. Lo único que podía ver era la imponente figura de aquel guerrero, plantado frente a ella, como si pudiera cortar el mundo por la mitad con aquella simple espada de madera.

Apretó de nuevo los dientes y alzó su espada. De repente parecía pesar el doble que el día anterior. Hizo un movimiento suave, para adaptar la muñeca, y se obligó a mover los músculos para colocar las piernas en la posición correcta. Duncan apenas la dejó terminar. Antes de que se diera cuenta, había golpeado su arma y esta había caído al suelo.

Gabriela enrojeció hasta la raíz del cabello, mientras oía de fondo las risas de las chiquillas. Duncan alzó una ceja y la miró extrañado.

—¿Se puede saber qué te pasa hoy? —le preguntó sin alzar la voz.

—Nada, no me pasa nada. —Se agachó y recuperó la espada.

—¿Es por Fergus?

—¿Fergus? —Su sorpresa era genuina. ¿Qué significaba aquella pregunta?

—Os vi la otra noche, no parecía que fueseis muy amigos.

—Fergus es imbécil.

Duncan soltó una carcajada, lo que hizo que, de repente, ella se sintiera algo

más cómoda. Tenía una risa grave y ronca, tan sensual como el resto de su persona. Por Dios, ¿qué demonios le pasaba con aquel hombre?

—Es una opinión que es probable compartan algunos otros miembros del clan.

—¿Como tú, por ejemplo?

—Eso no es asunto tuyo —le contestó con media sonrisa—. Coge la espada y volvamos a empezar.

Gabriela no insistió y volvió a empuñar el arma. Hizo el primer movimiento que Duncan le había enseñado. Echó la pierna derecha ligeramente hacia atrás y arremetió con la espada en posición horizontal, y él interceptó la maniobra limpiamente, sin haberse movido ni un centímetro de su posición. Trató de recordar las enseñanzas de su padre, de Ramón Monforte y del propio Angus. Claro que, por aquel entonces, había entrenado con una hoja mucho más fina y liviana, capaz de hacer movimientos impensables con aquel mandoble. Sin embargo, a medida que Duncan desviaba sus golpes, pensó que, con aquella espada de madera hecha casi para un niño, tal vez sí que podría usar alguno de sus viejos trucos. Cuando el guerrero pasó a atacar, ella, en lugar de desviar la hoja con la parte plana de la suya, se agachó, echó el brazo hacia atrás, y arremetió con su arma hasta tocar el vientre de Duncan, que reculó un paso, sorprendido. A su izquierda escuchó la exclamación de las dos jovencitas, pero ni siquiera se volvió a mirarlas.

—Vaya, así es que sí sabes usar una espada, después de todo.

—Mi padre me enseñó algunas cosas.

—Ya veo. De todos modos, es muy posible que no puedas emplear ese truco en un combate real.

—¿Y por qué no?

—Porque nuestras espadas son mucho más largas y más pesadas. Para

atravesar a un hombre desde esa posición, debes poseer un brazo de hierro, y me temo que no es tu caso. Al menos no de momento.

—Con mi espada podría hacerlo. Es de acero toledano.

—Tu espada se partiría por la mitad al primer toque de una de las nuestras. Y es tan corta que jamás alcanzarías a tu contrincante en un cuerpo a cuerpo sin quedar ensartado en su hoja.

Gabriela supo que tenía razón, pero aquella muestra de destreza le había provocado una enorme satisfacción. Había conseguido sorprender a Duncan Montroe y eso le había infundido cierta confianza. Pero era cierto, debía aprender a entrenarse con las espadas escocesas, aunque era poco probable que las fuera a usar en el futuro.

Gabriela tamborileaba con los dedos sobre la mesa, mientras esperaba a que Duncan y Micheal se levantaran. Ella ya se había lavado a conciencia, incluso el pelo, que había re peinado hacia atrás. Se había puesto su mejor camisa, sus calzas más nuevas, y cepillado el jubón que, de tanto en tanto, alisaba con las palmas de las manos para evitar que se arrugase.

La puerta de la habitación se abrió, y padre e hijo emergieron de ella. A Gabriela le sorprendió que llevaran las mismas ropas arrugadas del día anterior y, en el caso de Micheal, con algunas manchas.

—¿Hoy no es domingo? —Temió haberse equivocado de día.

—Sí, hoy descansaremos —repuso Duncan, sin mirarla apenas.

—¿Y no vamos a misa?

Los dos se volvieron a la vez.

—¿A misa? —Duncan miró a Micheal, que se limitó a encogerse de hombros, como si no supiera de lo que hablaba—. ¿Por eso vas con el pelo tan pegado al cráneo que parece que te lo hubiera lamido una vaca?

Gabriela se echó las manos a la cabeza, molesta con el comentario jocoso.

—Y se ha limpiado las botas, papá —apuntó Micheal, señalando sus pies—. A lo mejor la vaca...

—¿Es que vosotros no vais a la iglesia? —interrumpió ella, que no tenía ganas de escuchar otra chanza a su costa—. En fin, no he visto ninguna cerca, pero seguro que habrá un lugar donde os reunáis los domingos para rezar, ¿no?

—No hay iglesia —contestó Duncan, que hundió la cabeza en el barril de agua y la sacó de golpe, con toda la melena mojada trazando un arco en el aire. Algunas gotas salpicaron la ropa y la piel de Gabriela, aunque ella ni siquiera se dio cuenta. Se le había olvidado incluso respirar ante aquella visión—. Pero tenemos una pequeña capilla en el extremo oeste. —Se volvió hacia ella y se secó el pelo con un trozo de tela—. Micheal puede acompañarte si quieres.

—No quiero —repuso el pequeño, que imitó el gesto de su padre subido a su pequeño taburete.

—Deberías ser un poco más amable, Micheal —le dijo Duncan, pasándole el lienzo en cuanto sacó la cabeza del agua.

Gabriela los miró y se preguntó si estarían bromeando. ¿Allí no acudían los domingos a misa, como mandaba la Iglesia? En Toledo habría sido impensable algo semejante. De hecho, todo el mundo se ponía sus mejores ropas y aprovechaba para charlar con sus vecinos y dar un paseo por la ciudad. Incluso su padre lo hacía.

—Aquí no hay sacerdote, Rob —le explicó Duncan unos minutos después, mientras desayunaba con apetito—. Cada uno reza a Dios cuando lo necesita o le place. De vez en cuando, pasa el padre Graham por aquí y aprovecha para celebrar bodas o bautizos, y también algún oficio.

—Comprendo —musitó ella.

—Pero Micheal te acompañará con mucho gusto hasta la capilla.

El niño soltó un bufido y puso los ojos en blanco pero, un rato después, ambos recorrían uno de los senderos del asentamiento y parecía contento. Caminaba dando saltitos y hablando de mil cosas a la vez. Gabriela era incapaz de seguir el ritmo de su conversación porque, al igual que sus pies, sus palabras saltaban de un tema a otro sin descanso.

Cuando alcanzaron la capilla, descubrió que no era más que un edificio viejo con una cruz de madera en el dintel.

—Esa es —le informó Micheal, como si no resultara evidente.

—Está cerrada.

—Siempre está cerrada. —Micheal se acercó hasta la puerta y le dio un pequeño empujón, con una sonrisita pícaro que lanzó en su dirección—. Pero se puede abrir.

Gabriela se sintió un tanto ridícula. Ni siquiera se había tomado la molestia de acercarse y comprobar si podía entrar.

Siguió a Micheal y se detuvo en el umbral. ¿Aquello era la capilla? Más bien parecía un almacén para trastos viejos. Trozos de muebles, espadas melladas y ruedas de carro se acumulaban junto a los muros y sobre los bancos de madera deslustrada. Al fondo, había un pequeño altar y una modesta cruz de madera colgaba de la pared. Pero ¿qué clase de salvajes vivían allí, que tenían la casa del Señor llena de trastos?

Recorrió el pasillo y comprobó que, al menos, las dos primeras hileras de asientos estaban vacías y bastante limpias, e imaginó que alguien se encargaría de mantener un mínimo de decoro entre aquellas paredes. Se santiguó frente al altar y se sentó.

—¿Qué haces? —le preguntó Micheal, que se había acercado hasta ella.

—Voy a rezar un rato. Hoy es domingo, el día del Señor.

—Todos los días son del Señor, Rob.

—Eh, bueno, sí, en realidad sí. —Gabriela imaginó que allí las cosas

funcionaban de otro modo—. Pero los domingos son especiales, hay que ir a misa y...

—Pero no hay sacerdote.

—Ya lo sé, pero voy a imaginarme que sí que está ahí.

Micheal miró fijamente al altar y achinó los ojos, como si intentara imaginar lo mismo.

—El padre Graham es bajito y solo tiene un mechón de pelo casi blanco, que se peina con saliva así. —Micheal hizo el gesto de aplastarse el cabello al cráneo tras escupir, también figuradamente, en su mano—. Y tiene una barriga pequeña y redonda, como si llevara algo escondido debajo del hábito. Cuando sonrío solo se le ven cinco dientes. Christen y yo se los contamos la última vez que estuvo aquí, y...

—¡Micheal! —Gabriela no podía creer que aquel niño hablase en esos términos de un siervo del Señor—. ¡No hables así del padre Graham!

—¿Es que ya le conoces?

—¿Eh? No, claro que no.

—Pues entonces, ¿cómo te lo vas a imaginar si yo no te ayudo, eh?

Gabriela no supo qué contestar a eso. Dirigió la vista de nuevo al altar, y casi creyó ver al hombre que Micheal había descrito.

—Puedes marcharte si quieres, sabré regresar sin tu ayuda.

—De acuerdo —respondió el chiquillo.

Al parecer, había estado aguardando esas palabras, porque echó a correr y salió de la capilla como si le persiguiera un jabalí enfurecido. Gabriela no pudo evitar sonreír ante su desparpajo.

Luego, juntó las manos, elevó la vista hacia aquella humilde cruz y comenzó sus oraciones. Pidió por las almas de sus padres y de sus hermanos, por la de Angus si es que ya les acompañaba o por su salud si no era así. Por último, le

dio las gracias por haberle permitido llegar hasta allí con vida y le rogó fuerzas para enfrentarse a los días venideros. Sin duda le iban a hacer falta.

—Me ha dicho un pajarito que últimamente visitas mucho a Rhona —le dijo Logan a Duncan un par de días más tarde, echándole un brazo por los hombros.

—Voy a tener que cortar unos cuantos picos entonces —refunfuñó él. Alzó un hombro y se quitó de encima el brazo de su compañero de armas.

—¿No es cierto?

—No es de tu incumbencia.

Logan soltó una risotada. Ambos se dirigían hacia el patio. Duncan había decidido que necesitaba un descanso de su trabajo con Robert, y pasar un rato con sus hombres serviría para alejar a aquel muchacho de su pensamiento.

—Últimamente estás de lo más extraño, Duncan. ¿Se puede saber qué te ocurre?

—Necesito una buena pelea.

—Ya veo. Tanta ociosidad te tiene igual de nervioso que a mí, ¿no?

Duncan no contestó.

—Hace tiempo que no les hacemos una visita a los MacMunro.

—El *laird* nos desollaría vivos si iniciáramos otra guerra sin motivo —reconoció Duncan.

—Oh, pero seguro que hay alguno, si buscamos un poco. —Logan sonrió de medio lado, dejando al descubierto un par de agujeros en su dentadura—. Estoy convencido de que nos faltarán un par de reses allá abajo.

El clan poseía unas cuantas cabezas de ganado que cuidaban algunas familias en el valle, donde las temperaturas no eran tan extremas y donde podían encontrar algo de pasto durante los duros inviernos.

—Seguro que sí, pero no vamos a ir a comprobarlo —aseguró Duncan—. Al menos hoy no.

—Tú siempre estropeas los momentos de diversión. —Logan escupió en el suelo, sin acritud. Duncan siempre se había caracterizado por ser un hombre muy cabal, demasiado para el gusto de su amigo. La mayor parte del tiempo eso lo convertía en un miembro respetado, temido y valorado en el clan, pero había veces... había veces en que era un condenado aguafiestas.

Llegaron a la explanada frente al castillo. Hacía algo menos frío que los días anteriores, y Duncan esperaba que Robert también practicara sus ejercicios en compañía del pequeño Micheal. Él necesitaba sentirse rodeado por hombres de verdad, hombres tan rudos como él mismo. Ese día iba a romper unos cuantos huesos.

Gabriela estaba harta de hacer siempre lo mismo, durante días. Esa mañana, Duncan se había marchado con su guerrero de confianza y la había dejado a cargo del pequeño. Aunque, visto lo visto, no sabía quién cuidaba de quién. El pequeño Micheal tenía una asombrosa facilidad para moverse con la espada en la mano, e incluso se había atrevido a proporcionarle algún consejo, como si ella fuese una principiante. No se atrevió a decirle que conocía los rudimentos de la lucha con la espada aunque no los dominara, y que su principal problema radicaba en aquellas armas escocesas tan largas y tan pesadas.

—Cuando ataques, está bien que te adelantes. Pero, cuando eres tú quien recibe el golpe, es mejor que eches la pierna derecha hacia atrás, para mantener el *equilibrio*.

—El equilibrio —le corrigió ella.

—Porque si pierdes el *equilibrio* te caes al suelo —continuó él, sin hacer

caso a su corrección. La había escuchado, sin duda, porque había fruncido ligeramente el ceño, como si le molestara que alguien le indicara que se había equivocado—. Y si caes al suelo, estás muerto.

—Entiendo —dijo ella. Sabía que aquellas indicaciones provenían de su padre. De hecho, a ella ya se las había dado en alguna ocasión, solo que, a veces, lo olvidaba. Micheal estaba ocupando el lugar de Duncan, y parecía muy orgulloso de ello.

—¿Has matado a alguien alguna vez? —preguntó entonces el niño.

Se había detenido y clavado la punta de su espada de madera sobre la tierra blanda, donde la escarcha se había derretido y formado una grumosa mezcla de barro.

—No, ¿y tú? —respondió ella, con una sonrisa.

—Todavía no —contestó—. Pero espero hacerlo pronto.

—¿Hablas en serio? —Que un niño de esa edad soltara una afirmación como aquella le parecía horrible.

—Pues claro. ¿Para qué nos entrenamos entonces?

—¿Para defendernos si nos atacan? —contestó ella, con cierta ironía.

—Buff.

—¿Buff?

—Tú no puedes entenderlo. No eres escocés.

—Te recuerdo que mi padre sí lo era.

—Pero tú no has nacido aquí, ni has vivido aquí.

—¿Y eso qué cambia?

—Solo los clanes débiles se limitan únicamente a defenderse.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Mi padre.

—Vaya con tu padre. Menudo ejemplo.

El niño alzó la espada a tal velocidad que ella no tuvo tiempo ni de cambiar

de posición. De repente, la punta estaba pegada a su garganta. Gabriela se quedó muy quieta. Aunque el arma era de madera, podía llegar a hacerle daño. Desde allí observó al pequeño, con las piernas separadas y una mirada cargada de desdén, que tenía fija en ella.

—Mi padre es un gran guerrero —aseguró el niño—. Por eso te está entrenando, aunque tú no valgas para nada.

—¿Cómo te atreves? —Gabriela dio un paso atrás y alzó su propia espada, que desvió de un golpe la de su joven antagonista. En un segundo las tornas se habían cambiado.

Micheal parecía sorprendido y en sus ojos pudo ver algo más. Un atisbo de ¿admiración?, ¿respeto?

—En mi tierra también luchamos —aseguró ella—. No somos ni inútiles ni cobardes.

—Los *highlanders* somos los Elegidos de Dios —afirmó con rotundidad.

—¿Cómo? —Gabriela tuvo que parpadear varias veces y bajó su arma.

—Somos los que más cerca vivimos de Él —contestó, con un convencimiento tal que Gabriela no pudo más que asentir.

—La mitad de mi sangre es escocesa, Micheal. Y ahora estoy aquí.

—Entonces tú también debes ser uno de los Elegidos —dijo el pequeño, que la miró de arriba abajo—. Aunque todavía no sé para qué.

Micheal se dio la vuelta y comenzó a alejarse. Gabriela lo observó mientras se dirigía a un morral que había dejado junto al muro y extraía un pedazo de queso, una hogaza de pan y un cuchillo que podría rebanarle el cuello a un buey de un solo tajo. ¿De verdad aquel niño tenía solamente seis años?

Con los músculos doloridos pero el ánimo fuerte, Duncan regresó a su hogar en cuanto comenzó a caer la tarde. Le gustaba recorrer aquella parte del

poblado, ver las primeras luces encenderse tras las contraventanas, llenar sus pulmones con el aire frío y ligeramente dulzón de los árboles, sentir bajo sus pies aquella tierra firme y compacta, una tierra que había sido regada con la sangre de miles de escoceses. A veces, casi creía sentirla palpitar a través de las suelas de sus botas, un tam-tam de tambores de guerra que atronaba sus oídos.

Estaba convencido de que Micheal también lo sentiría de ese modo en el futuro. Confiaba en que el hijo de Keilan Montroe también lo lograra algún día. A fin de cuentas, por sus venas corría la sangre del clan.

Al llegar a la altura de su propia casa, comprobó que no había ninguna luz encendida. Alzó la vista hacia el cielo. La oscuridad pronto sería completa, al menos todo lo completa que permitían aquellas latitudes. Ni siquiera se detuvo. Continuó caminando en dirección al pequeño campo de entrenamiento. No tardó en distinguir la figura de Rob, que acarreaba piedras como si le fuera la vida en ello. Pero no había ni rastro de Micheal. No fue hasta que estuvo casi a su altura que vio un bulto en el suelo, cubierto por un tartán. Era su hijo. Se había quedado dormido.

—Ya es muy tarde —dijo.

Rob se sobresaltó y casi dejó caer la piedra que sostenía en ese momento. Lo miró con los ojos muy abiertos y habría jurado que incluso se ruborizó. «Qué chico tan extraño», se dijo Duncan. A veces parecía tan sensible como una damisela.

Sacudió entonces a su hijo, que se despertó de mala gana. Lo cogió en brazos y lo acurrucó junto a su pecho. A veces olvidaba que aún era muy pequeño. Le llegó el olor a brezo de su pelo, y esa calidez que acumulan los niños cuando duermen y que traspasó su tartán y su camisa de hilo. Le habría gustado permanecer así durante un buen rato, sintiendo junto a su pecho el

palpitar del corazón de su hijo, pero Micheal se espabiló y le pidió que lo bajara.

Comenzó a parlotear mientras Rob se limpiaba las manos, se cubría con el tartán y recogía el morral del suelo. No podía apartar la vista del chico, de sus largas piernas y sus manos, que esta vez había tenido la precaución de cubrir con unos lienzos. Micheal se impacientó cuando comprobó que no le escuchaba, y se obligó a prestarle atención. Le contaba no sé qué de Dios y los escoceses, pero él volvió a perder el hilo en cuanto vio cómo la ceja de Rob se alzaba. Micheal tiró de su tartán y él asintió, sin saber muy bien a qué. Los ojos de Rob se encontraron entonces con los suyos. Un latigazo recorrió su cuerpo entero.

—Vamos a casa —dijo al fin. Solo le salió media voz—. No deberíais estar aquí tan tarde.

—Lo siento, es culpa mía —aseguró el joven.

—¿Llevas toda la tarde con el muro? —le preguntó.

—Eh... sí, bueno. —El chico parecía de nuevo avergonzado—. Esta mañana practicamos con la espada y esta tarde pensé que estaría bien intentar fortalecer un poco los músculos.

Duncan no dijo nada. Echó un vistazo a esos brazos, que se adivinaban bien escuálidos a través de las mangas de la camisa. Pensó con resignación que ni llevando de un lado a otro todas las piedras de Escocia lograría sacar músculo de aquello. Pero no lo dijo. Valoraba la actitud del joven y no iba a ser él quien echara por tierra su intención de convertirse en un guerrero.

—Mira, papá —dijo entonces Micheal—. Ahí están Logan y Wallis.

El aludido caminaba con despreocupación junto a su esposa, a la que había echado un brazo sobre los hombros. Lucía un buen cardenal junto al ojo derecho, obra de Duncan. Pero había sido culpa suya. Había estado pinchándole todo el día, hasta que ambos decidieron iniciar una buena pelea,

una de esas que te calientan la sangre y el corazón. Junto al matrimonio caminaba su hija Christen, a la que Gabriela ya había visto jugar con Micheal en el salón.

Micheal echó a correr en dirección a su amiga y ambos comenzaron a perseguirse alrededor de los mayores, que se habían detenido en el camino.

—¿Qué tal tu ojo, Logan? —preguntó Duncan muy ufano.

—Supongo que igual de bien que tus costillas —repuso el otro, que tocó con la punta de los dedos el moretón.

—¿Os habéis peleado? —preguntó Gabriela, atónita—. ¿Por qué?

—Es uno de sus deportes favoritos —aseguró Wallis—. No necesitan ninguna razón.

—Pero eso... eso es... es... —No conseguía encontrar las palabras adecuadas.

—¿Divertido? —preguntó Duncan.

—¿Entretenido? —inquirió Logan, al mismo tiempo.

—*¿Entretenido? ¿Divertido? ¿Es que estos escoceses están locos? Si me quedo aquí mucho tiempo voy a acabar igual que ellos.*

Gabriela enmudeció. Todos la miraban de forma extraña. Había pensado en voz alta, y lo había hecho en castellano, por fortuna.

—¿En tu tierra cómo os divertís vosotros? —preguntó Duncan. Descubrió que necesitaba saber la respuesta. Tal vez eso le diera alguna pista sobre otras aptitudes del joven.

—Pues... —Gabriela no sabía qué contestar. ¿Qué se suponía que hacían los hombres cuando no había mujeres delante? ¿Beber? ¿Jugar? ¿Pelear?

—Ahhhh. —El grito de Christen la sacó del apuro.

Wallis se volvió de inmediato, más rápida incluso que su marido.

—¿Qué pasa, pequeña?

—Es Micheal —contestó la niña, retorciéndose sobre sí misma—. Me ha

metido un puñado de barro por la camisa.

Micheal observaba la escena con una sonrisa de oreja a oreja, feliz de haber logrado su proeza.

—Será mejor que nos retiremos ya —anunció Duncan.

Los demás se mostraron de acuerdo y todos siguieron su camino.

—¿Por qué has hecho eso, Micheal? —preguntó Gabriela—. Hace mucho frío.

—¿Y qué? —preguntó el niño, con los ojos como platos—. Solo jugábamos.

—¡Pero eso no se hace!

—¿Por qué no? —El niño miró a su padre, que se encogió ligeramente de hombros. Al parecer, tampoco él sabía qué contestar.

—Pues porque... porque... —Desde luego, esa no era su noche. Todas las palabras parecían habersele muerto dentro de la cabeza.

—Este verano le metí un saltamontes por la camisa —anunció el pequeño, muy orgulloso—. Creo que nunca me había reído tanto.

—¿En serio?

—¿Tú no le gastabas bromas a tu hermana? —preguntó el pequeño, vivamente interesado.

—¡Claro que no! —Bufó ella. Y al instante comprendió que había cometido un error. En ese momento no era Gabriela, era su hermano Robert. Y Robert había cometido travesuras como esa, y algunas mucho peores—. Bueno, alguna vez sí —rectificó de inmediato.

—¿Qué le hiciste? —preguntó Micheal, con cierto brillo de admiración en los ojos.

Duncan caminaba un paso por delante de ellos, pero muy despacio, como si no quisiera perderse ni una sola de sus palabras.

—Bueno... —Gabriela carraspeó—. Una vez le metí una culebra en la cama.

—¿¿¿Qué??? —Micheal se detuvo, atónito. Hasta Duncan volvió la cabeza y le lanzó una mirada cargada de significado.

—Oh, ¡las culebras no son venenosas! —aclaró de inmediato—. Claro que ella no lo sabía.

Recordaba con nitidez aquel episodio. Se había metido en la cama sin sospechar que bajo las sábanas la aguardaba tamaña sorpresa. Cuando sintió algo ligeramente viscoso y frío moverse por sus piernas, comenzó a patlear y a gritar y salió de un salto de la cama. Aún recordaba aquel tacto sobre su piel. En la puerta de su habitación, sus hermanos Robert y Thomas se reían a mandíbula batiente, mientras ella era incapaz de dejar de chillar. Su padre acudió todo lo rápido que pudo dada su limitada movilidad, y la madre hizo otro tanto. El padre se llevó a la culebra y a los chicos, y su madre la mantuvo abrazada hasta que se calmó. No era un recuerdo especialmente agradable, pero hasta esas travesuras echaba de menos.

—¿Y qué más? —preguntó el niño.

—¿Qué? —Solo en ese momento se dio cuenta de que se había detenido en medio del camino, mientras rememoraba aquella historia. Duncan la observaba con atención, como si intuyera que, durante unos instantes, ella había viajado a otro tiempo y otro lugar.

—Ya te lo contará otro día, Micheal —terció él. Colocó su mano sobre el hombro del chico y lo obligó a continuar caminando.

—Vaya, una culebra... —iba murmurando el chiquillo.

—Micheal... ¡ni se te ocurra! —bramó su padre—. No podrías sentarte durante una semana.

El niño hundió los hombros y comenzó a arrastrar los pies. Duncan le lanzó a Rob una mirada de advertencia. En el futuro, sería mejor no alimentar aún más las fantasías de su hijo. Gabriela se dio por advertida.

No podía dormir. Micheal no paraba de moverse en la cama, pataleando bajo las mantas. Duncan sospechó que la historia de Rob se había colado en los sueños del niño y no pudo evitar una sonrisa. Tal vez eso le serviría para no considerar siquiera esa posibilidad en el futuro. ¡Vaya con el joven Montroe! Sospechaba que esa sería una de las muchas historias que mantenía ocultas. Jamás lo hubiera dicho. Parecía tan delicado, tan frágil...

Se levantó y salió a la habitación principal. El fuego de la chimenea no era ya más que un puñado de brasas que apenas mantenían a raya el frío del exterior. Encendió una vela y se sirvió un poco de agua. Se sentó a la mesa, frente al fuego, y dio un largo trago. Procuró no volver la cabeza hacia la derecha, donde una gruesa cortina ocultaba la cama de su hijo, ahora ocupada por ese enigmático muchacho. Pero los ojos se le iban sin proponérselo. Apuró la jarra y se levantó para servirse otra. Esta vez lo hizo por la derecha, y su brazo rozó casi por casualidad aquella tela rasposa y vieja de un color indefinido entre el gris y el marrón.

«Podría echar un vistazo —se dijo—. Solo para comprobar que está bien.»

Claro que estaba bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

Con la jarra en la mano, junto a la alacena, tenía la sensación de que en el cuerpo le hervía algo que no sabía identificar.

«Dios mío, me estoy volviendo loco», pensó.

Apretó el recipiente con tanta fuerza que escuchó un crujido. Una grieta atravesaba ahora la jarra de barro, desde la boca hasta más o menos la mitad. La dejó con cuidado sobre la mesa, con el pulso tembloroso.

«Solo será un momento», se prometió.

Se dirigió con mucho cuidado hacia la cortina y, una vez allí, contuvo la respiración y aguzó el oído. El chico parecía dormir profundamente. Retiró la tela solo unos centímetros y echó un vistazo al interior, pero apenas se vislumbraba más que una masa amorfa. Volvió a cerrarla, con el pulso reventándole los tímpanos. Se pasó la mano por la frente, tratando de encontrar la calma.

—Maldita sea —gruñó. Aquella era su casa y no estaba haciendo nada malo, ¿verdad? Solo quería ver al chico un instante, poder mirarlo mientras dormía, para asegurarse de que lo que sentía al tenerle cerca era bien real. Durante el día, procuraba evitar su mirada o su contacto. Ahora no habría peligro y podría recorrer todas las líneas de su rostro sin miedo a lo que pudiera pensar el joven.

Esta vez, recorrió la cortina del todo. La luz de la vela que había sobre la mesa incidió de lleno en aquel rostro, lo único que se veía sobresalir de debajo de las mantas. Las largas pestañas creaban una sombra sobre sus párpados, tan lisos como la piel de Micheal. No existía ni un atisbo de barba o bigote. No recordaba haberlo visto afeitarse, aunque también era cierto que procuraba evitar cualquier contacto o visión que no fuera estrictamente necesaria. Era evidente que aquel chico aún no había madurado del todo. Observó su nariz, pequeña y proporcionada, y sus labios, tan carnosos como una flor. En ese momento estaban entreabiertos, dejando pasar el aire y provocando un suave ronquido de lo más perturbador.

No pudo evitarlo. Antes de ser siquiera consciente de ello, alargó una mano y dejó que las yemas de sus dedos recorrieran aquel rostro que se le aparecía en sueños y lo perseguía allá donde fuese. La piel era tan suave como parecía, incluso demasiado. El pensamiento no llegó a más, porque el chico frunció los labios y volvió la cabeza, como si quisiera apartar a algún bicho de su rostro.

Su cuerpo se movió y Duncan se quedó congelado. Si en ese momento abría los ojos y se lo encontraba allí no sabía cómo podría excusar su presencia junto a su cama.

«Loco —pensó—. Estás completamente loco.»

Rob se dio media vuelta en sueños. Una de sus piernas desnudas asomó un momento, antes de volver a cobijarse bajo las mantas. La efímera visión de aquella pálida y suave piel fue más de lo que pudo soportar.

Se dio la vuelta, se separó del lecho de su pupilo y volvió a cerrar las cortinas. El corazón le latía tan fuerte que temió despertar a todas las Highlands. Una poderosa erección le palpitaba entre las ingles.

«Estoy perdido», reconoció, con pesar. Se echó las manos a la cara y dejó escapar un sollozo. ¿En qué se había convertido? ¿Cómo podría vivir a partir de ese instante? ¿Cómo podría vivir sabiendo que deseaba a otro hombre, al nieto de su *laird*, con todas las fibras de su ser?

Duncan se despertó tras un sueño a intervalos, que no había hecho más que acrecentar su angustia. Tenía que hacer algo para cortar de raíz aquellos sentimientos contra natura. Estaba claro que las visitas a Rhona no surtían el efecto deseado. El problema estaba en él, era consciente. Echó un rápido vistazo a su hijo, que se vestía aún envuelto en los vapores del sueño. No podía consentir que aquella situación se alargase. Hablaría con Malcolm Montroe y lo convencería para que fuese otro quien se ocupase de la instrucción de Rob. Era imperioso que se distanciase del muchacho, cuanto antes mejor. Si alguien descubría... si alguien descubría que sus manos anhelaban acariciar aquel rostro y besar aquellos labios... No quería ni pensarlo. Podrían echarlo del clan, o algo mucho peor. ¿Qué sería entonces de Micheal?

Se vistió con desgana, como si la decisión le pesara en el ánimo. Eso era lo correcto, lo único que podía hacer, de hecho. Poner distancia. Con un poco de suerte, se cruzarían poco. Una vez hecho eso, buscaría una nueva esposa. Alguien que le calentara la cama y el cuerpo, que desterrara de su piel esos anhelos prohibidos. Aún era joven, fuerte y bien parecido. En el próximo festival de primavera tal vez pudiera encontrar una candidata apropiada.

—¿Te ocurre algo, padre? —preguntó Micheal, ya en el umbral. Estaba completamente vestido y él solo había atinado a ponerse la camisa.

—Eh, no, nada. Enseguida me reúno contigo —respondió mientras cogía su *kilt*.

—Voy a ver si Rob está despierto.

Duncan soltó un suspiro. La imagen del joven durmiendo, iluminado por la luz de la vela, ocupó toda su mente. Sacudió la cabeza, como si así aquellos pensamientos impuros pudieran caerse de ella, y acabó de vestirse. Cuando salió al comedor, fue incapaz de mirar al joven, sentado a la mesa con su hijo y dando cuenta de una rebanada de pan con miel y un vaso de leche. Gruñó un saludo y ocupó su sitio. La comida le sabía a ceniza. Ni siquiera fue capaz de acabarse su ración.

Se levantó y comenzó a envolverse en el tartán. Iría a hablar con su *laird* en ese mismo momento. Unos golpes en la puerta interrumpieron sus movimientos. Echó un rápido vistazo a Rob y a su hijo, dio dos zancadas y asió el pomo. Como si lo hubiera convocado con el pensamiento, al otro lado de la jamba se encontraba Malcolm Montroe.

—Buenos días, Duncan —lo saludó—. No es demasiado temprano, ¿verdad?

—Eh, no..., ¿temprano? —Duncan estaba un poco aturdido.

Dirigió la mirada hacia el interior de la habitación. Micheal se había puesto

en pie y aguardaba junto a su silla, muy firme. Rob había hecho lo mismo. Las mejillas se le habían encendido.

Malcolm no esperó una invitación. Cruzó el umbral y su presencia llenó toda la estancia. Un grueso manto de piel de oso caía desde sus hombros, hasta casi ocultar las altas botas de piel.

—Buenos días, muchachos —les saludó. Lanzó una mirada escrutadora a su nieto y un guiño al pequeño Micheal. Luego se volvió hacia Duncan y bajó el tono de voz—. He venido a ver qué tal le va al chico.

—Bueno, aún es pronto para...

—Salgamos fuera —le cortó el *laird*.

Duncan le siguió al exterior. Malcolm esperó a que cerrara la puerta y comenzó a caminar despacio, como si estuviera dando un paseo. Duncan recordó que a veces recorría así el pueblo, charlando con los miembros del clan e interesándose por todo y por todos. Ahora él iba a hacerle compañía.

—¿Cómo va el entrenamiento? —inquirió, cuando se hubieron alejado unos pasos.

—Como os decía, aún es pronto para saberlo. De hecho, quería ir a veros precisamente para hablar de ello.

—¿Es tan débil como parece? —En su voz había cierta nota de decepción que Duncan percibió de inmediato.

—Es joven.

—Neall es joven —aseguró el *laird*—. Y casi le dobla en tamaño y fuerza.

—Me temo que no ha recibido una instrucción apropiada. Con tiempo y paciencia, creo que puede desarrollar la musculatura.

—Nunca será un buen guerrero.

—No todas las batallas se ganan con la fuerza —aseguró Duncan, defendiendo al joven Rob, no sabía muy bien por qué. Estaba claro que nunca

sería el hombre que su abuelo esperaba, pero tampoco iba a permitir que lo arrinconaran solo porque su físico no era lo bastante prominente.

—Cierto. —Malcolm asintió y continuó su paseo, con la mirada fija en el camino.

—Pero tal vez yo no sea la persona más apropiada para entrenarlo. —Ya está. Lo había dicho.

Malcolm se detuvo y lo miró fijamente.

—¿Por qué no? —inquirió—. Eres el jefe de mis guerreros, no hay nadie más apropiado que tú.

—Había pensado que Gavin podía sustituirme —respondió—. Es un guerrero veterano y fue íntimo amigo de su padre. Yo... yo no puedo descuidar más a mis hombres.

—Tus hombres están perfectamente. —Su tono no era amable—. Ahora te necesito aquí, Duncan. Si alguien puede conseguir que ese muchacho se convierta en un valioso miembro del clan eres tú.

—Gracias, Malcolm, pero...

—Ningún «pero», Duncan. Es mi nieto, tal vez algún día sea tu *laird*. Hay que prepararlo para ello.

Duncan no se atrevió a decir que era poco probable que los miembros del clan le otorgasen algún día los apoyos necesarios para ocupar ese puesto.

—Es lo único que me queda. —Malcolm apoyó la mano en el brazo de Duncan, que creyó percibir en su mirada un atisbo de emoción. Malcolm Montroe era un hombre duro, tan fuerte y tan hermético como una roca. Su mirada volvió a adquirir el tono verdoso de siempre, sin ningún tipo de sentimiento flotando en ella—. Confío en ti.

Duncan agachó la cabeza. No podía negarle nada a su *laird*.

—De acuerdo —dijo al fin—. Me emplearé a fondo con él.

Malcolm le dio una sonora palmada en la espalda.

—¡Sabía que podía contar contigo! —exclamó—. Y ahora vamos a ver qué ha aprendido el chico durante estos días.

Ambos hombres regresaron a la casa. Uno con la barbilla alta y el andar de quien ha conquistado varios mundos. El otro como si arrastrara la piedra de Sísifo por una pendiente interminable.

Gabriela estaba tan nerviosa que no atinaba con el broche de la capa. La visita de su abuelo la había pillado totalmente desprevenida. Ni capaz había sido de responder a su saludo de bienvenida. Y, antes de que pudiera remediarlo, ambos hombres habían abandonado la estancia. Sabía que para hablar de ella, y eso le tenía el estómago contraído.

Aquella farsa se alargaba demasiado, más de lo que había previsto en un inicio. Su intención de pasar algo de tiempo con su abuelo para que llegara a conocerla se venía abajo. Apenas habían tenido tiempo de charlar, siempre estaba rodeado de sus hombres, hablando de la guerra, del ganado, de los otros clanes, de los problemas habituales del asentamiento... Era sin duda un hombre ocupado, que velaba por las casi mil personas que vivían allí, y que lo hacía a conciencia. Y luego estaban las burlas del resto de los hombres, sobre todo de los más jóvenes, que la consideraban demasiado débil. Necesitaba demostrarle a su abuelo de qué material estaba hecha, y que era tan escocesa como lo había sido su padre.

Sin embargo, su mentira también la hacía sentirse desleal con Duncan y con Micheal. Ellos no se merecían algo así y, cuando descubrieran lo que había hecho, la odiarían. La odiarían por haberlos engañado, por haberse hecho pasar por quien no era, por no haberse sincerado con ellos. Pero ¿podía hacerlo? ¿Existía, acaso, esa posibilidad? Sinceramente, lo dudaba. Duncan era el jefe de los guerreros del clan. En cuanto descubriera que era una mujer,

iría a contárselo a su abuelo. ¿Qué haría entonces Malcolm Montroe? ¿La expulsaría de allí antes de que ella hubiera podido demostrarle que era un miembro digno de su estirpe? ¿La obligaría a regresar a Toledo? Bufó, contrariada, y Micheal, que jugaba con su pequeña espada en un rincón, le lanzó una mirada interrogadora. Le contestó con una sonrisa que tranquilizó al pequeño. Jamás regresaría a su antiguo hogar. Ya encontraría el modo de sobrevivir en aquellas tierras. Tal vez con la ayuda de Angus, si es que aún estaba vivo.

Angus... Procuraba pensar en él lo menos posible, porque su ausencia era como un agujero en el centro de su pecho que se veía incapaz de llenar. Cada día rezaba a Dios para que hubiera podido recuperarse de sus heridas y se reuniera pronto con ella. Otras, caía sumida en la desesperación, convencida de que había muerto, solo, tan cerca y al mismo tiempo tan lejos de su hogar. Y se sentía tan culpable que no podía ni respirar.

«No te dejes dominar por el pánico», se dijo.

No sabía qué hacer. ¿Debía alargar más aquella situación y trabajar aún más duro para que su abuelo se sintiera orgulloso de ella? ¿O, por el contrario, había llegado el momento de sentarse con él, confesarlo todo, y cargar con las consecuencias? Su hilo de pensamientos se vio interrumpido cuando los dos hombres regresaron a la casa. En cuanto Duncan le dijo que iban a entrenar un poco, para que su *laird* valorara sus progresos, comprendió que su suerte estaba echada.

Sentada en un cómodo sillón junto al fuego, con su bordado en las manos y un ojo puesto en la entrada, Megan hacía ver que cosía, atenta al regreso de Malcolm Montroe. Sabía perfectamente qué había hecho esa mañana, lo mismo que sabía que no llegaría especialmente satisfecho con los progresos de su

nieto. Solo un par de días atrás, ella había pasado por el lugar donde Duncan le dedicaba su tiempo a aquel muchacho imberbe. Ninguno de los dos se fijó en ella, atentos como estaban en mover aquellas espadas de madera como si se enfrentaran a enemigos imaginarios. No necesitó ver mucho más. Aquel jovencito jamás podría compararse con su hijo Fergus, por más esfuerzo que le dedicaran los mejores hombres del clan. No importaba que por sus venas corriera la sangre de los más arrojados guerreros Montroe; jamás podría ser uno de ellos.

Desde que se había instalado allí, se había convertido en la señora del lugar, a falta de ninguna otra. La esposa de Malcolm había muerto hacía casi tres décadas, y sus hijos también habían desaparecido. Tampoco existían nueras que hubieran podido hacerle sombra, así es que ocupó un lugar que estaba vacante y durante esos últimos años había gobernado la parte doméstica de aquella casa a su antojo. Nada se hacía allí que ella no supiera, desde la comida a la ropa, pasando por la limpieza o por el personal que atendía las dependencias del *laird*. Y así seguiría siendo una vez que su hijo ocupara su lugar. Ya se encargaría ella de elegirle una esposa dócil que no le diera problemas.

Como había sospechado, Malcolm entró en la estancia con gesto abatido. Los hombros, ligeramente hundidos, proclamaban los años que llevaban a cuestas, casi setenta, según sus cuentas. El ceño fruncido hacía aumentar las arrugas de su frente, cada vez más pronunciadas.

—Querido primo —lo saludó ella, que se levantó para ir a su encuentro—. ¿Te encuentras bien? ¿Quieres que pida una jarra de vino o cerveza?

—Gracias, Megan —respondió el hombre.

No parecía muy contento de encontrarla allí, sin duda habría preferido hallarse a solas, pero ella no se dio por enterada y llamó a una de las jóvenes

sirvientas para que trajera una jarra de vino y unas nueces. Sabía que a Malcolm le encantaban.

Lo tomó del brazo con delicadeza y lo condujo al sillón frente al cual había estado ella sentada un rato antes.

—¿Has dado un paseo? —Se sentó y volvió a tomar el bordado entre sus manos, como si la pregunta fuese solo una fórmula de cortesía.

—Sí, algo así.

Malcolm la miró por primera vez, fijamente. Aunque no despegó sus ojos de los suyos, Megan se dio cuenta unos segundos más tarde de que miraba a través de ella, como si se hubiera perdido en sus pensamientos.

—Hace días que no vemos al joven Rob por aquí. —Volvió a centrarse en su bordado—. Espero que esta noche venga a cenar, vamos a preparar estofado de venado.

Malcolm gruñó por toda respuesta. Una sirvienta acudió con la bebida y las nueces y el hombre dio un largo trago. Luego cogió uno de los frutos y lo partió con una sola mano, como ella le había visto hacer cientos de veces. Su fuerza no había menguado.

—Pareces cansado, Malcolm —dijo entonces, con un tono de voz dulce y centrando su mirada en él.

—Demasiado trabajo, Megan —repuso él, sin ganas aparentes de entablar conversación.

—Tal vez deberías comenzar a delegar algunas tareas, querido —repuso ella, que aplaudía interiormente las palabras elegidas por el hombre—. Sabes que Fergus te ayudará en todo lo que necesites.

Malcolm la observó con fijeza. Megan se dio cuenta de que había sido demasiado directa.

—De hecho, cualquiera de tus hombres estaría encantado de...

—Fergus es aún demasiado joven —la interrumpió él—. Y demasiado

impulsivo también.

—Tiene la misma edad que tenías tú cuando te hiciste cargo del clan — aclaró ella, picada.

—Pero mi cabeza estaba mejor provista que la suya —le espetó.

—¡Malcolm Montroe! —exclamó ella, con las mejillas encendidas y dejando el bordado sobre sus muslos con un movimiento enérgico—. ¡No voy a tolerar que insultes a mi hijo!

—¿Y qué vas a hacer al respecto? ¿Marcharte de aquí? —inquirió él, con sorna—. Sabes que no te lo impediría...

Megan apretó las mandíbulas, hasta que las muelas rechinaron.

—Os acepté en mi casa porque tu marido, mi primo, fue mi mejor amigo de la infancia, y sentía que os lo debía —añadió el hombre, con la voz acerada—. Y, aunque te agradezco todas tus molestias para que esta casa funcione, no voy a consentir que trates de manipularme para favorecer a Fergus.

—No era eso lo que...

—Fergus tendrá que ganarse el respeto de todos, comenzando con el mío. Y eso, «querida prima», aún está muy lejos de suceder.

Megan se sintió hervir de rabia por dentro.

—¿Como intenta hacer tu nieto? —le repuso, con la voz cargada de veneno—. Según he oído, aún está más lejos que Fergus de conseguirlo.

—Megan, será mejor que te retires a tu habitación —le espetó él, con el rostro contraído y una mueca de desprecio cruzándole la cara.

—Malcolm, lo siento, yo...

—¡¡Ahora!!

El exabrupto la pilló desprevenida. Dio un bote sobre el sillón, pero trató de mantenerle la mirada. Apenas duró unos segundos. En aquellos ojos tronaba en ese instante una tormenta de dimensiones colosales. Megan recogió sus cosas y, sin añadir ni una palabra más, salió de la habitación. La conversación

no había ido según lo previsto, se había dejado vencer por su carácter. Y eso podría costarle caro en el futuro. Debería ser más cuidadosa la próxima vez. Aun así, no se marchó disgustada del todo. Malcolm Montroe no parecía especialmente satisfecho con los progresos de su recién llegado nieto.

Las preocupaciones de Malcolm, sin embargo, abarcaban algo más que la aparente debilidad del joven Rob. Mientras volvía a la fortaleza, los guerreros que había enviado en busca de noticias de Angus habían regresado con las manos vacías.

—Ni siquiera nos permitieron hablar con su *laird* —dijo uno.

—Pero llegasteis al menos a la fortaleza de los MacNab, ¿no?

—En realidad no —contestó el otro—. No habíamos recorrido ni una milla de sus tierras cuando apareció una patrulla y nos obligaron a dar la vuelta.

—Pero ¿no les dijisteis que llevabais un mensaje para su *laird*?

—Desde luego, pero se limitaron a coger las riendas de los caballos e insistieron en que Fingal MacNab no tenía nada que tratar con los Montroe, y que nos fuéramos por donde habíamos venido.

—Espero que al menos lograrais averiguar si Angus sigue vivo.

Ambos hombres bajaron la cabeza.

—Tampoco, mi *laird*. Se negaron a contestar a cualquiera de nuestras preguntas.

—Maldito viejo loco —farfulló Malcolm. Fingal, sin ninguna duda, había reconocido a Angus, y pensaba usarlo para fastidiarle negándose a proporcionarle ninguna información. Esperó no tener que negociar con él por el cadáver de su amigo, porque entonces que Dios se apiadara de su negra alma.

Gabriela estaba furiosa consigo misma. Era consciente de que podía haberlo hecho mucho mejor, podía haberle demostrado a su abuelo que también era un guerrero, o al menos que tenía posibilidades de convertirse en uno. Pero se había puesto tan nerviosa que Duncan había logrado desarmarla al primer toque... dos veces. Su abuelo no había necesitado ver más antes de darse media vuelta y abandonar el lugar. Ni siquiera ella fue capaz de mirar a los ojos de Duncan, que se marchó poco después, tan decepcionado como su *laird*.

Gabriela había dado un paseo por el pueblo. Había visto a un par de mujeres amasar pan, a otra acarreando agua, y a varias trabajando en los huertos, hasta que había llegado al lago para ver cómo un puñado de ellas finalizaba su colada, con las manos enrojecidas a causa del agua fría. Pensó que su verdadero lugar estaba allí, entre ellas, en lugar de intentar ser un guerrero. También había honor en el trabajo de aquellas mujeres, que cuidaban de sus familias y de los campos, que empuñaban una espada cuando era menester y que conseguían que todo funcionase de forma eficaz. Había llegado el momento de hablar con su abuelo y de quitarse la máscara, la situación se complicaba cada vez más y se estaba volviendo una carga demasiado pesada.

Permaneció largo rato frente al lago, tratando de dilucidar el modo más apropiado de abordar la situación. Las mujeres se marcharon, y hasta ella llegaron las risitas y los cuchicheos al pasar por su lado, lo que le hizo enrojecer y bajar la cabeza para ocultarlo. Al fin, cuando creyó haber ordenado todos los argumentos en su cabeza, se dio media vuelta y se dirigió

con paso resuelto hacia el castillo, donde probablemente encontraría a Malcolm Montroe.

Junto a la puerta de entrada vio a un nutrido grupo de guerreros y su cuerpo se envaró. ¿Habría ocurrido algo? En cuanto vio cómo algunos de ellos se reían y se palmeaban las espaldas de aquel modo tan característico y brutal, entendió que debía tratarse de algún juego. Movida por la curiosidad, se aproximó al grupo y se colocó en un lado, sin llamar la atención. En el centro, su primo Fergus y otro individuo, cuyo nombre no conocía, parecían llevar a cabo una competición con el arco. A unos veinte pasos habían colocado un muñeco de paja, con un círculo pintado a la altura del corazón, y trataban de acertar en la diana. La flecha del otro hombre se había clavado en el cuello y la de Fergus a medio palmo de su objetivo. El desconocido volvió a usar el arco, pero se quedó muy lejos del centro.

—Seguro que puedes hacerlo mejor, Fergus —le animó su amigo Evan, arrugando aquella naricilla de roedor.

Fergus cogió una nueva flecha y volvió a apuntar. De repente, todas las chanzas cesaron y el silencio casi arañó la piel de Gabriela. Vio cómo su primo se concentraba, cómo se mordía el labio inferior y cerraba un ojo. La flecha salió disparada y se clavó casi en el centro de la diana. Había sido un buen disparo. Tanto Evan como algunos de los más jóvenes jalearon la proeza. No era mal arquero, reconoció. Pero ella era mejor, estaba convencida de ello. Su padre no había podido entrenarla, pero había estado allí mientras Angus se ocupaba de ello, a conciencia. Horas y horas de práctica con los tres hijos, sin distinción. Y ella los había superado a todos. Lástima que no hubiese podido llevar con ella su viejo arco. Al final se había visto obligada a renunciar a él porque, según Angus, llamaba mucho la atención.

—¿Crees que puedes hacerlo mejor que Braden, Rob? —soltó Fergus entonces.

Gabriela, que estaba contemplando el muñeco, volvió la cabeza. Todas las miradas se habían centrado en ella.

—Jajaja, míralo, Fergus. —Rio Evan al notar su turbación—. Parece que va a vomitar.

Gabriela le lanzó una mirada de desprecio, que hizo extensiva a su compañero Gilfried, que también se reía. Los tres estaban siempre juntos.

—Eres un buen tirador, Fergus —dijo—. No creo que pudiera superarte.

—Seguro que no —aseguró el joven. Apoyó el arco en el suelo y colocó ambas manos sobre el extremo. El arma le llegaba a la altura del pecho. Fue su sonrisilla de condescendencia lo que la llevó a pronunciar las siguientes palabras.

—Pero podría intentarlo.

Fergus alzó una ceja y luego sonrió, socarrón. Cogió el arco de las manos de Braden y se lo lanzó. Ella logró cogerlo al vuelo. Era más pesado de lo que había pensado en un principio. Lo sopesó entre sus manos. La cuerda estaba ligeramente destensada, lo suficiente como para que las flechas se desviaran hacia la izquierda.

—A ver si vas a hacerte daño, Rob. —Rio Gilfried, que fue coreado por sus compañeros.

Gabriela simuló no oírle. Apoyó el arco en el suelo, lo dobló con cuidado y tensó la cuerda. Fergus la miraba con los ojos entornados, no muy seguro de lo que estaba haciendo. Luego, Gabriela lo colocó junto a su hombro y calibró su peso y su estructura. La madera de la que estaba hecho se había combado un poco en la parte inferior, seguramente a causa de la humedad. A la hora de disparar, tendría que tenerlo en cuenta también. Braden le tendió un puñado de flechas, que también se ocupó de revisar. Las plumas eran demasiado grandes, lo que las hacía más lentas. Sin encomendarse a nadie, se las llevó a la boca y con los dientes las peló hasta que tuvieron la medida apropiada. Se encontraba

tan concentrada que, solo al levantar la vista, se dio cuenta de que todos la observaban con atención, especialmente Fergus. Su mirada ya no parecía tan confiada. Incluso Evan, que cambiaba su peso de uno a otro pie, había enmudecido.

—Cuando quieras —dijo al fin, con media sonrisa.

Caminó hasta Fergus y se situó a su lado. Su primo cogió una flecha y disparó. Dos centímetros fuera de la diana. «Bien», se dijo Gabriela.

Colocó su arco y le pareció escuchar a Angus junto a su oreja, hablándole del viento, del equilibrio, de la manera de colocar los pies y los hombros, de la forma de acariciar la flecha y de tensar el arco... Se oyó un zumbido y una exclamación ahogada. Su proyectil había dado en el mismo centro de la diana.

Duncan estaba reunido con su *laird* en el salón principal. Malcolm le estaba poniendo al corriente del fracaso de la misión en tierras de los MacNab. Había pensado en enviar a más hombres en unos días para un nuevo intento, cuando Fingal MacNab hubiera dejado de relamerse por su aparente triunfo. Sin embargo, estaba convencido de que tampoco iba a funcionar y que tendría que resolver el asunto cara a cara, en la reunión del Parlamento prevista para unas semanas más tarde, en Stirling.

La irrupción de Logan, a toda carrera, cortó la conversación. Se detuvo, jadeando, a pocos metros de ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Duncan. A juzgar por los ojos brillantes y la sonrisa abierta dedujo que no podía tratarse de nada grave.

—Es el joven Rob —anunció.

Por el rabillo del ojo, Duncan vio cómo Malcolm se pasaba la mano por la frente, tal vez preguntándose si su nieto iba a proporcionarle un nuevo motivo

de vergüenza. Duncan rogó interiormente para que no fuese el caso. Bien sabía él que el muchacho merecía una segunda oportunidad.

—¿Y bien?

—Está disparando con el arco.

—¿Ha herido a alguien? —se incorporó Malcolm, inquieto.

—¿Eh? No, no. ¡Al contrario!

—Logan, ¿vamos a tener que sacarte la información con una caña de pescar? —inquirió su jefe, impaciente.

—Lo siento, vengo sin aliento. —Duncan le tendió su jarra de cerveza, que apuró de un solo trago—. Fergus lo retó a disparar con el arco. ¡Hizo cuatro dianas!

—¿Cuatro dianas de cuántas? —preguntó Duncan, al ver que su subordinado no continuaba con su explicación.

—¡Pues cuatro de cuatro, claro!

—¿Disparó cuatro veces y dio en el blanco todas ellas? —Malcolm, que aún no se había sentado, lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¡¡Sí!! —respondió Logan.

—Puede haber sido un golpe de suerte —apuntó Duncan, que no quería que su *laird* se hiciera demasiadas ilusiones.

—Eso mismo pensó Rodrick, y entonces fue él quien retó a Rob —dijo Logan. Rodrick era el mejor arquero que tenían en el clan, y habitualmente era él quien lideraba las partidas de caza y los ejercicios en el campo de tiro.

—¿Y? Logan, te lo juro, estás empezando a acabar con mi paciencia.

—Lo siento, Duncan. Es que aún no me lo creo. —Hizo una pausa antes de continuar—. ¡Nueve de diez!

—¿Nueve dianas? —Malcolm parecía realmente impresionado.

—Así es. Y la décima se ha quedado solo a un par de pulgadas del mismo centro.

—¿Y Rodrick? —preguntó Duncan entonces—. ¿Cuántas ha acertado él?
—Siete. —Logan sonrió ufano.

Al parecer, Malcolm no necesitó oír nada más. A paso apresurado, se dirigió hacia la salida, seguido de cerca por sus lugartenientes. Tal vez el joven no llegase a ser un guerrero al uso, pero no había duda de que un talento como aquel también resultaba tremendamente útil, sobre todo cuando el enemigo prefería guardar las distancias.

El grupo que se había congregado en el patio había aumentado. Ahora eran también mujeres y niños los que contemplaban aquella exhibición. Los tres hombres se internaron en él y pronto ocuparon los primeros puestos. De espaldas a ellos, los dos arqueros continuaban disparando flechas. A un lado, Duncan vio a Fergus y a sus secuaces, y lo que vislumbró en su mirada no le gustó ni un pelo. Furia y desprecio a partes iguales, centradas en la figura menuda que en ese momento dejaba escapar una de las flechas, que iba a clavarse en el mismo centro del muñeco.

—¡Dieciocho de veinte! —anunció Braden—. ¿Vas rendirte ya, Rodrick?

El aludido soltó un bufido y bajó el arco. Se volvió en dirección a Rob y le tendió su mano. El joven, con las mejillas arreboladas y los ojos brillantes, se la estrechó, y la suya se perdió entre aquel amasijo de carne y hueso.

—Bien hecho, chico —dijo Rodrick—. Ya veremos si durante la batalla eres igual de certero.

Un par de guerreros palmearon la espalda del joven, que se tambaleó ligeramente. Alzó los hombros, seguramente para desentumecerlos, y se volvió hacia el grupo, con una sonrisa que se le quedó pegada al rostro en cuanto vio a la multitud que se había congregado allí, y en especial a aquellos dos hombres que la miraban con un orgullo imposible de ocultar.

Desde un rincón del gran salón, Fergus observaba el ir y venir de los guerreros del clan, muchos de ellos en compañía de sus esposas e hijos. A su lado, un silencioso Evan bebía de una copa a pequeños sorbos, como si pretendiera hacerla durar toda la noche. Bajó la mirada hacia su propia bebida, que apenas había probado. Esa noche, todo le sabía a hiel.

No sentía deseos de confraternizar con nadie, ni siquiera con sus más allegados. Solo Evan, que llevaba toda la vida con él, era capaz de entender su mal humor y permanecer callado. Entrecerró los ojos cuando el joven Rob entró en la estancia. De inmediato, comenzó a recibir las palmadas en la espalda de unos y otros, un gesto de camaradería y reconocimiento que debería haber sido para él. Resultaba evidente que el joven se sentía incómodo y, en lugar de responder con risas o chanzas a la «proeza» de ese día, bajaba la vista y se ruborizaba como una doncella cualquiera. Y eso, si cabe, aún lo ponía más furioso. ¿A qué venía tanta falsa modestia, tanta fingida humildad? Porque de una cosa estaba seguro: Rob Montroe no era lo que aparentaba.

Bajo ese aspecto delicado y frágil, se escondía un ser artero y manipulador, que había llegado de nadie sabía dónde para quitarle lo que era suyo. Aún no comprendía cuál era su juego, pero estaba dispuesto a descubrirlo.

Vio cómo el *laird* llamaba al joven a su lado y le ofrecía una jarra de vino. Duncan se había quedado rezagado, aunque no perdía de vista al muchacho. Y Fergus tampoco. Observó cómo se llevaba el recipiente a los labios y bebía un pequeño sorbo, mientras que su abuelo vaciaba la jarra de un solo trago y la dejaba ruidosamente sobre la mesa. Una de las mujeres que atendían el castillo se dispuso a llenarla de nuevo, hasta el borde. Malcolm volvió a alzarla e invitó a Rob a hacer lo mismo, y ambas jarras chocaron y derramaron su contenido una sobre la otra, como se hacía siempre. Alguien le había comentado, en alguna ocasión demasiado lejana como para recordar su origen,

que ese tipo de brindis era una especie de «prueba». Si alguien quería envenenar a un enemigo, al chocar las copas de esa manera, parte del veneno caería también en la bebida del asesino, lo que era un motivo más que suficiente para desalentar a cualquiera que se atreviera a idear un asesinato de esa índole. Se preguntó si Malcolm Montroe había realizado el brindis con esa idea en la cabeza pero, cuando su vista se detuvo en su nieto, la desechó de inmediato. Su rostro era la viva imagen de la honestidad y la inocencia.

Las dudas lo carcomían. Tan pronto pensaba que aquel muchacho no era más que un chiquillo perdido y sin hogar, como que escondía algo reprochable. Fergus lanzó un gruñido. Por el rabillo del ojo vio que la cabeza de Evan giraba en su dirección, pero su amigo no hizo ningún comentario. «Mejor así», se dijo.

Volvió a prestar atención al muchacho, que no se había movido de su sitio. Malcolm charlaba en ese momento con otro guerrero, pero estaba de espaldas y no podía saber quién era. ¿Cómo demonios había conseguido vencerle con el arco? A él se le daba realmente bien; de hecho, era uno de los mejores del clan, exceptuando a Rodrick. O lo había sido hasta esa misma tarde. Centró sus ojos en aquellos brazos enclenques y aquellos hombros estrechos. Desde luego no había sido una cuestión de fuerza. Recordó cómo había peinado las plumas de las flechas y cómo había tensado el arco un poco más. Sin duda sabía lo que hacía, o eso pretendía que creyeran. También podía tratarse de algún tipo de brujería. Torció la boca y desechó la idea. Nadie en su sano juicio recurriría a algo semejante para ganar una simple competición de tiro al arco. A menos que, detrás de ese acto en apariencia inofensivo, hubiera algo más.

Notaba la cabeza a punto de estallar. No podía parar de darle vueltas al tema, ideando hipótesis de todo tipo, a cuál más absurda. Era consciente de

ello. Y, aun así, no podía dejarlo. Un lodo negro y viscoso parecía subirle desde las tripas, enredándose en el pecho e impidiéndole respirar.

Decidió que ya tenía suficiente. Alzó su copa y la vació, y luego volvió a llenarla con una jarra enorme que habían colocado junto a la mesa que tenía a su lado. También la bebió de un solo trago. Y luego una tercera, y una cuarta. Estaba dispuesto a emborracharse y luego, tal vez, buscaría a alguna de las jóvenes del clan para retozar un poco. El plan aún no se había materializado en su cabeza cuando vio cómo el joven Rob se levantaba y zigzagueaba entre los guerreros para salir al exterior. No necesitó ni pensarlo. Un segundo después seguía sus pasos.

Gabriela necesitaba aire fresco. Su abuelo le había contado las últimas noticias sobre Angus, o, para ser más exactos, la falta de ellas. ¿Cómo podía aquel horrible MacNab negarse a informarles siquiera sobre si estaba vivo o muerto?

Mientras se dirigía hacia la salida, las voces de todos los hombres del clan parecían envolverla como una capa de fango que le impedía respirar. Ver el orgullo con el que su abuelo hablaba con ella o presumía de su «hazaña» frente a los demás le había revuelto el estómago. La situación se complicaba por momentos y ya no tenía claro si podría salir airoso de aquel embrollo. Maldijo el momento en el que decidió continuar con aquella farsa.

Abandonó el salón y procuró responder con una sonrisa a las palmadas de los hombres. Incluso el joven Neall la había felicitado.

Cuando por fin alcanzó la puerta, tiró con fuerza de ella y salió al exterior. Una bofetada de aire frío estuvo a punto de lanzarla hacia atrás para volver a meterla en el salón. Encogió los hombros y se echó la capa por encima. Luego, respiró un par de bocanadas profundas que a punto estuvieron de encharcar sus

pulmones. ¿Allí siempre hacía tanto frío? Acababa de iniciarse octubre y las temperaturas eran mucho peores que las de su Toledo natal.

La imagen de sus hermanos jugando con ella en la nieve le sobrevino de repente, hasta el punto de hacerla tambalear. ¡Cuánto habían cambiado las cosas en los últimos años! Ingenua de ella, había creído que estaría siempre con su familia, que podría contar con sus padres y sus hermanos durante todas las etapas de su vida. Confiaba en que su padre, pese a sus limitaciones, la llevaría al altar. Soñaba con que su madre la ayudaría cuando tuviera su primer hijo, y que sus hermanos se ocuparían de malcriarlo como al sobrino favorito que habría sido. Los imaginaba a todos reunidos frente al hogar en las cenas familiares, mientras veía envejecer a sus padres y compartía su vida junto a sus hermanos, hasta el fin de sus días. Solo que ese fin había llegado demasiado pronto para todos y de aquellos sueños ya solo quedaba ella.

Aunque, bien pensado, eso no era del todo cierto. Aún le quedaba Angus, si es que todavía seguía con vida. Él era el único vínculo que la mantenía sujeta a su pasado, él y los cientos de recuerdos que cada día la asaltaban con mayor frecuencia.

—No sé cómo lo has hecho hoy, mequetrefe. —La voz pastosa de Fergus la sacó de golpe de su ensoñación.

—Solo he tenido un buen día —dijo, restándole importancia al hecho. Intuía que su medio primo estaba de mal humor por la humillación que ella le había causado.

—Ya lo creo que sí. —Se acercó un poco más y trastabilló con sus propios pies. Su mano se apoyó contra el muro, mientras recuperaba el equilibrio. Gabriela, a más de tres pasos de él, podía sentir su aliento apestando a vino —. Es imposible que seas tan bueno... a no ser que hayas hecho trampas.

—¿Trampas? ¿Que alguien sea más bueno que tú en algo implica necesariamente que haya hecho trampas?

—¡Tú no eres mejor que yo! —Fergus dio un paso más, y ella sintió cómo algunas gotas de su saliva le salpicaban la cara.

—Es posible que no lo sea en muchas cosas. —Gabriela se pasó la manga por la cara y contuvo una mueca de asco. Sabía que no debía continuar provocándolo, pero ese idiota necesitaba un poco de su propia medicina—. Pero es evidente que con el arco te supero.

—¡Ja! No sé cómo te las has arreglado hoy, pero lo averiguaré —gruñó—. Estoy seguro de que la próxima vez no se te dará tan bien.

—Apuesto a que sí. —Gabriela sacó pecho.

Fergus se pegó a su torso de inmediato, empujándola con su cuerpo. Ella tuvo que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos. Supo que iba a decir algo, tal vez incluso a golpearla, pero Duncan apareció justo en ese momento.

—¿Sucede algo, muchachos? —preguntó de forma casual, pero sin apartar la mirada de Fergus.

—No, señor, en absoluto —se apresuró a contestar Fergus, separándose unos centímetros—. Solo había salido a mear, señor.

—Sí, yo también —reconoció Duncan, que ni siquiera se movió.

Fergus comprendió de repente que el jefe de los guerreros no se iba a mover de allí, así es que avanzó tres pasos, se colocó junto al muro y se levantó un poco el *kilt*. Duncan, pasados unos segundos, lo imitó.

—¿No podéis ir a las letrinas? —preguntó Gabriela, sin mirarlos y totalmente mortificada.

—Hace frío —respondió Fergus.

Gabriela retuvo las ganas de vomitar que le sobrevinieron ante el sonido de aquel chorro caliente golpeando contra las piedras del castillo.

—¡Pero si está a menos de cien yardas! —insistió.

—Rob, si no vas a acompañarnos, será mejor que te calles —intervino

Duncan—. No me dejas concentrarme.

«Oh, por Dios —pensó ella—. Duncan está ahí, a tres pasos de mí, con su... con su... con “eso” en la mano.»

Se dio media vuelta y regresó hacia el salón, con las mejillas tan coloradas como si se las hubiera adornado con un puñado de amapolas.

Duncan no había perdido de vista al joven Rob en toda la noche, lo que ya venía siendo una costumbre. Lo había visto primero triste ante las noticias que habían traído los mensajeros, y luego azorado ante la atención que despertaba entre los presentes, e incluso incómodo con su abuelo. Bien, eso le gustaba. Demostraba que no era arrogante y que no disfrutaba humillando a los que eran peores que él.

Debía reconocer que había supuesto toda una sorpresa comprobar lo bien que se le daba tirar con el arco. No poseía muchos músculos, ni una envergadura apropiada para manejar una espada escocesa, pero había algo en lo que era bueno, y eso le produjo una cálida sensación de orgullo. Tal vez, después de todo, Keilan Montroe había hecho un buen trabajo con su hijo.

Pero, durante la cena, también había estado pendiente de Fergus. Conocía al joven muy bien, más de lo que él suponía, e intuía que la actuación de Rob habría herido su henchido orgullo. Por eso, en cuanto vio que se levantaba y salía tras los pasos de su pupilo, hizo lo mismo. Esquivó a cuantos se pusieron en su camino, tratando de alcanzar la puerta antes de que fuese demasiado tarde, porque estaba convencido de que Fergus no se iba a contentar con soltarle unas cuantas palabras soeces. Y ni siquiera sabía si Rob sabría usar los puños.

Por fortuna, llegó justo a tiempo y logró controlar la situación. Todos los jóvenes se peleaban alguna vez en su vida, y llevar un ojo morado o una

contusión en las costillas no era motivo de vergüenza, pero Rob era demasiado joven y delicado, y Fergus no se contentaría con un empujón o con un par de golpes, no al menos esa noche. Duncan lo había visto beber con desafuero. Y un hombre en esas condiciones podía ser peligroso. Mucho.

El resto de la velada transcurrió con relativa calma. Fergus permaneció en su rincón, ahogando sus penas en más vino, y Rob se fue temprano a la cabaña. Duncan no tardó en seguirle. Iba a enseñar a ese muchacho a pelear con los puños. Y también a manejar un cuchillo. Nunca se sabía cuándo podría necesitarlo.

No llevaban ni una hora ejercitándose cuando Duncan comprendió que aquello había sido una pésima idea. Pelear cuerpo a cuerpo implicaba un contacto mucho mayor que hasta ese momento. Había tenido que cogerle las manos y enseñar cómo cerrarlas debidamente, con el pulgar fuera del puño, y cómo protegerse con un brazo mientras golpeaba con el otro. Su actitud insegura e incluso tímida le dijo mucho más de lo que, sin duda, deseaba: jamás se había peleado con nadie. Le resultaba extraño. No conocía a ningún joven que, en uno u otro momento de su vida, no se hubiera enfrentado a alguien con las manos. Al preguntarle si tampoco se había peleado con sus hermanos pareció horrorizado, aunque trató de suavizar su expresión y le contó no sabía muy bien qué historia sobre su madre y las peleas entre sus hijos.

Tuvo que pegar su cuerpo varias veces al de él para colocarle los brazos de manera correcta. Resultaba tan angustioso que estaba totalmente desquiciado, y la mayoría de las órdenes se las daba gritando o gruñendo, dependiendo del minuto exacto. Porque toda la mañana fue un vaivén de sentimientos y

frustraciones y, cuando Micheal acudió por fin para llamarles a comer, casi se arrodilló para dar gracias al cielo.

No podía continuar con aquello. Estaba enfermo. No, peor, era un ser depravado y abyecto. Mientras regresaban, caminaba varios pasos por delante del joven, con los hombros hundidos y tan abatido que no le habría importado que le cayera un rayo encima y lo partiera por la mitad. El cielo, sin embargo, no parecía su aliado en esos momentos, con una ausencia de nubes que le resultaba casi insultante. ¿Es que nada podía salirle bien?

Comió en silencio, sin apenas prestar atención a las preguntas de su hijo, y sin dirigirle la mirada a Rob, que degustaba su estofado también sin pronunciar palabra. ¿Habría notado algo extraño en él? ¿Se sentiría incómodo en su presencia? Y, si era así, ¿qué iba a hacer al respecto? ¿Acudir a contárselo a su abuelo? ¿A sus hombres?

De repente, perdió todo el apetito, y el último bocado se le atravesó en la garganta. Le lanzó una mirada de reojo al muchacho, que parecía muy concentrado en el plato de guiso que les había preparado Wallis. Le hubiera encantado saber qué pasaba por su mente en ese instante.

Se levantó con brusquedad y masculló algo sobre una salida a caballo para hacer una comprobación de rutina, y salió como alma que lleva el diablo. Sentía el cuerpo tembloroso y la mirada encendida. Y solo había un sitio al que pudiera ir a esas horas del día. Quince minutos más tarde, estaba sumergido hasta el cuello en el lago helado, maldiciendo su mala suerte y buscando una posible solución a su problema.

No regresó en todo el día. Deambuló por el asentamiento y luego, con las ideas algo más claras, habló con Gavin. Era uno de los guerreros más veteranos y había sido compañero de Keilan Montroe, el padre de Rob. Él lo sustituiría en parte de sus deberes con el chico, bajo su supervisión. Era una solución perfecta, ya trataría de que Malcolm la entendiera. Rob podría

conocer más cosas sobre su padre y, a su vez, Gavin podría charlar sobre su mejor amigo con el joven. Además, era un buen guerrero y lo haría bien.

Tras la cena, en la que estuvo cabizbajo y apenas habló con nadie, fue de nuevo a casa de Rhona. Sin embargo, esa noche la mujer estaba ocupada y él tuvo que marcharse con su frustración entre las piernas, temeroso de regresar a casa.

Durmió al raso, arrebujado en su tartán, mirando las estrellas y con un nudo en la boca del estómago que ni las escasas horas de sueño pudieron mitigar.

Megan Montroe odiaba que las cosas no salieran según lo previsto. Había planeado desde joven su futuro, había elegido al hombre que le convenía, había logrado que se enamorara de ella y que le pidiera en matrimonio. Y a partir de ahí todo había ido de mal en peor. En primer lugar, fue incapaz de tener un hijo durante los cuatro primeros años, y luego sufrió dos abortos antes de que Fergus llegara al mundo. No había conseguido parir otro hijo sano y al final había decidido abandonar para siempre el lecho conyugal, porque los embarazos se interrumpían sin que nadie supiera decir por qué, y el último había estado a punto de llevársela a la tumba. Luego Harold había muerto en Neville's Cross, a manos de esos perros ingleses, y los había dejado solos cuando más lo necesitaban.

Megan reconocía que su carácter era arisco, poco propenso a las muestras de cariño e incluso a la amabilidad. No conseguía ni siquiera fingirlo con cierta dignidad. Nunca había considerado a aquellos montañeses más que un puñado de pastores y sucios guerreros. Ella, que se había criado en Edimburgo, que había sido incluso invitada al castillo, cuando Robert the Bruce aún era rey. Allí había conocido a Malcolm Montroe, que por aquel entonces ya estaba casado, y a su primo Harold. Reconocía que se había dejado obnubilar por sus anchas espaldas y sus fuertes brazos y que él tampoco fue inmune a sus encantos en cuanto ella se dignó a lanzarle un par de coquetas miradas.

En cuanto se instalaron con el clan Sinclair, donde Harold servía a su *laird*, supo que allí no sería feliz. Era una vida áspera, con poco margen para la

diversión. Las mujeres trabajaban de sol a sol, y no es que ella fuera una holgazana, solo que en la ciudad se vivía de otro modo. Comenzó a echar de menos su antigua vida la primera noche que pasó en aquella cabaña, que las mujeres se habían ocupado de adornar con flores para esconder sus muchas carencias. No hizo ninguna amiga. Su carácter altanero las mantenía alejadas, y sabía que cuchicheaban a sus espaldas y la tachaban de remilgada y otras cosas mucho peores. Por eso fue incapaz de aguantar más que unos años allí tras la muerte de Harold. No le pidieron expresamente que se marchara, pero no hizo falta. Así es que empacó sus cosas, cogió a su hijo y se fue en busca de Malcolm Montroe. Sabía que él ya era viudo y pensó que, con el tiempo, tal vez pudiera convertirse en la mujer del *laird*.

Con el clan Montroe las cosas tampoco habían salido como esperaba. Malcolm los acogió porque consideraba que era su deber, pero mantuvo las distancias desde el primer instante. Megan sabía que no le tenía simpatía, pero también que jamás los dejaría abandonados a su suerte. Fue entonces cuando depositó todas sus esperanzas en Fergus, que había madurado a la sombra de su medio tío y se había convertido en un guerrero capaz. Por desgracia, también había heredado de ella su carácter y, por mucho que trataba de inculcarle otros modos de comportarse, para que no cometiera sus mismos errores, él era tan tozudo como lo había sido ella. Sin embargo, por su sangre corría sangre de los Montroe y, llegado el momento, sabía que eso contaría para algo. O al menos así había sido hasta la llegada de aquel mocoso.

Megan se había enterado del episodio del arco y una bilis amarga le había subido por la garganta. Su hijo era un Montroe, había vertido su sangre por aquella tierra —o al menos eso le gustaba pensar—, y ahora llegaba un donnadie de vete a saber dónde para disputarle lo que era suyo.

Llevaba días observando cómo Malcolm se comportaba con el chico, dedicándole un tiempo que jamás había empleado con Fergus. Incluso lo había

visto reír con él, algo tan inusual que daba grima. De hecho, desde que se había instalado allí, jamás lo había visto reír de aquella manera, con los ojos brillantes y la boca tan abierta que podían verse los muchos huecos que había en ella. Y también había observado a Duncan, que siempre andaba espiando al muchacho, como si temiera que fuese a romperse si chocaba contra una mesa o si alguno de los jóvenes le daba un pescozón. Era frágil, demasiado frágil para aquella tierra tan dura. Con un poco de suerte, se partiría el cuello un día cualquiera, o moriría durante la primera batalla en la que tuviera que participar. Y Fergus tendría de nuevo el camino libre. Estaba convencida de ello. No había más que mirar al chico. Allí no tenía futuro.

Las primeras jornadas con Gavin las pasaron practicando con los puños, y ese día él le había enseñado algunos movimientos rápidos con el cuchillo. En cuanto lo extrajo de su bota, Gavin lo observó durante un buen rato. Lo había llevado con ella desde Toledo, y era el que usaba para comer y para lo que le hiciera falta. Era bastante sencillo pero muy bonito, con la empuñadura de hueso y la hoja ligeramente curva. No sabía si, llegado el caso, sería capaz de atinar a desenvainarlo para clavárselo a otra persona, pero no estaba de más saber cómo se hacía.

—¿Te habló alguna vez de mí? —preguntó Gavin más tarde, mientras tomaban un bocado.

—Sí —respondió a su pregunta—, aunque procuraba no hablar mucho de Escocia. Creo que echaba de menos todo esto.

Al decirlo, alzó la vista y recorrió con la mirada los alrededores. Era un día tibio, con un cielo apenas surcado por nubes, uno de los más claros desde que había llegado. El sol, aunque con timidez, sacaba brillo a las colinas y a los

árboles, a las praderas que se extendían más allá del muro sobre el que se habían sentado, como si las estrenara.

—¿Es cierto que una vez os pillaron en la cocina comiendo un pavo que estaba destinado al rey? —inquirió ella, que recordó una de las anécdotas que su padre le había contado.

Gavin soltó una carcajada antes de contestar.

—¿Te contó eso?

—Sí. —Gabriela sonrió a su vez.

—Debes saber que fue culpa suya.

—¿De verdad? Él decía que la idea fue tuya.

—Eso dijo, ¿eh? ¡Maldito bribón! —Y volvió a reír—. La verdad es que no sé de quién fue la idea, solo que aquella noche teníamos un hambre de mil demonios. Habíamos bebido un poco durante la cena, a escondidas, bueno, tal vez más que un poco y... en fin, nos habíamos olvidado de comer.

—¡No puedo creerlo!

—Oh, sí, así fue exactamente. Éramos cuatro, compartíamos uno de los dormitorios del piso de arriba. Tendríamos diez años, tal vez once. Esa noche, yo tenía tanta hambre que no podía dormir, y no hacía más que dar vueltas en la cama, hasta que tu padre me amenazó con echarme del cuarto si no paraba quieto. Le dije que el hambre no me dejaba pegar ojo, y él confesó que le pasaba lo mismo.

—Así que decidisteis bajar a las cocinas.

—Exacto. Y allí estaba aquel pavo succulento, justo en la alacena, rodeado de nabos y cebollas, con una salsa tan espesa y tan fragante que solo de olerla se nos llenó medio estómago.

—¿Y no pensasteis que podía estar destinado a alguna cena importante?

—Chico, en aquel momento no pensamos nada. —Rio con fuerza—. Tu padre lo sacó, yo cogí uno de los cuchillos y unos momentos más tarde

dábamos buena cuenta de él. Oh, Dios mío, aún puedo recordar el sabor de aquella salsa tan succulenta.

—Fue mi abuelo quien os descubrió, ¿no?

—No me lo recuerdes —contestó, y se llevó la mano a las posaderas—. Creo que aún me duelen los golpes.

Gabriela soltó una carcajada, que enseguida disimuló con una tos. Le había salido demasiado aguda, demasiado femenina.

—Tuvo que levantar a la cocinera para que volviera a preparar otro pavo, porque el rey venía de visita aquel día y no había un plato especial que ofrecerle. Aquella mujer no volvió a hablarme jamás, hasta que murió unos años más tarde. Creo que nunca me lo perdonó.

—Seguro que sí.

—No, en absoluto. De hecho, un día le dije que aquella salsa era la mejor que había probado en mi vida —dijo Gavin—. Quería congraciarme con ella alabando su virtud como cocinera.

—¿Y qué dijo?

—¡Nada! ¡De verdad que no volvió a hablarme! —respondió riendo—. Me tiró un cazo a la cabeza y me echó de la cocina. Mira, aún tengo la cicatriz...

Gavin se alzó el pelo, sin parar de reír, para mostrarle una pequeña línea blanca junto al cuero cabelludo. Gabriela no podía aguantarse las carcajadas.

—Oh, sí, fueron buenos tiempos aquellos —reconoció el hombre, que se puso serio de repente—. Muy buenos tiempos.

Gabriela sintió que la risa daba paso a una profunda tristeza.

—Pocos, muy pocos quedan ya de aquella época. Tu padre, Cameron, Iain, y tantos amigos perdidos por el camino...

Ella guardó silencio, no sabía qué decir.

—Un día de estos tienes que venir a cenar a casa —le dijo de pronto—. Así conocerás a mi Gwenda.

—¿Tu esposa? —Gabriela sonrió.

—La mejor del mundo —respondió, con un brillo en la mirada que a Gabriela le erizó el vello de la nuca. Ojalá alguien resplandeciera de aquella manera por ella, algún día—. Y tenemos tres hijos: Stuart, Kathleen y Keilan, aunque solo el pequeño vive ya aquí.

—¿Tienes un hijo llamado Keilan?

—Sí, ya lo creo que sí —contestó Gavin—. Tu padre fue como un hermano para mí. Yo ya estaba casado y tenía a Stuart cuando él se fue con aquella expedición y, al no regresar, decidí que, si volvía a tener un varón, le pondría su nombre. Sería un modo de mantenerle siempre a mi lado.

Gabriela tosió para aclararse la garganta, que tenía cosida a lágrimas.

—Hay algo que no he dejado de preguntarme desde que supe que tu padre se quedó allí —dijo, un rato después—. ¿Tu madre sabía hablar gaélico, o inglés al menos?

—Ni una palabra —confesó ella, con una sonrisa.

—Entonces ¿cómo demonios consiguieron entenderse?

—En francés.

—Ah, claro. —El francés, en su variación normanda, era la lengua que se usaba en la corte y en la mayoría de transacciones comerciales. Por ello, Malcolm Montroe había obligado a sus hijos a estudiarlo—. Y tu madre también lo hablaba.

—Sí, mi abuelo materno había contratado a un tutor para que su hijo mayor lo aprendiera y mi madre quiso hacerlo también. Con el tiempo, mi padre aprendió también el castellano, y llegó a hablarlo muy bien.

—Y a ti te enseñó el gaélico.

—A mí y a mis hermanos. Siempre decía que uno debe ser fiel a sus raíces, porque son lo que los mantiene unidos a la tierra. Aunque esa tierra esté a cientos de millas de distancia.

Gavin no dijo nada, se limitó a centrar la vista en algún punto indeterminado, tal vez en aquel roble centenario situado a pocas yardas.

—Siempre pensé que volvería, ¿sabes?

—¿Mi padre?

—Sí. A pesar de lo que Lockhart nos dijo, siempre pensé que se recuperaría y que volvería aquí, con los suyos.

Gabriela no fue capaz de pronunciar palabra. Entendía que aquel hombre se había sentido, en cierto modo, traicionado por su mejor amigo.

—No pude perdonárselo, al menos no al principio —confesó Gavin, sin mirarla—. Luego llegué a creer, incluso, que había muerto.

Gavin hizo una larga pausa antes de continuar.

—Me alegra que estés aquí, Rob. En cierto modo, es como si una parte de él hubiera regresado, al fin, a casa.

Gabriela sintió las lágrimas atrapadas en la garganta.

—No es deshonoroso que llores por él, Rob —le dijo el hombre, que se limpió una lágrima furtiva con la manga de su camisa—. Recuerda que hay cosas por las que merece la pena llorar.

Y ella le hizo caso.

No estaba siendo una buena semana para Duncan. Aunque contento con la decisión que había tomado con respecto al joven Rob, echaba de menos su compañía, el sonido suave de su voz, el olor tibio de su piel. Le evitaba cuanto podía y solo acudía a su cabaña a la hora de dormir, cuando el chico ya descansaba. Y eso lo enfurecía. Y lo aturcía. Y volvía a enfurecerle.

Ese día sometió a sus hombres a una sesión tan dura como si fueran a entrar en guerra al día siguiente. Ellos no dijeron nada, se limitaron a obedecer, como era su deber, y a practicar con la espada, el hacha, el arco o la monta. A

media tarde era consciente de que estaban agotados, pero él no tenía suficiente. Se movía inquieto entre ellos, como un perro rabioso buscando a una presa escondida, aguardando a que alguno diera un paso en falso para poder arremeter contra él y descargar toda su ira. No era justo, lo sabía. Pero le daba igual. Estaban allí para eso, ¿no? Si algún día se encontraban frente a un enemigo auténtico, sería mucho peor que lo que él pudiera hacerles.

Vio que Logan lo miraba de reojo, aunque no se atrevió a pronunciar ni una palabra. Sabía que, cuando Duncan estaba de aquel humor —por fortuna, con muy poca frecuencia—, era mejor no cruzarse con él. Ya habría tiempo después para saber qué diantres le ocurría, porque estaba claro que algo le pasaba. La mayor parte del tiempo se mostraba taciturno, con la mirada ausente. Y luego estaban aquellas visitas frecuentes a Rhona, de las que todo el mundo hablaba. Desde la muerte de Liese, que él supiera, Duncan no había yacido con ninguna otra mujer, y no por falta de candidatas. Sabía que le había profesado un gran afecto, aunque no tenía muy claro si podía llamarlo amor. Ella se había quedado huérfana y sola y Duncan se ofreció a acogerla en su casa y a casarse con ella. El matrimonio no había durado mucho, por desgracia. Logan siempre había pensado que, con el tiempo, podría haber llegado a amarla igual que él amaba a Wallis. Después de aquello, jamás había mostrado interés por ninguna otra, aunque él siempre le echaba en cara que aquello no era sano. Duncan, sin embargo, había hecho oídos sordos durante años, hasta ahora. Curiosamente, aquel comportamiento coincidía con la llegada del joven Rob, y se preguntó si existiría alguna relación entre ambos hechos. Se propuso averiguarlo, a poder ser esa misma noche.

Pero no todos conocían a Duncan tan bien como Logan y, cuando Fergus soltó un resoplido ante una orden del guerrero, Logan pensó que esa noche Fergus no dormiría a gusto. Vio cómo Duncan daba un par de pasos hasta encararse con el joven, cuyo rostro se tornó ceniciento.

—¿Algún problema, Fergus? —ladró.

—Eh, no, no señor —respondió el joven, con la voz trémula. Era impresionante ver a Duncan en aquel estado. Parecía haber crecido un palmo en el último segundo. Con las manos cerradas y apoyadas en las caderas, su espalda parecía mucho más ancha de lo que era. Y aquellos ojos eran tan fríos que podrían cortar la superficie helada de un lago.

Logan supo que, si no intervenía de inmediato, Duncan se liaría a puñetazos con aquel mequetrefe. No es que le tuviera mucha simpatía al muchacho, pero no quería que su amigo se metiera en un lío con su *laird* si se le iba la mano. Y, a juzgar por cómo notaba su cuerpo de tenso, eso podía ocurrir con suma facilidad.

—Estamos cansados, Duncan —dijo al fin.

El aludido volvió la cabeza de golpe y sus ojos se clavaron en los de su amigo.

—¿Ahora somos damiselas, Logan? —inquirió con sorna.

—Te juro que en este momento me encantaría serlo —respondió muy serio—. Me duelen hasta las orejas.

Duncan le sostuvo la mirada durante unos instantes y luego recorrió con la vista a los demás guerreros. Todos presentaban el mismo aspecto que su amigo, como si volvieran de enfrentarse ellos solos a todo el ejército de Eduardo.

Duncan no dijo nada. Se limitó a asentir con la cabeza, se dio media vuelta y se marchó en dirección a los establos. Logan soltó el aire que, sin darse cuenta, había estado reteniendo.

«Uff, por poco», se dijo.

—Está bien, muchachos —dijo en voz alta—. El entrenamiento ha terminado por hoy.

Los suspiros de alivio llenaron la explanada y Logan vio cómo Duncan

hacía un alto en el camino y se envaraba, como si aquel sonido le hubiera ofendido. Pero no se dio la vuelta. Luego continuó hasta perderse en el interior de las caballerizas. Su amigo decidió que aquel no era un buen momento para hablar con él. Tiempo habría para ello.

Gabriela no se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos a Duncan hasta que lo vio esa noche en el salón. Se aproximó a él con el corazón haciendo volteretas en el pecho, pero él se mostró seco y cortante, como nunca hasta entonces. Intuyó que algo no iba bien y decidió no molestarle. Se fue a saludar a su abuelo y luego se reunió con los más jóvenes, pues también Malcolm Montroe parecía muy ocupado, hablando con algunos de sus guerreros mientras sostenía unos documentos en la mano. ¿Qué estaría pasando?

Saludó a Neall y a un par de chicos que había conocido el primer día, aunque no recordaba sus nombres. Antes de ocupar un lugar junto a ellos se cercioró de que Fergus no anduviera cerca. Cuando su mirada lo localizó, al otro lado del salón, pudo relajarse y cenar en paz. Esa noche había arenques ahumados y una sopa de pescado con zanahorias y coles. El menú no le entusiasmaba, pero estaba famélica y se sirvió un buen cuenco.

—¿Quién te enseñó a tirar con el arco? —le preguntó entonces Neall, con la boca llena de comida y la barbilla aceitosa.

—Mi padre y Angus —respondió ella—. Sobre todo Angus.

—¿Era mejor arquero que tu padre?

—No... bueno, en realidad no lo sé. Mi padre sufrió un accidente y no podía mover muy bien la parte derecha del cuerpo.

—¿Qué tipo de accidente? —Neall volvió a llenarse la boca de comida.

—Se cayó del caballo.

—Ah, sí, es cierto, ahora recuerdo que lo había oído mencionar.

Neall se quedó callado y Gabriela volvió a concentrarse en su comida.

—¿Es muy difícil? —volvió a preguntar el chico.

—¿El qué?

—Pues tirar así con el arco, claro.

—Eh... supongo que, como todo, solo requiere práctica.

—Y alguien que te enseñe.

—Sí, eso también.

Neall volvió a guardar silencio. Gabriela se dio cuenta de que era la conversación más larga que habían mantenido desde su llegada al clan. El chico centró su mirada en el cuenco casi vacío, y comenzó a remover los restos de su pescado con los dedos, como si rumiara algo. Gabriela intuyó qué podía ser.

—¿Quién os enseña a vosotros a tirar?

—Nadie.

—¿Nadie?

—Bueno, a veces Rodrick nos dedica un rato. Pero nosotros entrenamos sobre todo con la espada y en la lucha cuerpo a cuerpo.

—Y a ti te gustaría aprender a usar el arco.

—¡Sí! —El rostro del joven se iluminó. Gabriela le sonrió y él le devolvió el gesto, un poco azorado.

—Yo podría ayudarte, si quieres.

—¿De verdad harías eso?

—¿Y por qué no?

—Es que... en fin... pensé que nos guardabas rencor por nuestras burlas el día que nos conocimos.

—Eso ya está olvidado —aseguró ella, y comprendió que así era.

—¡Tengo que contárselo a Alec! —exclamó, y se incorporó de un salto.

—¿Quién es Alec?

—Mi compañero, con el que me viste el primer día.

—Ah, sí, había olvidado su nombre —reconoció ella, contrita.

—¿Le enseñarás también a él?

—Claro, no hay ningún problema.

—¿Y cuándo podemos empezar? —Neall se movía alternando su peso de un pie a otro, como si quisiera comenzar el adiestramiento de inmediato.

—¿Qué tal mañana?

—¿En serio?

—Si tenéis algún otro compromiso...

—¡No!

—¿Qué tal después del entrenamiento con Duncan?

—¡Perfecto! —Neall estiró su mano y Gabriela la estrechó, sintiendo cómo sus dedos le hormigueaban ante aquel apretón—. Voy a contárselo a Alec.

Gabriela observó cómo se dirigía a su compañero, unos asientos más allá, y cómo este la miraba con las cejas alzadas y sonreía. Neall ocupó una plaza junto a él y ambos comenzaron a charlar en voz baja.

Duncan había bebido más de lo habitual, Gabriela lo percibió en cuanto ambos salieron del salón. Micheal dormiría en casa de Logan y Wallis, y fue una suerte que Duncan no llevara a su hijo en brazos como otras noches, porque se tambaleaba. Ligeramente, era cierto, pero no mantenía ese paso enérgico al que estaba acostumbrada, y su aliento apestaba a cerveza. Fue consciente de eso cuando él le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí, como si fueran dos viejos camaradas tras pasar un agradable rato en cualquier taberna. Gabriela se dejó hacer, cualquier intento de alejarse de él habría parecido sospechoso. O tal vez se debió a que el calor que emanaba el

cuerpo de Duncan era reconfortante, tan cálido que atravesaba las capas de ropa y se le incrustaba en la piel, como si ese fuera el lugar al que pertenecía.

Duncan farfullaba algo, pero no pudo reconocer las palabras. Alzó un poco la cabeza y lo miró de reojo. Pudo distinguir su perfil, apenas iluminado por la luna, aquella nariz recta y aquella barbilla prominente, pero fue suficiente para que su corazón comenzara a saltarse latidos. El aire parecía haberse tornado más espeso, como si de repente fuera incapaz de llenar sus pulmones.

—Eres un chico extraño, Rob —le dijo entonces Duncan, con la voz algo pastosa.

Gabriela temió que hubiera escuchado el tam-tam de su pecho, o que hubiera percibido que había dejado de respirar con normalidad. Prefirió guardar silencio.

—Tienes una apariencia tan frágil, tan delicada... —continuó Duncan, que siguió caminando sin mirarla—. A veces, créeme, no sé qué hacer contigo.

De repente él se detuvo y ella casi tropezó con sus pies. Duncan se volvió hacia ella. La distancia entre ambos no era superior a un paso, y Gabriela tuvo que alzar un poco la cabeza para enfrentar sus ojos. No supo interpretar lo que vio en ellos, pero sí percibió que Duncan humedecía los labios, y que miraba los suyos con gran concentración.

¿Iba a besarla? ¿Era eso lo que ocurría? El pulso de Gabriela se aceleró de tal modo que sintió que se mareaba. Bajó la mirada, era incapaz de aguantar el escrutinio de Duncan. Podría decírselo en ese momento, debería hacerlo. ¿Estaba lo bastante sobrio como para entenderlo? ¿O lo bastante borracho como para enfurecerse y, tal vez, golpearla?

—¿Va todo bien, Duncan? —Rodrick se acercaba a ellos por el sendero.

Duncan pareció despertar de alguna especie de trance. Sacudió la cabeza y se pasó la mano por la frente, la misma mano que hasta hacía un instante descansaba sobre su hombro.

—Eh, sí, Rodrick, todo va bien —contestó—. Me parece que esta noche he bebido demasiado.

Dio un paso atrás, alejándose un poco más de Gabriela, que sintió el corazón retumbar en sus oídos.

Rodrick les echó un vistazo rápido y continuó su camino, y Duncan retomó el suyo, sin volver a dirigirse a ella. Al llegar, él entró, sumergió la cabeza en el barril de agua y, sin añadir nada más, se metió en su habitación. Ella se quedó parada en medio del salón, sin saber muy bien qué había estado a punto de suceder.

Tal vez no fuera suficiente con mantenerse alejado de aquel muchacho. Tal vez ni siquiera una nueva esposa podría arreglar lo que estaba roto en él. Porque era indudable que algo malo le pasaba. Algo horrible, algo pecaminoso y sucio. Había estado a punto de besar a aquel chiquillo, en medio de la calle. Y lo que era peor, mucho peor, Rob parecía haber comprendido sus intenciones y no había hecho nada para impedirlo. Nada como sacar su puñal, que él sabía que ocultaba en su bota, y cercenarle la garganta o atravesarle el corazón. Bien sabía Dios que no habría intentado defenderse, porque era justo lo que merecía.

Duncan continuó dando vueltas en la cama. Apenas había dormido un par de horas, suficientes como para despejar algo su cabeza, que ahora no cesaba de recriminarle sus actos. Ni siquiera podía escudarse en la bebida. ¿Cuántas veces se había emborrachado a lo largo de su vida? ¿Cuántas copas y jarras de vino o cerveza había compartido con sus amigos sin que nunca, jamás, hubiera hecho algo tan indecoroso como aquello?

«¡Pero si no has hecho nada!», le gritó una vocecita interior que acalló con un manotazo al aire.

No, no había hecho nada, pero había estado a punto. Si Rodrick no hubiera aparecido en ese momento... ¿qué habría ocurrido? ¿Habría sido capaz de unir sus labios a los de aquel muchacho? ¿Se habría dado cuenta Rob de sus intenciones y habría huido de él? Tal vez, después de todo, el chico no se hubiera dado cuenta de lo que sucedía. Aunque sus ojos... Hubiera jurado que Rob estaba tan predispuesto como él. ¿O la bebida le había jugado una mala pasada y creía ver indicios donde no los había?

Se cubrió la cara con uno de los brazos y ahogó un gemido. Maldijo el día en que Robert Montroe había llegado a las Highlands. Maldijo el día en que su abuelo le encargó su instrucción. Y maldijo a Dios por haberle dado un brazo de hierro y un alma tan negra como el infierno.

Gabriela sentía la piel encendida y la boca reseca. Tomó asiento primero, frente a la puerta del dormitorio de Duncan, intentando comprender. Estaba prácticamente segura de lo que había estado a punto de suceder. ¿O quizás el deseo que era evidente que sentía por aquel hombre había nublado el resto de sus sentidos? Porque, si era lo primero, ¿en qué convertiría eso a Duncan? Negó con la cabeza, incapaz de imaginar siquiera que aquel hombre honesto y capaz fuese una de esas almas descarriadas de las que alguna vez había oído hablar. No, era imposible. Si sus inclinaciones fueran en ese sentido, alguien lo habría descubierto haría ya mucho tiempo. ¿Tal vez, entonces, intuía de algún modo que bajo sus ropas no se ocultaba en realidad un muchacho? ¿Era posible que su instinto lo guiase en la dirección correcta pese a las apariencias?

Hecha un manojo de nervios, se desvistió a toda prisa y se metió en la cama. Aquello tenía que parar. De inmediato. Trató de obligarse a dormir, para que amaneciera lo antes posible. Debía ir a ver a su abuelo, y luego buscar a Duncan y contárselo todo. Se imaginó mil posibles situaciones, cientos de escenarios, docenas de frases... Cómo se lo diría y dónde, cómo reaccionaría él, qué palabras usaría ella... En todas veía un final feliz, con ella en brazos de ese hombre que le robaba el aliento y al abuelo bendiciendo su unión.

Se dio cuenta, de repente, de que la opinión de Duncan le importaba mucho más que la de Malcolm Montroe. Al final, agotada de dar vueltas en la cama,

cayó en un sueño agitado y febril que la llevó de regreso a otro de los episodios de su viaje.

En Zamora, Angus y ella consiguieron la primera enseña del Camino de Santiago, una especie de medalla de estaño con el relieve del santo y un agujero en la parte superior para coserlo a la ropa. Esa misma noche, Gabriela realizó la tarea mientras rezaba cuantas oraciones pudo recordar. Continuaba creyendo que cometían un grave pecado, aunque su reticencia inicial se había suavizado un par de días atrás, cuando una partida de soldados irrumpió en el albergue en el que se encontraban buscando a un hombretón pelirrojo en compañía de una joven de cabello oscuro. Angus y ella se limitaron a permanecer sentados a la larga mesa, encogidos y concentrados en sus platos, y los soldados ni siquiera les dedicaron una segunda mirada. Ambos vestían el hábito, ella llevaba el pelo corto y Angus la cabeza afeitada. Los allí presentes les indicaron a los recién llegados que no había nadie que respondiera a esa descripción y se marcharon. Ella no tardó ni un minuto en abandonar su asiento y en salir al exterior para vomitar la cena entre los arbustos, presa de un estado de pánico que esa noche le provocó pesadillas.

A partir de ese día extremaron las precauciones y procuraron continuar el viaje en compañía de otros peregrinos. Con el pretexto de que no dominaban el castellano, hablaban poco y eran tan discretos que pasaban casi desapercibidos. El viaje de Zamora a León no les deparó más sorpresas, aunque el mal tiempo provocó algunos retrasos. En más de una ocasión les habían dicho que aquella no era la mejor época del año para hacer el Camino, pero Angus logró sortear los comentarios alegando que estaban acostumbrados a aquellas temperaturas y que en su país llovía la mitad de los días y nevaba en la otra mitad.

Una vez llegaron a León, obtuvieron su segunda enseña y visitaron la parada casi obligada del Camino: la catedral. Gabriela se quedó sin palabras ante aquellos arcos terminados en punta y aquellas vidrieras que dejaban traspasar la luz al interior del templo. Por más que contempló aquella maravilla, fue incapaz de comprender cómo podían aguantar aquellas paredes agujereadas el peso de la estructura. Jamás, en toda su vida, había visto tanta belleza. Se preguntó cómo sería una vez estuviera terminada, pues había andamios por todas partes, sobre todo en el exterior, donde ya casi había concluido la construcción de una enorme torre en la parte norte.

Pasaron un par de días en el ya algo deteriorado convento de San Marcos, de la orden militar de Santiago, antes de dejar la ciudad, que le pareció a Gabriela algo despoblada. No encontraba el bullicio de Toledo e incluso de Zamora, y muchas casas tenían las ventanas y las puertas tapiadas. Fue al salir de la ciudad por la puerta norte cuando Gabriela encontró la respuesta. Se unieron a una pequeña caravana formada por una familia que dejaba la ciudad en busca de un futuro mejor en Astorga, que parecía estar creciendo a pasos agigantados. Al parecer, León había perdido a muchos de sus habitantes después de la peste negra y aún no había logrado recuperarse.

La familia la formaba un matrimonio mayor con sus tres hijas, dos de ellas ya casadas y a su vez con hijos. En total cuatro carros cargados hasta los topes donde viajaban con todas sus pertenencias. Los acogieron con agrado y el viaje resultó bastante ameno. Las jóvenes eran vivarachas y parlanchinas y Gabriela tuvo que ocultar su rostro en más de una ocasión para disimular las risas que sus comentarios le causaban. Angus y ella se colocaron al final de la caravana, siguiendo el pausado ritmo de la marcha sobre las grupas de sus mulas y hablando en susurros. A Gabriela le habría encantado poder charlar con aquellas jóvenes, lo que habría hecho su periplo más llevadero, pero resultaba demasiado arriesgado.

La mayor de las muchachas viajaba con un niño de pocos meses en el regazo, bien cubierto por una manta y por la capa de la madre, que lo acunaba y le cantaba con voz queda y melodiosa. Gabriela siempre aguzaba el oído y se situaba lo más cerca que podía del carro. Escucharla cantar le recordaba a su madre, sentada junto al fuego con sus tres hijos alrededor, tarareando una cancioncilla mientras bordaba. De tanto en tanto, levantaba la vista y la posaba en sus pequeños. Aquella luz que brillaba entonces en su mirada se había perdido después de enterrar a su marido y a dos de sus hijos. Gabriela imaginó que la suya propia se había perdido el mismo día.

Cerca ya de su destino, el Camino de Santiago les iba a deparar una de sus jornadas más tristes. Al descender por un repecho, los bueyes de la segunda carreta perdieron pie sobre la superficie helada y el elevado peso del carro hizo el resto. Antes de que nadie pudiera hacer nada por remediarlo, carro, bueyes y ocupantes rodaban camino abajo. Angus descendió de su montura tan rápido como fue capaz, pero no pudo evitar el desastre. Cuando el vehículo se detuvo, la joven madre y su hijo yacían aplastados por un amasijo de maderas y enseres, y el marido había salido despedido y se había partido el cuello en la caída.

Gabriela se quedó muda de espanto, sin saber qué hacer, mientras veía cómo Angus intentaba retirar los restos. La familia de la joven lloraba y gritaba a partes iguales. Pronto resultó evidente que no podía hacerse nada por ninguno de ellos y colocaron los tres cadáveres a un lado del camino. El padre le rogó a Angus que dijera una plegaria por sus almas. Gabriela y él intercambiaron una rápida mirada, sabían que no podían hacerlo. La madre agarró el hábito del escocés con tanta fuerza que Gabriela temió que llegara a rompérselo, suplicando que dijera una oración por las almas de su hija, su yerno y su nieto. Angus bajó la cabeza e hizo el signo de la cruz sobre aquellos tres desconocidos con los que había compartido un tramo del Camino y el

calor de un fuego. En su propia lengua, rezó una oración por sus almas. Y luego rezó otra, por la suya propia y la de Gabriela. Confiaba en que Dios sabría perdonarle la licencia y que acogería en su seno a aquella familia, sin importar quién o en qué lengua les hubiesen franqueado la entrada.

Cuando Gabriela abrió los ojos recordó el nombre del pequeño: Andresito. Así se llamaba aquel niño al que había ayudado a amortajar y subido al carro de sus abuelos, para ser enterrado en Astorga junto a sus padres. Pestañeó un par de veces para alejar las lágrimas, y solo entonces se dio cuenta de que el sol estaba alto, mucho más alto que de costumbre. Se incorporó de golpe, y se preguntó por qué Duncan no la había despertado, por qué Gavin tampoco había aparecido. Se maldijo a sí misma por haberse quedado dormida, precisamente el día más importante, el día en que por fin iba a contarle a su abuelo la verdad. No sabía cuánto tiempo había logrado descansar, pero no demasiado, a juzgar por el incipiente dolor de cabeza. Se puso las calzas y las botas, la camisa y el jubón de lana, que afianzó con el cinturón. Ni siquiera se detuvo a tomar el desayuno. Tomó su capa y salió al exterior.

Conforme se aproximaba al castillo en busca de su abuelo, se dio cuenta de que había más animación que de costumbre. Varios caballos ensillados aguardaban en las proximidades de la puerta, junto a algunos guerreros fuertemente armados. Trató de alzarse sobre las puntas de sus pies para ver si distinguía a Duncan entre ellos, pero no fue así.

Dos hombres permanecían apostados frente a la entrada, para impedir el paso, pero relajaron el gesto en cuanto se aproximó. Gabriela sintió que su pulso se aceleraba. Algo estaba sucediendo, algo grave.

Al llegar al salón se detuvo de golpe. Malcolm Montroe estaba en medio de la estancia, vestido como si fuera a enfrentarse él solo a todo el ejército de

Inglaterra. Su presencia era imponente. Junto a él estaban Duncan, Rodrick y Logan, este último vestido de igual guisa que su *laird*, que parecía impartir órdenes a los otros dos. Ninguno se había percatado de su presencia. Fue entonces cuando Duncan alzó los ojos y la vio. Su semblante empalideció y su mandíbula se tensó. Malcolm Montroe se dio cuenta y volvió la cabeza.

—Ah, Robert, estás ahí —le dijo—. Ven aquí, muchacho.

Gabriela arrastró los pies hasta situarse a su vera, pero eligió el lado contrario al que se encontraba Duncan. En ese momento necesitaba tomar algo de distancia. Dirigió la vista a la mesa, donde descansaban varios documentos, aunque fue incapaz de leerlos. Solo pudo apreciar que uno de ellos llevaba un sello con la figura de un rey sentado sobre un trono, cuyos extremos parecían cabezas de serpiente.

—¿Qué ocurre, abuelo? —se atrevió a preguntar.

—Tengo que marcharme —contestó el *laird*—. Robert Stewart ha convocado a los clanes para tratar el asunto del rey David con urgencia.

—¿Ahora?

—Pensaba partir en unos días, pero esta mañana llegó esta carta y debo marcharme hoy mismo. —Señaló el documento—. Logan y algunos hombres me acompañarán. Duncan se quedará al mando, y tú continuarás con tu instrucción como hasta ahora.

—Podría ir con vos. —Se aventuró a decir. La idea se le ocurrió de repente. Podrían hablar durante el viaje y, cuando él descubriera la verdad, no tendría más remedio que dejarla continuar a su lado. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—No. —Su abuelo no añadió nada más y se volvió hacia Duncan para hablarle sobre una de las torres.

—¿Por qué no? —interrumpió ella. No tenía por costumbre cuestionar las

órdenes de sus mayores, y menos aún las de su abuelo, pero no podía dejar pasar aquella oportunidad.

—Rob, aún no estás preparado —le dijo su abuelo—. Si sufrimos algún percance o un asalto durante el camino, mis guerreros se verán obligados a defenderte y eso nos pondría a todos en peligro. Y aunque no hay en todas las Highlands hombres más valientes que los Montroe no puedo arriesgarme a perderte. Ya he enterrado a mis tres hijos, no enterraré también a mi nieto.

Gabriela no supo qué decir. Solo notó que la rabia le subía por la garganta, así que optó por bajar la mirada y acatar con sumisión las órdenes de su abuelo. En cierto modo, las comprendía y, si las circunstancias fueran otras, incluso las habría compartido.

El anciano pareció volver a sus quehaceres y ella se retiró unos pasos. Decidió esperar a que terminara. Debía hablar con él antes de que se fuese, era esencial. Se concentró en buscar las palabras adecuadas, mientras se retorció las manos, hecha un manojito de nervios. Era consciente de que aquel no era el momento apropiado, pero su abuelo podía tardar días en volver, tal vez semanas.

—Yo... quería tratar un asunto con vos antes de que os marchéis —se acercó a él en cuanto vio que se quedaba solo de nuevo.

—Rob, no tengo tiempo. He de inspeccionar a los hombres que me acompañarán, así como a los caballos. Partiremos después de comer.

—Abuelo, es importante.

—¿No puede esperar a mi regreso?

—No, no puede.

El abuelo la miró y asintió. Gabriela no supo cómo abordar la situación, cómo comenzar a explicarse, después de lo mucho que había pensado en ello. ¿Debía hablarle, otra vez, del momento en el que Angus y ella decidieron

iniciar aquel viaje impensable? ¿De la idea de viajar disfrazada de hombre, de monje en particular?

—Rob, ¿qué es eso tan importante que tienes que decirme? —Malcolm se impacientaba.

—¡Querido primo! —Megan Montroe hizo su entrada en el salón, seguida de cerca por su hijo Fergus—. ¡Cuánto me alegra que aún no hayas partido!

Gabriela apretó los dientes y su rostro mostró incomodidad, hasta tal punto que incluso Megan pareció darse cuenta.

—Oh, lo siento mucho —se disculpó la mujer, aunque Gabriela sabía que no era así en absoluto—. ¿Hemos interrumpido algo importante?

—Sí —contestó ella de inmediato.

—No, en absoluto —dijo su abuelo al mismo tiempo.

Ella le lanzó una mirada, entre extrañada y dolida, pero él ni siquiera se percató de ello. Su atención estaba fija en la esposa de su fallecido primo.

—¿Qué puedo hacer por ti, Megan? —Gabriela creyó detectar cierto tono cansino, pero no pudo asegurarlo.

—Fergus me ha comentado que no te acompañará en este viaje, querido.

—Cierto.

—Sabes que te protegería con su vida.

Fergus hinchó el pecho, con la mirada fija en su *laird*.

—No lo dudo, «querida prima», pero en esta ocasión no le necesito —señaló Malcolm—. Ya dispongo de suficientes guerreros.

—¡Pero es casi tu sobrino! —Megan lanzó una mirada de reojo a Gabriela, que permanecía callada, aguardando su turno—. Si vas a reunirte con Robert Stewart para tratar el asunto del rescate del rey, debería acompañarte.

—Esa decisión me corresponde a mí —dijo Malcolm.

Gabriela supo que iba a añadir algo más, pero en ese momento entró Gavin en el salón. ¿Es que no podían dejarla unos minutos a solas con su abuelo?

—Ah, Gavin, estás aquí —señaló el *laird*.

—¿Me habéis hecho llamar? —inquirió el aludido, que echó un rápido vistazo a los allí presentes.

—Sí, acércate un momento.

Malcolm se alejó unos pasos e hizo un aparte con el guerrero, mientras Megan, Fergus y Gabriela se ignoraban mutuamente. ¿Por qué su abuelo no querría que Fergus fuera con él? Sin duda le sería de gran ayuda conocer a los jefes de los otros clanes, visitar la corte y conocer a Robert Stewart, nieto de Robert the Bruce y ahora Guardián de Escocia hasta que el rey no regresase de su cautiverio. Sería muy provechoso para su futuro si esperaba convertirse algún día en el *laird* del clan. «Eso es», se dijo. Varias opciones comenzaron a barajarse en su cabeza. Quizás su abuelo no se fiaba del joven y, a juzgar por su comportamiento desde que le conocía, no le extrañaba en absoluto. O, lo que era aún peor, tal vez había descartado definitivamente al joven como su sucesor, ahora que creía tener un nieto. «Oh, Dios mío, tengo que arreglar esto cuanto antes», se dijo, con la garganta oprimida.

Su abuelo y Gavin finalizaron su conversación y se volvieron en dirección a ella.

—Vete con Gavin, Rob.

—Pero...

—No discutas, ahora tengo asuntos que tratar. Nos vemos más tarde.

Gabriela miró a Megan y Fergus, y le pareció ver en el rostro de él cierto gesto de triunfo. No dijo nada, se limitó a asentir y salió del salón tras Gavin, con la cabeza gacha y los hombros hundidos.

Un par de horas más tarde, mientras regresaban al castillo, los nervios le atenazaban el estómago. En unos minutos hablaría con su abuelo, al fin, aunque

tuviera que encerrarse con él en su dormitorio para poder disfrutar de un poco de intimidad. Vio que los caballos ya no se encontraban junto a las puertas y tuvo un mal presentimiento.

«No, no, por favor —se decía, mientras echaba a correr hacia las puertas—. Que no se haya marchado ya.»

Irrumpió en el salón como si la persiguiera un jabalí furioso, pero allí no había nadie, excepto un par de mujeres que preparaban las mesas para la comida.

—¿Y mi abuelo? —preguntó, sin resuello.

—El *laird* se ha marchado, chico —respondió una, mientras colocaba las copas de barro sobre las mesas.

—¡No puede ser! —exclamó, a voz en grito, lo que alertó a ambas mujeres. De inmediato bajó algo el tono—. Esta mañana me ha dicho que se marcharía después de comer.

—Eso habíamos entendido también nosotras —dijo una, que reconoció como la mujer que les había servido la otra noche—. Pero pasó por aquí el *laird* del clan MacLeod con sus hombres y decidió que hacer el viaje juntos sería más seguro.

—Creo que mandó a buscarte —dijo la otra mientras retomaba sus tareas.

—Pero no te encontró —añadió la primera.

¿Cómo era posible que no la hubiera encontrado? Había estado en el mismo lugar de siempre, apenas a cinco minutos de allí. Una sospecha cruzó rauda por su mente.

—¿A quién envió en mi busca? —Se mordió el labio inferior para no ponerse a gritar.

—Creo que a tu primo, Fergus.

«Voy a matarlo —se dijo. Se dio la vuelta y salió de la estancia a paso vivo—. Juro que voy a matarlo, maldito *hideputa*.»

Ahora que Logan se había marchado con el *laird* del clan, Duncan tendría más trabajo, aunque eso, en realidad, no le suponía ningún problema. Era bueno en lo que hacía, muy bueno, y se dedicaba en cuerpo y alma a sus quehaceres. Ese día ya había establecido los turnos de trabajo para reparar la torre, los nuevos cambios de guardia (con varios de los hombres fuera, era necesario reorganizar las tareas), había hablado con Wallis para que se hiciera cargo de Micheal durante unos días, y luego había cumplido con las horas de adiestramiento con sus hombres. Mientras estaba en ello, había visto al joven Rob pasearse por la zona, lanzando miradas asesinas en dirección a Fergus. No sabía qué había ocurrido entre ellos pero, por si acaso, procuró mantener a Fergus lo suficientemente ocupado como para que Rob no se inmiscuyera. Al final se había marchado, imaginó que cansado de rumiar su desventura, fuera la que fuese.

Decidió ir en busca de su hijo antes de dirigirse al salón para la cena. Aún disponía de tiempo. Lo encontró junto a la casa de Wallis, jugando con la pequeña Christen. Aquellos dos pasaban todo el tiempo juntos, como si fueran hermanos. Una mano helada le estrujó el corazón al pensar en lo que debía hacer, por el bien de ambos. Entró a saludar a Wallis y jugó un rato con el pequeño antes de invitarlo a dar un paseo. Micheal lo miró con recelo. Cada vez que su padre tenía que reñirle por algo, o explicarle alguna cosa importante, le hacía la misma propuesta. Se preguntó de qué podría tratarse en esa ocasión y trató de recordar todas las travesuras que había llevado a cabo en las últimas horas. No dio con ninguna lo bastante importante como para merecer una regañina. Debía ser otra cosa, entonces.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó, no bien se pusieron en marcha.

—No pasa nada, Micheal. Estos días te quedarás en casa de Wallis.

—Sí, eso ya me lo dijiste antes.

—Sí, bueno, con Logan fuera ahora tengo que ocuparme yo de todo y, hasta

que no haya reorganizado algunas tareas, va a ser un poco complicado.

Micheal no dijo nada, se limitó a caminar con la cabeza baja, mientras golpeaba los guijarros con la punta de sus botas. Su padre continuaba a su lado, aunque no decía nada.

—Te gusta estar en casa de Wallis, ¿verdad?

—¡Claro!

—Bien, bien.

El niño comenzaba a ponerse nervioso. Sabía que algo sucedía, podía percibirlo en el andar tenso de su padre, en el tono de su voz.

—Juegas mucho con Christen.

—Es mi amiga.

—Sí, cierto. Podrías hacer más amigos, ¿sabes?

—Tengo más amigos, papá.

—Sí, claro. Me refería a que, si viviéramos en otro lugar, allí también podrías hacer amigos nuevos.

—¿En otro lugar?

—Bueno, imagina que tuviéramos que irnos...

—¿¿¿Adónde nos vamos??? —preguntó Micheal, que se detuvo de pronto, con un gesto entre la sorpresa y el terror que fue como un puñetazo en el estómago de Duncan.

—A ningún sitio, Micheal —trató de tranquilizarle—. No nos vamos a ningún sitio.

—¿¿De verdad??

—¡Pues claro que no! —respondió—. Era solo una forma de hablar.

—Es una forma muy extraña. No me gusta.

—Eh, sí, bueno, imagina que hubiera sido yo el encargado de acompañar al *laird* —improvisó Duncan—. ¿Te habría gustado acompañarme?

—Pero luego habríamos vuelto aquí, ¿verdad?

—Pues claro. Todos los hombres que se han marchado con Montroe volverán en unos días.

—Entonces sí, creo que me habría gustado.

—Habríamos podido ver otros lugares. Ciudades mucho más grandes que este pueblo.

—¿Cómo de grandes? —Micheal volvió la cabeza en todas direcciones, calculando el tamaño del clan.

—Diez veces más grandes... cien veces más.

Micheal se echó a reír.

—Eso no es posible, papá. No puede haber ciudades tan grandes.

—Créeme, existen.

—¿Y por qué querría vivir la gente en un sitio tan grande?

—Bueno, allí tienen todo lo que puedan necesitar y...

—Aquí tenemos todo lo que necesitamos —apuntó el chiquillo.

—Es verdad. Pero, por ejemplo, aquí solo tenemos un herrero.

—Bram.

—Exacto, Bram. En una ciudad puede haber varios, tal vez incluso una docena.

—¿Y para qué querríamos tantos herreros?

—Bueno, si no te gustase el trabajo de Bram, ¿qué harías?

—¿Romperle la nariz? —respondió Micheal, muy serio.

Duncan lo miró, atónito.

—¿Estás hablando en serio?

—Si Bram hiciera un mal trabajo, papá, por ejemplo al ponerle herraduras a mi caballo, eso podría hacer que yo me cayera y me hiciera daño. Incluso podría morirme.

—Eh, sí, es cierto.

—Entonces lo justo sería romperle la nariz, para que no haga mal su

trabajo, ¿no?

—Esto... sí, bueno, supongo que sí, pero esa no es la cuestión. Imagina que no te gusta el trabajo de Bram —intentó conservar la paciencia—. En una ciudad podrías elegir al herrero que más te gustara. Y a lo mejor no tendrías que esperar tanto para que te hiciera el trabajo que le encargaras.

—Tardaría más.

—No, porque habría más herreros y la gente se repartiría entre ellos.

—Pero, papá, si eligiera al mejor herrero, todos harían lo mismo y, al final, él tendría más trabajo que nadie y yo tendría que esperar todavía más, porque sería mucha más gente y...

—Vale, Micheal, olvida lo que he dicho.

—¿Lo del herrero?

—Todo, olvídalo todo. —Duncan se pasó la mano por la frente—. Solo quería que supieras que, más allá de estos muros, de estos campos y estos bosques, hay un mundo enorme.

Habían dado una vuelta en círculo y volvían a estar frente al hogar de Logan y Wallis.

—Ahora tengo que ir al salón, a presidir la cena, y evitar que algunos idiotas se metan en líos. —Posó una mano sobre el hombro de su hijo.

—Está bien, papá. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Micheal.

El niño vio cómo su padre se daba la vuelta y comenzaba a caminar en dirección al castillo, con los hombros hundidos. Esa había sido, sin duda, la conversación más extraña que habían tenido jamás. Notó el estómago contraído, seguramente porque ya era hora de cenar y tenía hambre. En cuanto traspasó el umbral y se encontró con Christen, se le pasó.

Gabriela entró en el salón aún presa de su ira. Había pasado la tarde observando a Fergus sin poder acercarse a él, pero se cansó de esperar cuando vio que Duncan iba a esmerarse de forma especial ese día. Se fue a los establos para pedir un caballo cualquiera, con la intención de cabalgar un rato, al menos hasta que se hubiera tranquilizado, pero no dio resultado. Cuanto más pensaba en la oportunidad que había perdido, más ganas tenía de golpear la mandíbula de Fergus, cuantas veces le fuera posible. Gavin le había mostrado algunos golpes, amén de ciertas maniobras para esquivar los ataques del contrario. Devolvió el caballo a las cuadras y, una vez en la cabaña, aprovechó para lavarse con esmero, incluso el cabello. Lo sentía grasiento y tan apelmazado que se le pegaba al cráneo. Resultaba complicado mantener una higiene mínima rodeada de tantos hombres. Allí, en cualquier momento podían entrar Duncan o Micheal, incluso Wallis, que acudía en ocasiones a preparar la comida. A continuación lavó algunas de sus prendas y las tendió sobre la cuerda donde colgaba la cortina que separaba su cama del resto de la estancia.

Se vistió y decidió que ya era hora de dirigirse al salón. En cuanto abrió la puerta, un puñado de nieve blanda le golpeó el rostro. Miró hacia el cielo, de un tono gris ceniza, y luego al suelo, donde algunos copos habían comenzado a cuajar. «Perfecto —pensó—. Lo que me faltaba. Acaba de empezar octubre y aquí ya está nevando.» Se arrebujó bien en su capa y recorrió la distancia hasta la fortaleza con rapidez.

En la puerta, sin embargo, la esperaban Neall y Alec. Había olvidado por

completo su promesa de enseñarles a tirar con el arco. Se disculpó, y alegó que la inesperada marcha de su abuelo había trastocado sus planes. Se sintió tan mal que su furia pareció menguar un poco. Los chicos le aseguraron que lo entendían y que no había inconveniente en comenzar cualquier otro día.

Una vez en el interior, sus ojos buscaron a Fergus, pero no tuvo éxito. Vio a Duncan junto a algunos de sus hombres, frente a la chimenea. Apenas posó los ojos en él, y recorrió la estancia con la mirada. Vio también a Megan Montroe, que esa noche había decidido cenar con el resto del clan, algo poco habitual en ella. Sentada junto a la cabecera de la mesa principal, le lanzó una mirada de desdén antes de volver a una conversación que mantenía con Lachlan, que no parecía interesado en exceso. Gabriela ocupó uno de los asientos más cercanos a la puerta, y contestó con monosílabos a los que la saludaron al pasar, sin prestar mucha atención a nada.

Sirvieron las fuentes de carne y verduras y llenó su cuenco, aunque sentía el estómago tan contraído que fue incapaz de tomar más de un par de cucharadas. En un momento dado, percibió la mirada de Duncan fija en ella. Dirigió la vista hacia él y le hizo un breve gesto con la cabeza a modo de saludo, antes de volver a concentrarse en su plato. Fue entonces cuando Fergus hizo su aparición, y el cuerpo se le tensó de inmediato. Iba en compañía de Evan y de Gilfried, como siempre. Los tres llevaban el cabello mojado, y supuso que habían ido a tomar un baño al lago o al manantial que Micheal le había mencionado una vez.

Se incorporó de inmediato y se dirigió hacia él.

—Creo que hoy me has estado buscando —le dijo.

—¿Yo? ¿Por qué motivo habría hecho yo tal cosa?

—Mi abuelo te lo pidió —gruñó.

—El *laird* no hizo nada semejante, te lo aseguro —le contestó, con una sonrisa ladeada y sacando pecho. Gabriela supo que mentía.

—Mientes.

Fergus no dijo nada, se limitó a clavar en ella una mirada indiferente y fría. Sus dos amigos se colocaron a ambos lados.

—Escúchame, pequeñajo —le espetó Fergus, con la voz tan baja que ni siquiera sus compañeros pudieron oírle—. Yo debería haberle acompañado, ¿lo entiendes? Yo soy el que ha estado aquí, con él, durante los últimos años.

—No es culpa mía que no haya querido llevarte con él —respondió ella.

—¿De veras piensas eso?

—Oh, ya lo creo que sí. En su lugar, yo hubiera hecho lo mismo —reconoció ella, que intentó imprimir a su voz todo el desprecio que sentía por él—. *Eres tan de fiar como una serpiente.*

Fergus frunció el ceño, sin apartar su mirada de ella, intuyendo que había sido insultado. Gabriela sentía que le temblaban las piernas, pero intentó por todos los medios que no se le notara. No iba a consentir que él se diera cuenta de cómo le afectaba su pose y aquella sombra de odio que parecía moverse tras sus pupilas. Sin añadir ni una palabra, él le dio un empujón y ella cayó sobre el banco en el que había estado sentada unos segundos antes.

—Aparta de mi camino, mequetrefe —le espetó—. Tenemos hambre y nosotros, al menos, nos hemos ganado la cena.

Gabriela sintió que toda su ira se le acumulaba en el rostro, que notó encendido como una antorcha. Hasta respirar le costaba trabajo. Su pierna se movió por instinto, como si de repente hubiera cobrado vida propia, e hizo tropezar a Fergus, que cayó al suelo cuan largo era. El temporal del exterior había hecho que casi todo el suelo estuviera húmedo y cubierto de barro, y allí, estirado sobre la suciedad, Fergus no parecía tan temible. Los que se encontraban cerca estallaron en risas, sobre todo cuando trató de incorporarse, resbaló y volvió a quedar tumbado. Al final logró levantarse con la ayuda de Evan y permaneció unos instantes muy quieto, de espaldas a ella, que veía sus

hombros moverse al ritmo de su respiración contenida. Fergus volvió la cabeza y le lanzó una mirada que convirtió su sangre en escarcha. Luego siguió su camino.

Gabriela comprendió que había cometido un gran error. Un error que podía costarle muy caro.

Había hecho bien en no aplastar a aquel gusano allí mismo, se dijo Fergus, porque probablemente los demás habrían salido en defensa de aquel enclenque. Pero ahora, casi una hora después, aún era incapaz de levantar la vista del plato, todavía avergonzado por el episodio. Ni siquiera había hecho caso a los gestos de su madre, que le indicaba por señas que se aproximara. No quería escucharla, no deseaba oír de nuevo que debía ser paciente, que debía aguardar su oportunidad y todas esas sandeces que le repetía a diario. ¿Hasta cuándo debía ser paciente? ¿Cuándo iba a presentarse de verdad esa oportunidad? Estaba claro que, si él no la buscaba, no aparecería de la nada.

Al saber que Malcolm Montroe debía partir al sur, a una importante reunión, pensó que sus oraciones habían sido al fin escuchadas, pero el viejo no quiso ni oír los motivos que tan concienzudamente había preparado para convencerlo. Se limitó a indicarle que no era su momento y lo dejó casi con la palabra en la boca. Cuando lo mandó ir en busca de su nieto, Fergus sintió la sangre hervir. ¿Así es que aquel recién llegado, aquel advenedizo, iba a ocupar su lugar? Pues bien, que fuese otro el que partiera en su busca. Él, desde luego, no se iba a rebajar a algo semejante. Salió al exterior, dio un par de vueltas sin mucho entusiasmo, y regresó para decir que no había podido dar con él. Aunque el *laird* se mostró algo decepcionado no insistió en el asunto, y Fergus se preguntó si, a fin de cuentas, no se había equivocado y el viejo solo quería despedirse de aquel mocoso. No se sintió culpable, sin embargo. Bien

merecido se lo tenía. Los dos, en realidad. ¿Qué más esperaba de él el *laird* del clan? ¿No había logrado hacerse un hueco por méritos propios entre los guerreros? ¿No había participado ya en un par de escaramuzas contra los Rossen? ¿No procuraba estar a su lado en todo momento, anticipándose a sus necesidades, apoyando sus decisiones, poniendo en práctica sus órdenes, por nimias que estas fueran? Con frecuencia, el viejo le echaba en cara su impetuosidad, que él consideraba arrojo, y confundía su seguridad con arrogancia, como si en realidad hubiese en el clan jóvenes con tanto talento como él. ¿Es que acaso estaba ciego, además de senil?

Cuando un rato antes venía en dirección al salón, tenía la sospecha de que, tal vez, el joven Rob le iba a echar en cara lo que había sucedido esa mañana, aunque lo cierto es que no le había preocupado en demasía. Podía ser nieto del *laird*, incluso podía entrenarse con el propio Duncan —algo que ni siquiera sabía si era capaz de apreciar—, pero no dejaba de ser un crío, con menos fuerza en los brazos que una niña. No, en realidad no le temía ni siquiera un poco. Por eso no se esforzó en disimular el desprecio que le producía, solo que fue incapaz de prever la jugarreta que le tenía reservada, y que estaba convencido había planeado. Debería haber imaginado que el joven sería consciente de que jamás podría ganarle en una pelea y que optaría por algo más rastrero, aunque también más inteligente. De acuerdo, le concedía al menos eso. El chico no era estúpido. Y, en otras circunstancias, si el que hubiera caído al suelo hubiese sido otro, incluso habría aplaudido la estratagema. Pero había sido él quien se había dado de bruces contra la piedra, el que había tenido que soportar las risas y chanzas de sus compañeros, muchos de los cuales ni siquiera se atrevían a luchar contra él, aduciendo que se lo tomaba demasiado en serio. ¿Acaso había otra forma de hacerlo?

Volvió a hundir la cuchara en la escudilla, que seguía casi igual de llena.

Esa noche todo le sabía a barro. Todo excepto el vino, del que ya habían dado buena cuenta. Tres jarras vacías descansaban sobre la mesa. Evan permanecía sentado a su lado, tan callado como él. Gilfried había ocupado un lugar junto a su otro costado, y también parecía muy enfrascado en su cena. Supuso que ambos intuían su estado de mal humor y no querían contribuir a aumentarlo. Fue entonces cuando vio, por el rabillo del ojo, cómo Rob se levantaba y, con disimulo, se dirigía a la puerta y se ponía la capa, seguramente en dirección a las letrinas. Dejó la escudilla sobre la mesa y se puso en pie.

—Acompañadme —les dijo a sus amigos, y estos, que no se habían percatado de nada, no hicieron preguntas y salieron tras él.

Atravesaron el salón con calma, como si pasearan, e intercambió algunas palabras con varios guerreros. Durante un momento, su mirada cruzó la de Evan, que mostraba sorpresa y desconcierto. No se había dado cuenta de lo que pretendía, y casi era mejor así. Alcanzaron la puerta en un par de minutos, con paso tranquilo y postura relajada. En cuanto atravesaron el umbral y salieron a la noche, el cuerpo de Fergus se tensó.

—Vamos a ver dónde anda ese alfeñique —les dijo, y comenzó a bajar las escaleras.

La nieve que había comenzado a caer un par de horas antes ya había cubierto el suelo con una espesa capa blanca. Sobre ella aparecían, claramente definidas, una línea de pisadas. Iban en dirección a la parte trasera del castillo, hacia las letrinas, como había supuesto. Sin hacer caso ni de la ventisca ni del intenso frío, Fergus dio la vuelta a la torre, seguido por sus dos compañeros, que no habían pronunciado ni una sola palabra, pero que imitaron a su amigo cuando este se pegó a las sombras del edificio. Unos minutos más tarde, una oscura y menuda figura se recortó sobre el fondo blanco. No había duda de que se trataba de Rob Montroe.

Los tres permanecieron agazapados y, en cuanto el chico llegó a su altura,

Fergus se materializó frente a él y comprobó con agrado cómo se le mudaba el semblante. Dio un paso atrás y Fergus uno hacia delante, hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros.

—¿Te ha parecido divertido, pequeño Robert? —le espetó, y le salpicó el rostro con su saliva.

Lejos de amedrentarse, el joven sacó pecho. Había que reconocer que no le faltaba valor. Eran tres contra uno y, en lugar de disculparse —que era probablemente lo que hubiera hecho él— le plantaba cara.

—Mucho —respondió, con una sonrisa ladeada—. ¿A ti no?

—Ahora sí.

Fergus sentía una bola en el estómago, tan grande como un caballo. Cerró los puños con fuerza y, antes de pensar siquiera en lo que iba a hacer, uno de ellos salió disparado y golpeó el rostro del joven, que cayó al suelo, a más de un metro de él. El muchacho se incorporó sobre los codos, con la mirada turbia y la sangre manando de un lateral de su boca.

—*Pero ¿qué demonios...?* —comenzó a decir.

—¡Cogedle! —bramó Fergus a sus compañeros.

Estos, en un principio, no supieron muy bien qué hacer, pero no estaban dispuestos a convertirse en el objetivo de la ira de su amigo. Se acercaron al chico, lo cogieron por los brazos y lo pusieron en pie.

—Vamos a divertirnos un rato —dijo entonces Fergus.

Sonrió satisfecho. Ahora sí percibía el miedo en aquellos ojos oscuros, que pestañeaban incrédulos y trataban de volverse en todas direcciones, buscando una ayuda que no iba a llegar. Seguro que esa noche el joven Rob iba a aprender una lección muy importante, mejor que la que Duncan podría enseñarle jamás.

Iba a descubrir quién era en realidad Fergus Montroe y por qué era mejor no cruzarse en su camino.

No podía respirar. Se ahogaba. Se había enredado entre las sábanas, en una cama enorme y fría, tan fría como un témpano. Era incapaz de encontrar la salida y, cuanto más luchaba por sacar la cabeza, más se enredaba entre aquel amasijo de telas. Sentía los brazos entumecidos y las manos se negaban a responder a sus movimientos. Trataba de agarrar el tejido arrugado y los dedos, agarrotados, eran incapaces de sujetarlo. Aspiró una profunda bocanada, tratando de insuflar aire a sus pulmones, y sintió un dolor tan intenso en el costado que temió haberse clavado un cuchillo mientras forcejeaba.

Al abrir los ojos no pudo reconocer dónde se encontraba. ¿Por qué hacía tanto frío? Contempló las figuras de un par de casas situadas a escasos metros, pero algo no estaba bien. ¿Por qué tenían aquella forma tan extraña? ¿Y por qué solo podía verlas a través de un ojo? Se dio cuenta de que era ella la que estaba en el suelo, tumbada de costado, y recordó todo lo sucedido.

Evan y su amigo Gilfried la habían sujetado por los brazos para que su medio primo pudiera golpearla a gusto. ¡Maldito cobarde! Ni siquiera se había atrevido a enfrentarse a ella en igualdad de condiciones. Primero fue un golpe en las costillas, seguido de otro casi en el mismo lugar que la dejó sin aliento. Luego la había sujetado del pelo y le había tirado la cabeza hacia atrás, para propinarle un bofetón con el dorso de la mano que le había abierto una brecha bajo el ojo derecho.

—Jamás, ¿me oyes? —le dijo junto al oído—. Jamás vuelvas a hacer algo semejante o te juro que no volverás a ver amanecer.

Gabriela fue incapaz de decir nada. Todo su interior parecía arder en ese momento y sentía la sangre viscosa y caliente bajar por su mejilla y llenarle la boca con aquel gusto metálico y salado. Quiso responderle, de verdad que sí, pero no fue capaz de encontrar su voz. Fergus le dio un puñetazo en el estómago que la dobló por la mitad, antes de ordenar a sus amigos que la

dejaran caer. Gabriela se llevó las manos hacia la zona golpeada, no sin cierta dificultad. Los brazos le dolían como si hubiera transportado todas las piedras del mundo. Estaba claro que Evan y Gilfried habían hecho bien su trabajo. Trató de hacerse un ovillo para protegerse de nuevos golpes. A través de sus párpados, medio cerrados, vio cómo los tres pares de botas rodeaban su cuerpo para regresar al castillo. Tensó el cuerpo mientras aguardaba el golpe final. Si conocía bien a Fergus, este no desaprovecharía la ocasión de humillarla un poco más. No había terminado de materializar el pensamiento cuando sintió la patada en medio de la espalda y un escupitajo que aterrizó sobre su mejilla. Curiosamente, comprobó que Fergus no la había golpeado con toda la fuerza de que era capaz. De haberlo hecho así, seguramente estaría muerta. Se trataba solo de un escarmiento, no era tan estúpido. Pero el dolor era atroz y ardiente. Necesitaba arquear la espalda para aliviar el golpe en los riñones pero, en cuanto se movía, el costado le quemaba como si la estuvieran marcando a fuego.

«Solo necesito descansar un poco —se dijo—. Solo unos minutos.»

¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? No podía decirlo. Trató de enfocar la vista pero seguía viendo a través de un solo ojo. Se llevó una mano temblorosa a la cara y a través de sus dedos helados comprobó que su ojo derecho estaba hinchado. Trató de volver a inflar sus pulmones, pero fue incapaz. Seguía con aquella opresión en el pecho que le impedía respirar con normalidad.

Levantó la cabeza con dificultad y vio que, bajo ella, se había formado un charco de sangre. Las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas. Necesitaba ayuda. ¿Dónde estaba Duncan? ¿Dónde estaba Gavin?

Intentó colocarse boca arriba, y dio un grito ronco al apoyar su peso sobre la espalda. Recordó la última patada.

«*Dios mío, ayúdame, necesito aire*», gimió. Y, al hacerlo, sintió la herida

de su boca abrirse de nuevo.

Pensó en los golpes que Fergus le había dado y que ahora estarían inflamándose. Pensó en esas largas vendas que apretaban sus senos y sus costillas, y que ahora comprimían sus pulmones. Tenía que cortarlas, tenía que cortarlas de inmediato o se asfixiaría allí mismo.

Era incapaz de llevar su mano hasta la bota en la que ocultaba su cuchillo. Temblaba con tanta intensidad, y sentía los músculos tan entumecidos, que no atinaba con los movimientos. Sus dedos se crispaban en el vacío y no percibía las formas de lo que tocaba con ellos.

Se arrastró unos metros hasta el muro del castillo y se incorporó con dificultad, respirando con pequeñas y seguidas bocanadas. Dobló la pierna y, con la ayuda del brazo izquierdo, acompañó al derecho hacia su destino: la parte superior de su bota. Palpó con dedos temblorosos la empuñadura y, tras un largo y titánico esfuerzo, logró sacarla de su funda.

Reclinó la cabeza contra el muro y procuró calmarse. Se estaba mareando y los contornos de las cosas habían comenzado a difuminarse. Por si eso fuera poco, había empezado a nevar de nuevo. Si no se daba prisa no tardaría en quedar sepultada bajo una nueva capa de nieve. Miró hacia el cielo, de un gris claro y pesado, y se preguntó si su padre la estaría viendo en ese momento, si estaría contemplando cómo su hija moría junto a los muros del que había sido su hogar.

«No voy a morir —se dijo, insuflándose valor—. No así, no ahora.»

Con el cuchillo en la mano, trató de subirse la camisa y ahogó un gemido de dolor en cuanto rozó la zona afectada. Era imposible que pudiera meter el cuchillo entre las vendas y su piel para cortarlas. Para ello tendría que quitarse la ropa y entonces moriría congelada, y desnuda. Tenía que volver a casa de Duncan. Con suerte, no habría transcurrido mucho tiempo y él todavía

estaría en el salón. Si era rápida, todo habría terminado antes de que él volviera.

Arrimó los hombros al muro —la única zona de su cuerpo que en ese momento no le dolía—, hizo palanca con los pies y fue deslizándose contra la superficie, hasta quedar totalmente erguida. La cabeza le daba vueltas y se tomó unos momentos para recuperarse. Apoyó una mano sobre la fría piedra y comenzó a caminar, rodeando el castillo por la parte de atrás. Tomó el camino que partía de allí. Sabía que debía continuar recto hasta que empezaba la suave pendiente de la colina y luego girar a la izquierda.

Caminaba encorvada, con el brazo izquierdo pegado al costado para proteger esa zona. Cada paso era un suplicio. El dolor que palpitaba en su espalda le bajaba hasta la pierna izquierda con ramalazos de punzadas. Recorrió la distancia sin ser consciente del reguero de sangre y lágrimas que iba dejando tras de sí.

¿Cuánto quedaba hasta la casa de Duncan? ¿Se había equivocado de camino? No podía más, tenía que pedir ayuda, no iba a conseguirlo. Pero ¿a quién? Se detuvo junto a una de las casitas y golpeó la puerta con el puño cerrado. Apoyó la frente en ella, y aguardó a que esta se abriera. ¿Es que todo el pueblo estaba en el salón esa noche? Se dio la vuelta, dispuesta a dejarse caer, vencida por el dolor y el miedo. Y entonces vio la casa de Duncan. Estaba solo a unos pasos, a unos metros de ella.

«Un último esfuerzo», se dijo, dando bandazos, tan aterida y tan dolorida que ya apenas si sentía su cuerpo, y con los pulmones quemándole como si se hubiera tragado un barril de brea.

Cuando abrió la puerta, un soplo de aire cálido la envolvió como un sudario. Duncan había dejado la chimenea encendida, y ahora ardían en ella un par de troncos que caldeaban todo el ambiente. Cerró de una patada y, con las manos temblorosas, se desabrochó la capa, pero fue incapaz de desatar los

cordones de su jubón. ¿Dónde estaba su cuchillo? ¿Dónde rayos lo había metido?

Fue dando traspiés hasta la alacena y tomó uno de los que había allí. Con el pulso tembloroso logró cortarlos, al fin, y luego la camisa, porque fue incapaz de alzar los brazos para sacársela por la cabeza. Con el torso desnudo, cubierto por una gruesa capa de vendas, se acercó hasta su cama e intentó correr la cortina, pero las fuerzas la abandonaron. Durante un breve segundo, deseó dejarse caer sobre el lecho y que todo acabara allí. Sentía la cabeza a punto de estallar y el pecho como si un caballo se hubiera sentado sobre él.

Después de tres intentos fallidos, logró cortar al fin el nudo que sujetaba aquella interminable ristra de tela y comenzó a desenrollar las vueltas y vueltas que la oprimían. Vio cómo la sangre que caía de su rostro mojaba aquel tejido amarillento, la manta de la cama e incluso el suelo, pero en ese momento no podía pensar en nada más que en conseguir un poco de aire, solo un poco.

A medida que retiraba el vendaje, su pecho conseguía expandirse cada vez más y, cuando todo él estuvo hecho un ovillo a sus pies, pudo respirar con normalidad. Hinchó sus pulmones a placer y lloró por el dolor que ello le causaba.

Esa noche, después de todo, no iba a morir.

O tal vez sí porque, justo en ese momento, la puerta se abrió con estrépito y se desataron los infiernos.

La primera noche a cargo del clan había transcurrido con normalidad, o al menos eso pensaba Duncan, sentado a la cabecera de la larga mesa principal. Lo único que había lamentado era la compañía de Megan Montroe, la madre de Fergus. Esa noche los había acompañado por primera vez en semanas, como si la ausencia del *laird* la hubiera dotado de alguna especie de autoridad que él no lograba comprender. Aunque aún se trataba de una mujer atractiva y de carnes abundantes, su altiva mirada y el rictus siempre amargo de su boca mantenían a los hombres a raya. Durante la cena, sin embargo, se mostró inusualmente amable, y él se vio obligado a intercambiar algunas palabras con ella, las justas para no resultar ofensivo, pero sin darle pie a ningún tipo de intimidad. La mujer acabó dándose por vencida y se concentró en su plato. No parecía interesada en charlar con nadie más. Eso le hizo pensar en Fergus. Había sido testigo de la treta del joven Rob a primera hora de la noche, seguramente para cobrarse algún nuevo agravio de Fergus, pero también había visto la significativa mirada de odio que este le había lanzado. No le gustaba el cariz que estaba tomando el asunto. Desconocía qué les ocurría con exactitud a aquellos dos, pero se propuso averiguarlo cuanto antes y cortarlo de raíz. No estaba dispuesto a tolerar la animadversión entre sus hombres. Podían no ser amigos, podían incluso evitarse si no simpatizaban o pelearse con los puños de forma limpia, pero no estaba dispuesto a consentir malas pasadas entre ellos. La fortaleza del clan se basaba en la unión de sus miembros. Cuanto más compacta fuera esta, más posibilidades tenían de sobrevivir. Cualquier fisura podía significar la muerte en el campo de batalla.

Comprobó que ahora Fergus estaba sentado junto a sus dos compañeros, bebiendo vino y riéndose a carcajadas, una actitud muy distinta a la del inicio de la noche. Se preguntó qué había provocado su repentino cambio de humor. Una hora antes, estaba con la cabeza baja y el gesto huraño. Buscó a Rob con la mirada, e incluso se puso en pie para observar la sala con comodidad. Su gesto pareció sorprender a Megan.

—¿Necesitáis algo, Duncan? —le preguntó, solícita.

—No.

—Puedo hacer que os traigan más vino —respondió ella—. Veo que la jarra está vacía, y también vuestra copa.

—No necesito más vino. —Su mirada recorría el salón, pero no había ni rastro del chico. Decidió que era un buen momento para visitar las letrinas.

—¿Os vais? —preguntó de nuevo la mujer al ver que retiraba la silla.

—Sí.

—Me gustaría acompañaros. Tal vez podríamos dar un paseo.

—Está nevando. —El tono de su voz fue cortante y la mirada que le dirigió a la mujer no fue precisamente cálida.

—Un poco de aire fresco me sentará bien, sin duda —respondió, sin darse por aludida.

—Voy a las letrinas.

Megan Montroe se quedó a medio camino en su proceso de levantarse, y su rostro se ruborizó ligeramente. Durante un instante, Duncan pensó que un poco de color le sentaba bien a su rostro. ¿Qué tramaría? ¿Ahora que el *laird* estaba fuera pretendía, quizás, que le diera algún trato de favor a su hijo? Porque si se trataba de eso se iba a llevar una desagradable sorpresa.

Sin añadir nada más, abandonó el salón, cerciorándose de nuevo de que el chico no se encontraba allí. Seguramente había regresado ya a la cabaña.

Vio la sangre al volver de vaciar la vejiga. Una mancha no más grande que

una ciruela, con varias gotas esparcidas alrededor. Alguien se había hecho daño, sin duda, aunque no parecía grave. Fueron las huellas las que de verdad lo inquietaron. Varias pisadas y dos surcos que se dirigían a la pared norte del castillo. La nieve que volvía a caer las ocultaría en cuestión de minutos. Habían arrastrado algo por allí. ¿Quién y por qué? ¿Una carreta pequeña, quizás? Intrigado, siguió las huellas hasta que estas se detuvieron, poco después de girar la esquina. Aquella parte del castillo, que daba a la muralla, era la menos transitada. Allí fue donde le dio su primer beso a una joven, hacía tantos años que ya ni se acordaba de su nombre, solo de la sensación de sentir el estómago dando vueltas alrededor de su cintura y de un calor abrasador en la parte baja de su vientre.

Esa noche, en cambio, no había ninguna pareja de jovencitos junto al muro norte explorando sus bocas por primera vez. Solo una enorme mancha de sangre y la nieve revuelta y sucia.

«¿Qué diantres...?», se dijo, al detectar un surco profundo y ancho que se alejaba. Quienquiera que se hubiera hecho daño había intentado arrastrarse, tal vez para volver a la fortaleza. Pero, si era así, ¿por qué no lo había hecho en dirección contraria? Intrigado y preocupado a partes iguales, decidió seguir el rastro.

La nieve caía con fuerza ahora, y se le había unido un viento racheado que hacía ondear su tartán y le dificultaba la visión. El herido, al parecer, había logrado ponerse en pie, aunque había caminado en zigzag alejándose del castillo en dirección a las viviendas. A esas horas estaría probablemente en su hogar, recibiendo los cuidados de una esposa amorosa. Por si acaso, decidió seguir el rastro un poco más.

El corazón se le atragantó en el pecho en cuanto descubrió un cuchillo en el camino, parcialmente cubierto por la nieve. Clavado en la tierra, había quedado con el mango al descubierto. Supo a quién pertenecía incluso antes de

agacharse a recogerlo. Lo había tenido en sus manos solo un par de días atrás. Alzó la cabeza y barrió la zona con la mirada, esperando encontrarse un bulto en alguna esquina. Sus piernas echaron a correr antes de que su mente consciente les diera la orden y, casi sin resuello, llegó hasta su casa. Abrió la puerta de golpe, temiendo encontrarse el cuerpo inerte de su pupilo tendido en el suelo. No fue así, sin embargo. El chico estaba junto a su cama, con el torso desnudo apenas alumbrado por el resplandor del fuego. Aunque se encontraba de lado, podía ver que tenía el rostro lleno de sangre.

—Pero ¿qué diablos...? —se interrumpió en cuanto sus ojos se detuvieron en su costado y en aquella turgencia que sobresalía en la parte superior—. ¿¿¿Qué???

La expresión del chico se convirtió en una mueca de puro pánico. Estiró un brazo con la rapidez de una centella y volvió a cubrirse con lo que parecían los jirones de su camisa.

Duncan lo apuntó con un dedo, con los pies tan firmemente clavados en el suelo que parecía haber echado raíces allí mismo. El dedo no dejaba de moverse arriba y abajo, abarcando toda la figura que tenía frente a sí.

—Eres... eres...

Con cuatro zancadas, recorrió la distancia que lo separaba de la alacena. Cogió una jarra de vino y llenó una copa, que apuró de un solo trago. ¿Qué? ¿Qué era aquello? ¿Algún tipo de engendro? ¿Una abominación de la naturaleza, tal vez?

—Una mujer —le oyó musitar, con la voz apenas audible.

El alma de Duncan se le cayó a los pies, hecha un guiñapo. ¿Una mujer? Sin mirar al chico, se acercó a la mesa y se dejó caer sobre una de las sillas, totalmente aturdido. De inmediato, se levantó, como si el asiento le quemara. Volvió a la alacena y trasteó hasta dar con un barrilete de *agua de vida*, una bebida demasiado fuerte que reservaba solo para ocasiones muy especiales.

Parecía que aquella lo era por momentos. Se sirvió una copa, que vació también de golpe y que le abrasó la garganta a su paso. Se dio la vuelta para regresar a la mesa, para ver si lograba centrar su mente durante unos segundos. Cerca ya de la silla, se miró las manos vacías y decidió que otra copa de *agua de vida* le sentaría bien. Volvía a estar junto a la alacena. ¿Qué había ido a buscar allí? Algo para beber, sí, eso era. Pero ¿no había bebido ya bastante? Se cubrió el rostro con las manos para tratar de borrar una imagen muy concreta.

Nuevamente sentado, su mirada se concentró en los tablones que formaban la mesa, mientras su mente era un torbellino de imágenes de las últimas semanas. Trataba de encajarlas, pero no lograba concentrarse lo suficiente. Las tablas habían comenzado a moverse. ¿Eso era posible? Hacían ruido al entrechocar unas con otras. Estiró un poco el cuello y miró fijamente la unión entre los maderos. No se movían, podía asegurarlo. Aun así, el ruido no había cesado. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el sonido no provenía de la mesa, sino del joven Rob, o lo que sea que fuese... aquello. Clavó su mirada en el chico, cuyos dientes castañeaban con tal intensidad que hacían vibrar todo su cuerpo.

Tenía la cara hecha una pena, con el ojo derecho tan hinchado que apenas podía distinguirse y un par de brechas abiertas, aunque no muy aparatosas. No podía ver si había más daños, porque se había cubierto con los restos de su camisa desde el cuello hasta casi las rodillas. Temblaba de tal forma que parecía a punto de desmayarse. Aun así, permanecía allí, en pie, como si esperara sus órdenes.

—¡Siéntate! —le dijo. El gesto de alivio fue evidente.

Hombre o mujer, Duncan no podía dejarlo así. Se levantó de golpe y el muchacho retrocedió de forma instintiva, echando el cuerpo hacia atrás, un

gesto que vino acompañado de un buen gemido de dolor. ¿De dónde demonios se habría caído el chico para estar tan magullado?

Duncan se dirigió a la entrada, abrió el arcón que había en él, y sacó una manta y una caja taraceada, que colocó sobre la mesa. Le echó la manta por los hombros y cubrió aquel cuerpo menudo y tembloroso. De la caja extrajo varios utensilios que Gabriela no pudo ver. A continuación, puso una olla de agua a calentar, avivó el fuego y encendió unas velas. Se fue al dormitorio y volvió con un puñado de trapos. Parecía concentrado y atento, y ella no sabía muy bien qué pensar. Estaba segura de que le había visto los pechos, o al menos uno, y que la había oído confesar que era una mujer, o eso deducía de su comportamiento errático.

Cuando el agua estuvo lo bastante caliente, Duncan la retiró del fuego y colocó la olla sobre la mesa. Arrastró esta sin miramientos hasta que estuvo junto a la cama, y derramó con ello parte del líquido sobre su superficie. Miró a los pies de Rob, a un amasijo de telas que parecían largas vendas manchadas de sangre y se preguntó qué hacía aquello allí. Cogió uno de los trapos de la mesa y lo empapó bien de agua. Luego respiró profundamente, antes de mirarlo a los ojos.

—Voy a lavarte las heridas. Vamos a ver qué hay debajo de toda esta sangre.

El chico no dijo nada, se limitó a alzar ligeramente la barbilla para facilitarle el acceso, y Duncan comenzó a pasar el trapo mojado por aquel rostro que tan bien conocía y a contar los latidos de su corazón. Que él recordara, solo había retumbado de ese modo en una ocasión, hacía ya muchos años. Se encontraba de pie junto a su *laird*, luchando contra dos soldados ingleses que los tenían arrinconados, sabiendo que aquellos minutos serían probablemente los últimos de su corta vida. A sus pies, Malcolm Montroe se sujetaba una herida en el vientre. Duncan había dado un paso adelante, para

situarse frente a él y protegerle de las espadas inglesas. Logró herir de gravedad a uno de ellos, y recibió a su vez un tajo en el costado por parte del otro, su primera herida de batalla. Con el corazón a punto de estallarle, alzó su poderosa espada y profirió un grito de guerra que paralizó brevemente al inglés, lo suficiente como para que pudiera descargarla con toda su fuerza. La hoja atravesó la clavícula y partió al hombre casi por la mitad hasta la cintura. Un chorro de sangre, vísceras y huesos brotó de aquella descomunal herida y le empapó de la cabeza a los pies. Duncan tuvo que girar la cabeza para vomitar lo poco que había desayunado esa mañana. Casi a punto de desfallecer, vio llegar hasta ellos a los hombres del clan, que al final habían logrado superar a los ingleses. Estaban a salvo.

Durante los momentos en los que había recordado aquellos hechos, había continuado limpiando el rostro de Rob. Tenía dos heridas, de las que no dejaba de manar sangre.

—Tendré que coserte —le informó.

Rob no dijo nada, se limitó a asentir.

Duncan volvió a la alacena, con la espalda tan tensa que podrían haber cortado leña sobre ella, y se sirvió otra generosa jarra de *agua de vida*.

—Será mejor que le des un buen trago —le dijo.

—No, gracias —musitó Gabriela. La joven intuía que, tras las curas, iba a mantener una importante conversación con aquel hombre, y quería tener la mente lo más despejada posible. Bastante tenía con lidiar con el dolor que la sacudía por momentos. Al menos la sensación de asfixia había desaparecido.

—Chico, esto te va a doler como un demonio —insistió Duncan.

Ella negó con la cabeza y él se encogió de hombros.

—Como quieras.

Duncan dejó la jarra sobre la mesa, ligeramente sorprendido por la actitud del joven. En cuanto traspasara su piel por primera vez, seguro que se

replanteaba su decisión. Vertió un poco del contenido sobre otro de los paños y lo pasó por las heridas. Gavin siempre decía que un poco de alcohol sobre una herida abierta ayudaba a la cicatrización e impedía las infecciones.

Cogió la aguja en forma de anzuelo y enhebró el hilo a la primera. Tenía la mente en blanco, concentrado en sus movimientos. Sabía que, en cuanto comenzara a pensar, y a ser consciente de lo que estaba ocurriendo, su ira tomaría las riendas de la situación. Y no era el momento. Aún no.

Se colocó junto al chico, le tomó la cara con cierta brusquedad y la orientó hacia la fuente de luz. Con los dedos unió los extremos de la herida de la ceja y clavó la aguja por primera vez. Rob lanzó un gemido.

—¿Quieres beber un poco ahora? —preguntó él, antes de continuar.

—No —respondió, con la voz estrangulada.

Duncan decidió que él sí lo necesitaba y dio un buen trago. La noche iba a ser larga, muy larga.

Cosió la primera herida con dos puntos y luego se cambió de lugar, dispuesto a enfrentarse a la de la barbilla. Aquel otro corte era algo más grande, y debía dolerle horrores. Había gemido en un par de ocasiones y había derramado un par de silenciosas lágrimas, pero había aguantado sin rechistar. Duncan, en cambio, sentía el estómago tan pequeño que no cabría en él ni una nuez. Comprendió que aquello no se debía a ninguna caída.

—Ha sido Fergus, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí.

—No debiste hacerle la zancadilla —le dijo él—. Le avergonzaste delante de todos.

—Lo sé.

—Tú te lo has buscado —añadió, clavándole la aguja.

Gabriela dio un respingo, soltó un grito y se alejó unos centímetros.

—Escucha, chico, será mejor que te tomes un buen trago de eso, te atontará

lo suficiente —insistió.

—No. —Su voz era apenas un susurro—. Estaré bien.

Duncan se concentró de nuevo en la herida, dispuesto a volver a pinchar aquella carne tan tierna. En el fondo, admiraba el aguante del joven, ¿o de la joven? No, no quería pensar en eso ahora. Luego, ya lo pensaría luego.

—No parece que te defendieras muy bien —le dijo un poco después.

Rob guardó silencio. Duncan le estaba dando la última puntada. La mirada del único ojo con el que podía ver era vidriosa.

—Debiste alzar los brazos para protegerte el rostro.

—No... no tuve ocasión.

—¿Que no tuviste ocasión? —le espetó él. Cortó el hilo y dio por concluida la sutura—. Espero que al menos le dieras un buen puñetazo.

Supo por el modo en el que hundió los hombros que tampoco había sido el caso.

—¿Es que Gavin no te ha enseñado nada? —inquirió entonces, molesto.

Rob desvió la mirada, Duncan supuso que por vergüenza. Se separó del chico y dejó aguja e hilo sobre la mesa. Luego tomó un tarro de ungüento para ayudar a la cicatrización y lo extendió con cuidado sobre ambas heridas.

—¿Tampoco aprendiste nada de mí? —preguntó, en el mismo tono.

—Aprendí muchas cosas de ti —respondió, y centró en él su único ojo sano, que ahora brillaba lleno de ira.

—No a defenderte con los puños, por lo que veo.

—No pude ponerlo en práctica. Fergus no estaba solo.

Duncan, que se había vuelto para devolver el tarro a la mesa, se volvió de inmediato.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Nada. —Gabriela no quería más problemas. En ese momento lo único

que deseaba era meterse en la cama y llorar hasta el día del Juicio Final. El tormento que había supuesto la cura hacía que le ardiera todo el rostro.

El chico le ocultaba algo más y quería saber de qué se trataba. La mano de Duncan se cerró alrededor de su brazo y, aunque no hizo mucha fuerza, el muchacho gimió y se encogió sobre sí mismo. ¿Qué diantres...?

Arrancó la manta de un manotazo, y la camisa, que aún mantenía pegada a su cuerpo, también. Con el ímpetu, hizo que el cuerpo del joven se levantara y quedara frente a él. Gabriela cubrió sus senos desnudos con el antebrazo, aunque la mirada de Duncan no se detuvo precisamente en aquella parte de su anatomía. Vio de inmediato los moretones alrededor de sus brazos, prueba inequívoca de que alguien lo había sujetado mientras Fergus le golpeaba. Y todo su costado derecho, desde la cintura hasta el centro del estómago, era una mancha oscura y sanguinolenta.

—¡Jesús! —exclamó.

Colocó una mano sobre el hombro del joven y lo hizo volverse. La mancha se extendía también hacia atrás, casi hasta unirse a otra que tenía en el centro de la espalda, que intuía demasiado bien cómo se había producido.

—¡Maldito canalla! —bramó—. ¡Le arrancaré la piel a tiras por esto!

—¡No! —Rob se volvió y se enfrentó a él—. No es asunto tuyo.

—Oh, ya lo creo que sí. —Se aproximó un paso, hasta quedar a escasos centímetros de Rob. Su rostro estaba contraído por la ira—. Aquí mando yo. Nunca me he metido en las peleas de los chicos pero jamás, jamás, consentiré comportamientos de este estilo. ¿Dos contra uno? —Hizo una pausa y la miró con fijeza—. Evan, ¿verdad? ¿Y dónde estaba Gilfried?

Gabriela no contestó y bajó la mirada.

—¿¿Tres contra uno?? —bramó Duncan—. ¡¡Que Dios los asista entonces!!

Su voz sonó como una sentencia. Volvió a concentrarse en la mesa y buscó

algo en el interior de la caja, casi a manotazos. Extrajo otro pequeño frasco y lo abrió.

—Date la vuelta —le ordenó—. Voy a ponerte una loción para bajar la inflamación.

Rob no dijo nada y obedeció. Duncan depositó un poco de líquido en la palma de su mano y la posó con delicadeza sobre la espalda de Rob. Su piel caliente lo atravesó de parte a parte. «Concéntrate», se dijo. Aún no estaba preparado para afrontar lo evidente. Con suavidad, comenzó a extender la loción. Con cada gemido de ella, una parte de él se hacía más y más pequeña. Se dio cuenta de que tenía la frente cubierta de sudor, y se pasó la manga del brazo libre para quitárselo. Una vez finalizó, le pasó el tarro por encima del hombro.

—Ocúpate tú del resto —le dijo—. Y ponte una camisa limpia, tenemos que hablar.

Duncan la dejó sola y se fue a su habitación, con el pulso tan acelerado que temió que la sangre comenzara a salirle por las orejas. Se lavó las manos cuidadosamente con el agua de la jofaina, procurando serenarse. No sabía con quién se sentía más furioso. Si con Fergus por haber abusado así de alguien que era más débil que él o con ese jovencito que resultaba no ser tal, y que aguardaba en la habitación contigua.

Se pasó las manos por el cabello, mientras recordaba cada momento desde que Rob había llegado al clan. Su delicadeza, sus rasgos femeninos, su fragilidad, sus movimientos gráciles y casi etéreos... Recordó cómo lo había observado mientras dormía, cómo se había maldecido a sí mismo por albergar sentimientos contra natura y cómo había pensado que era un monstruo, un ser despreciable que merecía el oprobio de cuantos le conocían. Recordó también la conversación que había mantenido con su hijo Micheal, para que se hiciera

a la idea de que deberían abandonar el lugar que tanto amaban para siempre, porque él no era digno de pertenecer al clan.

Cuando se puso en pie para regresar a la estancia principal, su furia ya solo tenía un único destinatario.

Gabriela apenas se sostenía. Permanecía sentada, con los codos apoyados sobre la mesa y el rostro entre las palmas abiertas, mientras luchaba por no echarse a llorar y por no dormirse al mismo tiempo. La envolvía la extraña sensación de que su cuerpo no le pertenecía, como si hubiera salido de él y se contemplara a sí misma desde el exterior. Cuando oyó abrirse con estrépito la puerta del dormitorio de Duncan supo que regresaba, y que no estaba de buen humor.

Aquello era decir poco. El hombre que tenía ante ella resultaba imponente y apabullante. Con las piernas abiertas, cuyos muslos poderosos asomaban bajo el *kilt*, podía apreciar en toda su gloria aquellos músculos de piedra. Los hombros erguidos, acariciados por las puntas de sus cabellos aún húmedos, eran tan anchos que ocultaban toda su visión. De repente, él alzó la espada y la punta quedó firmemente apretada contra su cuello. Observó su rostro. La mandíbula apretada, y los labios tan finos que apenas se veían. Fueron sus ojos, sin embargo, los que la llenaron de terror, más que aquella hoja pegada a su garganta. Eran tan fríos que los dientes comenzaron a castañearle de nuevo.

—Dime quién eres y qué has venido a hacer aquí —bramó—. ¿Te envían los ingleses? ¿Los MacNab? ¿Los Rossen?

—¿Qué? ¡No! ¡No me envía nadie! Yo...

—¿Dónde está Robert Montroe?

—Murió...

—¿Lo mataste tú? —Sus ojos se achicaron.

—¿Qué? ¡¡No!! —exclamó ella, incapaz de creer que le hubiera preguntado eso—. ¡Era mi hermano!

—¿Quién eres? —insistió Duncan, a punto de perder la paciencia. Aquella muchacha no contestaba con bastante rapidez.

—Gabrielle Montroe. —Alzó la barbilla y utilizó la forma anglosajona de su nombre—. Soy la hija mayor de Keilan Montroe y tengo veintidós años, no diecisiete.

—¿Cómo sé que no mientes?

—¿Y por qué habría de hacerlo? —contestó ella, cansada del interrogatorio y, sobre todo, de las formas.

—¿Por qué lo has hecho durante todo este tiempo?

—Eso puedo explicarlo...

—Estoy esperando oírlo —afirmó él, al ver que ella guardaba silencio.

—Es una historia muy larga.

—No tenemos prisa.

—Estoy agotada, y herida. —La joven hundió los hombros—. Sé que te debo una explicación, Duncan, que os la debo a todos, pero ahora mismo no puedo...

—Lo harás.

—Por favor —suplicó ella, incapaz de mantenerse erguida por más tiempo.

—¡¡Ahora!!

Gabriela lo miró con su único ojo, tan lleno de rabia que Duncan se sintió reconfortado por primera vez esa noche. Él le sostuvo la mirada, con tal fuerza que ella se vio obligada a bajar la suya.

—Está bien, de acuerdo —dijo ella, al fin, hundiéndose un poco más sobre la silla—. Quitá esa espada de mi cuello, por favor.

—Ni hablar. Aún no he decidido si voy a matarte.

—¿¿Qué?? —Gabriela trató de incorporarse, totalmente espabilada de

repente, pero lo único que consiguió fue que la punta rasgara su carne. El dolor la atravesó de lado a lado, y sintió unas gotas de sangre resbalar por su cuello.

—Será mejor que no te muevas si no quieres perder la cabeza esta noche — le advirtió él, que no se había movido ni un milímetro, y que no parecía en absoluto preocupado por la herida que había añadido a su ya largo repertorio.

Gabriela trató de mantenerse concentrada para explicar su historia. Ni en sus peores pesadillas había llegado a imaginar que debería hacerlo a punta de espada. Trató de encontrar las palabras con las que empezar, pero todo se confundía en su cabeza. El dolor del costado la estaba matando, y cada vez que hablaba notaba la tirantez en su barbilla y en la comisura de su boca. Tragó saliva varias veces y respiró a grandes bocanadas. Centró la vista en la superficie de la mesa, porque mirar a aquel guerrero salvaje, plantado delante de ella y con ganas de rebanarle el cuello, la ponía aún más nerviosa. ¿Dónde estaba ese Duncan casi amable al que había conocido durante las semanas anteriores?

—Estoy esperando —la azuzó él, impaciente.

Gabriela suspiró antes de abrir la boca.

—Todo comenzó con la muerte de mi padre —empezó al fin—. Aunque, en realidad, creo que comenzó mucho antes. Don Pedro de Hermida pretendía casarse con mi madre antes de que apareciera mi padre. Ella cuidó de él cuando quedó herido al caer del caballo y pasaron mucho tiempo juntos durante su larga recuperación. Se enamoraron y se casaron, pero don Pedro jamás pudo perdonarle el desplante.

»Mi padre y mis dos hermanos, Rob y Thomas, murieron durante la peste negra, en 1349. Fue... terrible. Miles de personas morían cada día y apenas había tiempo para enterrarlos...

Gabriela hizo una pausa y se mordió la lengua para mantener las lágrimas a

raya. Por el rabillo del ojo vio que Duncan no había cambiado de postura, aunque juraría que la espada ya no permanecía tan cerca de su cuello. Sabía que ya conocía aquella parte de la historia, la había contado la primera noche.

—Mi madre y yo nos quedamos solas —continuó—. La situación se volvió un poco delicada cuando perdió todas sus posesiones y quedamos casi en la indigencia. Al final se vio obligada a casarse con don Pedro para que no nos muriéramos de hambre.

—¿Por qué no vino aquí? La habrían acogido.

—Supongo que eso no lo sabía. No existía ningún tipo de relación con la familia de mi padre, excepto Angus. Y tampoco teníamos dinero para el viaje.

Gabriela continuó su historia. Cómo Angus acabó en las caballerizas y cómo su madre sufrió un aborto tras otro por el afán de Hermida de conseguir un heredero, hasta que ella murió. Cuando le explicó la conversación que había escuchado entre su padrastro y el sacerdote, Gabriela fue consciente de que, le pasara lo que le pasase a partir de ese instante, ir a Escocia había sido la mejor decisión de su vida. Luego le habló del Camino de Santiago y de las semanas que habían empleado en él hasta embarcar en La Coruña y llegar a Plymouth, en la costa de Inglaterra.

—¿No había un lugar más cercano para embarcar?

—Sí, seguro que sí, pero no podíamos arriesgarnos.

—¿Creíais que ese hombre, ese don Pedro, os perseguiría?

—Sin duda.

—¿Solo porque no quisiste casarte con él? —inquirió él, con sorna—. Te tienes en muy alta estima.

Gabriela le lanzó una mirada fulminante.

—No, no solo por eso —respondió, cortante—. Necesitábamos dinero para hacer el viaje...

—¿Le robaste? —inquirió.

—Bueno...

—¡Maldita sea! ¿¿Le robaste a un noble?? —Su voz estaba cargada de furia
—. ¿Estás loca?

—¡No tenía otra opción! ¡Y no todo lo que me llevé le pertenecía!

—Seguro que no —afirmó con retintín.

—Había algunas joyas de mi madre.

—Creí que estaba en la indigencia y que por eso accedió a casarse con él.

—Duncan alzó una ceja. La había pillado en una mentira.

—Bueno, en realidad eran joyas que él le había regalado durante su matrimonio, cada vez que ella había anunciado un nuevo embarazo. —
Gabriela bajó la cabeza, consciente de lo que venía a continuación.

—O sea que, en realidad, esas joyas también le pertenecían —apuntó
Duncan—. Así es que, además de mentirosa, también eres una ladrona.

—¡No soy una ladrona!

—¿¿Y cómo demonios llamas a lo que hiciste?? —gritó él, con un tono de
voz tan potente que hasta las paredes parecieron temblar.

—¿Y qué otras opciones tenía? —contraatacó ella, casi al mismo volumen.

—Seguro que algo se te habría ocurrido. —Le dedicó una sonrisa de medio
lado tan cargada de desprecio que a Gabriela se le acumuló toda la bilis en la
garganta.

—Para ti es fácil decirlo. —La voz apenas le salía, pero Duncan no se
perdió ni una sola palabra—. Tan alto, tan fuerte, tan seguro de ti mismo y
tan... tan...

—¿Tan? —inquirió él, halagado pese a la furia que sentía en ese momento.

—Tan arrogante —respondió ella—. Tú no habrías necesitado robar,
podrías haberte buscado un empleo lejos de allí, o haberte hecho mercenario
en cualquiera de los ejércitos de Castilla. De hecho, seguro que tú no te
habrías visto obligado a huir. Simplemente con decir que no te casarías con él

hubiera bastado. Nadie habría insistido. —Hizo una pausa—. Pero mírame a mí, Duncan, y dime qué posibilidades tenía yo. Ciertamente, podría haber huido sin nada, pero ¿dónde habría terminado? ¿Dónde podría haberme escondido para que no me encontrara y me hiciera volver?

Gabriela clavó en él su mirada. Duncan sabía que tenía razón. De hecho, mientras ella hablaba, había sentido unas ganas irrefrenables de subir a su caballo y volar hasta Castilla para cortar un par de cabezas. Pero no quería que ella lo supiera. No quería que se diera cuenta de cómo le afectaba su historia, de qué ganas tenía de abrazarla y de decirle que todo estaba bien, que ya estaba a salvo. En su interior se libraba una batalla de dimensiones épicas entre la ternura que ella le inspiraba y el engaño en el que lo había mantenido todas esas semanas, a él y a todos, incluido su propio abuelo. Ese pensamiento le hizo recuperar su mal humor.

—¿Por qué no dijiste la verdad una vez que estuviste aquí, a salvo?

—Pensé en hacerlo, créeme —reconoció ella, apesadumbrada—. De hecho, era lo primero que quería decir en cuanto entré en el salón. Pero había tanta gente que decidí que lo haría después, cuando estuviera a solas con mi abuelo. Y luego él... él... ¡se puso tan contento al saber que tenía un nieto!

—¿Y después? —Duncan recordaba perfectamente aquella escena.

—Lo he intentado, varias veces —respondió ella, sin mirarle—. Pero nunca parecía un buen momento.

—¡Maldita sea, Rob! —volvió a gritarle—. ¿Hasta cuándo ibas a mantener el engaño?

—Fui a verle esta mañana para contárselo, te lo juro —respondió ella, contrita—. Pero Fergus y su madre aparecieron y me dijo que nos veríamos después. Pero, al volver, él ya se había marchado.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Apretó los dientes y reprimió las ganas

que tenía de zarandearla—. ¿Dos semanas? ¿Tres? ¿¿¿Y se puede saber, por todos los demonios, por qué elegiste precisamente hoy para contárselo???

—¡Porque ya no podía soportar por más tiempo la mentira! —le gritó ella, al borde del llanto—. Porque no quería que siguieras pensando que era un chico.

—¿Yo? —Duncan echó la cabeza hacia atrás, con los ojos muy abiertos y una expresión de genuino asombro en la cara.

—Mi abuelo —respondió ella con rapidez—. Quería decir mi abuelo.

Duncan se quedó en silencio. Sin darse cuenta, había bajado la espada, que apuntaba laxa hacia el suelo. No sabía qué pensar de las últimas palabras de aquella chica, y en ese momento prefería no pensarlo.

—Mañana te irás de aquí —le anunció.

Ella le miró, herida.

—No... no tengo ningún sitio al que ir —respondió, e intentó no derrumbarse allí mismo. Sabía que las consecuencias de sus actos serían terribles, pero no imaginaba que llegaran a tanto. ¿Aún podría reunirse con Angus en tierras de los MacNab?

—Puedes dormir en el salón, junto a los otros jóvenes.

—Oh, sí, claro que sí —respondió ella de inmediato, aliviada al comprobar que, en realidad, no la estaba expulsando del clan, como había temido tras escuchar sus palabras.

—Cuando vuelva tu abuelo decidirá qué hacer contigo —añadió Duncan, que no comprendió por qué parecía de repente tan reconfortada.

—De acuerdo.

Duncan la observó con detenimiento y la vio mover la cabeza de un lado a otro. Se llevó la mano a la nuca. Sentía los hombros tan tensos como si hubiera acarreado a su caballo durante todo el día.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó.

—No, no puedo dormir allí.

—Sí, claro que puedes —afirmó, rotundo—. Ya lo hiciste las primeras noches.

—¿Y cuánto crees que tardarán en descubrir que soy una mujer? Durante unos días no voy a poder usar las vendas que ocultan... ¡No pueden saberlo, Duncan! —Gabriela se incorporó, y apoyó su mano sobre el brazo de él, que sintió cómo la zona ardía bajo su contacto—. Nadie puede saberlo, no antes que mi abuelo.

—¿Crees que eso me importa? —Le lanzó una mirada cargada de desprecio—. Tú solita te has metido en este lío, tú solita saldrás de él.

—No lo entiendes, Duncan. —Trató de razonar con él—. ¿Aprecias a tu *laird*?

Él frunció el ceño, como si no fuese capaz de creer que ella le hubiera hecho esa pregunta, a él precisamente.

—¿Cómo crees que se sentirá cuando regrese y sea él el único de todo el clan que no sepa la verdad?

—Humillado. Traicionado. Furioso —respondió él—. Más o menos como me siento yo ahora, solo que peor.

—Oh, Dios. —Gabriela se dejó caer sobre la silla y cubrió su rostro con las manos. Ya no podía contener las lágrimas ni los sollozos. Le quemaba el ojo herido, y la comisura de la boca, y las costillas la estaban matando de dolor mientras el llanto la sacudía.

Duncan la miraba, incapaz de creer que aquel cuerpecito pudiera hacer ruidos tan extraños. Sin saber por qué, pensó en el burro que había tenido siendo niño. Cuando llegaba a casa, el animal lo saludaba desde lejos con un sonido muy parecido a aquel.

—¡No llores más! —le ordenó.

Gabriela alzó la cabeza. Todo su rostro estaba bañado en lágrimas, y lo

miraba con tal confusión y desesperación en su ojo bueno que Duncan quiso desaparecer.

—Se te abrirá la herida y tendré que volver a coserte —le informó—. ¡Vete a la cama! Mañana decidiremos qué hacer.

Duncan se dio media vuelta y volvió a su habitación. Al cerrar la puerta, se apoyó sobre la madera. Lanzó la espada sobre la cama, se llevó las manos a la cabeza y se estiró el cabello hacia atrás.

¿Qué demonios iba a hacer con aquella cría hasta que el *laird* regresara?

«No es una cría —se dijo, casi de inmediato—. Es toda una mujer.»

Pensó en la historia que le había contado, y tuvo que reconocer que valor no le faltaba. Ardía en deseos de saber cómo había transcurrido el resto del viaje. En las últimas semanas había escuchado algunos retazos, pero eso había sido cuando creía que él era un jovencito que viajaba en compañía de un guerrero veterano. No quería ni pensar en todos los peligros a los que se había visto expuesta. Porque si lo pensaba, si lo pensaba con calma, le daban ganas de volver a salir para cogerla, colocarla boca abajo sobre sus rodillas y darle una buena azotaina.

Hacía frío en la habitación, pero en ese momento le sobraba hasta la piel. Se quitó la camisa a fuerza de manotazos, y luego el tartán. Colocó la espada sobre el arcón y se tumbó desnudo sobre la cama. Contempló el techo durante largo rato mientras, al otro lado de la puerta, la escuchaba llorar. No sabía muy bien qué hacer. No quería salir a consolarla, no se lo merecía, pero algo dentro de él lo impulsaba a levantarse y a tomarla entre sus brazos. Luchó contra ese sentimiento durante lo que le parecieron decenios, hasta que el llanto acabó cesando. Soltó un suspiro de alivio. La oyó trastear por el salón y luego silencio. Seguramente se había acostado. Y sabía Dios que él también necesitaba descansar. Recordó de nuevo sus heridas, y el modo en que se habían producido. Fergus iba a tener un grave problema al día siguiente.

Resopló en la oscuridad. Necesitaba dormir un poco, aunque solo fuesen unas horas. La imagen de aquella joven, a pocos metros de él, le perturbaba. Su piel pálida y suave, sus largas pestañas, aquella boca que había deseado besar casi desde el primer día...

«¡Maldito seas, Rob!», se dijo, con el corazón acelerado.

«Gabrielle —se corrigió a sí mismo—. Se llama Gabrielle.»

Sin embargo, ese pensamiento no hizo que su pulso volviera a la normalidad.

El primer pensamiento de Duncan al despertar esa mañana fue para Gabrielle. La imaginaba durmiendo en su cama y recordó la noche en la que la contempló a placer, sin saber que bajo aquella apariencia se escondía una mujer. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Ahora que lo sabía, resultaba tan evidente que era casi un insulto a su inteligencia y a su capacidad de observación.

Se vistió de forma mecánica, con la cabeza bullendo de pensamientos que se cruzaban y entrechocaban unos con otros. Debía hablar con ella de inmediato. No, primero debía ir a ver a Fergus. ¿Y Micheal? Primero Micheal, luego Fergus, luego Gabrielle. A no ser que ella ya estuviera levantada y esperando, lo que supondría un nuevo cambio de orden. Bufó de impaciencia.

Se ciñó el tartán y abrió la puerta. El salón estaba en silencio. En la chimenea apenas quedaban un puñado de brasas y se apresuró a echar un par de troncos. El día sería frío.

Miró de refilón la cortina, que permanecía echada. «Bien —se dijo—. Aún está dormida.»

Sin ni siquiera tomar asiento, dio un par de bocados a un pedazo de pan y a un trozo de tocino. Luego se dirigió a la puerta y salió al exterior. La nieve acumulada apenas le llegaba al tobillo y había comenzado a caer una fina llovizna que no tardaría en derretirla. Aún era demasiado pronto para aquel clima aunque, en aquellas latitudes, nunca se podía estar seguro del todo.

Inspiró aire con fuerza y llenó sus pulmones de vigor y energía. Se disponía a dar el primer paso cuando vio la figura de su hijo correr por el camino.

—¡Papá, papá! —gritaba, agitando sus bracitos en el aire. El pequeño tartán ondeaba alrededor de sus cortas piernas—. ¿Has visto la nieve?

—Estoy sobre ella, Micheal.

—Eh, sí, claro. —Soltó una risita que, durante un instante, fue capaz de borrar todos los pensamientos de su cabeza—. ¿Podemos hacer alguna figura, o jugar a lanzarnos bolas heladas?

Duncan miró los ojos brillantes de su hijo y no supo cómo podía negarle algo tan simple. En cuanto llegaban los primeros copos, ambos dedicaban unas horas a jugar, hasta que las manos se les quedaban dormidas y se veían obligados a regresar a casa a tomar un buen tazón de caldo. Esa ilusión no duraba más que unos pocos días, hasta que la nieve se convertía en un impedimento para que el niño pudiera corretear a su antojo por los alrededores. Entonces no hacía más que resoplar para que volviera la primavera. Esa mañana, sin embargo, tenía asuntos importantes que iban a requerir toda su atención.

—No puedes, ¿verdad? —preguntó Micheal, que algo debía haber visto en la mirada de su padre. Cambió su peso de una pierna a la otra.

—En realidad, yo...

—¡No pasa nada! —le interrumpió el pequeño. Pasó a su lado y asió el pomo de la puerta—. Jugaré con Rob, seguro que ya está levantado.

—¡¡No!! —Duncan no había pretendido que su voz sonara tan alta, pero lo cierto es que había retumbado como un trueno. Micheal se quedó con la mano alzada y lo miró con los ojos muy abiertos—. No... no está levantado todavía. Anoche...

—¿Anoche qué? —preguntó el niño.

—Sufrió un pequeño accidente —contestó al fin. Era lo más parecido a la verdad que se le ocurría.

—¿Qué le ha pasado? —Micheal miraba a la puerta y a su padre de forma

alternativa.

—No es nada grave, no te preocupes. Se pondrá bien —lo tranquilizó—. Lo dejaremos descansar un rato.

—Vale. —Micheal bajó los hombros, decepcionado.

—Podrías jugar con Christen —le dijo—. Luego me reuniré con vosotros.

—¿De verdad?

—De verdad —le aseguró. Vio cómo su mirada se iluminaba de nuevo.

Micheal echó a correr por el camino sin ni siquiera despedirse. Mientras lo observaba alejarse, se preguntó cómo reaccionaría al descubrir que Rob no era en realidad quien decía ser. No era un niño frágil, y tenía más arrestos que muchos de los hombres que conocía, incluidos a algunos de su propio clan. Pero era solo un niño, un niño que tal vez no comprendiera el motivo por el que le habían engañado. Diablos, ni siquiera él lo comprendía del todo. Con el ánimo de nuevo sombrío, se encaminó hacia el patio de armas.

Todos los hombres se hallaban allí reunidos, incluido Fergus y sus dos amigos. Recorrió la distancia a grandes zancadas y se detuvo frente a él. Al joven no le hizo falta más que echarle un breve vistazo para comprender que lo sucedido la noche anterior iba a tener consecuencias.

Sin apenas despegar los labios, Duncan ordenó a los hombres que se tomaran la mañana de descanso y que aprovecharan para engrasar sus espadas y arreos. Fergus echó un pie hacia atrás para seguir las órdenes.

—Tú te quedas —le dijo Duncan, que no se había movido del sitio—. Y tus amigos también.

Evan y Gilfried, que flanqueaban a su amigo, empalidecieron tanto que sus rostros apenas se distinguían de la nieve que cubría el suelo. La mirada de Duncan no se había movido de las pupilas de Fergus, en las que le pareció ver algo parecido al miedo, pero había algo más, algo que no lograba identificar.

—¿Rob está bien? —Bajó los ojos.

—¿Ahora te preocupa el estado de Rob?

—¡Por supuesto que sí! —Fergus alzó la cabeza y Duncan comprendió que hablaba en serio. ¿Qué diantres le sucedía a aquel muchacho?

—Jamás me he metido en las peleas entre los jóvenes, siempre he creído que ayudan a forjar el carácter —comenzó a decir Duncan, sin apenas despegar los labios, con la mandíbula tan tensa que podrían haberse partido nueces en ella—, pero lo de anoche... —sintió la rabia que reptaba desde su estómago en cuanto la imagen del rostro de Gabrielle se materializó en su mente— lo de anoche no tiene excusa ni nombre...

—Yo no...

—¡¡Silencio!! —Los tres jóvenes dieron un salto ante el exabrupto de Duncan—. Aquí hablo yo y vosotros escucháis. ¿Me he explicado con claridad?

Los tres asintieron, Fergus algo menos amilanado que sus dos amigos.

—Que tres hombres grandes y fuertes como vosotros le den una paliza a un joven tan menudo es el acto más vil y cobarde que he visto en años...

—Pero... —comenzó a decir Fergus de nuevo, con el rostro encendido. Duncan le dio un empujón con tanta fuerza que el joven cayó sobre el suelo mojado, con una expresión de asombro que, si las circunstancias hubieran sido otras, Duncan se habría reído a carcajadas.

—He dicho que yo hablo y vosotros escucháis —siseó.

Fergus se incorporó y se sacudió los restos de nieve de la ropa. Mantuvo la mirada baja mientras Duncan se aproximaba un poco más a él, con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Cobarde y vil —repitió—. Y no solo le golpeasteis, lo dejasteis allí, bajo la nieve que estaba cayendo. ¡Podría haber muerto congelado!

—Volví —se atrevió a decir Fergus de nuevo.

—¿Qué? —Duncan reprimió el gesto del brazo, que había levantado para

volver a empujarlo.

—Sé que no me comporté —carraspeó—, no nos comportamos como auténticos guerreros. Me enfadé tanto cuando... cuando me hizo caer en medio del salón que quise darle una lección.

—Una lección que va a tardar mucho en olvidar.

—Solo quería zarandearlo un poco —reconoció Fergus, que se mordió el labio inferior, un gesto que a Duncan le hizo recordar que aún era un crío—. Pero entonces me hizo enfadar de nuevo y yo... no sé lo que pasó. Me puse tan furioso que...

Fergus tragó saliva, sin atreverse a mirar a Duncan a los ojos.

—Regresé más tarde. Pensé que igual nos habíamos excedido, y hacía mucho frío fuera. Pero ya no estaba, no estaba allí. Imaginé que había vuelto a casa.

—Sí, volvió a casa —dijo Duncan, que no podía explicarle la situación en la que había logrado llegar.

—¿Está bien?

—Las costillas magulladas, y dos cortes en la cara que tuve que coserle.

—¡Joder! —exclamó Fergus, con la barbilla temblorosa.

—Contusiones en los brazos y una muy curiosa en la espalda, que ahora debe tener el mismo color que las ciruelas maduras.

Fergus empalideció y se echó hacia atrás. Inclino el cuerpo y allí mismo, sobre la nieve ya sucia, vomitó el desayuno. Luego se limpió la boca con un puñado de nieve virgen y se la secó con la manga de su camisa.

—No sé qué me pasa cuando bebo...

—Cuando bebes, Fergus, te conviertes en un maldito inglés.

Los tres jóvenes se envararon ante el insulto, con las mejillas encendidas.

—Esto no volverá a repetirse, jamás —continuó Duncan—. Si algún día tienes un problema con Rob lo resuelves como un hombre, o hablas conmigo

mejor. Él... —«ella», pensó— nunca podría vencerte en una pelea limpia, lo sabes tan bien como yo.

Fergus asintió.

—No toleraré este tipo de comportamientos en el clan —siguió—, no son honorables. Si vuelve a repetirse, os expulsaré de estas tierras.

—¡Tú no puedes hacer eso! —exclamó Fergus.

—En este momento yo soy el jefe del clan y puedo hacer lo que considere más conveniente para él —respondió Duncan. Se inclinó y casi susurró las palabras—. Y créeme, tu tío Malcolm estaría de acuerdo conmigo.

Ninguno de los tres añadió nada más.

—Ahora limpiaréis el patio —les dijo—. Lo dejaréis tan inmaculado como el manto de la Virgen María. Luego iréis a ayudar a reparar la torre oeste. Y esta tarde —bajó aún más la voz—, los tres os enfrentaréis a mí. Ya veremos si entonces os mostráis tan valientes como anoche.

Por el rabillo del ojo vio cómo Evan tragaba saliva y cómo Gilfried se pasaba la mano por el pelo. Fergus fue el único que no se movió, aunque su pierna derecha temblaba ligeramente.

—Espero que en estos años hayáis aprendido a coser heridas —les dijo a modo de despedida, mientras se alejaba sin mirar atrás, con el corazón algo más ligero pero con un nudo en el estómago ante lo que aún le quedaba por hacer.

Aún pasó parte de la mañana con Micheal y Christen, jugando a lanzarse bolas de nieve. Incluso Wallis se unió a la batalla, haciendo frente común con los chiquillos, que lanzaban sus proyectiles a Duncan. Este lograba esquivar la mayoría de ellos, y respondía a una velocidad que los pequeños eran incapaces de seguir.

Cuando los niños se hubieron cansado de corretear y la nieve ya era poco más que un barrizal, Duncan decidió que había llegado el momento de volver a su hogar. Allí tenía algo importante que hacer, algo que no podía demorar por más tiempo. Todavía no había decidido qué iba a hacer con Gabrielle, pero algo se le ocurriría.

Supo que algo iba mal en cuanto entró y vio la cortina aún corrida. Su primer pensamiento fue que la chica se había despertado y había decidido marcharse de su cabaña, quién sabe si incluso del clan. Si eso sucedía, y a ella le pasaba algo, Malcolm le arrancaría la piel. En tres zancadas estuvo frente a la tela, que descorrió de un manotazo. Gabrielle no había huido. Su cadáver yacía inmóvil sobre las mantas, que le llegaban hasta la cintura, y había sangre por toda la almohada.

Duncan emitió un gemido ronco y cayó de rodillas.

Duncan no tuvo tiempo de enhebrar ningún pensamiento coherente. De pronto, de aquel cuerpo pálido e inerte emergió un sonido ronco. «¡Está viva! —pensó—, ¡Dios mío, está viva.» Se incorporó y la observó con atención. La herida de la barbilla había vuelto a abrirse, de ahí provenía sin duda la sangre que había manchado la almohada. No parecía grave, apenas un par de puntos. Al acercar la mano para palpar el corte, sintió el calor que emanaba de aquel cuerpo menudo. Colocó con premura el dorso de la mano sobre la frente de la muchacha. Estaba ardiendo. La joven se movió bajo su contacto y articuló una serie de sonidos ininteligibles.

Duncan pensó en la noche anterior, en el tiempo que había estado tirada sobre la nieve, herida, y lamentó no haberle rebanado el pescuezo a Fergus y a sus amigos. No podía perder tiempo. Aquella calentura podía convertir a Gabrielle en el cadáver que había creído ver unos segundos antes.

—Gabrielle —pronunció su nombre bajito, como si temiera que alguien pudiera escucharle allí, en el interior de su casa. Le gustaba el sonido de su nombre, le gustaba cómo los labios se unían para formarlo y la lengua rozaba el paladar en la última sílaba.

«Me estoy volviendo idiota», refunfuñó para sí. Se dio media vuelta y fue al arcón de la entrada. Allí buscó la caja taraceada donde guardaba todos sus remedios. En el clan, tanto hombres como mujeres sabían coser heridas y preparar brebajes para calenturas y otros males del cuerpo. Cuando uno estaba lejos no dependía más que de sí mismo, y debía estar preparado para cualquier eventualidad.

Llevó la caja al centro de la habitación, la dejó sobre la mesa y hurgó en su interior. Sí, tenía corteza de sauce, con ella prepararía una infusión que haría beber a la muchacha. Eso debería bajarle la fiebre.

Puso agua a calentar y, mientras el fuego crepitaba bajo la olla de hierro, se acercó de nuevo a Gabrielle. No podía dejarla en ese estado, con la ropa empapada y pegada al cuerpo, y con la almohada llena de sangre. En tres zancadas estuvo en su dormitorio, arrancó la manta que cubría su propia cama y la llevó fuera. Luego tomó a la chica entre sus brazos y le sorprendió lo poco que pesaba. Era un pajarito y así, desvalida, aún lo parecía más. Un extraño calor le asaltó las entrañas mientras la sostenía de ese modo. Carraspeó, tratando de volver en sí, y la depositó con delicadeza sobre la manta, en el suelo. Luego, con movimientos enérgicos, arrancó la ropa de la cama y la lanzó a un rincón. Volvió al arcón y sacó sábanas limpias. Le sobrevino un olor a brezo y lavanda que llenó sus pulmones. Wallis también se encargaba de lavarles la ropa y, de repente, Duncan se sintió un miserable. La mujer de su mejor amigo cuidaba de él y de su hijo Micheal como si fuesen una extensión de su propia familia. Y lo hacía sin quejarse y con una sonrisa. Jamás había querido aceptar ni una sola moneda por su trabajo, decía que era un honor servir al jefe de los guerreros. Se preguntó si alguna vez le había dado las gracias por todo lo que hacía por ellos, y no estuvo muy seguro de que así fuese, lo que le hizo sentir aún peor. Subsanaaría ese error y esa falta de educación en cuanto tuviese oportunidad.

Volvió a coger en brazos a la chica y la depositó sobre la cama recién hecha. Se mordió el labio inferior. No sabía muy bien cómo actuar a continuación. Puso los brazos en jarras y recorrió con la mirada aquel cuerpo menudo, aquella camisa empapada que la cubría hasta las rodillas, bajo las que asomaban unas piernas delgadas y bien torneadas. Debía quitarle aquella prenda, se dijo, una vez más. Pero sus dedos no parecían escuchar las órdenes

que marcaba su entendimiento. «Maldita sea —se dijo—, ni que fuese la primera vez que ves a una mujer desnuda.» Solo que aquella vez era distinto, lo sabía.

Subió la prenda hasta los muslos y procuró no mirarla más de lo absolutamente necesario, y bajo ella descubrió unos calzones masculinos que ocultaban sus partes más íntimas. Se dijo que eso sí que no lo tocaría. Gabrielle tendría que hacerlo ella misma en cuanto se sintiese mejor. Durante un breve instante, pensó en la posibilidad de avisar a Wallis para que le ayudase, pero desechó la idea de inmediato. Gabrielle había insistido mucho en que nadie más conociera su secreto y Duncan estaba de acuerdo, al menos en eso. Mientras no fuera absolutamente necesario, nadie más se acercaría a ella, al menos en ese estado de total indefensión.

Llenó un cuenco con agua del barril, cogió un paño limpio y se sentó junto a ella. Le quitó la camisa con cuidado y comenzó a lavarle la parte superior del cuerpo, con un nudo en la garganta y el pulso latiéndole en las sienes. Cuando estuvo limpia y refrescada, miró la herida de la barbilla con atención. La hemorragia se había detenido, seguramente hacía horas, y comenzaba a cubrirse con una fina costra. Decidió que, de momento, la dejaría así. Ya la cosería de nuevo si era preciso.

Volvió a incorporarla y le puso una camisa limpia que había encontrado en su bolsa de viaje. No había tenido que rebuscar mucho en su interior, fue la primera prenda que se encontró al abrirla. Tuvo que maniobrar hasta conseguir alzarle los brazos para que pudiera meterlos en las mangas y, cuando por fin finalizó, estaba bañado en sudor. La observó allí, aún entre sus brazos. Su mirada recorrió las largas pestañas, los pómulos altos, aquella boca que sería su perdición. Entonces ella abrió los ojos. Brillaban y parecían no verle. Gabrielle farfulló algo que él fue incapaz de entender.

Preparó la infusión y, con mucho esfuerzo, consiguió que bebiera una buena

cantidad. Luego la arropó y se encomendó a Dios. Estaba furioso con ella, con la situación en la que lo había colocado, pero si ella moría allí, bajo su techo, no solo Malcolm Montroe le arrancaría la cabeza. Él mismo querría morir con ella.

Salió solo unos minutos y fue a ver a Wallis, que se ofreció enseguida a ocuparse del muchacho, aunque Duncan la disuadió de inmediato. Le pidió que se ocupara de Micheal unos cuantos días más y la mujer aceptó encantada. Duncan, que recordó su pensamiento de hacía unas horas, se lo agradeció lo mejor que pudo, y no olvidó incluir su gratitud por todos los servicios que les había prestado hasta entonces. Cuando vio cómo las mejillas de la mujer se ruborizaban, se dio cuenta de que se había excedido. Habló unos minutos con su hijo y, tras comprobar que Fergus y sus amigos cumplían con su parte, ordenó algunos ejercicios para el resto del día. Por el rabillo del ojo pudo ver cómo los jóvenes suspiraban, aliviados al comprender que esa jornada no iban a enfrentarse a él.

Regresó a la cabaña como si el diablo le fuera mordiendo los talones, para descubrir que el estado de Gabrielle no había mejorado en absoluto. De hecho, parecía que su temperatura había aumentado. Estaba tan caliente que temió que se fuese a derretir allí mismo, sobre la cama de su hijo.

A media tarde, la fiebre no disminuía. La chica volvía a estar bañada en sudor, y Duncan volvió a lavarla, con la misma paciencia y la misma ternura que cuando se ocupaba de su hijo Micheal. La imagen de su esposa Liese se coló en sus pensamientos. La recordó tumbada también en su lecho, en el que había sido su dormitorio, y se vio a sí mismo colocando un paño húmedo sobre su frente.

Le dio a beber otra infusión y volvió a sentarse a observarla. En ese

instante, pese al cabello apelmazado pegado al cráneo, la lividez cadavérica y las marcas de su rostro, le pareció la mujer más hermosa y fascinante de cuantas había conocido. Trató de imaginarla con el cabello largo y el rostro limpio, ataviada con un vestido, sonriendo y coqueteando con los jóvenes de su edad. Gruñó ante lo que aquella imagen provocó en su interior, una oleada de rabia dirigida a figuras sin rostro a las que veía ensartadas en su propia espada. Fue entonces cuando comprendió que estaba perdiendo totalmente la cordura. Dispuesto a recuperarla, se concentró en la imagen de Rob, en cómo les había engañado a todos, en cómo se había presentado allí y contado una historia que, visto lo visto, era una larga retahíla de mentiras. ¿Le habría dicho a él la verdad? Intuía que sí, pero no podía estar seguro. ¿Quién era aquella joven en realidad? ¿Qué parte de verdad había en su extraña historia?

Gabrielle emitió un sonido ronco y su respiración se detuvo durante unos instantes. El aliento de Duncan se le congeló en la garganta hasta que la joven volvió a soltar el aire de sus pulmones. ¿Qué más podía hacer? ¿A quién podía acudir? Un fogonazo cruzó su mente.

Salió sin ponerse siquiera el tartán. La noche casi había caído y apenas se oía nada en el exterior. Se dirigió a las cuadras y ensilló su caballo, un enorme semental llamado Brave. Volvió a su hogar, envolvió el cuerpo de Gabrielle con una de las mantas y, con ella en brazos, salió de nuevo. La colocó boca abajo sobre la silla con extremo cuidado y luego montó. Una vez afianzado, la cambió de postura, y ella acabó con las piernas colgando hacia un lado y su menudo cuerpo apoyado contra su pecho. El calor que le transmitía la muchacha era suficiente para no sentir el frío cortante de la noche. Azuzó a su caballo y se pusieron en marcha.

Unos minutos después, llegaron junto al lago. Duncan desmontó con cuidado, con ella en brazos. La dejó unos instantes recostada contra una roca y se desvistió. Luego le quitó la manta y la camisa y, tomándola de nuevo, se

adentró en el agua, que estaba helada. Se quedó quieto un instante, sumergido hasta las rodillas, para habituar su cuerpo a la temperatura. Sus dientes comenzaron a castañear, pero la parte superior de su cuerpo conservaba el calor que ella le transmitía. Se internó un poco más y colocó la cabeza de la chica sobre su hombro, no quería que se ahogara en un descuido. Permaneció sin moverse durante unos minutos, hasta que le fue imposible contener los temblores de su propio cuerpo. Le pareció que la temperatura de Gabrielle había descendido, pero no podía estar seguro. Desanduvo el camino y salió del agua. La secó con su tartán y volvió a cubrirla con la camisa y con la manta.

Era noche cerrada cuando entraba de nuevo en su casa y la depositaba sobre el lecho. Sí, no cabía duda, la fiebre había disminuido. La arropó con cuidado y decidió cenar algo. No había probado bocado desde el desayuno. Sentado a la mesa, frente al lecho en el que ella descansaba, dio cuenta de un trozo de pan y un plato de guiso del día anterior, que previamente calentó sobre las brasas. Se sentía agotado, como si ese día hubiera luchado él solo contra toda una partida de ingleses.

Se dio cuenta enseguida de que la joven había comenzado a temblar. Se pasó la mano por el cabello y se preguntó si había hecho bien metiéndola en el agua helada. La respuesta inmediata fue un sí rotundo. Era esencial bajarle la temperatura. ¿Qué debía hacer ahora? «Calor —se dijo—, necesita calor.» Podía ponerle un par de mantas más encima y rezar para que su situación no empeorara.

Pero en algún momento él tenía que descansar, no podía pasarse la noche sentado en aquella silla. La solución le pareció evidente. Sin pararse a considerarla, volvió a tomarla en brazos y la condujo a su dormitorio. La metió bajo las mantas y luego se quitó la ropa y se acostó a su lado. La piel de

la joven transpiraba y temblaba tan violentamente que temió que fuese a morderse la lengua.

Sentirla allí, tan cerca de su cuerpo, medio desnuda, era una batalla contra sus instintos más primarios. A escasos centímetros, sus dedos hormigueaban por acariciar aquella piel de terciopelo. «Duncan, por Dios, contente. No eres un animal.» Tragó saliva y salvó la escasa distancia que los separaba. La incorporó suavemente y pasó su brazo por debajo del cuerpo de Gabrielle. La atrajo hacia él y la acurrucó junto a su pecho. Él le transmitiría el calor que necesitaba. Cerró los ojos y comenzó a acariciarle el cabello con suavidad, murmurando una canción en gaélico que hablaba de un guerrero que había partido en busca de su fortuna, dejando atrás a la mujer que había amado. La envolvió aún más fuerte entre sus brazos, deseando fundirse con ella, y depositó un casto beso sobre la punta de su nariz.

Diez minutos más tarde, estaba profundamente dormido.

Despertó en medio de la noche, con un frío repentino en el costado derecho, allí donde debía haber estado Gabrielle. Movié la mano bajo las mantas, tratando de localizarla. Al no hallarla, todo su cuerpo se puso en tensión. La luz de una vela casi consumida aún proporcionaba algo de luz a la estancia y lo primero que hizo fue mirar por el borde de la cama, por si se había caído al suelo. Tampoco estaba allí.

Preso del pánico, se levantó de golpe, y fue entonces cuando se dio cuenta de que la puerta de su habitación estaba abierta. Cogié la vela y, al salir, la vio. Estaba tirada en el suelo, boca abajo, con la camisa subida hasta la cintura y las calzas medio bajadas. Pese a la escasa iluminación, se dio cuenta de que la joven había manchado su ropa interior. Probablemente se había despertado con ganas de usar la bacinilla y su estado febril no le había

permitido llegar hasta ella. Le asaltó una corriente de ternura al verla en esa situación tan delicada y tan vergonzante. Mientras se agachaba para recogerla, se la imaginó despierta, alerta, desafiante y orgullosa, y se juró a sí mismo que jamás le contaría ni una palabra de ese episodio.

Una hora más tarde, volvía a caer rendido sobre la cama, con el cuerpo limpio de Gabrielle junto a él y con un pedazo de tela uniendo sus muñecas. Si volvía a despertarse, quería enterarse de inmediato. No podía arriesgarse a que la joven pasara la noche tumbada sobre el frío suelo.

Los tambores retumbaban y Duncan sentía la sangre correr por sus venas como si tratara de huir de él. Rodeado de guerreros escoceses, se preparaba para entrar en batalla. Pero los tambores no callaban, y comenzaba a ponerse nervioso. ¿Por qué no cesaba de una vez aquel ruido?

Duncan abrió los ojos, sobresaltado. La puerta. Alguien golpeaba la puerta. Echó un rápido vistazo a Gabrielle, cuyo estado no parecía haber mejorado y volvía a estar bañada en sudor. Tocó ligeramente su frente, que ardía como un infierno. Se echó el tartán por encima y salió de la habitación. En cuanto abrió la puerta comprendió que hacía rato que había amanecido. Rodrick, con el arco apoyado en el suelo y ambas manos descansando sobre su extremo, lo miró de arriba abajo con el ceño fruncido.

—¿Te has dormido? —Su boca se torció en una sonrisa burlona.

—No, me gusta pasear así por mi casa. —Duncan se pasó las manos por el pelo.

—Estamos esperando en el patio.

—Lo imagino.

—¿Y bien? —Rodrick continuaba mirándole.

—¿Y bien qué?

—¿Vas a venir?

—No.

—¿Estás enfermo? —Se inclinó ligeramente hacia él.

—¿Enfermo?

—Nunca faltas a tu deber —le respondió Rodrick—. Y menos si Malcolm Montroe está lejos del clan.

—Su... nieto —logró articular—. Rob Montroe está muy enfermo, y estoy cuidando de él.

—Eso puede hacerlo cualquiera de nuestras mujeres —respondió Rodrick—. De hecho, estoy seguro de que hay algunas jovencitas que estarían encantadas de ocuparse del chico.

—Es mi responsabilidad.

—Nosotros también.

—Es el nieto del *laird*, Rodrick —le dijo, muy serio—. Si muere mientras su abuelo está ausente, quiero poder decirle que hice cuanto estuvo en mi mano para salvarle.

—¿Tan grave está? —El rostro de su compañero mostró una preocupación genuina.

—Sí, me temo que sí. —Duncan se frotó el rostro con las manos, intentando relajar los músculos de la cara, que notaba como si fueran de piedra—. No sé cómo bajarle la fiebre.

—¿Has hablado con Fiona? —Rodrick hacía referencia a la que era considerada como la curandera del clan, una viuda ya mayor que vivía algo alejada del asentamiento principal, donde cuidaba de un pequeño huerto en el que cultivaba todo tipo de hierbas.

—Todavía no —reconoció Duncan, a su pesar. Rodrick tenía razón, era lo primero que debía haber hecho.

Sin pensarlo siquiera, salió fuera y cerró la puerta, dispuesto a ponerle

remedio de inmediato.

—Duncan.

—¿Qué?

—¿No olvidas algo?

—¿Eh? —Pareció desconcertado un segundo—. Sí, esto... ocúpate de que hoy se dediquen a tirar con el arco, necesitan mejorar.

—De acuerdo, pero no me refería a eso.

—Tengo prisa, Rodrick, luego hablamos si quieres.

—Duncan —insistió su amigo.

—¿¿Qué?! —Estaba perdiendo la paciencia y si Rodrick no se iba de inmediato iba a pagarlo con él.

—¿Eh, tranquilo! —El otro alzó la mano, con la palma en su dirección—. Solo me preguntaba si no querrías vestirte primero.

Duncan se echó un rápido vistazo. Excepto el tartán, que colgaba de su hombro, no llevaba nada más encima. Sus glúteos y parte de su masculinidad resultaban bien visibles. Rodrick soltó una carcajada en cuanto escuchó su gruñido, y se apartó ligeramente de su camino para permitirle volver a entrar. Pero Duncan, al pasar por su lado, le dio un empujón con el hombro que a punto estuvo de lanzarlo al suelo. Rodrick cerró la boca y, con una sonrisilla de satisfacción, se marchó para ocuparse de los hombres.

Dos días más cuidó Duncan de Gabrielle, esquivando incluso a su propio hijo y lavando las ropas de la muchacha a escondidas. Ni siquiera permitió que Wallis se ocupara de ello, pese a lo mucho que la mujer insistió. No lograba entender que el hombre quisiera hacerse cargo de esas tareas. A Micheal logró convencerle, alegando que no sabía si lo que tenía Rob era contagioso, y no quería arriesgarse. El niño lo comprendió sin hacer

demasiadas preguntas. Rodrick se pasaba por la mañana y por la tarde, para informarle de cómo iban las cosas. También acudieron los jóvenes Neall y Alec, un preocupado Gavin e incluso Fergus. A ninguno de ellos les dedicó más de unos minutos de su tiempo y a ninguno le permitió el acceso. Temía que, si la veían en esa situación, tan desvalida, intuyeran lo que resultaba ahora tan evidente: que era una mujer.

Los remedios de Fiona parecieron surtir efecto al segundo día, cuando la fiebre comenzó a descender, aunque Gabrielle no recuperó la consciencia. Duncan estaba agotado. Durante el día, la lavaba, le cambiaba la camisa, la ropa de cama, e incluso los calzones, y la obligaba a beber los brebajes de la curandera. Al anochecer, la volvía a llevar a su lecho, se desnudaba y se metía en la cama con ella para abrazarla e infundirle calor. Duncan se despertaba varias veces durante la noche, cada vez que ella se movía en sueños o comenzaba a hablar en su idioma. Le habría encantado saber qué decía, a pesar de que intuía que eran solo palabras sin sentido.

A la mañana del tercer día, en cuanto abrió los ojos, se encontró con aquellas pupilas negras clavadas en las suyas. Era una mirada limpia y serena, y supo que lo peor había pasado.

Ver a Duncan tumbado a su lado supuso una conmoción para Gabrielle, especialmente cuando se atrevió a levantar ligeramente las mantas y comprobó que estaba desnudo. Quiso incorporarse y abandonar de inmediato aquel lecho. Apenas pudo sacar las piernas de la cama sin que sus energías se desplomaran, y se dejó caer de nuevo.

Con la cabeza apoyada sobre el almohadón, observó el rostro de aquel hombre, su mandíbula cuadrada, ahora adornada con una barba incipiente, sus labios finos y de un tono rosado, sus pómulos altos y aquellas cejas tan bien delineadas, el cabello rubio, casi blanco, que flotaba a su alrededor como un halo. Mientras lo observaba, acudieron a ella escenas brumosas en las que lo veía llevándola en brazos e internándose en las heladas aguas del lago, dándole de beber una infusión que sabía como si toda la guarnición se hubiera lavado los pies en ella, o lavando su cuerpo con un paño húmedo. Notó sus mejillas encenderse cuando comprendió que todo aquello había pasado en realidad, aunque ella no hubiera sido del todo consciente. Y comprendió también que aquel hombre, que solo unas horas atrás había estado tan furioso con ella, se había tomado muchas molestias para cuidarla. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? ¿Cuántas horas? O peor, ¿cuántos días?

Nuevos retazos inundaron su mente, pequeños fragmentos: Duncan cantándole al oído en gaélico, una discusión en la puerta con alguien, una camisa que olía a brezo y lavanda, el suelo frío contra su mejilla... Volvió a enrojecer al darse cuenta de que él se había ocupado de todas sus necesidades,

absolutamente de todas. Jamás podría volver a mirarle a los ojos sin morir de vergüenza.

Las lágrimas anegaron sus ojos y se los frotó con rabia. ¿Por qué se sentía tan avergonzada? ¿Acaso no habría cuidado ella de él si la situación hubiese sido al revés? Sí, por supuesto que sí, se respondió a sí misma. Y lo habría hecho con la misma dedicación y la misma ternura que él le había dedicado a ella, porque resultaba evidente que había sido así. Ahora que se sentía mejor, recordaba el tacto de las manos de Duncan sobre su piel y percibía cómo la fiebre, o algo muy parecido a ella, volvía a subirle por todo el cuerpo.

Se concentró en aquel rostro perfecto y hermoso, en las diminutas arrugas que bordeaban aquellos ojos, en su piel curtida por el sol y el viento, por la nieve y la guerra. Fue en ese momento cuando Duncan abrió los párpados y ella quedó atrapada en el fondo de aquel estanque. Vio cómo se incorporaba de golpe, lo que le produjo un sobresalto que a punto estuvo de arrojarla de la cama. Duncan estiró una mano para tocar su frente, con tanta velocidad que Gabriela se retiró, como si esperara un golpe. Él frunció el ceño, pero no dijo nada. Apoyó la palma sobre su frente, mientras ella seguía con la mirada perdida en el rostro de aquel hombre magnífico. Las primeras luces del día se arremolinaban a su espalda y dibujaban unas alas luminosas tras aquel torso musculoso parcialmente cubierto de un suave vello dorado.

—Parece que la fiebre ha desaparecido —musitó él, con la mano aún apoyada sobre su frente.

Duncan se quedó en aquella postura, tratando de descifrar la mirada que veía en Gabrielle. Notaba su cuerpo tibio pegado al suyo y, aunque ella llevaba la camisa puesta, casi podía percibir el tacto de su piel. Observó sus labios resecaos y sus mejillas aún pálidas. No estaba bien del todo, era evidente, pero sus ojos estaban llenos de vida, y eso le hizo feliz, muy feliz.

Las heridas estaban casi cicatrizadas, y la inflamación del ojo había remitido. Casi volvía a ser como antes.

Le lanzó una sonrisa y se levantó de la cama con energía. Un grito ahogado de la mujer le recordó que estaba desnudo y se apresuró a cubrirse con el tartán.

—Te prepararé algo para desayunar —anunció, y se dirigió hacia la puerta—. Necesitas recuperar fuerzas.

—¿Cuánto tiempo...? —comenzó a preguntar ella, con la voz ronca.

—Tres días —contestó él, sin mirarla, con la puerta a medio abrir.

«Dios mío —se dijo Gabriela, ya sola—. ¿Llevo enferma tres días?»

Se cubrió el rostro con las manos y solo entonces fue consciente de lo cerca que había estado de reunirse con su familia. Recordaba también fragmentos de algunos de los sueños que había tenido, en los que su padre caminaba sin dificultad, su hermano Rob era tan alto como la catedral de León y el pequeño Thomas se convertía en un ratón que se pasaba el tiempo tirándole del pelo. No recordaba ninguna imagen con su madre o con Angus, pero supuso que en algún momento también habían pasado por su enfebrecida cabecita.

Duncan regresó con un plato en el que descansaban dos gruesas rebanadas de pan untadas con mantequilla y miel, un jarrillo de leche, un trozo de queso y un par de manzanas.

—¡No voy a comerme todo eso! —exclamó.

Duncan miró el plato y torció ligeramente la boca.

—Tienes que alimentarte.

—Duncan, con eso podríamos desayunar los tres.

Ese comentario le hizo recordar algo.

—¿Dónde está Micheal?

—En casa de Logan y Wallis.

—¿Aún sigue allí? —Gabriela se sintió culpable por mantener al niño

alejado de su padre.

—Sí, yo no... no quería que te viera así.

—Oh, lo siento, Duncan, lo siento tanto...

—No ha sido culpa tuya que enfermaras. ¿O sí? —Alzó una ceja y ladeó la cabeza.

—¡Pues claro que no! —Gabriela se incorporó, furiosa—. Pero ¿cómo te atreves a sugerir que...?

—Gabrielle, ¿era una broma!

Ella entornó los ojos y observó su expresión. No había nada de risueño en ella.

—Discúlpame. —Dejó el plato y el jarrillo sobre una silla que previamente había colocado junto a la cama—. Yo... no estoy muy acostumbrado a bromear.

—Excepto con Micheal.

—Excepto con Micheal, sí. Pero es... distinto.

Ella asintió, recordando todas las veces que los había visto reír o jugar juntos. Duncan no dijo nada, pero se dio la vuelta para salir de la habitación.

—¿No desayunas conmigo? —preguntó Gabriela, que odiaba la idea de que él se alejara, aunque fuese a estar en la habitación contigua.

—Eh... no... no lo había pensado. Creí que querrías estar sola.

—No quiero.

Duncan asintió sin mirarla a los ojos y se sentó sobre la cama, pegado a ella. Cogió una de las rebanadas y comenzó a comer con fruición. Era evidente que estaba hambriento y Gabriele descubrió, en cuanto dio su primer bocado, que ella también. Se tomó su rebanada entera, medio jarrillo de leche y aceptó algunos trozos de manzana que Duncan fue cortando para ella.

—Gracias —le dijo, cuando ambos hubieron terminado.

—Solo era pan con miel —dijo Duncan.

—No es por el desayuno. —Gabriela sintió que volvía a enrojecer.

—Lo sé.

Duncan no añadió nada más, recogió el plato y volvió a salir. Con el estómago lleno, Gabriela sintió cómo la somnolencia la vencía y, por más que trató de luchar contra ella, acabó encogida bajo las mantas y cerrando los ojos. Cuando Duncan regresó un rato después, estaba profundamente dormida.

A última hora de la tarde, volvió a despertarse. Sufrió cierta decepción al darse cuenta de que volvía a estar en su cama. La breve intimidad con Duncan se había terminado, y lo lamentó. De repente, añoró sentir aquel cuerpo grande y fuerte junto al suyo, refugiarse en el calor que desprendía. Se sentía algo mejor, aunque le pesaba la cabeza y notaba la garganta tan rasposa como la lengua de un gato. Vio que Duncan había dejado una silla junto a su cama con algo de comida y decidió bajar los pies al suelo y comer sentada. No había terminado de masticar el último trozo cuando la puerta se abrió y Duncan apareció en el umbral. No la miró. Se quitó la capa y la espada y recolocó su tartán antes de alzar la vista. Entonces sí la vio, su rostro se contrajo y en dos zancadas estuvo a su altura.

—Pero ¿qué crees que haces? —le preguntó, seco.

—Tenía hambre —respondió ella, contrita—. Creí que esto era para mí.

—¡Pues claro que era para ti! —Le dijo él. Colocó una mano sobre el hombro de la joven y la empujó suave pero con firmeza hacia atrás—. Pero no debes levantarte todavía. Estás muy débil.

—Estoy lo bastante bien como para sentarme. —Opuso resistencia para que él no volviera a acostarla. No quería volver a dormirse, necesitaba recuperarse.

—Todavía no.

—Duncan...

—¡Todavía no! —insistió él, que la miró con algo parecido a la furia bailando en su mirada de acero—. Has estado a punto de morir, Gabrielle.

Estaba asustado. Lo comprendió de inmediato, y eso la enterneció. Sin oponer más resistencia, se recostó y dejó que él la arropara. Temía por su vida, imaginó que, sobre todo, por lo que Malcolm Montroe pudiera decir a su regreso. Pero había algo más, lo intuía. Algo que le aceleraba la sangre y que provocó que sus mejillas se tiñesen de rubor.

—¿Vuelves a tener fiebre? —Duncan hizo amago de colocar la mano de nuevo sobre su frente, pero ella la apartó de un manotazo. Enseguida lamentó haber sido tan brusca, pero para ella resultaba tan evidente su azoramiento que temió que él también se percatase de ello.

—No, no tengo fiebre.

Ya debería saber que no existía nada a lo que Duncan no hiciera frente e, ignorando su gesto, colocó la palma sobre su piel. Estaba fría, y era algo áspera y suave al mismo tiempo. La dejó ahí unos segundos. Tenerle tan cerca y poder oler su piel le aceleraba el pulso hasta límites que jamás hubiera creído posibles. Ese hombre la atraía con una fuerza arrolladora y no sabía si sería capaz de resistirse a ella.

—Vuelves a respirar mal —le dijo él, preocupado.

«*Es por ti, pedazo de alcornoque*», pensó ella, que deseó poder decírselo en voz alta y en gaélico, para que no le cupiera duda alguna.

—Es solo porque... porque me has asustado.

—¿Yo te he asustado? —Duncan se incorporó y la miró desde arriba. Gabriela se sentía como una hormiga a punto de ser aplastada por un elefante.

—Has entrado de esa manera tan... tan... *impetuosa*. —No encontraba la palabra apropiada en gaélico y eso la llenó de frustración. Seguro que, en cualquier otro momento, no habría tenido ningún problema en utilizarla, pero la cercanía de Duncan la ponía nerviosa, muy nerviosa.

—¿Tan qué?

—Rápido... has entrado muy rápido y me has gritado y yo... nada, me he asustado. —Bajó la mirada, se sentía incapaz de profundizar en el azul de aquellos ojos.

Duncan bufó y se dio la vuelta. Fue a la alacena y trasteó un poco, seguramente buscando algo para cenar. Colocó algunas viandas y un pedazo de pan sobre la mesa y se sentó. Comenzó a comer en silencio. Gabriela le veía de perfil, tan concentrado y al mismo tiempo tan lejano.

—¿Cómo está Micheal? —preguntó ella, al fin.

—Deberías descansar —respondió, sin mirarla siquiera.

—Por favor, Duncan. Llevo durmiendo todo el día.

—Aún no estás recuperada.

—Charlar un rato no me hará ningún daño. —Odiaba tener que suplicar un poco de atención, pero sentía como si hubiera perdido un pedazo de su vida durante los días que había estado enferma, y quería, de algún modo, comenzar a recuperarlos.

—Está bien —dijo al fin. Le lanzó una breve mirada y volvió a concentrarse en su plato—. Deseando volver a casa.

—¿Y por qué no lo traes ya?

—Es un niño.

—Ya sé que es un niño.

—Los niños son curiosos.

—Duncan, te agradecería mucho que tus frases fuesen un poco más largas, de verdad —refunfuñó ella—. Odio tener que andar estirando de ellas para que me cuentes más cosas.

Vio cómo él sonreía, aunque fue un gesto tan breve que se preguntó si lo habría imaginado.

—Aún no estás recuperada del todo, y a Micheal le gusta dar vueltas a tu

alrededor. En cuanto te descuides un poco, descubrirá tu secreto. Y los niños hablan...

Gabriela lo miró, asombrada. Estaba convencida de que era la primera vez que Duncan empleaba tantas palabras seguidas juntas. Comprendió que tenía razón en cuanto a Micheal.

—Tienes razón —reconoció en voz alta—. Pero le echo de menos.

—Yo también.

—¿Le has visto hoy?

—Le veo todos los días. —La miró, extrañado por la pregunta. ¿Acaso pensaba que se había olvidado por completo de su hijo?

—Oh, sí, claro, es verdad. Olvidaba que yo... que tú... en fin, que tú puedes salir.

—Tú también podrás, en un par de días.

—¿Un par de días? —Si tenía que pasar más horas metida en aquella cama se iba a volver loca—. Creo que mañana ya podré levantarme y salir a dar un paseo.

—Ni se te ocurra.

—Pero...

—No. Si vuelves a enfermarte, te juro que te mando al castillo para que Megan Montroe se ocupe de ti.

Gabriela lo miró, atónita. Recordó la expresión de unos minutos antes y comprendió que por nada del mundo iba a consentir que a ella le pasara nada.

—Está bien —accedió al fin—. Pero podrías decirle a Micheal que viniera un rato, a hacerme compañía. Volveré a ponerme las vendas y seré Rob de nuevo.

—Está castigado.

—Oh, vaya, ¿y por qué?

—Le ha cortado el pelo a Christen.

—¿¿Qué?? —Gabriela no pudo evitar soltar una carcajada, que cesó de inmediato en cuanto Duncan la miró, tan serio que parecía esculpido en roca.

—¿Te parece gracioso? —le espetó.

Gabriela recordó la larga melena de la niña, llena de tirabuzones cayéndole por la espalda. Tenía un cabello precioso. Sí, realmente no tenía ninguna gracia.

—Lo siento —dijo—. ¿Por qué ha hecho algo semejante?

—Parece que ella se lo pidió.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Quería parecerse más a él, como si fueran hermanos o algo así.

—Pero Micheal lo lleva bastante largo, ¿no?

—Sí, pero utilizó un cuchillo poco afilado y... en fin. Ha sido un desastre.

—Oh, Dios, ¿le ha hecho daño?

—¡No! Es solo que... le ha cortado más de lo que ella quería.

—¿Cuánto más?

—¿Sabes quién es Bram?

No pudo resistirse. Gabriela estalló en risas y Duncan, muy a su pesar, la acompañó. Bram era el herrero del pueblo y llevaba la cabeza tan afeitada que podías reflejarte en su calva en un día soleado. Lo de Christen no había sido tan radical, pero poco había faltado. Después del estropicio causado por Micheal, Wallis tuvo que arreglar el cabello de la pequeña lo mejor que pudo, lo que provocó que los dos niños pasaran la mañana llorando sin consuelo.

—Será mejor que vuelvas a dormir —le dijo Duncan, una vez ambos recuperaron la compostura. Le encantaba escucharla reír, y el hambre voraz que había sentido unos minutos antes se había esfumado, como si la risa de aquella mujer fuese alimento suficiente para él. Se obligó a comer un poco más, por si acaso ella se daba cuenta de cómo le afectaba el sonido de su risa, el de su nueva voz ahora que no la impostaba, o el pensamiento de toda ella

semidesnuda bajo las mantas, con el fuego reflejándose en su oscuro cabello y arrancándole destellos rojizos.

Gabriela no dijo nada. Percibió una especie de energía entre ellos, como cuando está a punto de estallar una tormenta de rayos sobre tu cabeza y sientes cómo la piel se te eriza y el pelo se levanta como atraído por una fuerza invisible. Se recostó y cerró los ojos para darle a Duncan un poco de intimidad. Lo oyó levantarse, recoger los platos y echar un tronco al fuego.

—Buenas noches, Gabrielle —le dijo, antes de desaparecer por la puerta que daba a su dormitorio. Ella no le contestó. Sentir cómo se alejaba le daba dolor de estómago.

Unos minutos después, todo era silencio. Solo se oía el crepitar del fuego. Gabriela permanecía con los ojos abiertos, contemplando el techo. Llevaba todo el día durmiendo, se sentía incapaz de seguir haciéndolo. Le habría encantado levantarse y darse un baño, coger su espada y practicar un poco, hacer cualquier cosa que supusiera un mínimo de actividad. Sabía que nada de eso sería posible, que, en cuanto se incorporara y tratara de recuperar el ritmo de su vida, no hallaría las fuerzas necesarias. Le dolían los huesos y los músculos, y tenía el cuello rígido, seguramente debido a las muchas horas que había pasado acostada.

Trató de concentrarse en algo que mantuviera su mente ocupada. Pensó en su familia, en su huida de Toledo, en Angus, en su abuelo... Pero, en cada pensamiento, se colaba la imagen de Duncan, que dormía a escasos metros de ella, solo. Se puso de costado y reprimió un gemido de dolor al apoyarse sobre las costillas, aún sensibles. Se concentró en el fuego que ardía en la chimenea. Observar las llamas siempre le había producido sosiego, y un estado de calma que ahora la rehuía. Cerró los ojos y trató de pensar en cosas agradables y suaves, y solo se le ocurrieron dos: el largo cabello de Duncan y el cálido pecho de Duncan.

Gruñó y se dio la vuelta de nuevo. Rememoró sus entrenamientos, el modo de colocar las piernas o los brazos, y a Duncan corrigiéndola. Pensó en su abuelo, en lo que lo mantendría retenido allá en el sur, y agradeció que Duncan se hubiera quedado atrás. ¿Qué habría sido de ella de no haber sido así? Pensó en Angus, y se preguntó si Malcolm se encontraría con Fingal MacNab y si este le daría al fin noticias de él. Trató de concentrarse en el recuerdo de su padre, y se preguntó qué habría opinado él sobre Duncan.

«Oh, por favor», se dijo, cubriéndose la cara con las manos. ¿Es que no había ninguna otra cosa en el mundo en la que pudiera pensar en la que Duncan no apareciera?

Dio otra vuelta en la cama, y otra más, y luego otra, hasta que las mantas terminaron enredadas entre sus piernas. «Estoy loca», susurró, en cuanto comprendió la decisión que acababa de tomar. Procuró no hacer ruido al levantarse de la cama. Tuvo que apoyarse en la mesa hasta que la sensación de mareo remitió, pero luego se encaminó con paso seguro hacia la puerta del dormitorio. Pegó la oreja y escuchó la respiración profunda de Duncan. La abrió con cuidado y se coló en el cuarto. Luego, con igual sigilo, llegó hasta la cama, alzó las mantas, y se metió bajo ellas intentando no despertar al guerrero. Se quedó inmóvil, sin atreverse a mover ni un músculo. Duncan no parecía haberse dado cuenta de su intrusión. Poco a poco, se relajó y, unos minutos más tarde, se aproximó con cautela al cuerpo masculino, que desprendía una calidez tan agradable que se durmió al instante.

«Esto ya lo he vivido», se dijo Duncan en cuanto abrió los ojos y la vio allí, acostada junto a él, rodeada por sus propios brazos. Llevaba la camisa abierta, y uno de los cordones del cierre estaba enredado entre sus dedos. Podía apreciar la blancura de su piel e incluso el nacimiento de sus pechos, lo que le provocó un desasosiego que le hizo lanzar un suspiro. Su cuerpo respondió de inmediato a la presencia de aquella mujer tan deseable y tan cercana. Ni siquiera se había dado cuenta del momento en que se había metido en su cama. «Menudo guerrero estás hecho», se dijo y reprimió una mueca. Si ella fuese un maldito inglés, en ese momento su cabeza estaría colgando de una pica. Sabía que no era justo consigo mismo y que el hecho de que ella estuviera allí no significaba en absoluto que sus dotes hubiesen mermado. Estaba cansado y relajado ante la inexistencia de un peligro real. O al menos lo había estado hasta ese instante, porque aquella mujer era una tentación demasiado grande para él. Era hermosa, incluso en ese instante, con el cabello corto y la cara aún marcada por los puños de Fergus, pero era más que eso. Era dulce, ingenua y frágil, pero también era temeraria, impredecible, y valiente. No le dolía reconocerlo. Era valiente, tal vez la mujer más valiente que había conocido en toda su vida. Más incluso que algunos hombres. No que los escoceses, por supuesto, pero seguro que más que la mayoría de los ingleses.

Abandonó la cama de mala gana, luchando contra el deseo de meterla entre sus brazos y no dejarla salir de ellos hasta el día del Juicio Final. Acababa de vestirse cuando ella abrió los ojos y los clavó en los suyos. Dios, si seguía

mirándole así no le iba a quedar más remedio que volver a desnudarse y reunirse con ella en el lecho.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó él, con la boca tan seca que sonó casi como un graznido.

—No podía dormir —respondió ella y bajó los ojos.

—¿Y no se te ocurrió nada mejor que hacer que meterte en mi cama?

—No.

Su sinceridad le dejó sin argumentos.

—No puedes hacer eso.

—¿El qué? —preguntó con una inocencia que le pareció fingida, pero que le provocó un extraño hormigueo por debajo del ombligo.

—Meterte en mi cama.

—Pero aquí he podido dormir.

—Ya, pues no debes.

—¿Por qué?

—¿Me lo preguntas en serio?

Gabriela no respondió. Sintió las mejillas teñirse de rosa. Sabía que no estaba bien, claro que lo sabía, no era estúpida. Pero unas horas antes, le había parecido la solución más lógica y acertada. Claro que entonces había pensado que se despertaría antes que él y que volvería a su cama sin que se diera cuenta de que había estado durmiendo a su lado.

—Eres una mujer, Gabrielle —le dijo él, muy serio—. Y yo soy un hombre.

—Sí, gracias por la aclaración —musitó ella con sarcasmo.

—¿Tú sabes lo que sucede entre un hombre y una mujer? Esto... ¿cuando están juntos?

—¿Qué? —En esos momentos, el tono de sus mejillas podría haber alumbrado toda la habitación—. ¡Pues claro que sí! Pero yo no... yo no pretendía...

—Está bien, tranquilízate. —Duncan alzó las manos para impedir una perorata que le iba a provocar dolor de cabeza—. No es apropiado, Gabrielle.

La joven se limitó a asentir.

—Aún estás convaleciente y no voy a tenerlo en cuenta, pero no puede repetirse.

Gabriela volvió a asentir y vio cómo él se pasaba la mano por el pelo, como si no supiera qué más añadir. Se sentía avergonzada. Bueno, en realidad solo un poco. Dormir a su lado, siendo plenamente consciente de ello, había sido lo mejor que le había ocurrido desde que había llegado a las Highlands. Se despertó en un par de ocasiones durante la noche. En una de ellas, Duncan estaba pegado a su espalda, y rodeaba su cuerpo con los brazos, un gesto que ahora comprendía había sido totalmente involuntario. En la otra, era ella quien lo abrazaba por detrás, con su pecho pegado a la espalda masculina y maldiciendo las pulgadas de tela que separaban una piel de la otra.

Duncan salió de la habitación sin hacer más comentarios y unos minutos después lo escuchó salir de la casa, probablemente en dirección al patio de la fortaleza, donde se dedicaría a la instrucción de sus hombres. Suspiró y se dejó caer sobre la cama. De repente, ni el almohadón ni el colchón de lana le parecieron tan cómodos como cuando los había compartido con él. Con una mueca de fastidio, abandonó su refugio.

Descubrió que se sentía mucho mejor, y eso le permitió lavarse a conciencia, hacer las camas, recoger un poco y vestirse como el joven Rob, volviendo a enrollar su torso con vendas. Aún le dolían las costillas, que comenzaban a adquirir un tono verdoso, así es que no apretó mucho las tiras de tela. Comprobó que podía respirar con normalidad. Si no tenía que luchar contra un ogro ese día, sobreviviría.

Al finalizar, estaba agotada, y le temblaban las piernas. Tal vez no estaba

tan recuperada como había supuesto y rogó para que Duncan no entrara en ese momento, o se pondría hecho una furia.

Abrió la puerta de la cabaña y comprobó que, aunque hacía frío, lucía un sol tímido y agradable. Se arrebujó en su capa y se sentó en el poyete de piedra que había junto a la entrada, con la espalda apoyada contra el muro de la casita y el rostro vuelto hacia el sol. Cerró los ojos y dejó que aquella luz le bañara el rostro. La sensación era indescriptible.

—¡Hala! ¿Te has caído de un árbol?

Gabriela se sobresaltó y abrió los ojos. Frente a ella estaba Micheal, que sujetaba a Christen de la mano. Ambos la observaban atónitos.

—¿Qué? ¿De un árbol? No..., pero ¿por qué?

—Tienes la cara de colores —respondió Micheal, que observó su rostro con atención.

Gabriela había prácticamente olvidado las marcas de su rostro, que ya apenas le dolían. Como no existía ningún espejo al que tuviera acceso, ni siquiera podía imaginar el aspecto que tendría.

—Y tienes una herida casi igual que la mía —continuó Micheal—. ¡Mira!

El niño se aproximó y se levantó el pelo, para que ella pudiera ver la cicatriz que adornaba la parte superior de su ceja derecha.

—¿Has visto el árbol que hay junto a los establos?

—Sí —respondió ella, sin saber exactamente a cuál se refería.

—Me caí de él el año pasado —dijo, hinchando el pecho, como si aquella fuese una proeza.

—Le salió mucha sangre —intervino Christen, que dio también un paso al frente.

Gabriela tuvo entonces la oportunidad de observar el cabello de la niña, más corto incluso que el suyo. Lamentó que hubiese perdido su preciosa melena, pero lo cierto es que estaba igual de bonita. Sin tanto pelo alrededor,

aún destacaban más sus ojos, de un verde tan profundo como las colinas que se alzaban tras ella.

—¿Te caíste del mismo árbol? —insistió Micheal.

—Eh... no. No me caí de ningún árbol.

Lo cierto era que no había pensado en lo que iba a responder cuando le preguntaran, ni Duncan le había dado ninguna instrucción al respecto. Esperó no contradecir lo que fuera que él hubiera dicho.

—Me caí en las escaleras que dan acceso al salón —les dijo, sin mirarlos a los ojos. Temía que fueran capaces de descubrir que mentía.

—¡Pero si no hay ni diez escalones! —replicó Micheal.

—Había nevado —se justificó ella.

—Es verdad, lo había olvidado. —Micheal pareció conformarse con la explicación—. Es que la nieve se derritió tan rápido que ya no me acordaba.

—Hicimos una guerra contra Duncan —anunció Christen.

—No puedes subir las escaleras corriendo si hay nieve, Rob —le dijo Micheal, como si repitiera una frase muchas veces oída. Gabriele intuyó que su padre se la decía con frecuencia.

—Lo tendré en cuenta en la próxima ocasión —respondió, procurando no sonreír.

—¿Por eso has estado tan enfermo? —Christen era tan curiosa como Micheal, y Gabriela recordó los comentarios de Duncan de la noche anterior.

—¡Claro que no, boba! —respondió él.

—¡Micheal! —le reprendió Gabriela, sin poder evitarlo—. No llames boba a Christen.

—Pero no fue por eso, ¿a que no?

—No, no fue por eso.

—¿Y entonces por qué fue? —insistió Christen, a quien no parecía haberle afectado en absoluto el comentario despectivo de su amigo.

—Tuvo fiebres... —respondió Micheal—. Como las de mi mamá.

—Bueno, en realidad no fue lo mismo —respondió Gabriela, con un nudo en la garganta. Esperaba no haber preocupado demasiado al niño con su enfermedad—. Me quedé sin conocimiento durante un rato en la nieve y cogí frío.

—Entonces ¿no era *contigioso*?

—No, no era contagioso —respondió, corrigiéndole al mismo tiempo.

—Mi padre me dijo que no podía venir a verte, porque igual yo también enfermaba.

—Ya... es que supongo que entonces tu padre aún no sabía si era peligroso.

—Yo también me puse enferma una vez —anunció Christen—. Tenía tanto frío que los dientes me hacían ruidos raros y la garganta me dolía mucho.

—Exacto, eso mismo.

—¿Por eso hablas tan raro ahora? —inquirió Micheal mientras miraba su garganta.

Gabriela quiso que la casa se derrumbara sobre ella en ese instante y la sepultara bajo los escombros. Había olvidado completamente adoptar el tono que usaba cuando se hacía pasar por su hermano. Llevaba tantas horas sin usarlo que, simplemente, se le había olvidado. Poder hablar con Duncan sin necesidad de forzar la voz había supuesto una liberación, que ahora podía pagar muy cara.

—Supongo que sí —respondió—. Me pondré bien enseguida, ya veréis.

Los niños parecieron conformes con su explicación, y ella se alegró de que fueran tan pequeños y de que hubieran sido ellos los primeros en encontrarse con ella. Dudaba mucho de que alguien como Gavin o Wallis, por ejemplo, aceptaran de buen grado una excusa tan burda. A partir de ese momento debía recordar que volvía a ser Rob, el joven nieto de Malcolm Montroe.

Wallis acudió un rato más tarde. Sin duda, su hija Christen le habría contado que ya estaba en pie y la mujer se presentó cargada con una olla de guiso y algunas provisiones.

—Espero no molestar —le dijo, nada más llegar a su altura.

Gabriela aún estaba sentada en el mismo lugar, aunque ya había decidido volver al interior. El frío comenzaba a calar su capa y no le parecía buena idea permanecer allí más tiempo del necesario.

—Por supuesto que no —le respondió, esta vez con la voz de Rob.

—He hecho guiso de cordero y un poco de caldo —anunció la mujer, mirando los recipientes que llevaba entre los brazos.

Gabriela se puso en pie y, mientras le daba las gracias, la ayudó con los bultos. Ambas entraron en la vivienda y Wallis se ocupó de colocar las cosas en su lugar, como si aquella fuese su propia casa.

—Tendrás hambre —le dijo—. Si te sientas, te pondré un plato enseguida.

—No es necesario, de verdad, yo...

—Por favor.

La mirada de Wallis no admitía réplica, y Gabriela tomó asiento. La observó trastear, tan concentrada que, durante unos instantes, incluso pareció olvidar que ella estaba allí.

—Imagino que Duncan ya lo sabe —dijo la mujer, de espaldas a ella y removiendo el contenido del puchero que había colocado sobre las brasas.

—¿Qué? —Gabriela no sabía a qué se refería y se le congeló la sangre al intuir lo que estaba a punto de escuchar.

—No me ha dejado venir a cuidarte —continuó Wallis, todavía de espaldas—, así es que, a estas alturas, ya debe haber descubierto tu secreto.

—No sé a qué secreto te refieres —musitó Gabriela.

Entonces sí se volvió, con la cuchara de madera en la mano y una expresión en el rostro que no fue capaz de descifrar.

—No me tomes por estúpida, Rob, o como quiera que te llames.

—Yo no... ¡jamás he pensado eso de ti!

—Puede que yo no sepa manejar una espada tan bien como vosotros, ni disparar un arco con la misma destreza, pero viví con tres hermanas antes de casarme con Logan y sé cómo reconocer a una mujer —soltó de sopetón, con la mirada encendida—. No sé qué te traes entre manos, jovencita, dejo eso en manos de Duncan, pero como se te ocurra hacerle daño a él o a su hijo...

—¡Yo no quiero hacerle daño a nadie! —Los ojos se le llenaron de lágrimas. Todo se iba al traste demasiado deprisa, no se sentía con fuerzas para lidiar en tantos frentes a la vez—. Es una historia muy larga.

Wallis retiró el puchero del fuego, se limpió las manos con el paño que había anudado a su cintura y, sin añadir palabra, se sentó frente a ella. Ambas mujeres se miraron durante unos instantes, hasta que Wallis, enternecida, posó su mano cálida sobre la de Gabriela.

—Me llamo Gabrielle —dijo al fin, cuando fue capaz de tragarse el nudo de lágrimas que le oprimían la garganta.

—Bienvenida a las Highlands, Gabrielle.

«Esto tiene que ser una broma», se dijo Duncan nada más despertar. ¿Es que aquella chica se había criado en un establo? ¿No le había dejado lo bastante claro que no podía meterse en la cama de ningún hombre a no ser que fuera su marido?

Sintió el impulso de zarandearla hasta que despertara y luego echarla de su cama de malos modos, a ver si entraba en su cabezota castellana que no podía colarse en su habitación y bajo sus mantas cada vez que quisiera. Luego pensó en seducirla y en demostrarle lo que ocurría entre un hombre y una mujer cuando compartían algo tan íntimo, aunque desechó la idea de inmediato. Y no es que ella no le atrajera, de hecho, estaba resultando una tortura saberla bajo el mismo techo y no poder tocarla. Pero estaba convencido de que su *laird* separaría su cabeza del cuerpo si llegaba a enterarse. Bufó de desesperación, con tal ímpetu que la chica despertó de golpe.

—¿Se puede saber qué haces otra vez aquí? —le preguntó, sin mirarla siquiera. Se había tendido boca arriba y observaba el techo, sin saber siquiera lo que veía.

—Me desperté en mitad de la noche.

—¿Y...? —insistió él, viendo que ella callaba.

—Wallis lo sabe.

—¿Qué es lo que sabe? —Esta vez sí la miró.

—Todo.

Duncan se incorporó y se quedó sentado en la cama, mesándose los cabellos.

—¿Y se puede saber por qué diantres se lo has contado?

—Yo no hice tal cosa. Ella lo descubrió.

—¿Qué descubrió?

—Que soy una chica.

—¿Acaso te pilló... ya sabes... desnuda?

—¿Qué? ¡¡No!! Simplemente entró y me dijo que lo sabía.

—Y tú se lo confirmaste.

—¿Y qué otra cosa podía hacer?

Sí, sin duda no había mucho más que ella pudiera haber hecho, Duncan lo reconocía. Wallis era una mujer inteligente, y muy observadora. De hecho, si él hubiera dispuesto de un poco más de su capacidad de observación, también se habría dado cuenta mucho antes.

—¿Te ha dicho qué va a hacer al respecto?

—No va a hacer nada, Duncan. —Gabriela apoyó su mano sobre el brazo desnudo de Duncan, que sintió cómo su cuerpo se calentaba, desde las puntas de los dedos del pie hasta las cejas.

—¿Qué le contaste?

—Todo. Cómo hui de Toledo, cómo fue el viaje con Angus, cómo llegamos a Inglaterra y luego a Escocia, y los motivos por los que aún no había revelado mi secreto.

—Imagino que tendrá una opinión al respecto.

—Sí. —Gabriela bajó la cabeza, contrita—. Dice que estoy loca y que mi abuelo me matará por esto.

—Ya.

—¿De veras crees que lo hará? —El temor en sus ojos era tan evidente que Duncan solo sintió deseos de abrazarla y de decirle que todo iría bien, aunque no estuviera nada convencido de ello.

—No lo creo probable.

—Luego me dijo que lo que había hecho era tan valiente como estúpido, pero que no me faltaban agallas.

En eso coincidía con Wallis, pero no se lo iba a decir a Gabrielle; solo le faltaría eso para sentirse aún más orgullosa de su hazaña.

—Wallis mantendrá el secreto —aseguró Duncan.

—Lo sé. Ella misma me lo dijo.

—Pero eso no explica qué haces de nuevo en mi cama.

—Me desperté y estaba demasiado nerviosa para volver a dormirme.

Duncan la miraba con fijeza y ella bajó los ojos. Sus mejillas se tiñeron de un rosa intenso que a él le calentó de nuevo el cuerpo entero. Por Dios, si seguía despertándose con esa mujer al lado iba a sufrir algún tipo de enfermedad irreversible.

—Acostarme a tu lado... —continuó la muchacha—, me hace sentir segura.

Duncan alzó las cejas, extrañamente henchido de orgullo. Podía entender aquella sensación, sentirse completamente a salvo al lado de alguien.

—Ya, pero no puedes volver a hacerlo —le dijo, en cambio.

—Está bien.

—No, no está bien. ¡Mírame a los ojos!

Gabriela obedeció y se enfrentó a aquella mirada dura, que le quemaba la piel.

—Recuérdame cuántos años tienes.

—¿Cómo?

—Ya me has oído.

¿A qué venía esa pregunta? Duncan no sabía cómo aquellas palabras habían salido de su boca. ¿Qué importaba la edad que tuviera aquella mujer? ¿Acaso eso cambiaría algo?

—La semana pasada cumplí los veintidós —respondió ella.

—¿La semana pasada? Por Dios, no me digas que fue el mismo día que...

—No —le interrumpió ella—. El día anterior.

—Pues menuda celebración —masculló Duncan, que por un instante luchó contra sí mismo por acunarla entre sus brazos. Sacudió la cabeza para alejar aquellos pensamientos y carraspeó antes de continuar—. Ya eres una mujer, Gabrielle, y yo... en fin, yo no soy de piedra.

—Bueno, tus músculos podrían decir lo contrario —respondió ella, con una sonrisita.

—¿Sabes lo que supone para mí despertarme a tu lado? —continuó él, obviando su comentario.

Ella lo miró sin comprender y él, en un arrebato, la tomó de la mano y la condujo hasta su miembro erecto. En cuanto la piel de ella entró en contacto con la de él, la retiró de inmediato, como si le hubiera quemado.

—¿Eso... eso es por mi causa?

Tenía las mejillas tan arrojadas que podría haber encendido la chimenea con ellas, pero al mismo tiempo sus ojos brillaban de excitación y los labios, ligeramente entreabiertos, parecían invitarlo a anclar allí sus besos.

—Sí, eso es por tu causa —respondió él, con la voz estrangulada.

—¿Puedo...? —Gabriela hizo intención de volver a meter la mano bajo las mantas.

—Pero ¿es que has perdido el juicio? —bramó él. Se levantó de la cama y se quedó frente a ella, con su virilidad bien enhiesta. Los ojos de Gabriela no pudieron evitar fijarse en aquel pedazo de carne duro y rosado antes de volver a subir a sus ojos—. ¿Acaso no escuchas cuando te hablo?

Duncan cogió el tartán que había a los pies de la cama y se enrolló en él de cualquier modo.

—Por supuesto que te escucho —reconoció ella, un tanto molesta—. Solo quería... no sé, quería comprobar cómo era.

En ese instante, Duncan deseó que una partida de ingleses entrara en sus

tierras y tuviera que salir a defenderlas. No, mejor un batallón. Qué diantres, todo el ejército del maldito rey Eduardo podía venir a llamar a sus puertas y él acudiría agradecido, antes que enfrentarse a aquella criatura diabólica que se le estaba metiendo en algún rincón entre el pecho, el alma, y la entrepierna.

—Estás completamente loca —musitó él, antes de abandonar la estancia como una tromba.

Gabriela, que había permanecido apoyada sobre uno de sus antebrazos, se dejó caer sobre el lecho, presa de una excitación que le hormigueaba por todo el cuerpo. ¿Qué le estaba sucediendo? Jamás se había mostrado así de desinhibida con nadie, absolutamente con nadie. Ni siquiera se reconocía a sí misma. Es cierto que dormir junto a Duncan parecía el único remedio para conciliar el sueño, pero sabía que había algo más, un deseo mucho más profundo que la impulsaba a acercarse a él y a rodearle el cuerpo con los brazos, como si quisiera echar raíces sobre su piel. ¿Sería por culpa de la fiebre?

Duncan no regresó a la habitación. Imaginó que había sacado algunas prendas del arcón y que se había marchado sin volver a interesarse por ella, y no podía culparle. Entonces recordó las palabras de Wallis.

—¿Y qué pasa con Duncan? —le preguntó la mujer una vez dio por finalizada su historia.

—No entiendo qué quieres decir.

—Oh, claro que sí.

—No, de verdad que no lo sé.

—¿Habéis...? Ya sabes...

La cara de Gabriela debió ser respuesta suficiente, porque la mujer soltó una carcajada.

—Ya veo que no. ¿Acaso no te gusta?

De nuevo, Gabriela no supo qué decir, y Wallis volvió a reírse.

—Duncan es un hombre muy atractivo, Gabrielle —aseguró la mujer, como si ella no tuviera ojos—. Un poco serio tal vez, y demasiado estricto en ocasiones...

—Tiene muchas responsabilidades —se apresuró ella a defenderle.

—Eh, sí, no he dicho lo contrario. —Wallis la observó unos instantes, los suficientes como para que a Gabriela le picara todo el cuerpo—. Él es un hombre atractivo y tú una mujer joven durmiendo en la misma casa.

—Pero él no sabe... no sabía que yo era una mujer hasta que enfermé.

—Ya veo. ¿Y cómo has conseguido ocultárselo?

—¿Cuándo te diste cuenta tú? —preguntó la joven.

—Lo sospeché casi desde el principio. Eras demasiado hermosa para ser un chico, y tu forma de moverte es difícil de ocultar. Al verte mirar a Duncan de aquella forma estuve casi segura.

—¿De qué forma? —Las cejas de Gabriela parecieron formar un arco sobre sus ojos—. ¡Yo no miro a Duncan de ninguna forma en especial!

—Al principio, pensé que era la admiración que un pupilo sentiría por un hombre como Duncan Montroe —respondió Wallis con media sonrisa—, pero tu intensidad me pareció sospechosa.

—Oh, ¡Dios mío! —Gabriela ocultó el rostro entre sus manos—. Voy a morir de vergüenza.

Wallis soltó una carcajada y le palmeó la mano.

—Lo que no entiendo es cómo él no se ha dado cuenta.

—He tenido mucho cuidado —reconoció ella—. Duermo en la cama de Micheal y me visto detrás de las cortinas.

—Pero ahora ya lo sabe.

—Sí, ahora sí. —Gabriela tragó saliva con esfuerzo.

—No es... en fin, no es apropiado que sigas aquí.

—¿Y adónde voy a ir?

—A mi casa, por ejemplo.

—No.

—¿Por qué no? ¿Sabes lo que pensará todo el mundo cuando se descubra quién eres en realidad?

—Me da igual. —Gabriela respondió de forma despectiva. No pretendía rechazar la amable sugerencia de Wallis, pero no estaba dispuesta a dejar aquella casa por un sinfín de motivos, algunos de los cuales no se atrevía ni siquiera a calibrar.

—A tu abuelo sí le importará.

—Ya me ocuparé yo de mi abuelo.

—Gabrielle, no soy tu enemiga —le dijo Wallis con voz dulce—. Solo trato de ayudarte.

—Lo sé, lo siento —se disculpó, realmente conmovida por las palabras de aquella mujer que, de repente, se había convertido en su confidente—. Si me mudo a tu casa la gente se hará preguntas, y necesito que esto se mantenga en secreto unos días más, hasta que mi abuelo regrese.

—Pero no sabemos cuándo puede ser eso. Y, cuanto más tiempo pases en esta casa, más posibilidades hay de que ocurra algo entre los dos.

—¿Qué habría de ocurrir?

Wallis no añadió nada más, pero le dedicó una sonrisita torcida que a ella le puso el estómago del revés. En ese gesto precisamente estaba pensando mientras permanecía tumbada sobre la cama de Duncan. ¿Cuándo se habían vuelto las cosas tan complicadas?

—¿Qué tal está el chico, Duncan? —le preguntó Gavin.

—Mucho mejor —respondió con un gruñido y recordó la escena de unos minutos atrás. «Demasiado bien, para mi desgracia», reconoció internamente.

—Tal vez pase luego a hacerle una visita entonces.

—De acuerdo.

Duncan comenzó a alejarse, pero se detuvo y se dio la vuelta.

—Oye, Gavin. Quizás estaría bien que mañana retomaras la instrucción con Rob. Algo suave, que aún está convaleciente, pero para que vaya recuperando la forma.

—¿No prefieres hacerlo tú?

—No.

«Podría asesinarla en el intento», se dijo antes de dar media vuelta y dirigirse al centro del campo para impartir la instrucción a sus hombres. A esas alturas no es que la necesitaran, eran guerreros bien preparados y siempre dispuestos para la batalla, pero su deber era mantener el orden y no permitir que la pereza los dominara.

Fue un día largo, de los más largos que recordaba. No le apetecía terminar con su trabajo y regresar a su casa. Temía lo que se ocultaba en ella. Una sonrisa amarga le bailó por el rostro, lo que hizo temblar al joven que en ese momento jugaba a batirse con él. Tener miedo a regresar a tu propio hogar es más de lo que cualquier hombre debería soportar. Alargó el entrenamiento hasta que la cocinera asomó por la puerta de la fortaleza, con los brazos en jarras y una expresión en el rostro con la que ya hubiera querido contar él en el campo de batalla.

También alargó la cena más de lo necesario y animó a algunos de sus hombres a permanecer un rato más en el salón. Los que tenían familia casi nunca se quedaban a cenar o, en caso de hacerlo, venían acompañados de sus esposas e hijos. «Tengo un hijo», se dijo Duncan, de repente. No es que hubiera olvidado la existencia de Micheal, nada más lejos de la realidad. De hecho, esa misma mañana habían pasado un rato juntos. Fue descubrir la importancia repentina de ese hecho lo que le puso de buen humor. Sin esperar

la llegada del nuevo barril de cerveza que acababa de pedir, salió del salón con paso resuelto y caminó con brío hasta la casa de Wallis. Al llegar, vio que las luces estaban apagadas y se preguntó qué hora sería.

Golpeó la puerta con los nudillos, primero con suavidad y luego con más fuerza. Finalmente, una vela se encendió en el interior de la vivienda y una somnolienta Wallis le abrió la puerta.

—¿Duncan? —preguntó ella, perpleja—. ¿Qué haces aquí?

—Vengo a buscar a Micheal.

—¿Ahora?

—Sí, el niño debe estar conmigo.

—De acuerdo, Duncan, pero ¿tiene que ser precisamente ahora?

—Sí.

—Está dormido.

—Lo cogeré en brazos y me lo llevaré. Ni siquiera se despertará.

Duncan hizo el ademán de querer atravesar la puerta y Wallis le puso la mano en el pecho, con una firmeza totalmente inesperada.

—Ni se te ocurra.

—Wallis, no discutas conmigo.

—Mañana estará allí.

—Ahora.

—Mañana.

—¡Maldita sea, Wallis! ¡Lo necesito ahora!

Supo que había metido la pata en cuanto pronunció las últimas palabras. Demasiada cerveza esa noche. Duncan volvió a ser un niño al que su madre reñía cuando hacía alguna travesura.

—Así es que se trata de eso —musitó la mujer—. Debería darte vergüenza, Duncan. Si no quieres que «Rob» esté allí —enfaticó el nombre— échale de tu casa, o vete tú a dormir a otro sitio. Pero no consentiré que despiertes a

Micheal para usarlo como escudo en lo que sea que esté sucediendo bajo tu techo.

—¡No está sucediendo nada bajo mi techo, mujer! —replicó él, malhumorado.

—A mí no me grites, Duncan. ¡Ni te atrevas!

Duncan hundió los hombros y se pasó una mano por el pelo.

—Lo siento, Wallis. Es que... me estoy volviendo loco.

—Lo imagino. —Wallis lo miró con ternura. En todos los años que hacía que lo conocía, jamás lo había visto tan abatido ni tan perdido. Ni siquiera cuando murió Liese, su mujer—. Y esta noche has bebido demasiado.

—Sí, puede ser. —Duncan se frotó el rostro con las manos.

—Tal vez sería mejor que durmieras en el salón, con tus hombres.

—¡¡Sí!! Eso es, mis hombres necesitan que, de vez en cuando, comparta con ellos algo más que la instrucción, ¿verdad?

—Seguro que sí.

—Cierto, cierto. —Duncan asentía con la cabeza, como si pretendiera convencerse de «su» decisión.

—Buenas noches entonces, Duncan.

—Eh, sí, buenas noches, Wallis. Y disculpa todo lo que...

No puedo terminar la frase. Wallis cerró la puerta con suavidad y lo dejó allí plantado, con cara de idiota y la sangre bulléndole hasta la cima de las orejas.

—Creo que el chico vuelve a tener fiebre —le dijo Gavin a Duncan.

—¿Qué? —El guerrero se levantó de un salto y dejó caer la espada que, un momento antes, estaba afilando.

—Hemos salido un rato, pero ha querido volver enseguida.

A Duncan se le secó la boca. Se obligó a permanecer sereno mientras todo su ser le pedía echar a correr y no parar hasta comprobar que ella estaba bien. Envainó su espada y se alejó, caminando como quien no tiene prisa, pero con la mandíbula tan tensa que le rechinaban los dientes. Cuando comprobó que la puerta de su casa ofrecía cierta resistencia, se asustó. ¿Y si se había desmayado nada más entrar? ¿Y si volvía a enfermarse y, en esta ocasión, no lograba salvarla? De repente, el mal humor que había empleado con ella el día anterior le pareció mezquino.

Estaba en el suelo, como había sospechado, pero no había perdido la consciencia. Tenía mal aspecto, en eso le daba la razón a Gavin, pero estaba despierta y estaba llorando. Cerró de un portazo y se acuclilló a su lado. No tuvo tiempo de emitir sonido alguno. En cuanto ella le vio aproximarse, le echó los brazos al cuello. Todo su cuerpo temblaba violentamente.

—Me has dejado —repetía ella entre sollozos—, me has dejado sola.

—Sssh, cálmate, Gabrielle. —Pasaba su mano sobre el cabello corto y suave, sin saber qué más decirle.

—No sé cómo dormir —continuaba ella, con el rostro pegado a su pecho. Apenas era capaz de distinguir sus palabras. «No has venido a dormir», interpretó. De repente, su decisión de la noche anterior, que tan apropiada le

había parecido en su momento, le pesó. Y no porque hubiera dormido poco y mal, sino porque la había dejado sola. ¿Y si se hubiera despertado enferma durante la noche y él no hubiera estado allí? ¿Cómo habría podido vivir con eso?

—¿Puedes levantarte?

Gabriela no respondió, se limitó a asentir con la cabeza. Él trató de separarse un poco, pero ella se lo impidió. Se dio cuenta de que lo usaba como punto de apoyo para incorporarse, lo que le demostró que en realidad no estaba tan bien como pretendía hacerle creer. La cogió en brazos y volvió a maravillarse con su ligereza. Se dirigió hacia la pequeña cama que había tras las cortinas pero, a medio camino, cambió de idea y tomó rumbo al dormitorio. Allí la tumbó sobre su propia cama y se acostó a su lado. Ella se acurrucó en su pecho y él continuó acariciándole el pelo hasta que se calmó.

«¿Qué voy a hacer contigo, Gabrielle?», se dijo un instante después, cuando comprendió que se había dormido.

De nuevo, Gabrielle estaba en su cama.

Gabriela abrió los ojos y se sintió mortificada por su muestra de debilidad de un rato antes. Sin embargo, encontrarse allí, con la mejilla apoyada en el pecho de Duncan y con sus brazos rodeándola, disipó de inmediato aquella sensación. También él se había dormido, y se preguntó dónde habría pasado la noche. No debió ser un sitio muy cómodo, dado que había caído rendido junto a ella. Ese pensamiento la hizo feliz de una forma mezquina que se recriminó enseguida. Aunque, en su fuero interno, se congratulaba de que él no hubiera pasado una noche mucho mejor que la suya.

Duncan pareció percibir el remolino de sus pensamientos, porque en ese momento también abrió los ojos.

—¡Maldita sea! —Se incorporó de un salto—. ¡Me he dormido!

—Debías estar muy cansado. —Gabriela se sentó y le observó con atención.

—Cansado o no, jamás había hecho algo semejante.

—¿De verdad? De donde yo vengo, dormir un rato después de comer es casi una obligación social. Lo llamamos *siesta*.

—Pero nosotros aún no hemos comido —le recordó él—. ¿Y dormís durante el día? —Duncan la miró, convencido de que le estaba gastando una broma.

—Solo un rato.

—¿Y todos los castellanos sois así de... holgazanes?

—¿Holgazanes? —Gabriela se enderezó, como si la hubieran golpeado con un látigo—. ¡¡No somos holgazanes!!

—Dormís durante el día.

—¡Pero eso no significa que no trabajemos el resto de la jornada!

—¿Y por la noche qué hacéis?

—Pues dormir, ¿qué otra cosa vamos a hacer?

—Es decir, dormís durante el día y también por la noche.

—Duncan, durante el día solo descansamos un rato después de comer. No sé, tal vez una hora. —Mientras trataba de explicárselo, era consciente de lo extrañas que podían sonar para un extranjero algunas de sus costumbres—. Cenamos más tarde que aquí, y también nos vamos a la cama más tarde.

—Ya veo.

—Nuestras comidas son más copiosas y la *siesta* nos ayuda a afrontar la tarde con más vigor.

—¿Y por qué no coméis menos?

—Eh... pues no lo sé —respondió Gabriela, que no sabía cómo argumentar una costumbre tan enraizada en su tierra—. Además, durante el verano, es

imposible salir a la calle a esas horas, el calor es insoportable. Y más al sur, aún es peor.

—Así es que os escondéis del calor en vuestras casas y dormís.

—Sí, más o menos.

Duncan soltó un bufido despectivo y comenzó a recolocarse el tartán. A Gabriela le habría encantado ser una persona más inteligente y con un uso más apropiado de la dialéctica para defender su postura, porque el desprecio de Duncan le quemaba.

—¿Qué opinaba tu padre de esa *siesta*? —le preguntó él entonces, visiblemente interesado.

—Le parecía una costumbre maravillosa —reconoció ella, aunque en el fondo sabía que Keilan Montroe casi nunca dormía durante ese espacio de tiempo, que solía dedicar a leer o a repasar las cuentas de la propiedad y de las tierras que había heredado su madre. Sin embargo, siempre había respetado la costumbre, y jamás se le habría ocurrido acudir de visita durante esas horas, ni molestar al personal de la casa.

Duncan entrecerró los ojos y la observó durante unos segundos, como si no creyera en sus últimas palabras. Gabrielle decidió no añadir nada más, por si acaso.

—¿Traerás hoy a Micheal? —le preguntó ella entonces.

—Sí, más tarde.

Gabriela sonrió, feliz por volver a tener al niño cerca, aunque también con algo de tristeza, porque era consciente de que entonces volvería a ser Rob y dejaría de compartir esos momentos únicos con aquel hombre.

Duncan le prohibió volver a salir y le ordenó descansar el resto de la tarde y Gabriela tuvo que morderse la lengua para no replicar. Lo cierto es que se sentía bastante débil, pero jamás lo reconocería ante él. No quería que la mirara con compasión, bastante lo había hecho ya.

—¿Cómo que no quieres venir a casa, Micheal? —Duncan estaba acuclillado frente a su hijo, al que había ido a buscar antes de la cena. Había encontrado a los dos niños con un cachorro de gato, que se pasaban el uno al otro mientras lo colmaban de caricias. El animalillo apenas tenía los ojos abiertos y le daban de mamar con un trozo de tela empapado en leche de cabra.

—Es que no quiero separarme de él.

—Puedes traerlo contigo.

—Pero es de Christen, ella lo encontró.

—Entonces vendrás a verlo mañana.

—No, papá —repuso él, con lágrimas en los ojos—. ¿Y si se muere esta noche? Está muy débil.

Duncan observó al animal, hecho un pequeño ovillo entre las manos de Micheal. Durante un momento, pensó en Gabrielle, que no hacía mucho había estado tan desvalida como esa pobre criatura.

—Micheal, a lo mejor no podéis salvarlo.

—Pero es el único que ha sobrevivido, papá. —Las lágrimas brillaban ya en los ojos de su hijo, y a Duncan se le estrujó algo en el pecho—. A su madre y a sus hermanos los ha matado un lobo.

Un rato antes ya había escuchado la historia de cómo habían encontrado al pequeño medio oculto entre la maleza, donde seguramente lo había escondido la madre. A su alrededor, había huellas de lobo y restos de sangre, y los niños dedujeron lo ocurrido.

—Tengo que quedarme con él, papá —le aseguró Micheal—. Y tampoco quiero dejar sola a Christen, por si acaso.

—Pero Christen tiene a su madre.

—¡Y a mí!

—Sí, cierto, y a ti —claudicó Duncan. Era consciente de lo muy unidos que

estaban los dos niños.

—Lo cuidaremos entre los dos y se pondrá bien, seguro.

La confianza de Micheal era enternecedora y, aunque Duncan sabía que había pocas probabilidades, no quería ser quien la destruyera. Internamente, rezó para que aquel gatito lograra sobrevivir y que no fuera un nombre más en la lista de pérdidas de su hijo.

—¿Cómo vais a llamarle? —le preguntó entonces, acariciando la suave pelambre del animal. Era tan diminuto que podría haber cerrado el puño con él dentro.

—Liese, vamos a llamarle Liese.

Duncan asintió, se incorporó y acarició el pelo de su hijo.

En ese momento, no fue capaz de encontrar ninguna palabra entre su garganta y su boca.

Sus planes no habían salido según lo previsto, se dijo Duncan cuando, un rato después de dejar a su hijo, se dirigía de nuevo a casa. Debía reconocer que tenía sentimientos contradictorios. Por un lado, temía volver a encontrarse con ella. Por el otro, ansiaba volver a tropezarse con sus ojos oscuros y con aquella piel de terciopelo, con el sonido de su voz y con sus pequeñas manos, que movía sin cesar al hablar, especialmente si estaba emocionada. No le pesaba reconocer que, desde que sabía que bajo aquellas ropas masculinas se escondía una mujer, su alma había hallado cierta paz, aunque estuviese rodeada de vientos de guerra. Esos vientos se convirtieron en huracanes en cuanto entró en su casa y la vio inclinada sobre un perol situado sobre el fuego. Desde esa posición, podía apreciar el contorno de sus caderas, sus largas piernas enfundadas en las calzas, y la estrechez de su cintura. «Ya la has visto desnuda, Duncan», se dijo a sí mismo, intentando tranquilizar su pulso. Pero aquel recuerdo, lejos de despertar su lujuria, solo le producía un sentimiento de ternura y protección. La imagen que tenía ahora frente a sí, con

una Gabrielle consciente y despierta, era mucho más provocativa, a pesar de estar vestida.

Cuando ella se volvió, con la cuchara de madera en la mano, las mejillas encendidas por el fuego y el pelo alborotado, con sus mechones oscuros apuntando en todas direcciones, le pareció lo más bonito que había visto durante el día. Durante la semana, rectificó. «Maldita sea —se dijo—, durante todo el puto año.»

—¿No viene Micheal contigo? —preguntó entonces ella y se inclinó hacia la derecha para tratar de ver si el niño estaba tras él. Su gesto al no verlo fue una mezcla de desilusión y de alivio.

—Durante toda mi vida, más bien —musitó él, hundiendo los hombros.

—¿Durante toda tu vida qué, Duncan? —inquirió ella, con las cejas alzadas.

—Tienes buen oído.

—Excelente diría yo —sonrió apenas, lo suficiente como para que a él le diera un vuelco el alma.

Duncan carraspeó. Se volvió para quitarse el tartán y la espada, mientras ella volvía a trastear en el fuego. Solo entonces fue consciente de que olía bien, muy bien de hecho. El estómago le rugió con furia.

—¿Has hecho la cena? —preguntó, acercándose.

—Un guiso de perdiz —dijo ella—. Es una receta de mi tierra, aunque he tenido que modificarla un poco.

—¿Y de dónde has sacado la perdiz?

—Las zanahorias son distintas aquí, y también las cebollas, pero...

—Gabrielle...

—Salí un momento y la cacé.

—¿Saliste... un momento? —A Duncan le palpitaba una vena que tenía en el cuello, por la que Gabriela había aprendido a reconocer su estado de ánimo.

En ese momento, a juzgar por el ritmo al que se movía, no estaba precisamente contento.

—Neall y Alec pasaron por aquí, ya sabes, para ver cómo estaba, y hablamos sobre su instrucción con el arco. ¿Te he dicho ya que me han pedido que les enseñe a tirar?

—¿Estás tratando de confundirme?

—¡Por supuesto que no! —respondió ella pero, por el modo en que volvió la atención hacia el guiso, Duncan supo que era exactamente eso lo que había hecho: tratar de desviar su atención.

—Neall y Alec estuvieron aquí y...

—Y nada, Duncan, salimos un momento fuera, para hacerles una pequeña demostración. Entonces apareció la perdiz y yo aproveché para disparar una flecha.

—Es decir, saliste fuera y, por el camino, como quien da un alegre paseo, venía una perdiz oronda y jugosa para tu guiso.

—Bueno, no exactamente por el camino, claro.

—¿Dónde entonces?

—¿No te parece que huele deliciosamente?

—Y seguro que sabe mucho mejor. ¿Dónde, Gabrielle?

—En el bosquecillo que hay al final de la colina —reconoció ella al fin.

—Hablas el gaélico perfectamente, incluso sin acento.

—Eh... sí.

—Y también lo entiendes cuando te hablan.

—Pues claro, pero ¿qué tiene eso que ver con...?

—¿¿Podrías decirme entonces por qué no me escuchas??

—¡Pero si yo sí...!

—No, no me escuchas —la interrumpió él, alzando la voz—. ¡Te pedí que te quedaras a descansar! Aún no estás recuperada y...

—¡Ya basta! —entonces fue ella la que le interrumpió, y él se quedó tan sorprendido que fue incapaz de reaccionar—. Ya no estoy enferma, Duncan, deja de tratarme como si fuese una pieza valiosa y frágil que pudiera romperse en cualquier momento.

—Pero es que lo eres, Gabrielle, ¡eres la maldita nieta de Malcolm Montroe!

—Ese es el problema, ¿verdad? —La actitud de ella cambió totalmente con esa frase. Ahora parecía vulnerable, con los labios temblorosos, los hombros hundidos y una mirada que Duncan no supo descifrar.

—¿Eh? ¿Qué problema? ¿De qué estás hablando?

—Nada, olvídalo —dijo ella y se volvió de nuevo hacia el fuego.

Duncan la tomó del brazo y volvió a encararla. Apenas cabía un suspiro entre sus cuerpos.

De repente, Duncan olvidó lo que iba a decirle, y Gabriela no fue capaz de recordar por qué estaban discutiendo. Los ojos de ella brillaban, los de él reflejaban el resplandor del fuego, un mar de lava en el que ella deseó hundirse para siempre.

Entonces él se inclinó y, a unas pulgadas de su boca, se detuvo. Clavó en ella su mirada y solo pudo ver la misma pasión en ella que la que sentía en su propio pecho. Finalizó el recorrido y posó sus labios sobre los de Gabrielle. «Mi Gabrielle», se dijo, justo cuando sus bocas se tocaron.

Dulces, así eran los labios de Gabrielle, justo como él los había soñado mil veces ya. Tiernos, maleables, jugosos... Se entreabrieron para él, para dejar que su lengua invadiera aquella deliciosa cavidad, y entonces también pensó que eran la puerta a su infierno particular.

El cuerpo de la joven se había pegado tanto al suyo que casi sentía que le había traspasado la piel. Temblaba de deseo y, desde el fondo de su garganta, brotaba un largo y suave gemido que lo enardecía aún más. La rodeó con los brazos y bajó una mano hasta el nacimiento de sus nalgas, allí donde la espalda formaba aquella deliciosa curva que ahora lo tenía loco.

Ni en un millar de años habría imaginado Gabriela que Duncan iba a besarla esa noche, o cualquier otra noche de hecho. Ni siquiera después de comprobar cómo el cuerpo de ese hombre reaccionaba al suyo la había preparado para un momento así. Cuando sintió aquella boca contra la suya, pareció que un rayo la atravesaba, y cuando aquellos labios pugnaron por abrir los suyos, y sus lenguas se encontraron, supo que había llegado al Paraíso. Después, ya no fue capaz de pensar en nada más, porque la boca y las manos de Duncan la recorrían como si le estuviera apagando las llamas de la piel. Le rodeó el cuello con los brazos y quiso, no supo qué, solo que necesitaba sentirle más cerca, si eso era posible.

Duncan se separó unos milímetros y volvió a mirarla. Los ojos, muy abiertos, brillaban de emoción, y su boca, hinchada y enrojecida por sus besos, reclamaba de nuevo su atención. Volvió a hundirse en ella pero, esta vez, la sujetó con un brazo por la cintura y con el otro por las nalgas, para

auparla hasta que quedó encajada en sus caderas. Ella, como si lo hubiera hecho toda la vida, las rodeó con sus piernas y él necesitó apoyarse sobre la mesa para no caerse, tal era la fuerza de su deseo. Con la ayuda de sus manos, le hacía sentir la fuerza de su erección a través de la ropa, y ella acompañaba el movimiento con auténtico fervor, gimiendo cada vez más fuerte, hasta que estuvo convencido de que Gabrielle alcanzaría el orgasmo allí mismo, de pie y vestidos, frente a un puchero cuyo aroma había olvidado por completo.

La miró un segundo, solo para saborear aquel delicioso instante, y fue entonces cuando se perdió. Fue justo en ese momento cuando la realidad decidió volver a él y se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Se retiró ligeramente y ella percibió la distancia que trataba de volver a poner entre ellos.

—No, Duncan —susurró ella, casi al borde del desmayo.

—No podemos, Gabrielle —dijo él, sin aliento, mientras volvía a colocarla en el suelo.

Gabriela se tambaleó y Duncan la mantuvo sujeta por los brazos. La joven apoyó la frente en su pecho y trató de recuperar la respiración.

—¿Por... qué?

—No está bien.

—Yo te importo, lo sé —dijo ella, con un hilo de voz.

—Pues claro que sí.

—Y tú me importas a mí.

—Lo sé.

—No puede estar mal entonces. —La joven alzó el rostro y él se quedó sin voz, sin vida. Dios, ¡era tan hermosa!

—Eres la nieta del *laird*, Gabrielle. No puedo tomarte sin su aprobación.

—¿Es más importante la aprobación de mi abuelo que la mía?

—¡Yo no he dicho eso!

Gabriela se apartó de él, herida.

—¿Quieres decir que, para llevarme al lecho, necesitas el permiso de tu *laird*?

—No eres una cualquiera.

—¡Maldita sea! Te juro que en este momento me gustaría serlo.

—No, no te gustaría —repuso él, con rabia. ¿Es que no se daba cuenta de que las cosas no eran tan fáciles? ¿De que, aunque muriera por el deseo de tocarla, su sentido del honor estaba por encima de cualquier cosa, incluso de ella?

—Soy una mujer adulta, Duncan.

—Me consta, créeme.

—Yo tomo mis propias decisiones.

—No.

—En lo que se refiere a mi cuerpo, sí.

—Sabes que las cosas no funcionan así.

—Yo... no había previsto esto, pero... pero cuando me has besado, he sabido que quería continuar, hasta el final.

—El final solo deberías entregárselo al hombre que será tu esposo, Gabrielle.

—Pues, como parece que ese no vas a ser tú, será mejor que lo olvidemos —repuso ella. Retrocedió un paso y se arregló la ropa, sin atreverse a mirarlo.

Duncan no la contradijo, ni siquiera puso objeción, y eso la entristeció. En ningún momento ella había llegado tan lejos en sus pensamientos con él pero, por primera vez en su vida, la idea del matrimonio no le provocaba náuseas. De hecho, sabía que podía ser una excelente esposa para Duncan. Se dio la vuelta para esconder sus lágrimas y removi6 el guiso que con tanto cari6o hab6a preparado esa tarde. Pens6 que no ser6a capaz de probar ni un bocado.

Duncan la observ6, sin saber qu6 decir. Sab6a que su silencio la hab6a

herido de algún modo. ¿Acaso ella había albergado la idea de que él pudiera convertirse en su marido? ¿En el único hombre que tendría derecho a tocarla siempre y para siempre? Calibró la idea unos segundos, los suficientes como para darse cuenta de que no le desagradaba. De hecho, podría ser una bendición. Era hermosa y decidida, cariñosa y trabajadora, y cocinaba muy bien. Sería una perfecta madre para Micheal y una buena esposa para él, que le mantendría la cama caliente en las largas noches de invierno. Y era la nieta de un *laird*, lo que, para un hombre con más ambición que él, sería un buen aliciente. Pero él no era así. De hecho, ese sería el principal obstáculo. Estaba convencido de que el abuelo la perdonaría antes o después, tras haber hecho frente a la furia que le invadiría en primer lugar. Y en cuanto Malcolm aceptara que Rob era Gabrielle, no tardaría en concertar un enlace provechoso con algún otro clan. Ella era demasiado valiosa para ser la esposa de un simple guerrero, por muy bueno que este fuera. Y él debía su lealtad a su *laird*.

Además, ni siquiera estaba enamorado de ella, se dijo, mientras la veía poner la mesa en silencio, sin mirarlo a los ojos. Solo que, al acabar de elaborar el pensamiento, sintió un extraño vacío en el estómago que, intuyó, solo podía atribuirse al hambre.

Cenaron en silencio, como si ignorarse mutuamente se hubiera convertido en su nueva prioridad. Gabriela apenas fue capaz de probar bocado, aunque el resultado final de la receta era más que satisfactorio. Vio comer a Duncan con fruición, pero este apenas despegó la vista del plato. Luego la ayudó a recoger la mesa y le dio las buenas noches antes de desaparecer tras la puerta de su habitación.

Gabriela tardó mucho en conciliar el sueño, pero se resistió a levantarse y meterse de nuevo en la cama de Duncan. Sentía una tristeza tan profunda que le dolían todos los músculos del cuerpo. Con un nudo en la garganta, logró dormirse al fin.

A Duncan también le costó trabajo dormirse pero, finalmente, el cansancio pudo con él. Por la mañana, al despertar, sintió una ligera decepción al comprobar que su cama estaba vacía. Pese a lo mucho que había insistido en que Gabrielle no se acostara junto a él, verla al abrir los ojos le había calentado el corazón las últimas mañanas. No se arrepentía, sin embargo, de haber dejado las cosas claras la noche anterior. Era lo mejor para ambos, y ella no tardaría en comprenderlo también.

Mientras se vestía, por el contrario, todos sus argumentos le sabían a ceniza.

Megan Montroe desayunaba en su habitación con su hijo Fergus, a quien había pedido que la acompañara. Hacía días que no hablaban con calma, como si él la evitara después de haberle confesado lo que había sucedido con Rob. Ella se había enfadado tanto con él por su mala cabeza que el joven había terminado abandonando su cuarto de forma abrupta. Ya habían transcurrido algunos días, y él había aceptado su invitación para el desayuno.

—¿Sabes algo de Rob? —le preguntó entonces.

—Parece que ya está fuera de peligro.

—Menos mal. No quiero ni pensar lo que habría hecho contigo Malcolm Montroe al volver.

—Sí, ya me lo dijisteis el otro día —masculló él.

—Lamento insistir, hijo. —Megan adoptó un tono meloso, no pretendía envarar de nuevo a su vástago—. No es así como han de hacerse las cosas.

—Ya lo sé.

—Y, si se hacen, uno tiene que asegurarse un final definitivo y sin testigos.

Fergus alzó la vista de su plato y la escrutó con los ojos muy abiertos, como si quisiera asegurarse de que su madre hablaba en serio.

—No estoy diciendo que debas hacer algo así —repuso ella de inmediato—, a menos que sea absolutamente necesario. Y creo que aún no hemos alcanzado ese punto.

—Fue una mala decisión por mi parte, me dejé llevar por la rabia.

—Un buen guerrero nunca se deja llevar por sus sentimientos, Fergus.

—Lo sé.

—Tu padre te lo llegó a comentar... ni sé cuántas veces.

—Sí, madre.

—Duncan no ha hecho ninguna mención al tema. —Megan cogió su jarra llena de leche y la mantuvo en alto, como si calibrara los motivos por los que el jefe de los guerreros guardaba silencio. Y ninguno le satisfacía.

—Seguro que espera poder comentarlo con el *laird* a solas.

—Es posible —reconoció ella—. Aunque también lo es que lo considere solo una riña entre jóvenes y lo olvide. Eso sería lo mejor.

Fergus no añadió nada y volvió a concentrarse en sus gachas. El maldito asunto se alargaba ya demasiado. Tenía ganas de olvidarlo todo y continuar con su vida. Estaba convencido de que aquel chiquillo no iba a interponerse en su camino, y él iba a hacer todo lo posible para no cruzarse tampoco en el de él.

—Debes disculparte con Rob.

—¿Qué? —La cuchara se detuvo a medio camino de su boca.

—Ya me has oído. Si esto llega a oídos de Malcolm, quiero que piense que solo se trata de una sana rivalidad entre sus muchachos.

—Pero...

—Y Duncan debe estar presente.

Fergus estrelló la cuchara contra su plato y provocó una lluvia de gachas. Su madre ni se inmutó, continuó hablando como si tal cosa, sin darse cuenta de que algunos grumos se habían quedado adheridos a su cabello, rigurosamente

peinado hacia atrás y aún no cubierto con la toca habitual. Fergus no podía apartar la mirada de aquellos grumos mientras ella finalizaba su explicación.

—Si algún día te conviertes en *laird*, es esencial que tengas a Duncan de tu lado, y debes demostrarle que eres tan honorable como cualquier Montroe.

—Cuando me convierta en jefe del clan, Duncan dejará de ocupar ese puesto.

—Oh, seguro que sí —apostilló la mujer, con un tono cargado de cinismo—. Y seguro que has pensado en el inútil de tu amigo Evan para el puesto.

Fergus se apresuró a intervenir, pero Megan Montroe alzó su rolliza mano en el aire y prefirió cerrar la boca.

—Si no tienes a Duncan de tu lado, jamás serás *laird* del clan Montroe. Él podría liderar a los guerreros en tu contra.

—Jamás se atrevería...

—Hijo mío, no tienes un ejército que te respalde. Al menos aún no. Aunque Malcolm te designe como su sucesor, ya sabes cómo funciona el clan.

—Sí, el Consejo debe aceptarme —repuso él, como quien recita una lección—. Pero el Consejo apenas se reúne, no tiene ningún poder.

—No te dejes engañar por las apariencias, Fergus. Malcolm se reúne con ellos de vez en cuando, y les consulta sobre temas relacionados con el clan.

—Y vos lo sabéis porque...

—Bueno, digamos que en alguna ocasión he escuchado, sin querer, algunas frases.

Fergus soltó una risotada.

—Sois una caja de sorpresas, madre.

—Cinco de los siete miembros son, como sabes, bastante ancianos. Supongo que, llegado el momento, serán fáciles de convencer o al menos no supondrán una amenaza importante. Duncan es el sexto consejero, y él sí puede ser peligroso.

—¿Y quién es el séptimo? —preguntó Fergus, cuya existencia de ese último miembro le era totalmente desconocida.

—Verás, yo tampoco sabía que existía un séptimo componente del Consejo hasta hace muy poco, justo antes de que Malcolm se fuera. ¿Sabes quién es Fiona?

—¿Esa vieja que vive en la linde del bosque? —Fergus no daba crédito.

—La misma. Y parece que tiene cierta ascendencia entre el resto del Consejo, o al menos eso pude deducir antes de que Malcolm cerrara la puerta de la sala.

Megan Montroe se refería a una estancia situada en el lado oeste de la fortaleza, desde donde Malcolm regía los destinos del clan y mantenía sus reuniones privadas. Era una habitación a la que solo él tenía acceso y que ella solo había visitado una vez, justo el día que acudió a pedir asilo tras abandonar el clan de su esposo. Aún recordaba el intenso frío que hacía en aquel cuarto, presidido por una mesa de madera maciza llena de pergaminos y legajos.

Fergus se reclinó en la silla, con las manos cruzadas debajo de la barbilla y los codos apoyados en los costados. Aún no sabía de qué modo la información que le había dado su madre le podría ser útil en el futuro, pero no estaba de más disponer de ella.

Gabriela fue consciente de que el rechazo de Duncan la había afectado mucho más de lo que hubiera podido suponer. No era capaz de averiguar los motivos. Imaginaba que, alojada en su casa, había vuelto a sentirse parte de algo, parte de una nueva familia, tal vez. Incluso siendo Rob, Micheal no había dudado en compartir a su padre con él. ¡Qué lío más espantoso! Se recriminó,

por centésima vez, no haber aclarado las cosas con su abuelo la primera vez que llegó al clan. A esas alturas todo podría ser muy distinto.

Decidió salir fuera y dar un paseo hasta la casa de Wallis. Echaba de menos a Micheal y necesitaba airearse. La morada de Duncan le parecía de repente un lugar demasiado pequeño e inhóspito.

Encontró a los dos niños sentados en el poyete frente a la casa, alumbrados por un sol perezoso y observando algo que tenían en el regazo. Cuando estuvo más cerca vio que se trataba de un gatito, demasiado pequeño para sobrevivir.

—¡Mira, Rob! —le dijo Micheal al alzar la vista y verla allí plantada—. Tenemos un gatito.

—Ya veo.

—Aún no ha abierto los ojos. Y papá dice que a lo mejor se muere.

—¡No es verdad! —Christen alzó la cabeza, con los ojos anegados en lágrimas.

—Pero lo ha dicho mi padre.

—¡No se va a morir! —replicó la niña, esperanzada.

—Tu padre no siempre tiene razón, Micheal —intervino Gabriela, que deseó haberse comido sus palabras en cuanto el niño la miró con expresión dolida. Era consciente de que había dejado que sus sentimientos por Duncan tomasen las riendas, y eso era totalmente inaceptable—. Casi nunca se equivoca, es verdad, pero tal vez, por una única vez...

—Por una vez, a lo mejor... —repuso el chiquillo.

Gabriela asintió y se acercó un poco más. El gatito, de piel atigrada, estaba hecho un ovillo sobre el regazo de Christen, que mantenía las manos apoyadas en los muslos.

—Es mejor que lo sujetes con las manos —le dijo.

—¿No le haré daño?

—Creo que necesita sentir tu calor. Como si fueses su mamá.

Con mucho cuidado, la niña tomó al animalito entre sus manos.

—Acércatelo al pecho —le dijo Gabriela—. Hazle una camita con tu brazo, y mantén la otra mano sobre él. Así sentirá el latido de tu corazón y tu piel.

—¿Así? —preguntó Christen, que había seguido las indicaciones de Gabriela al pie de la letra.

—Sí, perfecto.

—¿Y funcionará? —preguntó Micheal, que no se había perdido detalle de la operación.

—Es probable.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo también tuve un gato —repuso ella—. Eran tres en realidad, y tampoco tenían madre.

—¿Vivieron?

—Sí, los tres —repuso ella, con una sonrisa.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Micheal.

—Fue hace mucho tiempo, cuando yo tenía vuestra edad —repuso Gabriela. Hacía años que no pensaba en ellos, que no recordaba lo mucho que ella y sus hermanos se habían reído al ver a los tres cachorros jugar sobre la alfombra del salón.

—Me voy a quedar algunos días más en casa de Christen —anunció Micheal en ese momento.

—Oh, pensé que ya volvías a casa.

—Tengo que ayudarla a cuidar de Liese.

—¿Liese?

—Así se llama el gato —dijo Christen—. Como la madre de Micheal. Gabriela asintió, extrañamente compungida en ese momento.

—¿Tu padre lo sabe?

—Sí, ya se lo dije.

—¿Y está de acuerdo?

—Pues claro, ¿por qué no iba a estarlo? —Micheal parecía extraño con la pregunta.

—Claro, no hay ningún motivo —repuso ella, que no fue capaz de mantener la mirada del niño.

Reconocía que una de las razones por las que había ido en busca de Micheal era porque quería que volviera, aunque la apenas reconocía que contenía cierta dosis de puro egoísmo. No deseaba encontrarse de nuevo a solas con Duncan, luchando contra sus propios deseos y temiendo un nuevo rechazo. Dolía, dolía mucho.

Se quedó a comer con Wallis y los niños, pero se mostró algo taciturna, y no respondió a las insinuaciones de su nueva amiga. Le avergonzaba que pudiera descubrir lo que había sucedido la noche anterior. A media tarde decidió que había llegado el momento de comenzar las clases de arco con Neall y Alec.

Fergus tenía muy presentes las palabras de su madre de esa misma mañana. De hecho, no había parado de pensar en ellas, hasta el punto de que Duncan tuvo que llamarle la atención por su exceso de celo mientras luchaba contra uno de los veteranos. Por eso, en cuanto vio a Rob asomar por la esquina del patio, pidió permiso a Duncan para ausentarse unos minutos. Este creyó que tenía necesidad de usar las letrinas y no puso ningún impedimento.

Fergus corrió en dirección a Rob, rogando porque no tomara otra dirección y Duncan se perdiera su disculpa. Vio cómo el chico, alertado por su brusca aproximación, daba un paso atrás. Temió que fuera a echar a correr, lo que daría al traste con su plan. A pocas yardas del joven, se detuvo. Comprobó que su rostro aún presentaba las marcas de sus puños. Sintió un vuelco en el estómago. Los dos jóvenes se observaron un instante, y Fergus vio recelo en los ojos de Rob.

—Lo siento —farfulló.

—¿Qué?

—¿También te hice daño en el oído? —preguntó, sin rastro de malicia en la voz.

—No, es que... ¿te has disculpado?

—Sí, yo... me hiciste perder los nervios.

—Lo sé. —Gabriela bajó la cabeza, avergonzada a su vez—. Mi comportamiento fue totalmente inadecuado.

—Me humillaste en público.

—Y tú me diste una paliza —repuso ella, molesta por el tono algo más

rencoroso en la voz de Fergus.

—No fue para tanto.

—¿Tres contra uno no te parece para tanto? —Gabriela sintió de nuevo la sangre arder. Descubrió que había temido ese enfrentamiento durante días, y que supuso que, después de lo ocurrido, sufriría algún tipo de temor al encontrarse de nuevo frente a quien la había golpeado y abandonado bajo la nieve. Le satisfizo comprobar que no era así.

—Eh, sí, eso sí.

—Disculpas aceptadas —dijo ella, al fin. No quería alargar aquello más de lo necesario y, por poca que fuese la simpatía que despertaba Fergus en ella, era un miembro más de la escasa familia que le quedaba.

Fergus le alargó la mano y ella la miró un instante, dubitativa, antes de estrechársela. Tuvo que reprimir un gemido de dolor ante el fuerte apretón de aquel muchacho y se mordió los carrillos para no masajérsela en cuanto la tuvo libre de nuevo. Sin añadir nada más, Fergus se dio la vuelta y volvió al grupo. Fue entonces cuando vio que Duncan la observaba, intuyó que con cierta preocupación. Se limitó a asentir para indicarle que todo estaba bien y siguió su camino. Bordeó el campo hasta la zona este, donde estaba situado el terreno para el tiro con arco.

Vio a Neall y a Alec, y les hizo un gesto con la mano. Ellos respondieron del mismo modo, visiblemente ilusionados con la perspectiva de comenzar al fin la instrucción en cuanto acabaran con sus ejercicios.

Gabriela llegó a la zona delimitada y comprobó las dianas, que no eran más que sacos rellenos de paja y con varios círculos pintados en la superficie. Luego se ocupó de los arcos, y le disgustó descubrir que no recibían el cuidado necesario. Para empezar, no estaban debidamente protegidos, y la humedad resultaba fatal para la madera y las cuerdas, trenzadas con materiales diversos, entre ellos, posiblemente, tendones de ciervo.

—No te veo muy entusiasmado, muchacho —dijo una voz a su espalda.

Apoyado en el tronco que sujetaba la techumbre del cobertizo, Rodrick le sonreía con sorna.

—Celebro ver que te encuentras mejor —continuó—. Aunque tu cara aún parece un mapa antiguo.

Gabriela se llevó una mano a la cara y palpó la zona.

—Aunque yo diría que esa marca de tu barbilla parece más un puñetazo que una caída —siguió Rodrick.

—No, no, me di con el borde de un escalón, es todo —dijo ella, que sintió alivio al comprobar que Duncan, tras haberle explicado su conversación con Micheal, había contado la misma historia.

—Casi te perdemos, chico.

—Ya estoy bien.

—¿Vas a comenzar a ayudar a los muchachos con el arco?

—Así es, aunque estos no están en muy buen estado.

—Lo sé. Son solo para entrenar. Cada uno tiene el suyo en casa, a buen recaudo.

—Me alegra saberlo —dijo ella, aliviada de repente—. Pero estos también deberían estar en perfectas condiciones.

Rodrick se limitó a encogerse de hombros. A Gabriela seguía sorprendiéndole que los Montroe no le dieran mayor importancia al uso del arco. Solo diez años atrás, Eduardo III de Inglaterra había demostrado en Crécy, con un ejército muy inferior en número a los franceses, que un buen equipo de arqueros podía cambiar el curso de una batalla. Si ella conocía esa información, estaba convencida de que los Montroe también. ¿Por qué su abuelo no había hecho algo al respecto entonces? Porque su padre y Angus, allá en Toledo, se habían empeñado en que los tres hermanos dominaran aquel arte.

Gabriela abrió entonces un viejo arcón con la madera agrietada y comprobó que estaba lleno de flechas. Casi todas tenían el mismo tamaño, lo que era de agradecer, pero el estado de muchas de ellas era lamentable. Mientras las extraía, comprobó que algunas habían perdido las plumas, y otras las puntas, que variaban de tamaño, forma, grosor y material. Le pareció que, al fondo del arcón, incluso había algunas hechas con hueso o piedra. Debían ser realmente antiguas. El astil de muchas de ellas se había combado con la humedad y eran inservibles, cuando no se había resquebrajado directamente. Las separó en tres montones. En uno colocó las que le parecían útiles, en otro las que lo serían en cuanto recibieran un poco de atención y en el tercero las que quedaban descartadas.

—Creo que estas pueden servir de leña —señaló el último montón a Rodrick, que permanecía en la misma posición y que no había perdido detalle.

—Las puedes necesitar para entrenar.

—No sirven.

—Las hemos usado hasta ahora —repuso el hombre, un tanto molesto.

—Si entrenan con flechas poco apropiadas, adquirirán malos hábitos que luego no sabrán corregir cuando tengan que usar las de verdad. —Gabriela no hacía sino repetir las mismas palabras que, en otra ocasión, había usado Angus con ella.

Rodrick se limitó a asentir. El gesto le insufló a Gabriela algo más de confianza. Ese hombre, que había demostrado conocer el tiro con arco tan bien como ella, aceptaba su opinión. Claro que pensaba que ella era en realidad un chico, y además nieto del *laird* de su clan, lo que, bien mirado, tampoco era un consuelo.

Unos minutos después, dos muchachos sin aliento se presentaron ante ella. Neall y Alec estaban ansiosos por comenzar sus prácticas, y Duncan les había

dado permiso para iniciarlas cuanto antes. Gabriela se levantó y se dispuso a trabajar. Tenían mucho que hacer.

A Duncan se lo comían los demonios, o al menos así percibía el fuego que ardía en sus entrañas. Por más que se empeñara, era incapaz de olvidar el beso de la noche anterior, que le había puesto la piel del revés. Incluso el viento parecía esa mañana esforzado en acariciarle y en susurrarle al oído el nombre de Gabrielle. ¿Cómo era posible que, en tan pocos días, aquella criatura se hubiera colado de esa forma en su vida? Y, lo más importante, ¿cómo iba a sacarla de ella? Ese pensamiento le atenazaba las tripas. Cuando volviera Malcolm Montroe, pondría todo en su lugar y él continuaría con su vida y se limitaría a observarla de lejos mientras permaneciera en el clan. Luego pensó que, si el abuelo concertaba un matrimonio, era muy probable que ella se instalara en las tierras del nuevo esposo. El sabor de la bilis inundó su boca ante esa idea, y sacudió la cabeza para apartarla.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Rodrick, a su lado.

—Nada. Me ha picado una abeja.

—¿En octubre?

—Sí, en octubre. ¿Te supone algún problema? —Le dirigió una mirada que no admitía réplica.

—Ninguno —contestó con sorna el otro, sin dejarse amilanar por su gesto hosco. Eran amigos desde hacía demasiado tiempo—. Si no te conociera, aseguraría que andas despistado.

—Si no te conociera, aseguraría que estás buscando pelea.

—Bueno, un poco de acción no me vendría nada mal. —Rodrick se palmeó la panza, como si en ella hubiera siquiera un gramo de grasa—. Tanta ociosidad me tiene desquiciado.

Fue en ese momento cuando Gabrielle apareció por una esquina, y el cuerpo de Duncan se tensó de tal modo que su amigo dirigió también allí la mirada. No vio nada que explicara el extraño comportamiento de su amigo, excepto a aquel chiquillo escuálido. Observó de reojo al jefe de los guerreros y le vio fruncir el ceño al percatarse de que Fergus corría en dirección al chico.

—¿Hay algo entre esos dos que te preocupe?

—No más de lo habitual —respondió Duncan, aunque sin apartar la mirada de la pareja.

—Las heridas de Rob no tendrán nada que ver con Fergus, ¿verdad?

—No es asunto tuyo, Rodrick.

—Cualquier cosa que suceda en este clan es tan cosa mía como tuya, Duncan. No pretendas dejarme fuera. —Rodrick abandonó su habitual tono de chanza y Duncan supo que le había ofendido.

—No he pretendido decir eso, pero no quiero más problemas de los que ya tengo.

—¿Es un chico difícil?

—Es peor que un dolor de muelas.

—Estoy hablando de Rob.

—Yo también.

Rodrick soltó una risotada y Duncan se relajó en cuanto vio cómo Fergus le daba la mano y regresaba a la formación. Gabrielle le hizo un gesto con la cabeza que él supo interpretar a la perfección. Después de todo, parecía que Fergus no era tan mal muchacho. Volvió a sus ejercicios, aunque por el rabillo del ojo la vio rodear el perímetro. Supo enseguida a dónde se dirigía.

—Será mejor que vayas a echar un vistazo —le dijo a Rodrick.

Este se volvió, entendió hacia dónde se dirigía el joven Rob y obedeció la orden de inmediato. Solo entonces Duncan pudo relajarse un poco. Sabía que con Rodrick a su lado, Gabrielle no corría ningún peligro.

A los jóvenes Neall y Alec se les habían unido otros muchachos, Scott y Ramsay, y este último era quien más fuerte gritaba durante la discusión que habían iniciado unos minutos antes sobre quién iba a disparar primero. Su larga y rizada melena rubia se balanceaba sobre sus hombros mientras sacudía la cabeza. Gabriela se quedó hipnotizada con el vaivén de aquel movimiento. Miró al final del campo de tiro, donde seis muñecos con sus respectivas dianas en el pecho aguardaban a los tiradores. De verdad, no entendía qué les sucedía a aquellos muchachos.

Cogió una flecha, tensó el arco, y disparó. Justo en el centro. El silbido del proyectil había logrado acallar los gritos y ella les lanzó una mirada indiferente mientras preparaba otra flecha.

—No veo cuál es el problema —les dijo—. A no ser que queráis disparar todos a la misma diana.

—Menuda tontería —bufó Neall.

—En efecto —respondió ella, sin mirarle y soltando la cuerda del arco. Otra diana, a pocos milímetros de la primera.

—Creo que quiere decir que hay dianas para todos —señaló Scott, el más tímido y bajito del grupo.

Neall enrojeció hasta la raíz del cabello.

—Ya lo sabía —gruñó. Se separó de sus amigos y escogió el objetivo más alejado de ellos.

Los chicos se pusieron en posición y comenzaron a disparar, algunos con resultados desastrosos. Alec lanzó tres flechas. No solo no dio en la diana, ni siquiera consiguió acertar al muñeco y todas pasaron de largo. Scott lo hizo algo mejor, pero solo una acertó en el círculo exterior. Ramsay y Neall parecían los más dotados, aunque tampoco lograron ninguna diana. Durante el resto de la tarde, Gabriela se dedicó a corregir sus posturas, el modo de coger la flecha y cómo tensar el arco sin provocar que el disparo saliera desviado.

Apenas tuvo tiempo de pensar en Duncan, al menos hasta que el sol comenzó a ocultarse y se vio obligada a interrumpir las prácticas, que habían resultado todo un éxito. Temía encontrarse con él y, al mismo tiempo, deseaba con todas sus fuerzas que sucediese. Necesitaba volver a sentirle cerca, averiguar si lo de la noche anterior había sido producto de su desbocada imaginación o si realmente aquel hombre hacía temblar todo su universo.

La cabaña estaba vacía, y Gabriela entró con alivio y decepción, enfadada consigo misma por no ser capaz de aclarar sus ideas. Vio que Wallis les había llevado un conejo guisado con zanahorias y nabos, y lo agradeció. Estaba realmente agotada. Se lavó con premura, puso el perol al fuego y comenzó a preparar la mesa. Estaba removiendo el guiso cuando llegó Duncan, y la escena le resultó tan familiar que a punto estuvo de caer sobre las brasas.

Se volvió y lo observó, detenido en el umbral, con una expresión que indicaba que había pensado exactamente lo mismo que ella. Duncan carraspeó, se quitó el tartán y la espada y se dirigió hacia el barril del agua. Se quitó la camisa y comenzó a lavarse. Gabriela sintió la boca secarse al contemplar aquella espalda ancha y dorada, aquellos músculos que se contraían con cada uno de sus movimientos. «Necesito sentarme», se dijo, presa de una debilidad que solo podía atribuirle a él. «Así es como me hace sentir este hombre —pensó—, como un trozo de mantequilla cerca del fuego.»

Sin volverse, Duncan se secó el cabello y el cuerpo y luego se vistió con una camisa limpia. Cuando se volvió, ella volteó la cabeza, para que no supiera que lo había estado observando. Comprendió de inmediato que había sido demasiado tarde. Sus miradas se habían cruzado un instante, lo bastante largo como para que él lo adivinara. Sin embargo, no dijo nada al respecto.

Duncan permaneció de pie, a pocos pasos de ella. Gabriela sentía su mirada clavada en su espalda, y no sabía cómo debía actuar.

—Wallis nos ha traído un guiso de conejo —dijo al fin, sin volverse.

—Huele bien.

—Sí.

Ya está. Habían mantenido charlas mucho más largas días atrás. «Eso fue antes del beso», se repitió. Ese beso parecía haberlo cambiado todo, y no para bien. Ahora se sentía incómoda en su presencia, e intuía que a él le pasaba exactamente lo mismo. Pero ella no era ninguna cobarde, no lo había sido nunca y no iba a serlo en ese momento. Se dio media vuelta y se quedó frente a él, tan erguida y altiva como fue capaz.

—Será mejor que olvidemos lo que ocurrió anoche —le dijo, y le sorprendió que su voz sonara tan firme—. No tuvo mayor importancia.

—¿No?

—¡Pues claro que no! Solo fue un beso, Duncan.

Él no dijo nada, pero inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado. Fue un gesto tan sutil que otra persona que no le conociera tan bien habría pasado por alto. Ella lo interpretó como la pregunta muda que era: «¿Solo un beso? ¿De verdad?».

—Ya me habían besado antes, así es que no te sientas tan especial.

Un relámpago cruzó la mirada de Duncan. Gabriela pudo verlo, casi pudo sentirlo erizando su piel.

—¿Alguien te había besado de ese modo?

—Bueno...

—¿Quién? —la interrumpió, avanzando un paso en su dirección.

—¿Qué?

—Que quién te ha besado. —Duncan bajó la voz, pero su tono era tan frío que Gabriela sintió que se le congelaban las palabras en los labios.

—Fue hace mucho tiempo —balbuceó ella, al fin.

—¿No aquí, en Escocia?

—¡Por supuesto que no!

—Bien. —Duncan pareció más relajado de repente.

—Fue en Toledo y...

—No me importa.

—¿Qué? —Gabriela no entendía nada, pero comenzaba a ponerse furiosa.

—Si no te ha besado un *highlander* es como si no te hubieran besado, así es que no tiene importancia.

—No me lo puedo creer —siseó ella, con ganas de coger un cuchillo y clavárselo en cualquier parte de su anatomía, a ser posible en medio de esa sonrisa de suficiencia que en ese momento adornaba su rostro—. Eres un engreído y un prepotente, y, y...

—¿Y? —Duncan se aproximó otro paso y Gabriela retrocedió a su vez. Uno más y caería sentada sobre el fuego.

—¿Y no besas tan bien! —le espetó ella, furiosa—. Pero ¿quién te has creído que eres?

—El primer hombre que te ha besado de verdad —le dijo, mientras en zancada y media se colocaba a su altura y con un brazo la agarraba de la cintura para pegarla a su cuerpo. Su voz sonó como un susurro ronco, como una caricia sobre la piel de Gabriela, que en ese momento ardía de impaciencia y deseo.

—No, no...

—¿No es cierto? —Duncan se aproximó unos milímetros, hasta que sus narices casi se tocaron.

—No quiero que vuelvas a hacerlo.

—¿El qué?

—Besarme —respondió, con la voz medio perdida y los ojos hundidos en aquellos lagos de cristal.

Él se limitó a observarla y luego se retiró, primero unos centímetros y luego un paso, dos pasos. De repente, ella se sintió vacía, indefensa y vulnerable, y

tuvo ganas de abrazarse el cuerpo para recobrar el calor que él le había robado después de entregárselo.

Duncan no era capaz de explicarse por qué había decidido, de repente, olvidar todos sus propósitos, elaborados con esfuerzo a lo largo del día. Todos los motivos por los que era mejor mantenerse alejado de esa mujer, de esa tentación que dormía bajo su mismo techo. Debía reconocer que le gustaba provocarla, le gustaba ver cómo sus ojos brillaban cuando se ofuscaba o cuando se sentía dominada por la pasión. Tampoco podía entender por qué le había enfurecido saber que otro hombre la había besado antes que él, y había disfrazado su debilidad con un comentario jactancioso con el que pretendía enmascarar su repentina vulnerabilidad. No podía permitir que ella supiera cómo le afectaba en realidad, cuánto deseaba ser el único... y el último.

De nuevo volvieron a cenar en silencio, cada uno concentrado en su propio plato, como si cruzar las miradas significase claudicar, dejarse vencer.

—Tengo que quitarte los puntos —dijo Duncan—. Ya están secos, las heridas han cicatrizado bien.

Gabriela se limitó a asentir y volvió a concentrarse en su cena. Pero la garganta se le había cerrado al imaginarse unos minutos más tarde, de nuevo muy cerca de él. «Tienes que ser fuerte —se dijo—, no puedes volver a sucumbir.»

Recogieron los platos y Duncan fue a buscar su caja al arcón. Ella no sabía dónde ponerse, dónde colocarse. ¿Debía sentarse? Y en ese caso, ¿dónde? En una silla, se dijo, en una silla junto al fuego. Él encendió un par de velas y las situó sobre la mesa.

—Aquí, Gabrielle —le dijo.

Ella se levantó, sintiéndose extrañamente ridícula, y ocupó la silla que él le indicaba. Alzó la cabeza y cerró los ojos. No quería mirar aquellos labios, no quería volver a perderse en aquella mirada. Suficiente suplicio era ya sentir las manos de Duncan sobre su piel mientras tanteaba la herida y acariciaba sus bordes. Como de pasada, rozaba con el dorso de sus dedos la mejilla o el mentón. «Voy a morir aquí mismo», se dijo Gabriela, apretando con fuerza las mandíbulas.

Duncan observaba aquella piel de alabastro, suave y luminosa, donde aún quedaban rastros de los golpes sufridos. La acarició sin poder remediarlo,

como si sus manos tuvieran vida propia. Agradeció que ella mantuviera los ojos cerrados, porque volver a tenerla tan cerca lo estaba matando.

Se mantuvo un poco alejado, temeroso de que pudiera descubrir la erección bajo su ropa y, al mismo tiempo, anhelando que abriera los ojos y volviera a ofrecerse a él, porque esta vez ni el precio de su alma impediría que la tomara entre sus brazos y la hiciera suya.

Gabrielle, sin embargo, mostró mucha más entereza que él, que acabó la operación tan frustrado y tan encendido que le dolían todos los músculos del cuerpo. Guardó las cosas y la miró una vez más. Ella seguía con los párpados bajados, sin duda temerosa de mirarse en sus ojos. «Haces bien —se dijo—, no te puedes ni imaginar lo que podrías encontrar en ellos.»

Guardó la caja de nuevo y se pasó las manos por el cabello, aún húmedo. «Tengo que salir de aquí», pensó. El pulso le latía tan furioso en las sienes que pensó que la cabeza le iba a estallar. Se puso el tartán y abrió la puerta. Entonces se volvió y la miró. Y lo que vio en sus ojos no le gustó, no le gustó en absoluto. Una mezcla de desafío y tristeza que se le pegó a la piel y le acompañó durante su breve paseo hasta la casa de Rhona. Sabía que no podía sustituir a Gabrielle, pero al menos calmaría sus ansias y dejaría de comportarse como un animal en celo.

Otra noche prácticamente en vela para Gabriela, que esperó a Duncan hasta que el sueño acabó por derrotarla. Su repentina marcha la había dejado aturdida y más triste de lo que hubiera imaginado. «¿Y qué esperabas? —se preguntó—. Le dijiste que no volviera a besarte.» No lamentaba sus palabras, no era eso. Lamentaba que ya no fueran capaces de permanecer en la misma habitación, que aquella casa ya no fuera el hogar que había encontrado tras llegar a aquella desconocida tierra. Deseó más que nunca que su abuelo

volviera pronto, que todo quedase aclarado y que ella pudiera explicarle lo que sentía por Duncan. Porque era evidente que sentía algo por él. No sabía si sería ese amor sobre el que cantaban los juglares, solo sabía que temblaba ante su contacto, que se dormía pensando en él y que se despertaba con él en el pensamiento, que adoraba el sonido de su voz y el tacto de sus manos, que soñaba con pasar todos los minutos del día a su lado, como si fuese su sombra.

Creía comprender los motivos por los que Duncan la había rechazado. No quería enemistarse con su abuelo, y eso lo respetaba. Duncan era un hombre de honor. Pero, en cuanto su abuelo le diera permiso, y estaba segura de que lo haría, Duncan sería libre para cortejarla, y ella para conocerle mejor y averiguar si ese era de verdad el hombre al que podría amar hasta que sus huesos se convirtiesen en polvo. No le quedaba otro remedio que esperar, aguardar hasta que Malcolm Montroe volviera y pusiera un poco de orden en su vida.

Con esa esperanza se levantó esa jornada, y con ella trabajó con Gavin por la mañana y con los jóvenes arqueros por la tarde. El grupo de cuatro había aumentado a siete y aún fueron más los que quisieron probar suerte y aceptaron algunas de sus sugerencias. Varios de los guerreros parecían ofendidos ante el hecho de que un jovencito se atreviese a darles consejos sobre el uso del arco, y Gabriela escuchó algunos comentarios maliciosos, uno de ellos del propio Fergus, que parecía haber olvidado sus buenas intenciones. Procuró que no le afectasen y se obligó a tragar saliva varias veces. No necesitó responder, ya que Rodrick lo hizo por ella. Les dijo que no era obligatorio estar allí y que, si alguien no quería mejorar su tiro, era muy libre de marcharse por donde había venido.

Aunque trató de mirar por encima de las cabezas de los que se habían congregado en el campo de tiro, fue incapaz de ver la de Duncan, y se preguntó si también habría pasado por allí. Cuando volvió a casa, lo hizo arrastrando

los pies, vencida por el desánimo. No le había visto en todo el día. En el último momento, había oído a Rodrick comentar que había partido esa mañana con algunos guerreros a inspeccionar las lindes del este y que regresaría en unos días. Se preguntó por qué no le habría comentado nada a ella, y esa falta de interés por parte de Duncan la hirió mucho más que cualquier otra cosa.

La noche con Rhona había resultado ser un fiasco total. Jamás en su vida había sido incapaz de mantener una erección, hasta la noche pasada. En cuanto la mujer comenzó a besarle y a acariciarle, sintió que el deseo le rehuía. No eran las manos de Gabrielle, no era la boca de Gabrielle la que mordisqueaba la suya, ni era su cuerpo el que ansiaba fundirse con el suyo. Rhona era una mujer atractiva y voluptuosa, capaz de contentar al hombre más exigente, pero esa noche tenía un grave e insalvable defecto: no era Gabrielle.

Duncan se excusó en el cansancio y Rhona pareció aceptar la explicación. Cuando él quiso marcharse, ella le invitó a pasar la noche a su lado, aunque no mantuvieran relaciones, y él aceptó. No podía volver a su casa, y dormir en el salón de la fortaleza era un suplicio, solo destinado a endurecer a los más jóvenes del clan y a aquellos poco proclives a vivir por su cuenta. Rhona se tendió a su lado y apoyó la cabeza en su pecho. Él la rodeó con un brazo y le acarició el pelo, distraído, mientras imaginaba a Gabrielle sola en su propia casa. «Eres un maldito cobarde», se dijo, y sintió asco de sí mismo. Tentado estuvo de levantarse, vestirse y volver a por Gabrielle, para hacerle el amor durante horas o años, hasta que se saciase completamente de ella y pudiera volver a vivir en paz. Sin embargo, permaneció quieto junto a aquella mujer de piel caliente que, esa noche, parecía tan sola y desvalida como él.

Aún no había amanecido y Duncan ya trasteaba en los establos, cepillando las crines de su caballo y susurrándole los muchos motivos por los que no

podía colarse en su propia casa como un bandido y secuestrar a la joven que dormía en ella. Bien sabía Dios que le hormigueaban hasta los dedos de los pies de puro deseo. «Si esto sigue así acabaré con el pelo totalmente blanco antes de que acabe el mes», pensó. Furioso consigo mismo, le dio una patada a la bala de heno que había junto a la pared, justo cuando Rodrick entraba con un canasto de manzanas para los caballos.

—¿Una mala noche? —preguntó, socarrón.

—Ni te lo imaginas.

—Vaya, vaya... así es que Rhona se está haciendo la difícil.

—¿Rhona?

—¿Acaso has pasado la noche con alguna otra mujer?

Duncan apretó las mandíbulas.

—Y tú lo sabes porque...

—Porque te me adelantaste.

—Lo siento por ti, amigo.

Rodrick era uno de los solteros más codiciados del clan. Era divertido y cariñoso, y decían que muy atractivo, aunque a Duncan su largo pelo castaño y sus ojos grises no le inspiraban ningún deseo en particular. Si acaso, el borrarle de un puñetazo la sonrisa que lucía a todas horas.

—Más lo siento yo —replicó Rodrick.

Duncan cogió una brazada de heno y lo miró de reojo. Ya no sonreía, más bien al contrario. Su rostro parecía haber adquirido una nueva pátina, una que jamás le había visto.

—Maldita sea, Rodrick.

—¿Qué? —contestó el otro. Se miró las manos y luego miró alrededor, como si hubiera sido pillado en falta.

—¿Estás enamorado de Rhona!

—¿Estás loco?

Duncan soltó una risotada.

—A mí no me engañas.

—¿Y qué si es así? No es de tu incumbencia —le espetó, con malas pulgas.

—Tranquilo, tranquilo —le apaciguó, y alzó las manos como muestra de paz—. Lo siento, no sabía nada.

—No es mujer para mí.

—¿Por qué?

—¿Y tú me lo preguntas?

—Escúchame bien, Rodrick —Duncan se puso tenso—, no permitiré que insultes a esa mujer. Es la viuda de un guerrero y merece respeto. Que de vez en cuando acepte compartir la cama a cambio de algunos favores no la convierte en una mujer de mala vida.

—¿Yo no he dicho tal cosa! —Rodrick se encaró con él—. Y le partiré el cráneo al primero que se atreva a sugerirlo siquiera.

—Entonces ¿qué te ocurre? ¿Por qué no le dices lo que sientes?

—¿Crees que no lo he hecho ya?

Duncan no dijo nada. De todas las conversaciones que hubiera podido imaginar cualquier noche de borrachera, esa era sin duda la más extraña.

—¿Le has dicho que la quieres?

—Varias veces.

—¿Le has pedido matrimonio?

—Todas ellas.

—¿Y te ha dicho que no?

—Eso es. Me ha dicho que no. Todas y cada una de las malditas veces.

—Pero ¿por qué?

—No quiere volver a tener marido. Dice que así no tiene que aguantar los malos modos de nadie, ni echarle de menos cuando se va a la guerra, ni llorarle si no vuelve de ella.

—Pero, pero...

—Es estúpido, lo sé —sentenció Rodrick, con los hombros hundidos—. Así es que me contento con visitarla de forma ocasional, con la esperanza de que algún día cambie de opinión.

Duncan se acercó a su amigo y posó la mano sobre su hombro.

—Lo siento, viejo. Te prometo que yo no volveré a verla.

—No importa, Duncan. Si no eres tú, será cualquier otro.

—Dios, ¿cómo puedes soportarlo? —Duncan pensó que le arrancaría las tripas a quien se atreviera siquiera a acercarse a Gabrielle.

—Yo también me lo pregunto.

Rodrick volvió al trabajo y Duncan se concentró en el suyo. Acababa de descubrir que uno de sus mejores amigos llevaba a saber cuánto tiempo guardando un secreto, un secreto que sin duda le estaba carcomiendo. Pensó en todos los miembros del clan, primero en los guerreros, y luego en los demás. En Bram, el herrero, en Fiona, la curandera, en Wallis, e incluso en la misma Rhona. Cada una de esas vidas era preciosa en sí misma y sin duda en cada una de ellas se esconderían unos cuantos secretos y unos cuantos sueños nunca dichos. El ser humano era maravillosamente complicado, y ese pensamiento le rozó el corazón como un soplo de brisa.

Duncan se detuvo, con una nueva brazada de heno entre los brazos, mientras el caballo al que estaba destinada alargaba el cuello para tratar de alcanzarla. Él ni siquiera se percató. «Por Dios, ¡me estoy ablandando! —se confesó, aterrado—. Necesito una guerra. Y que sea pronto.»

Tiró la brazada de heno y salió al exterior, sin escuchar los relinchos del caballo al que había dejado sin comer. Mientras se alejaba, pudo escuchar cómo la voz de Rodrick tranquilizaba a algunos de los animales, aunque fue incapaz de imaginar el motivo. Entró en la fortaleza, donde los hombres se preparaban para desayunar, y pidió cuatro voluntarios para acompañarle a la

frontera del este. Necesitaba moverse, y allí siempre había problemas con los MacMunro. Si no era una res robada, era una linde que se había movido inexplicablemente de sitio al plantar un campo de cebada, o una parcela de bosque talada sin permiso.

Cuando vio que todos los hombres se ponían en pie, intuyó que más de uno estaba tan necesitado de acción como él, y acabó llevándose a seis de ellos. No le harían falta más.

Volver a sentir el viento en la cara, y la energía de quien está listo para luchar y morir fue, sin embargo, una sensación efímera, que le duró apenas hasta media mañana. Llegado ese momento, comenzó a maldecirse por haberse alejado de Gabrielle sin ni siquiera comentárselo. Era consciente de que estaba huyendo, y esa sensación no le gustaba. Él jamás había huido, de nada ni de nadie. Ni siquiera de sí mismo. Y eso era justo lo que hacía ahora.

Cabalgó en silencio, al trote, sin participar en las conversaciones de sus compañeros, deseando encontrarse con una partida de los MacMunro para poder desfogarse con ellos. No era justo, lo sabía. Pero ¿qué lo era?

No obstante, no tuvo suerte. Las lindes estaban en el mismo punto que la última vez, no había desaparecido ninguna res y el bosque estaba intacto. Durmieron en el granero de uno de los granjeros, que los recibió como si llegaran de la luna. No eran muchas las ocasiones en las que recibían visitas, y los agasajaron con pan recién horneado, un queso tierno que se deshacía en la boca y un buen guiso de gallina. Todos sabían quién era él, y lo trataron como si fuese el mismo *laird*.

Duncan se negó a ocupar la cama del matrimonio y se fue al granero con sus hombres, a tumbarse sobre el heno fresco para no poder pegar ojo en toda la noche. Fuera, el viento silbaba con fuerza entre las copas de los árboles y, varias veces durante las largas horas de vigilia, le pareció escuchar la risa de Gabrielle.

El objeto de sus desvelos se levantó de mal humor durante un par de mañanas seguidas, enfadada con Duncan y sobre todo con ella misma, que era quien se había colocado en esa situación. Apenas habló con Gavin, que parecía haberse acostumbrado a sus extraños cambios de humor. Días atrás, sin ir más lejos, había parlotado tanto que el hombre había dado por finalizado el entrenamiento mucho antes, y ambos se habían sentado bajo un árbol para que ella pudiera contarle más cosas sobre su padre. Nunca parecía cansarse de escuchar sus anécdotas, y ella disfrutaba al saber que había alguien que deseaba oír las, porque ya eran lo único que le quedaba de su pasado. No quería perderlo, y parecía que, con cada día que pasaba en aquel lugar, esos recuerdos se iban difuminando. ¿Desaparecerían algún día? ¿Dentro de un año, o de cinco, ya no sería capaz de recordar el rostro de su padre, cómo pronunciaba las eses o cómo cantaba viejas canciones gaélicas en las frías noches de invierno? ¿Ya no podría visualizar el mechón rebelde de Thomas, que siempre acababa sobre su frente por más que él insistiera en colocarlo sobre la coronilla? ¿Y Rob? ¿Cuánto tardaría en olvidar aquel hueco perpetuo entre sus dientes que le dejó la coza de una mula? Solo habían transcurrido siete años y ya no era capaz de recordar si tal suceso le ocurrió a Rob o a Thomas, o si fue su padre o su madre quien la castigó por darle el asado que tenían para cenar a un perro famélico que había encontrado en la calle. Pronto olvidaría el sonido de sus voces y de sus risas, el tacto de las manos de su padre cuando la ayudaba a sujetar la espada o el olor del pelo de su madre después del baño. Por eso, cada vez que hablaba con Gavin, era como si todos ellos volvieran a estar vivos, cerca de ella.

Ese día, sin embargo, no quería nada de eso, no quería recordar, ni hablar, ni siquiera pensar en ello. Solo quería volver a refugiarse en aquella especie de solitaria prisión. Una vez en ella, comió sin apetito y luego cogió su bolsa de viaje y sacó todas sus pertenencias. Ya no le quedaba ninguna camisa

limpia, ni tampoco ropa interior. A medida que extraía sus cosas, las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas. Allí estaba el velo de novia de su madre, y las pequeñas fruslerías que se había traído como recuerdo de su familia. Y al fondo, un hábito marrón cuajado de lamparones y de enseñas, un documento enrollado y una concha marina que atestiguaba su condición de peregrino y que, semanas atrás, había estado cosida a su viejo sombrero de fieltro. Gabriela sacó el hábito, la prueba del largo viaje que había realizado hasta llegar allí. Al desenrollarlo, una pieza de tela de un blanco immaculado cayó al suelo.

Angus y ella pasaron unos días en Astorga, esperando unirse a otros peregrinos. Llevaban un par de jornadas instalados en una posada cuando llegó un pequeño grupo procedente de Burgos, y en él viajaba un matrimonio que enseguida llamó la atención de Gabriela. Rondarían los cuarenta años y ella era tan parecida a su propia madre que Gabriela tuvo que sujetarse a la silla para no correr a echarse en sus brazos. Se llamaba Gloria, jamás podría olvidarlo, porque era un nombre que hablaba de luz y de esperanza. Ella y su esposo, José Blanco, iban de peregrinación a Santiago para agradecerle a Dios que, tras más de una década de matrimonio, les hubiera bendecido al fin con un retoño.

Con ellos viajaban un padre y un hijo, que hacían el Camino para pedir por la delicada salud de la madre, dos amigos de edad avanzada que iban a reunirse allí con un tercero, una familia completa que pretendía cumplir una promesa y un par de monjes franciscanos, que los miraron con cierta suspicacia pero que no hicieron ningún comentario.

Aunque la presencia de los religiosos le inquietaba, Angus decidió que se unirían a ese grupo a falta de uno mejor, pues no podían perder más tiempo

allí. Gabriela se mostró encantada, pues eso le permitiría disfrutar un poco más de aquella pareja que tanto le recordaba a sus padres. Mantuvieron su papel de extranjeros y hablaron poco con el resto de la comitiva. Gabriela caminaba siempre con la cabeza baja, como le había indicado Angus, pero procuraba hacerlo cerca de José y de Gloria.

—¿De dónde eres, muchacho? —le preguntó la mujer un día, mientras hacían un descanso a mediodía. El matrimonio y ellos dos se habían sentado sobre una roca para disfrutar de un sol tímido.

Gabriela miró aterrada a Angus que, por fortuna, no se hallaba lejos.

—*Venimos norte* —chapurreó él, con un acento tan exagerado que Gabriela temió que los descubrieran allí mismo.

—¿De Francia? —preguntó José.

—*Más norte... Inglaterra.*

—Eso está cruzando el mar, ¿verdad, querido? —preguntó Gloria a su marido.

—Sí, eso creo.

—¿El chico no habla nada de castellano? —La mujer la miró, apenada.

—*Nada más unas palabras* —aseguró Angus.

Gabriela se ruborizó y Gloria la observó con renovada atención. Se dio cuenta de que la había entendido e inclinó aún más la cabeza, hasta casi tocar el pecho con la barbilla, esperando una sentencia que no llegó. La mujer se limitó a acariciarle el pelo y supo que el peligro había pasado. Se prometió ser más cauta, pero no podía evitar buscarla a lo largo del día y caminar a su lado, solo por la alegría de escuchar su voz o su risa. Fueron sin duda los momentos más felices de aquel largo viaje.

Muy cerca de Villafranca del Bierzo, Angus comenzó a encontrarse mal, y esa misma tarde tuvieron que hacer un alto en el camino e improvisar un campamento al abrigo de un promontorio rocoso, donde encendieron un buen

fuego para calentarse. La fiebre comenzó a subirle de forma alarmante, acompañada de vómitos y diarrea. Gabriela no sabía qué hacer, se sentía sobrepasada por la situación. Los peregrinos se mantenían alejados, y escuchó a los dos monjes hablar entre ellos. Cuando uno de los franciscanos sugirió que podría tratarse de la peste, todos observaron a Angus con recelo y alarma y comenzaron a recoger sus cosas. Gabriela, sentada a su lado, le sujetó la mano mientras, por el rabillo del ojo, veía a aquellas personas alejarse de ellos, sin despedirse siquiera. Gabriela no pudo culparles. Era capaz de entender el miedo, y aquella lacra había sido tan devastadora que ni el rey había podido librarse de ella. Alfonso XI había muerto solo seis años atrás mientras dirigía un asedio contra los moros en el sur, comido por aquella enfermedad que ya había sido bautizada como la peste negra.

Cuando se atrevió a alzar la mirada, solo dos personas permanecían junto al fuego.

—Nosotros nos quedamos —le dijo José.

—Si es la peste, a estas alturas ya estaremos contagiados —añadió su esposa—. Y si no es así, jamás podría explicarle a mi hijo que abandoné a su suerte a unos peregrinos precisamente en el Camino de Santiago.

—¿Qué clase de cristianos seríamos entonces? —dijo de nuevo José, y tomó la mano de su mujer.

—No es la peste —aseguró Gabriela, sin ningún tipo de acento, algo que no pareció sorprenderles en absoluto—. Estoy casi seguro.

—¿Cómo lo sabes? —Gloria se acercó hasta ellos y observó el mal aspecto de aquel pobre hombre.

—Porque no puede volver para arrebatarme lo único que me queda.

José y Gloria la ayudaron a mantener la pequeña hoguera encendida y a lavar las ropas sucias y sudorosas de Angus, y el hombre incluso viajó hasta Villafranca en busca de algún médico, pero ninguno quiso desplazarse hasta

allí. Sí trajo algunas medicinas, que lograron aliviar los síntomas. Dos días más tarde, retomaron el Camino.

Angus estaba demacrado y había perdido algo de peso, pero su mirada era lúcida. Agradeció las atenciones del matrimonio, e incluso se ofreció a pagarles por sus servicios, pero ellos no quisieron aceptar ni un maravedí. Gabriela, que durante su convalecencia había llegado a conocerles mejor, sabía que eran gente humilde y devota, y su gesto de generosidad la conmovió. Con ellos compartieron el último tramo del Camino.

Santiago de Compostela resultó ser una ciudad tan bulliciosa como hermosa y Gabriela se quedó literalmente sin aliento al encontrarse frente a su catedral. Y al pasar bajo el Pórtico de la Gloria, ya no pudo contener las lágrimas de emoción. Había comenzado el Camino como una forma de escapar a su destino, pero allí, frente a aquellas figuras talladas en piedra, lo terminó como una auténtica peregrina, con el corazón henchido de orgullo y de paz. Pero no fue con Angus con quien compartió aquel momento mágico. Fue Gloria quien estuvo a su lado y quien le dio la mano, tan emocionada como ella.

Allí, tras presentar los documentos que les habían ido sellando durante el camino en albergues y monasterios, recibieron la concha de vieira que los acreditaba como peregrinos, y la Compostela, el documento que lo certificaba y que reduciría su futura estancia en el Purgatorio a la mitad. Gabriela pensó que, con todos los pecados que habían cometido en las últimas semanas, les iba a venir muy bien.

Una vez finalizaron la visita y los trámites, llegó el momento de las despedidas. En los últimos días, Gabriela había vuelto a sentirse parte de una familia. Los cuatro habían compartido comida y alojamiento, se habían cuidado y protegido. En varias ocasiones, Gabriela estuvo a punto de narrarles su historia y, si no lo hizo, no fue por falta de confianza. Cada vez que los

miraba, temía ponerles en peligro, y eso había logrado que la última etapa de aquel viaje se vistiera también de amargura.

José les tendió la mano con efusividad y les deseó mucha suerte. Angus le dio un fuerte abrazo. Gabriela, con los ojos anegados, vio cómo Gloria introducía la mano en su zurrón y temió que encontrase el puñado de monedas que ella había escondido al fondo. Pero la mujer no rebuscó mucho y sacó un pañuelo de un blanco prístino que le tendió con una sonrisa.

—No sé cuál es tu historia, jovencito —le dijo—, pero espero que tenga un final feliz. Seca tus lágrimas y afronta tu destino con alborozo. Has hecho el Camino, y seguro que Dios te recompensará por ello.

—Muchas gracias a los dos —dijo Gabriela—. Nunca os olvidaré.

En casa de Duncan Montroe, Gabriela sostuvo aquel pañuelo entre sus dedos mientras recordaba sus últimos días en el continente. Después de aquello, Angus y ella viajaron a la costa y embarcaron en un navío que los llevó hasta Plymouth, una travesía que pasó casi por completo asomada a la borda, vomitando sin cesar. Una vez en Inglaterra, él insistió en continuar llevando el hábito hasta alcanzar tierras escocesas, y ella no tuvo inconveniente. De hecho, casi parecía haberse convertido en una especie de escudo que los protegía, o al menos así lo sentía ella.

Adquirieron un par de buenos caballos y viajaron con desahogo por caminos secundarios, deteniéndose lo justo. Aunque ya no existía el peligro de que don Pedro los encontrara, escoceses e ingleses eran enemigos desde hacía tantos años que Angus sentía como si aquella tierra le quemara las plantas de los pies.

Ya en tierras de Escocia fueron atacados por aquella banda de forajidos durante uno de sus descansos y los MacNab acudieron en su auxilio.

Gabriela se negó a seguir pensando en aquellos días, furiosa con el destino y con aquel Fingal MacNab que se negaba a proporcionarles información sobre Angus. Guardó el hábito y los recuerdos con desánimo y se preparó para hacer la colada. Esa tarde quería asearse a conciencia aprovechando que Duncan estaba ausente.

Como siempre, nada salió como lo había planeado.

Las prisas agujoneaban el espíritu de Duncan. De repente, ansiaba volver a su casa, cerciorarse de que todo estaba bien, ver de nuevo a Micheal, perderse en los ojos de Gabrielle... Solo hacía dos días que estaba fuera y ya se le antojaba un período insalvable. Ni siquiera había sido capaz de disfrutar de la cabalgada, ni de las noches en la frontera. Cuando les dijo a sus hombres que volvían a casa, la mayoría de sus rostros mostraron una mezcla de perplejidad y decepción, aunque nadie se atrevió a discutir con el jefe. No habían encontrado lo que habían ido a buscar, era cierto, pero habían albergado la esperanza de recorrer un poco más la marca, por si más al sur tenían la suerte de tropezarse con una partida del clan MacMunro. Se limitaron a recoger sus cosas y a obedecer a Duncan que, un rato después, cabalgaba como si fuese a reunirse con el mismo Dios a las puertas del Paraíso.

Pasado un tiempo, Gideon, uno de sus guerreros más audaces, se colocó a su altura.

—¿Tenemos prisa, Duncan?

—¿Están atacando nuestras tierras? —Ahora fue otro quien le dirigió la palabra, forzando a su montura para cabalgar a su lado.

—Pero ¿qué clase de preguntas son esas? —Duncan refrenó un poco su caballo y los miró alternativamente.

—A tu caballo le sale espuma por la boca —señaló Gideon—, y los nuestros no están mucho mejor. Creí que ocurría algo grave.

Solo entonces fue consciente del ritmo que había imprimido a la marcha, con la cabeza poblada de nubes negras y los ojos perdidos en el horizonte.

—Descansaremos en ese claro de ahí —les dijo entonces. Bajó de su montura y acarició el cuello del sudoroso animal. Brave le había acompañado durante los últimos nueve años y confiaba tanto en él como podía hacerlo en Logan o en Rodrick. Acercó sus labios al oído del caballo para susurrarle unas palabras—. Lo siento, amigo, lo siento mucho.

Volvieron a ponerse en marcha un par de horas después y Duncan procuró cabalgar de forma moderada, para no volver a agotar a los animales. Sin embargo, continuaba sintiendo esa quemazón en el estómago, esa ansia que lo impulsaba a llegar cuanto antes. Cuando cruzaron al fin las puertas de la fortaleza ya era noche cerrada, y la mayoría de las casas tenían los postigos echados.

Duncan condujo a Brave al establo y le dedicó un largo rato. Entonces caminó con paso ágil hacia su casa, sin saber muy bien qué era lo que se iba a encontrar ni cómo iba a afrontar los siguientes minutos.

Después de una cena frugal, Gabrielle se preparó para darse un baño, si es que aquello podía llamarse de aquel modo. Después de fregarlo a conciencia, colocó junto a la chimenea un barreño de madera en el que, habitualmente, acarreaban la ropa o la leña, y puso un par de peroles de agua sobre las brasas. Su intención era colocarse de pie en el centro del recipiente y, con la ayuda de una jarra, echarse agua por encima y que resbalase por su cuerpo hasta los pies. Hasta ese día, se había aseado por partes y a escondidas, y al fin en esta ocasión iba a lavarse el cuerpo entero de una sola vez. Aunque sabía que no iba a resultar una tarea cómoda, la sola idea le produjo alegría.

Ya ni siquiera recordaba lo que era una bañera de verdad, como la que había disfrutado en casa de don Pedro, de estilo mudéjar. Ni siquiera un barreño grande como el que habían tenido sus hermanos y ella siendo niños,

que su madre llenaba de agua en verano para que pudieran chapotear en él. Preparó la ropa recién lavada y casi seca sobre la cama, y una nueva tira de vendas confeccionada esa mañana con una de sus camisas más viejas. No iba a ponérselas esa noche, no era necesario, pero quería que se secaran al calor del fuego.

Comprobó la temperatura del agua y vio que ya estaba casi a punto. Arrimó una silla y colocó sobre ella un gran trozo de lienzo y el diminuto trozo de jabón de romero que le quedaba.

Se quitó las botas y el jubón. Estaba a punto de bajarse las calzas cuando se abrió la puerta y una racha de aire frío le puso la piel de gallina en un instante. O tal vez fue la presencia de Duncan en el umbral, que la recorrió entera con la mirada y luego se fijó en el barreño y las ollas en la chimenea. Gabriela recordó que había pensado en colocar una silla para atrancar la puerta, por si aparecían Wallis o Micheal, pero en el último momento lo había olvidado.

—Podrías haber llamado a la puerta —le dijo ella, con acritud, al ver cómo su propósito se venía abajo.

—Es mi casa. —Duncan entró y cerró tras él.

—Y ahora yo vivo en ella.

—Puedes mudarte si lo deseas —le reprochó él, que sin duda había esperado un recibimiento más cariñoso.

Gabriela se limitó a refunfuñar y volvió a ponerse el jubón.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Duncan.

—Vestirme, ¿acaso no lo ves?

—¿Ya has terminado?

—¡Ni siquiera había comenzado! —Le lanzó una mirada cargada de rencor.

—Oh, vaya. Lo siento entonces.

—Sí, ya me doy cuenta.

—Puedo marcharme si quieres. Podría ir a cenar al salón.

—Es muy tarde. Ya no habrá nadie allí.

—Puedo ir a dar un paseo.

—¿Con este frío?

—Gabrielle, por favor, intento ser amable. —Duncan resopló.

—Discúlpame. —Gabriela se dejó caer sobre la silla y dio un respingo de inmediato al sentir cómo el trozo de jabón se le clavaba en el muslo. Lo cogió y le dio vueltas entre los dedos, mientras sentía la mirada de Duncan fija en ella.

—¿Y bien?

—¿Eh? —Gabriela parecía haber olvidado su última pregunta. Porque le había preguntado algo, ¿verdad?

—Puedo ir a dar un paseo mientras... —hizo un gesto con la mano que abarcaba aquel rincón de la estancia— mientras te aseas.

Gabriela se mordió el labio inferior, y Duncan tuvo que hacer un esfuerzo para desviar la mirada. La joven no respondía y Duncan comenzó a preocuparse.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, perfectamente —respondió ella con rapidez.

—¿Y por qué demonios no me contestas?

—¡Porque no sé qué decirte! —Le lanzó una mirada cargada de rabia y frustración.

Duncan se dio la vuelta y volvió a abrir la puerta. Como aún no se había quitado el tartán no necesitó alargar el momento de manera innecesaria. Estaba claro que había interrumpido a la joven cuando estaba a punto de lavarse y que eso la había molestado. No sabía qué había esperado encontrarse al volver a casa, pero desde luego no contaba con hallar a una deseable y semidesnuda joven recibéndole como a un enemigo. Solo había interrumpido su baño, por Dios.

No había dado ni dos pasos cuando se detuvo. Gabrielle llevaba varias semanas allí y, que él supiera, no se había bañado todavía, aunque siempre olía muy bien. La joven había aprovechado su ausencia para hacerlo, y sonrió ante la ridiculez de aquel barreño que había reconocido de inmediato, aunque al principio no había sido capaz de dilucidar para qué diantres iba a usarlo. Tomó una decisión en un instante y volvió sobre sus pasos.

Gabriela se había sentido tan coartada con la irrupción de Duncan que ni siquiera había sido capaz de hablarle con propiedad. Se sintió mortificada por su forma de actuar y se prometió que, en cuanto regresara, se disculparía con él.

—¿Qué demonios crees que haces? —le dijo en cambio, cuando él volvió a aparecer bajo el umbral. Se cubrió las piernas ya desnudas con el lienzo que había colgado del respaldo de la silla. Por fortuna, aún llevaba su camisa puesta.

—¡Vístete! —le dijo él, de inmediato, y pasó a su lado con prisas en dirección a su habitación.

—¿Se te han caído los modales del caballo? —preguntó ella.

—¿Qué? —Duncan se detuvo y la miró, sin comprender.

—Me has dicho que me dejarías un rato a solas para que pudiera lavarme.

—Se me ha ocurrido algo mucho mejor.

Gabriela lo observó con detenimiento, no muy segura de a dónde quería llegar.

—¿Quieres bañarte o no? —le preguntó él, con los brazos en jarras.

—Pues claro que sí, pero...

—Entonces vístete.

—Oh, Dios, ¡eres insufrible! —replicó ella que, a su pesar, comenzó a hacer lo que él le había pedido. «Ordenado —se dijo—, me lo ha ordenado.»

Lo vio salir de su habitación con una manta y un par de lienzos más.

—Iremos a la gruta.

—¿Qué gruta?

—Donde Micheal y yo nos bañamos.

—¡Un momento! No pienso ir a ningún sitio en mitad de la noche —replicó, airada—. Y menos aún a bañarme desnuda contigo.

—No tenía intención de que nos bañáramos juntos —le dijo él, con el ceño fruncido—. De hecho, tenía pensado quedarme en la entrada, vigilando por si a alguien se le ocurría la misma idea. La gruta no es de mi propiedad, ¿sabes?

—Aun así...

—El agua está muy caliente, y te cubrirá hasta el cuello.

—Oh, Dios. —Gabriela sintió que su resistencia se desvanecía ante la sola mención de una bañera natural repleta de agua caliente.

—Pero como prefieras... yo voy a ir de todas formas. Lo cierto es que me hace bastante falta. Mientras terminas voy a buscar el caballo.

Gabriela lo miró y estuvo de acuerdo con su último comentario. De repente, aquel barreño ridículo junto a la chimenea se le antojó un trasto inútil. Acabó de vestirse, preparó un hatillo con la ropa limpia, el trozo de jabón y el lienzo, y se puso la capa. Solo tuvo que esperar unos minutos a que Duncan regresara, con Brave de la brida. Gabriela saludó al animal con unas cuantas palmadas en el lomo y se dejó ayudar por Duncan para subir a él. De un salto, Duncan se colocó tras ella y la sujetó con un brazo por la cintura. Gabrielle se puso tensa de inmediato, pero Duncan no aflojó la presión.

Cruzaron el pueblo al trote, atravesaron las puertas —donde dos guardias saludaron a Duncan con respeto y con algo de asombro— y bajaron la colina para adentrarse en el bosquecillo que se extendía a sus pies. Tomaron el sendero principal, que ella ya conocía, y luego una bifurcación a la izquierda disimulada entre la maleza.

Tras unos minutos en los que se vio obligada a relajar el cuerpo contra el de

Duncan, llegaron a una pequeña loma salpicada de enormes rocas. Se apearon del caballo y él abrió la marcha. Allí hacía incluso más frío que en la aldea, y Gabriela se estremeció bajo su capa, mientras soñaba con ese baño del que podría disfrutar en unos minutos.

Duncan se detuvo frente a una abertura, cogió una de las teas que había sujetas a la pared, y la encendió con la yesca y el pedernal. La repentina llama iluminó un pasadizo de roca que se internaba en la montaña. Duncan la cogió de la mano y comenzó a avanzar, primero en línea recta y luego a la derecha, donde tuvieron que bajar las cabezas para no golpearse con el techo, mucho más bajo en aquella zona. Finalmente llegaron a una especie de sala, donde él encendió otra antorcha, fija en la pared. Gabriela se quedó sin habla.

En un lateral de aquel espacio circular, había un pequeño lago de aguas cristalinas que emitían un tenue vapor al entrar en contacto con el aire frío. Un chorro constante descendía desde unas piedras situadas más arriba, y creaba una especie de cortina de agua caliente bajo la que Gabriela quiso situarse de inmediato.

—Esto es... esto es... —¿Con qué palabras podía definir lo que tenía ante ella?

—Lo sé —dijo Duncan, que desplegó la manta sobre el suelo y colocó los dos lienzos en una esquina—. Tómame el tiempo que necesites, yo haré guardia en la entrada.

—Gracias, Duncan. —Gabriela apoyó su mano sobre el brazo de Duncan y la luz de la sala pareció aumentar durante un momento.

Él tragó saliva, sin saber muy bien qué decir. Asintió, cogió una de las antorchas, y regresó por donde habían llegado, dejándola sola.

Su marcha dejó el lugar en penumbra y Gabriela sintió cierta aprensión. No sabía si aquella gruta disponía de más entradas, o de más salas donde se refugiaran animales salvajes. Solo faltaría que un oso la atacara simplemente

porque ella había decidido darse un baño. Sus miedos se derritieron en cuanto metió un pie dentro. Con un suspiro de satisfacción, se apoyó en las piedras del fondo y el agua la cubrió hasta las rodillas. Anduvo con cuidado hasta situarse en el centro del estanque. Como Duncan le había comentado, el agua le llegaba hasta el cuello. Se tapó la nariz y se sumergió por completo, sintiendo cómo aquel abrazo caliente la envolvía.

Se dirigió hacia la pequeña cascada y se situó bajo ella. Disfrutó de la sensación del chorro golpeando su cabeza y sus hombros. Permaneció allí varios minutos, con la cabeza inclinada hacia atrás para que el agua cayera sobre su rostro. Fue entonces cuando escuchó un trueno, que reverberó en el interior de la cueva. Y luego otro más.

Se alejó de la cascada y aguzó el oído. Llovía. Llovía mucho. Desde allí podía escuchar el sonido de las gotas al estrellarse contra la piedra de la entrada. Y Duncan estaba seguramente empapándose. ¿Cuánto tiempo llevaba ella allí? Tal vez demasiado, se dijo. Cogió el trozo de jabón, se acercó un poco a la orilla, y se enjabonó a conciencia, procurando no olvidarse de ningún rincón. Hacía frío, mucho frío, como si el contraste de temperaturas aumentara aún más la sensación de helor que la invadió de repente. Volvió a la cascada y se enjuagó bien, hasta que no quedó ni rastro de jabón en el pelo o en el cuerpo. A regañadientes, salió del agua, y comenzó a vestirse.

—¡Gabrielle! —Oyó la voz de Duncan desde la entrada.

—¡Ya estoy lista! —respondió ella—. Puedes venir.

Él apareció de inmediato, con el cabello pegado al cráneo y el agua cayendo de sus ropas empapadas.

—¡Dios mío! —exclamó ella, que aún se sintió más culpable por el delicioso baño que acababa de tomar mientras él se empapaba bajo la lluvia.

—Llueve como si no fuera a hacerlo nunca más —dijo Duncan, que se quitó

el tartán y lo sacudió en un rincón—. He metido a Brave dentro, no le gustan mucho los truenos.

Cuando vio que Duncan comenzaba a quitarse las botas, Gabriela se envaró.

—Será mejor que te deje solo —le dijo, con la voz entrecortada.

—No digas tonterías. No puedes salir al exterior ahora, y Brave está en la entrada.

—Ya, pero...

—Limítate a sentarte de espaldas a mí mientras me baño.

—Yo... de acuerdo —accedió ella, con las mejillas encendidas.

Gabriela se sentó sobre la manta, con las piernas recogidas, mientras a su espalda sentía cómo Duncan se desnudaba. Imaginar aquel torso y aquellos brazos le secó la garganta.

—No mirarás, ¿verdad? —le preguntó él, socarrón.

—¡Pero cómo te atreves!

Duncan soltó una risotada que se confundió con el sonido de otro trueno, que a Gabriela le pareció mucho más cercano. Reprimió un estremecimiento y sonrió a su pesar, contagiada por la risa de Duncan. Lo oyó chapotear en el agua e incluso silbar y supo que estaba contento, que, de algún modo, no lamentaba estar allí, con ella.

—No podemos salir ahora —le anunció Duncan, como si ella no fuera consciente de ello.

Después de bañarse y vestirse, ambos habían ido a la entrada, donde un Brave tranquilo los recibió con un suave relincho. Fuera, caía una lluvia torrencial, acompañada de rayos y truenos que partían la noche en pedazos.

—Nos quedaremos un rato aquí, hasta que amaine.

—De acuerdo —convino ella, que sabía que no tenían otra opción si no querían llegar a casa empapados.

Volvieron a la sala principal y Duncan movió la manta hasta un rincón. Apagó una de las antorchas y dejó la otra encendida. Luego se sentó y apoyó la espalda contra la superficie de roca. Gabriela permaneció de pie, observando cómo él echaba la cabeza hacia atrás, cerraba los ojos y alzaba una de sus piernas, para apoyar un brazo sobre ella. El *kilt* se alzó un poco y pudo vislumbrar aquellos poderosos y bien torneados músculos, cubiertos de un espeso vello dorado.

—¿Vas a quedarte ahí de pie toda la noche? —le preguntó él, sin ni siquiera abrir los ojos.

Ella no dijo nada. Se sentó a su lado, procurando que sus cuerpos no se tocaran, y le imitó recostándose también sobre la roca. Se sentía limpia y relajada por primera vez en días y una suave somnolencia comenzó a envolverla. No quería quedarse dormida, no allí, tan cerca de él.

—¿Por qué me has traído aquí? —le preguntó entonces.

—Necesitabas un baño, ¿no? —contestó él, sin cambiar de postura.

—Sí, pero... has sido muy amable.

—¿Y por qué no habría de serlo? —Entonces sí la miró, y Gabriela vio el fuego de la antorcha reflejado en sus pupilas. El corazón se le estrelló contra las costillas.

—Pensé que... en fin... que yo... que yo no te gustaba.

Duncan la miró con tanta fijeza que Gabriela volvió a sentirse desnuda.

—¿Por qué diablos has pensado algo así?

—Bueno, la otra noche, tú no quisiste... en fin, ya sabes.

—Eso no tiene nada que ver contigo. —Duncan volvió a su posición original, y apoyó la coronilla sobre la roca.

—¿Con qué tiene que ver entonces?

—Creí que había quedado claro.

—No, en absoluto. Quiero decir, sé que es por mi abuelo, pero...

—Gabrielle. —El sonido de su nombre pronunciado por aquella voz tan ronca y suave consiguió que todo su cuerpo hormigueara—. Eres la nieta de un *laird* escocés. Aquí eso es lo más parecido a la nobleza que tenemos. ¿Qué crees que pensaría tu abuelo si supiera que yo he desvirgado a su nieta y que no podrá conseguir un matrimonio ventajoso para el clan?

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con un matrimonio ventajoso?

—Bueno, seguro que, una vez se haya recuperado de la impresión, concertará un buen matrimonio para ti. Probablemente con algún clan vecino. En esta tierra nunca está de más contar con buenos aliados.

Gabriela era incapaz de decir nada. Lo miraba mientras intentaba asimilar sus palabras. Bromeaba, seguro. Su rostro, sin embargo, permanecía serio.

—¿Estás bromeando? —preguntó al fin, no muy segura de lo que le transmitía aquella mirada.

—En absoluto.

—Quieres decir... ¿quieres decir que mi abuelo me casará con alguien que

él designe para contar con más aliados?

—¿Y qué esperabas que hiciera? —Duncan alzó una ceja.

—No me casaré con nadie que no elija yo —respondió ella, furiosa.

—Eres la nieta de un *laird* escocés.

—Y la hija de una mujer castellana —repuso ella, con orgullo.

—Las cosas también funcionan así en Castilla, estoy seguro.

—No, para mí no —replicó ella, con los puños tan apretados que las uñas se le clavaron en las palmas de las manos—. Hui de Toledo para no tener que casarme con un hombre al que detestaba. Si es necesario, huiré también de aquí.

—No sabes lo que dices —dijo él—. Eres solo una niña.

—No, Duncan, no lo soy. Quizás ya es hora de que te des cuenta.

—Créeme, soy más consciente que nunca de ello.

La atmósfera pareció cargarse de algo nuevo, algo denso, dulce y peligroso. Gabriela pudo sentirlo en cada poro de su piel.

—Me entregaré al hombre que elija, o no me entregaré a nadie —dijo, tan convencida que la mirada de Duncan pareció temblar.

—¿Y qué harás si te marchas de aquí? ¿Adónde irás?

Sí, eso. ¿Adónde podía ir? Volver a Toledo no era una opción, y no tenía otro lugar en el mundo al que acudir. Sin su familia, sin Angus, sin nadie que la ayudara, no sobreviviría ni una semana. Se mordió los carrillos para no echarse a llorar. Parecía que su destino siempre iba a ser decidido por los demás, como el de la mayoría de las mujeres de su tiempo. Se prometió encontrar la manera de convencer a su abuelo de que no la casara con un desconocido, que la alejaría de allí ahora que por fin había encontrado un hogar.

—No lo sé —repuso, tragando saliva y lágrimas a partes iguales.

Duncan centró la vista en la punta de sus botas, como si allí estuvieran todas

las respuestas.

—Pero, si eso va a ser así, entonces quiero elegir con quién deseo pasar mi primera noche. —Ni siquiera Gabriela podía asegurar por qué había pronunciado aquellas palabras, pero supo que eran las correctas.

—Gabrielle... —Duncan se resistía a mirarla porque sabía que, en caso de hacerlo, se perdería. Ambos lo harían.

—Si al final voy a pasar el resto de mi vida junto a un hombre que no me guste, quiero al menos disfrutar de un recuerdo hermoso junto a alguien que sí me agrade.

—¿Y ese soy yo, por casualidad? —La mirada de Duncan la atravesó de parte a parte.

—¿Y quién otro podría ser? —La voz de Gabriela fue solo un susurro ronco, que acompañó con una mirada tan cargada de intenciones que todo el cuerpo de Duncan se hizo añicos.

—¿Estás segura de lo que quieres? —Le acarició el rostro con el dorso de los dedos.

—Nunca en mi vida he estado tan segura de nada como lo estoy ahora.

—Mañana tal vez pienses de otra manera.

—No habrá mañana, Duncan. Quiero que sea aquí, y ahora.

El gesto de Duncan, que volvía a acariciar su mejilla, se quedó congelado. Clavó la mirada en ella y vio su determinación con tanta claridad que supo que no había nada que pudiera decir para hacerla cambiar de opinión. ¿Dónde le dejaba eso a él? ¿Dónde quedaban su sentido del honor y del deber? No pudo hallar respuesta para ninguna de esas preguntas, porque los labios de Gabrielle se acercaron a los suyos y se posaron con una delicadeza que supo que ya no había vuelta atrás. Haría suya a esa mujer, aunque ello le costara el honor y la vida.

A pesar de lo que le había dicho, cuando sintió a Duncan volverse hacia ella para rodearla con sus brazos, le tembló todo el cuerpo. De repente, lo único en lo que podía pensar era que allí, pegada a aquel hombre, se sentía en casa, en una casa cuyos rincones estaba a punto de descubrir.

Duncan profundizó el beso, internándose en aquella boca que era la antesala a su infierno particular, saboreando cada textura y bebiéndose los gemidos de Gabrielle, que parecía derretirse pegada a su piel. Sintió cómo ella se tensaba, cómo se aferraba a su camisa y tiraba de él como si quisiera meterlo dentro de su cuerpo. Sus manos volaban de su cintura a su corto cabello, de su mentón a su cadera, de su pierna a su barbilla. Necesitaba más manos, más piernas en las que enredar a aquel ser maravilloso que lo había escogido entre todos para entregarle su bien máspreciado. Las implicaciones de lo que eso significaba asaltaron su pensamiento un instante. Los dientes de Gabrielle mordisquearon su labio inferior y barrieron cualquier pensamiento coherente un segundo más tarde. Y ya no hubo vuelta atrás.

Gabriela se sentía desfallecer, como si todas las fiebres del mundo la atacaran al mismo tiempo, con un ansia que le devoraba las entrañas. Había recogido las piernas bajo su cuerpo y se había vuelto hacia Duncan, para tener más acceso a él. La incipiente barba del hombre raspaba la suave piel de su barbilla, que notaba arder. Aquellos labios tan suaves la estaban llevando a algún lugar del que sería imposible volver, y aquella lengua que jugaba a enredarse con la suya era el comienzo de algo que sería irrepetible y también, lo sabía, inolvidable. De repente, sintió la urgente necesidad de tocar la piel de Duncan y sus manos se movieron solas, rápidas, para subir un poco la camisa y colocar las palmas en sus costados. Su piel estaba caliente, y era tan suave que con gusto se habría convertido en aquel pedazo de tela para ir siempre pegada a ella.

Duncan reprimió un estremecimiento cuando notó aquellas manos bajo su

ropa y luego comenzar a moverse, primero como si fueran las alas de un pajarillo atrapado y luego como un río de lava que quemaba todo a su paso. Se separó un poco de Gabrielle, lo justo para sentarse frente a ella, con las piernas a ambos lados de la joven. Continuó besándola, recorriendo el mentón con sus labios, mordisqueando el hueso de su mandíbula, succionando con suavidad aquel punto palpitante de su cuello, para volver a su boca y emborracharse de sus besos. Al fin sus manos buscaron también un hueco bajo su camisa y, cuando sintió aquella piel tan fina y cálida bajo sus dedos, reprimió el deseo de arrancársela y de tumbarla sobre la manta, sin más preámbulos.

Gabriela sentía que su propia ropa le quemaba, que si no se desnudaba pronto y se pegaba al cuerpo de Duncan moriría sin remedio, tan cerca del cielo como estaba en ese instante. De un manotazo inconsciente retiró las manos de él, se separó unos centímetros y con un solo movimiento enérgico, se sacó la prenda por la cabeza. De repente, el frío de la cueva sopló sobre su torso desnudo e hizo que su piel se erizara y sus pezones se irguieran buscando calor.

Duncan la observó a la luz de la antorcha, tan suave, tan delicada, tan hermosa. La imitó y ambos se quedaron desnudos de cintura para arriba, observándose, perdiéndose en aquella vorágine de sensaciones. Cogió el rostro de Gabrielle entre sus manos, sin poder creer aún en aquella maravilla, y la besó, con dulzura, como si acabara de descubrir aquellos labios y todavía no pudiera creer que eran suyos, que estaban hechos para él.

Ella pegó su torso al de Duncan, y el frío se quedó fuera de aquel abrazo. Ni un suspiro cabía entre ambos cuerpos, ni una lágrima podría haberse deslizado entre ellos. Él la abrazó con fuerza y ella colocó su cabeza sobre su hombro, mientras él besaba el lóbulo de su oreja y su cuello, trazando un camino de estrellas sobre su piel. Sintió cómo él la inclinaba hacia atrás, para tenderla

sobre la manta, y ella se dejó llevar, como si flotara, como si en lugar de un frío suelo de piedra aquel fuera un lecho de algodón. Cuando estuvo totalmente tumbada, él se incorporó sobre un codo y la miró. Aquellos increíbles ojos azules, ahora del color del océano profundo, estaban repletos de preguntas. Gabriela no necesitó abrir la boca para responder a ninguna de ellas. Se limitó a colocar la mano sobre la nuca de Duncan para atraerlo de nuevo hacia ella, para que volviera a llenarla de besos, de caricias y de secretos.

Duncan le había dado una oportunidad para arrepentirse, para que detuviera todo aquello. Sabía que, aunque no había pronunciado palabra alguna, ella le había entendido, y le había entregado su respuesta. Una respuesta en forma de beso que se tragó todos sus temores. Gabriela comenzó a contornearse bajo su cuerpo, como si no fuera capaz de encontrar una postura lo bastante cómoda. Sin embargo, él sabía bien lo que le pasaba. El deseo la consumía, solo que todavía no conocía cómo darle forma ni cómo saciarlo. Y él estaba allí para demostrárselo, para llevarla a un lugar en el que nunca había estado.

Con destreza, Duncan deshizo el nudo que sujetaba las calzas de Gabrielle y posó su mano sobre la cadera de la joven, temiendo avanzar demasiado rápido y que ella se asustara. Pero no dio muestras de nada parecido, más bien al contrario; aún se pegó más a él, volviendo ligeramente su cuerpo. Poco a poco introdujo su mano hasta llegar al montículo de suaves rizos, y sus dedos se aventuraron a explorar aquella zona. Al primer contacto, el cuerpo de Gabrielle se arqueó y soltó un gemido gutural que hizo que su propia garganta la imitara. Dios, era maravillosa. Le gustaba cómo se entregaba, sin ni siquiera saber qué le esperaba en realidad, otorgándole las llaves de su reino y rindiéndose a su merced. Duncan aumentó la exploración y acarició aquellos pliegues húmedos y aquel botón ahora hinchado que arrancó un grito de sorpresa y placer de Gabrielle.

Gabriela sentía aquellos dedos jugar con la zona más íntima de su cuerpo y,

en lugar de sentir vergüenza o timidez, ansiaba despojarse de sus ropas para que él pudiera acceder con mayor comodidad. Era incapaz de expresar con palabras lo que estaba sintiendo, el modo en que su piel se quebraba y se recomponía, la manera en que su respiración se colapsaba, la forma en la que su estómago se contraía y se estiraba con cada caricia, con cada suspiro. Y sabía, intuía que aquello era solo la antesala de algo más grande, algo que parecía reptar por todo su cuerpo, dejando su huella en cada recoveco. De repente, las calzas se convirtieron en un suplicio y, sin dejar de besar a Duncan, bajó las manos y trató de quitárselas.

—Tranquila —le susurró él, cuando vio que ella se ponía nerviosa al no lograr su propósito.

—Necesito... necesito... más —logró articular ella, entre suspiro y suspiro.

Duncan la ayudó a desprenderse de la prenda y luego de los calzones, y entonces sí estuvo completamente desnuda junto a aquel hombre de bronce y acero que la contemplaba como si se hallara a las puertas del Paraíso. Duncan se separó unos centímetros, ansioso por beberse aquella imagen y dejarla para siempre grabada en su memoria porque supo, como que el sol saldría por la mañana, que esa mujer nunca podría ser suya.

Gabriela volvió a pegarse al cuerpo de Duncan, sintió sus senos aplastados contra su torso, su corazón latiendo bajo su mano, y los dedos de Duncan arrancando destellos de su cuerpo, hasta que le fue imposible soportar aquel tormento y se quebró bajo su tacto, con un foganazo que la partió por la mitad y la fue recomponiendo a pedazos. Temblorosa y jadeante, lo miró de nuevo, vio su frente perlada de sudor, una vena palpitando furiosa en su cuello y la mandíbula tensa. Él le sonrió, con aquella sonrisa perezosa que a ella le calentaba los huesos, y con la mano libre se quitó el *kilt*. Gabriela dirigió la vista hacia aquel miembro rosado y enhiesto que ya había visto en una

ocasión, y volvió a parecerle hermoso. Acercó su mano para envolverlo y él la detuvo.

—Será mejor que no lo hagas —le dijo Duncan, con la voz ronca, mientras posaba un dulce beso en la punta de su nariz.

—¿Por qué no? Me gustaría hacer lo mismo por ti.

—Hoy no, Gabrielle. Esto acabaría demasiado rápido.

Ella no necesitó tener experiencia alguna para entender el significado de aquella afirmación y, por un momento, se sintió poderosa, hecha de una luz tan brillante que podía quemar a quienes la tocaran. Solo asintió y se volvió un poco más, hasta que ambos quedaron tendidos frente a frente. Ella aproximó sus caderas a aquella erección, que notó caliente y húmeda sobre su vientre.

«Podría morirme ahora y no lo lamentaría», se dijo Duncan, mientras se incorporaba y volvía a besar a aquella mujer. Con delicadeza, le abrió las piernas, colocó su propio muslo entre ellas, y luego se acomodó allí. Se apoyó en los antebrazos para contemplarla a la luz de aquella antorcha que palpitaba y dibujaba sombras sobre el rostro de Gabrielle, cuyos ojos brillaban como dos luceros. Movié ligeramente las caderas hasta que notó la punta de su miembro pegado a aquellos labios húmedos y suaves.

—Es probable que te duela un poco —le dijo.

—Lo sé.

—Si en cualquier momento quieres parar...

—Duncan, por favor, deja de hablar ya —le interrumpió ella, cogiéndole de los costados y tratando de empujarlo hacia abajo.

Duncan solo pudo sonreír mientras comenzaba a entrar en aquella cavidad aterciopelada que parecía adaptarse a él a medida que la invadía. Cuando percibió cierta resistencia, supo que había llegado el momento.

—Mírame, Gabrielle —le dijo entonces.

Ella abrió los ojos, con una extraña e incómoda sensación extendiéndose

por su bajo vientre. Notaba aquella zona como si fuese la cuerda de un arco que se fuera tensando hasta romperse, como ella se rompería en unos segundos si no lo paraba antes. «¿Parar el qué?», se dijo. Entonces alzó ligeramente las caderas, lo suficiente como para que él lo entendiera como la invitación que era, y Duncan traspasó la barrera sin dejar de mirarla, con suavidad pero con firmeza.

Los ojos de Gabriela se llenaron de lágrimas. El dolor fue exactamente como lo había imaginado, pero duró poco, Duncan se ocupó de que así fuera. Primero se detuvo un instante, aguardando a que pasara lo peor, y luego comenzó a moverse con suavidad, con tanta suavidad que Gabriela sintió como si las mareas le subieran por el cuerpo hasta el cuello y luego bajaran de nuevo. Poco a poco, Duncan aumentó el ritmo, y la respiración de Gabriela se aceleró. ¿Existirían palabras para expresar lo que sentía en ese instante?, se preguntó, sabiendo de antemano la respuesta. Se sujetó a sus hombros y alzó de nuevo las caderas, con el deseo de que Duncan entrara más adentro, que se fundiera con ella hasta el fin de los mundos. Notó cómo el placer, mucho más grande que el que había experimentado bajo sus dedos, crecía dentro de ella, llegando a todos los rincones de su cuerpo.

—*Dios mío. Oh, Dios mío* —gimió.

Duncan no había entendido sus palabras, pero no le hizo falta. Solo había que mirar aquel rostro contraído a punto de alcanzar el clímax más absoluto, aquellos brazos que trataban de asirse a él como si fuese un náufrago luchando contra el mar por una tabla. Y entonces estalló, con el cuerpo arqueado y gritando su nombre, y Duncan le rodeó la cintura con un brazo para acercarla más a él, para beberse sus suspiros y sus pedazos, y continuó moviéndose hasta que los gemidos disminuyeron de intensidad. Solo entonces se retiró y derramó su simiente a su lado, sobre la manta, y se sintió orgulloso de haber sido capaz de comportarse de forma honorable a pesar de todo, a pesar de que

lo que más había ansiado en ese momento había sido derramarse dentro de ella y con ello unir sus destinos para siempre.

Gabriela fue recuperando el aliento a medida que era consciente de que aquel maremoto había resquebrajado todas las cadenas, candados y puertas que había colocado en su corazón durante los últimos años. Como si de repente las compuertas de su alma se hubieran abierto de par en par con la fuerza de aquel volcán y ya nada pudiera quedar encerrado detrás de ellas. Ni siquiera tuvo energías para luchar contra las lágrimas que parecían llegar de todos los rincones de su cuerpo hasta sus ojos, ni para ahogar los sollozos que le atoraban la garganta.

—Gabrielle, Gabrielle. —Duncan la miró, preocupado—. ¿Qué te ocurre? ¿Estás bien? ¿Te ha dolido mucho?

Ni siquiera fue capaz de encontrar la voz para responderle. Se limitó a abrazarse a él y a llorar como no lo había hecho en años, desde que su vida había comenzado a derrumbarse para siempre.

Y supo que a aquel hombre que le había regalado su primera noche de amor le había entregado también las llaves de su propia alma.

Cuando al fin Gabriela fue capaz de encontrar su voz, logró decirle a Duncan que no tenía motivos para preocuparse, que, simplemente, las emociones la habían desbordado. Él pareció aceptar su explicación y la rodeó con sus brazos. Pegó su cuerpo al de ella y los cubrió a ambos con el tartán. Gabriela sintió el olor de aquella prenda atravesarle cada poro de la piel, haciendo aún más palpable la presencia de Duncan. Oyó cómo su respiración se tornaba más lenta y supo que se había dormido. Ella quiso hacer lo mismo, pero sentía todo su interior revolverse, su sangre recorrer con furia cada centímetro de su cuerpo. Sentía un dolor sordo en la entrepierna, aún húmeda, y al mismo tiempo una sensación de plenitud que no lograba explicar. Los brazos de Duncan la acercaron a él un poco más, como si eso fuera posible, y

ella apoyó la mejilla sobre aquel torso duro y tibio y se obligó a cerrar los ojos. Sin darse cuenta, su sangre se calmó y su corazón recuperó su ritmo habitual.

Cuando volvió a abrirlos, había amanecido. Y Duncan no estaba con ella.

Le vio en cuanto se dio la vuelta. Había aprovechado para sumergirse de nuevo en el manantial, y en ese momento secaba su cuerpo con movimientos vigorosos. Gabriela decidió hacerse la dormida y lo observó con los ojos semicerrados. Contempló aquel cuerpo cincelado en piedra, la fluidez de sus movimientos, el cabello mojado cayéndole por la espalda, aquellos brazos y aquellas manos capaces de llevarla tan lejos... Sintió cómo su propio cuerpo se calentaba y cómo ansiaba volver a sentirle en su interior. Se avergonzó y al mismo tiempo se sonrió por su atrevimiento, que el padre Cosme le habría reprochado y por el que, sin duda, la habría obligado a rezar un sinfín de avemarías.

¿Cómo podía considerar la Iglesia pecado algo tan sublime? Sabía que su deber como buena cristiana era mantenerse pura hasta al matrimonio y que su marido debería haber sido el primer hombre que la tocara, pero estaba convencida de que Dios entendería su especial situación y sabría perdonarla.

En ese momento, Duncan se volvió y la sorprendió mirándole.

—Si ya estás despierta será mejor que nos pongamos en marcha.

Gabriela sintió como si le hubiera echado un jarro de agua fría por encima. No es que hubiera esperado que le diera los buenos días con un beso o algunas caricias. Bueno, en realidad sí, eso era exactamente lo que había esperado, lo que había supuesto que sucedería. Pero Duncan comenzó a vestirse como si ella ya no estuviera allí, y esa indiferencia consiguió que las lágrimas volvieran a llenar sus ojos. Para ella aquella noche había sido especial y mágica, para él solo había sido una noche más.

Le pidió unos minutos para darse un corto baño y luego cubrió su desnudez, de repente un tanto avergonzada, como si hubiese hecho algo malo.

Duncan no se atrevía a mirar a Gabrielle, por si veía en sus ojos siquiera una sombra de arrepentimiento. Con la luz de la mañana, ella tal vez pensara que todo había sido un error, que entregar su virginidad a un hombre con el que no se casaría era una equivocación. Y él no quería ver eso, no podía. A pesar de haberse dado un nuevo baño, aún llevaba el olor de ella pegado a la piel y el sabor de sus besos cosido a sus labios. No recordaba haber sentido a ninguna mujer con tanta intensidad como había sentido a Gabrielle, no recordaba haber temblado de aquella manera, ni de haberse muerto a suspiros mientras estaba en su interior. En ese momento, Duncan se encontraba fuera de su elemento, como si no supiera cómo reaccionar ni cómo afrontar un nuevo día junto a ella. Necesitaba poner un poco de distancia, tranquilizarse y pensar en lo que había ocurrido, o no pensar. «Mejor no pensar», se dijo, mientras la observaba vestirse con el rabillo del ojo. Ella permanecía cabizbaja y muy concentrada en abrocharse las calzas y, cuando vio una lágrima solitaria deslizarse por su mejilla, intuyó que lo que más temía había sucedido de todos modos. La luz del día rompe muchas noches mágicas, y la prueba estaba ante él, poniéndose las botas con un resoplido de fastidio.

Al ver que estaba lista, se dirigió hacia la entrada. Allí estaba Brave, y más allá un cielo despejado y un ambiente frío y húmedo. Gabrielle había seguido sus pasos y ambos se arrebujaron en sus tartanes y abandonaron aquel refugio. Descendieron por la suave pendiente con el caballo sujeto por las riendas y, una vez en el camino, Duncan se dispuso a ayudarla a montar.

—Buenos días. —Una voz sonó desde la espesura del otro lado y la cabeza de Fiona asomó entre las ramas—. Habéis madrugado mucho.

—Lo mismo podría decir yo —apuntó Duncan, que retiró la mano de la empuñadora de su espada.

La mujer salió al camino y los observó a ambos, como si intuyera lo que había sucedido allí arriba.

—¿Tomando un baño matutino? —Señaló los cabellos húmedos del guerrero.

—En efecto.

—El chico no se ha bañado, según veo.

Gabriela se tocó el pelo con una mano, un gesto inconsciente y absurdo, pues bien sabía ella que lo llevaba seco. Solo se había sumergido en el agua hasta el cuello.

—Me alegra ver que estás mejor, joven Rob —le dijo entonces.

—Gracias —respondió ella, casi en un susurro.

—¿Qué haces por aquí tan temprano? —intervino Duncan.

—He salido a buscar algunas hierbas. —Señaló el cesto que llevaba colgado del brazo—. Siempre hay que disponer de suficientes provisiones. Nunca se sabe cuándo vas a necesitarlas.

—Que tengas un buen día entonces, Fiona —dijo Duncan. Se aproximó a su caballo y unió las manos para que Gabrielle pusiera su pie sobre ellas y subiera a la montura. Una vez la joven estuvo sobre Brave, él se subió de un salto y se colocó tras ella, tomó las riendas del caballo y lo espoleó con suavidad. Mientras se alejaba, el guerrero sintió la mirada de Fiona quemarle la espalda.

—¿Quién era esa mujer? —preguntó Gabrielle, ya lo bastante lejos.

—Una especie de curandera. Vive cerca del bosque. Ella fue quien preparó el brebaje que te bajó la fiebre.

—Oh, vaya. Debí haberle dado las gracias con más efusividad entonces.

—Ya lo hice yo por ti.

—Tampoco te has mostrado muy amable con ella —apuntó Gabriela con cierto desdén.

—Ya lo fui en su momento, cuando me dio tu medicina. —Duncan hizo una pausa antes de continuar—. ¿Qué quieres decir con «tampoco»?

—No tiene importancia —repuso ella, que sintió que, tal vez, había dicho más de lo que deseaba. Se había prometido a sí misma que no le mostraría su vulnerabilidad, ni cómo la había herido su desprecio matutino.

Duncan tiró de las riendas del caballo, que se detuvo en medio del camino. Gabriela se envaró y observó los alrededores, como si en cualquier momento una jauría de salvajes fuese a emerger de la espesura para enfrentarse a ellos. A su espalda, por el contrario, percibía que Duncan no había movido ni un músculo, aunque parecía tan tenso como ella.

—Sí la tiene, Gabrielle —le dijo entonces, en un susurro—. Todo lo que digas tiene importancia.

Gabriela tragó saliva, nuevamente emocionada. Pero ¿qué diablos le sucedía con aquel hombre? ¿Cómo era capaz de tocar todas las cuerdas de su alma y llenarla de emociones de aquella manera? ¿Acaso la medicina de Fiona llevaba algún ingrediente secreto que él no había querido confesarle?

—¿Qué es lo que ocurre?

—Ya te he dicho que nada.

—No nos moveremos de aquí hasta que me lo digas —repuso él, y ella detectó cierta inseguridad en su voz. ¿O habían sido imaginaciones suyas?

Duncan estaba preparado para escuchar lo que ella tuviera que decirle. Sospechaba de qué podía tratarse y no le iba a negar al menos la oportunidad de que le reprochara la noche anterior, o cualquier otra cosa que tuviera en mente.

—Es solo que esta mañana has sido muy poco amable conmigo.

—¿Poco amable? —¿Había oído bien?, se preguntó Duncan.

—Te has comportado como si... como si yo fuese una cualquiera con la que te hubieras cruzado una noche y...

No pudo seguir. Las lágrimas se le agolparon todas en la garganta y le ahogaron la voz.

Duncan no dijo nada, se limitó a posar sus labios sobre su cabello. Con disimulo, pasó su brazo bajo el tartán y la pegó a su cuerpo.

—Lo siento —le susurró, muy cerca de la oreja, lo que la hizo estremecer—. Creí que esta mañana te arrepentías de lo que sucedió anoche.

Gabriela quiso volverse hacia él, pero Duncan la mantuvo en su sitio.

—Estamos en el exterior, Gabrielle, cualquiera podría vernos.

Ella se limitó a asentir y él volvió a azuzar a su montura, que reanudó la marcha.

—¿Por qué has pensado algo semejante? —Ella metió la mano bajo su tartán y la posó sobre la de él.

—A veces, la luz del día pone las cosas en su debido lugar.

—Duncan Montroe, las cosas están exactamente donde deben estar.

Él sonrió, y Gabriela habría sentido su corazón morir de gozo si hubiera podido ver aquella sonrisa. Con disimulo, él volvió a besar su cabello y a embriagarse con las sensaciones que ella le hacía experimentar. De repente, se sentía feliz, lleno de vida y con ganas de correr, de reír, de volar...

Se despidieron en la puerta, besándose con la mirada. Duncan ya llegaba tarde, y últimamente se estaba convirtiendo en una fea costumbre. No podía exigirles a sus hombres algo que ni él mismo cumplía, así es que partió al galope y Gabriela entró en la cabaña como si llevara alas en los pies. Cuando, unos minutos más tarde, Gavin acudió a buscarla, la encontró resplandeciente y con los ojos brillantes.

—¿Estás bien, muchacho? —le preguntó, con una ceja alzada.

—Sí, ¿por qué? —Gabriela había repasado su ropa antes de salir, por si

quedaba alguna evidencia de lo ocurrido la noche anterior.

—No lo sé, estás diferente.

—Hoy hace un buen día.

—Sí, será eso —refunfuñó Gavin, que vio el cielo encapotado y con ganas de descargar la tormenta del siglo, sin contar con las rachas de viento helado que se le colaban bajo el tartán y que le tenían congelados todos los huesos.

Gabriela no podía quedarse quieta y se sentía invencible, llena de luz. Sin darse cuenta, caminaba sobre las puntas de sus pies, como si bailara.

Gavin la observó un momento y de repente se detuvo y soltó una carcajada.

—Maldita sea, chico. ¡Sufres mal de amores!

—¿¿Qué?? —Gabriela empalideció y se sonrojó, todo al mismo tiempo.

Aquella paleta de colores no hizo sino aumentar las sospechas de Gavin.

—Oh, créeme, conozco los síntomas —repuso él, y le echó un brazo sobre los hombros—. He visto a todos los jóvenes del clan pasar por lo mismo en uno u otro momento.

—No, te equivocas, de verdad —balbuceó Gabriela, totalmente mortificada. ¿Cómo se le podía notar algo así?

—¿Y quién es la afortunada, chico? —Gavin la pegó a su costado y chocó suavemente su cabeza contra la de ella—. ¿Mildred, la hija del panadero?

—¿Mildred? —Gabriela ni siquiera sabía de quién hablaba. Había visto a varias jóvenes andar cerca de ella, pero no se había fijado mucho en ninguna.

—No, déjame pensar —repuso Gavin. Se sujetó el labio inferior con el índice y el pulgar, como si anduviera muy concentrado—. ¡Ya lo sé! Es Rosalyn, ¿verdad?

—Eh, no, creo que no.

—¿De verdad? —Gavin parecía sorprendido—. Vi cómo nos observaba el otro día mientras entrenábamos.

Gabriela recordó a una chica con el cabello castaño y rizado y unos ojos tan

grises como el cielo que en ese momento temblaba sobre sus cabezas.

—Gavin, de verdad, te equivocas, yo...

—¡Está bien, está bien! —El hombre alzó las manos en señal de rendición —. Si quieres mantenerlo en secreto, no insistiré más.

—Gracias —consiguió decir ella, sin entender muy bien cómo Gavin había podido aproximarse tanto a la verdad.

—Oh, Dios, ¡te has acostado con Duncan! —fueron las primeras palabras de Wallis cuando ambas se encontraron casualmente más tarde.

—Pero ¿es que lo llevo pintado en la cara? —Soltó Gabriela, dándole una patada a una piedra del camino, que le provocó un agudo dolor en el dedo gordo del pie. Tuvo que morderse los labios para no soltar un grito.

—Bueno, tal vez pintado no sea la palabra correcta —repuso la mujer, con una sonrisita picarona—. Espero que sepas lo que haces, jovencita.

Gabriela fue incapaz de decir nada. ¿Realmente lo sabía? De lo único que tenía certeza era de que su decisión de la noche anterior había sido la acertada, fueran cuales fuesen las consecuencias. Estar entre los brazos de Duncan había sido la experiencia más maravillosa de toda su vida, y se preguntó si todas las mujeres tendrían una primera noche como la suya. Supo la respuesta de inmediato, y pensó que seguía siendo una ingenua. Era probable que un gran número de ellas se casaran con auténticos desconocidos, con hombres poco agraciados o con verdaderos brutos, como podría sucederle a ella misma en el futuro. «No pienses en eso —se dijo—, ahora no, al menos.»

—¿Qué te ocurre?

—Nada, ¿por qué?

—Te has quedado muy callada.

—No es nada.

—¿Fue todo...? Ya sabes... ¿bien?

—Sí.

—¿Sí? ¿Ya está? —Wallis se detuvo y puso los brazos en jarras.

Gabriela no puedo evitar sonreír.

—Fue muy bien.

—¿Duncan se comportó con amabilidad?

—Oh, sí.

—¿Y... en fin... disfrutaste?

Gabriela la miró fijamente, mientras se mordía el labio inferior. Se moría de ganas de contárselo todo, de compartir con alguien lo que le había ocurrido, porque sentía que tantas emociones la desbordaban.

—No pensé que fuese... así.

—¿Así cómo? —Las cejas de Wallis se alzaron y supo que no había entendido sus palabras.

—Pues así de maravilloso.

—Oh, pequeña. —Los ojos de Wallis se humedecieron y la abrazó—. Cuánto me alegro por ti. —La besó en la mejilla y en el pelo, emocionada, y Gabriela pensó que eso sería lo que su madre habría hecho también, aunque probablemente después de castigarla hasta el día del Juicio Final por haberse entregado a un hombre que no era su marido.

—¿Siempre es así? —preguntó al fin, cuando Wallis se separó.

—Bueno, supongo que en cada caso es diferente, pero si la pareja se quiere... sí, puede serlo.

—¿Pero yo no sé si quiero a Duncan! —exclamó de inmediato—. Y estoy segura de que él no me quiere a mí.

—Pero os gustáis, y hay algo entre vosotros, algo especial, como un hilo dorado que os une aunque no estéis juntos.

—Oh, ¿de veras lo crees? —Gabriela sintió nacer en ella una llama de esperanza, un algo indefinido y mágico que, tal vez, tuviera un futuro.

—Lo he visto, niña. Ya te lo dije. ¿Y qué pasará ahora? ¿Pedirá tu mano?

—Bueno... yo...

Wallis se volvió y la encaró. Gabriela se atragantó con sus propias palabras.

—En realidad, Duncan me dijo que será mi abuelo quien deba decidir eso.

—Sí, pero tú y él habéis...

—No me juzgues, Wallis —le suplicó ella—. No sé cuál será mi futuro pero, si he de casarme con quien él decida y marcharme de aquí... quería llevarme un hermoso recuerdo de mi primera vez.

—Y podrías llevarte algo mucho más que eso. ¿Es que no tienes cabeza?

—¿Qué ocurre? ¿A qué te refieres?

—Pues a qué va a ser. ¿Y si te quedas embarazada?

—No... Duncan se ocupó de que eso no sucediera.

—Bueno, al menos demostró tener algo más de cabeza que tú, aunque no demasiada.

—Wallis...

—Cuando hable con él, le voy a dejar muy claro que...

—¡¡No!!

Wallis se sobresaltó con su grito.

—No hables con él, por favor.

—Pero...

—Wallis, esto es entre él y yo. Te lo ruego.

La mujer asintió y reanudaron su paseo. Gabriela sabía que quería hacer lo correcto, pero no podía permitir que se inmiscuyera. Ella y Duncan habían compartido una sola noche, y todo volvía a la normalidad. No sabía qué le depararía el futuro, pero no quería que él se sintiera obligado a hacer nada que

no quisiera, y eso incluía pedir su mano a su abuelo. Sería ella quien trataría de convencer a Malcolm Montroe de que no se casaría con nadie que no fuese de su elección. Si aceptaba, ya le haría ella saber a Duncan que tenía el camino libre si deseaba convertirla en su esposa. La sola idea de sentirse unida para siempre a Duncan Montroe hizo que las rodillas le temblaran y acabó apoyándose en el brazo de Wallis.

Unos minutos después, la mujer la miró, como si durante todo ese tiempo hubiera estado buscando las palabras apropiadas.

—No le diré nada —le dijo—. Pero no podéis volver a hacerlo.

—Eso no...

—No me interrumpas. Si la próxima vez Duncan no es tan diligente y, en fin, si sucede lo peor y te quedas embarazada... no quiero ni pensar en lo que podría haceros tu abuelo.

Gabriela tragó saliva con dificultad.

—Y eso sin contar con otros peligros —añadió Wallis.

—¿Qué puede haber peor que eso?

—Que te enamores, niña. Y que te rompan el corazón.

No podía evitarlo. Duncan se sentía feliz, eufórico, pleno de vida y de energía. Su excelente humor contrastaba con el que lucía Rodrick esa mañana, que no paraba de lanzarle miradas de soslayo.

—¿Anoche estuviste con Rhona? —le preguntó al fin.

—¿Qué? ¡No! Ya te dije que no volvería a verla —contestó, un tanto ofendido.

—Entonces ¿con quién?

—¿Con quién, qué? —preguntó Duncan, que intuía a qué se refería su amigo.

—No intentes disimular, que nos conocemos. Si no fue con Rhona, ¿con quién pasaste la noche?

—Con nadie.

—Estás demasiado contento para haber pasado la noche solo.

—No estoy contento.

—Llevas una sonrisa estúpida pegada en la cara desde que has llegado, has estado acariciando a Brave como si te hubiera sacado él solito de una emboscada, e incluso le has dedicado algunas palabras a Fergus, a pesar de que últimamente no se las merece.

—¿Ya he hecho todo eso y aún no hace ni una hora que estoy aquí? —Duncan trató de desviar la atención de su amigo con una broma, pero el gesto adusto de Rodrick era una muestra evidente de su fracaso.

—¿Qué hiciste anoche?

—Fui al manantial.

—¿Solo?

—Sí... bueno, no. Me llevé a Rob, necesitaba un baño. —Duncan prefirió no mentir en eso, por si alguien, además de Fiona, los había visto al ir o al volver.

—Rob no cuenta. ¿Y luego?

—Luego me dormí, hasta esta mañana.

—Pues debes haber tenido unos sueños maravillosos.

—Ni te lo imaginas —aseguró Duncan.

—Pero no serían con...

—Con Rhona no.

—¿Con alguien que yo conozca entonces? —Rodrick se aproximó un poco más, dispuesto a las confidencias. A veces, parecía una de aquellas viejas chismosas que se pasaban horas sentadas a las puertas de sus casas, observando a los vecinos.

—Con Liese. —La mentira le supo a hiel e, interiormente, rogó a su fallecida esposa que le perdonara por utilizar su nombre de esa manera.

—Caray, Duncan, lo siento. —Rodrick parecía realmente consternado—. No debí haber insistido tanto, perdóname.

—No te disculpes, por favor.

—Necesitas una nueva esposa, Duncan. Sabe Dios que ya has guardado luto demasiado tiempo.

—No le he guardado luto, lo sabes bien. Es solo que no he encontrado a ninguna candidata apropiada, ni tampoco he tenido ganas de buscarla.

¿Sería Gabrielle una esposa apropiada?, le preguntó una vocecilla interior. Si no fuera nieta de quien era, si no fuera tan independiente, si no se empeñara en comportarse como un guerrero, si tuviera un carácter más dócil... probablemente sí. Ahora mismo, solo era un quebradero de cabeza y un continuo palpar en su entrepierna.

—Volvamos al trabajo —le dijo a Rodrick, ansioso por acabar con aquella conversación.

Pero no se la pudo quitar de la cabeza en toda la mañana. De repente, el tacto de su espada le parecía zafio en comparación con aquella piel de terciopelo, el aire se le antojaba hediondo si no traía el olor a romero de su pelo y la luz demasiado clara en comparación con el abismo de sus ojos. Cuando uno de los guerreros logró desestabilizarle tras un diestro golpe, se sintió mortificado y se obligó a concentrarse, pero la mañana se le hizo más larga que nunca.

—Papá, ¿me estás escuchando?

Micheal había acudido a la hora de comer para mostrarle el gatito, que había logrado abrir los ojos, pero que aún parecía muy débil.

—Pues claro que sí, Micheal.

—¿Y qué es lo que te he dicho?

—Pues que... que... que el gatito ha abierto los ojos.

—¡Pero papá! Eso te lo he dicho nada más llegar. ¿Ves como no me escuchas?

—Lo siento, Micheal, estaba pensando en otra cosa.

—¿En qué?

—En... en los ejercicios de hoy —improvisó Duncan—. En un par de guerreros que deben mejorar algunos golpes.

—¿De verdad? ¿Quiénes? —Micheal recorrió la explanada con sus ojillos vivaces, y Duncan no supo cómo salir del paso.

—No están aquí... han ido a comer. ¿Qué me estabas contando?

—¿Podemos ir hoy al manantial a bañarnos?

Una sucesión de imágenes protagonizadas por él y Gabrielle inundaron su

mente, y revivió en escasos segundos todo lo que había sucedido la noche anterior.

—¿Papá?

—Sí, Micheal, claro que podemos ir.

—¿Ahora?

—¿Quieres... quieres ir ahora?

—¿No podemos?

—Eh, sí, claro que sí. —Se pasó la mano por el pelo—. Voy a buscar a Brave.

Micheal asintió y se quedó donde estaba, mientras Duncan recorría el camino hacia el establo como si llevara las botas llenas de plomo. Era evidente que no le iba a resultar fácil apartar a aquella mujer de su pensamiento.

Que ella apareciera a primera hora de la tarde camino del campo de tiro no mejoró las cosas. El baño con Micheal había sido más corto de lo acostumbrado, se sentía incapaz de estar en aquel lugar mucho más rato, y el niño refunfuñó un poco. Lo convenció diciéndole que tenía trabajo que hacer y él un gatito del que cuidar, y con esa explicación logró llevarlo de regreso. Notaba la piel tan tensa como la de un tambor, y el cuerpo tan caliente como la fragua de Bram, el herrero. Y aun así intentó no reaccionar cuando Gabrielle bordeó el perímetro para dirigirse a su destino. Los ojos se le quedaron grabados en aquellas caderas claras y en aquellos ojos que lo miraron solo un segundo y que le subieron el pulso. Sin necesidad de cerrar los ojos, la vio tendida bajo él, a punto de alcanzar el orgasmo, tan deliciosa y tan preciosa como una flor exótica.

Disimuló como pudo una repentina erección y trató de concentrarse en lo

que estaba haciendo, corregir a uno de los guerreros más jóvenes, que solo hacía unos días había pasado al grupo de adultos. Sonrió en cuanto el viento le trajo una suave fragancia a romero, y supo que Gabrielle cruzaba en ese instante por el lugar más próximo a él. La sonrisa se le murió en el rostro cuando vio cómo le miraba Rodrick, con el ceño fruncido primero y con una mueca de compasión después. Si algún día llegaba a descubrir la verdad, seguro que le haría azotar. Y se lo tendría bien merecido.

Algunos de los guerreros fueron a practicar al campo de tiro, y él decidió imitarles. Hacía mucho que no usaba el arco, o al menos eso fue lo que se dijo para convencerse. Que ella estuviera allí no tenía nada que ver, se repitió durante todo el camino, y supo que se engañaba a sí mismo y que se moría de ganas por volver a tenerla a dos pasos, a dos pulgadas a poder ser. Y allí estaba ella, con el arco tenso y a punto de disparar una flecha, que dio en el centro mismo de la diana. Junto a Gabrielle, el joven Neall atendía a sus explicaciones, mientras otro guerrero probaba suerte al otro lado con bastante acierto. Parecía que la joven hacía bien su trabajo y que sus chicos mejoraban día a día gracias a su perseverancia. No es que no supieran disparar, la mayoría lo hacía con bastante soltura, pero nunca le habían dedicado demasiado tiempo a aquel instrumento. Había tenido que venir una mujer desde el continente a mostrarles que ningún arma era irrelevante. Una oleada de orgullo le subió desde las rodillas y le inundó el pecho, y se transformó en un calor muy distinto en cuanto ella se volvió y lo vio allí de pie, en medio de sus hombres, con los brazos cruzados y las piernas separadas.

Vio cómo se sonrojaba y cómo trataba de disimularlo, y decidió que lo mejor era desaparecer por donde había venido si no quería delatarlos a ambos. Aún era demasiado pronto, se dijo. Necesitarían algunos días antes de que todo volviera a la normalidad. Porque estaba seguro de que eso sucedería.

Aunque no fue esa noche. En cuanto llegó y la vio allí, supo que tenía que

marcharse. Cuando lo recibió con una sonrisa deslumbrante, decidió que debía ser de inmediato. Si cruzaba el umbral, la cogería entre sus brazos y la llevaría hasta su cama.

—He venido a decirte que esta noche dormiré en el salón.

Vio que ella intentaba ocultar que la había herido, y eso le mortificó.

—Ahora mismo no es buena idea que entre.

—¿Por qué no?

—Porque deseo volver a besarte.

Las mejillas se le pusieron coloradas de inmediato y no pudo evitar una sonrisa.

—Yo... —Gabrielle carraspeó—. Yo también.

—¡Jesús! —Duncan se pasó la mano por el pelo, tratando de retener todas las ideas que le bullían en la cabeza—. Es mejor que lo que sucedió anoche no vuelva a repetirse.

—De acuerdo.

—No es seguro, para ninguno de los dos.

—Está bien.

—Si en algún momento yo no...

—Duncan, te he dicho que está bien. Lo entiendo.

—¿Sí?

—Por supuesto —reconoció ella—. Y estoy de acuerdo contigo.

¿Lo estaba?, pensó Duncan, porque no lo parecía. Parecía más bien a punto de quebrarse, y saber que él era la causa que lo estaba matando. Dio un paso más hacia el interior, con ganas de no sabía qué, de abarcarla con su cuerpo y pegarla a su piel hasta el fin de todas las cosas. Entonces ella alzó una mano y detuvo su avance.

—¿No ibas a dormir en el salón? —le preguntó ella, con un hilo de voz.

—Eh, sí. —Duncan se detuvo, y una extraña tristeza se lo comió por dentro

en dos dentelladas—. Buenas noches, Gabrielle.

—Buenas noches, Duncan.

Sin dejar de mirarla a los ojos, dio dos pasos atrás, salió al exterior y cerró la puerta.

Ninguna otra noche de su vida le había parecido tan fría como aquella.

Había sido lo mejor, eso era al menos lo que se había repetido Gabriela sin cesar durante toda la noche. Y también esa mañana. Duncan tenía razón, volver a yacer juntos podría complicar demasiado las cosas. Ella ya disponía de un dulce recuerdo que llevarse a su futura vida, si era así como debía suceder. Habían pasado más de dos semanas desde que su abuelo partiera rumbo al sur, y se preguntó cuántos días más faltarían para su regreso. Odiaba la incertidumbre que sentía en esos momentos, sin saber qué planes trazaría Malcolm Montroe para ella a su regreso, si es que no la expulsaba del clan antes de que obtuviera su perdón.

Sin embargo, pese a que coincidía plenamente con la decisión de Duncan, pasar la noche sola después de lo que habían compartido solo unas horas antes, se le hizo especialmente duro. Mirara al rincón que mirase, allí parecía estar él, hablando con su hijo, colocándose el tartán con esa soltura que lo caracterizaba, comiendo o pasándose la mano por el pelo, un gesto que hacía de forma mecánica cada vez que se sentía abrumado o necesitaba pensar. Cuando cerraba los ojos, eran los de él los que veía, posados sobre los suyos, mientras su poderoso cuerpo la colmaba, bebiéndose sus miradas igual que había hecho con sus suspiros y sus gemidos. Entonces sentía un pellizco en el estómago, un extraño vuelco de su alma que le llevaba lágrimas a los ojos y un pesar sin nombre al pecho. Le echaba de menos, extrañaba saberlo a pocos pasos de ella, respirando el mismo aire, deambulando entre las mismas paredes y cubriéndose bajo el mismo techo.

Tuvo que obligarse a no pensar en él, a ocupar la mente en otros menesteres,

porque se ahogaba con sus propios pensamientos. El sueño tardó en llegar y vino cargado de nuevas imágenes que tampoco le dieron descanso. Al abrir los ojos por la mañana, sentía una mezcla de júbilo por volver a verle y tristeza por no haber pasado la noche con él. Tendría que aprender a lidiar con ello, y rápido. No podía consentir que su cuerpo se derritiera cada vez que se hallaba en su presencia, o que el aire esquivara sus pulmones.

Ese día aceptó por fin la invitación de Gavin para comer en su casa y conocer a su familia. El hombre había insistido en alguna ocasión, pero ella parecía siempre tener otros planes. Cuando le dijo que iría con mucho gusto, Gavin le palmeó la espalda con alegría y alabó las virtudes culinarias de su esposa Gwenda. Mandó recado a su casa y luego se dispusieron a entrenar, aunque Gabriela ya realizaba todos los movimientos de forma casi mecánica. Solo el día anterior habían comenzado a practicar con espadas romas y Gavin la felicitó en un par de ocasiones. Tal vez no tuviera mucha fuerza, pero era ágil y rápida.

—Yo creo que ya estás listo para unirme al grupo de los jóvenes —le dijo al final de la mañana.

—¿De verdad lo crees?

—¿Te lo diría si no fuera así?

—No, supongo que no.

—Es evidente que aún no puedes superar a los jóvenes con más experiencia, pero no harás mal papel en todo caso. Y creo que te irá bien relacionarte con más chicos de tu edad, pasas demasiado tiempo solo.

—Estoy bien —se apresuró a contestar ella.

—No he dicho lo contrario. —Gavin alzó las cejas.

—Eh, no, tienes razón. —Gabriela bajó la cabeza, avergonzada.

—Esos muchachos serán tus compañeros en la batalla, Rob —continuó Gavin—. Es importante que se creen lazos entre vosotros desde niños, por eso

entrenáis juntos. Tu vida podría depender algún día de ellos. Tú llegas un poco tarde para unirme al grupo, pero estoy seguro de que en unos meses serás uno más.

«Lo dudo mucho», pensó Gabriela, que se aseguró de no ponerle palabras a su pensamiento.

—Y ahora vamos a comer —anunció el hombre, posando sus manos en su vientre—. Estoy famélico.

—Y yo —reconoció ella.

Y era cierto. La noche anterior apenas había probado bocado, y también había tenido el estómago cerrado a la hora del desayuno. Ahora, después del ejercicio, podría dar cuenta sin problemas de un buen plato de guiso o de una buena pierna de cordero asada.

Mientras se dirigían hacia el hogar de Gavin, situado en la dirección contraria a la de Duncan, Gabriela se descubrió buscándole con la mirada, como si esperara encontrárselo al volver cualquier esquina. Sentía una necesidad tan grande de verle que le quemaba hasta la piel. Gavin no pareció darse cuenta y, si lo hizo, se abstuvo de mencionar nada, y ella se lo agradeció, demasiado inquieta para responder a preguntas delicadas.

Gwenda resultó ser una mujer encantadora y bastante más joven que su esposo, de carnes prietas, un cutis aterciopelado y unos ojos azules que parecían dos piedras preciosas incrustadas. Keilan fue, sin embargo, quien más le llamó la atención. Tendría unos doce años, de cuerpo aún desgarrado y largos y sedosos mechones castaños. Recordaba haberle visto el primer día en el grupo que se había reído de ella cuando se le cayó la espada por primera vez. Al parecer, él también lo recordaba, porque se mostró tímido en su presencia y apenas abrió la boca.

Las cualidades culinarias de Gwenda no eran infundadas, y los agasajó con un exquisito estofado de conejo y cebollas, y una tarta de miel que a Gabriela

le supo a gloria. Ella parecía encantada mientras veía cómo daba cuenta de la comida y Gabriela la felicitó.

—No había comido tan bien desde que dejé Toledo —anunció, ya finalizado el postre.

—Muchas gracias, joven Montroe —le dijo la mujer.

—Llamadme Rob, por favor —le pidió Gabriela, que sabía que ese nombre tenía los días contados.

Gwenda le echó un rápido vistazo a su marido antes de contestar.

—No creo que sea apropiado. Sois el nieto del *laird*.

—Todo el mundo aquí me llama Rob.

—Los guerreros tal vez. Es así como debe ser —apuntó la mujer—. Gavin siempre dice que no han de existir distancias entre ellos, que sus vidas son más importantes que sus modales.

Gabriela decidió no insistir y se volvió en dirección a Keilan, que no había pronunciado palabra desde su llegada. Gavin había contado algunas anécdotas más sobre su padre, algunas de las que ya había oído y otras nuevas, y el chico había soltado alguna carcajada, o sea que sordo no era.

—¿Qué tal va el entrenamiento, Keilan?

El chico alzó la cabeza y miró alternativamente a sus padres antes de contestar, con las mejillas sonrosadas.

—Bien.

—Yo he aprendido bastante en el tiempo que llevo aquí. —Gabriela le guiñó un ojo—. Creo que ahora ya sería capaz de sostener una espada de verdad sin que golpease contra el suelo.

—Lo sien...

—Pero aún no te he visto en el campo de tiro —le interrumpió ella, que no quería que se disculpara y tuviera que dar explicaciones a sus padres. En lo que a ella respectaba, la burla del primer día podía quedarse entre ellos.

—Los más jóvenes no practicamos mucho con el arco —le dijo él, con una mueca—. Pero he visto cómo disparáis, y algún día quisiera ser tan bueno como vos.

—Tal vez podría darte algunos consejos ahora, tú y yo solos —apuntó ella, que vio cómo la cara del chico se iluminaba—. Si tus padres no se oponen, por supuesto.

—Por mí no hay problema —respondió Gavin, alzando ambas manos.

Keilan se levantó de un salto y dejó a Gabriela con la palabra en la boca mientras se perdía en la parte de atrás de la vivienda. Aún no se había vuelto para preguntarle a Gavin qué le ocurría a su hijo cuando este regresó con un arco de bastante buena factura y un carcaj lleno de flechas. Como las que había visto con anterioridad, algunas no tenían las plumas muy bien alineadas. Keilan se quedó frente a ella, no muy seguro de qué hacer a continuación. Entonces extendió la mano y le ofreció sus armas con presteza.

Gabriela se levantó y ambos salieron al exterior, sin pronunciar palabra y sin ver la mirada de afecto que intercambiaba el matrimonio.

—¿Se puede saber qué te ocurre hoy? —le preguntó Rodrick a primera hora de la tarde, después de que Duncan perdiera la paciencia con Evan, el amigo de Fergus, que fanfarroneaba sin parar frente a los chicos recién incorporados al grupo.

—No me pasa nada —refunfuñó.

—Últimamente estás de lo más extraño, amigo. Un día llegas sonriendo y al día siguiente con un humor de mil demonios. Si no te conociera diría que tú también andas enamorado.

—Ya, pues es lo que me faltaba.

—Necesitas algo de acción.

—No me vendría mal, no.

—¿Por qué no nos vamos a cazar unos cuantos jabalíes? Están dando algunos problemas en los prados del sur. Y sería un buen ejercicio para los chicos.

Duncan apenas valoró la idea unos segundos antes de rendirse a ella. En unos minutos, todo el campo estaba en ebullición. No irían todos, eran demasiados, pero sí un buen grupo de ellos, y decidió que partirían de inmediato. Harían noche en la linde del bosque sur, a media jornada de distancia, para estar preparados a primera hora de la mañana. Eso lo mantendría alejado de Gabrielle unas noches más, pensó mientras ensillaba a Brave. Porque le estaba costando una enormidad mantenerse firme en su sitio, sin echar a correr para ir en su busca y llevársela a cualquier lugar donde pudiera volver a hacerla suya. Era evidente que una sola noche juntos no había bastado para saciar su deseo de ella, y se preguntó cuántas más necesitaría para arrancársela del alma.

Antes de que Gabriela llegara al campo de tiro esa tarde, el patio donde entrenaban los guerreros se había quedado prácticamente vacío. Solo un puñado de veteranos se quedó para adiestrar a los recién incorporados que no se habían unido a la partida, pues casi nadie quiso perderse la aventura, y Duncan no se atrevió a negarles un poco de acción a los demás. Seguramente, algunos estarían tan deseosos como él de participar en algo más que en simulacros. De hecho, incluyó a algunos novatos del grupo de Callum, para que fuesen aprendiendo y disfrutaran también de una salida.

Gabriela no entendió lo que ocurría cuando pasó por allí, hasta que Neall le contó las nuevas. Se sintió herida de nuevo al saber que tampoco en esta ocasión Duncan la había informado de su partida. No es que tuviera obligación de hacerlo, por supuesto, ella no era su esposa, ni siquiera su prometida. Él ya no era ni siquiera su mentor, desde que Gavin había tomado el relevo.

Disimuló su pesar y decidió dedicarse a su tarea. Le pidió a Neall que fuera a buscar a los más jóvenes por si ese día querían apuntarse. Había disfrutado mucho entrenando a Keilan, y pensó que a los chicos les vendría bien practicar en el campo de los mayores.

La respuesta fue unánime, e incluso Callum, que era quien se ocupaba de los jóvenes, se apuntó al reto y demostró tener más puntería que la mayoría de ellos. Gabriela disfrutó mucho, era incapaz de negarlo, pero cuando pensaba en la ausencia de Duncan sentía un vacío enorme a su alrededor, un vacío que parecía a punto de tragársela.

Los planes de Duncan salieron casi a la perfección. Llegaron a la linde ya oscurecido, recogieron algo de leña y encendieron unos cuantos fuegos, alrededor de los cuales cenaron y se echaron a descansar. A primera hora, en cuanto el sol iniciara su ascenso, debían estar preparados para la batida. En otro tiempo, habría disfrutado del ejercicio. Pero eso habría sido en otro tiempo, cuando Gabrielle no existía en su pensamiento. Ahora, sin embargo, se preguntaba qué demonios hacía pasando frío en mitad de la noche, rodeado de hombres toscos y vocingleros, en lugar de disfrutar del calor de una mujer que parecía esculpida para ser suya, que encajaba con cada ángulo de su cuerpo como si se la hubieran tallado a medida.

Embozado en su tartán, dio vueltas y vueltas sobre el frío suelo, incapaz de encontrar una postura lo bastante cómoda.

—Juro que si no dejas de moverte te golpearé esa cabezota tan dura que tienes hasta dejarte sin sentido —apuntó Rodrick, situado dos pasos a su derecha.

—No recordaba lo incómodo que era dormir al raso.

—¿Incómodo? —Rodrick se incorporó ligeramente y lo miró. El fuego de la

hoguera relampagueó en sus ojos color ceniza—. ¡Pero si siempre te ha encantado!

—¿En serio? —Duncan era incapaz de recordarlo en ese momento.

—Maldita sea, Duncan. A Logan y a ti siempre os ha gustado dormir bajo las estrellas.

—¿Y a ti no?

—Diantres, no. Lo odio. Odio cómo el frío me cala hasta los huesos y cómo se me clavan todas las piedras del maldito campo en las costillas. ¡Pero no os iba a dejar solos!

—Vaya, qué considerado —se burló Duncan.

—Ya.

—Creo que yo estoy empezando a sentirme como tú.

—Eso es que te haces viejo, amigo. —Rodrick soltó una carcajada.

Era evidente que esa no era la razón, pero Duncan no podía decirle a su amigo que el auténtico motivo tenía nombre y apellido, así es que volvió a envolverse en su tartán y trató de dormirse. Su último pensamiento fue, cómo no, para Gabrielle.

La primera jornada lograron cazar dos buenos machos, y habrían sido tres si algunos de los más jóvenes no hubieran perdido la cabeza y guiado al jabalí en dirección contraria a donde los guerreros los esperaban. Los muchachos estaban tan entusiasmados que gritaban y reían sin cesar, ahuyentando al resto de la fauna salvaje, hasta que Duncan tuvo que ponerse serio y llamarles la atención. Aquello no era un paseo, les dijo, sino un ejercicio para probar su destreza, su temple y su velocidad.

Más tarde dieron caza también a algunos conejos, y Duncan comprobó que sus jóvenes guerreros habían mejorado sustancialmente con el arco, algo que debía agradecer también a Gabrielle.

—Estoy orgulloso de los chicos —apuntó Rodrick.

—También Rob lo estaría —señaló Duncan, que no quería restarle méritos a la joven.

—Cierto, pero el chico solo hace unos pocos días que los ayuda a entrenar.

—Parece que han sido suficientes.

Rodrick se limitó a asentir. Algo en el tono de Duncan lo había puesto en alerta y decidió que era mejor no hacer ningún comentario sobre el nieto del *laird*. Al parecer, Duncan le había cogido afecto al muchacho y no consentiría que nadie pusiera en duda sus méritos, aunque fuesen escasos. No es que él no los reconociera. El arco se le daba bien y tenía buena disposición. Pero era un jovencito esmirriado que no soportaría un envite de ningún oponente, a menos que fuera tan esmirriado como él. Tal vez no se le darían mal los ingleses,

pensó, porque era indudable que no tendría nada que hacer frente a ningún guerrero de las Highlands.

Por el rabillo del ojo, vio emerger del bosque a un pequeño grupo, y enseguida se dio cuenta de que se trataba de Fergus y sus dos inseparables amigos, Evan y Gilfried. Todos ellos llevaban alguna pieza, conejos en su mayoría, que balanceaban de forma infantil mientras cruzaban el improvisado campamento. Los más jóvenes se acercaron, y Rodrick y Duncan vieron cómo el pecho de Fergus se henchía de orgullo mientras mostraba las piezas capturadas. Siempre había sido un buen cazador, eso no podía ponerse en duda, pero ambos hombres detestaban las ínfulas que se daba frente a los demás, como si necesitara en todo momento demostrar sus habilidades.

Duncan nunca había pensado siquiera en la posibilidad de que Fergus llegara algún día a convertirse en jefe del clan y ese pensamiento trajo otro aparejado con él. Rob Montroe tampoco podría serlo, por razones evidentes, entre ellas que Rob Montroe no existía. Cuando faltara Malcolm Montroe, ¿qué sería del clan?, ¿quién lo sustituiría?

Duncan recorrió la explanada con la mirada, deteniéndose en cada uno de los hombres que estaban allí. Ninguno de ellos le parecía un candidato apropiado, ni siquiera él mismo.

Gabriela no pensaba en su futuro a largo plazo. De hecho, ni siquiera pensaba en su futuro más allá de ese día. Esa mañana entrenó con los más jóvenes, bajo las órdenes de Callum y con Gavin cerca para orientarla. El guerrero no tuvo que intervenir mucho, porque ella se defendía bastante bien. Es cierto que sus contrincantes apenas superaban los trece años pero, teniendo en cuenta que llevaban al menos cinco practicando, no se le dio mal.

El día se le hizo largo y, a última hora, estaba realmente cansada, aunque

satisfecha consigo misma. Dio un paseo hasta la muralla y desde allí observó la suave pendiente, por si Duncan y sus hombres regresaban al fin. No parecía que eso fuese a ocurrir, oscurecía y no había señales de ninguna partida de caza.

Un tanto decepcionada, decidió retirarse a descansar. Cenaría cualquier cosa, de nuevo sola, y se acostaría. Necesitaba recuperar fuerzas si al día siguiente quería estar de nuevo a la altura. Soñaba con que, al regresar, su abuelo conociera sus avances y se sintiera orgulloso de ella.

Bajó la escalera de piedra con paso inseguro, pues no había baranda a la que sujetarse. Un poco más allá, sobre un poyete, había una figura sentada, cubierta con el tartán por completo. No podía apreciar sus rasgos, pero parecía evidente que se trataba de una mujer. Al aproximarse un poco, ella alzó la vista y entonces la reconoció. Era Fiona, la curandera.

Gabriela pensó en saludarla y en marcharse a su casa, no le apetecía conversar con nadie, pero entonces la mujer habló y trastocó todos sus planes.

—No regresarán esta noche —le dijo, con una voz fuerte y clara.

—¿Quiénes? —Disimuló.

—Duncan y los hombres.

—Yo no... solo he subido para contemplar el paisaje.

Fiona le lanzó una mirada con la que pretendía decirle que no la tomara por tonta, y Gabriela sintió las mejillas enrojecer. Por fortuna, no había ya luz suficiente como para que la mujer lo apreciase.

—Eres Rob Montroe, ¿verdad?

—Así es, en efecto.

—Me recuerdas un poco a tu abuelo, cuando era más joven.

—¿Hace mucho que le conocéis? —le preguntó, curiosa. No sabía mucho de él, apenas habían tenido tiempo de conversar.

—Más de veinte años. Fue tras la batalla de Halidon Hill, en el año 33.

—¿Estuvisteis allí?

—Muchos estuvimos allí. —Fiona guardó silencio y su mirada se perdió en la penumbra que comenzaba a caer sobre ellas—. Allí perdió a su hijo Cameron, ¿lo sabías?

—Sí, me lo dijo.

—Él también sufrió una herida, un corte muy feo en la pierna que yo le curé.

—¿Os referís a Malcolm?

—Sí, a Malcolm. Tuvo que pasarse dos días tumbado. —Fiona esbozó una sonrisa que a Gabriela le pareció algo triste—. Jamás he visto a un paciente más huraño que él.

—Perdimos esa batalla, ¿verdad? —Gabriela sentía que aquello también formaba parte de su propia historia.

—Sí, Edward Balliol se alió con los ingleses para conseguir la corona de Escocia y los nuestros fueron masacrados. Muchos hombres se perdieron aquel día, tu tío Cameron entre ellos.

—¿Le acompañasteis a la batalla?

—¿Eh? No, no. Yo soy de las Lowlands, las Tierras Bajas de Escocia, del clan Ferguson. Pero sabía que la guerra sería cruenta y quise ofrecer mi ayuda.

—¿Así conocisteis a mi abuelo?

—Sí.

—Pero ahora estáis aquí.

—En efecto.

—¿Desde cuándo?

—Desde entonces.

Gabriela la miró, sin comprender.

—Tu abuelo me pidió que viniera con él y eso hice.

—Para convertirnos en la curandera del clan Montroe.

—Más o menos.

—¿No sois la curandera?

—Sí, lo soy.

Gabriela creyó comprender al fin la naturaleza de la relación entre su abuelo y aquella mujer.

—¿Acaso sois... su amante?

Fiona soltó una carcajada.

—Me gusta pensar que soy su compañera —le dijo al fin.

—Yo... ¿por qué?... ¿por qué me contáis todo esto?

—Porque eres su nieto, porque a él le importas y, por lo tanto, me importas a mí.

—Ya veo —dijo Gabriela, aunque en realidad no entendía cómo la *barragana* de su abuelo podía tener algún tipo de interés en ella.

—No te equivoques, «chico» —marcó tanto la última palabra que Gabriela supo de inmediato que esa mujer ya conocía su secreto—. He amado a tu abuelo durante más de veinte años, y le seguiré amando si hay algún otro lugar detrás de la muerte. Y él me ama a mí del mismo modo, no te quepa duda.

—Pero entonces...

—¿Por qué no estamos juntos? —Fiona la miró con tanta fijeza que Gabriela se sintió desnuda—. Tu abuelo es un hombre de honor, ¿lo sabías?

—Sí.

—En realidad no puedes ni imaginártelo. —La mujer resopló—. Su primera esposa, tu querida abuela, murió cuando sus hijos eran pequeños. ¿Y sabes lo que hizo aquella... aquella...? Ni siquiera sé que palabra emplear para referirme a ella.

—No consentiré que habléis mal de ningún miembro de mi familia. — Gabriela se envaró.

—¿Que tú no me consentirás a mí? No me hagas reír. Ni siquiera la conociste.

—Pero era mi abuela.

—Y una mala mujer.

—¿Mala?

—Persiguió a tu abuelo durante años hasta que logró casarse con él. Y, en su lecho de muerte, le hizo jurar por su honor que jamás volvería a casarse y que ninguna otra mujer ocuparía su lugar en la fortaleza.

—Oh. —Gabriela se horrorizó. Eso era cruel.

—Así es que tu abuelo no pudo darles una madre a sus hijos, y pasó años solo hasta que nos conocimos. ¿Crees que lo de tu abuela era verdadero amor?

—No, en absoluto.

—El amor no es posesión, joven. Ella quiso ser la única mujer en la vida de Malcolm Montroe, aunque eso lo condenara para siempre a la soledad.

—Pero ahora os tiene a vos.

—Sí, me tiene a mí. Pero no es lo mismo, ¿sabes? —Hizo una pausa y bajó la cabeza—. No es lo mismo.

—Yo... lo siento mucho.

—¿Por qué? Tú no tienes la culpa de nada.

—Lo sé, pero aun así, es una historia triste.

—También tiene sus momentos buenos, ¿sabes? A veces incluso es divertido colarse en la fortaleza y salir antes de que amanezca, a hurtadillas. O al revés, si es él el que sale a buscarme. No importa cuántos obstáculos te ponga la vida en el camino. Si amas de verdad, lo demás no importa.

Gabriela asintió.

—¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí, creo que sí.

—Bien, no lo olvides. —Fiona se incorporó y se sacudió el tartán—. Y si algún día necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme. No nos unen lazos de sangre, pero recuerda que, en ocasiones, la sangre no es lo más importante.

—Lo recordaré —respondió Gabriela, apenas en un murmullo.

Contempló cómo Fiona se alejaba y se perdía entre las sombras, y Gabriela aún permaneció un rato allí parada, sin saber muy bien qué pensar de todo lo que le había contado. Le alegraba saber que su abuelo no estaba tan solo como ella había creído, aunque lamentaba que tuviese que vivir su amor a escondidas. ¿Cuántas personas del clan conocerían aquella historia? Y, lo más importante, ¿por qué se la había contado precisamente esa noche, pocos días después de haberlos visto juntos a ella y a Duncan?

—¿Qué haces? —le preguntó Micheal.

Gabriela estaba sentada en el poyete de la entrada, con un grueso volumen que había encontrado en la capilla abierto sobre el regazo. Estaba algo deteriorado y tenía los bordes raídos por la humedad, pero aún era legible.

—Estoy leyendo.

—¡Bah!

—¿Bah? —Gabriela escudriñó al niño, que miraba el libro con cierto desprecio—. Es la vida de san Francisco de Asís, y es muy interesante.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dice? —Micheal tomó asiento junto a ella.

—Toma. —Le tendió el volumen—. Puedes leerlo tú mismo.

—Da igual. —El niño se incorporó y comenzó a alejarse.

—¡Micheal!

Se volvió de mala gana y la miró.

—¿Sabes leer? —Él miró al suelo—. ¿Las primeras letras al menos?

—No me hace falta.

—¿Que no te hace falta?

Gabriela le hizo una señal para que se acercase y se sentase de nuevo junto a ella.

—¿No hay nadie aquí que enseñe a los niños?

—Donald lo hace. Le falta un brazo, ¿lo sabías?

Gabriela recordó el hombre al que se refería y asintió.

—Lo perdió en Neville's Cross —continuó informándola.

—¿Y qué te ha enseñado Donald?

—El muñón. Mira, tiene brazo solo hasta aquí —le dijo, y señaló la parte superior del brazo, muy cerca del hombro.

—Me refiero a qué cosas te ha enseñado. ¿A leer? ¿A escribir? ¿Los números?

—No necesito nada de eso.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Voy a ser un guerrero como mi padre.

—¿Y tu padre no sabe leer?

—Eh, creo que sí, pero tampoco le hace falta.

—¡*Jesús!*

—¿Qué?

—Nada. Pero estás equivocado si piensas eso.

—¿Ah, sí? ¿Y tú qué sabes?

—Yo sé leer, en castellano, en francés, en inglés y en gaélico. Y escribir. Sé contar, sé historia y geografía, gramática y retórica —respondió ella muy orgullosa.

—¡¡A lo mejor por eso eres tan mal guerrero!! —respondió, muy ufano, como si al fin hubiera encontrado la solución a un problema importante.

—No, no es por eso —masculló ella.

—Pero podría ser, ¿no? Como has ido tanto a la escuela, no has podido practicar con la espada y por eso tienes los brazos tan flacos.

—No, Micheal. Uno puede saber leer y otras muchas cosas y ser también un buen guerrero.

—¡Pero si ya te he dicho que no me hace falta! —respondió, un tanto molesto.

—Bueno, imagina, no sé, que tu padre se hubiera ido con el *laird* a Stirling y que quisiera enviarte un mensaje desde allí. ¿Cómo lo haría?

—Pues se lo contaría al mensajero y él me lo contaría a mí.

—Ya, pero supón que el mensaje fuese muy importante y que no quisiera decírselo al mensajero.

—Pues me lo diría al volver.

—*Ay, por Dios, ayúdame* —suspiró Gabriela, al borde del colapso.

—¿Qué?

—Imagina que tu padre te necesita, que quiere que vayas a verle porque es un asunto de vida o muerte, pero no se lo puede decir al mensajero y él no va a volver, nunca, si tú no vas a buscarle.

—Dices cosas muy raras, Rob. Mi padre siempre volvería a por mí —replicó él, que comenzaba a enfadarse.

—Ya, pero estamos imaginando... Por favor, haz un esfuerzo.

—Está bien —refunfuñó el niño, que pareció concentrarse en lo que ella le había dicho.

—¿Cómo lo haría?

—Me escribiría un mensaje, supongo.

—¡Eso es!! ¿Y entonces?

—¡Yo buscaría a alguien que me lo pudiera leer! —respondió, totalmente convencido.

Gabriela lo miró fijamente. ¿Micheal le estaba tomando el pelo? Al ver su mirada inocente comprendió que no, que su mente simplemente trataba de encontrar las respuestas más sencillas.

—Pero si todos los guerreros piensan como tú, nadie podría hacerlo.

—Pero habría alguien el pueblo que sí, seguro.

—¿Y si no estuvieras en el pueblo?

—¿Y dónde iba a estar?

—No sé, de caza, o luchando en otra batalla, muy lejos de él.

—La ganaría seguro. —Micheal se irguió, muy orgulloso.

—Apuesto a que sí. Y si fuera una batalla dialéctica, es indudable —añadió en un susurro.

—¿Eh?

—No importa. Solo imagina que tú estás ganando y tu padre perdiendo, y que te necesita urgentemente, pero no confía en nadie para llevarte ese mensaje tan importante.

Micheal calibró la respuesta.

—No me gusta este juego. —Hizo un puchero.

—Oh, Micheal, no quería ponerte triste. Solo que pensaras que saber leer y escribir también es importante.

Le acarició el cabello y retiró la mano enseguida, llena de tierra y de unos grumos de color parduzco que no pudo identificar.

—Y ahora te voy a contar algunas cosas sobre el baño.

Muy lejos de allí, Duncan se preparaba para pasar la segunda noche fuera de su casa. Echaba de menos a Micheal, y extrañaba muchísimo a Gabrielle. Durante el día no había sido capaz de arrancarla de su pensamiento, lo que ya se había convertido en una incómoda costumbre. En el momento más inesperado, le asaltaba el sonido de su risa, o la belleza de sus ojos oscuros, o aquella voz de terciopelo, y perdía la noción del tiempo y del lugar. Por fortuna, todos estaban demasiado excitados con la caza como para darse cuenta de sus desvelos, pero aquello tenía que acabar. Estaba decidido a

volver a casa y seducirla, solo así sería capaz de continuar con su plácida existencia.

Había reflexionado sobre ello casi toda la tarde. La primera vez había sido hermosa y mágica, cierto, pero ambos estaban sobrepasados por sus emociones. La segunda vez sería sin duda más placentera y, probablemente, mucho menos especial, y eso sería suficiente para que todo volviera a su lugar. Podría volver a centrarse en su trabajo y en su hijo, que era lo que debía hacer.

El día no fue mal y lograron capturar otras dos piezas. Esa noche se durmió lleno de confianza y se levantó de un humor excelente. Volvían a casa. Dejó a Rodrick dirigir a los hombres una última vez, y todo el mundo siguió sus indicaciones. Se cobraron un jabalí y un par de venados. Duncan decidió que, ese domingo, celebrarían un banquete en la fortaleza para todos los miembros del clan.

Los jóvenes pidieron un poco más de tiempo para cazar después del almuerzo, y Duncan no pudo negárselo, a pesar de sentir unas ganas imperiosas de salir corriendo. Ahora que había tomado una decisión, cualquier demora era una tortura. Finalmente se pusieron en camino, acompañados de una fría llovizna que luego se convirtió en un auténtico aguacero.

Cuando al fin alcanzaron las puertas de la fortaleza, ya caía la noche, estaban calados hasta los huesos, pero la mayoría las cruzó con vítores y aspavientos, contentos con la caza. Duncan tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para permanecer en su sitio, dar las últimas instrucciones y luego cepillar y dejar a Brave en el establo, bien atendido y con el comedero lleno de heno fresco. Solo entonces pudo volver a casa, y se descubrió tan nervioso como un muchacho al que están a punto de besar por primera vez.

Gabrielle se sobresaltó al escuchar el sonido de la puerta y él fue incapaz

de dar un paso para entrar, sin darse cuenta de que la lluvia había arreciado y que su ropa era ya una segunda piel. La contempló con intensidad y supo que aquella belleza, con el cuerpo bañado por la luz del fuego, entendía perfectamente su mirada. Aún esperó unos segundos. Si Gabrielle hacía algún gesto o decía alguna palabra para frenarlo, se daría media vuelta y dormiría en el salón. Pero ella sonrió, con los ojos brillantes como ascuas.

Solo entonces cruzó el umbral.

Gabriela sintió un vuelco en el estómago cuando se volvió en dirección a la puerta y vio allí a Duncan, bajo la lluvia y con una mirada hambrienta que no tardó en reconocer. Todos sus propósitos se vinieron abajo en cuanto aquella mirada buceó en la suya, y no pudo más que sonreír, ansiosa porque él la tomara de nuevo entre sus brazos.

—¿Tienes hambre? —le preguntó, tímida de repente.

—Sí. —Duncan la miró con intensidad y ella supo que no se refería a la comida. Notó el calor subir a sus mejillas.

—Tengo algo de guiso.

Duncan se quitó el tartán y lo colgó con descuido en el gancho que había en la pared. La prenda comenzó a gotear en el suelo, y la mirada de Gabriela se quedó prendida en aquel pequeño charco que comenzó a formarse bajo ella. Duncan dejó también la espada y se llevó las manos al pelo para escurrir el agua, que dibujó otro círculo bajo sus pies. Gabriela tragó saliva. Estaba imponente, con la camisa de hilo pegada al cuerpo, moldeando su torso ancho y musculoso, y el *kilt* rodeando sus poderosos muslos.

—¿Me has echado de menos? —preguntó Duncan. No sabía por qué, pero necesitaba que ella le dijera que también había pensado en él.

—Un poco. —Mintió ella. No quería que él supiera que las horas se le habían hecho eternas.

Duncan dio un par de pasos en su dirección, dándole de nuevo la oportunidad de frenar su avance. Pero Gabriela no hizo nada por impedirlo. Sus labios, en cambio, se entreabrieron, como si esperasen la visita de los

suyos. Duncan dio tres rápidas zancadas, le sujetó el rostro con ambas manos, y se hundió en su boca.

Gabriela se mareó ante el cúmulo de sensaciones que la abatieron. El tacto frío de los labios de Duncan se fue tornando cálido a medida que la besaba, y ella tuvo que sujetarse de su camisa para no caerse de espaldas en cuanto sus lenguas se entrelazaron. Al principio, ni siquiera era consciente de que las ropas mojadas de él humedecían las suyas, hasta que toda la parte delantera de su camisa estuvo casi tan empapada como la de él. El agua estaba fría, helada, y no pudo reprimir un escalofrío.

Duncan se separó unos milímetros y se dio cuenta de lo que había ocurrido. La cogió en brazos y, sin dejar de besarla, la llevó hasta su dormitorio. Allí la depositó sobre la cama, se quitó la camisa y el *kilt* y, completamente desnudo, fue hasta el arcón, sacó un paño y se secó lo mejor que pudo, sin dejar de mirarla.

Gabriela observó aquel cuerpo perfecto y listo para tomarla, y la garganta se le secó. Toda la ropa comenzó a sobrarle a ella también, y se quitó la camisa y las calzas a manotazos, sin dejar de mirar a Duncan, que permanecía de pie, a los pies de la cama, observándola. De repente, Gabriela sintió vergüenza y quiso taparse con la manta, pero él le hizo un gesto para que se detuviera.

—No, déjame mirarte —le dijo con voz ronca.

La luz del salón, que se colaba a través de la puerta abierta, creaba un juego de luces anaranjadas y sombras sobre su piel que lo tenían encandilado. ¡Era tan hermosa!

Gabriela comenzó a sentir frío, y sus pequeños pezones, que se habían endurecido ante el escrutinio de Duncan, se elevaron aún más. Se rodeó el cuerpo con los brazos para entrar en calor y él, en cuanto vio el gesto, posó una rodilla sobre el colchón y se arrastró hacia ella. Con un solo brazo, la

elevó en el aire, la pegó a su cuerpo, y con la mano libre retiró la manta. Luego dejó a Gabrielle sobre la cama, se tumbó a su lado y los cubrió a ambos.

Gabriela se arrimó a aquel cuerpo dorado, aún frío pero ya casi seco, y él enredó sus piernas con las de ella, rodeándola con los brazos.

Duncan le besó los párpados, y luego las mejillas. Dejó un camino de besos por su rostro hasta llegar a sus labios, que saboreó con deleite mientras sus manos recorrían su costado, su cadera y sus muslos. Su piel le parecía tan suave como debía ser el cielo, y su boca tan cálida como el corazón de un volcán. Si no se lo tomaba con calma, aquello acabaría antes de empezar.

Gabriela sentía las manos de Duncan recorrer su cuerpo, y su miembro erecto presionar contra su vientre, donde empezaban a acumularse todas las tormentas del mundo. Entonces él comenzó a besar su cuello y fue bajando, primero por su clavícula y luego por el centro del pecho, hasta que se detuvo un instante y cogió uno de sus pezones entre los labios. Gabriela sintió una chispa recorrerla entera y su cuerpo se arqueó, buscando un contacto más íntimo. Sus manos se enredaron en el cabello mojado de él, que cambió de lado y comenzó a dedicarle atención al otro seno. Gabriela gimió, a punto de perder el control de su cuerpo.

Duncan sentía cómo Gabriela se estremecía debajo de él, y por Dios que esa sensación lo estaba volviendo loco. Necesitaba hundirse en ella como nunca antes había necesitado nada. Bajó una de sus manos y acarició los pliegues de su femineidad y ella abrió un poco las piernas, tan consumida por el deseo como él. Estaba húmeda y suave y Duncan temió perder la cabeza en ese instante. Volvió a su boca y la besó con frenesí, mientras se colocaba sobre ella y se acomodaba entre sus piernas, listo para atravesar todas las fronteras. No podría esperar más ni aunque le fuese la vida en ello.

Gabriela estaba hecha una madeja de sensaciones, abrumada por todas las

señales que le transmitía su cuerpo bajo las manos de Duncan. Cuando él se situó sobre ella, estaba más que preparada para recibirlo. No lo estaba, sin embargo, para la nueva oleada de emociones que la asaltó sin remedio conforme él se introducía en ella, con su mirada celeste anclada a la suya.

Mientras la penetraba, Duncan fue consciente de una cosa: se había equivocado. Esa segunda vez no conseguiría arrancar a Gabrielle de su pensamiento. Comenzaba a temer que eso ya no tuviera remedio y que, tal vez, necesitaría toda una vida para descubrir a esa mujer.

Volvieron a hacer el amor al despuntar el día, y a Duncan aún le pareció más hermosa bajo aquella luz. Se mostró algo más tímida al inicio, pero enseguida él supo barrer a besos todas sus defensas, y se entregó con el mismo ardor. De nuevo, Duncan tuvo la precaución de derramar su simiente fuera de su cuerpo, aunque le costó un esfuerzo sobrehumano no quedarse varado en su interior para siempre. Hundió la cabeza en la almohada, con ella aún debajo de él. Oírla respirar así le llenaba el corazón de gozo, porque significaba que había disfrutado tanto como él. Pensó que, si no tuviera obligaciones que atender, le encantaría dejarla sin aliento durante todo el día, en distintas posturas y en diferentes habitaciones.

Gabriela se quedó adormilada tras haber disfrutado de otro intenso y maravilloso orgasmo. Apenas sintió cómo él se levantaba a regañadientes y se vestía, gruñendo contra el mundo y maldiciendo su mala suerte. Solo pudo sonreír, movida por la ternura. Que él quisiera quedarse junto a ella la inundaba de dicha. Perdió la consciencia antes de que él saliera de la estancia y cuando se despertó, un par de horas después, sentía todo el cuerpo dolorido y el pecho henchido de felicidad y de una nostalgia extraña a la que no sabía poner nombre.

Esa tarde, cuando Duncan abrió la puerta, se encontró una estampa que no había pensado ver ni en el más atrevido de sus sueños. Su hijo Micheal estaba sentado a la mesa, con un trozo liso de madera, un palo con lo que parecían un puñado de pelos de jabalí atados al extremo, y un cuenco de cenizas al lado.

—¿Qué haces? —Micheal le echó un vistazo y siguió concentrado en su tarea.

—Es por si algún día me mandas un mensaje para que te ayude a ganar una batalla.

—¿Qué?

—Luego te lo cuento, Duncan —le dijo Gabrielle, sentada al lado de su hijo y enseñándole a trazar las letras.

Duncan se movió con sigilo para no molestar a su hijo, y se sirvió una copa de vino, que tomó apoyado en la alacena. Gabrielle se mostraba paciente con Micheal, y no le reñía cuando se equivocaba, y él parecía realmente interesado en aprender. Hasta entonces, Duncan no había sido capaz de conseguir que permaneciera con Donald el tiempo suficiente, siempre acababa escapándose y deambulando por ahí con su espada de madera. Una de las cosas que más lamentaba era no poder dedicarle todo el tiempo que merecía.

En ese instante, Gabrielle hizo un comentario que él no pudo oír, y su hijo y ella se echaron a reír, como si compartieran una broma entre ellos. El corazón de Duncan pegó un brinco, y ni siquiera se atrevió a preguntarse el motivo.

—Algo extraño ocurre entre esos dos —dijo Fergus, un rato más tarde, asomado a la ventana del cuarto de su madre.

—¿A qué dos te refieres? —preguntó Megan Montroe mientras daba una puntada más a su bordado y sin mirarlo siquiera.

—Duncan y Rob.

Entonces sí alzó la mirada y la clavó en su hijo, esperando una explicación.

—No sé qué es, madre, pero se comportan de manera diferente.

—¿Diferente en qué sentido?

—Duncan está demasiado pendiente del chico.

—Es así desde que Rob llegó, ¿no? Se ha convertido en su guardián.

—Sí, pero hay algo distinto. Como si existiera una relación más estrecha.

—Es normal, vive en su casa. Y recuerda que el muchacho estuvo a punto de morir y que él se ocupó de cuidarle.

—Sí, eso es cierto.

—Es su protegido, al menos hasta que Malcolm vuelva. Imagino que estará harto de cuidar al mocoso y que, en cuanto su abuelo regrese, dejará de prestarle tanta atención.

—No estoy tan seguro de eso. —Fergus hizo una pausa y dejó caer el tapiz que cubría la ventana. La estancia se estaba enfriando por momentos—.

¿Madre, creéis que podría haber algo más?

—¿Algo como qué?

—No lo sé, tal vez que le esté preparando para convertirse en el nuevo *laird*.

—No seas absurdo. Es solo un crío.

—Y el nieto de Malcolm Montroe.

Megan se tomó unos minutos para valorar la opinión de su hijo. En muchas ocasiones, no le prestaba atención a sus berrinches o a sus exigencias, pero aquello tenía sentido y podría ser importante.

—Les observaré la próxima vez que vengan a cenar al salón —dijo al fin.

—Rob no ha vuelto desde... ya sabe, desde aquella noche.

—¿Crees que te tiene miedo?

—No lo sé, tal vez.

—Pues tienes que conseguir que regrese, con Duncan.

—¿Y cómo diantres voy a hacer eso? —Fergus hizo una mueca y se dejó caer sobre la silla.

—Muéstrate amable con él y dile que hace tiempo que no le ves por el salón, y que te gustaría compartir una cerveza con él.

Fergus soltó una risotada.

—Madre, si le digo eso sospechará de inmediato que ocurre algo extraño.

—Eres lo bastante inteligente como para idear un modo de hacerlo que no despierte su desconfianza.

Fergus caviló durante unos segundos y luego sonrió.

—Bueno, en realidad, el domingo se celebrará un banquete para compartir las piezas que hemos cazado. Duncan asistirá seguro, y estoy convencido de que traerá a Rob con él.

—Estupendo, una oportunidad excelente para observarlos de cerca.

—Y descubrir qué están tramando.

Rodrick no paraba de bufar mientras ambos recorrían las almenas, inspeccionando los turnos de guardia.

—¿Se puede saber qué diablos te ocurre? —le espetó Duncan.

—¿Eh? —Rodrick se volvió en su dirección, como si hubiera olvidado que estaba a su lado—. Nada.

—¿Es Rhona?

—Te he dicho que nada.

—Como quieras. —Duncan continuó su paseo.

—Ha vuelto a decirme que no —confesó Rodrick al fin.

Duncan le echó un rápido vistazo y se detuvo.

—Tal vez sería conveniente que buscaras esposa —le dijo, conciliador.

—Oh, vaya, ¿en serio? —bufó Rodrick—. Creí que era eso precisamente lo

que estaba tratando de hacer.

—No, me refería a otra mujer.

—¿Otra que no sea Rhona? —Rodrick le miró con las cejas alzadas.

—Sí, ¿por qué no? ¿Qué más da una mujer que otra?

—Bromeas.

—No, claro que no. Tendrás una esposa que te caliente el lecho, un plato de comida al regresar por la noche, alguien con quien compartir los sinsabores del día y que pueda darte un par de retoños.

Rodrick lo miraba de una forma tan extraña que Duncan se sintió incómodo. Había en su rostro algo parecido a la tristeza. No, dedujo de pronto, era compasión lo que veía en aquellos rasgos tan conocidos. Pero ¿por qué?

—¿Qué ocurre? —La inquietud se prendió a su tono.

—No importa. —Rodrick hizo amago de continuar caminando, pero Duncan le detuvo sujetándolo del brazo.

—Oh, sí que importa. ¿Qué es lo que pasa?

—Duncan, déjalo. No lo entenderías.

Aquellas palabras se le clavaron como agujones.

—¿De qué demonios hablas? —Su tono era mordaz y autoritario—. ¿Por qué yo no entendería lo que sea que estés pensando?

—¡Porque nunca te has enamorado!

—¿Desde luego que sí! —replicó, ofendido.

—No, creo que no.

—Quería a Liese.

—No lo dudo, pero no es lo mismo.

—Pues explícame la diferencia, tú que pareces saberlo todo —repuso, con más acritud de la que pretendía.

—Cuando no estabas con ella, ¿pensabas en Liese a todas horas? —comenzó Rodrick, en un tono no muy distinto al de su amigo—. ¿Deseabas que

llegara la noche para volver a verla? ¿Te estremecías cada vez que te miraba o que te tocaba? ¿Hubieras abandonado a tu clan para seguirla hasta el fin del mundo si hubiera hecho falta? ¿Cualquiera de sus tristezas, por pequeñas que fueran, te herían como si fueran tus peores heridas en la batalla?

Duncan bajó la cabeza, sabiendo que no podía responder afirmativamente a casi ninguna de esas cuestiones. Había querido a Liese, era cierto, pero al parecer existía algo más grande y más profundo que aún no había tenido la dicha o la desgracia de descubrir.

Un rato más tarde, cuando finalizó la inspección y tomó la dirección de su casa, las palabras de Rodrick parecieron pegarse a su sombra. Sin embargo, se quedaron en la puerta en cuanto traspasó el umbral y vio a Gabrielle sentada frente a la mesa, esperando su llegada. Su mente fue incapaz de pensar en nada más que no fueran sus ojos, su piel o el sabor de sus besos.

Apenas charlaron durante la cena, anhelantes por cruzar la distancia que los separaba, y ni siquiera se molestaron en recoger la mesa de tan ansiosos que estaban por sentirse. Esa noche, Duncan la amó de nuevo, dos veces. Y una más al despuntar el día. Luego prepararon el desayuno. Mientras él cortaba unas tiras de cecina, ella fríó unos huevos, e incluso charlaron un rato mientras se los comían. Antes de marcharse, Duncan le dio un beso en los labios a modo de despedida.

Ninguno de los había oído abrirse la puerta.

—¡Papá! —gritó Micheal, observándolos con los ojos muy abiertos.

El mundo entero dio un traspié.

—¡Micheal! —Duncan dio un salto hacia atrás—. Esto... esto no es lo que parece.

—Pues parece que estabas besando a Rob —dijo el niño, y cerró la puerta con más tranquilidad de la esperada. Anduvo unos pasos y se situó muy cerca de ellos.

Gabriela, sujeta con ambas manos a la mesa, no se atrevía a mirar a ninguno de los dos.

—Bueno, entonces sí es lo que parece —balbuceó Duncan, que se pasó las manos por el pelo—. Pero... en fin... —¿Qué debía explicarle y cómo debía hacerlo?—. ¿Por qué no has llamado a la puerta?

—Es mi casa —repuso el niño, como si fuera algo tan evidente que la pregunta fuese innecesaria.

—Ya. —Duncan cambió el peso de su cuerpo de una pierna a la otra, sin saber cómo actuar.

—¿Por qué besabas a Rob de esa manera? —preguntó el niño, que continuaba mirándolos de forma alternativa.

—En realidad yo...

—¿Te gusta Rob?

—¿Qué? —Duncan se atragantó con su propia saliva, y Gabriela alzó la vista para encontrarse la mirada curiosa de Micheal clavada en ella. ¡Oh, Dios, qué desastre!

—Que si te gusta Rob.

—Ya te he oído —farfulló el padre—. Micheal, dos hombres no pueden

gustarse, ni pueden besarse como lo estábamos haciendo nosotros.

—¿Aunque te guste mucho?

—Aunque te guste muchísimo.

—¿Por qué no?

—Es... es pecado.

—¿El qué es pecado?

—Querer a otro hombre es pecado.

Micheal se lo quedó mirando como si no creyera lo que le decía. Durante varios segundos, nadie dijo nada.

—Eso no es verdad —replicó Micheal al fin.

—Oh, sí, ya lo creo que lo es. Pero verás...

—¡¡No es verdad!!

Micheal echó a correr en dirección a la puerta, pero Duncan fue más rápido y lo sujetó por el brazo.

—Tenemos que hablar, Micheal.

El niño se volvió, y Gabriela vio que tenía los ojos anegados en lágrimas. Ella y Duncan intercambiaron una mirada de incomprensión, y acompañaron al niño hasta una de las sillas.

—¿Qué te pasa, hijo? ¿Por qué lloras?

—Yo... yo... —Los sollozos le impedían hablar con claridad—. Yo no quiero ir al infierno.

—¡Por Dios Santo! —exclamó Duncan—. ¿Y por qué habrías de ir tú al infierno?

—Has dicho que no se puede querer a otro hombre.

—Sí, así es.

—Pero yo te quiero, papá. Aunque tenga que ir, ya sabes... ahí abajo. — Señaló con el dedo índice hacia el suelo.

Duncan sintió que el pecho se le encogía, y se arrodilló junto a la silla de

Micheal para abrazar a su hijo. Gabriela tuvo que hacer un esfuerzo para no unirse al llanto del pequeño.

—No pasa nada, Micheal. Eres mi hijo, es normal que me quieras. Yo también te quiero, ¿sabes? —Le acarició el cabello—. Eso no es malo.

Sin embargo, el llanto de Micheal no cesaba y Duncan no sabía cómo aliviarlo.

—¿Qué sucede?

—También quiero a Logan, y a Rodrick —repuso el pequeño, totalmente descompuesto.

—Son tus amigos, ese amor tampoco es malo. En realidad, creo que ningún tipo de amor debería estar prohibido, ¿sabes?

—Entonces ¿solo es pecado querer a Rob? —Y se echó de nuevo a llorar, refugiándose otra vez en el pecho de su padre—. Porque entonces estamos perdidos, papá.

Duncan no pudo evitar sonreír ante la inocencia de su hijo.

—No es pecado que tú quieras a Rob, Micheal, en realidad...

—Entonces ¿solo es pecado si le quieres tú? —Micheal volvió a centrar su mirada vidriosa en la de su padre—. Porque si tú vas al infierno, yo quiero ir contigo.

Duncan soltó una carcajada y acarició el cabello de Micheal.

—Creo que ninguno de los dos arderá por esto, pequeño.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. —Le limpió con los dedos los restos de lágrimas—. Ahora será mejor que te tranquilices, tengo algo que contarte. Bueno, en realidad los dos tenemos que hacerlo.

Duncan lanzó una rápida mirada a Gabrielle, no sabía si a la espera de su aprobación. Micheal había visto algo que no debía ver porque ellos no habían sido lo bastante cuidadosos, y si comenzaba a cotorrear por el pueblo, no

quería ni imaginarse lo que los habitantes del clan podían llegar a pensar de todo aquello. Gabrielle asintió ligeramente con la cabeza, y Duncan vio que comenzaba a pellizcarse los bordes de la manga de su camisa, un gesto que hacía cada vez que se ponía nerviosa y que a él le parecía increíblemente tierno.

—Tenemos que contarte un secreto, Micheal, un secreto muy grande —comenzó Duncan. El niño los miró a ambos con cierta aprensión, pero también con un destello de curiosidad en la mirada que no les pasó desapercibido—. Y es muy, muy importante que no se lo cuentes a nadie.

—¿Ni siquiera a Christen?

—A nadie, Micheal. ¿Serás capaz de guardar ese secreto solo para ti?

—Claro que sí, papá. ¿Recuerdas aquel día que te caíste del caballo y no pudiste sentarte durante una semana? —preguntó, con los ojos muy abiertos—. ¡Pues no se lo he contado nunca a nadie!

—Ahora mismo se lo acabas de contar a... Rob —repuso Duncan, que se pasó de nuevo la mano por el pelo. Dios, aquello iba a ser un desastre.

Micheal enrojeció hasta la raíz del cabello y se tapó la boca con la mano.

—Lo siento, papá.

—No pasa nada, pero ¿ves a lo que me refiero? El secreto que vamos a contarte es mucho más grande que eso.

—¿Más que...?

—¡Basta, Micheal! —le cortó Duncan, temiendo lo que pudiera salir de aquella boca. Si se descuidaba, Gabrielle conocería todas sus miserias en un santiamén.

El niño cerró la boca y centró su mirada en la mesa.

—Está bien, papá.

—El secreto no nos pertenece, Micheal —le explicó, para tratar de hacerle

entender la magnitud de lo que iban a contarle—. Tú y yo solo somos sus guardianes.

—¿Los guardianes de un secreto? —Micheal parecía emocionado. La idea le gustaba.

—Exacto. El secreto es de otra persona, y será esa persona quien tenga que contarle cuando llegue el momento. Nosotros solo se lo guardamos, por eso es muy importante que nadie lo conozca. ¿Lo entiendes?

—Pues claro que sí, papá. ¡Tengo seis años!

—Sí, tienes seis años. —Duncan le revolvió el cabello. «Aunque en este momento te juro que me gustaría que tuvieras al menos diez más», pensó.

—¿Y de quién es el secreto?

—Mío —intervino al fin Gabriela.

—¿Tienes un gran secreto? —Micheal bajó el tono e inclinó la cabeza en su dirección.

—Sí. —También susurró y acercó su rostro al del pequeño.

—¿Y cuál es?

—Pues que... en realidad... no me llamo Rob.

Micheal se echó hacia atrás, con las cejas alzadas. La miró y luego miró a su padre.

—¿Y cómo te llamas entonces?

—Gabrielle.

—¿Gabriel?

—No, Gabrielle.

—¿Pero ese es un nombre de chica! —replicó, muy ufano.

—Lo sé. —Gabriela volvió a inclinarse en su dirección y el niño la imitó.—. Es que yo soy una chica.

Micheal la miró fijamente y luego soltó una risita. Pero ni Duncan ni Rob se

rieron, más bien al contrario. Sus rostros estaban inusualmente serios. La volvió a mirar, muy concentrado.

—¿De verdad eres una chica?

—Sí —respondió Duncan en su lugar.

—Pero... pero... —Micheal se llevó las manos al pecho, como si sujetara dos senos de considerable tamaño, a juzgar por lo retiradas que tenía las manos del cuerpo—. No tienes...

Duncan se tapó el rostro con las manos, para ocultar su sonrisa y su turbación.

—Sí que tengo —respondió Gabrielle—, pero llevo el pecho vendado para que no se noten.

Micheal dirigió una rápida mirada a la zona en cuestión y volvió a fijarla en sus ojos.

—Entonces ¿no eres el nieto del *laird*?

—Eso sí que es verdad, pero no soy su nieto, soy su nieta.

—¿Y por qué él siempre te llama Rob?

—Porque aún no sabe que soy una chica.

—Ese es el secreto, Micheal —aclaró su padre—. Y, para mantenerlo, es muy importante que tú sigas llamándola Rob.

—Nadie puede saber que soy una mujer hasta que mi abuelo regrese y yo se lo pueda contar.

—¿Y por qué todavía no lo has hecho?

—Esa es una buena pregunta —repuso Duncan, con sorna.

—Quise hacerlo, pero el día que se lo iba a contar fue el día que se marchó.

—¿Y por qué no se lo dijiste cuando llegaste? Se va a enfadar mucho, ¿verdad, papá?

—Es probable —contestó Duncan.

—¿Y qué pasará?

—No lo sé —reconoció Gabriela, contrita—. Yo... espero que no le importe que sea una chica, pero es posible que se enfade, sí.

—Pero ¿entonces qué pasará? —insistió el niño.

—No lo sé, Micheal. Yo... solo espero que no me expulse del clan.

—¿¿Qué?? El *laird* no haría eso, ¿verdad, papá? —preguntó, con los ojos muy abiertos y el rostro lívido.

—No lo sé, hijo. Yo también espero que eso no ocurra.

—Tú no le dejarás que la eche, ¿a que no?

—Yo no tengo potestad para decidir quién se queda o quién se va del clan, Micheal.

—¡Pero eres el jefe de los guerreros!

—Pero no soy el *laird*. Esa decisión es solo suya.

—Pero...

—Ya basta de peros. Es inútil que nos preocupemos ahora por algo que no ha sucedido, que tal vez no suceda nunca. ¿De acuerdo?

—Está bien, papá —aceptó Micheal, con los hombros ligeramente más hundidos. Durante unos instantes pareció muy concentrado en sus cosas, y luego miró otra vez a Gabrielle.

—¿Y por qué te disfrazaste de chico si eres una chica?

—Uff —repuso Gabriela, sobrepasada por la situación.

—Es una historia un poco larga, Micheal —intervino Duncan.

—¿Y no me la vais a contar?

Gabriela pensó que lo mejor era que el niño supiera toda la verdad y, a grandes rasgos, le contó toda la historia. Micheal la escuchaba con suma atención, totalmente absorto en su relato. Cuando Gabriela terminó, permaneció un rato en silencio, y volvió a mirarlos, primero a su padre y luego a ella.

—¿Por eso mi padre te estaba besando? —preguntó entonces.

—Bueno, eso es más complicado de explicar —respondió Duncan.

Micheal se levantó de la silla y se acercó hasta Gabriela. Pareció estudiarla con suma atención e incluso se atrevió a tocarle el pelo. Luego, con el puño de la manita cerrado y el índice extendido, tocó la mejilla de la joven, hasta hundirle ligeramente la carne, como si tratara de cerciorarse de que era real.

—Entonces ¿tú vas a ser mi nueva madre? —preguntó, con un brillo tan intenso en la mirada que Gabriela se sintió desfallecer.

Duncan se incorporó de golpe y Micheal se sobresaltó.

—Se hace tarde, Micheal, y tenemos que irnos.

—Pero papá...

—Más tarde hablaremos, ¿de acuerdo? Y recuerda que no se lo puedes contar absolutamente a nadie.

—¡Prometido! —repuso, muy serio.

Duncan cogió su tartán y Gabriela, que el día anterior había decidido sustituir su capa toledana por el tartán de su padre, le imitó. De repente, ninguno de los dos se atrevía a mirar al otro, como si Micheal hubiera abierto un abismo insalvable entre ambos.

A punto ya de salir, Duncan se detuvo.

—Por cierto, ¿a qué habías venido, Micheal?

—¡Liese ya come solo! —respondió, muy contento—. ¡Ya puedo volver a casa!

El aire pesaba demasiado esa mañana. Y no tenía nada que ver con el cielo cubierto de nubarrones o el frío cortante que trataba de colarse bajo las ropas. Al menos esa era la sensación que acompañaba a Duncan mientras recorría la distancia hasta el castillo. Le habría encantado que Gabrielle, que caminaba a su lado en silencio, dijese algo, lo que fuese, para barrer con sus palabras esa

extraña sensación que se le había instalado en la boca del estómago. Pero ella parecía tan sumida en sus propios pensamientos como él mismo y, al llegar a su destino, se separaron con un escueto «hasta luego» que a Duncan le supo a hojas muertas. Mientras iba a reunirse con Rodrick, la observó seguir su camino con el rabillo del ojo, como si fuera a perderla de vista para siempre. Tosió para despejar su garganta, abarrotada en ese instante de mil palabras no dichas, y se unió a sus hombres para comenzar con la rutina diaria.

—Esta tarde entrenaré un rato a Rob —le dijo a Rodrick durante un descanso a media mañana—. He dejado su instrucción en manos de Gavin y de Callum y quiero ver cuánto ha progresado.

—Creí que el otro día estuviste con los más jóvenes —repuso su amigo.

—Sí, pero no pude dedicarle el tiempo que necesitaba.

—De acuerdo, yo me ocuparé de los muchachos esta tarde.

Duncan asintió y retomó sus tareas. Lo que le había dicho a Rodrick no era del todo inexacto, pero existían otras razones más poderosas para querer pasar un rato más con Gabrielle. Esa tarde pretendía ponerles nombre.

Si ella se mostró sorprendida cuando él le hizo llegar la orden, no lo demostró. Había comenzado a caer una lluvia menuda y fría, que mantendría alejados a los curiosos, o al menos a las jovencitas que siempre pululaban alrededor de Gabrielle sin que ella fuese consciente en absoluto. Duncan siempre las observaba entre divertido y preocupado, preguntándose cómo reaccionarían al conocer la verdad y cuántas de ellas se mostrarían ofendidas.

Tenerla tan cerca de nuevo supuso una batalla para los sentidos de Duncan, que en algunos momentos ansiaba estrecharla entre sus brazos y en otros reprenderla por su falta de atención. Era consciente de que él era la causa de que ella se mostrara tan insegura. A él le sucedía lo mismo en cuanto sus alientos se mezclaban en el viento, solo que él tenía mucha más experiencia sobre sus espaldas y era capaz de mantener cierta disciplina, al menos

exteriormente. Por dentro, en cambio, anhelaba cargársela al hombro y llevársela a cualquier rincón apartado para hacerle el amor hasta desfallecer.

No llevaban ni una hora allí cuando apareció Micheal y se unió a ellos, lo que ayudó a calmar el pulso acelerado de ambos. Sin embargo, era evidente que Gabrielle no lograba concentrarse. Duncan ya la había desarmado en dos ocasiones, y puesto en aprietos otras dos, y eso sin esforzarse demasiado. Ella refunfuñaba y renegaba en voz baja, con las mejillas arrojadas y los ojos tan brillantes que despedían chispas.

Gabriela trataba por todos los medios de mantener el pulso firme, pero entonces Duncan la desarmó por tercera vez, en esta ocasión frente al niño, y ella dio un pisotón en el suelo y se tiró de los pelos. Comenzó a caminar en círculos, con pasos cortos y rápidos, mientras se masajaba el rostro y profería una retahíla de frases incomprensibles para ellos.

—Maldita sea, Gabriela, ¿se puede saber qué te ocurre? Has entrenado mil veces con él —se decía, mientras lanzaba a Duncan una mirada de soslayo—. De acuerdo, antes no habías visto su... su cosa. Ni tampoco su culo, que también es precioso. ¿Su culo? Párdiez, ¿se puede saber qué haces pensando en las nalgas de un hombre delante de él y de su hijo? Concéntrate, por Dios, Gabriela, concéntrate.

Duncan y Micheal se habían retirado unos pasos, para dejarle algo de espacio.

—¿Qué es lo que está diciendo, papá?

—No lo sé, Micheal. Esperaremos a que se tranquilice, a ver si nos lo puede traducir.

Micheal soltó una risita.

—No creo que pueda, papá.

—Ya, yo tampoco lo creo.

Duncan se limitó a observarla, bajo la lluvia que no parecía percibir,

recriminándose a sí misma con ese ardor que la caracterizaba, luchando por ser mejor, por ser más fuerte, por ser una Montroe. Y fue en ese preciso momento cuando tomó una de las decisiones más importantes de su vida.

Gabriela seguía furiosa consigo misma. No se podía creer lo mal que había ido todo. Siempre había sido diestra con la espada, al menos con la espada que usaba en Toledo, mucho más fina y liviana. Pero al fin había conseguido desenvolverse bastante bien con los aceros escoceses, solo que eso no parecía importar cuando se encontraba frente a Duncan. Era como si él, sin pretenderlo, fuese capaz de arrancarle toda su pericia. También el aliento, debía reconocerlo. Era imposible mantenerse cerca de él sin que sus rodillas se echaran a temblar.

Mientras caminaba con desgana en dirección a casa de Wallis ni siquiera era capaz de sentir la lluvia, que había comenzado a empapar sus ropas. Ni las rachas de viento frío que sacudían su tartán. Duncan y Micheal habían ido a ver cómo avanzaban las reparaciones de la torre, pero ella necesitaba ir a ver a la que ya consideraba su amiga. No habían compartido muchos momentos juntas, pero sí los suficientes como para saber que podía confiar en ella. Lo que tenía que decirle era muy importante.

La encontró zurciendo la ropa junto al fuego, con Christen sentada en el suelo y el gatito dormido en sus brazos. Si le sorprendió su visita no comentó nada, y la invitó a sentarse. Le ofreció algo de beber y Gabriela aceptó un tazón de caldo caliente, que le reconfortó el cuerpo y el alma.

—No tienes buen aspecto —le dijo al fin Wallis.

—Necesito hablar contigo —le susurró, mientras echaba un vistazo a la pequeña, que parecía por completo ajena a ella.

—¿Qué sucede?

—¿Recuerdas la conversación que mantuvimos el otro día?

—Hmmm, ¿cuál de ellas?

—Sobre los problemas que podía encontrarme si continuaba... intimando con Duncan. —Gabriela sintió las mejillas ruborizarse ante su confesión.

—Oh, Dios, ¿estás embarazada? —Wallis hizo ademán de incorporarse y Gabriela la detuvo con un gesto de la mano—. ¿Tan pronto?

—¿Eh? ¡¡No!!

—¿Entonces? ¿A qué te refieres?

—Ya sabes, a lo otro que comentaste.

—No recuerdo...

De repente Wallis se calló y la observó con tanta fijeza que Gabriela comenzó a removerse en la silla.

—¿Tú cómo supiste... ya sabes, que Logan era el hombre al que amabas?

—Oh, madre mía. —Wallis se cubrió el rostro con las manos y frotó su frente con la yema de los dedos—. Sabía que esto iba a ocurrir, lo sabía.

—Wallis, por favor.

—Querida, si tienes que preguntarlo, ya es tarde para ti.

—¿Estás segura?

—¿Te falta el aire? ¿Te abrasa todo el cuerpo? ¿Has perdido el apetito? ¿Sueñas con él, dormida o despierta?

—Eh... sí a todo —susurró ella, con las mejillas encendidas.

Gabriela ya sabía que estaba profundamente enamorada de Duncan Montroe pero, de algún modo, necesitaba expresarlo en voz alta, saber que era del todo real y que sus propios sentidos no la engañaban. Jamás había albergado sentimientos semejantes por nadie, ese fuego que lo mismo la consumía que la dejaba tiritando, ese anhelo por estar cerca de él y respirar el mismo aire que él, por sentir su olor o su risa, o el sonido ronco de su voz. Cada uno de esos

pensamientos le aceleraban el pulso y, si eso no era amor, no sabía qué otra cosa podía ser.

—Sabes que es posible que todo esto no termine bien, ¿verdad? —La voz de Wallis la arrancó de golpe de sus ensoñaciones.

La mujer le apretó la mano, insuflándole ánimos. Durante un rato ninguna de las dos pronunció palabra y poco más tarde Gabriela se despidió. Wallis le dio un abrazo y le recordó que estaba allí si necesitaba cualquier cosa, y Gabriela se lo agradeció.

Duncan se había aseado y había preparado algo para cenar. Micheal se caía de sueño y no hacía más que bostezar, con los codos clavados en la mesa y la cara apoyada en las palmas de las manos. Mientras deambulaba por la habitación, Duncan trataba de encontrar las palabras apropiadas que pensaba decirle a Gabrielle esa misma noche, en cuanto ambos estuviesen a solas. De repente se sentía inseguro y tan nervioso como si estuviera a punto de entrar en batalla.

Gabriela llegó y, cuando abrió la puerta, ambos intercambiaron una corta mirada antes de que ella se volviera para colgar el tartán del gancho. Duncan se secó las palmas sudadas contra la tela de su *kilt*.

—¿Tienes hambre? —Colocó unas rebanadas de pan en un cuenco.

Gabriela asintió y se sentó a la mesa. Había esperado que Micheal volviera a preguntarle mil cosas, pero el niño parecía tan agotado que ni siquiera acabó de cenar. En cuanto Duncan le dio permiso para retirarse, el niño se metió en la habitación grande, la misma que ella y su padre habían compartido. Gabriela sintió un pellizco en el vientre.

No se encontraba con fuerzas para enfrentar la mirada de Duncan, que notaba fija en ella, como si quisiera colarse bajo sus ropas. Apenas dio un par

de bocados y no pudo tragar más. Tenía miedo de alzar los ojos y reflejarse en aquellas pupilas celestes, tenía miedo de lo que él pudiera descubrir a su vez en las de ella.

—Me gustaría mucho hablar contigo —comenzó Duncan, con voz suave y ronca.

No le quedó más remedio. Gabriela levantó la cabeza y se dio cuenta de que él no parecía tan seguro de sí mismo como era habitual, como si algo le preocupara.

—Sobre lo que ha dicho Micheal hoy.

—Oh —atinó a decir ella, de repente tan nerviosa que se le secó la boca. Cogió la jarra y dio un buen trago a la cerveza suave y espumosa.

—Yo... bueno, tal vez te parezca precipitado...

Duncan se quedó en silencio. «¿Tal vez te parezca precipitado? —pensó—. Qué manera más original de comenzar esta conversación.»

Gabriela se limitó a observarle, sin saber lo que vendría a continuación.

—He pensado que podríamos casarnos. Si tu abuelo nos da su consentimiento, claro.

—¿Qué? —Gabriela alzó las cejas. Había oído bien, ¿verdad?

—Bueno, yo, en fin... —Duncan se pasó las manos por el cabello—. Tú y yo ya hemos yacido como marido y mujer, ¿sabes?

—Lo sé, te recuerdo que yo también estaba allí.

—Sí, es verdad. —Sonrió, algo avergonzado—. Es evidente que tu abuelo no tiene por qué conocer esa información.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Pero el hombre con el que te cases se dará cuenta, y eso no sería bueno para ti.

—¿Por eso quieres que nos casemos?

—No, no solo por eso, claro. Esto... creo que serías una esposa apropiada.

Eres buena con Micheal, y él te aprecia mucho. Y sabe Dios que necesita una madre, está creciendo como un salvaje. —Duncan hablaba tan rápido que a Gabriela le costaba entender todo lo que decía—. Sería agradable compartir con alguien las pequeñas alegrías del día a día. Eres buena con la espada y aún mejor con el arco, y serías una excelente compañera en los malos tiempos. ¿Me entiendes?

Gabriela lo miró bien antes de contestar, sin saber muy bien qué decirle.

—Sí, te he entendido. ¿Hay algo más?

—¿Algo más? —Hizo una pausa y la observó con atención. No parecía muy entusiasmada con la idea, y pensó que, después de tanto pensar, no había logrado elegir bien las palabras.

—¿Esas son las razones por las que deseas que nos casemos?

—Bueno, seguramente hay algunas más. Ya sabes que me importas, mucho. Y que mi deseo por ti no ha hecho sino aumentar con el transcurrir de los días...

—El deseo... sí —musitó ella, con los hombros hundidos.

Unas horas antes, la proposición de Duncan la habría llenado de gozo. Ahora, en cambio, le parecía tan pragmática, tan prosaica, que le daban ganas de llorar. Ella era consciente de que él sentía algo por ella, algo más que el deseo que ya había confesado, aunque tal vez no lo suficiente. No al menos tanto como ella esperaba, como ella soñaba. Pasar el resto de su vida junto a un hombre que no la amaba, un hombre al que ella le daría su propia vida, se le antojaba un futuro desolador. Sería distinto si contraía matrimonio con un desconocido por el que no sintiera absolutamente nada. Al menos ahí ambos estarían en igualdad de condiciones.

—He pensado que hablaré con tu abuelo en cuanto regrese. Es muy posible que se muestre reacio al principio, e incluso que se niegue... pero estoy dispuesto a intentarlo.

—Creo... —Gabriela carraspeó para tragarse la pena—. Creo que es mejor que no lo hagas.

—¿Por qué no?!

—Porque yo no deseo casarme contigo —dijo ella, con esfuerzo, y supo al instante que eran las palabras más difíciles que había pronunciado nunca.

Duncan la miró de hito en hito, incapaz de creerla. Sin embargo, vio tal determinación en su rostro que finalmente no le cupo ninguna duda. Y se sintió un idiota. Le había propuesto matrimonio a una mujer que no estaba interesada en él, y le había rechazado. Habría jurado que la propuesta la haría feliz. Por cómo le miraba, por cómo le hablaba y sonreía, por cómo le temblaba todo el cuerpo cuando estaba junto a ella... habría apostado su alma a que diría que sí. Es más, estaba convencido de que le echaría los brazos al cuello y le colmaría de besos, y que él la amaría sobre aquel camastro como si no existiera un mañana.

Totalmente ofuscado, se incorporó, sin saber muy bien cómo actuar a continuación.

—Será mejor que nos vayamos a dormir. —Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta de su habitación. Antes de abrirla se volvió una vez más y hubiera jurado que en los ojos de Gabrielle había lágrimas—. ¿Puedo al menos saber por qué?

—Tengo mis razones, Duncan —repuso ella, con un hilo de voz—. Y prefiero no compartirlas.

Duncan asintió y abandonó la estancia, mientras se preguntaba qué razones serían esas. ¿Acaso tenía ya algún prometido? Ella le había dicho que no, pero tampoco la conocía tan bien como para estar seguro de que no mentía. ¿O, tal vez, era que no le consideraba lo bastante bueno para ella? Era la nieta del *laird*, eso podría tener sentido. Desechó la idea de inmediato, Gabrielle no le parecía de ese estilo de mujer.

Mientras se desvestía no hacía más que calibrar todas las posibilidades que se le ocurrían, y las iba descartando una a una. Cuando al fin logró dormirse, varias horas más tarde, no había llegado a ninguna conclusión satisfactoria.

Gabriela recogió un poco la casa, aguantándose las lágrimas y, en cuanto corrió la cortina alrededor de su pequeño habitáculo, las dejó salir al fin, tan calientes que le quemaron las mejillas. Ahogó los sollozos tapándose la boca con las manos, con el corazón haciéndosele añicos y una desolación tan grande en el alma que pensó que también se le había roto.

Al día siguiente, la incomodidad entre ambos era tan palpable que casi se podía masticar. Micheal volvía a estar muy hablador, pero ninguno de los dos fue capaz de darle más conversación que unas respuestas cortas y secas, hasta que el pequeño acabó por callarse y se limitó a observarles. Sabía que había ocurrido algo malo, lo sabía por el modo en el que se miraban o, mejor dicho, por el modo en que no se miraban y por cómo caminaban por la habitación lo más lejos posible el uno del otro. ¿Se habrían peleado, como hacían a veces Christen y él? Decidió no darle mayor importancia, porque estaba seguro de que las cosas se arreglarían. Con Christen siempre acababa haciendo las paces.

Duncan abandonó la casa en primer lugar, deseoso de salir de allí y de no tener que hacer frente a la presencia de Gabrielle. Se sentía herido en su orgullo y, por alguna extraña razón, también se sentía triste, como si hubiera perdido algo importante, algo irrecuperable. Tampoco ella parecía tener buen aspecto, pero se propuso no prestarle excesiva atención. Había dejado bien claro que no estaba interesada en él, al menos no del mismo modo que él, y no pensaba insistir en ello ni tratar de hacerla cambiar de opinión. Lo que había

sucedido entre ellos se acabaría borrando con el tiempo, pensó, aunque ni él mismo se creyó esas palabras.

Le habría gustado coger su caballo e irse un rato al lago, o al manantial, o a buscar pelea en algún lugar... pero ese día se celebraba el banquete con las piezas que habían cazado días atrás, y no podía ausentarse. Debería pasar la jornada charlando con unos y con otros, haciendo que todo el mundo se sintiera cómodo e incluido en el clan, como Malcolm Montroe hacía cuando estaba allí. De repente, sintió más ganas que nunca de que el *laird* regresara, de que Gabrielle se instalara en el castillo por fin y de que él pudiera comenzar a olvidarla.

El ánimo de Gabriela no estaba en mejores condiciones. Le habría encantado quedarse en la cama todo el día, rumiando su tristeza, y en cambio debería asistir al banquete, y comportarse como el nieto del *laird* que era.

Se puso una camisa limpia y se envolvió en el tartán. Una vez en el exterior, comprobó que el día no era especialmente desapacible. Al menos, no llovía. Cerró la puerta y comenzó a caminar en dirección a la torre.

—Parece que arrastres un carro de heno.

La voz sonó a su espalda. Wallis llevaba a Christen de la mano, ambas ataviadas con sus mejores ropas. Gabriela se obligó a poner buena cara. No le apetecía contarle sus miserias a su amiga, no otra vez. No iba a fastidiarle el día de fiesta. Así es que se limitó a sonreírle, y rogó interiormente porque su gesto pareciese sincero. Wallis pareció no darse cuenta de nada, porque en ese momento Christen le preguntaba algo y desvió la mirada de ella.

En el patio se habían preparado varios fuegos, y sobre ellos giraban enormes piezas de carne ensartadas en largos espetones, que cuatro fornidos guerreros se ocupaban de girar. Junto a sus pies, varias ollas de espesa salsa

con la que iban rociando la carne, que desprendía un olor delicioso. A Gabriela se le hizo la boca agua.

En un rincón, los más jóvenes hacían ejercicios frente a sus progenitores, que los miraban con orgullo. Reconoció a varios de los chicos, entre ellos a Neall, Alec e Iain. Pensó en unirse a ellos, pero desechó la idea de inmediato. Podría herir el orgullo de los muchachos si decidían usar el arco, y no quería humillarlos.

Vio a Fergus, que charlaba con una joven risueña, y procuró evitar encontrarse con él, no se hallaba con ánimos para lidiar con sus tonterías.

Wallis, Christen y ella recorrieron las largas mesas llenas de cuencos de nabos, coles, zanahorias, legumbres y huevos, varios guisos y todo tipo de tartas de aspecto succulento. Jóvenes y mayores se movían por la zona, reunidos en pequeños corrillos, y había alguien en algún lugar tocando una flauta, cuya alegre melodía contribuía a animar el ambiente.

Localizó a Duncan junto a una de las puertas, y Wallis, Christen y ella se dirigieron hasta allí. Un numeroso grupo de niños jugaba a lanzar viejas herraduras para tratar de insertarlas en una barra de hierro que habían clavado en el suelo. A Micheal parecía dársele bastante bien y se mostró muy satisfecho cuando ella le felicitó. Durante todo el tiempo que estuvo allí, apenas le dirigió la mirada a Duncan.

Buscó con la mirada a Fiona, pero no la vio por ningún lugar. Le apetecía volver a verla después de la conversación que habían mantenido días atrás. Sí que se tropezó, sin embargo, con la expresión adusta de Megan Montroe, que la observaba con atención desde detrás de una de aquellas mesas repletas de comida.

—¿Buscas a alguien? —le preguntó Wallis, a su lado.

—A Fiona.

—No acostumbra a asistir a estas fiestas, y menos si el *laird* no está. Lo

cierto es que no se relaciona mucho con la gente del pueblo, aunque todos acudimos a ella y siempre se muestra amable. ¿La necesitas para algo?

—¿Eh? No, solo quería saludarla.

—Mira, la carne ya está lista. —Wallis señaló un enorme jabalí que estaban retirando del fuego—. ¡Vamos!

Gabriela la siguió y, un rato después, sostenía una gruesa rebanada de pan y una loncha de jabalí del mismo tamaño bañada en salsa. En cuanto dio el primer bocado, descubrió que estaba deliciosa, jugosa y muy tierna. Se lo comió prácticamente todo, una proeza que, unas horas antes, habría creído imposible.

Wallis y Christen la dejaron sola para ir a saludar a la hermana de Logan y su marido, y ella se quedó allí, sin saber muy bien qué hacer. No tuvo que pensar mucho. Neall y Alec se acercaron de inmediato, como si hubiesen estado esperando el momento. La invitaron a compartir con ellos unas jarras de cerveza suave, que era lo que bebían los más jóvenes del clan, y aceptó encantada.

Casi todos habían comido ya cuando Fergus se aproximó a su madre, que había estado presente en todo momento y a la que había visto observar con interés tanto a Duncan como al joven Rob.

—¿Habéis visto algo digno de mención, madre? —preguntó Fergus, haciendo un aparte.

—En absoluto. Más bien al contrario. Se han evitado durante todo el día y se han mirado con indiferencia.

—¿De verdad? —Lo cierto es que Fergus apenas les había prestado atención, muy concentrado en tratar de impresionar a la joven hija del carpintero.

—¿Estás seguro de que su relación parecía más estrecha?

—Sí, madre.

—Entonces, o andas equivocado, o esa relación ya no existe.

Fergus barrió la explanada con la mirada, tratando de localizar con disimulo al joven Rob. Lo vio junto a Neall y Alec, charlando y bebiendo. Duncan, en cambio, se encontraba en el otro extremo, al parecer totalmente ajeno a lo que su pupilo estuviera haciendo en ese momento. Se recostó contra el muro y permaneció allí un rato más, mientras alternaba su mirada entre uno y otro. Efectivamente, como había dicho su madre, parecían ignorarse. Tal vez, después de todo, sí que había errado en sus suposiciones.

Que Duncan no mirara en dirección a Gabrielle no significaba, ni de lejos, que no la tuviera alborotando su pensamiento. De hecho, estaba convencido de que, si se acercaba y le proponía abandonar la fiesta para ir al manantial, ella aceptaría de buen grado. La fuerte atracción que existía entre ambos estaba fuera de toda duda. No iba a hacer nada semejante, por supuesto, pero le reconfortaba saber que ella no era del todo inmune a él. No tenía muy claro de qué le servía eso, pero le hacía sentir mejor.

Observó que Micheal se acercaba a ella y la sacaba del grupo de Neall para que le acompañara a todos los juegos en los que quería participar, y ella parecía encantada con la idea. Esperaba que su hijo no se encariñara con la idea de que Gabrielle se convirtiera en su nueva madre. Ya había perdido a una, no quería que perdiera a dos.

Recorrió la zona con la vista y le gustó comprobar que la gente parecía disfrutar de la fiesta, algunos más que otros. Rodrick parecía de estos últimos, apoyado contra el muro de los establos y mirando con el ceño fruncido en dirección a Rhona, que en ese momento charlaba amigablemente con Bram, el

herrero. Durante toda la jornada, había visto cómo ambos se miraban, y habría jurado que Rhona no era tan indiferente a las atenciones de su amigo como a este le había hecho creer. Movidó por un impulso, se acercó hasta ella con paso medurado, sin querer llamar la atención.

—Vaya, Duncan, ¡cuántos días sin verte! —le saludó ella, con una sonrisa que a él le pareció sincera.

Bram escogió ese momento para retirarse, y Duncan sospechó que el herrero había pensado que él estaba interesado en la mujer y no quería interponerse en su camino. ¡Si él supiera!

—¿Podríamos hablar un momento?

—¿Hablar? —Se acercó a él de forma sugerente—. ¿Quieres que vayamos a mi casa?

—Rhona, por favor, no estoy bromeando. —Duncan se retiró unos centímetros y la expresión de ella cambió por completo.

—Por supuesto, Duncan. Creí que... en fin, no importa. ¿Qué sucede?

—Se trata de Rodrick.

—Oh, vaya.

—Me ha comentado que...

—Duncan, creo que esto no es asunto tuyo.

—Me ha explicado las razones por las que has rechazado sus propuestas de matrimonio —continuó él, haciendo caso omiso de sus palabras.

—Que tampoco son de tu incumbencia.

—Solo quería preguntarte un par de cosas, nada más.

Rhona lo miró, calibrando las intenciones de Duncan y las posibles cuestiones que querría plantearle. Él pareció entender su gesto como un sí.

—Debo suponer que, si mañana partiéramos a la guerra, no le echarías en absoluto de menos.

—Oh, Dios, ¿¿os vais a la guerra?? —Rhona alzó la voz y se llevó la mano

al pecho, un gesto que llamó la atención de los más cercanos.

—No, no —la tranquilizó él, en voz también alta, para despejar las dudas de quien pudiera haberles escuchado. Luego bajó el tono—. Será mejor que no grites.

—Lo siento —contestó ella, casi en un susurro—. Es que me has asustado.

—Así es que sí que le echarías de menos.

—Bueno, os echaría de menos a todos, claro —repuso ella, demasiado rápido. Y Duncan supo que mentía.

—Claro. Imagina que, como te he dicho, mañana nos fuéramos a luchar contra los ingleses. Y que la espada de unos de esos malnacidos atravesara el pecho de Rodrick.

—¿Por qué me haces esto, Duncan? —Los ojos de Rhona se habían llenado de lágrimas, y bajó la mirada.

—Ya veo que llorarías su pérdida, entonces.

—¡Por supuesto que sí! —repuso ella, y alzó la vista, furiosa.

—Si los motivos por los que no aceptas casarte con él son que no quieres echarle de menos si se marcha, ni llorarle si no vuelve, creo que ya es tarde para eso, Rhona. Solo quería recordártelo.

Duncan no añadió nada más, se dio la vuelta y comenzó a alejarse, mientras Rhona, totalmente perpleja, permanecía allí de pie, con los puños apretados y con ganas de arrancarle la cabeza.

—Eres, eres... —oyó Duncan que ella balbuceaba a su espalda.

Duncan continuó el paseo como si no tuviera ninguna prisa, mientras saludaba a unos y a otros y se tomaba un vaso de cerveza con quien se lo ofrecía.

—Será mejor que vayas a buscarla, amigo —le dijo a un malhumorado Rodrick al llegar a su altura.

No tuvo necesidad de repetírselo.

Gabriela sabía que Dios había hecho el mundo en seis días, así se lo habían enseñado desde niña. Pero estaba convencida de que a las Highlands escocesas les había dedicado un tiempo especial. Solo había que contemplar el verde de sus prados, salpicados de rocas que parecían cortadas a cuchilladas, sus innumerables lagos y las montañas eternamente coronadas de nieve, recortándose contra un cielo de un azul como no había visto jamás.

Sin embargo, ahora los días le parecían más oscuros y más grises, y no tenía nada que ver con el clima. De hecho, ese día lucía un sol que caldeaba el ambiente de forma agradable, aunque ni siquiera fuese capaz de apreciarlo. Desde su conversación con Duncan, se le hacía difícil disfrutar de las pequeñas cosas que tanto la habían enamorado de aquella tierra. Sabía que esa sensación sería pasajera, y que acabaría por desaparecer. Al menos confiaba en ello.

Acudía a los entrenamientos, aunque ya sin el mismo ímpetu, y se mostraba taciturna la mayor parte del tiempo. Por las tardes entrenaba con el arco, y los evidentes progresos de Neall, Alec y los demás tampoco la satisfacían por completo. Evitaba a Wallis, temerosa de que ella pudiera asomarse al abismo de su pecho. Y evitaba aún más a Duncan, que había tomado la costumbre de cenar en el salón con Micheal y que regresaba cuando ella ya se había acostado. Su vida era una sucesión de jornadas carentes por completo de ilusión y de esperanza, y esa sensación se estaba convirtiendo en una segunda piel que no sabía si algún día lograría quitarse de encima.

Tampoco Duncan era ya capaz de disfrutar de los pequeños placeres de su

vida, y solo la presencia de Micheal, siempre curioso y alborotado, lo mantenía lo bastante cuerdo. No entendía por qué el rechazo de Gabrielle le molestaba tanto, por qué no tenerla a su lado y no sentirla junto a su pecho le hacía sentirse tan huérfano. Es cierto que el sexo con ella había sido total y absolutamente maravilloso, y lo echaba mucho de menos. Pero no era solo eso, lo sabía. En realidad, echaba de menos tantas cosas que no era capaz ni de enumerarlas.

—¿Me estás escuchando, muchacho? —La voz de Callum lo sacó de sus pensamientos.

—No. Lo siento, amigo.

—Los chicos quieren salir de caza.

—¿Otra vez?

—Duncan, me refiero a los que no te acompañaron.

—Ah, claro.

—Los otros muchachos no paran de presumir, y se está creando cierta rivalidad entre ellos que no me gusta.

—Lo tendré en cuenta.

—El banquete fue un éxito.

—Sí, es cierto.

—Podríamos repetirlo.

Duncan no se sentía con ánimos para más fiestas y pensó en alguna buena excusa que ofrecerle a Callum.

—Tampoco todos tus guerreros pudieron acompañarte —añadió el hombre.

También eso era verdad. De hecho, algunos de ellos ya le habían hecho saber que estarían encantados de hacer una escapadita. Duncan guardó silencio. Tal vez, después de todo, le viniera bien alejarse un poco.

—¿Cuántos chicos?

—Nueve, y el joven Rob.

—No, él no viene.

—¿Por qué? Creo que ya está preparado para un poco de aventura.

—He dicho que él no viene.

Callum le miró con el ceño fruncido y Duncan se vio en la obligación de ofrecerle una explicación.

—Si le pasa algo al muchacho, el *laird* nos colgará del árbol más alto.

—Si van todos menos él, le convertirás en el objeto de todas las burlas.

—Prefiero que se rían de él a que lloren sobre su tumba.

—¿No crees que exageras un poco, Duncan? Ya sabes que los chicos apenas intervienen en la cacería.

—Lo suficiente como para resultar heridos.

—De acuerdo, de acuerdo. Como tú quieras.

Callum pareció aceptar al fin sus deseos y lo dejó a solas de nuevo. Duncan sabía que no era justo con Gabrielle, pero la sola posibilidad de que se pusiera en peligro le ponía las tripas del revés. Esperaba que ella también lo entendiera así.

En cuanto volvió a casa esa noche, supo que no era el caso. Le esperaba sentada a la mesa, con la espalda tan tiesa como si la tuviera clavada al respaldo de la silla. Duncan le echó un rápido vistazo y comprobó que estaba enfadada, muy enfadada. Por fortuna, esperó a que llevara a un dormido Micheal a su cama antes de enfrentarse a él.

—¿Por qué, Duncan?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué van a ir todos menos yo?

—¿De verdad me lo preguntas?

—¿Es que no te das cuenta de lo extraño que resulta eso?

—No veo por qué.

—Todos los muchachos van a acompañarte. La mayoría lo hicieron la

primera vez y ahora irá el resto. Todos menos yo.

—Tú eres una mujer.

Gabriela se levantó de un salto y golpeó la mesa.

—¡No me puedo creer que hayas dicho eso! —le gritó.

—¿Es mentira, acaso? —respondió en el mismo tono que ella.

—¡Por supuesto que no! Pero soy tan buena como algunos de ellos, y con el arco mucho más.

—No puedo arriesgarme a que te ocurra nada.

—¿Y puedes arriesgarte con los demás?

—Los demás no son...

—¿No son qué? —insistió ella.

—Los demás no son la nieta del *laird* —contestó al fin, aunque en su interior la respuesta había sido muy distinta: «porque los demás no son tú».

—Duncan, si no me permites ir, todos pensarán que ocurre algo extraño conmigo.

—Es que ocurre algo extraño contigo, creo que no necesito recordártelo.

—¿Esto es porque no acepté... tu propuesta de matrimonio? —preguntó ella, en un tono comedido.

—¿¿Qué?? —Duncan se acercó tanto a ella que Gabriela no tuvo tiempo ni de reaccionar. Sus ojos lanzaban peligrosos destellos que a ella le congelaron el aliento—. ¿Cómo te atreves a sugerir tal cosa? ¿¿Cómo te atreves siquiera a pensarlo??

—Yo... —comenzó ella a disculparse.

—¿¿Quieres venir?? ¡¡Pues adelante!! —le gritó con tanta furia que ella se dejó caer sobre la silla—. Y jamás, jamás, vuelvas a insinuar algo semejante —le siseó.

—Lo siento, Duncan...

—¡Buenas noches, Gabrielle!

Duncan se dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas, maldiciendo en voz baja con palabras que ella no logró entender.

Gabriela había logrado una pequeña victoria, una victoria que ahora le sabía a hiel.

Dos días más tarde, un pequeño grupo de no más de treinta miembros abandonaba de nuevo la fortaleza. Dos días en los que Duncan y Gabrielle apenas se habían dirigido la palabra. Duncan continuaba muy enfadado, o al menos lo había estado hasta un rato antes de salir. Esa mañana, a solas en su habitación, mientras se colocaba el tartán, el broche con el que lo sujetaba se había caído al suelo, bajo la cama. Tuvo que ponerse de rodillas para buscarlo. Lo encontró, por supuesto, pero en el proceso halló algo que no esperaba: un hatillo con uno de sus viejos tartanes que, en circunstancias normales, debía estar dentro de su arcón.

Sacó el envoltorio y lo abrió. Dentro había varias prendas de ropa, suyas y de Micheal, un trozo de queso envuelto en un paño y un perro tallado en madera que él mismo había hecho para su hijo un par de años atrás. Extrañado, llamó a Micheal, que se encontraba en la estancia contigua.

—¿Qué pasa, papá?

—¿Puedes explicarme qué es esto? —Señaló el bulto abierto, con todo su contenido esparcido sobre la cama.

—¡Papá! —exclamó el niño, que corrió a recoger las prendas y el resto de objetos y preparó de nuevo el hatillo, con una habilidad que no pudo dejar de sorprenderle.

—¿Y bien?

—No es nada, papá.

—Por nada no se esconden cosas bajo la cama, Micheal.

Con el paquete entre los brazos, el niño bajó la vista y comenzó a mover el pie izquierdo en pequeños círculos, como hacía siempre que sabía que se había metido en algún lío.

«A ver qué es lo que ha hecho ahora», se dijo Duncan, y se prometió ser indulgente con él. Se había dado cuenta de que los últimos días también estaba triste, como si la situación entre él y Gabrielle lo afectara. Su hijo era lo más importante del mundo, y hacerle daño, aunque fuese de forma involuntaria, lo mataría.

—Es solo por si acaso, papá.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso tenemos que irnos, así de repente.

—Pero ¿qué dices? No vamos a ir a ningún sitio, Micheal.

—Bueno, papá, si el *laird* se enfada mucho, mucho con Rob, y la echa de aquí, tendremos que irnos con ella, ¿no?

—¿Irnos con ella?

—No podemos dejar que se vaya sola. ¿Adónde va a ir? ¿Qué sería de ella sin nosotros?

Duncan miró a su hijo, que parecía haberse emocionado al pronunciar aquellas frases, y él sintió también un nudo en la garganta. Solo unas semanas atrás, la perspectiva de tener que dejar aquellas tierras casi le había causado una apoplejía. Jamás había estado tan orgulloso de Micheal como en ese momento.

—Somos *highlanders*, papá, los Elegidos de Dios —continuó el pequeño—. Y los Montroe «no dejamos a nadie atrás», nunca.

Duncan asintió al reconocer el lema del clan, incapaz de encontrar la voz. Atrajo a su hijo hacia su pecho y le abrazó, y lo mantuvo allí todo el rato que pudo, hasta que notó que Micheal empezaba a removerse. Le permitió separarse un poco y le revolvió el pelo.

—Sabes que te quiero, ¿verdad, hijo? —le dijo con la garganta hecha un erial.

Micheal asintió y le dio un beso en la mejilla, algo que no sucedía desde hacía más de un año, desde que su hijo le dijo que ya era demasiado mayor para hacerlo. Y ese beso fue el bálsamo que curó su mal humor, que rompió su enfado y lo convirtió en polvo. Micheal se merecía a Gabrielle, se merecía a alguien que le quisiera y le cuidara tanto como ella lo hacía.

Pero él también se la merecía. Y Duncan Montroe jamás abandonaba una pelea.

Gabriela se sentía feliz de poder salir con los guerreros, especialmente porque Fergus no se había unido a ellos. Se sentía como uno más, como si formara parte de aquel grupo por derecho propio. Sería una buena historia que contarle a su abuelo y, el día de mañana, tal vez a sus propios nietos. Imaginarse ya anciana, sentada junto al fuego y rodeada de los hijos de sus hijos, le provocaba una inmensa ternura y, al mismo tiempo, una honda tristeza. El anciano que se sentaba frente a ella y la miraba aún con amor, tenía los ojos celestes más hermosos que había visto nunca, y una larga y suave cabellera blanca.

Ese mismo hombre, varias décadas más joven, cabalgaba ahora al frente del grupo, ajeno por completo a las tribulaciones de su corazón. Ella sabía que continuaba furioso, había sido más que evidente durante los dos últimos días. Pero esa mañana, antes de subir a los caballos, se había acercado a ella, y en su mirada ya no existía aquella tormenta que había temido y evitado en las últimas horas.

—Prométeme que tendrás cuidado, ¿de acuerdo? —le había susurrado él, acariciando suavemente su mano bajo el tartán.

Gabriela se había quedado muda y, durante un segundo, había incluso olvidado dónde se encontraban, porque a punto estuvo de ponerse de puntillas y de besar aquellos labios cuya forma se conocía de memoria. Y de aceptar a continuación su propuesta de matrimonio. Era posible que él no la quisiera, todavía. Pero tenía todo el tiempo del mundo para mostrarle que ella era lo mejor que le podía haber pasado en la vida.

Amaba a ese hombre por encima de todas las cosas, y estaba dispuesta a luchar por él. Gabriela Montroe jamás abandonaba una pelea.

Rodrick no había querido acompañarles en esta ocasión, y Duncan le entendía. No estaba dispuesto a dejar sola a Rhona ni siquiera una noche, ahora que ella había aceptado al fin los sentimientos que albergaba por él. Duncan se alegraba por su amigo, y también le envidiaba, por qué no decirlo. Envidiaba la fuerza de su corazón y que hubiera alguien dispuesto a compartir también el suyo, alguien que le amara por encima de todo. Como él amaba a Gabrielle.

Tiró de las riendas y el grupo entero se detuvo, aunque él no fue consciente de ello. Con los ojos muy abiertos, miraba sin ver los campos de brezo que se extendían en todas direcciones, salpicados de formaciones rocosas y de pequeños grupos de árboles.

¿Amaba a Gabrielle? Cerró los ojos un momento y la vio, la vio a la luz de aquella antorcha, encerrada entre sus brazos, la vio con las manos heridas la primera vez que la obligó a acarrear piedras, la vio riéndose el día que a él, embelesado con ella, se le cayó la espada, la vio con la cara llena de sangre aquella noche aciaga en que casi la había perdido... El pecho se le contrajo y se le expandió, y algo le cerró la garganta, una mano invisible hecha del viento de otoño que le robó el aliento y la voz. Sí, la amaba, la amaba como solo se

puede amar una vez en la vida, y ese descubrimiento pareció llenarle de luz. Soltó una risa que rompió la mañana y que hizo que todos sus hombres se le quedaran mirando, algo alarmados, como si su jefe se hubiese vuelto loco de repente.

Se volvió sobre su silla y contempló sus rostros extrañados mientras buscaba el de Gabrielle entre aquel grupo que, de repente, le parecía una multitud. Y la vio, al final, charlando y sonriéndole al joven Neall. A punto estuvo de volver grupas e ir a buscarla, para llevarla a algún lugar apartado y convencerla para que ella también le amase a él. Los gestos contrariados de sus hombres, sin embargo, le hicieron reaccionar a tiempo. Aquel no era el momento, se dijo.

Recuperó su posición normal y retomaron la marcha, aunque ninguno pudo explicarse, ni entonces ni nunca, cuál había sido el motivo por el que se habían detenido.

Acamparon cuando la tarde ya finalizaba, junto a la linde del bosque, cerca de un arroyo de aguas frías y rápidas. Duncan se sentía ansioso, y apenas atendía al jolgorio general. Guerreros curtidos y principiantes comenzaron a recoger leña para encender los fuegos. Un rato después vio cómo Gabrielle se metía en el bosque disimuladamente. Supuso que precisaba hacer sus necesidades en la intimidad y le dio algo de tiempo antes de ir en su busca.

Se adentró en la espesura, con el corazón latiéndole en las orejas con una fuerza atronadora. Si no conseguía calmarse, temía que fuese a escapársele por algún agujero de su cuerpo. Entonces la vio alisarse las ropas en un pequeño claro, sobre el que incidía la luz de una luna redonda y magnífica que se comía medio cielo. Pisó una rama a propósito para alertarla de su presencia. Ella alzó la vista y echó la mano a la empuñadura de su espada, que sobresalía

detrás de su hombro derecho. Había sido rápida, muy rápida de hecho, y eso le hizo amarla aún un poco más, si es que era posible.

—Me has asustado —le dijo ella.

—Lo siento, no era mi intención.

—¿Vienes a asegurarte de que no hago algo que pueda ponerte en ridículo?

—La voz de Gabrielle sonó áspera, y Duncan sintió como si un látigo lacerara sus entrañas.

—No, en realidad no. —Procuró que su voz sonara suave y cálida, y con ella como armadura recorrió la escasa distancia que los separaba.

—¿Qué sucede entonces? —susurró, y a Duncan le pareció el sonido más dulce de su vida.

—Solo venía a ver qué tal estabas.

Ella carraspeó, con la mirada prendida a la suya.

—Bien.

—Llevas todo el día cabalgando, y no estás acostumbrada. ¿Qué tal tu montura?

—Una yegua bastante tranquila, no he tenido ningún problema. ¿Qué tal la tuya?

—¿La mía? —preguntó él, con una sonrisa.

—Oh, es cierto. Brave es como una prolongación de ti mismo. Lo había olvidado.

—A ti nunca se te olvida nada, Gabrielle. —Se acercó un poquito más.

—Solo si estás tan cerca como ahora.

Gabriela alzó un poco la cabeza para observar a aquel hombre magnífico bañado de luna y sintió que el corazón se le paraba, que ya no era capaz de dar ni un latido más. Cuando él alzó una de sus manos y rozó su mejilla con los nudillos, volvió a ponerse en marcha, a un ritmo encabritado que la aturdió. La otra mano de Duncan la tomó por la cintura, para anclarla al suelo y a su piel,

y la acercó tanto a él que Gabriela creyó que hasta ahí había llegado su existencia.

Duncan se inclinó ligeramente y acarició con sus labios la boca de Gabrielle, apenas un roce que consiguió que todo su cuerpo se erizase de deseo. Profundizó el beso un poco más, mientras maldecía las vendas que aprisionaban aquellos senos que no lograba sentir pegados a él. Su mano bajó hasta la cadera de Gabrielle, y rodeó una nalga con la mano, atrayéndola, mientras ella gemía y se deshacía bajo sus labios.

Las palabras que pensaba decirle se le fueron muriendo a medida que la besaba, sin ser consciente de nada más que de aquel cuerpo que estrechaba entre sus brazos y que temblaba de excitación. Supo que las recuperaría más tarde, y que esa noche le diría que era la dueña de su alma y que, si ella no podía amarle de igual modo, él se conformaría y la amaría por los dos.

Sin embargo, las intenciones de Duncan se vieron frustradas cuando les llegaron las voces de varios de sus hombres, que también se habían internado en la espesura. Se separaron como si de repente sus pieles quemaran, y los dos tuvieron la misma idea. Se inclinaron hacia el suelo y recogieron algunas pequeñas ramas, como si hubieran ido en busca de leña. Así fue como los encontraron dos de los guerreros más jóvenes, Iain y Scott, que ya llevaban un buen haz de ellas entre los brazos.

Los muchachos se mostraron un tanto intimidados ante la presencia de Duncan y él supo que su charla con Gabrielle tendría que esperar, porque los chicos decidieron no separarse de ellos. Comprendió que resultaba demasiado arriesgado estar tan cerca de ella en el exterior, cualquiera podría verles. Que lo vieran besando a un hombre podría significar su perdición, al menos hasta que se descubriera el secreto. Por otro lado, aunque se había enamorado, aún conservaba su sentido del honor, o al menos le gustaba pensar que así era. Jamás haría nada que pudiera herir a su *laird*, al menos nada que pudiera

evitar. Lo de Gabrielle no habría podido esquivarlo ni a lomos de un millón de caballos como Brave. Esperaba que Malcolm Montroe también lo entendiera así.

Le lanzó una rápida mirada a Gabrielle, cuyas mejillas aún permanecían sonrosadas, y le dedicó un guiño cómplice. Ella sonrió apenas, bajó de nuevo la cabeza y simuló estar concentrada en la búsqueda de leña. Los cuatro salieron del bosque unos minutos más tarde. Duncan frustrado y feliz. Gabriela con la misma frustración, y una asombrosa dosis de sorpresa.

De hecho, ella apenas pudo pegar ojo en toda la noche. ¿Qué se había propuesto aquel hombre? ¿Seducirla en mitad del bosque y hacerla suya bajo los árboles? ¿Y por qué ella no se había mostrado más firme y le había rechazado? «Porque es el dueño de tu corazón —se dijo—. Y al corazón no se le puede negar lo que le pertenece.»

La mañana siguiente, sin embargo, les tenía reservados unos planes muy distintos a los que Duncan había previsto. No habían terminado de recoger los enseres del desayuno, bajo las primeras luces del alba, cuando un par de guerreros aparecieron a todo galope. Formaban parte de las patrullas que recorrían las fronteras, y no traían buenas noticias. Un grupo del clan Rossen andaba por el territorio, cazando en los bosques que pertenecían a los Montroe y armando alboroto en las granjas de la zona.

Los guerreros gritaron alborozados, deseosos de entrar en acción.

Duncan y Gabriela cruzaron una breve mirada, cargada de extraños presagios.

—Necesito que te mantengas al margen, por favor —le decía Duncan en ese momento, en un aparte, lejos de los demás guerreros.

—Está bien, Duncan —le prometió ella, que lo vio tan preocupado que a punto estuvo de abrazarle.

—Si te sucede algo...

—No me moveré de donde tú me digas.

—Luchas bien, Gabrielle. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, Duncan.

—Pero los Rossen son guerreros avezados. Te harían puré al primer mandoble.

—Lo sé. Aún no estoy preparada.

—Eso es. Todavía no —sonrió, pero fue una sonrisa triste—. No podemos dejaros aquí, así es que los más jóvenes vendréis con nosotros, pero os quedaréis atrás. Podéis usar los arcos si veis la oportunidad, pero no acercaros.

—De acuerdo. —Gabriela no podía contestar otra cosa. Duncan tenía razón, ella no era tan inconsciente.

—Gabrielle, yo...

—¡Duncan! —La voz de uno de los guerreros interrumpió lo que fuese que iba a decirle, y se aproximó hasta ellos.

—¿Sí, Gideon?

—Estamos listos, jefe.

—Pues vamos entonces.

Le lanzó una última mirada a Gabrielle, que ella sintió como una caricia, y montó sobre Brave de un salto. Los demás le imitaron y ella contempló a aquellos hombres que habían abandonado sus gestos risueños y sus bromas y que se habían convertido, de repente, en una fuerza temible. No sabía cuántos guerreros del clan Rossen formaban parte de aquel grupo invasor, pero más de uno no iba a dormir en su cama esa noche.

El grupo resultó ser mayor de lo esperado, y se encontraron solo un par de horas más tarde. Gabriela, con el estómago encogido, los observó desde la distancia, junto al resto de jóvenes, que parecían impacientes por entrar en combate. Sin embargo, eran disciplinados y siguieron las instrucciones de Duncan. Sacaron sus arcos y se prepararon por si tenían la posibilidad de mandar al infierno a alguno de aquellos salvajes.

Ella no perdía de vista al jefe de los Montroe, que se bajó del caballo y le golpeó en la grupa para que se alejara. Con las piernas ligeramente abiertas y los pies clavados en la tierra con firmeza, Duncan echó mano de la espada que llevaba sujeta de la espalda. Justo en ese momento, un rayo de sol asomó entre las nubes y acarició el metal, arrancando destellos de su superficie. Gabriela pensó que era una señal y que, pese a la inferioridad numérica, Duncan saldría victorioso.

Sus hombres le imitaron, y se escuchó el siseo de una veintena de aceros al ser desenvainados. Gabriela sintió un escalofrío. Los guerreros Rossen hicieron lo mismo y los dos grupos quedaron frente a frente. Desde donde se encontraba, solo le llegaban palabras sueltas mientras Duncan hablaba con el que parecía el jefe del otro grupo. Era un guerrero alto y ancho como una puerta, de larga y desgreñada melena oscura y cuyo fiero aspecto la obligó a tragar saliva varias veces seguidas. Dedujo que Duncan le preguntaba por los

motivos por los que habían invadido sus tierras, y el otro pareció burlarse de él. Cuando los guerreros que se alineaban tras el gigante se carcajearon, supo que ya no había vuelta atrás.

Entonces todo pareció convertirse en un borrón. Los guerreros de ambos bandos echaron a correr para encontrarse a medio camino en un entrecocar de aceros que sonó como un trueno, seguido de otro y otro más. La boca de Gabriela se secó, pero mantuvo su pulso firme. Preparó su arco y se dispuso a esperar.

Junto a ella, sentía removerse a los muchachos, cada vez más nerviosos. Parecía que varios guerreros Montroe luchaban con dos y hasta tres contrincantes a la vez, en una lucha desigual que no tardaría en provocar víctimas. Algunos hombres lucían ya algunas heridas, que salpicaban la tierra mojada. De tanto en tanto, vislumbraba la larga melena de Duncan, azotada por el viento y el esfuerzo, y luego volvía a desaparecer en aquel barullo. Ella retenía la respiración sin darse cuenta, hasta que de nuevo avistaba algunos mechones de su pelo y lograba un sosiego tan necesario como efímero.

—Tenemos que hacer algo —decía Neall en ese momento.

—Nos quedaremos aquí —repuso ella—. Esas son las órdenes.

—¡Pero van a masacrarlos! —exclamó otro de los muchachos, Ramsay—. Además, tú no eres nuestro jefe, por muy nieto del *laird* que seas.

—¡Claro que no! Vuestro jefe es Duncan. Y nos ha dicho que nos quedemos aquí.

—No sabía que fueses un cobarde, Rob —insistió Ramsay, escupiendo en el suelo.

—Y no lo soy, pero no estamos preparados para luchar contra los Rossen.

—Eso dilo por ti —repuso Neall, con un sarcasmo que logró hierla, aunque procuró mantener su rostro impassible.

—¡No podemos dejar solos a nuestros hombres!

—Ramsay, si os metéis ahí, solo conseguiréis que os maten.

—Pues que así sea. Moriré como un Montroe entonces. —El joven sacó su espada y dio un par de pasos en dirección a la batalla—. ¿Alguien me acompaña?

Ante el estupor de Gabriela, un único sonido retumbó en sus oídos cuando las espadas de los ocho jóvenes que la acompañaban abandonaron sus vainas. Supo que no podría convencerles. ¿Qué debía hacer? ¿Obedecer a Duncan o acompañar a los chicos y evitar, en lo posible, que los matasen? No tuvo que pensarlo mucho, porque los jóvenes echaron a correr gritando el lema de los Montroe: «No dejamos a nadie atrás», y sus pies se movieron solos para unirse a ellos.

Mientras avanzaba, Gabriela era consciente de que no tendría ninguna posibilidad frente a aquellos guerreros, que parecían más grandes cuanto más se aproximaba. Tal vez saldría airosa de un envite, tal vez incluso de dos, pero sus brazos no poseían fuerza suficiente como para luchar demasiado tiempo con una espada escocesa. Echó de menos el arma que había traído consigo desde Toledo, que languidecía en un rincón de la cabaña de Duncan, aunque seguramente tampoco le habría servido de mucho, como él le había indicado en su momento. El arco, en cambio, cuyo extremo sentía golpear sus nalgas en la carrera, era otro cantar. Así es que no se molestó ni en valorar sus opciones. A pocas yardas de la melé, se detuvo, apenas sin aliento, mientras veía cómo los muchachos se metían en la refriega. El cuerpo le temblaba con tanta violencia que no sabía si sería capaz de sostener el arco con firmeza, así es que echó una rodilla en tierra y usó la pierna flexionada como soporte. Colocó la primera flecha, recorrió la explanada con la vista y eligió un objetivo. Debía ser cuidadosa, no quería errar el blanco y darle a uno de los suyos.

«Tranquilízate, Gabrielle», oyó la voz de su padre junto a su oído, traída por el viento y el tiempo. Cerró los ojos un instante, lo justo para ver su

sonrisa y sus ojos de miel, y, cuando volvió a abrirlos, se sintió un poco más calmada. Tensó la cuerda y disparó. La primera flecha dio en el blanco, en el brazo de un hombre que, en ese momento, estaba a punto de descargar su espada sobre el cuerpo de Alec, que había resbalado en el barro y la sangre, y trataba de incorporarse. El hombre soltó un aullido y soltó su arma, y Alec aprovechó para clavarle la suya en la pierna. El guerrero Rossen había quedado fuera de combate. Alec le lanzó una rápida mirada de agradecimiento y se dio la vuelta, en busca de otro enemigo al que enfrentarse.

«Uno», se dijo Gabriela, que se dispuso a buscar un nuevo objetivo. Reprimió un grito cuando vio a Iain luchar contra un par de enemigos, y su certero disparo equilibró las fuerzas. Unos minutos más tarde, ya eran cuatro los blancos conseguidos, y el pulso de Gabriela era tranquilo, más de lo esperado en aquellas circunstancias. Ya no sentía el miedo, ni siquiera se notaba nerviosa, como si hubiese hecho aquello cientos, miles de veces. Como si aquellos hombres fuesen los muñecos de paja con los que practicaba a diario.

La refriega continuaba, y sus ojos eran incapaces de abarcar tantos frentes. De repente veía a Gideon luchando contra tres enemigos, y luego a Duncan batiéndose con otros dos. Veía a los chicos haciendo frente a su primera batalla con el arrojo de su juventud, y a varios guerreros Montroe sangrando, gritando y manejando aquellas espadas como si fueran una extensión de sus brazos. Le pareció distinguir algunos bultos en el suelo, pero se obligó a no pensar en quiénes podrían estar agonizando mientras sobre ellos el mundo temblaba.

«Cinco», pronunció el número en voz baja, mientras veía caer a un guerrero que se había enzarzado con Ramsay, en compañía de otro tan grande y temible como él. Parecía que los Rossen habían optado por enfrentarse a los más bisoños, en vista de que les resultaba muy difícil vencer a los veteranos, o al

menos eso era lo que parecía. De nuevo, la melena de Duncan reverberó en medio del caos y ella soltó un suspiro de alivio. Un suspiro que se transformó en grito cuando sintió un dolor lacerante en el tobillo izquierdo, justamente la pierna que tenía flexionada y apoyada sobre la hierba. Perdió momentáneamente el equilibrio, y casi la visión, pero logró recomponerse lo suficiente como para girar un poco la cabeza y ver a uno de los Rossen a unas veinte yardas, cargando de nuevo su arco. Había salido del grupo para buscar al arquero que ya había imposibilitado a varios de sus hombres, y había visto a aquel muchacho imberbe, que manejaba el arco como si hubiera nacido con uno bajo el brazo.

Gabriela se obligó a erguirse y a ladear un poco el cuerpo para apuntar. Sabía que, si no lo hacía, la siguiente flecha le arrancaría el alma. Aún no había terminado el guerrero de colocar la suya, cuando la de Gabriela salía disparada para atravesar su hombro y conseguir que cayera de rodillas.

Con los ojos cubiertos de lágrimas, Gabriela comenzó a respirar de forma entrecortada, tratando de controlar lo incontrolable. Volvió a erguir los brazos, medio sentada sobre la hierba, incapaz de apoyar aquel pie que no se atrevía ni a mirar sin que las náuseas la asaltaran. La flecha había atravesado limpiamente la pierna, un poco más arriba del tobillo, y la punta sobresalía al menos un palmo por el otro lado. En aquella incómoda postura, aún hizo blanco otras dos veces, y lloró y rio al mismo tiempo al ver que los guerreros Rossen se rendían y se batían en retirada, llevándose a sus heridos y lo que a ella le parecieron, al menos, cuatro muertos. Los guerreros Montroe comenzaron a gritar y a alzar sus espadas al aire. Vio a Neall y a Ramsay abrazarse entre ellos, y a Iain con la mano sobre el vientre ensangrentado, intentando contener la hemorragia pero gritando con la misma fuerza que los demás. Distinguió a Duncan al frente de sus hombres, en silencio pero con la espada alzada. Luego lo vio inclinarse para ayudar a algún herido, aunque no

pudo distinguir a quién. Incapaz de sostenerse por más tiempo, Gabriela se dejó caer sobre la hierba mullida y cerró los ojos. Un grito reverberó en mitad del prado.

—¡¡Nooooo!! —La voz de Duncan fue lo último que escuchó antes de perder el conocimiento.

Despertó un par de horas más tarde, cómodamente recostada sobre la hierba. Observó su pierna, que alguien se había ocupado de curar. Le habían extraído la flecha y se la habían vendado, pero el dolor seguía siendo atroz. Incluso pensar suponía un esfuerzo titánico.

A su alrededor pululaban los guerreros Montroe, muchos de ellos con heridas vendadas con trozos de camisas o de tartanes, pero no veía a Duncan por ningún lado. Sabía que estaba vivo, recordaba haber oído su voz antes de sumirse en la negrura. Tampoco veía a los muchachos, y rogó para que todos ellos se encontraran bien.

Sí que vio a Callum que se acercaba y se sentaba junto a ella.

—¿Cómo estás, chico? —le preguntó, con una sonrisa.

—Creo que bien, aunque duele mucho.

—Es normal, pero aquí no tenemos nada que pueda aliviarte.

—¿Dónde están mis compañeros?

Callum desvió la vista y a Gabriela le pareció ver algunas lágrimas bailar sobre sus pestañas.

—Hemos perdido a Alec... y a Scott.

Gabriela sintió un peso en el pecho y se mordió las lágrimas. El dulce Scott. Y Alec, el joven y risueño Alec, que siempre andaba bromeando y retorciéndose los mechones de su melena pelirroja.

—Por favor, dime que no es verdad.

—Lo siento, Rob.

Gabriela soltó un sollozo muy poco masculino, pero Callum ni siquiera pareció darse cuenta, se limitó a darle golpecitos en la mano, como si con ello quisiera transmitirle su consuelo.

—Algunos de los demás se han salvado gracias a tu arco.

—No fui capaz de retenerles —balbuceó ella, con pesar.

—Lo sé, Neall nos lo ha contado.

—Lo siento.

—No es culpa tuya, muchacho. Los jóvenes son así, impulsivos e inconscientes.

—¿Y los demás?

—Algunas heridas, nada realmente importante. Los Montroe somos duros.

Gabriela asintió, incapaz de seguir hablando. Callum se levantó y la dejó a solas con su dolor y su pena, y ella escondió la cabeza en su tartán y lloró un buen rato.

Duncan estaba furioso, y triste. Había perdido a dos de sus chicos, solo porque ellos no habían sido capaces de seguir una sencilla orden. Pensó que, sabiendo cómo son los jóvenes de impetuosos, debería haber dejado a algún guerrero con ellos. Gabrielle había tratado de impedir que se unieran a la batalla y luego los había apoyado con su arco, pero no había sido suficiente. ¿Por qué diablos habían creído que necesitaban ayuda? No eran más que un puñado de miserables Rossen, los habrían aniquilado sin problemas. Ahora tenía dos cadáveres que llevar a casa, y a un buen puñado de heridos, entre ellos a varios de sus mejores guerreros, que se habían visto obligados a desdoblarse para defender a los muchachos.

Y Gabrielle había sido herida. Una flecha le había atravesado la pierna de

parte a parte, y la herida no tenía buen aspecto. Habían conseguido cerrarla, pero no sabía si volvería a caminar bien alguna vez. Allí no disponían de remedios suficientes para tantas curas como habían tenido que hacer, entre ellas un corte que él llevaba en el brazo izquierdo. Una cicatriz más. Le escocía como si le estuvieran vertiendo acero fundido, pero no podía tomarse ni un respiro.

Había reñido a los muchachos, les había gritado tanto que algunos se habían echado incluso a llorar. El más avergonzado parecía ser Ramsay, el instigador. Los vio tan desvalidos y tan hundidos por la muerte de sus amigos, que decidió que ya habría tiempo para los castigos más adelante. Porque aquello no podía quedar así. Cuando uno recibía una orden del jefe de los guerreros, la obedecía, aunque el suelo se abriese bajo sus pies. Era algo que debían aprender, por el bien de todos.

Una vez finalizada la ronda, decidió ir a ver a Gabrielle, y la encontró dormida. Callum le dijo que le había preparado una infusión de adormidera para que descansara. Observó su rostro pálido y cómo gemía en sueños, seguramente a causa del dolor. No quería ni imaginarse cómo debía sentirse. Malditos los Rossen y toda su estirpe.

—He de volver al clan —le dijo a Callum—. He de llevar a Alec y a Scott.

—Ese es mi trabajo, son mis chicos.

—Eran mis guerreros. Yo se los entregaré a sus padres.

—Rob no debería viajar, al menos durante unas horas. La herida podría volver a abrirse. Y el joven Iain tiene un corte muy feo en el vientre aunque, por fortuna, no es demasiado profundo.

—Lo sé. Gideon tampoco está en condiciones. Se quedarán aquí, con algunos de los hombres. No creo que los Rossen regresen, al menos por un tiempo.

—Yo me quedo con ellos.

—No esperaba menos. —Duncan le palmeó el hombro.

—Les hemos dado su merecido.

—Pero hemos pagado un precio muy alto, Callum.

Callum no dijo nada. Carraspeó, escupió en el suelo y luego alzó los ojos al cielo, como si allí pudiera encontrar las respuestas que necesitaba.

—Se hace tarde. Será mejor que os pongáis en marcha —anunció al fin.

Duncan observó una vez más a Gabrielle y lamentó que no estuviera despierta para poder despedirse. Quería estar allí cuando abriese los ojos, acunarla entre sus brazos y mitigar su dolor a fuerza de besos. Quería llevarla con él, pegada a su pecho, cabalgando sobre Brave con destino a su futuro. En cambio, el deber le imponía llevar los cadáveres de dos buenos chicos que se habían creído inmortales y que, en esos momentos, cruzaban sin duda las puertas del Cielo.

El dolor la despertó al caer la noche, un dolor que le subía hasta la mandíbula, que sentía rígida e inflamada de tanto apretar los dientes. Los ojos le pesaban y los notaba hinchados. Y tenía frío, un frío glacial que se había hecho un hueco junto a ella y que no parecía tener intención de abandonarla.

¿Dónde estaba Duncan? De hecho, ¿dónde estaban todos? Se incorporó ligeramente y se mordió el labio inferior para no gritar. Vio a un puñado de guerreros alrededor de una fogata, a pocos pasos de su posición. Trató de hablar y solo fue capaz de emitir un sonido ronco. Sin embargo, fue suficiente para que uno de ellos alzara la cabeza y la mirara. Era Callum, que se levantó, tomó un cuenco caliente entre las manos y se acercó a ella.

—Debes tener hambre.

—¿Dónde...? —carraspeó para aclararse la voz, que había sonado como un graznido—. ¿Dónde están los demás?

—Han regresado al clan, con los cadáveres de Alec y Scott.

—¿Duncan?

—Él es quien lleva a los chicos a sus padres.

—Oh, Dios. —Aquella era una tierra dura, Duncan se lo había dicho en más de una ocasión, y ella no podía estar más de acuerdo.

—Mañana partiremos nosotros también, aunque viajaremos algo más despacio.

—Puedo cabalgar deprisa si es necesario —se apresuró a añadir, deseosa de regresar a su casa. Su casa, que en realidad era el hogar de Duncan, pero que también sentía ya como algo suyo.

—Tal vez tú sí, Rob, pero Iain no, y Gideon tampoco.

—Lo siento...

—No te disculpes, muchacho. Y ahora bébete este caldo. Está caliente y no has comido nada en todo el día.

Gabriela no tenía hambre. De hecho, sentía el estómago cerrado, como atrapado en una trampa sin salida, pero se obligó a beber el líquido. Se sintió reconfortada de inmediato y Callum le aconsejó que volviera a dormirse.

Se recostó, pero no conseguía encontrar una postura que le aliviara el intenso dolor que sentía en la pierna, que ardía como si estuviese sumergida en los fuegos del infierno. La cabeza le palpitaba y notaba la lengua hinchada. Dormitó a ratos, con sueños poblados de pesadillas y de sangre. Las primeras luces del día la sorprendieron con los ojos abiertos, tiritando y con los músculos agarrotados. A través de su mirada borrosa vio la figura de Callum acercarse a ella. ¿Por qué no era capaz de ver con claridad? El hombre le puso una mano sobre la frente, una mano rugosa, áspera y fría.

—Creo que tiene fiebre —le oyó decir.

—Entonces no podemos demorarnos —contestó una segunda voz, pero no fue capaz de reconocerla.

La ayudaron a incorporarse y la subieron a su caballo. Le ataron la pierna herida a la silla con gruesas tiras de tartán, para que no se balanceara durante el viaje. El dolor era tan intenso que estuvo a punto de perder el conocimiento de nuevo. Junto a ella, ahora con más claridad, vio a Iain, que iba a cabalgar con Callum. Este, con la ayuda de otro de los guerreros, ató el cuerpo del chico al suyo propio. Gabriela quiso girar un poco la cabeza, para ver quién más les acompañaba, pero tenía el cuello tan rígido que no fue capaz. Solo vio a otro de los hombres de Duncan aproximarse hasta su caballo y tomar las riendas para guiarlo. Saber que velaban por ella le permitió relajarse, porque tenía miedo de desmayarse, caerse de la grupa y quedar olvidada en medio de aquella tierra regada con la sangre de sus compañeros y con la suya propia.

No era la primera vez que Duncan tenía que dar una noticia como aquella, pero sí la primera que se trataba de unos guerreros tan jóvenes y la primera vez que se sentía tan culpable. Mantenerlos a salvo alejándolos de la batalla no había sido suficiente. Tal vez debería haberles ordenado regresar al clan, aunque tampoco podía saber si más partidas aguardaban en algún otro lugar, dispuestas a provocar un desastre aún mayor. Los chicos no participaban en las batallas hasta que no estaban preparados, y en las maniobras que practicaban durante las cacerías estaban protegidos por los veteranos. La incursión de los Rossen había sido algo totalmente impredecible, especialmente en ese momento, mientras todos los jefes de los clanes se hallaban reunidos en Stirling. ¿Qué habría llevado a aquel grupo a internarse en sus tierras? Intuyó que se trataba de la falta de actividad que también sufrían sus propios hombres, y que él se ocupaba de compensar a fuerza de entrenamientos maratonianos.

Esa vez, el regreso no fue recibido con vítores y, cuando clavó su mirada en la del padre de Alec, este estuvo a punto de perder la compostura. Duncan pensó que, en ese momento, sin duda agradecía ser viudo, para que su esposa no tuviera que enterrar a su propio hijo.

La madre de Scott, en cambio, cayó de rodillas entre gritos, sin que su esposo supiera qué hacer para consolarla. Fue Wallis quien se arrodilló junto a ella y la meció mientras la mujer lloraba.

Duncan se aproximó al caballo de Alec y cogió el cadáver del joven. Todos los guerreros, los que habían participado en la salida y los que no, se

colocaron a su alrededor, formando un semicírculo y con las espadas en alto. Duncan llevó el cuerpo del chico frente a su padre y lo depositó con sumo cuidado en el suelo. Con el pulgar, trazó la señal de la cruz sobre su frente, y musitó el lema del clan: «No dejamos a nadie atrás».

Repitió el mismo proceso con Scott, ante un silencio que ni el viento se atrevía a quebrar. Hasta la madre había dejado de sollozar.

Luego se retiró y los guerreros guardaron de nuevo sus espadas. Unos cuantos cogieron el cadáver de Alec y otros el de Scott, y así, subidos a hombros de sus compañeros, volvieron por última vez a sus casas.

Esa noche se velarían sus cuerpos y al día siguiente les darían sepultura.

Después de ver a Micheal y de abrazarle durante más rato del acostumbrado, Duncan se lavó a conciencia, tratando en vano de quitarse las últimas horas de encima. Luego se reunió con Rodrick en el salón y, poco a poco, se fueron añadiendo los demás. Abrieron un barril de cerveza y bebieron en silencio, primero por los caídos, y luego por los que aún seguían en pie.

—¿Piensas hacer algo? —preguntó Fergus, con la mandíbula tensa y la boca torcida.

—¿Algo como qué?

—Como prepararnos para la guerra contra los Rossen.

—No pienso hacer tal cosa.

—¡Pero han matado a dos de los nuestros! —exclamó, rojo de furia.

—Y nosotros al menos a cuatro de los suyos. —Duncan trataba de mantener la calma, aunque le estaba costando más de lo habitual.

—Fueron ellos los que se colaron en nuestras tierras —apuntó su amigo Evan.

—No pienso declarar una guerra por mi cuenta. Es una decisión que le corresponde al *laird* del clan.

—Pero el *laird* no está aquí —gruñó Fergus.

—Exacto, así es que eso tendrá que esperar.

—No sabía que te diera miedo enfrentarte a los Rossen, Duncan —escupió Fergus, con todo el desprecio que fue capaz de imprimir a sus palabras.

—Ni yo sabía que desearas morir tan joven.

—No le tengo miedo a esos malnacidos. —Fergus hinchó el pecho.

—No me estaba refiriendo a ellos, chico.

La mirada de Fergus se clavó en la suya, y entonces comprendió la amenaza que ocultaban aquellos ojos. Acababa de llamar cobarde al jefe de los guerreros Montroe, delante de todos sus hombres. Pero en ese momento no podía desdecirse sin quedar como un estúpido. Calibró sus opciones con rapidez y pensó que, tal vez, aquella era la oportunidad que había estado esperando. Duncan era un guerrero magnífico, pero él también se había entrenado mucho, y era fuerte, muy fuerte.

Duncan intuyó de inmediato lo que pasaba por la cabeza de aquel mequetrefe y se puso en pie. Empujó con las corvas la silla sobre la que había estado sentado, que reculó con estruendo y acabó cayendo al suelo. Los hombres se envararon y Rodrick le sujetó del brazo.

—Duncan, por favor. Ahora no es el momento.

Otras voces se unieron a las de su amigo, intentando calmar la situación. Duncan estuvo a punto de ceder, pero su mirada regresó a la de Fergus, que ya se relamía ante la perspectiva de salir airoso.

—¿Con la espada o con los puños? —le preguntó entonces.

—¡Maldita sea! —exclamó Rodrick. Soltó su brazo y le dio un golpe en el hombro que ni siquiera lo movió de su sitio.

Fergus pensó durante unos instantes. Lo cierto es que prefería la espada,

podía hacer más daño con ella, pero Duncan era demasiado bueno con un arma. Prefirió arriesgarse con los puños. Nunca le había visto pelear pero lo que sí sabía es que él conocía algunos buenos trucos.

—Con los puños.

—¿Podrás tú solo o necesitarás de nuevo la ayuda de tus amigos? —soltó Duncan, con el mismo desprecio que antes había empleado él.

Fergus enrojeció y evitó escuchar los comentarios del resto de guerreros, que parecían preguntarse a qué se refería Duncan con aquellas palabras.

—No necesito a nadie conmigo —gruñó.

Duncan asintió y comenzó a caminar en dirección a la puerta, seguido por los demás. Fergus tardó unos segundos en imitarle, como si de repente fuera consciente del lío en el que se había metido.

—¿Estás loco o qué? —le susurró Evan, tan pegado a su oreja que hasta su nariz llegó el olor a cebolla de su boca.

—¡Déjame en paz! —Le empujó con la palma de la mano y el otro retrocedió un paso, sorprendido.

Fergus salió al exterior y siguió al grupo. Vio que Duncan se dirigía al campo de tiro, lo que en un principio no entendió. Luego supuso que no quería pelear en un lugar tan público como el patio, no al menos mientras el resto del clan velaba los cadáveres de los dos muchachos. Fue el recuerdo de esos chicos, a los que en realidad conocía muy poco, lo que le proporcionó nuevos ánimos. Duncan no se atrevía a hacer nada sin el permiso de su *laird*, ni siquiera cuando dos de sus muchachos habían sido asesinados.

Duncan había escogido el campo de tiro por las razones que Fergus ya había adivinado, y caminaba hacia él con una bola de fuego en el estómago. ¿Cómo se atrevía aquel inútil y engreído a retarle? ¿Pensaba de verdad que él no deseaba vengar la muerte de Alec y Scott? ¿Que no anhelaba formar un ejército y arrasar hasta los cimientos el clan vecino? Si iniciaba una guerra

contra los Rossen, sin saber lo que estaba sucediendo más al sur, sin saber si en unos días tendría que pelear junto a ellos contra los ingleses, podía costarles muy caro. Cuando el *laird* regresase, él tomaría la decisión. Y entonces que Dios se apiadase de aquellos Rossen, porque él no iba a mostrar compasión alguna.

—Será mejor que vaya a buscar unas antorchas —le dijo Rodrick al llegar al claro.

—No nos harán falta.

—Pero está oscureciendo.

Duncan se retiró unos pasos y se apoyó cómodamente contra un árbol, a observar cómo los demás guerreros formaban un amplio círculo, y cómo Fergus entraba en él, se quitaba la camisa y dejaba sus poderosos músculos a la vista.

Duncan ni siquiera le echó un vistazo a su contrincante. Estar allí, frente a los blancos con los que practicaban con el arco, le llenó de desazón. ¿Cómo estaría Gabrielle? ¿Cuánto tardaría en volver a él?

—¿Estás listo, Duncan? —preguntó Fergus, algo desconcertado al ver la aparente apatía que mostraba el guerrero.

—¿Y tú?

Duncan ni siquiera se molestó en quitarse la ropa. Se limitó a subirse las mangas de la camisa, mientras Fergus comenzaba a moverse sobre los pies, como si bailara. En cuanto estuvo listo, el chico cargó contra él con el cuerpo inclinado. Duncan intuyó que pretendía golpearle en el estómago con el hombro y con todo su ímpetu, pero Duncan había participado en más peleas que años tenía Fergus. Esquivó la embestida moviendo ligeramente el cuerpo y empujó al joven, que cayó al suelo y rodó sobre sí mismo. Las carcajadas llenaron el claro, y Fergus se incorporó con rapidez y con más rabia aún en la mirada.

Se acercó de nuevo y le lanzó un poderoso golpe con la derecha, que Duncan no pudo esquivar del todo y que acabó rozando su mejilla. Entonces fue su turno, y su puño voló tan rápido que Fergus ni siquiera lo vio venir antes de que se estrellase contra su mandíbula y lo lanzase al suelo. Volvió a levantarse, con la mano apoyada sobre la zona dolorida, y escupió restos de saliva y sangre sobre la hierba. De un salto, se abalanzó sobre Duncan y se abrazó a su cintura, donde comenzó a propinarle puñetazos en las costillas y los riñones con ambos puños. Solo fue capaz de encadenar tres seguidos antes de que Duncan le empujara por los hombros y alzara una de sus piernas, cuyo muslo se estampó contra su rostro, rompiéndole la nariz. De nuevo en el suelo, con todo el rostro lleno de sangre y un inmenso dolor en todas las pulgadas de su cara, miró a Duncan, que apenas se había movido de su sitio y no parecía en absoluto afectado por sus golpes. ¿Es que aquel hombre estaba hecho de roca?

—Será mejor que no te levantes, chico —le dijo.

Fergus quiso que se tragara sus palabras, pero no se sentía con fuerzas para volver a intentarlo. Los nudillos de la mano derecha le palpitaban también, y decidió que lo único que conseguiría sería salir con las costillas magulladas o rotas y la cara hecha un desastre. Se sentó sobre las nalgas, con las piernas estiradas y, con ambas manos, se colocó la nariz en su sitio con un ruido seco y un dolor tan intenso que a punto estuvo de vomitar. Mantuvo la cabeza baja, aceptando su derrota.

Duncan alzó la cabeza y miró a sus hombres.

—Si alguien más tiene algo que comentar al respecto, este es un buen momento y un buen lugar.

Nadie dijo nada y el corro comenzó a dispersarse.

—Tenías razón —le dijo Rodrick, acercándose.

—¿Razón en qué? —Duncan se estaba bajando las mangas y lo miró.

—No hacían falta las antorchas.

El entierro había sido uno de los más tristes que recordaba y, mientras aquellos cuerpos se cubrían de tierra, Duncan rogó para no tener que enterrar nunca a su propio hijo. Se veía incapaz de soportar un dolor tan inmenso.

Él y sus guerreros, lavados y vestidos como para una fiesta, clavaron las puntas de sus espadas en la tierra mientras él pronunciaba unas palabras de despedida. Cuando el padre Graham pasara por allí, bendeciría aquellas tumbas y rezaría lo que fuera necesario. Mientras tanto, Dios tendría que conformarse con las sentidas palabras de los hombres que los conocían y que habían luchado con ellos.

Todo el clan estaba allí, incluso Megan Montroe, colocada junto a la madre de Scott, cuya mano sostenía. Habían intercambiado una breve mirada y él había adivinado cierto reproche en sus ojos ante el estado de Fergus, cuyo rostro amoratado era testigo del breve encuentro de la noche anterior. No se arrepentía de nada. El chico se lo merecía, a ver si aprendía de una vez a cerrar la boca. Íntimamente, además, se sentía extrañamente reconfortado. Al fin había recibido su merecido por lo que le había hecho a Gabrielle.

Pasaron la mañana haciendo compañía a las familias, Duncan con un ojo puesto en las murallas, para ver si alguno de los vigías anunciaba la llegada del resto del grupo. Estaba ansioso por verlos aparecer, y se preguntaba si no debería haber dejado más hombres atrás, por si los Rossen regresaban con ganas de cobrarse las vidas de algunos Montroe más.

A última hora de la tarde aún no había noticias. Había cenado en el salón con Micheal y con gran parte del clan, que en ese momento parecía necesitar cierto sentimiento de unidad. Se habían improvisado algunas mesas y las familias habían traído sus cenas para compartirlas en compañía. Megan Montroe se comportaba como la perfecta anfitriona, hablando y reconfortando a todos los presentes, algunos de los cuales también esperaban el regreso de los que faltaban. Fergus se mantenía lo más lejos posible de Duncan, y este lo

agradeció. Si tenía que volver a escuchar alguna de sus tonterías, volvería a romperle la nariz.

Casi habían terminado de cenar cuando uno de los vigías entró corriendo en el salón y el corazón de Duncan dio un brinco. Gabrielle había regresado.

—Tiene mucha fiebre, Duncan —le decía Callum.

La joven había llegado casi inconsciente, delirando en su idioma, con el cabello pegado al cráneo y el rostro cubierto de sudor. La habían trasladado de inmediato a la cabaña y acostado en el camastro de Micheal. Su aspecto no presagiaba nada bueno.

—¿Qué tal Iain y Gideon? —preguntó entonces.

—Sobrevivirán.

—Bien. —Era una buena noticia, no habría más muertes, al menos de momento.

Duncan había hecho llamar a Fiona de inmediato y se retorció las manos mientras la esperaba. No se había atrevido a retirar el vendaje, pero no tenía buen aspecto y desprendía un olor muy desagradable. Había vivido situaciones similares en el pasado y temía lo que iban a encontrar bajo aquellas vendas.

—Será mejor que vayas a descansar, Callum.

—Si no te importa, prefiero quedarme aquí.

Pero Duncan no lo prefería. Cuando llegara Fiona tendrían que desnudar a Gabrielle, y no quería que su amigo estuviera presente.

—Te lo ruego —insistió—. Aquí no puedes hacer nada de momento, y me gustaría que fueses a ver a los chicos. Están totalmente destrozados.

—Por supuesto, iré de inmediato. Sus pérdidas van a ser muy difíciles de superar.

—Eso me temo. Te van a necesitar más que nunca.

Callum asintió y se retiró, aunque le hizo prometer que le avisaría si necesitaba cualquier cosa o si había noticias. Al marcharse, se cruzó en la puerta con Wallis, que había venido a toda prisa, a juzgar por el arrebol de sus mejillas. Soltó una exclamación ahogada al ver el estado de Gabrielle, lo que no hizo más que confirmar sus sospechas.

—Se pondrá bien —le dijo, en cambio.

—Pero Duncan...

—¡Se pondrá bien!

Wallis se calló, consciente de repente de que Duncan estaba sufriendo por el estado de aquella joven y que era incapaz de aceptar una realidad que resultaba bastante evidente.

Fiona llegó solo unos minutos más tarde y de inmediato se hizo cargo de la situación. Retiró el vendaje y todos soltaron una exclamación de sorpresa. El pie de Gabrielle, hasta un palmo por debajo de la rodilla, estaba inflamado y de un intenso color morado. El olor era insoportable.

—¡Dios santo! —Wallis se echó la mano a la boca.

Fiona miró a Duncan, tan intensamente que este creyó que se iba a convertir en piedra.

—Duncan...

—No, Fiona.

—Duncan, tenemos que amputarle la pierna. Yo no tengo bastante fuerza, pero te ayudaré a hacerlo.

—¡No! —exclamó, totalmente horrorizado.

—Y rápido.

—No... —Duncan no podía encontrar argumentos, no podía pensar. Gabrielle, su preciosa y perfecta Gabrielle...

—De acuerdo. —Fiona se dio media vuelta, cogió la cesta que había dejado sobre la mesa y comenzó a ponerse la capa.

—¿Adónde demonios vas? —Duncan la asió con fuerza del brazo.

—A encargar un ataúd para el chico.

La mano de Duncan cayó, y su rostro expresó tal desconcierto y dolor que Fiona fue incapaz de reconocer en sus rasgos al jefe de los guerreros Montroe.

—Si no le amputamos la pierna —le dijo—, la infección subirá por su cuerpo hasta matarle. Lo he visto otras veces. Y tú también.

—No, no me cortéis la pierna. —La voz de Gabrielle sobresaltó a todos.

La joven se había despertado y los miraba con los ojos vidriosos pero, al parecer, totalmente lúcida. Duncan corrió a su lado y se arrodilló junto a la cama. Acarició la frente y el cabello empapado con una mano, mientras con la otra tomaba la de ella y se la apretaba con fuerza.

—Shhh, mi amor, no hables —le susurró al oído.

—Duncan, por favor, no me cortes la pierna —le pidió ella, con las lágrimas resbalando por sus sienas.

—Gabrielle...

—Por favor, prométemelo.

Pero Duncan no podía hacerle esa promesa. ¿Cómo iba a prometerle dejarla morir? ¿Cómo iba a valorar siquiera la posibilidad de perderla para siempre, ahora que al fin la había encontrado?

—Duncan, prométemelo —insistió ella, con una súplica tan honda en la mirada que a Duncan no le quedó más remedio que ceder.

—De acuerdo, te lo prometo. Y ahora descansa, descansa. —Posó sus labios sobre la frente ardiente de la muchacha, incapaz de contener sus propias lágrimas.

Fiona se acercó con un frasco lleno de tónico, le alzó ligeramente la cabeza y la obligó a beber un buen trago.

—Fiona, hay algo que debes saber —le dijo entonces Duncan, que no se había movido de sitio.

—No hay nada que necesite saber ahora mismo.

—Pero...

Fiona apoyó su mano sobre el hombro del guerrero.

—No importa lo que haya bajo esas ropas, Duncan.

Él se limitó a asentir. Fiona lo sabía. Y si solo lo había sospechado hasta entonces, su actual comportamiento acababa de confirmarlo. En ese momento le daba exactamente igual, solo quería encontrar la manera de salvar la vida de Gabrielle y cumplir con la ridícula promesa que acababa de hacerle.

—¿Vas a dejarla morir entonces? —preguntó Wallis, con las mejillas cubiertas de lágrimas.

—Antes recorrería descalzo el infierno —repuso él, que se incorporó y se dirigió a la puerta—. Id preparándolo todo.

Sin esperar respuesta, Duncan salió y corrió en dirección a casa de Rhona. Esperaba encontrar allí a Rodrick, que se alteró en cuanto vio el lamentable estado en el que se hallaba, con el rostro descompuesto y lívido.

—Duncan, ¿qué ocurre? ¿Se trata de Rob?

—Hay algo que tengo que contarte, amigo.

—¿El chico está bien?!

—Y un favor. Tengo que pedirte un favor, el más grande que me hayas hecho nunca.

Malcolm Montroe recorría los fríos pasillos del castillo de Stirling a paso ligero. Llevaba casi tres semanas allí y estaba deseando volver a su casa, al lejano y tranquilo norte escocés, un viaje que le llevaría casi otra semana más, si es que finalizaban de una vez aquellas interminables conversaciones sobre el futuro de todos los escoceses. La situación, sin duda, era complicada.

Unos meses atrás, Eduardo III había llevado a cabo una campaña de destrucción en la región de Lothian. Incendió Edimburgo y saqueó y destruyó la ciudad de Haddington y cuanto halló a su paso, incluido el santuario dedicado a la Virgen en Whitekirk. Los escoceses aún no habían reaccionado, y tal vez ya no pudieran hacerlo. Con la confianza puesta en los franceses, que les habían prometido ayuda para luchar contra el rey inglés, esa esperanza acababa de morir en Poitiers, donde habían sufrido una gran derrota. Eduardo III era ahora más poderoso que nunca y Escocia estaba derruida por la guerra, los enfrentamientos entre los clanes y la peste, que había asolado también aquellas tierras una década atrás. Pese a que algunos *lairds* aún abogaban por una lucha armada, la mayoría prefería retomar la idea de un pacto con Inglaterra, una tregua que les permitiera liberar al rey David y recuperarse.

Las discusiones estaban siendo encendidas, porque la tregua implicaba el desembolso de una cantidad aún no establecida, pero que difícilmente bajaría de los cien mil marcos, y eso supondría aumentar los impuestos para pagar el colosal rescate. A pesar de ello, Malcolm era uno de los que estaban dispuestos a afrontar el pago. Una nueva guerra contra Inglaterra, en esos momentos, podría ser fatal.

«Ya estoy viejo para estos asuntos», se dijo, mientras se arrebujaba en su tartán. Lo único que deseaba era disfrutar de sus últimos años en paz, en compañía de Fiona y de sus hombres, y de ese nieto recién descubierto que le llenaba el corazón de nuevas esperanzas. Precisamente iba a encontrarse con el hombre que había hecho posible el regreso del chico: Angus Campbell.

Las negociaciones con Fingal MacNab habían sido duras. En primer lugar, había negado albergar a ningún Montroe bajo su techo, pero Malcolm no se dejó amilanar.

—Escúchame, Fingal, si quieres resolver esto a punta de espada, estoy más que dispuesto a luchar contigo, aquí y ahora.

—No creo que a Robert Stewart le gustase mucho que dos de los mejores *lairds* de Escocia se enzarzaran en una pelea de taberna en mitad de un Parlamento.

—¿Qué quieres entonces?

Fingal simuló pensar en el precio que iba a exigirle, pero Malcolm sabía que ya había previsto aquel encuentro y sin duda pensado muy bien lo que iba pedirle a cambio de Angus.

—Quiero que los MacNab acompañen al rey David en su regreso a Escocia.

«¿Eso era todo?», se preguntó Malcolm, que intentó que su alivio no resultara evidente.

—Robert the Bruce confiaba en los Montroe —le dijo en cambio.

—No tenía motivos para no hacerlo en los MacNab.

—En esto te doy la razón.

—Estoy convencido de que su hijo también os elegirá a vosotros esta vez —escupió Fingal.

Malcolm simuló valorar la propuesta.

—Para los Montroe sería un gran honor escoltar al rey hasta su tierra.

—Nosotros también lo merecemos.

Malcolm guardó silencio durante unos instantes, y vio cómo Fingal comenzaba a impacientarse. Se tomó las manos por detrás de la espalda y se aproximó hasta una de las ventanas, para contemplar con aire distraído el paisaje que rodeaba el castillo.

—Dime primero si Angus aún sigue con vida. —Se dio la vuelta.

—No te diré nada hasta que no obtenga tu palabra de que declinarás la petición del rey.

—¡Está bien, maldita sea! —claudicó.

En cuanto supo que su amigo continuaba con vida, ni siquiera le molestó la sonrisa de triunfo de Fingal MacNab.

De inmediato, había enviado a un puñado de hombres en su busca y ahora, al fin, habían regresado, con un Angus aún convaleciente que se vio obligado a viajar recostado en una carreta. Debía haber sido un trayecto largo e incómodo.

Al abrir la puerta del aposento en el que lo habían instalado, apenas reconoció al hombre sentado junto a la chimenea, que se puso en pie trabajosamente con la ayuda de un bastón. Ambos veteranos se miraron. Malcolm rememoró el día en que había puesto la vida de su hijo en sus manos, cuando Angus aún era joven y fuerte, cuando ambos lo eran, de hecho. Ahora, su cabello era menos espeso y estaba veteado de blanco, y su cuerpo delgado acusaba los sinsabores de los últimos tiempos.

Malcolm dio unos cuantos pasos y abrazó a Angus, uno de sus amigos más queridos, que le devolvió el abrazo con fuerza.

—Pensé que jamás volvería a verte, amigo —le dijo, sin disimular sus emociones.

—Y yo pensé que jamás regresaría a casa.

—¿Cómo te encuentras? —Malcolm se retiró un poco y observó su figura.

—Mucho mejor que hace un par de meses —repuso Angus con una sonrisa

—. Te agradezco que enviaras a tus hombres en mi busca. Si llego a quedarme un poco más en tierras de los MacNab podría haber empezado una guerra yo solito.

Malcolm soltó una risotada. Aquel era el Angus de siempre, no cabía duda.

—Yo... tengo muchas cosas que contarte, Malcolm. Sobre mí, sobre Keilan, sobre...

—Ya habrá tiempo para eso, no te preocupes —le cortó—. Estaba en medio de una reunión, una de esas que te gustarían —ironizó— y he de regresar. Solo quería saber que estabas bien. Más tarde podremos hablar de todo lo que quieras.

—Está bien, pero dime solo una cosa.

—Claro.

—¿Cómo está? ¿Cómo está Gabrielle?

Malcolm miró a su amigo con fijeza. Observó su rostro que, aunque demacrado, no presentaba síntomas de fiebre. Y sus ojos parecían claros y despejados. Rob le había contado que había sufrido una herida en el vientre, pero quién sabía si también en la cabeza.

—¿Quién demonios es Gabrielle?

Recostada en la cama, Gabriela no podía dejar de contemplar aquel vacío donde antes estaban su pie y su tobillo, un hueco bajo las mantas que no volvería a llenarse nunca más. Pese a que todo el mundo le decía que había tenido suerte de salvar la vida, ella no se sentía especialmente afortunada. Ahora era una mujer incompleta, prácticamente una inútil. No podía asegurar que hubiera sido mejor perecer, no era tan estúpida, pero su vida ya no volvería a ser la misma. Y aún no estaba preparada para afrontarlo, si es que alguna vez lograba hacerlo.

Llevaba tres días sin fiebre y, aunque la herida le dolía con intensidad, las hierbas de Fiona, que la visitaba con frecuencia, contribuían a hacer soportable los largos días ahora que no podía salir al exterior. Duncan pasaba mucho tiempo fuera, desde que ella le había gritado al despertar y comprobar que él había incumplido su promesa. Había llorado, llena de rabia y frustración, y no había permitido que se acercase. Veía en su cara que él también sufría, y eso, de algún modo enfermizo y egoísta, la aliviaba.

Micheal tampoco se dejaba ver mucho. Ella no era una buena compañía en esos momentos y solo le contestaba con monosílabos en cuanto él trataba de contarle alguna de sus muchas historias o insistía en que continuase con sus clases diarias. Al final, el niño acababa marchándose con aire triste y ella aún se sentía peor consigo misma.

Wallis también acudía a diario, cocinaba, limpiaba y le hacía compañía, pero tampoco con ella se mostraba Gabriela muy comunicativa. Lo único que deseaba es que la dejaran en paz, ¿es que nadie parecía entenderlo? En ese momento, Wallis picaba algo de verdura para echarla al guiso que había sobre el fuego.

—¿Te apetece salir un rato fuera? —La miró con una sonrisa.

—¿Para qué? —contestó de malos modos, como ya era habitual.

—Hoy hace sol y el día es algo más cálido —le dijo, haciendo caso omiso a su tono desabrido—. Podrías sentarte fuera y disfrutar de un poco de aire fresco.

—Estoy bien aquí.

—Ya sé que estás bien aquí, jovencita. Pero...

—¡No quiero salir!

—¿Crees que eres la única que ha perdido algo? —Se encaró con ella, señalándola con la punta del cuchillo—. ¿Sabes cuántos hombres hay en este clan que han perdido un brazo, una pierna o varios dedos de la mano?

—Me da igual.

—Oh, claro, ya lo imagino. Tal vez deberías saber que ninguno de ellos está metido en su cama lamentándose de su suerte, todos han conseguido seguir adelante. Tú lo harás también.

—¿Por qué no podéis dejarme tranquila? —le gritó, con los ojos llenos de lágrimas.

—Porque cuanto antes entiendas que tu vida no se ha acabado aquí, antes podrás comenzar a vivirla de nuevo.

Gabriela se puso de lado, bajó un poco el cuerpo y se tapó con la manta hasta las orejas. No quería seguir escuchando a su amiga, que volvió a los fogones.

—Gabrielle, ¡Gabrielle! —Wallis la zarandeaba.

—¿Qué pasa? —Se había dormido.

—Tienes visita.

—No quiero ver a nadie.

—Debes hacerlo.

Gabriela se restregó la cara con las manos. Dejó que Wallis la ayudara a incorporarse y peinara un poco su alborotado y sucio cabello. Luego la ayudó a colocarse las vendas. La presión en el pecho le molestó más que nunca. Estaba deseando deshacerse de ellas para siempre.

—¿Quién es?

—Ahora lo verás.

Cuando Wallis consideró que estaba lista, fue a abrir la puerta. Al principio, Gabriela no reconoció a aquel grupo de personas, hasta que se fijó mejor en ellas y descubrió que se trataba de los familiares de los chicos que habían participado en la batalla. Allí estaban los padres de Iain, los de Scott,

los de Ramsay, los de Neall... Al frente de todos ellos se encontraba el padre de Alec, tan pelirrojo como su hijo y con el mismo nombre. Gabriela temió echarse a llorar delante de todos ellos.

—No queríamos molestar, señor Rob.

—Rob a secas, por favor.

—Oh, no, nosotros...

—Por favor —suplicó. Si tenía que escuchar a aquellas personas hablándole como si ella fuese alguien importante, no iba a poder soportarlo.

El hombre miró a sus compañeros y al final se limitó a asentir.

—Solo veníamos a darte las gracias.

—¿Las gracias?

—Por lo que hiciste por nuestros muchachos.

—Pero yo... pero yo... ¡no pude salvarlos!

—A todos no —musitó el hombre—, pero tal vez habríamos perdido a algunos más de no ser por ti. Mi Alec... sé que lograste salvarle una vez.

—Bueno, en ese momento estaba en el suelo y... —se calló de inmediato.

—No, por favor, continúa. ¿Es verdad que luchó con valentía?

—¡Ya lo creo que sí!

El hombre sonrió y miró a sus vecinos. Gabriela tuvo que tragarse las lágrimas al ver a aquel padre tan orgulloso por cómo se había comportado su hijo en la batalla.

—¿Logró alcanzar a alguno de los Rossen?

—¡Sí, al menos a dos, que yo viera! —No era del todo inexacto. Le había visto herir al menos a uno en la pierna, justo después de que ella disparara su flecha. Seguro que, después de eso, había conseguido repetir la hazaña.

—¿Y mi hijo? —El padre de Scott dio un paso al frente, con la mirada encendida.

—También... le vi luchando contra dos de ellos, o tal vez fuesen tres —

repuso ella, aunque en realidad apenas recordaba lo que había hecho Scott durante la refriega.

El padre de Alec palmeó el hombro de su compañero. ¿Cómo podían estar aquellos dos hombres allí, satisfechos y felices con la actuación de sus hijos? Ella estaba metida en la cama, lamentando haber perdido un trozo de su pierna y compadeciéndose de sí misma desde que abría los ojos hasta que los cerraba. Aquellas personas debían estar sufriendo lo indecible, y allí estaban, dando las gracias porque sus hijos habían abandonado este mundo cubiertos de gloria y sangre.

—¿Y qué tal lo hizo mi hijo? —El padre de Neall dio un paso al frente también, y bajó la cabeza.

Gabriela lo miró, un tanto extrañada. Neall había sobrevivido.

—Es que los muchachos se niegan a hablar de lo que pasó aquel día —aclaró el hombre.

Gabriela podía entenderlo, tampoco a ella le gustaba recordarlo. Sin embargo, dedicó los siguientes minutos a ensalzar las virtudes de los muchachos. Los padres reconocían que sus hijos habían tomado una mala decisión, especialmente el de Ramsay, que parecía más apesadumbrado que los demás, pero querían saber si, pese a ello, se habían comportado con honor, como se esperaba de un Montroe.

—No habría podido elegir a mejores compañeros de batalla —acabó diciendo ella, con la voz rota.

Cuando se marcharon, Gabriela se encontraba extenuada, vencida por las emociones. Observó a Wallis, que trajinaba junto a la chimenea como si ella no estuviera allí.

—Wallis, si me ayudas, creo que me encantaría sentarme un rato bajo ese sol que antes mencionaste.

Aquella tarde, Duncan esperaba en el exterior mientras Fiona aplicaba las curas a Gabrielle. Le entristecía tanto verla en aquel estado que casi no se atrevía ni a mirarla, eso sin contar con todas las barbaridades que ella le había soltado al despertar y comprobar que, después de todo, él no había respetado su palabra. Había utilizado una mezcla de palabras en gaélico —que él ignoraba siquiera que conociera y que no hablaban muy a favor de Keilan Montroe y Angus Campbell— con algunas en su propio idioma, que él no comprendió pero que ni falta le hizo. El mensaje estaba claro: le odiaba, le odiaba con tanta intensidad que sus pupilas parecían dos abismos cada vez que le miraba.

Al fin la puerta se abrió. Fiona se quedó inmóvil en cuanto lo vio junto a la entrada.

—¿No entras?

—Prefiero no hacerlo.

Ella asintió y cerró a sus espaldas.

—¿Cómo se encuentra?

—De la herida mucho mejor, cicatriza bien y sigue sin fiebre —respondió la mujer—. Le he puesto un emplasto y le he cambiado las vendas. Creo que el peligro ya ha pasado.

Duncan soltó un suspiro de alivio.

—Deberías hablar con ella, Duncan.

—No quiere escucharme.

—Insiste. Tiene que saber que no fuiste tú quien...

—Pero estuve allí, y ayudé a hacerlo.

Ambos reprimieron un escalofrío al recordar la cruenta escena, que Duncan no había podido alejar de su pensamiento ni siquiera en sueños.

—No te perdonará si no lo haces.

—No necesito que me perdone... solo necesito que siga viva.

Aquella era la simple verdad para Duncan. Podía seguir viviendo con el odio de ella pegado a la piel, incluso con su desprecio. Pero imaginar el mundo sin ella adornándolo, sin ella convirtiéndolo en un lugar mejor, mágico y especial, eso sí era algo que no habría podido soportar. Estaba convencido de que, con el tiempo, ella se recuperaría, y esperaba de verdad que algún día encontrara la felicidad y disfrutara de una vida plena. Él tendría suficiente con saber que ella seguía respirando en algún lugar, riendo o pronunciando aquellas extrañas palabras cuando se enfadara, aunque fuese a mil millas de distancia.

Fiona le dio unos golpecitos en el antebrazo y arrugó los labios, sin encontrar palabras para consolar a aquel guerrero imponente y quebrado. No disponía de ningún remedio para curar un corazón roto ni para sanar las heridas del alma. Y estaba claro que aquellos dos necesitaban ambas cosas.

Al día siguiente, Duncan apareció en el umbral a media mañana. Gabriela había pensado mucho en él en las últimas horas, en lo injusta que había sido y en cómo había pagado con él su propio miedo. Duncan no se merecía ese trato.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —preguntó él, con voz cálida.

El corazón de Gabriela dio un vuelco.

—Sí, yo... Sí.

—He traído algo que me gustaría enseñarte.

Gabriela lo miró y pensó en disculparse con él, por su comportamiento frío y egoísta, y darle las gracias por haberle salvado la vida. No pensaba mencionar nada sobre la promesa que le había arrancado a la fuerza y que él se había visto obligado a romper. Estaba convencida de que, en las mismas circunstancias, ella habría obrado del mismo modo.

Pero las palabras no le salieron, como si se resistieran a traspasar la

frontera de su boca, así es que se limitó a asentir.

Él dio un paso atrás y cogió algo que había apoyado contra el muro exterior. Gabriela soltó una exclamación al ver de lo que se trataba: dos muletas de madera, con la parte superior cubierta de suave y mullido terciopelo verde.

—Se las encargué al carpintero —continuó él, sin atreverse a cruzar su mirada por temor a lo que pudiera encontrar en ella—. Cuando decidas que estás lista, te permitirán moverte por todas partes. Por casi todas... —rectificó en el último momento.

«Por casi todas», esas fueron las palabras mágicas, las que golpearon el estómago de Gabriela y le hicieron ser de nuevo consciente de sus limitaciones.

—Gracias, Duncan, yo... —balbuceó.

—Te las dejaré aquí, al alcance —la interrumpió él, y colocó las muletas apoyadas en la pared que había junto a la cama. Con solo estirar un brazo, podría cogerlas.

Duncan se quedó quieto. Ella pensó que añadiría algo más, y esa fue sin duda su intención, pero pareció pensárselo mejor y se despidió con un simple «espero que tengas un buen día» antes de salir de nuevo. Ella se quedó mucho rato observando la puerta, y luego las muletas, que tomó entre sus manos. La superficie era lisa y pulida y parecían bastante cómodas, si es que utensilio como aquel podía asociarse a un concepto como la comodidad. Le permitirían cierta movilidad, y eso era mucho más de lo que tenía en ese momento. Sin embargo, dudó. ¿Adónde podía ir en realidad? ¿Quería pasearse por el pueblo con aquellos palos bajo los brazos, para que todos la miraran con compasión y le dedicaran comentarios de ánimo que no necesitaba?

Volvió a dejarlas apoyadas en su sitio y llamaron a la puerta de nuevo. ¿Duncan otra vez? Fue Fiona, en cambio, quien atravesó la puerta.

—¿Cómo te sientes hoy? —le dijo, mientras se quitaba el tartán y lo sacudía

para quitarle las gotas de agua que se habían adherido a él.

—¿Está lloviendo? —Allí encerrada ni siquiera era consciente del tiempo que hacía fuera.

—Solo un poco. —Fiona se acercó al fuego y frotó las manos con vigor—. Pero hace mucho frío hoy. Me he cruzado con Duncan, ¿ha venido por aquí?

—Sí, me ha traído esto.

Hizo un gesto hacia las muletas y Fiona se acercó. Tomó una y sus dedos recorrieron la pulida superficie.

—Vaya, es un buen trabajo —dijo con admiración—. Ha sido un bonito detalle, ¿no crees?

—Sí, desde luego —dijo ella.

—¿Aún le echas en cara que rompiera la promesa que le obligaste a hacer? Una promesa estúpida, si me permites que te lo diga.

—No era estúpida —se defendió, con cierta acritud.

—¿Habrías preferido que te dejara morir?

—¡Claro que no! —confesó ella—. Al principio no quería que me la cortara, lo recuerdo bien, pero al mismo tiempo entendía que no había otra solución. No sé cómo explicarlo. Pero no quería... en fin, hubiera preferido que no fuera él quien lo hiciera.

—¿Y por qué no él?

—No quería que, cada vez que me mirara, pensara en lo que había tenido que hacer para que yo sobreviviera.

—En realidad, le pidió a Rodrick que lo hiciera por él.

—¿Qué? —Gabriela la miró con sorpresa.

—No estaba dispuesto a dejarte morir, pero tampoco a romper la promesa que te había hecho.

—¿Por qué... por qué no me lo ha dicho? —Si Gabriela había lamentado

hasta entonces su comportamiento con Duncan, esa revelación la hacía sentir aún más miserable.

Oh, Dios, tenía que disculparse. Tenía que disculparse de inmediato.

—Tengo que salir.

—¿Qué?

—Ayúdame, por favor. Necesito ir a buscarle.

—¿Ahora?

—Ahora mismo. Por favor...

Fiona no se hizo de rogar y la ayudó a incorporarse. Gabriela descubrió que no era tan difícil como había supuesto en un principio aunque, al primer intento, cayó sobre la cama.

—Creo que vas a necesitar un poco de práctica.

—¡Maldita sea!

No iba a dejar que la frustración pudiera con ella, no otra vez, así es que volvió a intentarlo, y esta vez se mantuvo erguida, con el peso apoyado en las muletas. Descubrió que la posición no era del todo incómoda y que, en cuanto dominara los movimientos, podría realmente desplazarse sin ayuda de nadie.

Así fue como la encontró Duncan en cuanto abrió la puerta con estrépito. Las dos mujeres se sobresaltaron y miraron en su dirección. Gabriela vio en su mirada un millón de cosas, y a algunas no fue capaz de ponerles nombre. Pero sobre todas ellas vio algo parecido a la preocupación.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, con un hilo de voz. Temía cualquier mala noticia.

—Es tu abuelo...

—¿Qué...?

—Estará aquí en unas horas.

Gabriela se dejó caer, de repente incapaz de sostenerse por sus propios medios.

—Ha enviado una avanzadilla. Salgo ahora mismo a reunirme con él.

—Duncan...

—En cuanto se baja del caballo tras una larga ausencia, todo el mundo le cuenta mil cosas a la vez. Es la costumbre que yo me reúna con él antes de alcanzar la fortaleza, y que le ponga al corriente de todo.

Gabriela no sabía qué decirle. Le habría encantado pedirle que la llevara con él y, si las circunstancias fuesen otras, seguramente lo habría hecho.

—Solo he venido a avisarte, ya sabes... para que estés preparada.

Ella solo pudo asentir y él se marchó tan veloz como había llegado, dejando un extraño frío en el interior de la cabaña.

Fiona le tomó la mano y ella se la sujetó con fuerza, como si temiera que, en un descuido, su cuerpo echara a volar tras él.

Duncan se había sentido tan feliz al verla por fin levantada, sobre las muletas que le había traído solo un rato antes, que a punto había estado de cruzar la habitación, tomarla entre sus brazos y besarla hasta perder el sentido, incluso ante la presencia de Fiona.

En los últimos días ni siquiera era consciente de cómo se había sentido, como una especie de alma en pena, uno de aquellos fantasmas de los que hablaban los cuentos de viejas, vagando de un lugar a otro sin propósito ni razón. Recordaba las conversaciones con sus hombres, pero ni por el precio de su alma habría sido capaz de reproducir ni una sola de ellas. Recordaba los momentos con Micheal y sus juegos, pero tampoco era capaz de discernir los lugares o los días. Y recordaba, ahora sí con toda nitidez, todas las noches en las que había dormido en la habitación contigua, mientras la oía respirar y sollozar, y él también se moría por dentro al no poder acunarla entre sus brazos y decirle que todo iba a estar bien.

Estaba agotado, tan cansado que a veces solo quería echarse a dormir y no despertar en años. Le dolían el cuerpo y el alma con una intensidad que jamás habría creído posible.

Ni siquiera cabalgar colina abajo a toda la velocidad que Brave podía alcanzar, logró mitigarle la congoja.

Aquella mujer le estaba dejando el corazón en los huesos.

Malcolm Montroe había recuperado el apetito a medida que avanzaban por sus tierras, contento ya de encontrarse en su hogar. Había dispuesto de tiempo suficiente para asimilar la noticia de que, en realidad, bajo las ropas de Rob se escondía su nieta Gabrielle. Al principio se había negado a creer a Angus, pensando que deliraba, o que la herida sufrida le había privado de parte de su mollera, pero tuvo que rendirse a la evidencia en cuanto él comenzó a narrar su historia. Debía reconocer que la muchacha había mostrado agallas a la hora de embarcarse en un viaje de esa magnitud, y entendía que de no haberlo hecho disfrazada de un joven monje habría supuesto una gran diferencia con respecto a su seguridad. Pero, una vez en sus tierras, una vez a salvo y aceptada en el clan, ¿por qué no había confesado su verdadera condición? ¿Por qué lo había mantenido engañado durante tanto tiempo? Angus no había sido capaz de darle una respuesta, él, que tan bien decía conocerla, se había mostrado tan confuso como él mismo.

Entre las muchas preocupaciones de Malcolm, incluido el asunto del rescate del rey, que aún no se había decidido y que requeriría un nuevo encuentro en primavera, el asunto de su nieta era el que más le inquietaba. No tenía muy claro cómo debía actuar, ni qué tipo de castigo sería el más adecuado. Se había burlado de él, se había reído de todos los miembros de su clan, y eso era algo que jamás podría perdonarle.

Se habían detenido en la granja de los Fraser, como era la costumbre, y allí esperaba encontrarse con Duncan. Era la más próxima a la fortaleza, a solo un par de horas de distancia. Casi cuarenta años atrás, Dougal Fraser había

dejado su propio clan para casarse con una Montroe e instalarse allí, y continuaba llevando la granja con la ayuda de sus tres hijos y ya de algunos de sus nietos. Cada vez que paraban allí, Malcolm se mostraba especialmente generoso con la familia, ya que odiaba convertirse en una carga para cualquiera de los miembros de su clan, y él nunca viajaba solo. Atender tantos hombres y caballos suponía un desembolso que una familia modesta como aquella no podía permitirse.

Malcolm bebió un trago de vino y se recostó en la silla. Los Fraser le habían cedido el salón principal, y Angus y él habían compartido el almuerzo y la espera. Ansiaba más que nunca encontrarse con Duncan y que él le pusiera al tanto de lo ocurrido durante su ausencia, en especial sobre el tema de Gabrielle, cuyo nombre aún se le hacía extraño pronunciar. ¿Ya habrían descubierto en el clan quién era ella en realidad? ¿Harían bromas a sus espaldas con el modo en que ella había conseguido engañarle? Esa posibilidad le hacía hervir la sangre y acrecentaba su mal humor.

Logan llamó a la puerta y dio paso a Duncan, que se quedó parado a dos pasos de la entrada al comprobar que no se encontraba solo. Miró al desconocido durante unos segundos y luego de nuevo a su señor. Malcolm se levantó para recibirle y ambos hombres se dieron un corto y apretado abrazo de bienvenida.

—Me alegra veros, mi *laird* —dijo Duncan.

—Y yo de estar de vuelta, muchacho.

Duncan se volvió hacia el desconocido, y ni tiempo tuvo de elucubrar sobre su identidad cuando Malcolm ya se lo había presentado.

—Este es mi viejo amigo, Angus Campbell.

Duncan miró de forma alternativa a los dos hombres, y supo que Gabrielle ya no contaba con la posibilidad de explicarle ella misma a su abuelo quién se escondía bajo sus ropas. Seguro que Angus ya lo había hecho por ella.

Sin pensárselo siquiera, abrazó al otro hombre, que también se había puesto en pie y que, recuperado de la sorpresa inicial, le devolvió el saludo con el mismo ímpetu.

—Gabrielle se pondrá muy contenta al veros —le susurró junto a la oreja.

—¿Has dicho Gabrielle? —inquirió Malcolm que, pese a su edad, conservaba un oído perfecto.

—Yo...

—No te molestes, Duncan, ya sé que Rob no es más que una patraña —le interrumpió con acritud.

—No diría tanto, mi *laird*.

—¿Y qué es lo que tú dirías?

—Sabéis que odio la falsedad tanto como vos mismo pero, a veces, hay circunstancias...

—No trates de defenderla, Duncan, no se lo merece —Malcolm le interrumpió de nuevo—. El gran Malcolm Montroe engañado por una mocosa. Te juro que en cuanto vuelva a casa tengo pensado echarla del clan, para siempre.

Malcolm dejó salir toda su rabia, aunque hasta ese momento ni siquiera había pasado por su cabeza hacer algo semejante. Era sangre de su sangre, la hija de Keilan. Pero creía que, al menos, tenía derecho a una pataleta, aunque fuera casi en privado, junto a dos de los hombres en los que más confiaba en el mundo.

—Lamento mucho oír eso, mi *laird* —repuso Duncan, muy serio de repente—. Y lamento aún más comunicaros que, si Gabrielle se marcha del clan, mi hijo y yo nos iremos con ella.

—¿Cómo?

—Yo también, por supuesto —añadió Angus, con media sonrisa. Sabía que

su amigo solo exageraba porque estaba dolido, aunque, al parecer, el gigante que tenía frente a él aún no se había dado cuenta.

—No digas tonterías, muchacho. Nadie va a irse de aquí. —Malcolm tomó asiento de nuevo y llenó su copa—. ¿Quieres un poco de vino?

—No, gracias.

—Vamos, Duncan, Malcolm no hablaba en serio —intervino Angus, conciliador.

Duncan le miró y luego observó a su *laird*, y comprendió que era cierto, lo que supuso un gran alivio. Finalmente aceptó esa copa y se sentó junto a los dos hombres.

—¿Y bien?

—¿Señor?

—¿Cómo se han tomado los miembros del clan el asunto?

—Aún no lo sabe nadie, mi *laird*. Excepto yo mismo y algunas personas más a las que he tenido que informar por motivos que luego os contaré.

—Así que continúa manteniendo la farsa.

—En realidad, ella no quería hacerlo público hasta haber hablado con vos y explicaros sus motivos.

—¿Tiene una explicación?

—Por supuesto, mi *laird*.

—¿Y es...?

—Creo que eso le corresponde a ella contároslo.

Malcolm lo contempló con fijeza y decidió olvidar el tema.

—Bien, pues háblame entonces de todo lo que haya ocurrido en mi ausencia.

Duncan se tomó unos instantes para considerar el orden en el que debía explicar los hechos y decidió que lo haría tal y como habían sucedido, omitiendo algunos detalles. Uno de ellos, obviamente, fue su estrecha relación

con Gabrielle. El otro fue la participación de Fergus en el episodio en el que él había descubierto que Gabrielle era una mujer y siguió usando la versión oficial, la caída por las escaleras. Prefería que pensara que ella había sido algo torpe antes que enemistar a su *laird* con un miembro de su familia. Bien sabía que no le quedaba mucha.

Angus intervino de vez en cuando, y se mostró especialmente orgulloso cuando explicó cómo ella había ayudado a los más jóvenes a mejorar con el arco y cómo se había enfrentado a los Rossen. Al llegar a la parte más difícil, a Duncan se le secó la boca y tuvo que beberse de un trago lo que quedaba en su jarra de vino. Ambos hombres se mostraron horrorizados al conocer la muerte de Alec y Scott, y Malcolm lanzó un juramento por lo bajo y un golpe sobre la mesa que logró derribar dos de las jarras. Duncan carraspeó, sin apartar la vista del líquido que iba deslizándose por la mesa.

—¿Qué ocurre, Duncan? —preguntó Malcolm, al ver que el joven no se recuperaba.

—¿Se trata de Gabrielle? —intervino Angus.

Duncan solo fue capaz de asentir.

—¿Qué le ha sucedido? ¿Está bien? —Angus se puso en pie y se apoyó en el borde de la mesa. Malcolm había perdido el color de la cara y solo entonces Duncan se dio cuenta de que su *laird* era ya casi un anciano.

—Está viva.

—No te he preguntado eso, joven. —Angus se inclinó ligeramente en su dirección y su mirada no fue precisamente amable.

De forma atropellada, les contó lo que había ocurrido, como si necesitara escupirlo cuanto antes, como si con ello fuese capaz de borrarlo de su mente. Al terminar, volvió a llenar su jarra y se la bebió de un trago. A ese paso, iba a volver al clan borracho como una cuba.

Ninguno de los dos hombres pronunció palabra, pero Angus se levantó y

echó mano de su bastón.

—Voy a dar un paseo —dijo, con la voz ronca.

Duncan no se atrevió a mirarle a la cara, porque intuía que iba a encontrar en ella un dolor muy parecido al suyo. Sabía que ese hombre quería a Gabrielle como si fuese una hija, y que la conocía desde que había nacido. Él estaba roto y solo llevaba en su vida unas semanas.

Cuando Angus abandonó la estancia, Malcolm le pidió que se retirara y Duncan obedeció de inmediato. Comprendía que era demasiada información que asimilar de golpe, y que su *laird* necesitaba intimidad para hacerlo. Así es que se fue en busca de Logan, con quien apenas había intercambiado un par de frases, y que, tras preguntar por su mujer y su hija, le conminó a ponerle al corriente sobre lo sucedido en el clan durante su ausencia. Duncan le explicó casi todo, aunque nada relacionado con Gabrielle. No quería traicionar al hombre al que respetaba y a la mujer a la que amaba si no existía una razón de peso, ni aunque se tratase de su mejor amigo.

Gabrielle estaba tan nerviosa que no podía mantenerse quieta. Si hubiera dispuesto de las dos piernas, en ese momento estaría recorriendo la estancia como un animal enjaulado. Sin embargo, tenía que contentarse con mantenerse erguida en la silla, tamborileando la mesa con los dedos.

Allí sentada, lavada y vestida aún como Rob, volvía a sentirse de nuevo como una persona completa. De hecho, si no miraba hacia abajo, nada la diferenciaba de la mujer que, antes de aquella fatídica y frustrada partida de caza, había ocupado ese mismo espacio aguardando la llegada de Duncan. Ahora era otro hombre al que esperaba ver aparecer por la puerta, y llevaba horas ensayando su discurso. No sabía exactamente qué era lo que iba a explicarle Duncan, pero estaba completamente segura de que él no la

traicionaría y que dejaría que fuese ella quien le contase a su abuelo quién era de verdad.

Oyó alboroto en el exterior cuando la tarde ya agonizaba y supo que había llegado el momento. Unos minutos después, la puerta se abrió, y la figura de Malcolm Montroe se dibujó en el umbral. Gabriela apretó la mandíbula y se apoyó en la mesa con las dos manos para incorporarse.

—Hola, Gabrielle —dijo él, con un hilo de voz, aunque suficiente como para que su propio nombre retumbara dentro de su cabeza.

El cuerpo de Gabriela se desmadejó sobre la silla y lo miró estupefacta, sin saber muy bien qué decir. De entre todas las conversaciones que había mantenido mentalmente con su abuelo en las últimas semanas, ninguna había comenzado con aquellas palabras.

—Señor...

Malcolm cerró la puerta, se quitó el tartán y tomó asiento también. Luego clavó sus ojos en los de ella.

—¿Quién...? —empezó a decir.

—¿Acaso importa? —la interrumpió—. Te juro que, si no fuera por tu actual estado, te tumbaría sobre mis piernas y te daría una buena azotaina. Has traicionado mi confianza.

Gabriela tragó saliva y bajó la mirada.

—Solo quiero saber por qué.

—¿Por qué?

—Por qué no me contaste quién eras desde el principio.

—¿Duncan no os lo ha contado?

—Quiero que lo hagas tú.

Gabriela se mantuvo callada unos instantes, mientras rearmaba su discurso. Al fin comenzó a hablar, pero en voz tan baja que Malcolm le tuvo que pedir que elevara el tono. Le contó parte del viaje de nuevo, y cómo había llegado

hasta allí. Le explicó que su intención había sido decirle quién era desde el principio pero que él se mostró tan encantado con la idea de tener un nieto que no consiguió reunir el valor suficiente. Luego le narró sus dudas durante los primeros días y el deseo que había nacido en ella de demostrarle que era una auténtica Montroe, sin importar su sexo. De cómo se había complicado todo sin darse cuenta y de sus varios intentos por decirle toda la verdad. Le habló del último día, de cómo perdió su oportunidad y ya no quiso revelarlo hasta que él estuviera de vuelta.

—No necesitabas demostrar nada, ¿acaso no lo entiendes? —Malcolm la había escuchado con atención y, aunque seguía enfadado, casi lograba entender sus motivos. Su mano cogió la de Gabriela, tan menuda en comparación que parecía la de un niño—. Eres la hija de Keilan, de mi pequeño. Lo único que me queda de él, lo más preciado. Para mí, eso era suficiente.

Los ojos de Gabriela se llenaron de lágrimas.

—Lo siento, lo siento tanto...

—Lo imagino.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó con un hilo de voz.

—Ahora te trasladarás a la fortaleza y vivirás conmigo.

Gabriela asintió. Durante las últimas horas, había pensado en qué haría su abuelo al descubrirlo todo, si la haría mudarse a la fortaleza o si la echaría directamente de sus tierras. De una forma u otra, sabía que su tiempo en aquella casa había tocado a su fin. Estuvo despidiéndose de aquel hogar en el que, a pesar de todo lo ocurrido, había sido feliz, de aquellos rincones que había llenado de sueños y de amor. Ahora debía afrontar una nueva etapa, la que debería haber vivido si hubiera pensado mejor sus decisiones.

—Esta noche, yo le explicaré al clan tu repentino cambio de identidad.

Gabriela asintió con rapidez. Haría cualquier cosa que él le pidiera, cualquiera, para compensar lo que había hecho.

—Voy a ordenar que preparen una habitación para ti. —Se incorporó—. En un rato mandaré a buscarte. Mientras tanto, ahí fuera hay alguien que quiere verte.

Gabriela pensó que se trataba de Duncan, pero no fue él quien traspasó el umbral. Y no hubo dique que pudiera contener sus lágrimas cuando contempló la figura de Angus avanzar hacia ella.

Gabriela llevaba más de diez minutos llorando abrazada a Angus, a quien había creído que no volvería a ver. Él la sujetaba con fuerza para que no se cayera, luchando contra sus propias lágrimas. Cuando al final ella logró tranquilizarse, ambos se sentaron.

—¿Cómo estás? —Pasó su mano por la mejilla algo demacrada de Angus.

—Ahora bien, pequeña —le tomó la mano y le besó el dorso—. Y en unas semanas estaré recuperado del todo, seguro.

—Yo... no debí abandonarte. No sabes cuánto me he arrepentido de dejarte atrás.

—Hiciste lo que debías hacer. Si te hubieras quedado conmigo, te habrían descubierto y nuestros problemas habrían sido mayores. Y, por supuesto, también los habría tenido tu abuelo, y el clan Montroe al completo. Quién sabe si podríamos haber iniciado incluso una guerra.

—¡Estás exagerando!

—¿De verdad lo crees? Eres la nieta de uno de los *lairds* más temidos y respetados de las Highlands. Y a estas alturas ya debes saber que Fingal MacNab no le tiene mucho aprecio a tu abuelo. Créeme, me alegra que me obedecieras y que lograras llegar hasta aquí.

—Me costó mucho esfuerzo —reconoció ella—. Tuve que esconderme cada vez que oía a alguien acercarse, por miedo a que volvieran a robarme, o algo peor. Me perdí por el camino, y me quedé sin dinero y sin provisiones, pero al final conseguí nuestro objetivo.

—Estoy muy orgulloso de ti, Gabrielle. Siempre lo he estado. Aunque no

logro comprender por qué, una vez aquí, mantuviste el engaño durante tanto tiempo. No sé qué te habrá dicho Malcolm al entrar, pero lleva días furioso, desde que le revelé quién eras.

—¿Tú se lo dijiste?

—No fue a propósito, créeme. Le pregunté cómo estabas y no supo de quién le hablaba.

Gabriela se sintió reconfortada al descubrir que, después de todo, Duncan no la había traicionado.

—He de decir que me siento profundamente consternado por tu comportamiento, pequeña —le dijo, muy serio—. Y estoy seguro de que tus padres tampoco se sentirían muy satisfechos.

—Lo sé, sé que no tengo excusa —reconoció ella, contrita—. No sabes cuántas veces me he arrepentido. En aquel momento tuve miedo y me pareció la opción más segura. Lo he lamentado desde entonces.

—No obstante, parece que aquí te han cuidado bien. —Angus echó un vistazo a la vivienda, y la encontró pequeña pero cálida y confortable.

—Oh, sí, Duncan y su hijo me han tratado como a un miembro más de la familia. Y Gavin, y Wallis, y Callum... todos.

—Me alegra oír eso. Espero que el tal Duncan no se haya aprovechado de ti al descubrir tu verdadera identidad. —Movié el dedo índice frente a ella a modo de advertencia—. Me ha parecido un joven honesto y cabal.

—Lo es, puedes estar seguro. Y te prometo que no ha hecho nada reprochable.

Angus la miró con los ojos entornados y ella adoptó su expresión más inocente. En realidad, Duncan no había hecho nada que ella no hubiera deseado que hiciera y, si era sincera, había sido ella quien se había aprovechado de él, y no al revés. Por supuesto, eso no se lo iba a contar a Angus. Eso se quedaría entre ellos dos. Supuso que en las siguientes semanas,

meses y años, iba a recordar con frecuencia los momentos vividos junto a él. Gabriela se mordió los labios para impedir el regreso de las lágrimas.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, es solo que ¡estoy tan contenta de que estés aquí por fin!

—Yo también, Gabrielle, yo también.

Aún charlaron un rato más, en el que se contaron lo que había sido de sus vidas desde que se separaron. Gabriela rio ante las anécdotas de su convalecencia, en la que casi había vuelto locos a sus cuidadores, que se mostraron encantados de deshacerse de él en cuanto los Montroe acudieron en su busca. Ella, por su parte, le relató sus pequeñas aventuras, y ambos se quedaron callados cuando salió a relucir el tema de la pérdida de su pierna.

—Gabrielle...

—No digas nada, por favor. Te lo ruego.

—Está bien —accedió él, que vio que ella aún no estaba preparada para escuchar lo que él tuviera que decirle.

Poco después, llegaron un par de guerreros con una silla de mano antigua, que sin duda había estado acumulando polvo en algún rincón y que parecía haber sido limpiada a toda prisa. Con la ayuda de las muletas y de Angus, que la sostuvo todo el tiempo, logró subirse a ella. En la calle ya no había un alma pero, al acomodarse al fin en el interior de aquella reliquia, vio dos figuras junto a la cabaña de enfrente, ambas con la espalda apoyada en el muro y los brazos cruzados a la altura del pecho. Duncan y Micheal le sonreían, pero también había tristeza en sus ojos. Habían preferido quedarse fuera para no interrumpir su encuentro con su abuelo y con Angus.

—Gracias, gracias por todo. —Tragó saliva varias veces—. Jamás podré pagaros todo lo que habéis hecho por mí.

—¿Cuándo vas a volver, Rob? —Micheal se agarró al borde de la litera.

—Ya no viviré aquí, Micheal. —Gabriela le acarició el pelo.

—¡Pero aún no he aprendido a escribir!

—Seguro que Donald te ayudará con eso. —Oh, por Dios, qué duro era aquello.

—Todavía no has terminado de contarme la historia del san Francisco ese...

—Muy pronto la podrás leer por ti mismo, ya verás. —No quería llorar, no quería—. Además, solo me voy al castillo. Nos veremos con frecuencia, siempre que quieras.

—No te vayas, Rob —sollozó el pequeño Micheal, cogiéndole una mano.

—Micheal. —Duncan se aproximó y lo tomó por el hombro—. Debes dejar que se marche, tiene que hacerlo.

Gabriela no podía hablar. Se llevó una mano a la boca para reprimir los sollozos y cruzó una última mirada con Duncan, que cogió a su hijo lloroso en brazos y volvió a entrar en la casa. Sabía que en un rato los vería en el salón, su abuelo había convocado allí a todo el clan, pero ya nunca más compartirían aquel pequeño espacio, aquel hogar que habían construido entre los tres.

Malcolm Montroe había preparado su discurso a conciencia. Primero había informado a los miembros de su pequeño Consejo, que se mostraron un tanto contrariados, todos excepto Fiona. Cuando al fin logró quedarse a solas con ella unos minutos, la besó y la abrazó con tanta intensidad que la mujer tuvo que frenarle.

—Malcolm, querido, alguien podría descubrirnos.

—¿Sabes? Cada vez me importa menos que eso suceda.

—Pues a mí no. Tengo una reputación que mantener —respondió ella, con una sonrisa.

Ambos sabían que eso no era cierto. Su reputación le importaba un ardite y,

si no entraba allí de forma abierta, era por respetar los deseos de la fallecida esposa de aquel hombre al que amaba por encima de todas las cosas.

—Este último viaje me ha hecho darme cuenta de que lo único que deseo es estar en mi casa, con la mujer que quiero, y disfrutar de lo que me quede de vida.

—Podrías retirarte, pasar el testigo.

—Créeme, estoy pensando en hacerlo.

—¿Hablas en serio? —Ese sueño, largamente anhelado, parecía al fin al alcance de la mano.

—Totalmente en serio. Me siento mayor para según qué cosas. Creo que se acerca el momento de delegar parte de mis funciones en alguien de mi confianza.

—¿Quieres hablar de ello?

—Lo haremos en otro momento, mujer. Ahora solo pienso en besarte y en tumbarte sobre esta mesa para demostrarte lo mucho que te he echado de menos.

—¿Y a qué estás esperando?

Con fuerzas renovadas, Malcolm se reunió con los miembros del clan, que abarrotaban el salón, la mayoría de ellos en pie. Habló primero con los padres de Alec y Scott y luego se fue deteniendo y saludando a todo el mundo. Al final, se instaló en la silla principal sobre la tarima, aquella en la que Gabriela le había visto por primera vez. A su lado, había hecho colocar otro asiento, que ahora ocupaba ella. Luego se puso en pie y se dirigió a su clan. Primero les explicó a todos la reunión que habían mantenido los jefes de los clanes con el regente Robert Stewart tras la derrota de los franceses en Poitiers, y de las propuestas que se barajaban en ese momento. Eso provocó un debate que se

alargó durante varios minutos. También allí había disensión de opiniones entre los que optaban por una nueva guerra contra los ingleses y los partidarios de un pacto para liberar al rey David y esperar un momento más propicio.

A continuación, alguien preguntó qué iba a suceder con los Rossen, aunque en esta ocasión no fue Fergus, situado un paso a la derecha de su silla, quien lanzó la pregunta. La dejó en manos de su amigo Gilfried. Malcolm les dijo que no iban a hacer nada. En ese momento, los clanes escoceses debían estar unidos frente a los ingleses, y menguar las mesnadas en una guerra interna no les iba a ayudar a conseguirlo. Ellos también habían causado bajas entre las filas de los Rossen y, de momento, deberían conformarse con ello. Nuevas discusiones, esta vez menos acaloradas, se alargaron durante varios minutos. Malcolm respetó el derecho de los miembros de su clan a expresarse con libertad y escuchó todas las opiniones, pero se mantuvo firme. Finalmente, llegó el momento que más había temido y les pidió a todos un poco de silencio. Debía realizar un importante anuncio. Se intercambiaron miradas de sorpresa y confusión. ¿Acaso no les había contado ya todo lo importante?

—Como bien sabéis, mi nieto Rob lleva viviendo con nosotros varias semanas, y ha sido un orgullo para mí descubrir que se ha comportado como un Montroe y que se ha adaptado perfectamente a esta nueva tierra. — Carraspeó y comprobó que casi todas las miradas convergían en Gabrielle, la mayoría de ellas aprobatorias.

Esta sintió que su corazón latía a un ritmo frenético. En unos instantes, todos conocerían su identidad y temía tanto el rechazo que, de haber tenido las dos piernas, habría huido del salón. A su izquierda, Duncan se movió ligeramente en su dirección e intercambiaron una breve mirada. Supo que él la apoyaría, que contaba con él.

—Ahora hay algo que debo decir a todos. —Malcolm hizo una breve

pausa—. Aquel a quien todos habéis conocido como Rob... es en realidad... Gabrielle, la hija mayor de mi hijo Keilan, mi nieta.

Las exclamaciones de asombro recorrieron todo el salón, y hubo incluso algunas risotadas, las de aquellos que pensaron que se trataba de una broma. Sin embargo, Malcolm mantuvo el rostro serio, hasta que todos comprendieron el alcance de sus palabras.

Gabriela sintió sobre sí de nuevo todas las miradas, la mayoría de ellas de desconcierto, y algunas incluso claramente hostiles. Entre ellas las de las personas con las que más había intimado: Neall, Gavin, Callum.. De reojo, echó un vistazo a Fergus, que la miraba atónito, y a su madre, situada en otra silla junto a la tarima, cuyo gesto era idéntico al de su hijo. La gente empezó a armar tal barullo que Malcolm tuvo que pedir silencio a gritos. Luego, a grandes rasgos, explicó los motivos que, solo unas horas antes, ella le había contado.

—He de confesar —continuó su abuelo— que me cuesta comprender las razones por las que mi nieta se ha comportado de forma tan inusual. Sin embargo, yo ya la he perdonado —le dirigió una breve mirada antes de proseguir—, y espero que vosotros hagáis lo mismo y la aceptéis como uno más de los nuestros, porque ya ha dado más que su sangre por este clan y se ha ganado un puesto aquí por méritos propios.

Se alzaron algunos vítores, aunque la sensación general continuaba siendo de desconcierto, y era comprensible. Malcolm había logrado salir airoso de aquel pequeño trance y contaba con que todo se olvidara en unos días y acabara convirtiéndose en una anécdota más que relatar junto al fuego en las largas noches de invierno.

A algunas personas, sin embargo, les iba a ser más difícil olvidar el engaño.

Durante la noche, fueron muchos los que se acercaron hasta Gabrielle para saludarla y darle una nueva bienvenida. Megan, sin embargo, le dedicó un comentario algo despectivo y Fergus no encontró palabras que dirigirle, y se limitó a observarla de reojo durante el resto de la velada.

Neall ni siquiera se acercó, aunque sí lo hicieron Callum y Gavin. Les pidió perdón a ambos y trató de hacerles entender que no había pretendido herirles. El primero aceptó la explicación con mejor talante, pero Gavin se mostró algo más reactivo, y la miraba de una forma extraña, como si no se creyera del todo que bajo aquellas ropas, aún masculinas, se escondía en realidad una mujer.

Hacía casi dos semanas que Duncan no veía a Gabrielle, que parecía vivir recluida en sus aposentos. Doce días para ser exactos desde que Malcolm Montroe había desvelado su identidad, doce días en los que habían circulado por el clan todo tipo de comentarios. Él también había tenido que dar explicaciones y asegurar que no estaba al tanto del fraude, especialmente para proteger la reputación de Gabrielle, que había dormido bajo su techo. Intuía que no todos se habían creído la historia, pero poco más podía hacer. El tema parecía perder fuerza y la gente regresaba a su cotidianeidad como si nada hubiera pasado. Para él, en cambio, habían sido doce días echándola dolorosamente de menos, tropezándose con sus recuerdos por toda la cabaña y por todos los lugares que habían compartido juntos, que eran prácticamente todas las tierras de los alrededores. Para hacer de su vida un infierno aún de mayores proporciones, Micheal no paraba de preguntarle cuándo iba a regresar Gabrielle, como si no fuese capaz de entender que de verdad ya no iba a volver a vivir con ellos. Confiaba en que, con el paso del tiempo, él también se adaptaría a la nueva situación.

En ese momento, se dirigía al salón para rendirle a Malcolm el informe

semanal, aunque en realidad no había mucho que contar. Un hombre herido durante los entrenamientos, una nueva partida de caza a la vista, y un notable descenso en las prácticas con el arco, como si la ausencia de Gabrielle les hubiera arrebatado a los jóvenes las ganas de lanzar flechas. Logan había retomado sus quehaceres y Duncan estaba un poco más libre para pasar algo de tiempo con los muchachos, aún muy afectados por las muertes de Alec y Scott. También había tenido que lidiar con el sentimiento de traición que albergaban los chicos con respecto a Gabrielle, y se había visto obligado a sentarse con ellos y a explicarles los motivos por los que había llegado disfrazada de chico y decidido a continuar así.

—Pero está mal —repuso Neall, que parecía el más afectado de todos.

—No digo lo contrario, Neall —repuso Duncan, conciliador—. Tú tienes una hermana, ¿verdad?

—Sí, Beitris.

Duncan recordó a una jovencita regordeta que hacía pocos meses había contraído matrimonio con uno de sus guerreros.

—Imagina que tuviera que viajar, no sé, a Inglaterra.

—¿Y por qué tendría mi hermana que ir allí? —Neall frunció el ceño, visiblemente molesto.

—Da igual el lugar, Neall. Solo piensa que, de repente, tu hermana está sola en el mundo y que tú, por ejemplo, estás viviendo allí.

—Yo no viviría en Inglaterra ni preso. —Neall escupió sobre la hierba.

Duncan comenzaba a perder la paciencia.

—Pues digamos que vives en Francia.

—Ufff.

—Bueno, ¡ya basta! Da igual el lugar, ¿comprendes? Solo intento ponerte un ejemplo.

—¿Qué tal Edimburgo? —preguntó Neall—. Está lo bastante lejos y sigue

siendo Escocia.

—Las Lowlands no son realmente Escocia —apuntó Ramsay.

—¡Claro que sí! —replicó Duncan.

Durante años, durante siglos, los habitantes de las Highlands se consideraban escoceses de primer orden, y veían a los de las Lowlands, las Tierras Bajas de Escocia, como seres algo inferiores, demasiado próximos a los ingleses.

—Bien, pues supongamos que vives en Edimburgo, Neall, y que tu hermana tiene que ir hasta allí, acompañada solo de un guerrero, y no muy joven, por cierto.

—Mi hermana sabría defenderse sola.

—Es probable, Neall, es probable. Pero supón que se encuentra con una partida de bandidos, o de ingleses. ¿Qué crees que le sucedería?

—Los mataría a todos, es una Montroe.

—¿Estás seguro de eso?

Neall le lanzó una mirada furiosa e hizo ademán de incorporarse. No le gustaba aquella conversación.

—No te he dado permiso para levantarte —le dijo Duncan, con la voz acerada.

El chico hizo una mueca de fastidio y volvió a ocupar su lugar.

—Para ella sería más seguro viajar disfrazada de muchacho, a ser posible, con la apariencia más inocente que pudiera adoptar.

—Como un monje —replicó Iain, ya totalmente recuperado y haciendo alusión a la historia que todos conocían sobre el disfraz inicial de Gabrielle.

—Exacto, como un monje. Castilla está muy lejos de aquí, a más de mil millas, y hay un mar que nos separa. ¿Os imagináis lo duro, largo y peligroso que tuvo que ser aquel viaje para una chica? ¿Y que el último trozo, desde las tierras de las MacNab hasta aquí, tuvo que hacerlo sola?

Cada vez que lo pensaba, a Duncan se le ponía la piel de gallina. Eran tantas cosas las que le podrían haber sucedido a Gabrielle durante aquel periplo que procuraba no pensar en ello, especialmente porque no quería perder la cordura, al menos la poca que aún le quedaba.

Los chicos guardaron silencio mientras imaginaban aquel viaje cuya magnitud no se atrevían ni siquiera a sospechar.

—Pero cuando estuvo aquí, siguió engañándonos a todos —repuso Neall.

—Imagina que tu hermana llega hasta Edimburgo, y que allí no conoce a nadie, a nadie. Está sola, tiene miedo, no sabe si la echarán de allí y no tiene ningún sitio al que ir... Pensadlo.

Duncan se levantó y decidió que, por el momento, dejaría a los chicos meditando sus palabras.

Duncan entró en el salón, donde encontró a Malcolm departiendo amigablemente con Angus, que apenas se había retirado de su lado desde que había llegado allí. Era frecuente ver a los dos hombres pasear por el clan, rememorando antiguas batallas, o sentados frente al fuego jugando al ajedrez, o practicando con los guerreros, cosa que no hacían nada mal pese a sus años.

—Ah, hola, muchacho. —Malcolm alzó su jarra de cerveza a modo de saludo.

—¿Es mal momento?

—No, en absoluto. Pasa, pasa y siéntate con nosotros.

Duncan obedeció y, poco después, estaba frente a su propia jarra, de la que dio un generoso trago.

—Hablábamos de Gabrielle —apuntó Malcolm, y el cuerpo de Duncan se envaró. Cruzó una breve mirada con Angus, que lo observaba con los ojos entornados, y volvió a concentrarse en su *laird*.

—¿Qué ocurre con ella? —Procuró que su voz sonara indiferente.

—Oh, nada relevante. Solo pensábamos en su futuro.

—¿En su futuro?

—Es mi nieta, un miembro importante del clan —apuntó Malcolm, como si Duncan no supiera ya eso—. Ahora aún está convaleciente pero, con el tiempo, cuando esté totalmente recuperada, habrá que pensar en un posible matrimonio para ella.

Duncan sujetó su jarra con tanta fuerza que pensó que la rompería en mil pedazos. Ni siquiera se atrevía a mirar a su *laird* a los ojos, por miedo a que este viera en ellos las ganas que tenía en ese instante de romperle la nariz y cuantos huesos se pusieran a su alcance. Malcolm continuó con su perorata, totalmente ajeno a la tormenta que se había desencadenado en el pecho del jefe de sus guerreros.

—Es cierto que su accidente no la convierte en una de las candidatas más deseadas, pero estoy convencido de que habrá muchos clanes escoceses deseosos de emparentar con nosotros.

—Esto... —Duncan se aclaró la garganta, luchando contra el deseo de levantarse y marcharse de allí—. ¿Habéis pensado en alguien en concreto?

—Bueno, Angus y yo hablábamos de los Buchanan.

—¿Cameron Buchanan? —Duncan hacía alusión al *laird* del clan, al que había visto en un par de ocasiones.

—A ese mismo, sí.

—¿Pero si tiene al menos cuarenta años!

—Eso no es relevante, muchacho. —Malcolm quitó importancia a su comentario sacudiendo su mano libre en el aire. Con la otra sujetaba su jarra, de la que sorbió un trago—. Es un gran *laird*, y su clan es casi tan temido y respetado como el nuestro.

—¿No hubo un Buchanan que se casó con una inglesa? —intervino Angus,

con tono socarrón.

—Sí, cierto —respondió Malcolm—. Su bisabuelo, o su tatarabuelo, un tal Brodick Buchanan. Bien sabe Dios que no me hace gracia que mis descendientes lleven ni una gota de esa jodida sangre inglesa en sus venas, pero la alianza podría merecer la pena.

—Tal vez unas gotas de sangre castellana acaben de purificar su estirpe —apuntó Angus.

Duncan estaba a punto de vomitar. En aquella mesa, frente a tres jarras de cerveza, se estaba decidiendo el futuro de la mujer que amaba, y ella ni siquiera estaba presente. Se juró a sí mismo que, si algún día tenía una hija, jamás le haría algo ni remotamente parecido.

—Creo que es muy pronto aún para tomar ese tipo de decisiones —se aventuró a decir—. ¿Qué piensa Gabrielle de todo esto?

—A ella no le corresponde decidir, Duncan —le aclaró Malcolm—. Es una Montroe, hará lo que se le ordene.

—Por supuesto, mi *laird*.

—En fin, muchacho, creo que habías venido a algo en concreto, ¿verdad?

Duncan hizo de tripas corazón y le dio el informe con muchas menos palabras de las que había llevado preparadas, deseoso de alejarse de aquella estancia. Le faltaba el aire y le costaba respirar.

Ni siquiera se dio cuenta de la escrutadora mirada que le dedicó Angus cuando, un rato más tarde, lograba salir de allí. Este había alimentado a propósito la conversación de Malcolm sobre el futuro matrimonio de Gabrielle mientras buscaba una señal en Duncan.

Sus sospechas sobre aquel joven se habían confirmado.

Gabriela se aburría encerrada entre aquellas cuatro paredes. Su abuelo había hecho acondicionar una habitación con todo el lujo que había logrado conseguir, y disponía de todo lo que pudiera necesitar, incluidos varios vestidos sencillos que habían pertenecido a su abuela y que necesitaron pocos ajustes para adaptarlos a su figura. Angus la visitaba con frecuencia, e incluso Megan Montroe, quien ya no la veía como una amenaza, pasaba algunos ratos allí, animándola a bordar junto al fuego, una actividad que ella siempre había odiado. Su abuelo también acudía. Ambos se sentaban frente a la chimenea y él le pedía que le contara cosas de su infancia, de su padre, de su madre y sus hermanos. Algunas de esas historias ya se las había contado a Gavin, y muchas también a Duncan, pero volver a repetirlas no le desagradaba, le permitía crear nuevos lazos con su abuelo.

Practicaba con las muletas a diario, y ya podía moverse con bastante rapidez, solo que no tenía ningún sitio al que ir. Se negaba a bajar al salón por las noches, por miedo a encontrarse con aquellas miradas, muchas de ellas cargadas aún de desconfianza. De repente, se sentía tan ajena a aquel clan como lo había estado el día de su llegada, como si todo el tiempo transcurrido allí no fuese más que un sueño, un espejismo.

Nadie más había ido a visitarla, y se sentía terriblemente sola. Echaba de menos a los amigos que había hecho allí, que parecían haberse olvidado de ella. Sobre todo añoraba a Duncan y a Micheal, a quienes extrañaba lo indecible. Sin embargo, cuando dedicaba unos minutos a pensar en su

situación, le daba por pensar que era ella quien les había abandonado, quien había escogido esconderse allí como un conejo en su madriguera.

Esa mañana, Angus vino a verla, como casi todos los días. No hacía más que animarla a unirse a ellos, pero ella siempre alegaba estar cansada o sentir dolor en el muñón, lo que no era del todo mentira. En ocasiones, aún le parecía sentir aquel trozo de su pierna pegado a ella, una sensación que venía acompañada de un dolor extraño y lacerante que la dejaba sin aliento. Fiona le había dicho que era normal, y que tendría que acostumbrarse y aprender a no echar de menos lo que ya no tenía. Cuando utilizaba esas palabras, Gabriela no podía evitar pensar no solo en esa parte de su anatomía, sino también en su corazón. La ausencia de Duncan y de Micheal la había dejado mutilada por dentro, y aún no había aprendido a lidiar con eso.

—¿Cómo te encuentras hoy? —le preguntó Angus, que entró con un envoltorio de considerable tamaño bajo el brazo y le besó la coronilla, como hacía cada vez que se encontraban.

—Mucho mejor, gracias. —Observó el bulto, que él colocó sobre sus muslos una vez tomó asiento—. ¿Qué traes ahí?

—Un encargo —repuso él, misterioso.

Gabriela se preguntó qué tramaría esta vez. Llevaba días trayéndole dulces y fruslerías, que se acumulaban sin orden ni concierto sobre el arcón que había a los pies de su cama.

—¿Quieres verlo?

—¿Es para mí?

—¿Y para quién iba a ser?

Gabriela asintió y Angus lo desenvolvió. Hasta que no le dio la vuelta al objeto, no se dio cuenta de que se trataba de una pierna de madera, y no supo qué decir.

—Llevamos días haciendo esto —le mostró la pieza, pulida y brillante, y

señaló las partes que la componían—. Aquí colocarás el muñón, sobre esta hendidura cubierta de tela, y con estas correas la sujetarás a la pierna. Incluso podrás ponerte las botas y nadie se dará cuenta de que te falta un *cacho*.

—¡Angus! —Él era el único que bromeaba con aquel asunto, como si pretendiera quitarle importancia.

—No podrás prescindir de las muletas, me temo —continuó el hombre—. Aunque tal vez solo necesitarás una cuando uses este artilugio, y quizás ninguna si la distancia es corta.

—¿Cómo de corta? —inquirió ella, con un brillo de esperanza.

—No lo sé, tal vez de la cama a la puerta, tal vez más. Igual podrías recorrer el salón entero, o un paseo corto por los alrededores si aprendes a sostenerte sobre ella.

Gabriela cogió aquel artefacto entre sus manos. Jamás había visto nada parecido y dudaba de que funcionase tan bien como Angus afirmaba, pero estaba deseando probarlo.

«¿Para ir a dónde, Gabriela?», le preguntó una vocecita en su cabeza, que decidió ignorar.

—Muchas gracias, Angus. —Sujetó aquel invento contra su pecho.

El hombre se limitó a asentir, con esa sonrisa desdentada que ella tan bien conocía.

—Había pensado en dar un pequeño paseo. Aún es pronto para usar esto, pero ya te desenvuelves muy bien con las muletas. ¿No te apetece acompañarme?

Ella se apresuró a negar con la cabeza, y él le dedicó, una vez más, una mueca de desencanto.

—¿Cuándo vas a salir de aquí, niña? No puedes vivir siempre encerrada.

—Lo sé, Angus. Pero aún no estoy preparada.

—¿Preparada para qué? Llevas semanas viviendo aquí, siendo parte de este

clan. Y tú solita te estás alejando de él. —Angus expresó con palabras sus propios pensamientos—. Podríamos ir a ver cómo entrenan los guerreros, Duncan los está haciendo sudar de lo lindo ahí abajo.

La sola mención del nombre de Duncan le coloreó las mejillas, como siempre que Angus, o cualquiera, de hecho, le nombraba.

—Creí que os habíais hecho amigos —insistió.

—Eh, sí, lo cierto es que me ayudó mucho.

—¿Entonces?

—Te lo agradezco, Angus, de verdad. Pero prefiero quedarme aquí. Estoy con un bordado que me gustaría terminar. —Echó mano al cesto que había a los pies de su silla.

Angus le lanzó una mirada reprobatoria y ella se arrepintió de inmediato de su mentira. Él sabía tan bien como ella lo mucho que odiaba las labores de aguja, aunque no hizo ningún comentario.

—Está bien, como quieras —Angus se levantó—. Pero, si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

Gabriela le dio de nuevo las gracias y le vio salir por la puerta. En cuanto esta se cerró, se subió el vestido para probarse su nueva pierna.

Angus estaba preocupado, muy preocupado. Disimulaba bastante bien frente a Gabrielle, pero le estaba matando verla languidecer de aquella manera. ¿Dónde estaba aquella jovencita atrevida y valiente que había cruzado parte de la Península, un mar embravecido y toda Inglaterra? ¿Dónde se había quedado aquella chiquilla que peleaba como un diablo, que nunca tenía bastante con la instrucción de su padre y de Angus y a la que sorprendía continuamente con su espada, luchando contra enemigos imaginarios? ¿Dónde

se ocultaba aquella Gabrielle llena de risas y de energía que había conseguido que él regresara, por fin, a su hogar?

Lo peor es que no sabía cómo ayudarla, no sabía qué mecanismos usar para traerla de vuelta. Procuraba tratar el tema de su pierna con ligereza porque, aunque ella no fuera consciente, en realidad no tenía tanta importancia. No era menos mujer por ello y no sabía cómo hacérselo entender. Había hablado del asunto con Malcolm infinidad de veces, pero a su viejo amigo tampoco se le ocurría qué más hacer. Imaginó que deberían tener paciencia y esperar a que ella sola encontrara sus extraviadas fuerzas.

Se dirigió al patio, con el deseo de desentumecer los músculos con un poco de ejercicio, y le plació comprobar que los hombres se movían con destreza, dirigidos por aquel joven que le seguía pareciendo un misterio. Intuía que entre él y Gabrielle había sucedido algo, a juzgar por cómo ella se sonrojaba si alguien le mencionaba y por cómo él hablaba de ella y el modo en que había reaccionado ante el tema de sus futuros esponsales. Si aquellos dos no estaban enamorados, que bajara Dios y se lo llevara, porque eso significaba que había perdido por completo la cabeza.

Gabriela no estaba tan sola como ella pensaba, solo que no sabía que había alguien contribuyendo a aislarla de su propia vida. Megan Montroe se había hecho cargo de la situación, y cada vez que Malcolm se ausentaba, con más frecuencia desde que había llegado aquel Angus Campbell, ella tomaba las riendas de la fortaleza con férrea determinación. Se sentía engañada y estafada. Aquella niña se había reído de todos ellos. ¿Acaso esperaba felicitaciones y parabienes, que todos la aceptaran como si nada hubiera ocurrido? No, ni hablar de eso. Necesitaba meditar sobre lo que había hecho, sobre el daño que había causado.

Firme en su propósito, desde que Gabrielle se había instalado en el piso de arriba, le había negado el paso en varias ocasiones al pequeño Micheal, e incluso al propio Duncan, que no se atrevió a contradecirla ni una sola vez. Gwenda, la esposa de Gavin, le había traído una tarta la semana anterior que acabó en las cocinas, la misma que había preparado el día que Gabrielle visitó su casa. La más difícil de convencer fue Wallis, que también había acudido varias veces, hasta que ella la convenció de que Gabrielle no quería ver a nadie. Rodrick, Callum, Iain... a todos había terminado despidiendo con una excusa u otra, hasta que la gente dejó de venir, hasta que creyó que todo el mundo había comenzado a olvidarla.

Ahora, mientras Malcolm jugaba una de sus interminables partidas con aquel recién llegado que siempre la miraba con suspicacia, ella permanecía en su habitación, junto al fuego, donde daba las últimas puntadas a una camisa nueva para Fergus. No sabía cómo su hijo podía romper tal cantidad de ropa, se pasaba las noches zurciendo y arreglando sus desgarrones.

Fergus entró en ese momento en la estancia y, sin saludarla siquiera, se dirigió a la pequeña mesa de la esquina, se sirvió una generosa ración de vino y se dejó caer como un fardo sobre la silla situada frente a ella.

—Buenas noches a ti también, hijo —le dijo ella, con cierta acritud.

—Buenas noches, madre. —Se incorporó ligeramente, avergonzado de haber sido pillado en falta.

—¿Qué tal el entrenamiento?

—Bien. ¿Habéis visto a...? ¿A...? —Aún le parecía extraño pronunciar su nombre.

—¿Gabrielle?

—Sí, a esa, a esa misma.

—Estuve un rato con ella esta tarde.

—Aún no me puedo creer lo que nos ha hecho —masculló él, con rabia.

Todos parecían haber dejado de hablar del asunto, pero él no se lo podía quitar de la cabeza. Se sentía tan furioso con ella que, algunas noches, no podía ni dormir. La imagen de aquel cuerpo bajo sus puños se le colaba tras los párpados a la menor ocasión, y le provocaba unas náuseas que solo lograba reprimir con grandes dosis de vino. Le había dado una paliza a una mujer, con la ayuda de sus dos amigos. ¿No saber que ella iba disfrazada menguaba su pecado? ¿Qué culpa tenía él de no haberla descubierto? Y ese Duncan... ese Duncan que aseguraba no saber quién era ella... seguro que se habían reído mucho los dos juntos de él, viendo cómo perdía los estribos con el que él suponía un muchachito imberbe e inexperto.

—Bueno, al menos ahora ya no es un rival para ti. Nunca será el *laird* del clan Montroe.

—Sí, cierto.

—Supongo que Malcolm no tardará en buscarle un marido apropiado.

—Espero que sea más pronto que tarde. Estoy deseando perderla de vista.

—Aunque, tal vez, no sería necesario buscar muy lejos.

—Pero madre, ¿acaso habéis pensado en una alianza con los Rossen?

Megan Montroe lanzó a su hijo una mirada imprecisa, que iba desde el desprecio hasta el amor, y que pasó por todas las fases intermedias.

—Fergus, de verdad, a veces no entiendo cómo puedes ser hijo mío.

Fergus se mordió el labio para no replicarle.

—¿Te imaginas el poder que tendría cualquier miembro del clan Montroe si lograra casarse con ella? —le lanzó una mirada inquisitiva que él no supo descifrar.

—¿Y quién habría de querer hacer tal cosa después de cómo se ha comportado?

—Piensa un poco, Fergus, por favor, que Dios te ha dado esa cabeza para algo más que para llenarla de vino.

—¿No estaréis pensando...?

—Ya es hora de que sientes la cabeza y te busques una esposa. ¿Quién mejor que ella?

—¡Pero si es una tullida!

—Y la nieta de un *laird*, no lo olvides.

Fergus observó a su madre con inusitado interés. Siempre escuchaba lo que tuviera que decirle, porque era una mujer inteligente que siempre le aconsejaba bien.

—No tienes que quererla, ni siquiera tiene que gustarte. Con que te acuestes con ella un par de veces al año para que te dé algunos hijos, es suficiente.

El joven valoró la idea. Debía reconocer que Gabrielle, la única vez que la había visto ataviada con un vestido, un breve instante mientras estaba con su madre, le había parecido una mujer más que hermosa. Su cabello negro, peinado entonces en un gracioso y diminuto moño, resaltaba la palidez de su rostro, en el que destacaban aquellos ojos oscuros que ahora veía tan diferentes. Sí, no resultaría nada desagradable acostarse con ella. Imaginarla tendida bajo él, a su merced, siendo él su dueño absoluto, le produjo una erección que trató de disimular levantándose y aproximándose de nuevo a la mesa de las bebidas.

Su madre siguió hablando un rato más, y él escuchó con suma atención cada una de sus palabras.

Una noche más, Malcolm se había escabullido del castillo para ir en busca de Fiona. A punto había estado de cruzarse con Rodrick y Rhona, que paseaban su amor sin tapujos por el pueblo. Tal vez, de todas las cosas que habían sucedido durante su ausencia, aquella era una de las más extrañas e

inexplicables. No había duda de que ambos se sentían felices, y él, que sabía lo difícil que resultaba encontrar esa dicha, los bendecía por ello.

Llegó a casa de Fiona unos minutos después, helado hasta los huesos. Cada vez le resultaban más arduos aquellos paseos nocturnos, y la vuelta, ya de madrugada, sería aún peor.

—¿En qué piensas, querido? —le preguntó ella, una vez le abrazó y se sentó con él junto al fuego.

—En que estoy cansado de esta situación.

—¿A qué situación te refieres?

—A esta, a ti y a mí —respondió, concentrado en las lenguas de fuego que ardían en la chimenea—. Es por algo que me ha comentado Gabrielle.

Fiona se puso alerta.

—¿Qué es lo que te ha dicho?

—Me ha preguntado si no había pensado en retirarme ya.

—Oh, vaya.

—Pero lo más curioso es lo que ha dicho a continuación.

—¿Y eso es...? —Fiona lo animó a continuar. Ansiaba saber la respuesta, ya que Malcolm parecía haberse sumido de nuevo en sus pensamientos.

—Que, una vez hecho, no tendría la necesidad de vivir en la fortaleza. Que podía instalarme en cualquier casa del clan que quisiera. ¿No te parece curioso que haya comentado algo semejante?

«Bien por ti, muchacha», pensó Fiona, íntimamente agradecida.

—¿Curioso?

—Pues sí, jamás se me había ocurrido algo semejante. No sé, imagino que pensaba vivir en el castillo hasta el fin de mis días, pero eso no tiene por qué ser así, ¿verdad?

—Verdad —le contestó ella, con apenas un hilo de voz y a punto de echarse a llorar.

—Podríamos vivir juntos, tú y yo. En esta casa o en la que tú quisieras. Incluso podría hacer construir una a tu gusto, más grande y más lujosa.

—No... no necesito lujos.

—Así no rompería mi palabra, ¿te das cuenta?

—Sí, mi amor, me doy cuenta.

—Me mata tener que verte a escondidas, Fiona, como si fuese culpable del pecado de amarte.

—Los dos somos culpables, entonces.

Malcolm la besó, primero con ternura y luego con la pasión que le caracterizaba, y que era una de las razones por las que ella más le amaba.

Aún no había amanecido cuando Malcolm desandaba el camino en dirección a la fortaleza, con el olor de Fiona marcado en su piel y sus palabras rondándole por el pensamiento. Después de hacerle el amor, mientras permanecían abrazados en el lecho y las llamas de la chimenea se convertían en brasas, ella había abordado el tema de su nieta, de su nieta y de Duncan.

—Hoy he hablado con Duncan —le dijo ella.

—¿Sobre qué?

—Bueno, ya sabes, sobre todo un poco.

—Fiona...

—Sobre Gabrielle.

—¿Te ha dicho algo que yo deba saber?

—¿Es cierto que estás pensando en Cameron Buchanan como posible marido para ella? —La mujer se incorporó sobre el codo y le miró con el ceño fruncido.

—Podría ser un buen aliado.

—Pero ella no le ama. ¡Ni siquiera le conoce!

—¿Y qué importancia tiene eso? Muchas mujeres de su condición se casan con desconocidos por el bien de su clan.

Fiona se incorporó, con la furia relampagueando en su mirada.

—Malcolm Montroe, no me puedo creer que estés dispuesto a condenar a tu propia nieta a una vida igual que la tuya.

Él se sintió herido y se levantó de la cama, dispuesto a vestirse y a olvidar aquella absurda conversación.

—Mi vida no ha estado tan mal.

—Hace un rato decías algo muy distinto.

—De todos modos, ¿qué puede importarte a ti lo que le pase a Gabrielle? Tampoco la conoces.

—Más que tú, por lo visto. Al menos yo sé que ama a Duncan con todo su corazón.

—¿A Duncan? —Malcolm se sentó.

—¿Te sorprende? Es un muchacho bien parecido.

—Pero... pero él no me ha comentado nada.

—Eres su *laird*, y ella tu nieta. Te respeta demasiado.

—¡No se habrá atrevido a robarle su virtud!

—Es un hombre honorable, Malcolm, le conoces bien. —Fiona sabía que no respondía a su pregunta con una mentira.

—Sí, tienes razón. —Malcolm se pasó una mano por el pelo, tratando de peinarlo un poco.

—¿Duncan no te parece lo bastante bueno para ella?

—No se trata de eso. ¿Crees que a mí me hace feliz que se marche, justo ahora que la he recuperado?

—Entonces ¿el clan Montroe no es ya lo bastante fuerte y por eso necesitas aliados? —le pinchó ella.

—El clan es más fuerte que nunca, mujer.

—¿Entonces?

—Nunca está de más contar con buenos aliados, eso es todo. Se avecinan tiempos difíciles.

—¿Más de lo que han sido hasta ahora?

Malcolm volvió a sentarse. En honor a la verdad, tal vez los años que se avecinaban no serían tan duros como los ya vividos. Si finalmente llegaban a

un acuerdo con Inglaterra y el rey David era puesto en libertad, podrían vivir un largo período de paz.

—¿Qué tiene de malo Duncan? —insistió Fiona.

—Duncan no tiene nada de malo. De hecho, no podría pensar en un yerno mejor que él. Es fuerte, valiente y honorable.

—Y sería un *laird* estupendo, ¿no crees? —preguntó ella, ladina.

Malcolm la miró de hito en hito.

—Estaría casado con tu nieta, y eso le daría credibilidad y prácticamente todos los apoyos —continuó Fiona—. Tú estarías a su lado para aconsejarle. Y Gabrielle se quedaría aquí, con nosotros. Con su clan.

—Mujer, eres una bruja.

—Una bruja encantadora, espero —le contestó ella, con una sonrisa.

—La más encantadora de todas.

Durante un buen rato, ninguno pronunció ni una sola palabra.

Fergus se había lavado a conciencia y se había puesto una camisa limpia. Siguiendo las indicaciones de su madre, se proponía comenzar a cortejar a Gabrielle, y eso implicaba pasar tiempo con ella. Llamó con los nudillos a la puerta de su habitación, y entró, más nervioso de lo que le habría gustado. La chica permanecía sentada frente a la chimenea, aparentemente sin hacer nada más que contemplar el fuego, aunque tenía las mejillas arboladas y respiraba con cierta dificultad. Iba ataviada con un sencillo vestido de color verde, que realzaba sus diminutos senos. Tenía que reconocer que era bastante bonita, aunque la mirada que le dirigió, cargada de algo muy parecido al desprecio, desmereció sus bellos ojos.

—Hola... Gabrielle —comenzó Fergus, ofreciendo la mejor de sus sonrisas—. Únicamente he venido a ver qué tal te encuentras.

—Estoy bien, gracias.

Gabriela no se podía creer a quién tenía en su propia habitación, con aspecto inocente y aseado. Si no conociera quién se escondía bajo aquella piel de cordero, debía reconocer que Fergus era un joven bastante apuesto.

—¿Podría acompañarte un rato?

Gabriela se preguntó si se trataría de una nueva trampa. Estuvo a punto de declinar su invitación, pero llevaba ya demasiadas horas sola, y un poco de compañía, aunque fuese de Fergus, le vendría bien. Además, eran familia, quizás ya iba siendo hora de empezar a limar asperezas y llevarse mejor, por el bien de su abuelo y de todo el clan.

—Por supuesto —acabó diciendo, y señaló una silla frente a ella.

Fergus ocupó el asiento. Hasta ahí todo había salido según lo previsto. Solo que ahora no sabía qué hacer. ¿Cómo debía comportarse? ¿De qué podían hablar?

—¿Qué tal ha ido hoy el adiestramiento? —Bien, pensó Fergus, era ella quien iniciaba la conversación, y durante un rato se explayó con las explicaciones, hasta que detectó que ella comenzaba a aburrirse. Vaya, después de todo no parecía tan interesada.

Gabriela comenzaba a arrepentirse de haberle invitado a pasar. Aquel mequetrefe no hacía más que contarle sus muchas hazañas, cómo había golpeado a tal o cual guerrero, y cómo se había defendido de tal o cual otro. De repente, se calló, como si hubiera descubierto su repentina falta de atención.

El silencio volvió a llenar la habitación. Gabriela estaba deseando que se marchase, y él trataba de encontrar algún tema que ella pudiera encontrar apetecible, pero no se le ocurría ninguno. De repente, aquella idea le pareció tan absurda que estuvo a punto de levantarse y salir de la habitación. Solo que las palabras de su madre habían calado en él, y aquella joven que ahora le

parecía insulsa era su salvoconducto para hacerse con el control del clan. Decidió que el cortejo tendría que ser necesariamente más corto, mucho más corto.

—¿Has pensado ya en casarte con alguien? —atacó.

—¿Cómo dices?

—Bueno, a tu edad muchas mujeres ya están casadas y con hijos.

Gabriela no salía de su asombro. ¿Qué clase de pregunta era aquella?

—No creo que eso sea de tu incumbencia.

—Somos primos.

—En realidad no. Tu padre y mi abuelo eran primos, lejanos según creo. Tú y yo no somos nada.

—Pero podríamos ser... algo... ¿no te parece?

Gabriela se envaró y su espalda abandonó el respaldo de la silla. De reojo, vio su espada apoyada contra la pared, en el otro extremo de la habitación. No llegaría hasta ella ni aunque quisiera. E intuía, no sabía cómo, que podía hacerle falta en los siguientes minutos.

—Fergus, creo que será mejor que demos tu visita por terminada.

—¿Por qué? —replicó, molesto—. ¿Acaso no te gusta mi compañía?

—En este momento no me resulta muy agradable.

—Oh, vaya, no te resulta muy agradable —repitió sus palabras con sarcasmo. Lo estaba echando todo a perder, lo sabía. Si no quería perder su oportunidad, sería mejor que se calmase y abordase el asunto de otra manera—. Perdóname, prima, estoy un poco nervioso y no me he expresado con propiedad.

—No entiendo a qué puede deberse tu nerviosismo, «primo» —replicó ella, aún alerta.

—Es solo que he estado pensando.

—¿Pensando en qué?

—Bueno, tú y yo somos casi familia y, como sabes, yo soy el candidato más plausible para convertirme en *laird* cuando... bueno, ya sabes, cuando tu abuelo falte.

—Pareces muy seguro de tus opciones. —No le gustó la mueca que vio en el rostro de Gabrielle, aunque prefirió ignorarla—. ¿A qué has venido, Fergus?

—A pedirte que te cases conmigo.

Gabriela le miró, para asegurarse de que había oído bien. Y no lo pudo evitar, soltó una carcajada.

—Antes me tiraría por un barranco —le espetó. Supo que se había excedido en cuanto vio cómo su rostro se contraía y que su comentario había herido el orgullo de Fergus. Y ella sabía muy bien lo que ocurría cuando él se sentía atacado de esa manera. Simplemente, no había podido evitar que aquellas palabras saliesen de su boca.

—Eres demasiado buena para mí, ¿no es eso, primita? —Se levantó de golpe de la silla y pegó su rostro al de ella, salpicándola de saliva.

De repente, Gabriela se sintió más indefensa que nunca. No tenía a mano ninguna de sus armas, y en una lucha cuerpo a cuerpo tenía todas las de perder. Tal vez pudiera propinarle algún puñetazo, Duncan le había enseñado cómo hacerlo. Pero Fergus era más grande y dos veces más corpulento. No tendría muchas más posibilidades, e intuyó que huir no estaba entre ellas.

—No... yo no debí decir eso —reconoció al fin, usando su tono de voz más conciliador. Supo que era tarde en cuanto él la sujetó por los brazos y la sacudió en su asiento.

—Pero es lo que piensas, ¿verdad, zorra? Tú, con tus aires de grandeza, no has tenido reparo en engañarnos a todos durante semanas, ocultando tu verdadera condición bajo esas ropas impúdicas que ninguna mujer debería llevar.

—Eso no...

—¡Cállate! No soy lo bastante bueno para ti, ¿verdad? Ahora voy a demostrarte lo equivocada que estás.

Fergus estaba fuera de sí. Aquella maldita perra lo había rechazado de la manera más vil, como si se creyera superior a todos ellos. Él le iba a enseñar un poco de humildad, vaya que sí. Si no quería convertirse en su esposa por las buenas, lo haría por las malas. La iba a hacer suya en ese momento, sobre esa cama que parecía bendecir ya su unión. Cuando el acto estuviera consumado, no tendría más remedio que contraer matrimonio con él, y entonces que Dios la ayudara, porque no iba a consentirle ni un desplante más, aunque tuviera que encerrarla en una torre de por vida.

Fergus se incorporó y echó mano a su *kilt*, y Gabriela supo lo que iba a ocurrir a continuación. Lo supo con tanta claridad como si él se lo estuviese dictando. ¿Dónde estaban todos cuando más los necesitaba? ¿Dónde estaba Angus? ¿Y su abuelo? ¿Y Duncan? ¿Por qué Duncan no había venido aún a verla? ¿Por qué no podía aparecer por la puerta en ese preciso instante?

Estaba sola, comprendió. Sola y tan asustada que no podía hacer otra cosa que sujetarse con fuerza a los brazos de la silla, mientras Fergus la miraba con lascivia, y se acariciaba el sexo por encima del *kilt*, donde comenzó a aparecer una protuberancia nada desdeñable. Solo imaginar que aquello estaría muy pronto dentro de ella, ocupando el lugar que le correspondía a Duncan, le dio fuerzas suficientes.

Ante la estupefacta mirada de Fergus, se incorporó de un salto y le propinó un puñetazo que lo desestabilizó y le hizo caer al suelo, donde se golpeó con el borde del arcón. Gabriela aprovechó el momento para huir.

Llevaba colocada la pierna de madera que le había llevado Angus hacía casi una semana. De hecho, antes de la llegada de Fergus, había estado practicando con ella de nuevo, con unos resultados que cada día eran mejores

de lo que esperaba. Sin embargo, mientras se desplazaba hacia la puerta y se apoyaba en cuanto hallaba a su paso, le dio tiempo a coger las muletas. Una de ellas se cayó al suelo. Iba a inclinarse a recogerla cuando vio que Fergus comenzaba a espabilarse y la miraba con un odio concentrado que le dio nuevas alas.

Abandonó la habitación y recorrió el pasillo, con bastante seguridad dadas las circunstancias. Allí no había nadie. Alcanzó las escaleras sin resuello, y se agarró a la barandilla con una mano mientras con la otra maniobraba con la muleta, gritando como si el diablo la persiguiera. Perdió el equilibrio al fallarle la pierna de madera, pero logró erguirse a tiempo y continuar su loca carrera.

No había nadie para escucharla. El salón estaba completamente vacío. Arriba, oyó la puerta de su habitación cerrarse de un portazo.

Alcanzó la puerta principal con el aliento de Fergus pegado a su nuca, y fue capaz de abrirla antes de que él llegara a su altura. La luz del sol la cegó durante un momento, aunque no por ello dejó de correr. Parecía increíble que pudiera ser capaz de hacer tal cosa. Las horas de práctica, a solas en su habitación, daban sus frutos. En otras circunstancias, eso la habría llenado de orgullo. En ese momento, sin embargo, no era capaz de pensar en nada.

No había nadie junto a la entrada, lo que resultaba extraño. Dirigió la vista hacia el patio, más allá de las escaleras y del trozo de terreno que lo separaba de la fortaleza. Todo el clan parecía allí reunido, formando alboroto, y nadie escuchaba sus gritos.

Comenzó a bajar las escaleras y se atrevió a echar la vista hacia atrás. Fergus salía del castillo también en ese momento. Durante un segundo, ambos se quedaron quietos. Él le lanzó una sonrisa socarrona, consciente de que nadie acudiría en su auxilio, todos estaban demasiado ocupados viendo luchar a Malcolm y a Angus, dos guerreros formidables, dos leyendas. Le había sorprendido que aquella tullida hubiera podido correr a tamaña velocidad y con las dos piernas, y se preguntó cómo demonios lo habría hecho. Si era lo bastante rápido, la alcanzaría antes de que llegara abajo y la llevaría de vuelta a su habitación, donde terminaría lo que había empezado.

Gabriela vio tal determinación en aquella mirada que la sangre se le coaguló. Se dio la vuelta y comenzó a bajar a trompicones. Rogó por su vida mientras llamaba a gritos a Duncan, a Angus, a Malcolm... Entonces la pierna de madera le falló de nuevo y perdió el equilibrio. Supo que estaba perdida,

que ya nada podía salvarla. Lanzó un agudo grito mientras caía de bruces sobre los escalones y se golpeaba la barbilla contra la piedra. A continuación, notó tal presión en el brazo que creyó que Fergus, que la sujetaba con una fuerza tremenda, se lo iba a romper.

—¡¡Eh!!!

Ambos se volvieron en dirección a la voz. Era Gideon, que los miraba de lejos, sin saber muy bien qué era lo que estaba ocurriendo. Había creído escuchar algo y se había vuelto, perdiéndose durante unos segundos uno de los combates más magníficos que había contemplado en su vida. Vio a Gabrielle, y a Fergus con ella. Parecía que la muchacha se había caído y que Fergus la ayudaba. Pero había algo extraño en la escena, algo que no lograba identificar.

Su grito había alertado a algunos de sus compañeros, que se volvieron también.

—¡Socorro! —gritó entonces Gabrielle—. ¡Socorro!

La mirada que les lanzó Fergus fue la pieza que faltaba en la mente de Gideon, que corrió en auxilio de la joven. De repente, la multitud de la explanada se movió como un solo hombre, y todos acudieron en tropel hacia el pie de las escaleras, donde una llorosa Gabrielle trataba de explicar lo sucedido. Sin embargo, todos se detuvieron. Fergus llevaba su espada en la mano.

—¡Él! ¡Él! —parecía ser lo único que ella podía decir.

Fergus se adelantó y trató de ofrecer una explicación, aprovechando la confusión de la mujer, que parecía haber perdido el habla. Por el rabillo del ojo, vio a su madre salir de la fortaleza y bajar hasta donde ellos se encontraban. Frente a él, tenía ahora a todo el clan, y a la cabeza estaban precisamente Angus y Malcolm, con los torsos desnudos y llenos de cicatrices. Todos lo miraban, aguardando lo que tuviera que decir.

—La muchacha se ha caído —intervino entonces su madre, que llegaba ya a

su altura—. Yo lo he visto. Fergus solo ha tratado de ayudarla.

—¿Y esa sangre? ¿Y la espada? —preguntó Duncan, que había ocupado un lugar junto a Angus y que solo deseaba desenvainar su arma y cortarle el pescuezo a aquel energúmeno.

—Se... se ha golpeado contra los escalones al caer. La he oído gritar y he desenvainado, pensando que alguien nos atacaba —aclaró Fergus, y asió el brazo de Gabrielle para ayudarla a incorporarse, ahora con amabilidad. Ella, sin embargo, rechazó el gesto.

Duncan quiso correr hasta ella, cogerla en brazos y llevársela a su casa. Su mirada se quedó enganchada en la pechera del vestido, salpicada de sangre. Desde allí, la herida de su barbilla no parecía muy grande, apenas un feo corte que le dejaría una nueva cicatriz. A ese paso, en pocos años ambos igualarían las heridas que adornaban sus cuerpos.

—Ha tratado... ha tratado de violarme —logró articular ella, recuperando la voz.

—¡Eso es mentira! —se defendió Fergus, y simuló estar ofendido—. ¡No le he puesto la mano encima!

Eso era cierto, después de todo, porque aquella arpía le había sorprendido una vez más. La última, de eso estaba seguro.

—Voy a matarte, Fergus Montroe —bramó Duncan. Para él, la palabra de Gabrielle era suficiente, era ley, era verdad.

—La chica está confundida, Duncan —intervino Megan de nuevo, y alzó la mano para impedir que él se aproximara dispuesto a cumplir su amenaza—. Yo estaba presente y no ha sucedido nada ni remotamente parecido. Fergus solo ha tratado de ser amable, pero ella se ha asustado y ha huido. Y, en fin, ya podéis ver el resultado... Es una niña consentida y mimada, no hay más que ver cómo nos ha engañado a todos.

—No estoy confundida en absoluto. —Gabriela había recuperado el

resuello y sentía cómo la furia la dominaba. Si fuera capaz, se levantaría y golpearía a aquella horrible mujer hasta hacerle perder el sentido. Pero la muleta había caído más abajo y la pierna de madera se había salido de su sitio. Era incapaz de ponerse en pie frente a todos aquellos hombres y mujeres, que ahora la miraban, nuevamente confundidos.

—¡Solo le propuse matrimonio! —se defendió de nuevo Fergus.

—¡Hiciste mucho más que eso, malnacido, *bellaco*!

—¡Estás loca! Tendrías que agradecerme que quiera casarme contigo.

—¿Agradecértelo? —le escupió ella.

Duncan no sabía qué hacer. De hecho, nadie parecía saberlo. Todos contemplaban la escena, atónitos, mientras intentaban dilucidar lo que en realidad había ocurrido y se preguntaban por qué Fergus no guardaba aquella temible hoja de una vez.

—Sí, agradecérmelo —bramó Fergus.

—¿Forzándome?

Malcolm decidió intervenir.

—¿Has tratado de abusar de mi nieta, Fergus? —Su voz sonó calmada, pero en su tono vibrante Duncan reconoció la furia, una furia colosal tan parecida a la suya que se sintió reconfortado.

—¡¡No!! —repitió Fergus.

—Malcolm, ¿cómo puedes creer eso de tu sobrino, de Fergus? —replicó Megan, tratando de poner calma. Su hijo había vuelto a meter la pata, e intuía que en esta ocasión iba a resultar difícil sacarle del entuerto.

—¡No lo entendéis! —bramó Fergus—. Ella... ella debería estar agradecida. Miradla, es solo una tullida. ¿Quién la va a querer ahora? ¿Quién querría casarse con una mujer así?

Todas las miradas convergieron en Gabrielle, hecha un guiñapo sobre los escalones, con el vestido arrugado y salpicado de sangre, las lágrimas

manchando sus mejillas y su pequeño moño deshecho. Fergus, satisfecho, contemplaba los rostros de sus vecinos, de sus amigos.

—Yo lo haría —sonó una voz en medio del gentío. Neall emergió de la multitud y dio un paso al frente—. Gabrielle es una arquera excelente, y sería un honor ser su esposo.

Gabriela miró, con los ojos empañados, a aquel chiquillo alto como una torre, que la contemplaba con la misma adoración que había visto en sus ojos la primera vez que la vio usar el arco.

A su lado, Fergus chasqueó la lengua, como si la propuesta de aquel jovencito careciera por completo de importancia.

—Yo también —sonó otra voz. Callum dio un paso al frente también—. Sería un placer enseñar a mi esposa a mejorar con la espada.

—Y yo —tronó la voz de Gideon—. Siempre he querido tener un hábito de monje, y me parece que ella guarda uno con mucha historia.

Gabriela lloraba ya sin tapujos, mientras contemplaba a aquellas personas que daban un paso al frente por ella.

—Y yo —Gavin imitó a sus compañeros—, con el permiso de mi Gwenda, por supuesto. —Se oyeron algunas risas alrededor.

—Yo sería feliz si Gabrielle fuera mi esposa. —Wallis, con los ojos también anegados, se unió a los demás—. Es la mejor amiga que he tenido nunca.

—No sé si Rhona me perdonará por esto —dijo Rodrick, adelantándose—, pero sería un honor ser el marido de Gabrielle.

Mientras más y más hombres y mujeres del clan se unían a las propuestas de matrimonio, Gabriela contemplaba a los tres hombres más importantes de su vida, que la observaban, emocionados por las muestras de cariño que recibía y que le recordaban que ella también era una Montroe.

—¡Y yo! —El silencio rodeó la voz de Duncan, que avanzó también un

paso, con sus ojos clavados en los de Gabrielle—. Porque la amo desde el día que pisó esta tierra con el viento de otoño, porque ella me amó primero y amó también a mi hijo, y porque he tardado demasiado en decirle que, sin ella, mi vida es solo una noche larga e interminable.

—¡Así se habla, amigo! —Rodrick, situado a su izquierda, le palmeó el hombro.

Duncan ni se movió, aún prendido a la mirada llorosa de Gabrielle, que se había cubierto la boca con una de sus manos.

—Qué bonito, Duncan —se burló Fergus, rompiendo la magia del momento—. Sois todos unos insensatos, y este clan es un desastre, dirigido por un viejo cobarde que teme enfrentarse a nuestros enemigos y por un guerrero engreído y prepotente que cree saberlo todo. —Se irguió de nuevo y sacó pecho—. ¿No os dais cuenta de que yo sería un *laird* mucho más apropiado? ¡Yo soy el hombre que necesita este clan! ¡El hombre que volverá a hacer grandes a los Montroe! —Su discurso había ido ganando en intensidad y en fervor, y alzó la espada al aire—. ¿¿Quién está conmigo??

Solo Evan y Gilfried, sus dos incondicionales amigos, lanzaron vítores de alegría. El resto de guerreros les lanzaron miradas reprobatorias y cargadas de desprecio, y ambos acabaron por agachar la cabeza.

—¡Sois todos unos cobardes! ¡Todos! —bramó Fergus.

—¡Ya es suficiente! —bramó Malcolm, cansado de aquella pantomima.

—¡Será suficiente cuando yo lo diga! —Fergus estaba fuera de sí. Había esperado muchos más apoyos de aquellos inútiles que ni siquiera eran capaces de apreciar la oportunidad que tenían delante.

Lo que sucedió a continuación, pasó tan rápido que más tarde las versiones que circularían serían todas distintas. Fergus sabía que había perdido la partida, y que lo iba a pagar con su vida, pero no pensaba perderla solo. Con un rápido movimiento, echó el brazo hacia atrás, dispuesto a atravesar con su

espada el cuerpo de Gabrielle, aún recostada a sus pies. No iba a marcharse solo al infierno, y aquella zorra era la culpable de todo lo que había pasado.

Todo el mundo gritó, pero Duncan tal vez más que nadie, quizás porque sabía que no llegaría hasta él antes de que la hoja atravesara el cuerpo de Gabrielle. Como si ella supiera que iba a morir, clavó en él su mirada.

Gabriela supo que todos se encontraban demasiado lejos, que ninguno de ellos alcanzaría a Fergus antes de que cumpliera su amenaza y que hasta allí había llegado su destino, hasta aquellos escalones de piedra en los que todo había comenzado. Su mirada buscó la de Duncan, quería ser lo último que viera antes de abandonar este mundo, llevarse aquel celeste con ella hasta la eternidad.

El grito de Fergus resonó con eco, o eso le pareció a Gabriela, sin saber que el eco no era otro que el chillido de Megan, unos pasos a su derecha. Giró ligeramente la cabeza y vio el torso de Fergus tachonado de flechas, tantas que ni siquiera pudo contarlas. El rostro se le había contraído en una mueca de sorpresa y su cuerpo se tambaleó antes de caer hacia atrás. Gabriela volvió la vista al frente. Allí estaban sus muchachos, todos ellos, Neall, Iain, Ramsay y los demás, con el arco en las manos, el pulso firme, y los ojos encendidos fijos en su objetivo, desmadejado sobre los escalones. Las miradas de los más jóvenes del clan convergieron entonces en ella, y todos a una pegaron el arco al pecho, junto al corazón. Gabriela imitó el gesto y se llevó la mano, cerrada en un puño, al mismo sitio.

El tiempo se detuvo un instante y ni siquiera se dio cuenta de que los brazos de Angus la alzaban del suelo para volver a meterla en la fortaleza. En ningún momento Gabriela retiró la mano de su pecho.

Malcolm respiró hondo un par de veces para tranquilizar a su desbocado

corazón, mientras veía cómo Angus y su nieta desaparecían en el interior del castillo. Luego dio nuevas instrucciones a sus hombres.

—¡Limpiad esta basura de mis escaleras! —Bramó, refiriéndose al cadáver de Fergus, que una llorosa Megan acunaba entre sus brazos—. Y tú, vieja bruja, quiero que abandones estas tierras antes de una hora y que no vuelvas nunca más. Los amigos de tu hijo te acompañarán encantados.

Dirigió la mirada a los dos jóvenes que con tanto ímpetu habían vitoreado a aquel indeseable, maldita la hora en la que lo había acogido en su casa. Ninguno de los dos se atrevió a enfrentar su mirada.

—¡No puedes echarnos! —bramó la mujer, entre enrabiados sollozos—. Nosotros también somos miembros del clan, ¡somos familia!

—No sois más que escoria. —Se volvió hacia ella—. Seguro que en Inglaterra encontraréis acomodo.

Su última mirada antes de dejar la escena fue para Duncan, petrificado al pie de los escalones, con la mirada vidriosa y el rostro lívido.

—Vete a casa, muchacho. —Le puso una mano sobre el hombro—. Mañana hablaremos.

Duncan solo fue capaz de asentir, aún conmocionado. Ver a Gabrielle en aquella tesitura, saber que la iba a perder sin poder hacer nada para evitarlo, había sido superior a sus fuerzas. Jamás iba a poder recuperarse de aquello.

Cuando vio a Angus alzarla en brazos, deseó ser él quien la llevara a la seguridad de la fortaleza, deseó ser él quien la calmara y la abrazara toda la noche, él a quien ella se asiera para recuperar el equilibrio y a quien ella se aferrara hasta el fin del mundo.

«Mañana hablaremos», habían sido las palabras de Malcolm Montroe.

Y vaya si hablarían. Tenía un montón de cosas que decirle a su *laird*.

Gabriela había logrado calmarse, al fin. Le había llevado un buen rato, y había sido capaz incluso de tomar un cuenco de caldo. Fiona le había cosido la herida de la barbilla, más aparatosa que grave, y había tenido que hablar primero con Malcolm sobre todo lo ocurrido y luego con Angus sobre algunas cosas más.

Se sentía desbordada por un sinfín de emociones. Por el miedo que había pasado, pero también por la respuesta de los miembros del clan, por el modo en que todos habían respondido y por aquellos muchachos, sus compañeros, que le habían salvado la vida. Pero, sobre todo, eran las palabras de Duncan las que más la habían conmocionado.

Angus interrumpió sus pensamientos al entrar de nuevo en la habitación.

—¿Cómo estás?

—Me encuentro bien, creo.

El hombre lanzó una mirada a la pierna de madera, que en ese momento descansaba sobre la cama.

—No quiero ni pensar lo que podría haberte ocurrido si no llegas a llevar eso puesto.

—Yo prefiero no hacerlo. Jamás te agradeceré bastante ese regalo. Sin embargo...

—¿Sin embargo qué?

—Se me han ocurrido algunas mejoras que me gustaría comentar contigo.

—¿En serio? —El hombre cogió el artilugio entre las manos, y lo observó con atención, mientras pensaba en cuáles podían ser esas mejoras a las que se

refería. Entonces, recordó el motivo que lo había llevado hasta allí y lo dejó de nuevo sobre la cama—. He de hacerte una pregunta, pequeña.

—¿Sobre qué?

—Duncan.

Gabriela tragó saliva. Sabía que, tras las palabras de Duncan, pronunciadas delante de todos, tendría que ofrecer algunas explicaciones. Solo que había esperado que fuese su abuelo quien viniera a buscarlas.

—¿Le amas?

—¿Y qué importancia tiene eso?

—Gabrielle...

—Sí, le amo —reconoció ella al fin, y se llevó los dedos a los ojos para retener las lágrimas—. Le amo tanto que me duele hasta respirar.

—Parece que él te corresponde.

—Sí, eso creo yo también.

—¿Qué piensas hacer al respecto?

—¿Hacer? No pienso hacer nada, Angus.

—¿Nada? Pero si te ha declarado su amor delante de todo el clan.

—¿Y qué? ¿Crees que tengo intención de cargarle con una tullida para el resto de su vida?

—Una tullida que, con un poco de ayuda, se ha defendido bastante bien.

—Ha sido cuestión de suerte.

—¿Por qué eres tan dura contigo misma?

—Porque alguien debe serlo.

—Está bien. Ponte ese artilugio ahora mismo. Vamos a dar un paseo.

—No me apetece salir.

—No es una petición, Gabrielle.

Ambos mantuvieron un duelo de miradas, y ella supo que no podría vencerle. Se colocó de nuevo la pierna de madera que, debía reconocerlo, le

había resultado tremendamente útil y con la que casi, casi, volvía sentirse una persona completa. Angus le tendió el tartán y las muletas y ambos bajaron de nuevo las escaleras, solo que esta vez despacio y con cuidado. Ahora se preguntaba cómo diablos podía haber descendido por allí sin partirse el cráneo.

Angus la hizo esperar en la entrada mientras él iba a por su caballo, un potro que le había regalado Malcolm nada más llegar. Se preguntó a dónde querría llevarla y por qué.

Unos minutos después, él la ayudó a montar. Gabriela se sintió mucho más cómoda sobre la grupa del caballo, que podría dominar con las rodillas, que en el suelo, con el apoyo de las muletas. Él montó delante y ella se agarró a su cintura mientras salían de la fortaleza por la puerta norte. Allí, que ella recordara, no había nada. El pueblo se extendía en las otras tres direcciones. Al norte solo había bosque. Bosque y el cementerio, y supo que se dirigían precisamente allí en cuanto Angus giró ligeramente hacia la izquierda. ¿Qué iban a hacer al camposanto?

Descendieron del caballo y Angus le pasó las muletas antes de comenzar a caminar. Gabriela le siguió, indecisa y curiosa, hasta que él se detuvo frente a dos tumbas recientes, cubiertas de ramas de helecho, algunas flores de otoño tardías y docenas de fragmentos de tartán con los colores del clan Montroe, hasta tal punto que los nombres grabados en las cruces de madera no se podían leer, aunque en realidad no era necesario.

—Supongo que las tumbas son las de Alec y Scott —dijo Gabrielle.

—Sí —repuso Angus—. Sígueme.

Recorrió parte del cementerio, hasta la esquina norte, donde había una tumba solitaria, también llena de ofrendas.

—¿Quién más ha muerto recientemente? —preguntó Gabrielle.

—Nadie en realidad —respondió Angus—. La tercera tumba está vacía, o

casi.

—¿Vacía?

—Tu pie está enterrado en ella, Gabrielle. Duncan la hizo cavar y ordenó fabricar un ataúd pequeño.

Gabriela tragó saliva repetidas veces.

—Nunca le han faltado flores u ofrendas, como a las otras dos. Y no solo es Duncan quien la visita.

Angus aguardó unos minutos a que ella asimilara cuanto acababa de decirle y la sintió temblar junto a él.

—¿Piensas que tu madre se casó con tu padre por compasión?

—¿¿Qué?? ¡Por supuesto que no! Ambos se querían, tú lo sabes bien.

—Pero sí que piensas que tu padre fue una carga para ella.

—¡No! ¡¡Angus!!

Él se volvió hacia ella.

—¿Crees de verdad que a alguien le importa que te falte un trozo de pierna, Gabrielle? ¿Crees realmente que a Duncan le importa? ¿Que no tiene suficiente amor para ti como para que eso carezca de relevancia? Solo a ti parece afectarte, niña. A nadie más.

Gabriela contempló aquella tumba largo rato, sumida en sus pensamientos y con mil recuerdos azotándola por todas partes.

—Tienes que ayudarme, Angus —dijo al fin, posando su mano en el brazo de aquel hombre que tan importante había sido y era en su vida.

Duncan tardó mucho rato en dormirse esa noche. Primero había tenido que explicarle a Micheal todo lo ocurrido, porque el niño no había estado presente y quería saberlo todo. No le explicó los detalles, pero su hijo se emocionó tanto con la historia que se la hizo repetir varias veces.

Cuando Micheal logró dormirse, en el camastro que hasta hacía pocos días había ocupado Gabrielle, Duncan se sentó junto al fuego y pensó en las palabras que le diría a su *laird* al día siguiente. Aunque primero debería hablar con Gabrielle, ¿no? Volver a hacerle su propuesta de matrimonio. Ahora, al recordar aquella primera vez, sintió vergüenza. Se odió a sí mismo por no haber sido capaz de ponerle voz entonces a sus sentimientos, de usar razones tan absurdas e incompletas para convencerla de ser su esposa. ¿Cómo iba a aceptar ella semejante propuesta? Ahora volvería a repetirle las palabras que había pronunciado unas horas antes, y seguiría con muchas más. Le hablaría de cómo le hacía sentirse, de cómo añoraba el brillo de sus ojos y la miel de sus labios, de cómo quería anclarla para siempre a su cuerpo y a su alma, para que no volviera a perderse nunca más. Le hablaría de los sueños que había construido para los dos durante su ausencia, y entre ambos decidirían cuáles desechar y a cuáles dedicar el resto de sus vidas. Le explicaría lo largas que eran ahora las noches sin ella, y los días, y los espacios intermedios, y lo triste que era ir a bañarse al manantial. Le hablaría de las cosas graciosas que se le ocurrían en mitad de la noche, de las ganas que tenía de besarla a todas horas, de acariciar su sedoso cabello y de perderse en el negro de su mirada para no encontrarse nunca más. Le prometería acompañarla hasta el final del camino, y hasta más allá si el Dios de todos los cielos se lo permitía. Le juraría lealtad y amor hasta que no quedara de él más que el polvo de sus huesos.

Sí, todo eso le diría, tantas veces como fueran necesarias hasta que ella las creyera, hasta que aceptara compartir con él el futuro y todos los vientos que habrían de llegar a sus vidas.

Con ese pensamiento se marchó a la cama, para sumergirse en un sueño inquieto que no le permitió descansar.

Al despertar, con la primera luz de la mañana, sintió el cuerpo tibio de

Micheal muy cerca de su espalda. Hacía mucho tiempo que el pequeño no ocupaba aquel espacio. Sin duda las emociones de la noche anterior también le habrían robado el sueño. Se dio la vuelta y creyó que el corazón se le detenía.

«Debo estar soñando», se dijo, y sonrió al recordar que alguna vez ya había pensado algo muy parecido a aquello.

Estiró la mano y tocó aquella piel de terciopelo, solo por ver si era real, si Gabrielle estaba, de nuevo, en su cama. Ella sonrió, aún dormida, y después abrió los ojos, cuajados de sueño pero con aquel brillo especial y que él conocía tan bien.

—¿Cuándo... cuándo has llegado?

—Hace unas horas —respondió ella, en un susurro.

—¿Y cómo...?

—Necesité un poco de ayuda.

Duncan la contempló, imaginando que aún soñaba, un sueño del que no quería salir, aún no. Pensó en decirle todas esas cosas que llevaba dándole vueltas días y semanas, y pensó en besarla y en hacerla suya una vez más, antes de despertarse, por si acaso no tenía otra oportunidad. Solo que no sabía por dónde empezar.

—Pero... pero...

—¿Sí, Duncan? —preguntó ella, con la voz tan melosa que se le deshicieron todas las ideas.

—Pero... ¿qué haces aquí?

—He vuelto a casa, Duncan. He vuelto con mi familia.

Duncan no necesitó escuchar nada más.

Ni pensar en más palabras que decirle.

**Una novela clásica del género histórico romántico
ambientada en la Escocia del siglo XIV y con una
protagonista de origen español.**



Ella estaba dispuesta a arriesgarlo todo para encontrar un nuevo hogar.

Él no contaba con poner en peligro su honor y su vida. Ni con perder su corazón

¿Logrará ella encontrar su lugar en la tierra de sus ancestros?

¿Conseguirá él cumplir su misión sin perder el alma en el intento?

Antes de su muerte, el rey Robert the Bruce pidió a sus caballeros que enterraran su corazón en Tierra Santa para expiar sus muchos pecados.

En 1330, un grupo de guerreros escoceses, portando el corazón del rey en una urna de plata, partió con el propósito de luchar en las Cruzadas. El destino, sin embargo, los llevó hasta Castilla para luchar junto al rey Alfonso XI en la batalla de Teba.

Veintiséis años más tarde, Gabriela, hija de uno de aquellos guerreros, ha perdido a toda su familia. Acosada por su padrastro, abandona su Toledo natal en compañía del siempre fiel Angus Campbell, quien fuera mentor y compañero de armas de su padre. Juntos inician un largo periplo con destino a Escocia, donde ella espera encontrar un nuevo hogar entre los restos de su linaje.

Duncan, jefe de los guerreros del clan Montroe, valiente, temido y respetado por todos, recibe el encargo de entrenar a aquel joven imberbe que, recién llegado de Castilla, asegura llevar la sangre del clan en sus venas. Honorable y fiel a su laird, Duncan tratará de llevar a cabo su encargo, pero su mundo

comenzará a resquebrajarse cuando empiece a sentirse atraído por aquel exótico y agraciado joven.

Brenna Watson, licenciada en Historia y con estudios de Filología y Derecho, ha pasado los últimos quince años leyendo y corrigiendo novelas de otros autores, hasta que decidió sentarse frente al ordenador y escribir su propia historia.

Ha publicado pequeños ensayos sobre materias diversas, además de reseñas y entrevistas, en varios medios. Es una gran aficionada a la lectura y a las series de televisión estadounidenses, y le encanta comprarse zapatos. Vive en un rancho en las montañas junto a su marido, sus dos perros y tres gatos.

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, Brenna Watson

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Sandra Cunningham

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17664-29-9

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

[1] Aunque parece que tanto el uso del tartán con los colores del clan como el del *kilt* no se hicieron populares hasta unos siglos después, es inevitable que algunas lectoras de novela romántica imaginemos a los *highlanders* vestidos con ellos desde el inicio de los tiempos.

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Viento de otoño

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Sobre este libro

Sobre Brenna Watson

Créditos

Nota